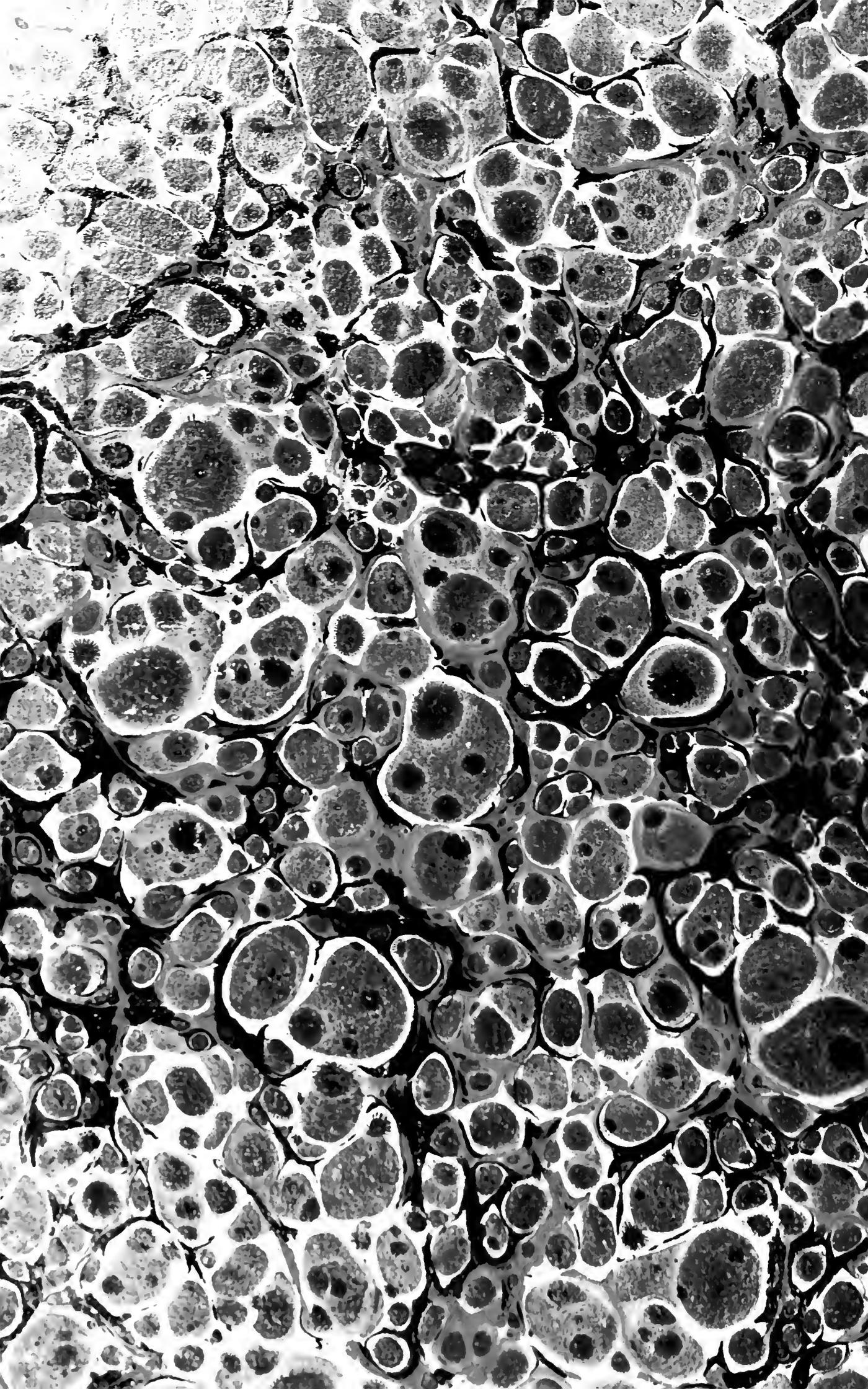
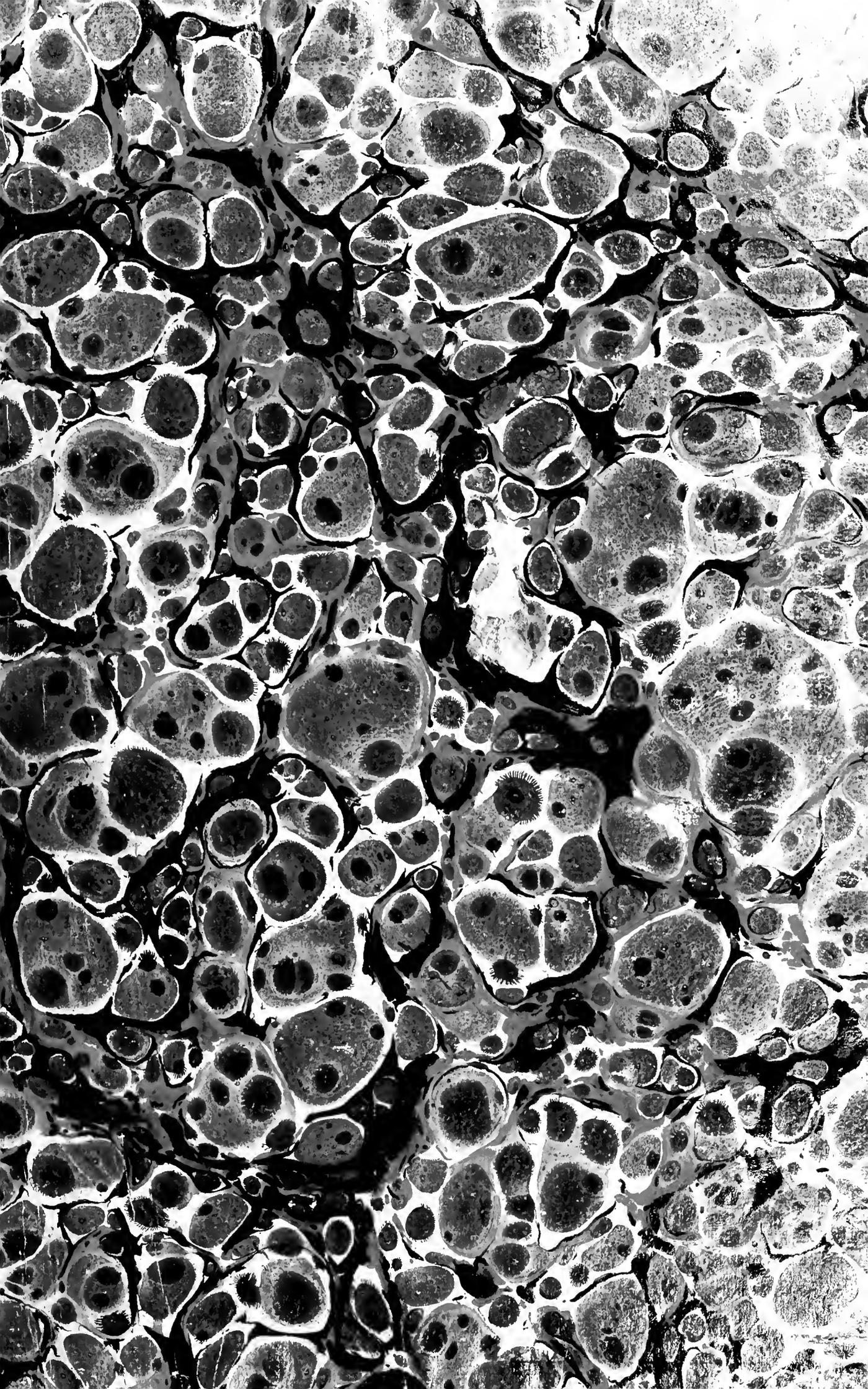


3 1761 04722842 4







Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
University of Toronto

COLECCION

DE

OBRAS Y DOCUMENTOS

RELATIVOS

A la Historia Antigua y Moderna

DE LAS PROVINCIAS

DEL RIO DE LA PLATA,

ILUSTRADOS CON NOTAS Y DISERTACIONES

POR

PEDRO DE ANGELIS.

TOMO SEGUNDO.

BUENOS - AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO.

1886.

0283A

DESCRIPCION

DE LA

VILLA DE POTOSI,

Y DE LOS

PARTIDOS SUJETOS A SU INTENDENCIA,

POR

D. JUAN DEL PINO MANRIQUE,

GOBERNADOR

DE AQUELLA PROVINCIA.

Primera Edicion.

BUENOS - AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO,

1836.

24872

DISCURSO PRELIMINAR

A LA

DESCRIPCION DE POTOSI.

Potosí, cuyas minas han enriquecido el mundo, no ha encontrado quien se encargára de publicar su historia. Las que escribieron Capoche, Cañete y dos anónimos que cita Pinelo en el Epítome de su *Biblioteca*, han quedado inéditas, por la suerte comun à la mayor parte de los papeles pertenecientes à América. El P. Calancha en la Crónica de San Agustín, el P. Mendoza en la de San Francisco de Charcas, Acosta en la historia natural de las Indias, y el P. Murillo en el tomo IX de su Geografía histórica, hablan de paso del descubrimiento y de la elaboracion de este rico mineral: pero tan sucintas son las noticias que dan, como inexactos los cálculos en que se fundan; y despues de haberlos consultado, mas se aviva el deseo de ilustrar esta parte ignorada de los anales del Nuevo Mundo.

Es un hecho constante, aunque inexplicable, que por espacio de dos siglos la explotacion de las riquísimas minas del Perú, estuvo en mano de los llamados *beneficiadores*—gente vulgar é ignorante, sin mas conocimientos que los que adquirian en el trabajo ímprobo y personal à que les condenaba su triste condicion de esclavos. Bastaba que manifestasen mas actividad é inteligencia que sus compañeros, (y muy poca era la que se necesitaba para aventajarlos) para que asumiesen el carácter de facultativos, y sirviesen de consejo à las autoridades municipales, que se valian de estos empíricos en la decision de los infinitos pleitos à que daba lugar una legislacion imperfecta y tantos intereses encontrados.

En una superficie cónica de nueve mil varas de circunferen-

cia, con 610 de elevacion, cinco mil bocas horadaban el cerro en todas las direcciones, siguiendo la de las vetas, ó dejándose arastrar de la esperanza de encontrarlas. La dificultad de contener à cadauno en los límites de sus concesiones, siendo tan inmediato el contacto entre los míneros, y tan general la codicia que inspiraba la prosperidad de sus vecinos, era una fuente perenne de desavenencias y reclamaciones. Lo único que podia cortarlas era un plan científico de explotacion, que proscibiese los abusos, perfeccionase los métodos y propendiese à aumentar los beneficios de los particulares sin sacrificarles los derechos del fisco. Esto es lo que hubiera hecho un gobierno ilustrado, y que nunca pensò en hacer el de la metròpoli.

La extension de la monarquia española; sus guerras continuas, sus competencias interminables, y la dificultad de dirigir desde un punto aislado del globo los destinos de un vasto continente, entregado à manos ávidas è inexpertas—todas estas condiciones de un poder excentrico y desmedido, explican, aunque no disculpan, la falta de regularidad en el movimiento de una máquina tan complicada. Pero esta incuria es incomprendible cuando se trata de las minas del Nuevo Mundo, cuya posesion hizo del heredero de un simple rey de Castilla el árbitro de Europa y el mas poderoso monarca del universo. Por falta de órden y direccion, los manantiales de tantas riquezas quedaron estancados en el seno de los cerros donde los habia depositado la naturaleza, y pueblos opulentos, sentados en bancos de plata, bajaron rápidamente de la cumbre de la prosperidad à que se habian elevado en los primeros dias de su existencia. Porco, Lipes, Oruro, Huancavelica, se eclipsaron con Potosí, de quien solo quedó un nombre famoso y unos cuantos hechos celebrados.

Todo asombra en la infancia de esta moderna Tiro. En 1545, un indio de Porco, cuyo nombre ha conservado la història, descubrió por acaso las riquezas escondidas en el cerro, y la ciudad, cuyos cimientos empezaron à abrirse inmediatamente, contaba en 1611 cerca de 150,000 habitantes. (1) La coronacion de Carlos V costò à

(1) Este hecho debe tomarse por auténtico, porque consta del padron que en el año citado hizo levantar el Licenciado Bejarano, Presidente de la Audiencia de Charcas.

sus habitantes ocho millones de pesos; y no bajaron de seis los que gastaron en los funerales de Felipe III.—El producto de las minas, desde su descubrimiento en 1545 hasta el año de 1783, según consta del balance que, en 16 de Junio de 1784, pasó al Rey el tesorero Cierra, había sido de 820,513,893 duros—cantidad mayor de la que se calcula que sea el caudal metálico circulante de todos los estados europeos: y en esta suma no estaba comprendido el valor de lo que por ocultación, desperdicio y consumo de los mineros, no había sido quintado, y que, si no excedía, igualaba al menos el valor declarado.

Estos resultados hubieran sido infinitamente mayores, sin la imperfección de los métodos adoptados en el beneficio de los metales. El que quisiera exponerlos y analizarlos, tendría que multiplicar las pruebas, para que no se dudara de hechos que se presentan con todos los visos de la exageración. ¿Quién creería, por ejemplo, que por más de veinte años el único combustible que se empleó en separar la plata de las escorias, fué la paja, ó *ychu*, como se le llama en el idioma del país; y que llegó el caso en que, para obtener la amalgamación de los metales, no quedó más arbitrio que exponerlos por veinticinco á treinta días á los rayos solares?

Los indios concurrían con sus personas y sus vidas á estas penosas faenas. Los derrumbes de las minas, sus exhalaciones mefíticas, y sobre todo el aire impregnado de partículas metálicas que respiraban en los ingenios, sin hablar del mal trato y de los vejámenes que sufrían, acababan muy pronto con su desgraciada existencia. Diez y siete provincias estaban obligadas á contribuir á la explotación del solo cerro de Potosí. Un sistema de conscripción, más rígido que el de los ejércitos en tiempo de guerra, ponía los indígenas á merced de los azogeros, en cuya servidumbre permanecían, mientras que no se presentaran otros para reemplazarlos. Esta cadena de sacrificios y padecimientos es la que se llamaba *mitta*—voz del antiguo idioma de los Incas, que equivale á “turno”, ó cada uno á su vez.

En la primera época de la conquista, la Corte de España prohibió severamente el servicio personal de los indios, cuando no fuera

voluntario; y Solorzano cita una cédula de 1522, en que el Emperador Carlos V castigaba à los contraventores con la pérdida de sus encomiendas, y cien mil maravedies de multa, aplicados à beneficio del fisco. (2) Estas intenciones filantrópicas encontraron una viva oposicion en aquellos mismos que debian haberlas segundado. Los Vireyes y las Audiencias, mancomunados con los encomenderos, tocaron todos los resortes para obtener la derogacion de estas leyes; y los mismos ministros del altar alentaron estos esfuerzos culpables de la opresion y la codicia. Se alegó el hecho de la esclavitud entre los Atenieses; se citó un pasage de Estrabon, para probar que en su tiempo los Romanos tenian empleados cerca de 40,000 hombres en el trabajo de las minas de Cartagena; se hizo valer el ejemplo de los Incas en el Perú, de los Montezumas en Méjico, donde millares de indios se hallaban ocupados en estas faenas, con tan absoluta sujecion y dominio, como si fuesen esclavos; se invocó la autoridad de Quevedo, de Sepúlveda, y sobre todo de Aristòteles, á quien nadie se atrevia á contradecir entonces, y que con su acostumbrada lógica escolástica, sentó en una de sus obras, que “hay gente tarda y estúpida de ingenio, pero robusta y fuerte de cuerpo, que parece destinada por la naturaleza á vivir econòmica y políticamente subordinada á otros hombres mas ilustrados, y al amparo de su proteccion. (3)

Estos conceptos, que envolvian un principio de humanidad, aunque pugnaban con el dogma de la igualdad natural de los hombres, establecieron un derecho de vida y muerte sobre los indígenas, que, arrancados violentamente de sus hogares, pasaban sucesivamente á servir á amos desconocidos, en cuyas manos acababan ordinariamente sus dias. D. Francisco de Toledo, virey del Perú, fué el primero que abrió esta senda de sangre; y las ordenanzas que hizo para regularizar el servicio de la *mitta*, merecieron los elogios de Solorzano, del obispo de Quito, Montenegro, y de casi todos los escritores de la península; sin que se levantase una sola voz en tuicion de derechos mas sagrados y legítimos.

(2) POLITICA INDIANA. Libro 2, cap. 16; núm. 72 y 73; y Ley 22, tit. 9, lib. 6 de la RECOPIADAS DE INDIAS.

(3) POLITICA. Lib. 1, cap. 3 y 4.

Llenada esta primera necesidad, se tuvo que vencer el obstáculo que oponía la escasez del azogue, y el alto precio à que habia subido por el monòpòlio que egercia el fisco sobre un renglon tan privilegiado. Su gasto era inmenso, no tanto por lo que se necesitaba realmente, sino por el desperdicio que ocasionaba la ignorancia de los *beneficiadores*. Afortunadamente se hallaron las minas de Huancavelica que habian desaparecido con los Incas, y se pudo dar mas ensanche à los trabajos de mineria, que por mas de dos siglos se alimentaron con estos azogues: hasta que desfallecieron en 1752, en que fue preciso acudir à los de Almaden (4)—minas antiquisimas, explotadas por los Romanos, y de que Teofrasto y Vitruvio hacen mencion en sus obras.

Su producto fué abundante por algun tiempo, pero al cabo se agotaron; y la Corte de España se vió en la precision de celebrar una contrata con el gobierno austriaco, para exportar de sus estados una cantidad de azogue, bastante à abastecer los mineros del Perù y de Mèjico. Prefirió este arbitrio al de permitir que se emplease el azogue de las minas que acababan de descubrirse en Quito y Cuenca, y dejando en el abandono à las de Huarina, y Moromoro; à las de Miraflores en el partido de Chayanta, y à las mismas de Chalatirí à cuatro leguas de Potosi, por el temor de ser defraudado en la recaudacion de los quintos. De este modo se llenaban las arcas reales, y se formaban esas fortunas colosales, en las que ninguna parte tenia el talento ó la industria:—solo así hombres oscuros y sin méritos podian dotar à sus hijas con dos y mas millones de duros, (5) y hacer que un simple alcalde gastase 20 à 30,000 pesos el dia de su recepcion.

Estas profusiones, las competencias, y los pleitos, absorbian toda la atencion de las autoridades locales, que miraban con indiferencia

(4) *Segun un estado publicado por Gallardo, en el 6. tomo del Origen de las rentas de España, (pág. 137) de la mina de este pequeño pueblo de la provincia de la Mancha, han salido desde el año de 1647 al de 1806, 1,239,172 quintales de azogues, que corresponden á 31,116 arrobas á cada año. Pero Antillon, en su geografia de España, opina que se pueden sacar de ella hasta 80,000 arrobas, todos los años.*

(5) *En 1612, el general Mejía dotó á su hija con un millon de duros, y en 1579 el general Pereyra dió á la suya dos millones y trescientos mil pesos.*

la imperfeccion de los trabajos y la deplorable condicion de los indios. El gobernador Argandoña sostuvo por muchos años una pendencia muy reñida con el Cabildo, para disputarle el derecho de sentarse en el presbiterio; y esta *causa célebre* fué llevada à la decision del Supremo Consejo de Indias.

Tal era el estado de la administracion pública en el Perú, cuando el Ministro Galvez, lleno de celo por la prosperidad de las Colónias, concibió un vasto plan de reformas, poniendo en contribucion las luces y la experiencia de los hombres que habian presenciado los desórdenes que se lamentaban. El que mas le ayudó en esta empresa fué D. Juan del Pino Manrique, Gobernador entonces del partido de Potosi.

Hijo de una noble familia de Màlaga, pasó á Granada á frecuentar las aulas de derecho; y cuando hubo adquirido los conocimientos necesarios para emprender con honor la carrera del foro, fué à Madrid, donde se le brindó con el título de subdelegado, para acompañar á Lima al Visitador general de tribunales y hacienda, D. Josè Antonio de Areche. En esta delicada mision desempeñó el cargo de fiscal, por el cual se necesitaba un gran fondo de integridad y talento. Nombrado Fiscal de la Audiencia de Charcas, acreditó tanta pericia en el manejo de los asuntos mas espinosos, que se le miró como uno de los ministros mas ilustrados de su época. Igual concepto mereció de los consejeros de la Corona; y cuando vacó el gobierno de Potosi por la promocion de D. Jorge Escovedo á Visitador general del Perú, se le llamó à ocupar aquel destino, uno de los mas importantes del Perú, y al que se ascendia, no por favor sino por mérito. Sus primeros cuidados se dirigieron à regularizar el servicio de las oficinas públicas, y à desembarazar la casa de moneda de un cúmulo de obligaciones que gravitaban sobre ella, hasta hacer de su tesoreria una propiedad particular del Conde de Casa Real y del Monasterio del Carmen. Pero pronto se apercibió de la insuficiencia de estos remedios, mientras no se obrase un cambio radical en el arte de beneficiar los yacimientos. Los colores con que delincó el cuadro lamentable del estado de la mineria en el Perú, despertó de su apatia à la

Corte de España, y la indujo á enviar una comision científica, encargada de arbitrar medidas eficaces para reparar los estragos causados por la malversacion y la ignorancia. Por mas mortificante que le era solicitar fuera de sus estados hombres capaces de llenar esta mision, no fué posible evitarlo; y la España, dueña exclusiva de las principales minas del globo, tuvo que dirigirse á extrangeros para restaurarlas.

Mr. Helms, primer ensayador de la casa de moneda de Cracovia, y el Baron de Nordenflicht, habil mineralogista sueco, y director de las minas de Mizcanagora en el mismo distrito, pasaron al servicio español, el primero para enseñar los nuevos métodos inventados en Viena para la fundicion y amalgamacion de los metales, y el otro en calidad de Director general de las minas del Perú. Pero cuando llegaron á su destino, el gobierno de Potosi habia pasado á manos de D. Francisco de Paula Sanz, víctima cruenta de nuestros trastornos políticos. El fué quien reemplazò á Pino, que despues de haber presidido aquella provincia en el primer establecimiento de las Intendencias en 1784, fué llamado á ocupar el empleo de Alcalde de Corte de la Audiencia de Lima, en 1788.

Uno de los monumentos de su administracion es el informe que publicamos por primera vez, valiéndonos de la copia que conserva en su poder el Señor D. Manuel de Uclès, su secretario y colaborador. Es escusado pregonar la honradez y el mérito de este venerable anciano: la primera resulta en la honrosa modicidad de fortuna á que se halla reducido, despues de haber desempeñado los cargos mas lucrativos en el régimen colonial; y el otro en el mismo informe que publicamos.—Lo que mas recomienda este trabajo es su sencillez y concision. Desenvolver con maestria el cuadro asombroso de una region ignorada: bosquejar el aspecto del país, graduar sus distancias, valorar sus producciones, analizar sus recursos, denunciar sus abusos:—todos estos detalles estadísticos, precoces è insólitos en la época á que pertenecen, dán un gran realce á esta produccion, y descubren un raro talento de observacion en sus autores.

Este ensayo es ciertamente susceptible de ser perfeccionado: á las noticias que contiene pueden agregàrse otras que le faltan: la

parte topográfica necesita ser revisada, y la geológica, que por la infancia en que se hallaba entonces esta ciencia, se echa menos en la memoria de Pino, suministraria materiales para un apendice interesante á la descripcion de una provincia que ofrece tantos objetos de meditacion al filósofo y al naturalista. Pero ¿cual es la obra que sale perfecta de las manos de los hombres; y cuan pocas sostendrian la prueba á que sometemos el informe del Gobernador del Pino—de publicarlo medio siglo despues de haber sido escrito?

PEDRO DE ANGELIS.

Buenos Aires. 12 de Abril de 1836.

DESCRIPCION

De la villa de Potosí, y partidos sugetos á su Intendencia, &c.

EXMO. SEÑOR:—

La villa imperial de Potosí, metrópoli y cabeza de la dilatada y rica provincia que hoy lleva su nombre, es uno de aquellos pueblos que á mediados del siglo XVI formó tumultuariamente la codicia, al pié de la riqueza que descubrió una casualidad.

Gualca, indio de Porco, fué el primero que en Enero de 1546 vió la plata del cerro, por un accidente que entregado á la tradicion se cuenta de varios modos: mal guardado el secreto, divulgó la fama esta opulencia que atrajo suficiente número de indios y españoles, quienes en Setiembre del mismo año empezaron la poblacion.

No era posible que esta hiciese rápidos progresos, cuando se abrazaba el Perú en la natural inclemencia de sus bandos, habiendo sobrevenido poco despues el alzamiento de Pizarro, y las tiranias de D. Sebastian de Castilla, Egas de Guzman, y Francisco Fernandez Giron. Así fijamos la época de su constitucion civil por los años de 1572, en que el Señor D. Francisco de Toledo, quinto virey del Perú, distantes ya aquellos funestos acaecimientos, visitó la villa, fundó la casa de moneda, dió principio á la iglesia que se conoce con el nombre de Matriz, mandó ensanchar las calles, acaloró el beneficio de los metales por azogue que habia introducido Pedro Fernandez de Velazco, y formó aquellas célebres constituciones, que aun se conocen con el nombre de ordenanzas. Varon inmortal, digno de los mayores elogios, y cuyo nombre debiera ser trasladado á la mas remota posteridad, si en la hermosa plana de su sábio gobierno no hubiese caido el feo borron de una justicia, que acaso dictó politica sanguinaria y cruel, pero que desaprobaron el rey, la nacion, y la humanidad, y puede considerarse como una de aquellas faltas que alguna vez permite la Providencia á los hombres grandes para nuestra enseñanza, y para que desconfien de si los que se precian de serlo.

Acrescentóse por efecto de estas providencias la poblacion, concurriendo de todas partes gentes á la fama del mineral: formalizóse el trabajo, pero el Gobierno quedó aun sin vigor ni fuerza para hacerse respetar; lo que, unido á las increíbles riquezas que por estar vírgen producía el cerro, nacieron de aquella debilidad y esta abundancia, la soberbia, los vicios, la inhumanidad y las desgracias. Sus bandos, entre andaluces y vascongados, pudieran pasar por guerras civiles semejantes á las de Mario y Sila, aunque en teatro mas corto, y no menos sangrientas. No estaba animado el valor por el espíritu de gloria y de conquista, sino por él de venganza y de rapiña: así sucedió lo que á los Flibustiers y Paulistas, que despues de haber llenado el mundo de su fama, no ha quedado de ella otro testimonio que la memoria de sus daños.

Así continuó Potosí hasta fines del siglo XVII, y desde entonces hasta mediados del XVIII, en que se gobernó por corregidores: aunque tuvo la justicia poco vigor, se respetaba á lo menos la apariencia, pues se eludian las determinaciones, ocurriendo á los tribunales superiores con quejas, que recomendadas de la plata y de la venalidad, casi comun en aquellos tiempos, no podia dejar de ser atendidas, siendo entonces lo mismo ser rico y liberal, que tener razon y justicia.

El año de 1751 de este siglo forma ya otra época. Cansada la Corte de oír quejas y noticias de Potosí, pensó en nombrar persona de mayor representacion, que atajase los daños y diese á estos negocios la direccion conveniente. Para ello nombró al Señor D. Ventura de Santelices, hombre austero, irreprochable en sus costumbres, tenaz en lo que concebía, filósofo, si es filosofía el desaliño y desprecio de sí mismo: docto sin presuncion, y no de luces superiores á su tiempo. En medio de una general contradiccion, y arrostrando á todas las superioridades del reyno, mancomunadas contra sus providencias, gobernó dos años con tanta firmeza y posesion de sí mismo, que se hizo temible, y en Lima espantaban los muchachos con su nombre. La gloria debida á su firmeza é integridad, de haber sido el primero que hizo respetable la autoridad real, y restaurado el banco de rescate, no se le debe quitar.

Desde el año de 1762, en que el Sr. Santelices salió para el Consejo, hasta el de 88 en que se estableció la Intendencia, mediaron otros gobiernos con alternativa de buenos y malos sucesos, efectos de las circunstancias, índoles y capacidad de los gefes. Estos viven, y por ese respeto no se nombran, ni se hace individual mencion de lo que acertaron ó no, escuchando con el silencio la nota de adulacion ó vituperio que se nos pudiera oponer.

La institucion de las intendencias, en el año de 1784, forma la tercera y acaso la mas memorable época de Potosí. Se reunieron en una mano las diversas jurisdicciones y superintendencias, que por períodos habian estado separadas del gobierno, ó constantemente encargadas á oficiales reales, ocasionando no pocos daños la emulacion y diversidad de jueces. A la jurisdiccion de la Villa, antes muy limitada, se añadieron los cinco partidos de Porco, Chayanta, Chichas, Lipés y Atacama, y en suma se dejó ver un sistema ceñido y arreglado, que aunque, á mi parecer, necesita enmienda en muchas cosas, no por eso deja de ser grande y conveniente.

Ha parecido oportuno dar esta breve idea del origen y progresos de la Villa, hasta constituirse en metrópoli y cabeza de Provincia, para descender ahora al circunstanciado informe que V. E. pide en su orden de 13 de Octubre á que contesto.

Se halla la villa de Potosí á los 21 grados 40 minutos de latitud austral. (1) Su situacion es incomoda, por ser algo pendiente y de irregular formacion; su temperamento sano, aunque muy frio en todo tiempo, y faltando en él oportuno el calor, principio de la vegetacion, nada produce su suelo en muchas leguas de distancia. Es paso y garganta precisa para todo el Perú, debiéndose considerar como el Cadiz de este reyno, segun la abundancia de gente que viene á sus negocios por causa de la mita, y demas trabajos é incidencias del mineral.

Este se halla cosa de media legua distante del pueblo. La figura del cerro es un cono, ó pan de azucar; tiene 640 varas de altura perpendicular, y legua y media de rodeo: pasan de 5000 las bocas-minas, no habiendose trabajado mas que hasta la tercera parte, y estando en pié la duda de si tiene metales, que aquí llaman *chiles*, en lo profiundo. La negativa parece mas probable, porque el cerro tiene todas las señales de haber sido volcan, que con su fuego causó la generacion de los metales: punto en que la admiracion es mas prudente que el estudio; pero como los fisicos de primer orden, entre ellos el célebre Buffon, estiman que los volcanes no descienden hasta la profundidad de las montañas, si es cierto el origen de la generacion que se ha supuesto, no debe alcanzar el efecto adonde no llegó la causa.

Dá mucho peso á esta opinion la uniforme variacion de los me-

(1) El Sr. Pentland reduce esta latitud á solo 19° 35'.—EL EDITOR.

tales al principio *mulatos*, (2) despues *pacos*, y en lo profundo *negrillos*: (3) aquellos se benefician en crudo por azogue, y estos por quema y cocimiento.

Mucho es lo que desde el descubrimiento se habrá perdido por falta de inteligencia en el trabajo de las minas, y en el beneficio de los metales, entregado todo á la tradicion de una rutina bárbara y sin principios: mal que podrá en gran parte remediarse con los establecimientos, luces y reglas que en la materia prepara el nuevo código de minería.

Es tan corta en estos últimos tiempos la ley de los metales, que de 50 quilates, que es un cajon, apenas se sacan cuatro marcos, ú dos libras de plata: de forma que, sin el establecimiento de la mita y los oportunos auxilios del banco á los azogueros, ya se habria arruinado una villa que es la que sostiene el vireynato, y ampara las provincias inmediatas, comprando sus frutos á buen precio.

Sin embargo de esta pobreza, produce el cerro cada año 250 ó 300 mil marcos de plata, de á 8 onzas, que se venden en el banco á $7\frac{1}{2}$ pesos unos, y otros á menos, segun su calidad. En cada marco queda al fisco cerca de un peso, por los derechos de diezmos y cobos, y su total, con los rescates de las provincias inmediatas, sube á 350 ú 400 mil pesos al año. La casa de moneda deja de 150 á 180 mil; la aduana cosa de 120 ó 140: cerca de 200 mil pesos de tributo, y con las demas contribuciones de bu-las, papel sellado, 3 por ciento en el oro, diezmos de bajilla, &c., tengo computado quedan al fisco libres cada año, 1,200,000 pesos, sin los cuales no pudieran sostenerse las dotaciones del vireynato.

Potosí, en otro tiempo el escándalo del Perú, es hoy el pueblo mas quieto de él: su vecindario dócil y obediente á la justicia, que está aquí en el mayor respeto. Aunque ha decaido en la mayor parte su antigua riqueza, se ven de tiempo en tiempo algunas ráfagas de orgullo y soberbia, que se apagan fácilmente sin necesidad de recursos, ni papeles, cuando el gefe está conceptuado y bien quisto. En que este sea de autoridad, letras, fama y desinterés, halla lisonja la vanidad de estas gentes,

(2) En el idioma de los mineros, se llama metal *mulato* al que se cria entre el *paco* y el *negrillo*, y es de un color bajo. Este metal abunda menos que los dos otros, y en el día ya no se encuentra en vetas formales, sino en ramificaciones de hilos delgados. Es el metal que mas se acreea al rosicler, que es el mas rico.——EL EDITOR.

(3) *Paco*, es propiamente el metal de color bermejo, mas ó menos encendido, pero en Potosí se dà este nombre á los de cualquier color, aunque sean verdes, cobriscos, ahiguerados, amarillos y azufrados, á diferencia de los acruados ó espejados y otros, que llaman *negrillos*.——EL EDITOR.

pues suponen que el Rey los mira con predileccion, cuando elige para gobernarlos ministros de mucha suficiencia.

Por un padron que se formó en tiempo de mi antecesor, consta tenia la villa 24,206 almas, que hoy puede haber aumentado la facilidad del comercio. Consiste la mayor parte del vecindario en indios y cholos: de aquellos, unos vienen á servir en la mita, y se vuelven cumplida su tarea, y otros, que llaman criollos, estan avecindados, y se mantienen de su trabajo. Otra parte es de españoles europeos y americanos, que trabajan en el comercio, minas, ingénios, pulperias, &a.; y la menor parte es distinguida, que se forma de algunas pocas casas rentadas, porque poseen ingénios ó haciendas, y de los principales empleados en estas opulentas y bien dotadas oficinas. Los negros prueban mal por la dureza del temperamento, y no los hay para otros trabajos que para el servicio de las casas, y se pueden computar habrá como mil de ambos sexos.

Creo habrá ya comprendido V. E. el origen, progresos y actual estado de esta poblacion, que debe considerarse la mas útil del vireynato, aunque precaria y casual, y que solo subsistirá, mientras el cerro dé metales. Remoto espero puede suponerse el caso de que falte, imitando Potosí en esta desgracia á los minerales de Porco, Lipes, y otros que, habiendo sido famosos, ya no existe de ellos mas que la memoria de sus antiguas riquezas. Puede tambien con probabilidad recelarse un ayzamiento, ó hundimiento general en el cerro, por estar todo él horadado y hecho un cascabel: sin embargo está tan afianzado el trabajo con los establecimientos de mita y banco, que á no suceder una desgracia de las apuntadas, parece verosimil sea este mineral tan durable como los de Alemania.

Supuesto que el cerro continúe como hasta aquí, los verdaderos intereses de este pueblo, en que estan envueltos los del Estado, son que subsistan los dos establecimientos de mita y banco de rescates: aquel les facilita el trabajo, y este auxilios con que sostenerlo:—que el gobierno se confiera siempre á personas de mucha integridad y respeto, que no se mezclen en negocios, intereses ni partidos.

Será siempre parte principal para la conservacion y aumento de la villa, el carácter y circunstancias del Gobernador: debe ser de mucho desinterés y rectitud, de buen corazon y mal génio, y que su aspereza no pase de los labios; porque en estas gentes hace la amenaza lo que en otras el castigo. Si se yerra este punto y se envia un hombre que entre en pandillas, comercios y negocios; que favorezca á unos con perjuicio de otros, y forme papeladas por cualquier cosa, es muy fácil se pierda lo adelantado. Como el carácter de los azogueros es rumbo y gas-

tador, aunque esten pobres, debe tambien cuidar el gobierno de evitar con prudencia demasias en sus gastos, y no darles gruesos auxilios, sino solo aquellos que basten para el trabajo.

Yo así he gobernado seis años, y ninguno de mis antecesores gozó de tanta quietud, ni llevó á tan alto punto el respeto y el amor. Todo lo he compuesto con cóleras fingidas: los tales cuales partidos que habia á mí ingreso se han desbaratado con no hacer caso de ninguno. Ni en el Gobierno superior, ni en la Audiencia se han visto recursos, y cuando se ha ofrecido algun pleito de consideracion, se ha puesto en mis manos para tranzarlo. Así ha descansado esta fiel república en el regazo de la paz: con ella se han conseguido crecidos aumentos en los ramos del erario, ventajas en la policia, y la construccion, olvidada mas de un siglo, de varios ingénios mayores y trapiches de moler metales, que pueden dejar al fisco cosa de 20,000 pesos al año, segun el número de marcos que benefician.

En órden á los Partidos, se puede decir de todos que estan en dibujo, y sin los hermosos coloridos que la poblacion, la civilidad, la inteligencia y aplicacion de las buenas reglas de agricultura y la debida administracion de justicia pudieran darles.

Lugares desolados sin órden ni formacion; casas pajizas derramadas por los campos; total abandono de estos; rios sin puentes; caminos casi intrasitables; ninguna comodidad para los viages; distancias muy largas sin albergue, y gentes sin cultura, es la fea imagen que presenta cada uno de estos paises mas ó menos cercano ó distante á los caminos reales ó pueblos numerosos. En todos los partidos solo se ven trazas y señales del gobierno de-pótico de los corregidores, atentos solo á hacer un comercio exclusivo á su utilidad; y cualquiera que haya visto paises bien poblados, ó esté instruido en las reglas económicas de esta materia, tiene que admirar mucho, viendo como estan, reflexionando como pudieran estar, si se aprovecharan las proporciones que les asignó la naturaleza, segun la mayor ó menor feracidad de sus terrenos.

Porco es el partido en cuyo centro está situada la capital de toda la Provincia. Tendrá mas de 200 leguas de circunferencia, y linda con él de Chichas, Cinti que pertenece á Chareas, Chayanta y Paria: consta de 18 doctrinas ó pueblos.

Puna es la cabeza del partido, y dista de esta capital 14 leguas: su temperamento es mas frio que caliente, produce en abundancia papas, habas, cebada, poco y muy mal trigo, y algunos ganados lanares.

Porco, de un clima rigidísimo, fué la antigua cabeza del partido, como lo manifiesta su nombre: dista 9 leguas de esta capital; fué mineral opulento y de mucho nombre en tiempos pasados (4), residencia de los mas ricos conquistadores y encomenderos. Aun se ven vestigios de las casas de Francisco Pizarro: pero hoy gime en la mayor decadencia; no hay en él minero que con propiedad merezca el nombre de tal: los indios y algun español que lo habitan, son pucheros, que solo subsisten recogiendo desperdicios de la antigüedad.

Cayza dista 12 leguas de esta capital: está en el camino real de esa, y es el pueblo donde se aparta el correo para Chuquisaca: logra clima mas benigno que Porco, pero no produce sino poco maiz, por la aridez y sequedad del terreno; de modo que sus habitantes son los mas pobres de todo el recinto, y procuran su subsistencia conduciendo carbon á esta villa. Aunque en tiempos pasados se trabajaban minas de oro, hoy se hallan perdidas.

Toropalca, distante 21 leguas, es de temperamento cálido, abundante de maises, frutas y carbon: se halla en el mismo camino de Buenos Aires.

Yura dista 30 leguas: de temperamento medio; fertil en miniestras, frutas y carbon, que se consume en este mineral y el de Ubina.

Tomabe, distante 35 leguas hácia el medio-dia, es de clima sumamente frio, esterilísimo en el reyno vegetal, pero muy á propósito para la cria de alpacas y carneros de la tierra; tiene en su centro ricos minerales de plata, como son Ubina, Guanchaca, Mactuyo y el Asiento, pero muy poco poblados por la falta de aguas y otras proporciones que pudieran hacerlos florecientes. El comercio de lanas y sal sostiene á los indios tributarios con bastante comodidad.

Coroma dista 50 leguas: es de clima igualmente rígido, y negado á la vegetacion por la suma esterilidad del terreno, siempre cubierto de sales y tierras minerales. Sus habitantes deben la subsistencia á una laguna de sal comun, distante 20 leguas del pueblo.

Tinguipaya, distante 14 leguas, es de temperamento medio; sus vecinos, los mas acomodados del partido. Produce con abundancia trigos, mai-

(4) El cerro mas rico que conocieron los Incás fué el de Porco, de donde se pretende que sacaron la mayor parte de la plata que habia en el templo del Sol de Curianche, teniendo destinado un considerable número de indios para explotarlo.—EL EDITOR.

ses, ganados lanares y papas de todas especies, superiores á las de otros lugares; y el comercio de estos frutos les procura una vida descansada.

Tacobamba, distante 18 ó 20 leguas; fertil de trigos, maises y ganados vacunos: habitacion de indios originarios, y en la mayor parte ocupado de haciendas, de mestizos y españoles.

Las propias circunstancias caracterizan el curato de Potobamba, colocado á las 24 ó 25 leguas: uno y otro de temperamento medio, y en cuyas quebradas se encuentran muchas yerbas y árboles medicinales, como el sarco, la salvia, el tarco, &c., y otras.

Siporo es hacienda de minas con curato, no muy frio, distará de 10 á 11 leguas, rinde, aunque en corta cantidad, papas, habas, cebada y trigo. Sus minas estan aguadas y embancadas, sin mas minero que el administrador de la hacienda.

Bartolo, lugar muy frio y ventoso, dista 9 leguas, y está ocupado de haciendas, de mestizos y españoles, que producen algunos trigos, papas, habas y cebada.

Otuyo, ó Santa Ana dista 14 leguas, lleno de punas y valles, temperamentos frios y ardientes. Compónese de haciendas, que en los altos dan trigos y maises, y en la quebrada frutas, y algunas uvas de mala calidad.

Pocopoco dista 28 leguas, situado sobre la costa del rio Pilcomayo. El temperamento muy ardiente, é inficionado de fiebres y tercianas. Terreno fertilísimo, que produce en abundancia trigos, maises y ganados, y produjera mas si sus habitantes tuviesen aplicacion.

Turuchipa, distante 25 ó 30 leguas, del mismo temperamento; su terreno es seco y de casajal, poblado de viñas que producen vinos endebles; se conoce por las ruinas, que en lo antiguo hubo mas haciendas.

Esquirí, casi á la misma distancia, de temperamento mas que medio, con viñas y huertas; se dá bien la cria de ganados, y se recoge trigo en abundancia.

Miculpaya, distante 20 leguas, del mismo temperamento y produccion de frutos como en los anteriores curatos; y está como ellos poblado de hacendados de mestizos y españoles; en cuyos valles, que son lo mas fértiles y abundantes del partido, no tienen tierras los indios, que viven en suma pobreza, y á merced de los dueños de haciendas.

Chaqui es, en la vuelta que vamos dando, el último curato del partido: dista siete leguas de Potosí; está situado al pié de una cordillera brava, produce algunas papas, habas, ganados lanares y cebada en abundancia.

Los frutos de los 18 curatos se transportan y venden en esta villa, á excepcion de algunos, que por la intermediacion se llevan á la ciudad de la Plata.

El partido de Chichas se halla al sud de Potosí, y por él atraviesa el camino real de Buenos Aires. Tiene de largo de norte á sur 48 leguas, desde el arroyo de la Quiaca, que lo divide del Tucuman, hasta Quirbe, que confina con Porco: y de ancho de oriente á poniente 100 leguas, desde Esmoraca, curato de Lipés al poniente, hasta Chuquiaca, estancia de la mision de Salinas á cargo de los misioneros de Tarija.

Sus principales rios son, el de Toropalca y Tarija, que engrosándose con el Pilcomayo y Bermejo, y girando hácia el norte se entran por las tierras de los Chiriguanos, y van á incorporarse con el rio de la Plata.

Tiene este partido nueve curatos, cinco en la Puna, y cuatro en los valles de Tarija; estos surten á aquellos de granos y maderas.

El primer curato de la Puna es Talina, en una quebrada de su propio nombre, distará 70 leguas; dá algun poco maíz y trigo. Tiene minas de oro muy decaidas, y subsiste en gran parte de la arrieria: son sus moradores indios y mestizos.

Tupiza, en otra quebrada; dista 60 leguas, tiene algunos mas españoles, y es la cabecera del partido. Su vecindario subsiste del trabajo de las minas de oro y plata de Choroma, Estarca, y otros parages; dá algun poco de maíz, trigo, y se aplican tambien á la arrieria.

La gran Chocaya, á un lado de Tupiza, distará 70 leguas; de temperamento muy frio, tiene buenas minas, pero escasean los españoles, siendo su temple para carneros de la tierra y guanacos.

Santiago de Cotagaita dista 34 leguas; está mal situado entre un rio y una quebrada, en el camino de Buenos Aires: su temperamento es regular, compònese de pocos españoles, muchos mestizos, y algunos indios que se mantienen de la arrieria, de sus cosechas de granos, por ser el temperamento mas benigno, y del carbon que traen á Potosí.

El quinto y último curato de la Puna es Calcha, que está veinte leguas, cuyos naturales viven dedicados al cultivo de las tierras que tienen y poseen por repartimiento: en ellas cosechan maíz, trigo y cebada, el que unicamente les basta á su manutencion, por lo escaso de sus asignaciones. Del mismo modo aprovechan tales cuales montecitos de churque que hay en el contorno, y de que hacen carbon, que conducen á esta capital diariamente: siendo en estos dos ejercicios muy propensos al trabajo, y por lo mismo los mas acomodados de la provincia.

Aunque Esmoraca es anexo curato de Santa Isabel, del partido de Lipas, tiene en él su residencia continua el cura de aquella doctrina, y está ceñido al de Chichas. Este lugarcito, y su inmediato de Cerrillos, rinden proporcionado número de marcos de plata y oro el mas superior, aunque en corta cantidad.

En Vitiche, jurisdiccion del curato de Calcha y distante de esta villa 18 leguas, se fabrican cordovanes de regular calidad, y son los únicos que surten todas estas inmediaciones, y proporcionan á aquellos vecinos su subsistencia, y en algunos casos regular conveniencia: con cuyo objeto se dedican á criar muchas cabras, por ser la piel mas á propósito para este destino.

Se pueden regular en 50 ó 60,000 marcos anuales los que benefician estos pueblos, y como en 100,000 pesos el oro, cuyo importe cambian por ganados, maíz, maderas y otros frutos que produce, y les llevan de la parte de Tarija, cuyo territorio es llano, fértil y abundante: está separado de lo demas del partido, por unas asperísimas montañas comparables á los Pirineos.

San Bernardo de Tarija es pueblo de españoles, dista 100 leguas, tiene cabildo secular, iglesia matriz, y cuatro conventos de Santo Domingo, San Agustin, San Juan de Dios y San Francisco. A excepcion de este, los demas son de muy poca utilidad, y no reside en ellos mas que un religioso: por lo cual fuera mejor suprimirlos, y con sus rentas fundar algun establecimiento útil al país, cuyos antiguos moradores los dotaron á sus espensas.

Está la villa en un hermoso llano con riego, y sus calles á nivel: su terreno es el mas fértil de cuantos se conocen por acá: pero le aprovechan solo para maíz, y criar ganado de cerda, cuyos frutos, las maderas y demas venden en la parte de la sierra, segun se ha dicho.

Es Tarija frontera de los indios Chiriguanos, cuya circunstancia uni-

da á la feracidad del terreno, parece exigia se pusiese mas atencion. Asunto ya tratado, aunque sin efecto, en el informe hecho á Su Magestad en 16 de Agosto del año pasado de 1785, por resultas de la visita, y cuya copia debe existir en el Superior Gobierno.

San Lorenzo, al pié de las montañas; dista 97 leguas de Potosí, y tres de Tarija: es pueblo de españoles, del mismo temperamento y feracidad, y fué la primera poblacion de aquellos valles. Mas adentro, hácia las tierras de los Chiriguanos, se hallan otros dos curatos de poco nombre, que son el Valle de la Concepcion y Chaguaya, que antes hacian uno solo, y hoy dos, por la multitud de gentes de aquellas campañas.

En el de la Concepcion, se hallan las haciendas de la Angostura, la Misericordia, y otras que están pobladas de viñas, y donde se cosechan vinos excelentes, que se consumen en el mismo Tarija y en la provincia de Chichas. Todo este terreno es á propósito para sembradíos de trigo, que se dá en abundancia, y se invierte la mayor parte en la referida provincia de Chichas.

Como por la misma feracidad del terreno hay pastos abundantes, se conserva, cria y aumenta crecido número de ganado vacuno y lanar, que á proporcion lo expenden á los provincianos de Cinti, computándose la saca anual á poco menos de mil cabezas del primero, que su valor suele ser de 8 á 10 pesos.

De la matanza que hacen, aprovechan las pieles, curtiéndolas en la misma frontera, y con que proveen de suelas á esta villa, Chuquisaca, y sus inmediatos partidos, con no poca estimacion: pues han llegado á venderse de cuatro pesos arriba, sin embargo de las que en igual porcion se introducen de Chuquisaca.

El comercio de géneros de Castilla y de la tierra puede ascender á mas de 60,000 pesos de entrada, computado con su retorno, como producto de los granos y efectos que sacan del pais.

En medio de todas estas bellas proporciones, son los habitantes del valle de Tarija los mas pobres, por lo propenso que son al ócio y harganería, afianzados en lo poco que les cuesta su subsistencia, á semejanza de sus vecinos. Mas bien las mugeres son aplicadas al trabajo de varios tegidos, de que forman chuses, alfombras, y otras telas de utilidad.

El partido de Atacama, situado al extremo de la Provincia, linda por la parte del norte con el de Lipes y el de Tarapaca del vireynato de

Lima, por el sud con el reyno de Chile, por el este con la Provincia del Tucuman y por el oeste, con la costa del mar del sur.

Tiene dos curatos, el uno nombrado San Pedro de Atacama, dista 160 leguas de esta capital con cinco anexos, que son San Lucas de Toconao, Santiago de Socaire, San Roque de Peyne, Susquis é Ingaguasi. Este es un mineral de oro hoy arruinado, aunque de nombre en lo antiguo. De temperamento frio, y escaso de todos comestibles, de que le proveen los inmediatos valles del Tucuman. El de los anexos de Socaire y Susquis es igualmente destemplado, por su situacion inmediata á la Cordillera de Chile, y cuya causa hace tambien que esten casi despoblados, viviendo los indios originarios de ellos en la jurisdiccion del Tucuman por la mayor facilidad con que consiguen su subsistencia. Aunque el temperamento del anexo de Peyne es mas benigno por la mayor cercania á la costa, se halla tambien casi despoblado, porque sus proporciones productivas no sufren residencia fija.

A mas de Ingaguasi, hácia los confines de la Provincia de Salta, tiene otros tres minerales de oro, á saber: Susquis, Olaros y San Antonio del Cobre, que siempre han sido trabajados por los indios con la escasez y poco fomento que acostumbra. En estos el trabajo es mas permanente que en Ingaguasi, porque como veneros no estan sugetos á la estacion precisa de aguas, sin la que en este último no se pueden moler los metales, hacer lavas y beneficiarlos por azogue.

El curato de Atacama la baja dista 150 leguas de Potosí, tiene cinco anexos, entre ellos el puerto de Cobija: sus habitantes son casi todos indios y algunos mestizos, su temperamento benigno, y en la estacion de verano, de calores fuertes, así como en Atacama la alta y su anexo de Toconao. Sus producciones trigo, maíz, verduras, algunas pocas frutas, y algarroba, de que usan para chicha, como la que en el Perú se hace de maíz. Maderas de corpulencia y subsistencia, sales esquisitas y en mucha abundancia, pastos sabrosos para crias de ganados lanares; pero escasez grande de aguas, que no logran para sus riegos sino en corta cantidad de la que les provée una laguna situada en el mismo terreno: á excepcion del rio de Chiuchiu, que es el mismo que nace de Miño, y riega el territorio de Calama, con extension de tres á cuatro leguas por todas partes, y con cuyo motivo es perenne una famosa cienega, cubierta menudamente de la yerba ó pasto que llaman junquillo, tan á propósito para el engorde del ganado, que siendo extremoso, lo hace infecundo á poco tiempo: con este hacen comercio hácia Pica y Tarapaca, porque llega á producirles hasta 20 pesos una rez, y á proporcion los carneros de la tierra.

En el distrito de este curato está el puerto de Santa Maria Mag-

dalena de Cobija, cuya situacion, proporciones, seguridad ó riesgo de enemigos, modo de habilitarlo y demas, se comprende en el informe hecho por el comisionado para su reconocimiento en 19 de Mayo de este año, de que se dirigió copia á ese Superior Gobierno.

Tambien tiene un mineral de cobre nombrado Conchi, que dista de esta capital 138 leguas, y el que abastece de almadanetas á los ingenios de esta ribera, conduciéndose porcion de quintales en cada año, y haciendo un ramo de comercio regular, y en que giran con interes de varios vecinos de esta villa, muchos naturales de aquella provincia.

Los que no se ocupan en este tragin, viven dedicados al cambio y rescate del pescado congrio y charquesillo, que regularmente conducen á esta plaza, á Chuquisaca y Oruro, para lograr del mayor aumento en su estimacion: las primeras manos expendedoras son los indios naturales del puerto de Cobija, con quienes tratan los rescatiris, á cambalache de ropa, coca y otras menudencias de ningun provecho; por eso no lo tienen, aunque sea penoso y continuo su trabajo, y solo los rescatiris aprovechan del aumento de cuatro pesos, á que lo compran, á diez, en que de ordinario lo venden en las citadas plazas.

Entre lo referido de este partido se encuentran unas vetas de caparrosa, piedra alumbre, piedra lipes, y polvos azules y verdes, pero que ni se trabajan con formalidad, ni tienen dueños conocidos. No tiene otro mineral de plata que el nombrado Saltipon, y que se abandonó en sus principios, por haberse reconocido que sus vetas á poco trecho de la superficie del cerro no descubrian sino unos ramos menudos incapaces de compensar los costos.

Extiéndese el referido partido de norte á sur 100 leguas, 65 del este á oeste, 320 de circunferencia, siendo el partido mas despoblado de cuantos componen la Intendencia.

Tiene igualmente este partido porcion de vicuñas, que son las mas apreciadas por la calidad de la piel, mas grande y fina que las de las otras partes; pero á cuya caza no se dedican, porque el precio ofrecido por ellas no les compensa su trabajo, ni promete utilidad á los naturales.

Es Lipes de los partidos de esta jurisdiccion el cuarto. Linda por el sur con Chichas y parte de Atacama, por el norte con Caranagas y Paria de la Provincia de la Plata, por el este con los partidos de Chichas y Porco, y por el oeste con Atacama, y Tarapaca. Extiéndese de norte á sur 65 ó 70 leguas, 80 del este oeste, y 150 poco mas de

circunferencia. Tiene cuatro curatos, á saber: San Antonio de Lipes, que dista 91 leguas de esta villa; Santa Isabel que está á 95; San Cristoval que se halla á las 62; y Lica y Tagua que dista 125: todos de temperamento sumamente frio, y muy poco vecindario. Escasos de agua, y las que hay salitrosas. Sus campos son tolares, y en lo mas muy pobres de pastos, lo que precisa á no tener otro ganado que los carneros de la tierra.

Sus producciones casi no son otras que cebada y papas, de suerte que sus moradores tienen continuamente que salir á los valles en solicitud de mantenimientos. Sostiénense ordinariamente de las onzitas de plata que sacan, ya en los desmontes de las antiguas minas abandonadas, y ya en las tierras que escogeu de los muladares y calles, y las que, lavadas y fundidas por un magistral que les agregan, y llaman *sorecho*, les suministran escasamente con que subsistir y satisfacer el tributo. Aunque esto prueba la antigua riqueza de aquellos minerales, y principalmente el de San Antonio de Lipes, de tanta fama como el rico cerro de esta villa, hoy estan todos absolutamente abandonados á buscones ó pallaqueros, que ni pueden ni se atreven á emprender grueso trabajo, porque todas las minas estan ciegas, hundidas y aguadas, y solo en San Cristoval se continuan por los indios dos labores, llamadas la Tesorera y la Estaca, pero con la lentitud propia de su natural inclinacion, y falta de auxilios.

Atribúyese la decadencia de estos minerales á la escasez de gente, causada desde el año 19, en que se experimentó la general peste en este reyno. Pero lo cierto es, que á ser las minas de codicia, y experimentándose facilidad y utilidad en la saca de los metales, no dejarian de acudir de todas partes gentes, como sucede en Aullagas y otros, y sucedió en el mismo Lipes en los tiempos de su boyá. No se duda pudiera proporcionarse algun fomento á aquellos minerales, pero tampoco se ignora que siendo los que los trabajaban indios tributarios, seria necesario habilitarlos aun con la ropa para su uso, exponiéndose el aviador á muchas quiebras, por la natural desidia de esta clase de gentes, y para cuyo ejercicio no habiendo sugeto particular que se atreva á emprenderlo, tampoco conviene gravar hoy al real erario con esta pension, pareciendo mas conveniente dejar al tiempo, hasta que el útil establecimiento del tribunal de minería proporcione medios para atender á este objeto.

Uno de los ramos que pudieran ofrecer utilidad, es la lana de vicuñas, cuyo ganado abunda en este partido: pero el sumo trabajo que cuesta á los indios cogerlas muertas, y lo poco que les utiliza, les hace ir dejando este ejercicio. Ocúpase en él cuatro ó cinco dias, mientras tienden las redes y lazos para aprenderlas, y las arrear para aquel para-

ge por los empinados cerros en que comunmente viven, y á cuya operacion llaman *libeo*: no sacan de este modo de cogerlas tanta utilidad, ni les es tan fácil su caza, como con los perros que crían para ella con sumo cuidado y aprecio, pues si en el cerco que forman para el dicho libeo, entra por casualidad algun guanaco, que de ordinario andan juntos con las vicuñas, rompen los lazos, y escapan de las manos de los cazadores, despues de un inútil y penoso trabajo. El proyecto de amanzarlas y reducir las á manadas para trasquilarlas, al modo que con el ganado ovejuno, como previno una real órden de 30 de Abril del año pasado de 1779, no es practicable, á vista de lo montaráz de este animal, que no sufre la menor sugesion, acostumbrado ya á habitar las mas altas serranias. Es verdad que en estas provincias se ha visto una ú otra domesticada, y en mi misma casa tuve una que llegó hasta á ser la diversion del pueblo: pero esto no puede hacer regla general para este ganado, y tocaríamos el inconveniente de su falta de procreacion, como se ha experimentado repetidas veces, y una de ellas con la que vá referido, tuve en mi casa con una hembra.

Tiene tambien este partido varios minerales de cobre, que se reducen á los del asiento de Escapa en el repartimiento de San Cristoval, con la bella proporcion de la granalla, que es la mejor para la labor de esta real casa de moneda: pero estos se hallan en poder de indios sin un trabajo formal, y casi en términos de abandonarse por la mala direccion de las minas y sus derrumbes en la parte y lugar de mas provecho.

El trueque, cambio y venta de carneros de la tierra, que crían en crecidos rebaños, les ofrece tambien tal cual pasadia, por la estimacion con que los conducen al mineral de Guantajaya, y Asiento de Tarapaca de la intendencia de Arequipa, por lo escaso de estos en todo comestible.

Algunos viven empleados en proveer de sal y pólvora á los minerales de Chichas, que en ocasiones aun no les compensa los costos, por que la libra de esta les es pagada regularmente á dos reales, cuando no sea al fiado, ó en cambio de efectos de ningun útil.

El azufre, que hace otra corta parte de su comercio, sacándolo de los volcanes que tiene el partido, y principalmente de un cerro conocido por el de Tagua, tampoco les aumenta su pasadia, porque no es esclusivo de otras provincias, de donde tambien se conduce á igual precio, y en muchos casos por algo menos.

Chayanta ó Charcas, es el último partido de los de este Gobierno Intendencia: linda por el norte con Porco, con Cochabamba y Mizque; por el sur, por el oriente con Yamparacé, y con Paria por el occidente: dilátase de norte á sur 70 leguas; 60 de este á oeste, y 210 de circunferencia. Tiene 20 curatos en la puna y valles, con la bella proporcion de que sus naturales no tienen que salir en ningun tiempo del partido para sus siembras y recojo de granos, porque poseyendo tierras en unos y otros temperamentos de su provincia, en ellas cosechan cuanto necesitan. Por estos son los indios mas acomodados de todos los partidos, los que con mas facilidad contribuyen el tributo, y entre los que se encuentran algunos no raros de mas civilizacion que en otros.

El pueblo de Chayanta, que dista de esta villa 40 leguas, es la capital del partido, de muy buena situacion por la pampa en que se halla, que tiene mas de legua y cuarto de largo: de no corta poblacion, y está bien arreglada en sus calles y plaza. Su temperamento de puna muy frio, y sus frutos solo papas y cebada que siembran y cogen con abundancia en la misma pampa. Está dividida la poblacion en dos curatos con una sola iglesia, de que el lado derecho ó parte del evangelio, es de los Laimes, y el izquierdo ó de la epístola de los Chayantacas, teniendo cada curato sus altares, plata labrada, y ornamentos separados, á excepcion del altar mayor que es comun á los dos curatos. La poblacion está tambien dividida en dos parcialidades con los mismos nombres. Tiene la de Laimes dos gobernadores ó caciques, y tres la de Chayantacas. Un anexo aquella, y tres esta. Sus naturales bajan á los valles de Micani, San Pedro y Carasi, en que poseen sus tierras, y con las harinas y granos que conducen á la Paz, Yungas y Oruro, retornan coca, algodón y agí, extendiéndose algunos hasta la costa, de donde regresan con aguardientes.

Hállanse en la jurisdiccion de estos curatos dos minerales de oro, nombrados Amayapampa y Capacisca, y tres veneros conocidos por Chuita, Taconi y Choquita. Trabájase hoy con lentitud en Amayapampa, no obstante que en lo anterior fué de tanta fama este mineral, que se asegura tiene tanto desmonte como el cerro de Potosí. En los demas solo se trabaja por buscones, á excepcion de Choqueuta en que se sigue con alguna formalidad por un vecino de Chuquisaca. El precio á que regularmente se rescata el oro, es de 11 pesos 15 y 15½, segun el lavadero, ó mina de donde se saca.

Aymaya, en distancia de un cuarto de legua de Chayanta, y lo mismo que está de Potosí, es curato de indios situado en la propia pampa, y cuya jurisdiccion divide un rio seco inmediato al pueblo: su poblacion es muy reducida y sin formalidad, porque los vecinos viven en sus estan-

cias: su temperamento y frutos son sin diferencia los mismos que en Chayanta, y su comercio igual, pudiendo conceptuarse los dos pueblos, como uno en esta parte.

Panacachi, distante 46 leguas de esta capital, es tambien curato de indios: de temperamento frio como Chayanta, pero tiene un anexo nombrado Parica, que es valle, y adonde se traslada el cura con todos sus feligreses llegado que es el tiempo de yelos; su comercio y frutos como en el anterior curato, á excepcion del rescate de oro que no tienen.

Sacaca dista 55 leguas de Potosí: es uno de los mayores curatos del partido, con extension de mas de 30 de jurisdiccion: su iglesia es el mejor templo de todo el partido, con alguna, aunque no abundante, plata labrada; pero sí ricos y costosos ornamentos: su temperamento de puna muy frio, como lo son los de todos sus siete anexos; y solo el de la vice-parroquia de Santiago es mas templado. Produce papas, quinua, y cebada; y el comercio de sus naturales se reduce á sacar en harinas los granos que recogen en los valles de Santiago y Acasio, y llevarlos á la Paz, Yungas, y Oruro, retornando su importe en los mismos efectos que los de Chayanta y Aymaya.

Acasio, hoy curato distante 65 leguas de esta villa, fué reduccion de los indios de Sacaca: su temperamento es templado, y de aquí sacan, como va dicho, los Sacañeños sus granos y frutos para el comercio. Tiene un anexo nombrado Toracarí, de temperamento que llaman temporal, y muy combatido de molestos vientos: hay en él minas de plata, cuyo producto es sumamente corto, porque solo se trabaja por un minero que posee dos ingenios en el mismo pueblo, el uno corriente y el otro absolutamente arruinado.

San Pedro de Buenavista, separado de esta capital 62 leguas, está situado en los altos de una quebrada del mismo nombre: es uno de los mayores pueblos del partido: produce en toda la jurisdiccion del curato, trigo, maíz y cebada, frutas de varias clases, y se erian árboles de mucha corpulencia, principalmente los sauces. Comprende 18 haciendas compuestas de molinos y tierras de sembradío, cuyos dueños son los mas españoles, y el temperamento es de los mas cálidos de la provincia: en los meses de invierno acrece notablemente la poblacion por los naturales de Chayanta y otros que tienen sus tierras en este distrito, y se conducen á ella con todas sus familias.

Moscari, situado al lado opuesto de San Pedro, distante 50 leguas de Potosí, tiene punas y valles en la jurisdiccion del curato, proporcionan-

do esta ventaja la facilidad del recojo de sus granos que hacen sin salir de sus tierras: de unas y otras poseén así españoles como indios, ascendiendo las haciendas de aquellos á 34, en punas y valles, sin las dilatadas tierras que poseen estos.

Micani se halla casi al frente de Moscari, en distancia de mas de 50 leguas de esta villa, situado en altura como San Pedro, y de casi igual temperamento, aunque no se nota tanta abundancia ni frondosidad de árboles: en los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto, es combatido de fuertes vientos: produce en las quebradas trigo y maíz, y en los altos papas y cebada, y disfruta algunos cortos retazos de tierra de otros sembradíos á que vienen los indios Pocoatas, Laymes y Aymayas.

Carasi es curato de indios, de igual proporeion, temperamentos y frutos que el de Moscari, porque tiene, como este, tierras en punas y valles, sin salir de la jurisdiccion: dista de esta capital 60 leguas.

Guaycoma, pueblo de españoles hacendados, separado de esta villa 48 leguas: es de temperamento cálido, y sus productos granos, frutos de sembradío; con haciendas de molinos, y tierras, en las que tambien cosechan algunos indios yanaconas de la real corona, en calidad de arrendaderos.

San Marcos, corta poblacion de indios: su temperamento de valle, del que sacan sus granos los Machas, Pocoatas y otros. Dista de Potosí 52 leguas, y sus productos son trigo, maíz, cebada, frutas y todo género de hortalizas.

Surumí dista 40 leguas poco mas de Potosí. Es un santuario de Nuestra Señora, con la advocacion del mismo nombre: su temperamento algo templado aunque no de valle, y sus productos no otros que los del curato por la devocion á la imágen.

Pitantora, pueblo de españoles hacendados, se halla distante de esta villa 45 leguas: es de temperamento muy agradable y compuesto de haciendas situadas en una estrecha lengua de tierra que forman dos rios, entre los que está formado, y bajan de la serrania á cuyo pié se hallan. En el corto espacio de tres leguas que tiene la quebradita, se cuentan mas de treinta paradas de molino, sin incluir muchas mas que están situadas en el Rio Grande, al que se entra á las citadas tres leguas, y cuyo temperamento es aun mas fuerte que el de Pitantora, en donde no hay la enfermedad de chuccho, ó tercianas como en el Rio Grande.

Todas las tierras de estas haciendas corresponden á españoles, sin que los indios tengan otras que las que quieran estos arrendarles, con las pensiones de trabajar casi siempre á beneficio del dueño, despues de satisfacer el arriendo. Aunque el terreno es á propósito para cualquier fruto, están reducidos estos, por la desidia de los habitantes, á trigo, cebada, pocas verduras que casi consumen los mismos que las cultivan, y frutas de todo género. Jamás se agostan los árboles, porque no hay heladas en ningun tiempo del año, y la corpulencia de algunos, principalmente de los sauces, es de mas de 16 varas en un solo pié, produciéndose muchos retoños, y dándose flores en todos los meses del año.

Entre los anexos de Pitantora se cuentan los de Ocuri y Marcoma, ambos minerales de plata, trabajados con lentitud por tres ó cuatro mineros que llevan labor formal, y buscones ó pallaqueros que revuelven los desmontes de las antiguas minas, y los que usan de trapiches de mano ó piedras, con que hacen sus moliendas sin ingénios mayores para ellas.

Moromoro es curato situado al extremo del partido; dista 45 leguas de esta villa: su temperamento templado, sus producciones, trigo, maiz, cebada, papas y algun otro fruto. Es uno de los curatos de menos nombre.

Macha está á treinta leguas de esta capital; pueblo de indios originarios, situado en la quebrada que lleva el mismo nombre, y en la que se hallan los ingénios de la ribera de Aullagas: de temperamento frio y de producciones proporcionadas á él; esto es, papas y cebada.

Chayrapata es valle en donde tienen tierras los indios del anterior curato: produce trigo, maiz, y verduras, y dista de Potosí 37 leguas.

Pocoata es poblacion de indios, de temperamento mas benigno que los demas de la puna: de indios acomodados por los ganados que poseen; produce trigo, cebada, verduras, y alguna fruta, que todo lo conducen á vender á Aullagas, de donde dista solo 5 leguas y 34 de Potosí. Tienen los indios tierras en la puna y en los valles de Chayala, Micani y Carasi: en su jurisdiccion se halla el ingénio de Guancarani, de mejor temperamento que el pueblo, del que dista solo una legua.

Chayala es curato dividido del antecedente, y en el que tienen tierras de sembradío los indios de aquel: su temperamento de valle, proporcionado á todo género de frutos; pero muy expuesto á pérdidas, por los destrozos que causan tres rios que se juntan en la inmediacion del pueblo: dista de la capital de 33 á 40 leguas.

Aullagas, mineral de españoles, á distancia de 32 leguas de Potosí, es el pueblo de mayor consideracion de todo el partido de Chayanta: aunque su situacion, en las lomas de los cerros mas altos de la provincia, lo hace muy incómodo, sumamente frio, destemplado y combatido de fuertes vientos. Sus minas famosas siempre por sus productos, lo hacen de numerosa poblacion, y de preferente atencion por lo que rinde al real erario. No tiene formacion de calles; la plaza es una peña viva, como lo es todo el plan del pueblo. El de Anconasa, que dista como un cuarto de legua de Aullagas, tiene la misma situacion é incomodidades, aunque poco mas abrigado por no estar en tanta altura como este. En él se hallan las cuatro principales vetas de San Nicolas, Sivelo, la Purísima y San Agustin, en donde se trabajan siete minas, con los nombres de San Nicolas, Fajardo, San Agustin, el Sacramento, el Bronce, el Santo Christo y Menguengue: hay otros barrenos y catas que no se trabajan con la formalidad y continuacion que las minas referidas, por lo que tampoco se reputan por tales. Tiene este cerro un socayon concluido, llamado Colquechaca, y otro que aun se está siguiendo en los altos de Aullagas y cerro de la Gallofa. Hay seis ingénios corrientes en la jurisdiccion de los curatos de Macha y Pocoata; y en el mismo Aullagas porcion de trapiches menores, que se computa pasen de treinta, y en donde se benefician los metales que se compran á las puertas de las minas, pertenecientes á buseas. Llámense así los que, con permiso y anuencia de los dueños de la minas, sacan los trabajadores en la noche del sábado, entrando al anochecer de este dia, hasta el domingo por la mañana, y el que reparten por mitad entre el dueño y trabajadores; con cuyo auxilio, que es á mas de su jornal diario, no solo se consiguen con abundancia operarios, sino que se evitan los ladrones, que con el nombre de *capchas* hacen muchos destrozos en las minas, como sucede en este cerro de Potosí. Nada produce Aullagas, ni es posible produzca en un temperamento tan fuerte, pero no carece de todo lo necesario para la subsistencia de sus muchos habitantes, y con especialidad abunda de aguardientes conducidos desde la costa para aquel mineral.

Todo el partido de Chayanta ofrece la mejor proporcion para aumentarlo en la agricultura y comercio, por sus principales minera-

les con proporcionada saca de metales de oro y plata: sus valles con abundantes y esquisitas frutas, hortalizas y granos; sus punas, aun las mas fuertes (exceptuando solo Aullagas), producen papas, cebada y quinua; sus naturales con mas comodidad que los de los otros partidos, y sobre todo la bella proporcion de no tener que pasar á valles de otras remotas provincias para el recojo de sus granos, que se reparten á esta villa, Chuquisaca, Oruro, Yungas y la Paz, en número bastante crecido. Todo les brinda con la abundancia, si la natural desidia de los naturales, y el abandono de los españoles y demas castas que viven en sus pueblos, se esforzasen á adelantar las poblaciones, y adelantarse á sí mismos con el trabajo y la industria, desconocida aun por el nombre en estos parages.

Ascenderán á 100,000 marcos de plata, poco menos, los que anualmente se conducen á este banco de rescates del partido de Chayanta, de que la mayor parte es del de Aullagas; y como á 150,000 pesos el oro que se saca de los dos minerales y veneros referidos. El comercio de ropas de la tierra es bastantemente crecido, y puede regularse en 200,000 pesos al año, no incluyéndose en esta cantidad el importe de los géneros de Castilla, por no ser de mayor interes.

La poblacion de todos los partidos es, segun las últimas revisitas, en Porco, de 31,712 almas; en Chayanta de 54,633: 18,000 poco mas ó menos en Chichas: 3,364 en Lipes: 3,657 en Atacama, y 60,000 que de todas clases se reputan en el valle de Tarija. Los agregados, españoles, mestizos y cholos, se regulan hasta 10,000 en todos los partidos, y 35,000 que se computan hoy en esta capital; de suerte que asciende el total de los habitantes de esta Provincia á 216,871, y se puede calcular tendrá toda ella como 600 leguas de circunferencia.

Ya se vé que el número de pobladores es muy corto comparado con el terreno, y quizá esto mismo forma la causa natural de su desidia é inaplicacion. Otra puede considerarse en la falta de luces y facultades para dirigir sus operaciones, y no es menor la que resulta de no haber bastantes pueblos consumidores. Pero lo que en mi concepto hace mas oposicion al adelantamiento de estos paises, es la tenacidad con que sus naturales siguen las máximas en que se han criado, y las pocas manos y arbitrios del gobierno para inspirarles otras mas convenientes y oportunas.

Es tambien del caso considerar la poca fiijeza del sistema político de Europa con respecto á la América. Se ignora hasta donde, en qué materias, y por qué términos pueda ser permitido el fomento.

Reducido este á las minas, y una poca y mala agricultura, no hay circulacion interior, y se pierde todo el valor que las primeras materias pudieran adquirir con el beneficio, dando alimento á mas individuos. Las máximas bien conocidas de economia y adelantamiento se oponen á otras de diverso nombre, y esto forma una série de dudas peligrosas en la explicacion, y en que es bien dificil hallar sin otros riesgos el deseado punto del acierto. Y como va creciendo visiblemente la poblacion, y no se aumentan los trabajos, no se debe considerar menos riesgo en tener estas manos ocupadas que en tenerlas ociosas. Si se examinan sin preocupacion los diversos tiempos de América, se verá una diversidad de ideas, consiguiente á otra diversidad de principios. Abstengámonos de la antigüedad, y acerquemonos á lo moderno, como mas fácil á nuestro conocimiento. Alberoni queriendo imitar á Richelieu en sugetar la Europa al arbitrio de su política, no vió en las Américas otra cosa sino que sus riquezas aumentaban, por el canal del comercio, el poder de las naciones enemigas á España. Meditó transferirlas al Asia; y acaso hubiera sido menos feliz en este designio, que cuando intentó con solas nuestras fuerzas oponerse á las de la cuádrupla alianza. El Marques de la Ensenada halló en el beneficio de los empleos, medios de engrosar el erario: aumento pasajero de mas daño que utilidad. Alguno, no sin gran razon, ha creído acertar poniendo su conato en la marina. Otro se ha dedicado al aumento y economia de la hacienda real, procurando para conseguirlo hallar en las minas las primeras fuentes productivas. El ver en su totalidad estos paises; compararlos en sus diversos aspectos, y adelantarse con la prevision á los sucesos futuros, fijando resultas de profundas y bien meditadas combinaciones:—máximas que, en cuanto es permitido á la prudencia humana, sirvan al gobierno de una base segura y digna de seguirse sin interrupcion ni variedad por todos los ministerios—esta me parece en suma la operacion mayor de una política que reuna la ilustracion á la experiencia.

Mucho se ha adelantado con el sistema de intendentes, del que no se conocen aun todas las ventajas, porque estando en su infancia, no ha podido manifestarlas. Tiene á la verdad este proyecto algunas dificultades que sirven de estorbo á sus operaciones: bien las habrá concebido la alta capacidad de V. E., y no se le ocultarán tampoco los modos de reducirla á aquella hermosa simplicidad que manifieste toda la armonía y correspondencia de esta máquina. Yo tuve el honor de que se me consultase antes de ponerla en ejecucion, con órden la mas honorifica que se habrá puesto á ministro. Mi dictámen, aunque explicó algunas dificultades, fué, que el tiempo manifestaria otras. En efecto al ano de entablado el pensamiento, conocí todos los estorbos

que se oponian á la verificacion de los santos y venerables fines, y en carta confidencial los manifesté, con los remedios que concebía, al difunto Señor Marques de Sonora.

Puedo aun presentar su contestacion, reducida á que tenia por fundadas mis razones: y es preciso convenir en que, ó se deben quitar los estorbos, ó no puede andar como conviene la máquina de las intendencias. Ni se diga es impropio reformarla tan en sus principios: por tres ocasiones ha reformado ya la Francia las instrucciones de sus intendentes, y acaso será este el origen del alto punto á que ha subido la poblacion, las fábricas, el comercio, la agricultura, la policía, y otros recursos que abundan en aquella nacion.

Algo me he distraido del asunto principal de esta nota, pero V. E. lo disimulará, si reflexiona que cuando se trata de felicitar unos paises, es necesario, para fijar el punto y el modo, verlos por todos sus aspectos, y buscar consonancia en las disposiciones generales del Gobierno. He deseado en los últimos párrafos tener como Tácito mas pensamientos que palabras, dejando al discurso todo lo que recata la pluma: intento vano y atrevido, porque aquel sábio político, dice Solís, es mas propio para ser admirado que para que se le imite.

Potosí, Diciembre 16 de 1787.

JUAN DEL PINO MANRIQUE.

Exmo. Señor Virey, Marques de Loreto.





HISTORIA

DEL

PARAGUAY, RIO DE LA PLATA

Y

TUCUMAN,

POR EL

P. GUEVARA,

DE LA

COMPANIA DE JESUS.

Primera Edición.

BUENOS - AIRES.

IMPRESA DEL ESTADO.

1836.

DISCURSO PRELIMINAR

A LA

HISTORIA DEL P. GUEVARA.

Los historiadores del Rio de la Plata salieron casi todos del seno de la cèlebre Sociedad, que por cerca de dos siglos egerciò un influjo poderoso sobre los pueblos de estas regiones; y à los Schmidel, Guzman, y Centenera, que describieron los hechos de la conquista que habian presenciado, sucedieron los PP. Pastor, Montoya y del Techo, cuyos trabajos evangélicos la extendieron y afianzaron.

La Compañia de Jesus no era entonces lo que aspiró á ser en el último periodo de su existencia. Ceñida á las reglas de su instituto, cultivaba las ciencias, descollaba en las letras y se afanaba en perfeccionar los métodos de enseñanza, para hacer de sus claustros el gimnasio universal de la juventud europea. Entretanto un vasto continente se ofrecia à las investigaciones de los sâbios y al celo apostólico de los catequistas—dos títulos que reunian en sî los discípulos de Loyola y de los que anhelaban hacerse dignos. La sancion religiosa impresa sobre esta conquista, los excesos que la habian manchado, y la sensacion aun viva y palpitante producida por las enérgicas protestaciones del Obispo de Chiapa, atrayeron estos doctos cenobitas à las playas del Nuevo Mundo, arrancándoles de la palestra teológica, abierta con tanto ruido en Europa por los reformadores.

Como el Iris cuando ahuyenta la tormenta, desplegando sus colores en un cielo aun cubierto de nublados, así la presencia de los misioneros ablandó los ánimos de los combatientes, infundiendo resignacion

en los unos, inspirando sentimientos mas benèvolos en los otros. No contentos con haber disminuido el número de las víctimas, se propusieron echar los cimientos de una sociedad, fundada en los principios evangélicos, que se esforzaban de propagar entre sus neòfitos. A la triste condicion de esclavos substituyeron la de hombres, si no libres, al menos revestidos con el carácter de cristianos, y à la sombra de sus pràcticas religiosas levantaron silenciosamente el edificio de una espècie de república, en el seno mismo de la servidumbre y bajo el poder absoluto de los procònsules.

Nada les arredraba en el desempeño de sus tareas. Ni la inclemencia del clima, ni la aspèriza del suelo, ni la ferocidad de sus habitantes, eran capaces de entibiar el celo de estos animosos campeones de la Fè, cuya filantrópica intervencion se estendió rápidamente de un cabo al otro del Nuevo Mundo.

Son imponderables los cuidados, los trabajos, los sacrificios que les costò el establecimiento de sus *Misiones*. A cada paso tropezaban en un obstàculo, y cada obstàculo se convertia en un peligro. En disidencia con los magistrados, en lucha con los encomenderos y débilmente amparados por el poder supremo de la metròpoli, tenian que buscar en sí mismos los medios de accion para desenvolver sus planes y evitar que se malogràra su empresa. A las quejas, à las acusaciones, à las denuncias, oponian una conducta intachable y el estado tranquilo de sus colónias. Por mas que se afanáran sus émulos en pintarlos como hombres temibles y ambiciosos, nunca llegaron à dar à sus asertos la evidencia que se necesita para producir el convencimiento.

Los hechos, mas elocuentes que las palabras, desvanecieron estos ataques, y prepararon à los jesuitas una época de prosperidad y grandeza. Arbitros de la conciencia de los príncipes, é iniciados en los misterios de los gabinetes, reunieron en sus manos todos los elementos de fuerza, de los que se valieron habilmente para cimentar su poder. Pero este teson en ensancharlo, mas allà de lo que correspondia à una corporacion religiosa, empezó à despertar los zelos de aquellos mismos que habian contribuido à fomentarlo. Las cortes de Lisboa

y de Madrid, sometidas al influjo de Pombal y Aranda, trabajaron de consuno en derrocar este gobierno teòcratico en Amèrica; y sus hostilidades acabaron con la supresion de los fundadores.

La història aun no ha rasgado completamente el velo que encubre este gran acontecimiento: el espìritu filosòfico, que egercia una especie de dictadura en la segunda mitad de la pasada centuria, le atribuyó un origen que no parece confirmado por los hechos.—Los Jesuitas no conspiraron contra los tronos, sino contra sí mismos, ocupando en la organizacion política de los estados un lugar que no podian conservar sin invadir los derechos y las prerogativas de la corona.—“No puedo sugetar estos Padres, (escribia al marques de Pombal su hermano Carvalho de Mendoza, Gobernador general de Marañon): su política y destreza son superiores à mis “cuidados y à la fuerza de mis tropas. Han dado à los salvajes costumbres y hàbitos que los unen à ellos indisolublemente.”—Las mismas quejas dirigian à la corte de Madrid los gobernadores del Paraguay, por la independenciam con que los jesuitas administraban sus misiones, y las continuas competencias que les suscitaban. El rey mismo tenia que solicitar la cooperacion de estos misioneros para llevar à efecto algunas de sus medidas, que no siempre los hallaban dispuestos à secundarlas. Así sucediò con el tratado de límites de 1750, que fuè preciso anular por la tenacidad con que se opusieron à la evacuacion y entrega de los pueblos fundados en la màrgen oriental del Uruguay. Tenemos originalmente en nuestro poder la cèdula por la cual el rey rogaba al P. Provincial del Paraguay à que concurriese *por su parte* à la egecucion de dicho tratado; usando de los términos mas comedidos, no como acostumbraba con sus subditos, sino como si tratase con iguales.

Esta resistencia despertò un levantamiento en las Misiones, y obligó al Señor Andonaegui, gobernador entonces de Buenos Aires, à ponerse de acuerdo con las autoridades portuguesas para impedir que el fuego de la insurreccion se propagase à los demas pueblos. Por mas que los jesuitas protestasen de su ninguna ingerencia en estos tumultos, no lograron justificarse; y se hallaban bajo el peso de estas imputaciones, cuando tuvieron que defenderse contra la acusacion

mucho mas grave de haber atentado á la vida del rey en Lisboa. La debilidad de las pruebas en que se fundaba este aserto, y la incoherencia en las declaraciones de los inculpados no pudieron librar de la muerte al P. Malagrida, cuya memoria quedò afeada con la nota de regicida. Este suceso completó la ruina de la Sociedad, en la que fueron envueltos todos sus establecimientos.

Sea cual fuere el concepto que se tenga formado del espíritu y las miras de esta órden en Europa, es imposible desconocer el vacío que dejó su destruccion en América. Mientras que todo se deshacia y contaminaba, sus miembros se ocupaban en reedificar, y en dar ejemplos de caridad y templanza. Sobre este punto estan acordes las opiniones de todos los escritores, aun de los mas descontentadizos.

“Cuando en 1768 (dice uno de ellos, que no suele disimular las faltas que se cometieron en la administracion de las colonias), cuando en 1768, las misiones del Paraguay salieron de las “manos de los jesuitas, habian alcanzado un grado de civilizacion, el “mayor talvez al que pueda elevarse un pueblo jóven, y muy superior sin duda à todo cuando existia en el nuevo hemisferio. Allí, “bajo la vigilancia de una policia rigurosa, se observaban las leyes, “eran puras las costumbres, fraternales los lazos que unian à todos los “corazones, se habian perfeccionado los artes útiles, no faltaban los “agradables, era general la abundancia y nada se echaba menos en “los almacenes públicos.” (1)

No es menos honorifica la pintura que hace del gobierno de estos regulares un ilustre viajero, que habló de ellos como testigo ocular.

“Hállase esta religion, (*los jesuitas*) fuera de los desórdenes de que hasta aquí hemos hablado; porque su gobierno, diverso en todo al de las otras, no lo consiente en sus individuos. Así no se vé en ellos la poca religion, los escàndalos y el extravio de conducta que es tan comun en los demas: y aunque quiera empezar alguna

(1) RAYNAL. *Historia filosófica*, libro VIII, § 18.

especie de abuso, lo purga y extingue enteramente el celo de un gobierno sàbio, con el cual se reparan inmediatamente las flaquezas de la fragilidad. Aquí brilla siempre la pureza en la religion, la honestidad se hace caràcter de sus individuos, y el fervor cristiano, hecho pregonero de la justicia y de la integridad, està publicando el honor *con que se mantiene igual en todas partes.*" (2)

En esta escuela austera de costumbres se formó el P. José Guevara, autor de la història que nos ha cabido la suerte de sacar del olvido. Naciò, en 1720, en Recas, pequeño pueblo en las inmediaciones de Toledo; y al entrar al adolescencia adoptò el instituto de San Ignacio, en donde pronunció sus votos luego que terminó sus estudios. Dotado de un gènio activo y de un talento despejado, solicitó como un favor de pasar al Nuevo Mundo para participar de los trabajos de sus hermanos.

Entre todos los establecimientos que corrian à cargo de la Sociedad, los que mas llamaban su atencion eran las misiones del Paraguay, que se hallaban en un estado de prosperidad extraordinaria. La extension que habian adquirido en su último periodo, hacia indispensable el aumento de operarios, los que se procuraba escoger entre los mas aprovechados, para servir de maestros en los colegios establecidos en Buenos Aires, en la Asuncion y en Córdoba. En esta clase fué comprendido el P. Guevara, llamado à ocupar la cátedra de filosofia en uno de estos noviciatos. En ninguna época la Provincia del Paraguay (3) habia contado con hombres mas eminentes. Cardiel, Lozano, Quiroga, Falkner, Dobrizhoffer, gozaban de una reputacion que no han desmentido sus obras. Mas jòven que ellos, el P. Guevara fuè destinado à ser el historiógrafo de su órden, cuyo cargo habian desempeñado sucesivamente los PP. Pastor, del Techo, Cano, Peñalva, y el mas indefeso de todos, el P. Lozano.

(2) JUAN Y ULLOA; Noticias secretas de America, pag. 528 de la edic. de Londres.

(3) Este nombre comprendia á todos los establecimientos de los jesuitas en estas provincias.

Aunque en los escritos de sus predecesores se tratase prolijamente de la fundacion y de los progresos de las misiones, quiso el P. Guevara volver à indagar su origen, y el estado primitivo de las tribus, que bajo el yugo suave del evangelio habian depuesto la ferocidad de sus antiguas costumbres. Este cuadro rápido, pero verídico, de la época anterior à la conquista, acredita acierto en la eleccion de los materiales, método en su distribucion, y una reserva recomendable en hablar de hechos "sobrenaturales é improbables: prendas poco comunes en nuestros historiadores, y realizadas por un lenguaje fácil, correcto y elegante, en el que no hemos podido hallar los defectos que le nota Azara, cuyos sarcasmos son inmerecidos. (4)

En el cotejo que él hace entre Lozano y Guevara, solo un espíritu preocupado, ó un juez inexperto, pueden hallar superioridad en el primero. Prolijo en las narraciones, lánguido y descolorido en el estilo, el P. Lozano ha comprometido la dignidad de la historia por la facilidad con que ha acogido las tradiciones vulgares, por mas estrañas y absurdas que fuesen. Guevara no es absolutamente libre de este reproche: pero su candor tiene sus límites, y cuando los salva no es por exceso de credulidad, sino porque no se atreve à dudar de lo que aseveran testigos presenciales. Sin embargo, en la cuestion de los *Césares*, despues de haber discutido con independenciam todas las opiniones, declara imposible su existencia, acreditando buen sentido y cordura en sus argumentos: Tal vez su carácter religioso le impidió expresarse con la misma libertad en materias mas graves.

Personas que nos merecen crédito nos han asegurado, que lo que queda del P. Guevara es apenas la mitad de lo que habia escrito; y que la segunda parte de su historia, talvez la mas interesante, por contener los sucesos de una época mas cercana, le fuè arrebatada en Santa Catalina, (5) donde le sorprendió la supresion de su instituto, en compañía del P. Falkner, autor de una obra que hemos publicado en el 1.º tomo de nuestra coleccion. Se añade tam-

(1) *Viages a la America meridional. Tom. I, pág. 25.*

(5) *Estancia que poseian los Jesuitas, á cerca de catorce leguas de Córdoba, y en donde tenian parte de su biblioteca y archivo.*

bien, que entre las vârias instrucciones comunicadas al gobernador Bucareli, para llevar à efecto la expulsion de los Jesuitas en estas provincias, se le mandaba de recoger y enviar à España el manuscrito de la història del P. Guevara. Esta comision fué desempeñada por el Dr. D. Antonio Aldao, letrado de crèdito aquel tiempo, y cuya presencia no bastó à preservar de la dispersion y del pillage tantos documentos preciosos del saber y de la aplicacion de la Sociedad que habia civilizado estas provincias!

El P. Guevara, fiel à su mandato, habia enlazado los acontecimientos políticos que publicamos, con los de la Compañia de Jesus, de cuyos detalles hemos prescindido, por hallarse registrados en la voluminosa obra, (6) que con este mismo título y objeto dió à luz el P. Lozano.

El manuscrito de que nos hemos valido, pertenece à la selecta biblioteca del Señor Canónigo, Dr. D. Saturnino Segurola, à quien volvemos à tributar publicamente nuestra gratitud, por el vivo empeño que toma en el buen èxito de nuestra empresa.

A mas de esta copia, tenemos noticia de otras dos que existen en Buenos Aires: la una en la biblioteca pública, y la otra en poder de la familia del finado D José Joaquín de Araujo. En el convento de los PP. Dominicos de los Lules, en la provincia de Tucuman, deberia conservarse el eemplar que les ofreció el autor, por la cariñosa hospitalidad que le dispensaron; y no seria improbable que fuese este el mas completo de todos los que hemos mencionado.

Cual fué la suerte del P. Guevara, despues de la expulsion:— donde y cuando acabó sus dias, lo ignoramos igualmente; y hemos solicitado en vano la obra del P. Diosdado Caballero, que por haber descrito la vida literaria de los últimos jesuitas, deberia haber recogido estas noticias.

PEDRO DE ANGELIS.

Buenos Aires, 15 de Mayo de 1836.

(6) *Història de la Compañia de Jesus, en la provincia del Paraguay*, Madrid, 1764, 2 tom. en fol.



HISTORIA DEL PARAGUAY.

La historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman es obra verdaderamente difícil, superior á estudio ordinario, y poco menos que insuperable á toda humana diligencia. Los tiempos juiciosamente críticos en que vivimos; la falta de escrituras en gentes que usaban por anales la tradicion de los mayores, en cuyos lábios, al pasar de unos á otros, se vestian los sucesos con nuevo trage, cortado y cosido al gusto del analista; el descuido en archivar los monumentos primitivos, que hace respetables la antigüedad; la poca fidelidad de algunos historiadores, y relaciones, unas que salieron á luz sin mérito para ello, otras que se conservan manuscritas; la falta de sinceridad con que los primeros conquistadores refirieron sus proezas, haciendo escala para el ascenso con falsa ponderacion de sus méritos, y abatimiento de sus émulos; la distancia de mas de dos siglos, que han corrido despues de la conquista, y finalmente lo vidrioso de algunos sucesos, dificultan esta obra, que algunos emprendieron y que aun desea el orbe literario.

Lo cierto es que no le faltan méritos para que los estudiosos se entretengan con su lectura. La cualidad de ella y su asunto tienen toda la especiosidad y atractivo que busca la curiosidad en las historias de Indias:—novedades que deleitan, prodigios naturales que admiran, conquistas que entretienen, tiranias y levantamientos que asombran.

§. I.

DIVISION DEL TERRITORIO.

Paraguay, provincia de la América Meridional, en tiempos antiguos hacia un cuerpo con el Rio de la Plata, y era gobernada en lo civil por una misma cabeza, y por otra en lo eclesiástico, cuya jurisdiccion se extendia, quanto al terreno, casi sin límites ni linderos que la ciñiesen. Desde la embocadura del Rio de la Plata, en 36 grados de latitud austral, se dilataba hasta el nacimiento del Pa-

raguay en trece grados, señoreando á oriente y poniente multitud de gentes, parte sugetas voluntariamente, parte á fuerza de armas.

Por la costa dominaba desde el cabo de Santa María hasta mas allá de la Cananea, que corta la Cordillera áspera, por donde corre para restituir al mar copiosos raudales, en altura de poco mas de 25 grados. Por el norte se avecinaba á los confines del Perú, en cuyos cantones estableció una colonia en el pais de los Travasicosis, que llamamos Chiquitos, sobre las márgenes de un arroyo tributario del Guapay. Al occidente podia dilatarse, tirando hácia las cabezadas del Pilcomayo y Bermejo, hasta los distritos rayanos del Perú. Por el sur desde el Cabo Blanco prolongaba sus términos hasta el Estrecho, dominando con los títulos de derecho, y no con efectiva conquista, la provincia magálica, ó de los Patagones hasta los contornos de Chile. Tanta extension de linderos le conciliaron justamente el título de *Gigante de las provincias de Indias*. Por lo menos daba fundamentos para persuadirnos que era un cuerpo desmedido, animado de alma pequeña, cuyos influjos no alcanzaban á las extremidades.

El año de mil seis cientos veinte, se le desmembró todo el gobierno del Rio de la Plata, desde el Paraná hasta su embocadura en el Océano, y desde aquí hasta la Cananea por un lado, y por el otro, el estrecho de Magallanes. Felipe V, en dos cédulas, una de once de Febrero de mil seis cientos veinte y cinco, y otra de seis de Noviembre de mil seis cientos veinte y seis, agregó al gobierno del Rio de la Plata todas las Misiones que sobre el Paraná y sus vertientes, por una y otra costa, doctrina la compañía de Jesus. D. Fernando VI. rey de España, y D. Juan V, rey de Portugal, firmaron el año de mil setecientos cincuenta un apeo, por el cual se le adjudicaban á la corona portuguesa las cabezadas del Paraguay y Cuyabá, desde la embocadura del Jaurú al poniente del mismo Paraguay, casi en la derecha de Morro Escarpado que le cae al oriente.

La provincia del Rio de la Plata, separada del Paraguay desde el año de mil seis cientos veinte, ocupa un terreno dilatadísimo: conviene á saber, desde el Paraná hasta su derramamiento en el Océano, y desde aquí siguiendo la ribera del mar brasílico, hasta la Cananea, y por la costa magálica, hasta el Estrecho de su denominacion. Cuanto se extiende largamente el terreno que ocupa, tanto es limitado. En cuanto á las ciudades que estan bajo de su gobierno, Santa Fé de Vera, San Juan de Vera ó Siete Corrientes, las Misiones sobre el Paraná, y

el Uruguay, con algunos pagos y presidios, son todo el distrito de su jurisdiccion.

La costa de Patagones, desde el Cabo de San Antonio hasta el Estrecho, es de hermosa y agradable perspectiva, mirada desde el mar. Pero quitada la apariencia con que engaña, y desnudas las fábulas con que las desfiguran los ingleses y holandeses en sus cartas y relaciones, nada tiene bueno para el establecimiento de ciudades.

Los viageros ingleses y olandeses describen en sus mapas y relaciones variedad de rios, y oportunidad de sitios para la fundacion de pueblos y ciudades. Nada de esto ofrece la costa. Los rios Gallegos, de Santa Cruz, de los Camarones, y de San Julian, que los hacen venir cinquenta leguas de tierra adentro, no son otra cosa que abras de la costa, hácia donde la marea, que en aquellas partes es de seis brazas, entra á ocupar los senos interiores de la tierra: y en tiempo de bajar aquellas aberturas restituyen las aguas que recibieron, como si fuesen otros tantos pecheros que tributan al mar crecidos raudales. En lo demas ni rios hay ni señales de ellos, y solo se descubren vestigios de torrentes, que en tiempo de lluvias se precipitan al mar por aquellas abras.

Comodidad para levantar ciudades, y establecer poblaciones no ofrece la costa. Es la tierra enhiesta, sin maderas para edificios, sin leña para el fuego, sin agua para los menesteres humanos, sin meollo para recibir las semillas, y en una palabra falta de todo lo que necesita una ciudad para su establecimiento y conservacion.

La tercera provincia de nuestra descripcion es Tucuman, situada en la zona templada casi enteramente, menos por el lado que confina con el Perú, que toca en la torrida hasta el vigesimo segundo grado de latitud: corta norte á sur trescientas leguas, y se dilata de oriente á poniente, doscientas. Parte términos con el Rio de la Plata y Paraguay por el oriente, y al poniente se prolonga hasta la Cordillera Chilena; y desde la derecera de Coquimbo, por los des poblados de Atacama, confina con lo mas septentrional del Perú. Hácia el sur deslinda jurisdiccion en la Cruz Alta con Buenos Aires, y se interna hasta la provincia magallánica por las interminables campañas que le corresponden.

No abunda en minerales de oro y plata, aunque al principio tuvo fama de rica y presunciones de opulenta. Hánse descubierto estos últimos años algunas vetas de oro, pero tan escasas, y el oro es

de quilates tan bajos, que mas empobrecen á sus dueños que enriquecen los ingénios. Sus mejores minas y mas apreciables son pingues pastales, y dehesas extendidas en que se crian tropas crecidas de mulas, que mantienen con utilidad el comercio de la provincia del Perú. No hay duda, que si la ingeniosa laboriosidad se aprovechára del terreno, y se restablecieran las antiguas fábricas de las lanas, el beneficio del añil y el cultivo de la grana, fuera Tucuman una de las provincias índicas de mayor esplendor y lucimiento. En efecto, cuando los obrajes estaban corrientes, y Esteco beneficiaba el añil, y las demas ciudades trabajaban en cultivar, aunque con poca diligencia, la grana, podia gloriarse Tucuman, que dejando á los peruanos el ímprobo afan de beneficiar las minas, poseia tantas riquezas y ostentaba tanto esplendor, que hasta las bestias calzaban herraduras de oro y plata. ¡Tanto conduce para el lucimiento de las ciudades utilizar los efectos que la soberana Providencia dispensa á cada una para sus emolumentos!

§. II.

ORIGEN DE SUS HABITANTES.

Estas tres dilatadísimas provincias al tiempo de la conquista poblaban varias naciones: sobre cuyo origen, y tránsito del antiguo al nuevo mundo despues del diluvio universal, discurren largamente los autores, movidos al parecer de leves conjeturas. Con curiosidad mas agradable podemos registrar aquí el origen que se atribuyen los indios, sacado de los anales diminutos que usaban para refrescar la memoria de sus antigüedades.

Algunos dicen, que en el principio del mundo, antes del universal diluvio, por la via septentrional vino al Perú un hombre, llamado Hijo del Sol, revestido de poderes tan extraordinarios, que le hacian suprema deidad: númen en los hechos, y hombre en la exterior apariencia. Muchos años gobernó pacíficamente el universo con satisfaccion de sus criaturas, y providencia de soberano que todo lo alcanza. Pero Pachacamac, númen mas antiguo y supremo, por rencorosos sentimientos, pretendió destronizarle, y vengar sus injurias, destruyendo su poder y crédito. Es verosimil que al Dios contuviese mala causa, y

que recelase las iras y venganzas de Pachacamac, mas poderoso que él. Lo cierto es, segun ellos dicen, que no se atrevió á comparecer en su presencia, huyendo cielo y tierra fuera del mundo. Con la fuga irritó mas á Pachacamac, y no pudiendo este desfogar en él la destemplanza de su enojo, convirtió sus iras contra los hombres primitivos, hechuras del fugitivo númen, transformándoles en grillos.

Destruida esta primera raza de hombres, Pachacamac crió otra, tan obsequiosos á su hacedor, que se merecieron toda su complacencia y proteccion, para eternizarlos de generacion en generacion. No es justo, dijo el númen, cuando se acercaba el diluvio, no es justo que mis fieles adoradores perezcan en la inundacion de aguas que amenaza, y que se acabe casta de hombres tan leales, pereciendo los buenos con los malos, y los obedientes con los rebeldes. Por lo cual, cuando las aguas empiecen á cubrir la superficie de la tierra, subid á los montes mas eminentes, y escondidos en cuevas subterráneas, esperad que se temple la ira de Pachacamac.

Los hombres siguieron el consejo de su pródigo conservador, y tomando algunos animales para conservar las especies, con las raices y frutas necesarias para el subsidio de la vida humana, treparon los mas altos montes, y escondidos en cuevas, cuyas entradas cerraron con lápidas, esperaron que pasasen las aguas del diluvio. Cuando cesaron estas, abrieron las puertas y tentaron algunos experimentos antes de abandonar sus guaridas, y conociendo que iban desamparando la superficie, salieron á respirar aires mas benignos, agradecidos al benéfico conservador que proveyó á su perpetuidad con su direccion y consejo.

De otro modo mas ridículo, pero bastante sério para aquellos tiempos, cuentan otros autores el origen de los indios peruanos, tomándolo de las tradiciones de ellos mismos. Contice Viracocha, supremo y antiquísimo numen, criador de cielos y tierra, y de cuanto en ellos hay, crió al hombre en la provincia de Collasuyo, en las inmediaciones de Tiaguanaco. Pero los hombres, ingratos á su hacedor, le hicieron un deservicio digno de que á todos destruyese, volviéndolos á la nada, de donde los habia sacado. Destruidos los primeros por rebeldes, crió los segundos, y para que estos no participasen la ralea de aquellos, los diseñó en piedras con variedad de facciones y lineamientos, segun los partidos á que los destinaba por habitantes, dividiéndolos en otros tantos montones, cuantas eran las provincias que habian de poblar.

Concluida esta operacion preliminar, llamó á sus ministros, ejecutores de los designios que habia concebido, y puestos en su presencia: "Advertid, les dice, estas imagenes qué figuraron mis manos, y mirad que unos se llamarán F., y saldrán de tal cueva en tal provincia: otros saldrán de la otra, se llamarán N., y poblarán en tal provincia. Todos los cuales saldrán de las fuentes, rios, cuevas y cerros en los partidos que he señalado, cuando vosotros los llameis de órden y mandamiento mio. Para lo cual conviene que camineis luego, excepto dos, que quedarán en mi compañía, y partiendo al nacimiento del Sol, cada uno de vosotros irá por tal parte, siguiendo el rumbo que le señalo." Así lo ejecutaron los obedientes ministros, y al imperio de su voz, autorizada con el soberano poder de Contice Viracocha, las cuevas, los rios, las sierras y fuentes, abortaron hombres y mugeres, con los mismos lineamientos y figura que diseñaba el modelo de las piedras. De estos se poblaron las provincias inmediatas, de donde poco á poco con los años se propagaron á las mas remotas.

Por la antiquísima tradicion que corria en su tiempo entre los indios guaraní, referian estos, que dos hermanos con sus familias, de la parte del mar llegaron embarcados á Cabo Frio, y despues al Brasil. Por todas partes buscaron otros hombres que les hiciesen compañía. Pero los montes, las selvas y campañas, solo estan habitadas de fieras, tigres y leones. Con esto se persuadieron ser ellos únicos habitantes del terreno, y resolvieron levantar ciudades para su morada, las primeras, segun ellos decian, de todo el pais.

En tan hermanable sociedad y fructuosa alianza, gozando todos y cada uno el fruto de su útil trabajo, vivieron muchos años, y se aumentó considerablemente el número de familias. Pero de la multitud se originaron los disturbios, las disensiones, las guerras civiles y la division. Todo tuvo principio en dos mugeres casadas con dos hermanos, cabezas de familias numerosas; las cuales riñeron sobre un papagayo locuaz y parlero. De las mugeres pasaron los sentimientos á los maridos, y de estos á las parentelas, y ultimamente á la nacion. Por no consumirse con las armas, se dividieron las familias. *Tupí*, como mayor, se quedó en el Brasil, con la posesion del terreno que ya ocupaba, y *Guaraní*, como menor con toda su descendencia se retiró hácia el gran Rio de la Plata, y fijando al sur su morada, vino á ser progenitor de una muy numerosa nacion, la cual con el tiempo se extendió por las márgenes del rio, y lo mas mediterraneo del pais, hasta Chile, Perú y Quito.

No se extinguió la generacion de los guaraní con las aguas del universal diluvio, del cual tenian alguna, aunque confusa noticia: porque

Tamanduaré, antíquisimo profeta de la nacion, gran privado de *Tupa*, tuvo anticipada noticia del futuro diluvio, y admonestado del númen, se reparó de las inundaciones con algunas familias en la eminencia de una elevadísima palma, la cual estaba cargada de fruto, y le suministró alimento: hasta que retiradas las aguas, bajó á la tierra con sus compañeros, y multiplicaron tanto, que todo lo llenaron de colonias descendientes de Guaraní. Las demas naciones del todo ignoran su origen, ó no contiene cosa particular digna de historia.

Antiguamente eran muchas las gentes que ocupaban estas dilatadísimas provincias; tantas á la verdad y tan diversas, hasta en la exterior contestura y peregrina novedad de lineamientos, que seria larga y molesta la relacion de todos. Calchines, Timbues, Mbeguaes, Agaces, Mepenes, Chiloasas, Martidanes, Charruas, Guenoas, Yaros, Colastinés, Caracarás, Querandís, Tapes y otros, llenaban el distrito que hoy llamamos Rio de la Plata.

La provincia del Paraguay la ocupaban los Mbayás, los Guaycurús, los Payaguás, los Ibirayarás y principalmente los Guaranís, divididos en varias ramas, con alguna diversidad de lenguaje y modales que los diferenciaba en los accidentes. Tucuman señoreaba los Juries, los Diaguítas, los Tonocotes, los Lules, los Calchaquies, los Humaguacas, los Tobas, los Abipones, los Mocobís, los Sanabirones y Comechingones. Un largo catálogo de otras naciones se encuentra en impresos y manuscritos que son de poca consideracion para la historia, y solo se distinguen por algunas propiedades poco memorables.

§. III.

DE LOS GIGANTES Y PIGMEOS.

Sin embargo ocurren algunas cosas dignas de particular relacion. Los gigantes, torres formidables de carne, que en solo el nombre llevan el espanto y asombro de las gentes, provocan ante todas cosas nuestra atencion. No se hallan al presente, pero antiguos vestigios, que de tiempo en tiempo se descubren sobre el Carcarañal y otras partes, evidencian que los hubo en tiempo pasado.

Algunos, convencidos con las reliquias de estos monstruos de la hu-

mana naturaleza, no se atreven á negar claramente la verdad, pero retraen su existencia al tiempo ante diluviano.

Yo no me empeñaré en probar que los hubo antes del diluvio, pero es muy verosímil que despues de él poblasen el Carcarañal, y que en sus inmediaciones y barrancas tuviesen el lugar de su sepultura.

Lo cierto es que de este sitio se sacan muchos vestigios de craneos, muelas y canillas, que desentierran las avenidas, y se descubren fortuitamente. Hácia el año de 1740 ví una muela grande como un puño casi del todo petrificada, conforme en la exterior contestura á las muelas humanas, y solo diferente en la magnitud y corpulencia. El año de 1755 D. Ventura Chavarria mostró en el colegio seminario de Nuestra Señora de Monserrate una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga, que segun reglas de buena proporcion, á la estatura del cuerpo correspondian ocho varas! Como este caballero es curioso y amigos de novedades, ofreció buen prémio al que le desenterrase las reliquias de aquel cuerpo agigantado. Puede ser que el estipendio aliente para este y otros descubrimientos, que proporcionarian al orbe literario novedades para amenizar sus tareas.

Por el lado opuesto se ofrecen los pigmeos, diminutivos de la naturaleza, que aspiran á ser hombres y nunca salen de embriones. El autor de la *Argentina* manuserita los coloca en los confines de los Xarayes, y los hace moradores de cuevas subterranas. Otros los internan al corazon del gran Chaco; y esta persuasion, muy valida en otro tiempo, aviva una carta del Padre Juan Fecha, escrita en Miraflores en 11 de Mayo de 1757. En ella dice que los Chiriguanos sacaron un pigmeo muy chico: no quisieron decir en que parte del Chaco habitaban; pero añaden que solo de noche salen á buscar que comer, temiendo que si de dia desamparáran sus cuevas, *serian acometidos de los pájaros grandes!* Despues de toda esta autoridad, dudo mucho de la existencia de los pigmeos. El Chaco está muy trasegado de los españoles y misioneros jesuitas. Desde el tiempo de la conquista se han cruzado sus rios, montes y senos: se han formado prolijos catálogos de las naciones y parcialidades que lo habitan, y era natural que en tantas entradas algun pigmeo se hubiese descubierto, y que esta noticia, como memorable, se añadiese por apéndice al catálogo de las naciones chaquenses.

Nada de esto se encuentra archivado, y así se puede tener por inverosímil la existencia de los enanos, que se fingen escondidos en cuevas subterranas para que no los hallemos, y solo se les permite salir en la obscuridad de la noche para que no los veamos. No convence el testi-

monio del Padre Juan Fecha: no habla como testigo ocular, y refiere amigablemente á un corresponsal suyo lo que dijeron los Chiriguanos, gente infiel, y nacida para urdir engaños: tan acostumbrada á la mentira, que mienten y desmienten en pocas palabras por el interes de cualquiera cosa. Lo cierto es que, siendo tan interesados, hubieran traído al pueblo el pigmeo, para que los curiosos pagasen su vista con algun donecillo.

En lo demas las otras naciones de estas tres dilatadísimas provincias son de estatura y correspondencia de partes bastante proporcionaladas, con alguna diferencia en facciones y color, que declina en aceitunado, en unos mas claros y en otros mas oscuros. La frente ceñida y humilde: rasgados y muertos los ojos: las narices chatas y abiertas: el rostro prolongado con demasía, y abultado sobradamente. Todo el encaje de la cara y textura de facciones es vivo diseño de un ánimo agreste, incivil, tosco y propiamente bárbaro. En el trato se crían sin urbanidad, en las ciencias sin cultivo, en la mecánica sin ejercicio, en lo político sin leyes, en lo religioso sin Dios, y en todo como brutos.

§. IV.

DE SU GOBIERNO, LEYES Y COSTUMBRES.

Empezamos á dar una idea de estos brutos racionales por el plan de sus operaciones. Su gobierno era de los mas infelices que pueden caer en la humana aprension. Toda se reducía al cacique que hacia cabeza, y á algunas parcialidades de indios que le seguían. Por lo comun, cuando decimos cacique que era cabeza y soberano, entendemos solamente un reyezuelo y señor de pocos vasallos:—de treinta, ochenta, ó cien familias que le siguen, y miran con acatamiento, y le pagan algun tributo, labrándole sus chácras y recogéndole sus frutos. Antiguamente, cuando la tiranía no prescribía leyes á las conquistas, en las naciones mas cultas del orbe las monarquias eran ceñidas, poco mas ó menos numerosas que las indianas del Nuevo Mundo.

Entre los guaraníes el séquito era mayor, y mayor el número de vasallos; pero no tanto, que nos atrevamos á contar por millares los tributarios de cada cacique, y mas fácil será multiplicar á millares los reyezuelos, que los súbditos de cada uno. Una cosa loable tenían estos soberanos, que no agravaban con imposiciones y pechos los trabajos y la-

boriosidad de sus vasallos, contentos con el corto reconocimiento de pegujales ó chácaras que les labraban, ó peces y caza que les recogian para el sustento de la *real familia*. Al paso que la utilidad de sus afanes estaba libre de gravámenes, eran ellos amantes de sus caciques, compensando el desinterés de estos con tierno cariño y rendimiento envidiable.

Verdad es, que algunas naciones solo en tiempo de guerra obedecen á sus reyezuelos; pero las mas en todos tiempos les profesan amor, sujecion y vasallage. El cacicazgo lo hereda el primogénito, y en su defecto entra el segundo, y tercero hijo. A las veces sin reprehensible intrusor, por las proezas militares se gana algun indio secuaces, y estos le aclaman cacique, y queda constituido rey con vasallos que le sirvan y tributarios que le beneficien sus tierras. Entre los guaraní la elocuencia y culta verbosidad de su elegante idioma era escala para ascender al cacicazgo. No abria escuelas esta nacion para la enseñanza de su lengua, pero el aprecio que se hacia de los cultos estimulaba el cuidado, y sugeria el estudio de palabras bien sonantes.

Toda la distincion de nobleza y plebe se tomaba de los caciques. Los que no descendian de ellos eran tenidos por plebeyos, á distincion de los demas en que corria la misma sangre, los cuales eran mirados con el respeto y veneracion que las otras naciones acostumbraban tener con las personas reales. No solo los indios miraron con obsequioso acatamiento á los caciques y á su descendencia, sino aun los españoles mismos observaron en ellos un carácter de nobleza, y tan señorial magestad de operaciones, que entre sus bárbaros modales los hacia distinguir de la inculta plebe, y no dudaron emparentar con ellos, casando con sus hijas. No tenian estos caciques la ostentacion de monarcas, que se admiraba en los Incas peruanos, y en los Montezumas mexicanos, pero en medio de una extrema pobreza y barbarie inculta, hacian aprecio de lo noble, y se gloriaban de ser señores de vasallos, que los miraban con respeto, y servian con fidelidad.

Leyes para el arreglamiento de las costumbres no consta que tuviesen, y siendo tan escandaloso el desgarró de su vida, superfluas parecian y vanas las reglas del bien vivir. Su principal cuidado, y casi único ejercicio, eran las armas de arco, flechas, lanza y macana. Algunas naciones usaban, y aun hoy dia usan las bolas, ó *libes*, que juegan con singular acierto y destreza extraordinaria. Son los libes tres bolas de materia sólida, cada una del peso de libra, poco mas ó menos, envueltas en cuero, asidas por la extremidad de tres cordeles largos, cada uno de dos varas y media, ó tres, unidos todos en un mismo centro. En tiempo de caza y de guerra, cuando el lance ofrece oportunidad para su uso,

juegan al aire los libes, dándoles vuelta sobre la cabeza, hasta que tomando vuelo las arrojan á larga distancia, y enredan con las bolas la caza que siguen y al enemigo que acosan.

§. V.

DE SUS PREPARATIVOS DE GUERRA.

Antes de declarar guerra precede junta de los principales, de cuyo acuerdo pende la última resolución. Júntase el congreso en la toldería de alguno de los caciques, donde con anticipada prevención estan preparadas las chichas y alojás, que son los brevages que usan en sus asambleas y parlamentos. No sé si estas bebidas tienen la suave actividad del vino y aguardiente: pero si carecen de esta propiedad, es averiguado que causan el mismo efecto de embriagar y dementar al indio. Nuestros consejeros de guerra no empiezan su acuerdo, hasta que tomados del vino, y faltos de juicio decretan la guerra, por las utilidades que se prometen en los despojos del enemigo, en los prisioneros que aspiran á cautivar, y en el honor de valientes que esperan adquirir.

Al decreto de la guerra se sigue la eleccion de gefe, que dirija la faccion con acierto y gloria de la nacion. Suele ser muy disputada, y no es fácil concordar las partes, porque todos ambicionan el honor de Capitan General del ejército. Cada uno teje prolija relacion de sus proezas militares con sobrada ponderacion de sus méritos, y particularizando los combates en que se ha hallado, las victorias que ha conseguido, los enemigos que ha muerto, y los vestigios que conserva para eternizar su memoria. Y como en todo abulta la ponderacion lo que el valor y la fortuna no alcanzaron, es muy reñida la eleccion de gefes para el gobierno de las milicias.

Pero una vez elegido, todos, aunque sean caciques, le obedecen, y por su consejo se previenen los aparatos de guerra, y disponen las operaciones militares. Convócanse las compañías con humos y fogatas, en cuya inteligencia estan muy diestros, y concurren al sitio donde empezaron los fuegos, prevenidos de armas, porque no hay armeria comun, y cada uno tiene depósito particular para las suyas.

El arco, la flecha y la macana, son las mas ordinarias: el dardo y las bolas son particulares de algunas naciones. El arreo y galas militares, es el que usan en sus mayores solemnidades: plumages ceñidos á la cintura; diversidad de colores, con que feísicamente se embijan, juzgando que la pintura los hace formidables al enemigo, y siendo ella tal, pueden causar espanto á los espíritus infernales.

El principio y fin del combate acompaña tal algazara de voces, que llena los aires de confusion y los oidos de espanto. Púedesc decir que empiezan la guerra aturdiendo al enemigo para entorpecerle las manos en la hora de la lucha. Efectivamente cuando los españoles no estaban acostumbrados á semejante gritería, en los primeros encuentros mas tenian que vencer el horror y confusion de las voces, que el estrago de sus débiles armas. Era ley inviolable de su milicia retirar los cadáveres, parte para darles honorífica sepultura á su usanza, parte para ocultar al enemigo el daño recibido, no advirtiendo la escrupulosa observancia con sus difuntos, y la reputacion de su valor, que este embarazoso divertimento, aunque loable por naturaleza, impedia á veces la gloria de una esclarecida victoria. El vencedor gozaba los despojos. El principal y mas estimable eran los prisioneros, á los cuales cortaban la cabeza, y la llevaban por trofeo enristrada en las puntas de las lanzas. Talvez se servian de ellos, ó los vendian por esclavos. Los guaraní, y otras naciones caribes tenian su mayor celebridad en el banquete que prevenian de los cautivos.

§. VI.

DE SU TRAGE.

Por lo comun las naciones de estas provincias andaban desnudas. Algunas acostumbraban taparse con un cuero á manera de manta que pendia desde los hombros hasta mas abajo de las rodillas. Otros usaban tegidos á manera de redcillas que servian poco á la decencia y menos para el abrigo. Las mas hacian un tegido de plumas que cenian á la cintura, y talvez al rededor de la cabeza, especialmente en tiempo de guerras y en sus mayores solemnidades. En el sexo mugeril era ordinario algun suplemento de la decencia y honestidad que arguia ser algo recatadas por naturaleza, ó por lo menos no vivir con desenvoltura y descaro extremamente licencioso.

Más ordinario que el vestido y plumajes era la pintura, y esta la usaban en una de dos maneras; ó sobrepuesta, que borraban á su arbitrio, ó indeleble que no se pierde ni puede borrar. Del primer género era cuando sin arte ni proporcion sobre el lienzo de sus cuerpos tiraban pinceladas con zumos de yerbas y barro de colores diferentes, discutiendo en vez de figuras agradables un sempiterno laberinto de confusiones. No obstante, para ellos era la mejor y más vistosa gala de que vanamente se gloriaban, como Apeles de sus delicadas pinturas.

El otro género era más costoso, más delicado y permanente. Prevenían en remojo un poco de cisco menudo, y cuando estaba en el punto que ellos saben, mojaban la punta de una espina, y con ella picaban el rostro con extrema delicadeza y nímia proligidad, hasta que apuntase la sangre, la cual incorporada con el jugo del cisco se restañaba, dejando un botoncillo y señal muy sutil en el sitio de la picadura. Es verosímil que el jugo del cisco por fermentacion y efervescencia tenga eficacia de cauterizar y congelar la sangre que sacó la espina. De cualquiera manera que ello sea, la pintura es indeleble, y en cierto modo imita las delicadezas y primores de la miniatura. No es perceptible á lo lejos, pero observada de cerca, se notan entre imperfectos bosquejos algunos rasgos sin arte, agraciados por naturaleza.

Otros adornos de singular estimacion, propios de algunas naciones, son los pendientes y collares de piedrezuelas, y dientes de animales que ensartaban para colgarlos. Aquellas feisimas viejas, que hacen oficio de harpías en la muerte de los prisioneros, gozan el privilegio de arrancar los dientes y muelas de los difuntos para ensartarlos en testimonio de su valentía; y cierto que lo es tanto atrevimiento con los muertos. Este joyil estiman algunas naciones sobre el oro y la plata, y en nuestros días los Payaguás cambiaron el oro que robaron á los portugueses de Cuyabá por abalorios, cuentas de vidrio y pedazos de bacinillas. Algunos taladran las orejas con notable deformidad, otros se abren el labio inferior, del cual cuelgan el *tambetá*, ó quijada de la polometa.

§. VII.

DE SUS DIVERSIONES.

De estas galas y adornos, que hace estimables la pobreza y su ru-

do modo de concebir, usan en las guerras, en las borracheras, en los bailes y fiestas con que solazan el ánimo y entretienen el tiempo. Rara será la nacion del mundo que no permita á la opresion desahogo, alternando las ocupaciones y horas del trabajo con los festines, los convites, las músicas y saráos. Las gentes americanas interrumpian las inacciones de su ociosidad y pereza con bailes y borracheras, que á ellos entretenian, y advertirán al lector con su barbaridad.

El baile de los Bororos es de los mas inocentes que puedan deleitar el ánimo. Pero lo simple y sencillo de él admira, y nos enseña, que el corazon oprimido de cuidados, y agravado de tristes pensamientos puede hallar desahogo en divertimientos inculpables.

Son los Bororos infieles, de natural dócil y pacíficos. Habitan las vecindades del rio de los Porrudos, á donde acuden los portugueses á las *malocas*, y aprisionados los llevan á Cuyabá para el beneficio de las minas, y para el remo de las balsas y faluas. Si talvez acontece que cautivan alguna muger, la parentela se sujeta á cautiverio, y se entrega voluntariamente al servicio del portugues, en cuyo poder está la cautiva. Como es gente inocente usa el trage de la inocencia, y andan enteramente desnudos, menos la cabeza, que rodean con plumas de gavilan tejidas á manera de guirnalda.

Coronados de ellas y desnudos, arman sus bailes y danzas, haciendo rueda y circulo unos de otros. El que lleva el compas entona una cancion bárbara y sin arte, al son de roncocalabazos, y sonajas de porongos con piedrezuelas dentro, que tocan los demas, repitiendo el son y letrilla, que empezó el presidente del coro. Entre tanto dan vueltas á la redonda sin descomponer el círculo, pisando fuertemente la tierra, y acompasando los golpes de los pies con el de los calabazos y sonajas, y uno y otro con los puntos del primero. Así pasan mucho tiempo divirtiéndose inocentemente, y sin las perniciosas consecuencias que traen con sigol as borracheras y danzas que usan otras naciones.

Con decir el uso que tienen los lugares, y con poca diferencia queda referido el estilo y costumbres de estas gentes. El dia que precede á la borrachera, que se puede llamar vispera de fiesta y solemnidad, se juntan los convidados indios é indias en el lugar del festejo, que es una plazuela, cuyo centro distingue un palo elevado, y al pié de él está la hija, ó muger del que celebra el convite, con un báculo ó caña en la mano de cuya superior extremidad pende multitud de uñas de javalies y venados. Como la indiezuela interesa aplausos en llevar el coro, empieza luego á dar el son á los cantores y danzantes, sacudiendo con brio la caña

ó báculo contra el suelo, y haciendo que resuenen las castañuelas, azotadas las unas con las otras.

Este son, verdaderamente poco apacible, siguen con el canto los músicos, y con mudanzas los danzantes, saltando y brincando al rededor del palo, hombres y mugeres, desde prima noche hasta que raya el dia con los primeros arreboles de la mañana.

A la madrugada empiezan los brindis con moderacion, de suerte que les deje pies y cabeza para engalanarse de fiesta. Tiran algunas pinceladas, diseñando un confuso jaspeado que imita las manchas de los tigres; cíñense vistosos plumages, y á la cabeza adorna una corona de enebro rodeado de plumas de varios y diferentes colores. Las mugeres pintan el rostro de negro y colorado con plumage rojo en la cabeza; pero la muger del que hace el convite, lleva en la mano para distintivo un manojo de hilo de chaguar. Con estas insignias, bailando y saltando, pero ordenados en filas, vuelven al lugar de los brindis, donde cada uno toma asiento, sobre un mechon de paja, que previene de antemano la providencia del que convida para el divertimento.

Todos beben cuatro y cinco veces, hasta que la fuerza de la chicha enciende el espíritu de Marte, y les pone las armas en sus trémulas manos, prontas á descargar el golpe como palo de ciego, de donde dije: se golpean, se ensangrentan, se matan, cayendo los unos sobre los otros, aquellos heridos ó muertos, y estos borrachos.

El fin de la tragedia es el que dá chicha á la funcion, derribando á los mas fuertes y afortunados, tendidos por el suelo, durmiendo el sueño de los borrachos. Lo particular es, que vueltos en sí, echan en olvido los golpes pasados, y ningnno forma queja ni querella, porque el otro descargó sobre él, los impetus de su borrachera.

§. VIII.

DE SUS CASAMIENTOS.

Algunas naciones acostumbran criar sóbrias á las mugeres, para que estas escondan las armas á los maridos, y el daño no sea tan lamentable.

Ellas egercitan fielmente su oficio, segun la costumbre que preva-

lece á los motivos particulares de sentimiento, los cuales segun sus ritos, autorizan para un nuevo maridage; porque el desagrado de una, y la apetencia de la otra son las causas que prescriben leyes al matrimonio, y le hacen rescindible á eleccion del antojo y ligereza. De este abuso y corruptela gozan los hombres y mugeres, y por cualquiera sospecha y sentimiento se separa el uno del otro, y el marido busca otra muger, y la muger otro marido. Talvez sucede que entre las dos mugeres la una que fué repudiada, y la otra que entró en su lugar, se enciende reñida gresca de golpes y araños, gritando aquella, que porque le ha quitado su marido, y respondiendo esta, que porque ha querido. La griteria y algazara dura largo rato, hasta que bien ensangrentadas sale una vieja predicante á dispartirlas, y concluye la funcion con largo razonamiento en que aglomera cuanto dicitio y apodo sugiere la cólera y enojo contra la nueva esposa, que se supone culpada por entrar al casamiento contra el derecho de la primera.

Entre los hombres, por robarse las mugeres, son las disenciones mas peligrosas, y se levantan unas familias contra otras; y talvez abanderada la nacion se consumen en civiles discordias, empuñando unas parcialidades las armas contra otras. La pluralidad de mugeres es permitida, y su número es mayor ó menor, segun alcanza la posibilidad de mantenerlas, y aun comprarlas. Porque de algunas gentes es costumbre ordinaria que las hijas sean vendibles por un poco de maiz, mandioca y cosas semejantes, y entregadas á sus pretendientes, á las veces contra su gusto, pero muy al gusto de los padres por la utilidad y emolumento que perciben vendiendo sus hijas.

Entre las naciones caribes, era estatuto indispensable que las doncellas hiciesen mérito para el matrimonio, probando primero la sangre de sus enemigos. Esta observancia no era difícil á quien se cebaba en sangre humana, y repetia con frecuencia los convites. Los Guaranís, que tambien eran antropófagos, no permitian á sus hijas tomar estado, hasta que les acudiesen la primera vez sus reglas. Circunstancia indispensable que no admite privilegio de excepcion, y se observaba con escrupulosa rigidez, obligándolas á pasar por el rigor de crueles pruebas, de las cuales pendia el concepto que de ellas se formaba, y esperanzas que prometian.

Cosíanlas en una hamaca de las que usan para dormir, dejando una pequeña abertura hácia la boca para respirar, y en esta postura las tenían dos ó tres días envueltas y amortajadas, y las obligaban á rigidísimo ayuno. Despues eran entregadas á una matrona hacendosa y trabajadora, para que las festejase con el trabajo y penales egercicios: esta les

cortaba el pelo, y les intimaba severísima abstinencia de toda carne, hasta que creciendo los cabellos, llegasen á cubrir la oreja. Con la inauguracion de los cabellos, empezaba la ley del recato y modestia, y se les intimaba con el ejercicio mismo de repararlas, la obligacion de ser circunspectas, y el inviolable estilo de bajar los ojos, y de no fijarlos livianamente en el rostro de los hombres. Raro y admirable documento de honestidad en gente tan bárbara.

A estas pruebas de fortaleza y recato, se seguia el arrearlas con sus pobres galas, y el permiso de conocer varon y de tomar estado. En el tiempo que media entre el rigor de las pruebas, y el permiso de vivir desgarradamente, los agoreros están con sus vaticinios y predicciones, pronosticando por las aves que vuelan y animales que cruzan, el carácter futuro de la novia. Si atraviesa algun papagayo, la califican de parlera; si un *ñacurutú* ó buho, la pronostican perezosa para el trabajo, é inútil para las operaciones domésticas; y á este tenor otras predicciones, devaneos de su cabeza, que adaptan ciegamente sin proporcion ni correspondencia con el objeto.

No eran menos supersticiosos sobre el preñado de las mugeres. Condenadas á rigidísimo ayuno, mientras estaban encintas, debian abstenerse de todo cuanto juzgaban podia dañar á las criaturas. Y así la carne de la *gran bestia*, que era toda su delicia, no podian gustarla, temiendo que la criatura naciera con narices disformes; ni comer aves pequeñas, porque la pequenez del alimento no se transfundiese en los niños: y temiendo que daría á luz dos gemelos, si probaban dos espigas de maiz, les estaba prohibido con severísimos mandato no tocarlas, porque como eran gentes ciegas, no advertian su tosco entendimiento, que los alimentos que prohibia su errada supersticion, no eran mas poderosos para comunicar á la criatura sus propiedades, que lo eran los que licenciaba su vana credulidad.

El rigor de la ley se extendia tambien á los maridos, á los cuales estaba prohibido matar fiera alguna; y por no caer en la ocasion, desarmaban los bélicos instrumentos. Luego que paría la muger, ayunaban ellos rigurosamente quince dias, observando estrecho recogimiento en su casa, cual si fuera la misma parida. Entre algunas naciones era estilo que el marido se tendiera sobre la cama, mientras la muger se purificaba en el rio, y bañaba el recién nacido. Cuando adolece el infante, toda la parentela debe abstenerse de los manjares que se juzgan harian daño á las criaturas, temiendo que de la mas leve transgresion se origináran infortunios y desgracias sobre los tiernos hijuelos. Sin embargo de tantas precauciones, que prometen un amor extraordinario á sus hijos, experimentan

tan que algunas madres les privan de la leche que proveyó la naturaleza para su sustento, por aplicar los cachorrillos que erian con amor tierno á su pecho.

§. IX.

DE LA EDUCACION DE SUS HIJOS.

Este amor y esta aficion de padres á hijos, tan expresivo como desreglado, precipita á los unos en permisiones indecorosas, y á los otros en osados atrevimientos. Los padres permiten á sus hijos toda libertad y soltura, y por no contristarlos con un buen consejo que refrene sus desórdenes, y con algun castigo que amortigue los juveniles verdores, les dejan salir con todo, y llevan pacientemente que arrebatados del enojo pongan en ellos las manos, y descarguen sobre su rostro impías bofetadas. Lo singular y mas admirable es que los padres no dan muestras de sentimiento, porque eso es, dicen, tener poco cariño á nuestros hijos, y mas importa ser amorosos con ellos, sufriendo los atrevimientos de sus primeros años, que mostrar desagrado de aquellas operaciones, que los habilitan para hacerse valientes con el enemigo.

En lo demas los erian á su modo bárbaro é incivil, acostumbrándolos á los egercicios propios de la nacion, al arco, á la flecha, y ligereza de la carrera.

El primogenito, á quien *de jure* pertenece el cacicazgo, no está exento de estos egercicios; y como nacido con mayores obligaciones se esmeran sus padres en eriarlo mas certero en la direccion de la flecha, y mas ligero en la velocidad de la carrera. Este es el mérito sobre el derecho de primogenitura, que le condignifica para el cacicazgo, y para heredador dignamente del valor y pericia militar de sus padres. Los Guaranís sobre todos se esmeran en la crianza de los primogenitos. El dia que los destetan celebran solemnemente, bebiendo con largueza, y danzando con alegría al son de bárbaros instrumentos. Funcion que repiten con igual solemnidad el dia que el caciquito empieza á egercitarse en la carrera.

Lo cual hacen de esta manera, y se continua muchos dias en el egercicio para habilitarlo á las operaciones militares. Luego que se descubre el sol, salen todos de sus esteras, los grandes para ser testigos, y

los pequeños para complacerse, viendo la agilidad de los nuevos corredores; y los pequeños al lado del caciquito para competir con él corriendo al rededor de las chozuelas. Todos se animan á conseguir la gloria de primeros, muy estimable entre ellos por evitar la confusion de últimos. Al primogénito estimula el deseo de ser á todos preferido en la ligereza, como es sobre todos en la dignidad. A los vasallos la gloria de competir con su Señor, y el deseo de dar experiencia de su agilidad, esca-la casi única para el ascenso. A las veces los envian acompañados de algunos indios por montes y caminos ásperos, para que endurecidos en el trabajo, no salgan holgazanes, y se acostumbren á vivir del arco y flecha, en que aseguran el mantenimiento de toda la vida. Estos empleos y ocupaciones de los primeros años, habilitan para aquel género de milicia que ellos usan, y como no les roban tiempo las universidades, ni la profesion de las artes mecánicas, les sobra para adestrarse en el manejo de las armas ordinarias, respetables á otras naciones indianas, pero siempre débiles contra los españoles. Algunos alaban sobradamente la pericia militar de estos indios, y cierto que siendo este el único egercicio de su vida, no pueden culpar á la falta de tiempo. Pero la experiencia constante de casi tres siglos enseña que los mas atrevidos y osados contra sus semejantes, solo á traicion, y sobre un lance muy seguro, se atreven con los españoles, y rara vez, confiados en el número, y en caso desesperado, pelean cara á cara con efecto poco considerable.

§. X.

DE SUS RECURSOS Y MIGRACIONES.

Todas estas naciones, atendiendo á su modo de vivir y sustentarse, podemos dividir en dos castas y generaciones, la una de labradores, que cultivan la tierra para sustentarse con sus frutos y raices, y la otra de gentes que solicitaban el alimento de la pesca y caza, y de algunas frutas silvestres. La primera tenia su establecimiento fijo, repartidos en tolderías de cuarenta, ochenta ó cien familias, sujetas á su cacique, y con dependencia de sus órdenes. El mantenimiento esperaban del trabajo, y de lo pingue de la tierra, á la cual fiaban los granos y raices, para lograr á su tiempo el fruto de su laboriosidad y desvelo.

El beneficio y cultivo de las tierras era conforme á su innata flojedad, á los instrumentos que tenian para cultivarla. Para lo cual, con

imponderable afan rozaban un pedazo de monte, y cuando los troncos ya secos estaban aptos para quemarse, les pegaban fuego, y con la ceniza estercolaban la tierra. Luego que llovía, con una estaca puntiaguda abrian algunos agujeros, y en ellos echaban el maíz, el maní, la mandioca y otras raices, y sin mas cuidado, que abandonar las sementeras á la fecundidad del suelo, y á los meteoros naturales, lograban pingües cosechas de la tierra mal beneficiada, pero lozana y fuerte.

La segunda casta ó generacion era de gentes vagamundas, que se mantenian de la pesca y caza, mudando habitacion cuando lo uno y lo otro escaseaba, por haberlo consumido. Estos propiamente carecian en este mundo de domicilio permanente, porque el que tenian era portátil, y mudable á diligencias y esfuerzos de las mugeres, que son las transportadoras de las casas, y del ajuar doméstico de ollas, menage de cocina, estacas y esteras de la casa. Como estas pobres tienen la incumbencia de conducir el equipage doméstico, gozan en las transmigraciones el privilegio de arreglar las marchas, y medir las jornadas. Luego que alguna se cansa, arroja al suelo la carga, y á su ejemplo las demas cargadoras se previenen para levantar la portátil ciudad, fijando su estacamento contra los vientos.

Mientras las laboriosas transportadoras, convertidas en arquitectas entienden en levantar casas, y aderezar la comida, los maridos ejercitan el oficio de mirones, tendidos sobre el suelo, mirando y remirando á sus consortes afanar con tantas operaciones, sin que el corazon se les mueva á ayudarlas en cosa alguna, menos en comer hasta hartarse, sobre, ó no sobre para la muger y los hijos. Por esta causa, como ellas tienen en los caminos la incumbencia de tantos afanes, son las jornadas muy limitadas, y apenas se avanza cuarto de legua por dia, y á veces menos, á discrecion de ellas que todo lo hacen y deshacen, todo lo disponen y ordenan en estas transmigraciones.

En una de ellas acompañó el Padre Pedro Romero, insigne misionero, y venerable martir de Cristo, al cacique de los Guaycurús. Caminaba D. Juan (que así se llamaba el cacique) á su nativo suelo con la comitiva de toda su parcialidad, hombres, mugeres y niños. En mes y medio se avanzaron siete leguas, y no hubiera bastado medio año para llegar al término señalado. Tanta morosidad y detencion hacian necesaria los egercicios y afanes de las infelices Guaycurús, porque estas miserables, nacidas para esclavas y jumentos de sus maridos, todas las mananas tenían la incumbencia de armar las casas, (si este nombre merecen), de cargarlas á cuestas con sus hijos y ajuar doméstico, de transportarlas de un sitio á otro, de clavar las estacas, de afianzar las esteras y de mu-

darlas y remudarlas segun pedia la inconstante volubilidad de los vientos.

En medio de tantos afanes les quedaba el aliento á los Guayeurús para reñir sobre la mejoría de los sitios, disputando el lugar á fuerza de golpes y arañes. Costaba no poca sangre de una y otra parte: al fin quedaba el sitio por la que perseveraba en el palenque, dispuesta á dar y recibir mayores golpes. Entre tanto los maridos no se empeñaban en la defensa de sus consortes, complaciéndose de verlas reñir, y gloriándose de merecer mugeres tan valerosas, que por mejorar sitio para el estacamento, se exponian á la batería de tantos golpes. No siempre la autoridad y el respeto del misionero podian embarazar tan reñidas altercaciones; pero cuando se hallaba presente, mediaba su respetable santidad y componia las partes, señalando á cada una sitio competente. Con tanta lentitud y morosidad tan pesada procedian los Guayeurús en la vuelta á sus tierras, y con la misma y mayor se mueven las demas naciones en sus transmigraciones. Para ellos todos los sitios son al propósito para levantar ciudad portátil, y en todas hallan oportunidad para demorarse, manteniendose algunos dias de la caza y pesca, que proveyó liberal la naturaleza en todas partes. Como el buscar alimento es la causa de sus peregrinaciones, mientras no escasea en el lugar que ocupan á diligencia del arco y flecha, se detienen algun tiempo en sus estaciones, hasta que la carestía obliga á mudar los reales, y fijar habitacion en otra parte.

Los Payaguás, los Agaces y otras naciones que consunió el tiempo, y perdieron el nombre con la mezcla de generaciones, mas eran acuáticos que terrestres, vagamundas por los rios que subian y cruzaban á discrecion de su antojo y libertad. Los Payaguás usan canoas y embarcaciones ligerísimas, que impelen á fuerza de brazos con agilidad tan extraordinaria, que ningun vaso, vela y remo pueden dar alcance. Son piratas de los rios, en donde previenen celadas para saltar los navegantes. Cuando se ven acometidos y temen algun asalto, se meten en el agua con los arcos armados para flechar al enemigo, y zambulléndose al fondo, evitan el tiro de la bala. Es increíble lo que perseveran bajo del agua, y algunos creen que usan el artificio de cañutos largos que sobresalen para facilitar la respiracion.

§. XI.

DE SUS IDOLOS Y HECHICEROS.

La religion, que no es agena de gentes las mas bárbaras entre los

americanos de estas tres provincias, apenas mereció algun cuidado y desvelo. Pocas naciones tuvieron ídolos y adoratorios en que ofrecer sacrificios, y quemar inciensos. Hacia la parte mas meridional del Tucuman se hallaron algunos ídolos, cuyos templos eran viles chozuelas, propias del numen que los ocupaba, y expresion del bajo concepto en que los tenian sus adoradores. Los Calchaquíes eran al parecer mas supersticiosos al trueno y al rayo. Los adoraban por dioses y les tenian levantados templos y chozuelas, cuya interior circunferencia rodeaban con varas rociadas con sangre del carnero de la tierra, y las llevaban á sus casas y sembrados, prometiendose de su virtud, contraida á la presencia del numen, toda felicidad y abundancia.

No eran tan frecuentes los ídolos hacia la provincia del Rio de la Plata y Tucuman: pero se hallaron algunos cuyos templos eran visitados con romerías, y profanados con sacrificios de sangre humana. El autor de la *Argentina*, á distancia de algunas leguas de los Xarayes, describe un enorme culebron, monstruoso y espantable, que adoraban los naturales con acatamiento y aplacaban con sacrificios. Para lo cual, diseña un lugarejo ó ciudad de ocho mil vecinos, numerados por los hogares. El medio de la poblacion ocupaba la plaza, en cuyo centro sobresalia un palenque, que hacia oficio de cárcel para sugetar al monstruo, y de adoratorio en que le tributaban sacrificios los naturales y vecinos que concurrían en gran número á consultar sus dudas, y á oír las respuestas del numen.

Cebado con sangre humana, obligaba sus devotos á la guerra para sustentar su insaciable voracidad con los cautivos, y hartarse con sangre de prisioneros. Propio carácter del infernal dragon, juntar á las presunciones de divino el atributo de tirano, y el epiteto de caribe. Este suceso, referido en pluma de Rui Diaz de Guzman, merece el crédito que se dá á los que escriben, no como testigos oculares, sino por relacion de soldados, que á las veces fingen monstruos de horror para aparecer héroes de valentia en su vencimiento, especialmente porque este suceso no se refiere en los comentarios de Alvar Nunez, caudillo de la jornada. De ellos consta que los espanoles de su comitiva quemaron algunos ídolos monstruosos espantables, y que no acababan de admirar la paciencia de estos dioses, en dejarse convertir en cenizas.

Algunas razas de estas gentes, en tiempo de calamidad, y cuando habian de salir á guerras, instituian rogativas y multiplicaban sacrificios para aplacar su numen, que juzgaban irritado, esperando que reconciliado con las víctimas, los libraria de la opresion que padecian, y daria victoria contra los enemigos que les amenazaban. No consta hasta donde se extendia el poder de sus dioses; pero es bastantemente averiguado, que

olvidando al universal hacedor de todas las cosas, partian la divinidad entre sus ídolos, y que á los unos concedian poder sobre las tempestades ó sementeras, á otros sobre las enfermedades ó guerras.

Los Guaranís conocieron á *Tupa* por conservador de la nacion en el universal diluvio, pero no edificaron templo en que adorarle, ni levantaron aras para los sacrificios. Los Mocobís, á las cabrillas, esto es, á su *Gdoapidalgate*, á quien veneraban como criador y padre, jamas levantaron adoratorio; contentos con festejar su descubrimiento con algazara y griteria. Es para mi creible, que ni los Guaranís en *Tupa*, ni los Mocobís en *Gdoapidalgate*, ni otras naciones en algunos astros y constelaciones, cuyo descubrimiento celebraban, reconocian alguna deidad y supremo-númen, y solo confesaban un bienhechor de la nacion, á quien correspondian con agradecimiento, y pagaban los beneficios, que juzgaban haber recibido, con la memoria y recuerdo de ellos.

Yo no sé que ideas tan bárbaras formaban sobre los astros, planetas y constelaciones, ni cual era el reconocimiento con que correspondian á sus luces ó influencias. ¿Quien no admira las locuras y desvarios con que los Guaycurús celebran la luna nueva, y el descubrimiento de las cabrillas? Salen de sus chozas con formidables palos en las manos, sacuden frecuentemente las esteras, vocean, gritan, y levantan el alarido con alegría y confusion, prometiéndose toda felicidad y dicha. Lo mismo hacen cuando se levanta algun turbion de viento ó agua: salen animosos á provocar la tempestad, y á los demonios que juzgan venir en ella, conjurados á destruir toda la nacion de los Guaycurús. Mientras la tormenta prosigue desarmada, prosiguen ellos armados contra la tempestad, hasta que se desvanecen las nubes, quedando ellos en la vana persuasion de que los diablos, temerosos de sus armas, huyen á sepultarse en los abismos.

Mas temible era una maldita ralea de fingidos demonios, que se predicaban árabos de las tempestades, rayos, tormentas, rios, inundaciones, pestes y muertes. Estos eran unos hombres astutos y parleros, demonios vivos y visibles, que tenian mucho séquito y aceptacion entre estas gentes. No sucedia mal, ni desgracia, que no los clamoreasen efecto de su enojo y venganza. No hábia prosperidad ni dicha de que no se declarasen autores, amenazando con las unas, y prometiéndolas las otras á su arbitrio, segun el mérito de cada uno. Estos son los que llaman hechiceros: grémio autorizado por el poder que se apropian, y temibles por los males que amenazan.

Algunos autores, llevados de innata propension á amenizar sus

historias con novedades inauditas, describen los embustes de estos fingidos hombres como hechicerías, y á los que son puros engañadores, los hacen familiares del diablo. Los mas que asientan plaza de tales, con capa y velo de cursantes en la escuela del demonio, son finísimos embusteros, tan engañados en sí, como engañadores de los otros. Esto que sucedía en tiempos pasados, se experimenta en los presentes. Muchos se fingen hechiceros, llevan yerbas, cargan iman, erutan imprecaciones, amenazan con maleficios, y con segura impunidad confiesan haber hecho daño, muerto y maleficiado á muchos. Pero averiguada la verdad, todo es mentira y engaño.

Obera, cuyo nombre significa resplandor, cacique Paraná, es sin duda uno de los mas famosos hechiceros de que se pueden gloriarse los patrones para convencer el intento. Llamábase libertador de la nacion Guaraní, unigénito de Dios Padre, nacido de una vírgen sin comunicacion de varon, plenipotenciario de Dios, con sus poderes y facultades para convertir en utilidad de los indios todas las criaturas. La señal que principalmente habia de usar para libertar su escogido pueblo era un ominoso cometa, que esos dias se dejó ver, y lo tenía reservado para convertirlo contra los españoles. Estos y semejantes dislates le grangearon secuaces, crédito de famoso hechicero, y veneracion de divino.

A *Obera* fué muy semejante otro indio del Huybay, adorado de las vecindades. A los dos se parecia mucho, y aun excedía aquel famoso hechicero, que por la via del Brasil remaneció en el pueblo de San Ignacio del Guayra. Vestía hábito talar blanco; la mano ocupaba una espantosa calavera, con uñas de venado dentro que hacian ruido, y un son descompasado que seguian los pies bailando.

Todas las amenazas de *Obera*, con el resplandor de su nombre; los elementos que habia de conmover contra los españoles en favor de los indios, el cometa que era señal con que habia de libertar sus amados Guaranís, tuvieron el fin lamentable de quedar su numeroso ejército roto y deshecho; los indios muertos; prisionero el sumo sacerdote, á quien perfumaba con inciensos, y el mismo Dios *Obera* (á quien al parecer amenazaba fatalidades el cometa) fugitivo por los montes, sin sacerdote que le aplacase, sin escolta que le acompañase, lleno de pavor y miedo; temiendo á pocos españoles, los cuales penetraron altamente que *Obera*, con título y fama de hechicero, era un famoso engañador, tan débil y flaco, que no se atrevió á salir á campana por no quedar muerto o prisionero.

Mayor desengaño ofrece el hechicero del Huybay: convertido á Dios por la predicacion de dos insignes misioneros jesuitas, confesó delante de todo el pueblo, que sus palabras eran puras ficciones, y que no tenia otra mira que la de engañarlos y atemorizarlos con amenazas, para que libremente le franqueasen cuantas mugeres codiciaba su apetito. Este sin duda era el fin principal de Obera: mantenía numeroso serrallo de concubinas, conseguidas con la violencia, con amenazas y á impulsos de sus retos. Desenfrenado por extremo en liviandades, solo admitia en su privanza á los que aplaudian la soltura de sus costumbres, y le entretenian con cantares lascivos y bailes indecentes. A las veces, depuesto el sobrecejo de soberano númen y respetable deidad, cantaba y bailaba placentero entre sus concubinas.

Este era tambien el ejercicio del hechicero brasileño que penetró al Guayra. Al son descompasado que hacian las uñas de venado dentro de la calavera, bailaba, brincaba con agilidad increíble, soplando fuertemente al aire, y provocando los rayos y tempestades contra los que le hiciesen oposicion. El fiscal del pueblo de San Ignacio, despreciando sus amenazas, le cogió, y puso un par de grillos, y en presencia de todo el pueblo descargó cien azotes sobre el fingido númen y verdadero embustero. A los primeros golpes, *no soy yo, exclamó, no soy yo Dios, sino un pobre indio como los demas, y ningun poder tengo para dañar ni causar mal alguno.* No satisfechos los ignacianos con la confesion del reo, los dos inmediatos dias repitieron el castigo de los *saludables azotes*, y humillaron su activa presumpcion.

No una, sino muchas veces ha salido bien la experiencia de los azotes: ya sea porque la vejacion dá entendimiento, ya sea porque el engañador descubierto, y descifrada la doblez de sus procederés, pierde la esperanza de ser creído, y de hallar entrada en quien penetró sus enredos.

Estos hechiceros tienen por lo comun dos ó tres familias cómplices de su iniquidad, y diestros imitadores de las voces y bramidos de animales. Ligados con el sacramento del sigilo, no descubren la verdad so pena de privacion de oficio, y de malograr el estipendio y gages. Cuando llega el caso en que el hechicero ha de consultar al diablo, como ellos dicen, sus familiares se ocultan en algun monte, en cuya ceja se previene de antemano alguna chozuela, que hace las veces de trípode y el oficio de locutorio. Para el dia prevenido se junta el pueblo, pero no se le permite acercarse, para que no descubra el engaño, y quede confirmado en su vano error y ciega presumpcion.

El hechicero bien bebido y alegre, con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando junto á la chozuela, invoca al diablo para que venga á visitar al pueblo, y revelarle los arcanos futuros. Cuando todos estan en espectacion, aguardando la venida del demonio, resuenan por el monte los disfrazados con pieles, disimulando los bramidos del tigre y las voces de los animales.

En este trage, que el pueblo no discierne por estar algo retirado, entran en la chozuela; y con ellos, el diablo y sus satélites. Estos con grande confusion y behetria infernal, imitando siempre las expresiones de animales, empiezan á erutar profecias y trocar vaticinios sobre el asunto que desean los circunstantes.

De la boca de ellos pasan á la del hechicero, y este con grandes gestos, arqueando las cejas con espantosos visajes, propala al pueblo los pronósticos y vaticinios. El pueblo vulgo, incapaz de reflexion ni examen, arrebatado de ciega persuasion, los admite como oraculos del diablo, quedando en error casi invencible de que el diablo es quien habla al hechicero, y que este es fiel relator de sus predicciones. Este es el origen admitido entre los indios, y abrazado entre los escritores, de las operaciones diabólicas y de los fingidos hechiceros.

Este es el fundamento de aquel terror pánico que tienen los indios de acercarse á la chozuela, recelando insultos feroces, y desapiadados acometimientos del tigre, cuyos bramidos imitan los familiares, para persuadir al vulgo que es demonio transfigurado en infernal bestia el que los habla.

Singular es el suceso que experimentó cuatro años hace uno de nuestros misioneros. Faltaron un dia casi todos los indios del pueblo, el cual estaba tan en los principios, que ningun adulto habia recibido el bautismo. Suspiraban todavia *por las cebollas de Egipto*; y á escondidas del misionero renovaban el ejercicio de sus antigüedades. A la mañana advirtió el Padre que era pastor sin ovejas, y que estas se habian ausentado; menos un viejo á quien los años privilegiaron de emprender largas romerías: de él se informó, y supo que los catecúmenos se habian retirado á consultar á los diablos.

«Pues yo tengo que ir, dijo el misionero, á ver vuestro diablo, y espantarlo para que no vuelva otra vez.»—«No váyas, Padre, replicó el anciano, no vayas porque es muy bravo, y te ha de matar. Nosotros no nos atrevemos á llegar, y solo al hechicero es permitido acer-

carse para hablarle y recibir sus respuestas.”—“Yo tengo que ir sin remedio, añadió el misionero; vuestro diablo es muy flojo, y mas teme él á mi, que yo á él: y si no me teme, ¿porqué huye de mi presencia?”—En esto se puso en camino, y se encontró con los indios, que estaban á la ceja de un monte, algo apartados de la palizada y chozuela, donde el fingido demonio daba sus oráculos, y los recibia el hechicero.

Los indios movidos á compasion intentaron contener al Padre, y temiendo no le matase el diablo, esforzaron sus razones para atemorizarle. Pero el misionero, animado con los espíritus que infunde el cielo santo, se arrimó á la chozuela, y encontró—¿qué?—al demonio nada menos; al indio autorizado con nombre de hechicero, y dos familiares suyos que aullaban, bramaban á guisa de animales feroces, y con espantosas, pero disimuladas voces, amenazaban castigos, y pronosticaban futuros contingentes. ¡Tanto artificio cabe en la tosca capacidad de un indio!

Lo extraño y particular es, cuando tienen á la vista el desengaño no se persuaden que el que se finge diablo y hechicero es un indio comun, y solo singular en exceder á los demas en artificios y engaños. Ha sucedido hallarse presente uno de nuestros misioneros, en circunstancias que salió el fingido diablo y verdadero indio de la chozuela: conociéndole el Padre, por mas que esforzó sus razones para persuadir al pueblo que no era el demonio sino fulano indio que todos conocian, nunca les pudo convencer, respondiendo con ciega obstinacion, que era el demonio, y que así lo creian ellos, y por tal lo tenian.

Entre tanto estos embusteros con sus engaños eran respetados como árbitros del mal y del bien de la vida y de la muerte, con supremo poder sobre el cielo, sobre los elementos, sobre todo viviente y ser criado. Elevados á tan sublime gerarquia, gozaban indiferentemente cuantas mugeres apetecia el desenfreno licencioso de su soltura. Tenian serviciales obsequiosos, que de la pesca y caza les regalaban, y sin expensas ni gastos sustentaban el serrallo: sus palabras falsas ó verdaderas eran atendidas como oráculos, cuya inteligencia pendia de los sucesos venideros, nunca bien penetrados dei vulgo, cuando falsos, pero siempre interpretados por los doctores de la ley en su sentido.

§. XII.

DE SUS MEDICOS.

Estos mismos hechiceros ejercitan el arte de la medicina, y eran en las curaciones tan engañosos como engañadores en sus hechicerías. Todos los preceptos galénicos ceñían á la breve práctica de chupar, y por eso los autores los califican con el nombre de *chupadores*. Cuando la necesidad los llama para algun enfermo, presto se previenen de medicinas, y en todas partes hallan botica surtida que le ministra cuanto necesitan para el ejercicio de su facultad. Un palito, una piedrezuela, una espina, un inmundo guzano, que alzan del suelo y ocultan en la boca, es el *sánalo-todo*, y todo el aparato de sus simples y mixtos. Medicina á la verdad inocente, no mala para todas las enfermedades, porque aunque no tenga el privilegio de sanar, goza la prerogativa de no agravar la dolencia.

Llegados á la chozuela del enfermo, entran haciendo espantosos visajes, hinchando de viento los carrillos, y soplando fuertemente al aire. Como no entienden de pulso, y la aplicacion de medicina se ha de hacer sobre la parte dolorida, preguntando que es lo que duele al enfermo, luego aplican la boca y chupan la parte lesa con increíble vehemencia. Aquí empiezan los gestos: aquí el expeler, entre contorsiones y espumarajos, el palito, la piedrezuela, la espina y el guzano, que de antemano previenen, segun las precauciones del arte de chupar. “¡Como habia de descansar, dicen, como habia de descansar este pobre enfermo; como no se habia de afligir, como no se habia de quejar, si este guzano le roia, si esta espina le picaba, si este palito y piedra se le entró en las carnes vivas! Ahora se aliviará el enfermo, porque cesando la causa que allige, se remite el dolor que mortifica.”

Concluido el oficio de chupador, prosigue el ejercicio de recetar. Esto es mas universal, y se estiende á los sanos y parientes del enfermo, ordenando á todos severísima abstinencia de algunos manjares y comidas, para que el enfermo mejore con el ayuno de los sanos. Si la enfermedad cede á los esfuerzos de la naturaleza, y el doliente cobra salud, todos los aplausos se los lleva el chupador, y adquiere grandes créditos y estimacion: pero si la naturaleza se rinde á la enfermedad y muere el paciente, la culpa recae en los miserables parientes, cuyos ayunos fueron infructuosa penitencia por la salud del enfermo.

Entre los Pampas, que son los antiguos Querandís, sucedia muy al

contrario. Cuando moria el enfermo, la culpa toda se echaba al médico, y los parientes quedaban persuadidos que moria maleficiado del curandero, y que este debía pagar el homicidio ageno con su propia muerte. Conjurados en su ruina, los parientes noche y dia velaban sobre el mal médico, y descansaban hasta vengar la cólera con la sangre del chupador, poco inteligente en los principios del arte, y extremadamente desgraciado en el egercicio de su profesion. No obstante esta inviolable y tiránica ley, apenas muere un profesor de medicina, cuando se declara otro doctor en la facultad, y toma el oficio de curandero con peligro de morir la primera vez que lo egercite con desgracia.

Entre los Lules, en lugar de chupadores tenian los que llamaban *sajadores*, por el egercicio de sajar la parte dolorida: era entre ellos persuasion de que todas las enfermedades, á excepcion de las viruelas, procedian del Ayaquá. Es el *Ayaquá*, en sentir de ellos, el gorgojo del campo, y aunque pequeño de cuerpo caminaba armado de arco y flechas de piedra. Es diestrisimo certero, asesta y despide la flecha donde quiere, á quien quiere, y como quiere, y de sus tiros y flechas proceden las enfermedades que matan, y el dolor que aflige. Con este Ayaquá tienen familiar trato los curanderos, y de su comunicacion aprenden á labrar flechas semejantes á las del Ayaquá, y á sajar la parte dolorida. Chupan luego la sangre y arrojan la flecha que llevan prevenida en la boca, y con un razonamiento semejante al de los otros chupadores, y un plato de comida en premio de su trabajo, se vuelven muy ufanos á su casa.

Estan tan obstinados en esta persuasion que no se dejan convenecer de razones, ni dan lugar al desengaño. Enfermó de mal de oidos un muchacho, y el misionero le aplicó algunos remedios, y pensando que con ellos hubiese mejorado, á la mañana preguntó al padre del enfermo, como lo habia pasado su hijo, y si el dolor se le habia mitigado. El padre respondió: "mi hijo lo ha pasado en un grito continuo, suspirando y gimiendo sin poder sosegar. Ni ¡como era posible otra cosa, teniendo los oidos llenos de las flechas de Ayaquá!"

§. XIII.

DE SUS ENTIERROS.

Supersticiosos en las curas, no lo eran menos en los entierros, y

funerales de sus difuntos. Entre los Guaranís, si el difunto era persona principal ó cacique, la muger se despenaba con espantosos alaridos. Si no era de tanta distincion, se desgrenaaba los cabellos, abrazada con el yerto cadaver, cantando en tristes endechas las proezas y valentias de su esposo. Los antiguos Charruas en la muerte de sus parientes se cortaban un artejo de los dedos, sucediendo á veces, que en edad proveccta carecian de falanges, y se inhabilitaban para el egercicio de las armas. Los Mocobís en señal de luto se trasquilan, con alguna diferencia, segun son diferentes los grados de parentezco que tienen con el difunto. Los Isistinés no se rascan la cabeza con el dedo, temiendo que se pondrian calvos, y que no les saldria el pelo en aquella parte que llegaron á tocar.

Era comun en casi todas las naciones señalar plañideras, que con lágubres aullidos, y lágrimas fingidas por algunos meses y aun años, lamentaban la desgracia del difunto, recordando á los vivos sus hazañas, incumbencias propias de los parientes, y á las veces de algunos extraños, que alquilaban sus lamentos, y vendian sus lágrimas por el interes de algunas alhauelas del difunto.

Al cadaver, sentado sobre una silleta ó taburete, pintaban toscamente algunas naciones. Otras lo cubrian con mantas y plumages, para que decentemente y sin rubor pareciese en la otra vida. Los naturales del valle de Londres en Calchaquí, con supersticiosa observancia, abrian á sus difuntos los ojos que cerró la muerte, para descubrirle el camino que guia á la region de los muertos:

Al rededor de la sepultura, ó dentro, ponian el arco, las flechas, ollas y cascos de calabazo, que por acá llaman *mates*, con alguna porcion de comida y chicha. El arco y las flechas, dicen unos, que son para que el alma se defienda de los acometimientos y asaltos de sus enemigos: anaden otros, que para que el muerto tenga con qué cazar, y no muera de hambre, acabado el repuesto de maíz y chicha. Las ollas para cocinar; y porque no falte fuego, es costumbre de algunas naciones dar la superintendencia á algunas de las plañideras, para que diariamente cuide de cebarlo. El calabazo sirve de vaso para sacar agua, y refrigerar el bochorno que se origina de la opresion de la sepultura.

Un sepulcro bien circunstanciado descubrieron nuestros exploradores de la costa de Magallanes, á pocas leguas de la bahía de San Julian. Era de figura redonda piramidal, tegido de ramas, las cuales afianzaban para mayor seguridad cordones de lana de diferentes colores. Al rededor de la casa tremulaban seis banderas de un te-

gido de lana azul, colorada y blanca, atadas sobre varejones largos de tres para cuatro varas. A trechos estaban repartidos cinco caballos muertos, cuyos cueros, ó pieles estaban llenos de paja, clavados en tierra con otros horcones, por el pescuezo, por el vientre, ó por la cola. El remate de la casa hacía la extremidad piramidal; coronaba una como veleta de trapo, semejante al de las banderillas, asegurado con una faja para que no lo desprendiese el viento. Sobre la extremidad pendían de un palo, á discrecion de los vientos, ocho borlas de lana musca.

Lo interior de la chozuela fúnebre indíca ocupaban dos telas de listadillo, tendidas sobre el pavimento, las que servían para cubrir el cuerpo de un indio y dos indias, tan recientes que aun tenían carne y pelo en la cabeza. Discurrióse largamente sobre el mausoleo, y resolvieron nuestros misioneros, que no siendo habitable la costa, el sepulcro no podía ser de paysanos connaturalizados en el terreno; y observaron veredas, que de lo interior del país tiraban á una laguna grande de sal que habían descubierto. Que lo natural era que aquel indio, viniendo en busca de sal, había muerto en aquel sitio á donde los compañeros levantaron aquel honrado sepulcro, tan coronado de banderillas, gallardetes y borlas, que indicaba haberse erigido en memoria de algun principal ó cacique de la nacion. Los caballos rellenos de paja, y levantados sobre estacas, segun el uso de las gentes de á caballo que acostumbraban hacer así, y las mugeres para que le sirviesen en la otra vida, y le ministrasen lo necesario.

Este es estilo y costumbre de algunas naciones en la muerte de sus principales y parientes inmediatos: las mugeres siguen á sus maridos; los parientes á sus mas inmediatos, y algunos vasallos á sus caciques; especialmente las viejas, como inútiles en este mundo. A la primera noticia de la muerte del cacique y primogénito suyo, se quitan la vida para servirlos, y para que no desfallezcan de hambre y sed por falta de quien les ministre lo necesario. Ceremonia indispensable y argumento de fidelidad y cariño en los consortes con sus maridos, y en los vasallos con sus caciques, tan radicados en este gentilico rito, y tan religiosos observantes, que se ofrecen voluntariamente á la muerte y la aceptan con alegre resignacion.

§. XIV.

DE SUS IDEAS RELIGIOSAS.

Esta precaucion, y otras semejantes que tomaban para la otra vida, es argumento que ellos conocieron la inmortalidad del alma: pero la idea que de ella formaron, y el bosquejo que diseñaron eran incompletos. Persuadidos pues los indios que el alma goza fuero inmortal, eternizan su duracion en el cielo entre las estrellas, ó en alguna region incognita que ellos imaginan, y ellos solo la alcanzan.

Una cosa al parecer cierta es, que la subida á las celestiales regiones no la admitan tan inmediatamente á la muerte que no concediesen al alma, algunos años en este mundo, solazándose y divirtiéndose á su usanza; no visiblemente tratando y comunicando con los vivos, sino invisiblemente tratando y comunicando, jugueteando como duendes, y regocijándose alegremente en aquellos egerecicios que la divertian unida al cuerpo. En este estado las conciben glotonas y cazadoras, paseanderas, vagamundas, juguetonas, guerreras, y enemigas de sus enemigos. No alcanzo como se pueda explicar mejor la idea que ellos formaban del alma separada, que sobre el plan de lo que ellos son en vida.

A este fin, porque las hacen glotonas y borrachas, ponen sobre la sepultura sus ordinarias viandas, y llenan de chicha los calabazos. Y porque esta providencia es temporal y limitada, y las almas duraderas, sin límite ni término, libran el alimento de la eternidad en el arco y flechas, instrumentos venatorios, que aseguran el mantenimiento en aquella region de espíritus vagamundos y cazadores. Estas mismas armas sirven al respeto para hacerse temibles á las naciones enemigas.

No consta de sus tradiciones por donde subian sus almas al cielo. Los Mocobís fingian un arbol, que en su idioma llamaban *nalligdigua*, de altura tan desmedida que llegaba desde la tierra al cielo. Por él, de rama en rama ganando siempre mayor elevacion, subian las almas á pescar en un rio y lagunas muy grandes que abundaban de pescado regaladísimo. Pero un dia que el alma de una vieja no pudo pescar cosa alguna, y los pescadores le negaron el socorro de una limosna para su mantenimiento, se irritó tanto contra la nacion Mocobí, que transfigurada en *capiguara*, tomó el egerecicio de roer el árbol por donde subian al cielo, y no desistió hasta

derribarlo con increíble sentimiento y daño irreparable de toda la nacion.

Los demas indios, aunque colocan las almas de sus difuntos entre los otros, no explican por donde se le franquea el paso á las eternas moradas. Verisimilmente su grosero modo de concebir mezclará la seriedad respetable de una verdad tan clara con suposiciones ridículas y ficciones placenteras. Al parecer no tenían determinado lugar para suplicio de los delincuentes, y castigo de los culpados: ó porque su ceguedad no les dejó abrir los ojos á una verdad que nace y crece con el alma, ó porque entregados en esta vida á pensamientos alegres, no daban entrada á tristes imaginaciones. Lo cierto es que la creencia de los suplicios eternos se les hace muy cuesta arriba á los infieles. Los Chiriguanos, cuando se les habla de las llamas abrasadoras del infierno, responden con serenidad que ellos apartarán las brasas: y lo que es mas, no pocas veces en el confesionario, cuando se les amenaza con las penas eternas, responden con gran calma: *“no se verá el diablo en este espejo.”*

Su tenacidad, en lo que una vez aprendieron, es rara: no les convence la razon, ni la luz clara del mediodia basta para alumbrar su entendimiento, y desencastillarlos de sus erroneas aprensiones. Así le sucedió á un indio catecúmeno, á quien la muerte iba tan á los alcances, que se juzgaba no pasaria el dia inmediato sin pagar el tributo de la humana mortalidad. Como su muger era infiel y obstinada en los gentílicos ritos, le persuadió que no se dejase bautizar, porque infaliblemente moriria; y le dió tan á pelo asenso á las razones de su consorte, que no hubo fuerzas en el misionero para persuadirle lo contrario.

Tentó este diferentes medios: alegó razones claras, le propuso varias congruencias para persuadirle que presto moria. “No, respondió el indio, no estoy tan enfermo como dices: antes bien mañana estaré bueno, y podré caminar á melear en los bosques.”—No irás respondió el Padre á melear, sino á las penas eternas del infierno, sino abrazas la religion cristiana, y por medio del bautismo, que abre las puertas del cielo y cierra las del infierno, no pones en cobro tu alma.—“No creas, dijo la muger, lo que este Padre habla: porque si te ausentas al monte, y no recibes el bautismo, jamas morirás.”

§. XV.

DE SU COSMOGRAFIA.

Quien tanto yerra en materias palpables y visibles, y con tenacidad tan obstinada resiste á la luz de la razon, no es de estrañar yerre cuando levanta el pensamiento á objetos mas nobles, superiores á su tosca capacidad, y falta de principios para penetrar arcanos tan sublimes. Al eclipse del sol y luna llaman muerte de estos hermosos planetas. Los Lules atribuyen el eclipse del Sol á un pájaro grande que, desplegando sus alas, cubre el globo luminoso de su cuerpo. Los Mocobís lo refunden en un asalto del demonio para comerselo, y por eso gritan: *déjala*, (al Sol tienen por muger) *déjala; compadécete de nuestra compañera, no nos la comas.*

Estos se han formado un agradable sistema del mundo, y por él se podrá inferir el que idean las demas naciones. El ciclo y la tierra hacen un solo cuerpo, pero tan inquieto y bullicioso, que le obligan á circular en perpetuo movimiento. Á las estrellas tienen por árboles, cuyas hermosas ramas tejen de rayos lucidos y brillos centellantes. Al crucero llaman *amnic*, que quiere decir avestruz: á las estrellas que le circundan, *ipiogo*, que significa perros. El misterio es, que estos perros siguen al avestruz para cazarle, y como este corre y corre mucho, aunque los perros le siguen, no le alcanzan. Entre las estrellas confiesan alguna distincion; á unas llaman pavos, ó *dagadac*: á otras quirquinchos, *natumnae*; á estas perdices, *nazaló*, y á las demas con otros nombres semejantes. Esto no es nuevo, pues la antigüedad, y astronomia de muchos siglos atras, deriva hasta nuestros tiempos semejantes denominaciones, para distinguir los signos y explicar las constelaciones.

Lo particular es, que á la luna llaman *cidiago*, y juzgan que es hombre, cuyas sombras son sus tripas que le sacan unos perros celestes cuando se eclipsa. En oposicion de luna los grandes piden á *cidiago* que les dé muger, y los muchachos á grandes gritos, tirandose las narices, le piden que se las alargue. Al sol conciben como muger, y le llaman *gdazca*, que significa companera. De él fiagen algunas trágicas aventuras. Una vez cayó del cielo, y enterneció tanto el corazon de un Mocobí, que se esforzó en levantarlo, y lo amarró para que no volviese á caer. La misma fatalidad sucedió al cielo: pero los ingeniosos y robustos Mocobís, con puntas de palos lo sublevaron y repusieron en sus ojos.

Segunda vez cayó el sol, ó porque las ataduras no eran bastante robustas, ó porque el tiempo debilitó su fortaleza. Entonces fué cuando por todas partes corrieron inundaciones de fuego, y llamas que todo lo abrazaron y consumieron, árboles, plantas, animales y hombres. Pocos Mocabis, por repararse de los incendios, se abismaron en los rios y lagunas, y se convirtieron en capiguarás y caimanes. Dos de ellos, marido y muger, buscaron asilo en la eminen-
 cia de un altísimo árbol, desde á donde miraron correr rios de fuego que inundaban la superficie de la tierra; pero impensadamente se arrebató para arriba una llamarada, que les chamuscó la cara y convirtió en monos, de los cuales tuvo principio la especie de estos ridículos animales.

§. XVI.

DE SUS TRADICIONES HISTORICAS.

Así discurrían en materia de astronomia, y con poca diferencia en las otras facultades: la materia de los sucesos para la historia casi no tocaba en los tiempos pasados, y apenas salía de la vida y hazañas de los presentes. Algunas relaciones conservan los rapsodas que repetían cantando para refrescar la memoria de sus antigüedades, que confundía y ofuscaba con fabulosas novedades el analista relacionero. Este tenía la incumbencia de repetir, al son de bárbaros instrumentos, las tradiciones de sus mayores, y de instruir á otros en las noticias para suplir su falta con el canto.

Esta tradicion, en gentes que no cultivan la memoria, ni usaban lápidas, geroglíficos, ni caractéres, no podía ser muy puntual, ni abrazar muchos detalles. Tal cual suceso memorable, corrompido con la alteracion que de suyo lleva el tiempo, y la fragilidad de la memoria, conservaban los relacionistas, y lo perpetuaban con el canto. En lo demas de sus vasallos, las hazañas de sus caciques y las de sus mayores se echaban en perpetuo olvido, y apenas los hijos se acordaban de las proezas de sus padres.

DE SU APTITUD PARA LAS ARTES.

De las facultades mecánicas solo tenían el no tenerlas, ni aun instrumentos para ejercitarlas. Sus canoas, sus dardos, sus macanas, sus arcos y flechas, trabajaban con improba laboriosidad. Al tronco que destinaban para canoa pegaban fuego, que consumía las superfluidades, convirtiéndolas en ceniza y carbon, el cual desprendian á fuerza de golpes de pedernales con filo agudo, hasta llegar á la parte sólida. Volvian á pegar fuego y á levantar el carbon, formando á fuerza de golpes, y con la actividad consumidora de la llama, aquella exterior configuracion, ó cavidad interior que ellos pretendian para el uso de la navegacion.

De la misma manera, y con la misma prolijidad, trabajaban y pulian los dardos, las macanas, los arcos y las flechas. El fuego gasta y el pedernal desbasta los varejones, y cuando ya los tienen en el grosor y proporcion que desean, los pulen con delicada nimiedad, y los dejan tan tersos y lisos, que no los aventajará el mas diestro oficial con sus gurvias y garlopas. Verdad es, que necesitan meses para sus maniobras; pero donde sobra la pereza y los instrumentos son ningunos, el tiempo y la paciencia coadyuvan á la perfeccion de las obras. Admiracion es que génios brutales, que para nada tienen tiempo sino para la inaccion, busquen pulidez en las armas, y gasten tiempo en perfeccionarlas.

Esto eran en su infidelidad: pero alicionados en las manufacturas, aprenden los oficios cuanto basta á imitar con perfeccion el ejemplar, sin la gloria de inventores. El mas insigne maestro en la pintura y en la delicada escultura, no podrá gloriarse de haberle añadido al original un rasgo ni pieza que le dé nueva y mas agradable hermosura. En lo que son singulares es en la imitacion: tan nimios, tan delicados y puntuales á expensas de tiempo y paciencia, mirando y remirando una y muchas veces el protótipo es que perfeccionan la obra. Vez ha habido en que la delicadeza se ingenió tanto para la viva imitacion, que no alcanzó la mas tildada observancia á discernir entre el ejemplar y el retrato.

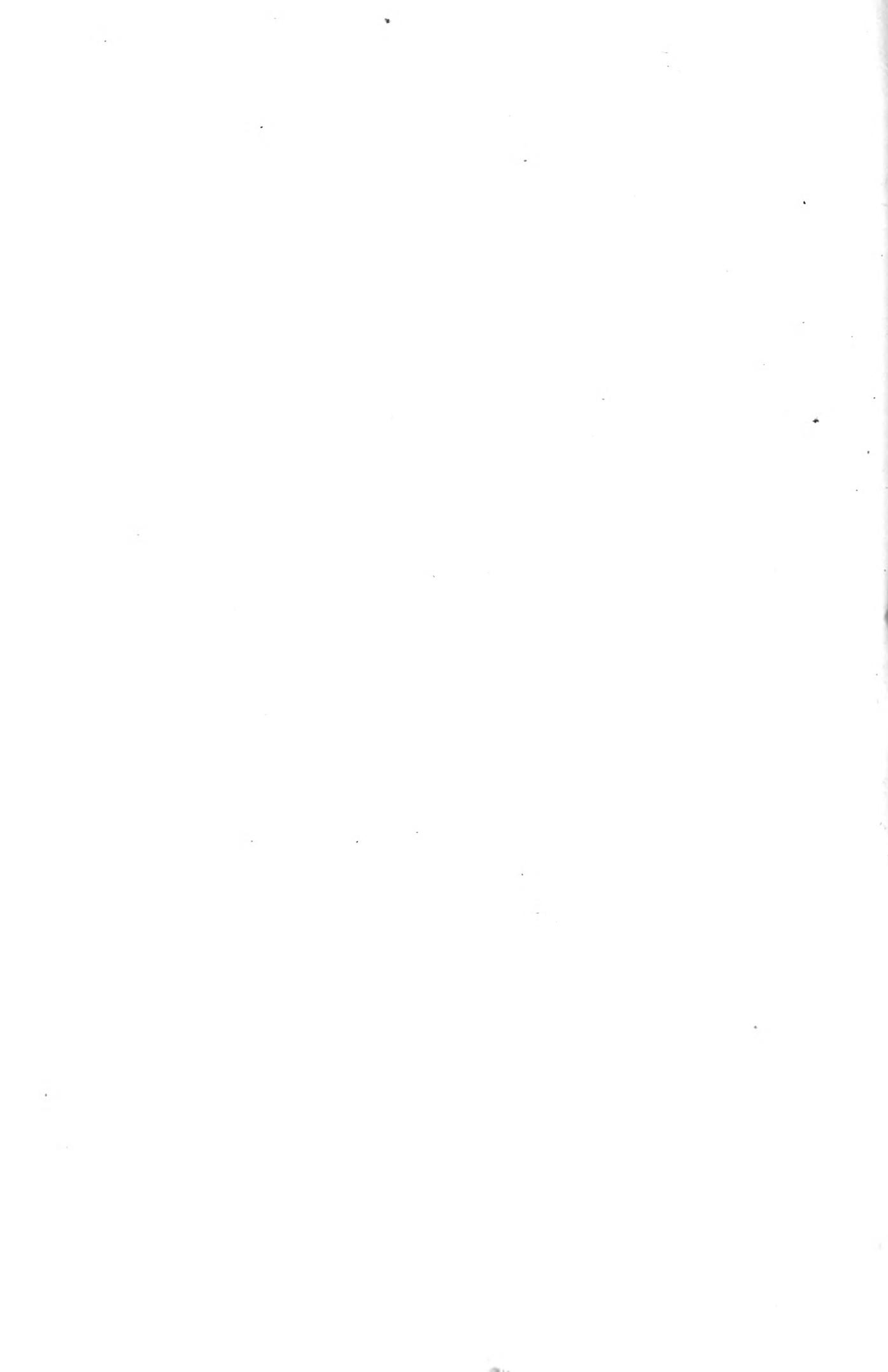
En la elocuencia y cultura de hablar se hallaron algunos, sueltos en sus diálectos, tersos en las palabras y persuasivos en los razonamientos. No abrian aulas, ni disputaban maestros para la enseñanza de la juventud; pero cuando al mediano entendimiento se juntaba la penetracion

del idioma, y la verbosa locuacidad, peroraban con dulzura y persuadían con eficacia. La voz común á los índicos idiomas llama bárbaros, ásperos y defectuosos: los que con estudio y aplicación penetran la estructura de su artificio y propiedad para explicarse, los califican de elegantes, expresivos y copiosos. Lo cierto es que abundan de voces, en lo natural propias, en lo significativo vivas, y en lo persuasivo eficaces, ceñidas sin confusión, claras sin redundancia, y magestuosas sin afectación.

Solo se pueden llamar bárbaros, ásperos y defectuosos por la falta de educación de los indios, criados sin estudio, sin cultivo, ni facultad: pero esos mismos idiomas en los labios de un elocuente y copioso de razones, son elegantes, son expresivos, son melódicos. La lengua castellana es sin duda dulce, abundante y persuasiva; pero en la boca de un inculto labrador, áspero de genio, y de toscos entendimiento, se viste de sus propiedades, ó se viste de moda, según el genio del que le habla.

Esto nos pareció notar en las naciones americanas que habitan el Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman. Lo mas particular se tocará á su tiempo y en su propio lugar. Por ahora nos llaman estas dilatadísimas provincias á examinar su suelo y sus producciones.





SEGUNDA PARTE.

§. I

ASPECTO GENERAL DEL PAIS.

La historia natural del Paríguay, rio de la Plata y Tucuman, que abraza nuestra descripcion, ofrece á la vista y pone delante de los ojos un tesoro de bellas noticias, que pueden enriquecer el museo de los sábios, y entretener con peregrinas novedades la curiosidad mas insaciable. Verdad es que el Supremo Hacedor no depositó en el seno de estas provincias ricas minas de oro, plata, diamantes y esmeraldas, (cebo de la humana codicia: por lo menos su providencia no ha dispuesto hasta el tiempo presente que se descubran estos apreciables metales, escondiéndose al parecer de las investigaciones de los hombres mas diligentes.

Pero, aunque el Soberano Autor no se mostró tan liberal en este punto como en otras provincias que nos rodean, atendiendo cuidadoso á su hermosura, con una muy agradable perspectiva y variedad admirable de peregrinos objetos, casi enteramente los ciñó de altísimas serranías y cordilleras, que empezando en la villa de San Jorge, en la capitania de Porto Seguro, se prolongan, á vista siempre del mar brasílico, hasta la embocadura del reino de la Plata. Aquí, cansada la naturaleza con la produccion de peñascos tan disformes, toma huelgo hasta la opuesta ribera, desde adonde vuelve otra vez á levantarse un cordon y cadena de serranías, que atraviesa el reino de Chile y Perú, y con casi dos mil leguas de extension se alarga hasta la gobernacion de Santa Marta.

Del tronco principal de estas cordilleras, arrancan algunos ramos que se internan en diferentes partes á Tucuman y Paraguay: tales verdaderamente, y de altura tan eminente, que los Alpes y Pirineos no pueden justamente disputarles la elevacion. Se cree, con bastante fundamento, que en algunas partes estos ramos de cordillera están penetrados de ricos metales; pero si en esta parte no corresponde la realidad á la aprension,

por lo menos es cierto que sus senos son un rico depósito de las aguas que franquean sin esquivéz, repartiéndolas con bastante equidad en arroyuelos y ríos que fecundan las riberas, y se derraman por las campañas para alivio y refrigerio de los mortales.

El corazon de estos países son campañas dilatadas con algunas elevaciones de terreno. A trecho se extienden por muchas leguas espesos bosques, que embaraza al sol la comunicacion de la luz con el atravesado enlazamiento de unos árboles con otros, y mucha variedad de enredaderas, que suben desde el pié hasta la cumbre. En parte se divide el terreno en hermosas praderias, y dehesas, esmaltadas de verde y revestidas de toda la variedad de vistosas flores, que lleva de suyo la mas lozana primavera. No es igualmente fecundo, y aun vicioso el terreno en todas partes: pero en la misma desigualdad se descubre un argumento claro de la equidad divina, que compensa las ventajosas cualidades que reparte á unas provincias, con las que dispensa liberal á otras.

§. II.

DE LOS ARBOLES.

Sin embargo de esta oculta compensacion en que Dios con altísima providencia procuró utilizar á todo el Paraguay, y lo demas meridional del Tucuman, gozan meollo mas pingue y fuerte, ya sea por la calidad del terreno, ya por las copiosas lluvias que le fertilizan. Los cedros se erian altísimos, y algunos tan gruesos que dos hombres tomados por las puntas de los dedos no pueden abarcarlos. Cerca de la iglesia del colegio de la Compañia en Salta, se derribó años pasados uno tan desmedido y corpulento, que echado en el suelo y puesto dos sobre el caballo, uno de un lado y otro de otro, no alcanzaban á verse. Los palmares de varias especies, y piñales diferentes de los de Europa, ocupan leguas enteras. Crianse los pinos altos, gruesos y derechos. Las ramas arrancan de seis en seis, y de siete en siete al rededor de su tronco, ciñendo la circunferencia de mayor á menor, hasta rematar en figura piramidal con extraña proporcion, igualdad y correspondencia. Sus piñones, mayores que los de Europa, aprovechan á los naturales, á los monos y puercos silvestres. Mayor utilidad tiene la medicina en el bálsamo que destilan, que los vivientes en los frutos que llevan. Por Setiembre, cuando el humor fermenta con los primeros ardores de la primavera, y toma vigor y fortaleza con

la efervescencia, herido el tronco destila un jugo al principio blanco, y despues colorado, bueno para sanar heridas, y preservar de pasmos y convulsiones.

Su madera es de las mejores que puede desear la escultura por su lucimiento y delicadeza. Es dócil á los instrumentos, se deja labrar facilmente, y sin resistencia admite cualquiera figura al gusto del diestro maestro y delicado estatuario. Como el corazon está penetrado de humor colorado, con solo esponer la estatua al calor del fuego, transpira el jugo á la exterior superficie, y la barniza de purpureo encendido con un esmalte natural que jamas pierde, y conserva la pieza con lustre agradable y vistoso.

Otros pinos hay hácia el Paraguay, cuyo fruto llaman los naturales *Curibay*, que quiere decir piñones de purga: son semejantes en la exterior contestura á los de Europa, pero muy diversos en los efectos. Porque el que los come en poco tiempo experimenta una tormenta interior, y tal conmocion de humores que le hacen prorumpir en violentos vómitos, y copiosas evacuaciones. Dicen algunos que estos piñones son el único remedio contra la gota: pero siendo tan fácil la medicina, y tantos los tocados de este penoso mal, no saldré fiador de su virtud medicinal, sino la confirman nuevos experimentos.

El *Guayacan*, que llaman comunmente *Palo santo*, tan celebrado en la medicina por sus calidades curativas, y apreciado para las fábricas y manufacturas, abunda en muchas partes de las tres especies conocidas en el mundo. Pero en tierras de Guaycurús, al poniente del Paraguay, entre el Pilcomayo y Yabebijy, y tambien en algunos lugares del Chaco, se cria otra quarta especie, que merece particular mencion. Es árbol grueso, alto, resinoso, aromático, y de madera fortísima. Las flores anaranjadas declinan en amarillas, y dentro encierran unas mariposas, que á su tiempo rompen la cárcel de flores, y salen de la cuna de su nacimiento á gozar aires mas apacibles.

Su duracion es brevísima, y cuando presienten la vecindad de la muerte, se meten debajo de tierra, mueren soterradas, y de lo interior de su cuerpecillo nace la planta del *Guayacan*, pequeña al principio, y despues de grandeza desmedida. Esta generacion es descrita sobre el dicho y autoridad de los indios, poco curiosos en indagar los arcanos de la naturaleza. Si es verdadera, se hace creible que las mariposas saquen consigo la natural simiente, y que esta necesite de algun fomento de vivientes sensitivos para que despues soterrada, se pongan en movimiento los orga-

nos de vida con la agitacion, y empieza á crecer la planta con la atraccion de los jugos.

La *Quinaquina* es sin duda uno de los árboles mas útiles á la vida humana, de cuyas propiedades tratan los botánicos. Críase en los valles de Salta y Catamarca de la provincia del Tucuman, y en las vecindades del Rio Negro, tributario de Uruguay por su márgen oriental. El fruto de la quinaquina son unas almendras especiales, y apreciables por su olor subido y confortativo: pero lo que mas se estima en este árbol, y lo que es mas útil á la salud del hombre, es su cáscara, la cual molida en polvos, y tomados en vino, aprovecha para expeler las fiebres intermitentes.

Copaiba es árbol grueso, alto, frondoso, que se cria en los montes cercanos al rio Monday. Destila el célebre balsemo *Copaiba*, apreciado en la medicina para heridas penetrantes y peligrosas. Al tiempo que este árbol empieza á desabrocharse en flores, y cuajar en frutos, se le dá un barreno, y por él franquea pródigamente este precioso licor: solo en quince dias sin afán, sin gastos ni cuidados, destila una buena azumbre, la *Sangre del dragon*, que denominan con nombre espantable para realzar el precio de un puro jugo de árbol. Los Guaranís le llaman *Caberá*, y se cria muy alto y muy grueso á orillas de los rios y arroyuelos: sus flores al principio blanquecinas, se tornan azules, y cuando estan para marchitarse se vuelven purpúreas. Su fruto es un cartucho, que encierra la semilla envuelta en una pelucita, semejante y delicada como el algodón. En la Provincia del Tucuman se llama *Tipa*: su tronco es mas grueso y derecho: en lo demas se asemeja al *Caberá* de los Guaranís: pero uno y otro en los meses de Julio y Agosto, sajado el tronco, destila por la incision copia de humor, llamado *Sangre de drago*, y con mayor suavidad, y mas propiamente jugo del *Caberá*.

El *Copal* es árbol alto, de madera blanca, sólida y buena para edificios, y se halla en nuestras misiones de Guaranís: sus hojas lisas y delgadas, repartidas de seis en seis por rama, cerradas y abiertas, gozan el privilegio de girar al sol. Los naturales le nombran *Anguí*, y por la admirable eficacia de su balsemo, le llaman *Ibirapayé*, que quiere decir árbol de hechiceros. Las buenas cualidades del balsemo le hacen acreedor á nombre mas honorífico, y lo podemos denominar mas propiamente árbol milagroso, por los prodigios que obra en las curaciones, efectos de su natural virtud.

La comun opinion le denomina balsemo del Brasil, y sin duda en la substancia, es el mismo, pero mejorado en el color por ser mas

rubio, y en la fragancia por ser mas trascendiente. De esta especie hay masculino y femenino, y se conoce en que el uno lleva fruto, y el otro se queda infecundo: pero ambos á competencia destilan el bálsamo, rico depósito de calidades salutíferas para varias enfermedades. Otro copal hay negro, menos grueso y menos alto, que destila el perfecto menjuí, y un bálsamo fragante y útil para varios usos en la medicina.

Aroma es árbol pequeño y de menuda hoja: críase en la provincia del Tucuman, sin cultivo, ni riego, y el que fuera ornamento de los jardines europeos, concedió la naturaleza en grande abundancia á las campañas y faldas de la sierra en Tucuman. Sus ramos tiende con agradable proporcion de mayor á menor, formando una copa vistosa. A trechos por las ramas tiene repartidas fuertes y agudas espinas, con que repara los insultos de los que se atreven á tocar sus flores.

Estas son á manera de estrellas, formadas de hilos delgados como el cabello, que arrancan orbicularmente de un boton interior que ocupa el centro. El color es naranjado, algo obscuro al principio, y despues mas claro. El olor y suavidad que exhalan las aromas, y con que perfuman los caminos y habitaciones cuando el viento es favorable, conductor de sus delicados efluvios, no tiene igual ni comparacion.

Si hubiera de proseguir, uno á uno, la narracion de todos los árboles, con dificultad podria concluir la historia. Hallándose los principales de Castilla, que aunque extraños y peregrinos, los ha prohibado como propios el terreno. Montes enteros se encuentran en diversas partes de duraznos, naranjos, limones, que lleva la tierra sin cultivo, y ofrece liberalmente á quien alarga la mano para recogerlos. El árbol de *Isica* y del incienso, el salsafrás, el arrayan de varias especies, y el sándalo colorado, que los indios llaman *Yuquiripey*, el molle de Castilla y el natural del país, abundan en muchas partes.

Hállase tambien el alto y grueso *Paraparay*, árbol crucífero, porque sus ramas arrancan de dos en dos, con tal oposicion, que forman una continuada série de cruces. El frondoso *Yapacariy*, de apreciable sombra, pero de poca consistencia, y de duracion muy limitada, por estar dispuesto á la polilla roedora. El *Mamon*, codiciado por su fruta, que es del tamaño y figura de un pequeño melon, buena para conservas, y fresca contra los ardores del veneno. El *Yataibá*, que los brasileños llaman *Animé*, célebre por su goma cristalina, de olor el mas grato, que despide siempre de su seno. El *Tutumá*, cuyo fruto vario en la figura, es á manera de calabazos, pero tan grandes que admiten dos azumbres.

El sudorífero *Yzapy*, que en los meses de mayor calor destila de las hojas un rocío suave y copioso, hasta despedirlo gota á gota, y humedecer el suelo. El grueso y corpulento *Timboy*, de que hacen los indios sus canoas y piraguas. El *Ibiraticay*, durísimo suplemento del hierro, de que los naturales labran sus asadores y arados. El *Ibirapetay* de que labran las flechas, y que aumenta el dolor de la herida con el escozor. El palo blanco, tan pesado, que dicen algunos que gravita mas que el plomo; con otros muchos que ofrecen la utilidad de frutas silvestres y de colores para los tintes:—que sirven de ornamento á la campaña, y entretienen la vista con peregrina novedad.

Antes de apartarnos de los árboles, no desmerecen particular relacion las cañas: hay unas que llaman bravas, por su extrema amargura; otras dulces en que se saca la miel y azucar, pero no tan blanca y sólida como la de *Curopá*, por falta de beneficio. Hay cañas muy corpulentas, que partidas por medio sirven para la techumbre. La mas memorable es otra especie de ellas muy altas, y mas gruesas que el muslo de un hombre, en cuyos cañutos se crian guzanos mantecosos—gustoso alimento para los naturales.

Entre las plantas, que son muchas y de varias especies, la piña es la mas arrogante, y su fruto el mas delicioso. D. Antonio Ulloa, en su Viage Americano, la describe con diligente exactitud, y le haríamos agravio en alterar la pureza de su estilo.

“Nace, dice, la piña de una planta que se parece mucho á la sábila, á excepcion de que la penca de la piña es mas larga, y no tan gruesa como aquella; y desde la tierra se extienden todas ellas casi horizontalmente, hasta que á proporcion que van siempre siendo mas cortas, quedan tambien menos tendidas. Crece esta planta cuando mas como tres pies, y en el remate la corona una flor á la manera de un lirio, pero de un carmesí tan fino que perturba la vista su encendido color.”

“De su centro empieza á salir la piña del tamaño de una nuez: y á proporcion que esta crece, vá amortiguándose en aquella su color, y ensanchándose las hojas para darle campo, y quedar sirviendo de base y ornamento. La piña lleva en su pezon otra flor en figura de corona, de hojas semejantes á la de la planta, y de un verde vivo: la cual crece á proporcion de la fruta, hasta que llegan una y otra al tamaño que han de tener, siendo á este tiempo muy corta la diferencia que hay en el color entre las dos. Habiendo crecido la fruta, y empezando á madurarse, vá cambiando el verdor en un pajizo claro: y subiendo este mas su punto, le vá

acompañando al mismo tiempo un olor tan fragante, que no puede estar oculta, aunque la encubran muchas ramas.”

“Interin que está creciendo se halla guarnecida de unas espinas no muy fuertes, que salen de todas la extremidades de las aparentes pencas que forma su cáscara, pero á proporcion que madura se van secando estas, y perdiendo la consistencia para no poder ofender al que las coge. No es poco lo que en esta fruta tiene que admirar el entendimiento al Autor de la naturaleza, si con cuidado se reparan tantas circunstancias cuantas concurren en ella.”

“Aquel tallo, que le servió de corona mientras creció en las selvas, vuelve á ser nueva planta, si lo siembran; porque la que la brotó, parece que, satisfecha con su parto, empieza á secarse luego que se corta la piña, y ademas de la de su cogollo, brotan las raices otras muchas, en quien queda multiplicada la especie.”

“Quitada la piña de la planta, mantiene siempre la fragancia, hasta que pasando mucho tiempo empieza á pudrirse: pero es tanto el olor que exhala, que no solo en la pieza donde está, sino tambien en las inmediatas se deja percibir. El tamaño regular de esta fruta es entre cinco y siete pulgadas de largo, y de tres á cuatro de diámetro en su base, el cual se disminuye á proporcion que se aproxima á la otra extremidad: Para comerla se monda, y despues se hace ruedas; es muy jugosa, tanto que al mascarla se convierte la mayor parte en zumo, y su gusto es dulce, con algun sentimiento de agrio muy agradable. Puesta la cáscara en infusion con agua, se forma, despues que ha fermentado, una bebida muy fresca y buena, que conserva siempre las propiedades de la fruta.”

El *Guembé* merece lugar despues de la piña. Tiene su nacimiento en la tierra, ó sobre los árboles, si el acaso levantó la semilla sobre ellos. Cuando nace sobre los árboles, aunque sean altísimos, busca la tierra dejando caer las guias para abajo, y profundando en ella se levanta con nuevo vigor, trepando por los árboles, y enlazándose en sus ramas. Las hojas son tersas, abiertas en tres puntas, largas á veces casi una vara. La corteza de las raices, que prolongan de arriba para abajo, tiene la utilidad de servir para varios usos: el mas apreciable es para hacer cables con que asegurar las balsas y barcos, y maromas para sacar agua de las norias.

El fruto del *Guembé* son unas vainas largas que encierran una espiga claveteada de granitos á manera de mazorcas de maiz. A los quince dias de su produccion se abre la vaina y expone al sol,

el rico tesoro que ocultaba, hermoso y blanco como la planta. Los naturales tienen observado que mientras las vainas están abiertas acuden ciertas mariposas coloradas, mas ardientes que las cantáridas, á chupar un jugo delicado que de la espina transpira. Pero á pocos dias vuelven á cerrarse, y con el beneficio que reciben de los mosquitos toman perfecta sazón y acaban de madurar.

Al *Caraguatá* destinó la naturaleza para cerco de los huertos: se tupe mucho con sus pencas fuertes, altas, sólidas y armadas de penetrantes espinas, con que se remueven ensangrentados los incautos pero atrevidos agresores. Estas pencas tienen calidades estimables: sobre los techos sirven de tejas, que recojen el agua para que no inunden las chozuelas de los pobres: y de su corazón se sacan hilos á manera de cáñamo, que sirven para torcer cordel fuerte, y de él labran los infieles algunos tejidos de bajo artificio no inferior á la pobreza de la materia. La fruta en la figura se asemeja á la piña; pero el corazón es pulpa dulcísima, que declina en agridulce agradable, y suple los efectos de cualquiera limonada.

Nuestros conquistadores, en la imposición de los nombres á las cosas de Indias, y en la traducción de voces exóticas, no se aligaron escrupulosamente á la propiedad, ni esta era posible hallarla para denominar en nuestra lengua los árboles, las plantas, los frutos, las aves y animales tan peregrinos en España, como ajenos de su nativo idioma. Ellos pues se contentaron con alguna semejanza, á las veces générica, para denominar objetos peregrinos, y por medio de esa denominación impropia, nos precisan á aprender las cosas diferentes de lo que en sí son.

Así sucede con los *Pacobás*, á los cuales llaman los españoles platanos, por alguna semejanza que tienen con ellos. En lo demás es cierto que se diferencian tanto de los que celebró la antigüedad, que siendo estos el regalo y delicias de las mesas imperiales, los pacobás son llamados por mal nombre *harta-bellacos*. Esta es la primera especie, y dá el fruto en racimos tan grandes, que algunos pesan arroba y media: su substancia y meollo escorreoso, pesado al estómago, y de calidades muy frías. La segunda especie llaman de Santa Catalina, cuyo fruto es mas digestible, y aun apetecido de los naturales, y en algo se asemeja el sabor de la pulpa al de la pera.

Mas memorable es sin duda la planta que los Guaranís nombran *Iburucuja*, y los españoles por su fruto granadilla, y por lo admirable de su flor, nombran flor de pasión, ó pasionera. Crece á manera

de yedra, trepando por los árboles, y travesando por las ramas se ensalza hermosamente sobre las copas.

El *Caaycobé* es expresivo egemplar de la virtud mas propia de la humana naturaleza, y por eso la mas delicada. El término *Caaycobé* significa yerba que vive, y con expresion mas significativa se puede llamar la vergonzosa. Es de agradable vista: se cubre de hoja menuda que la viste de gala, pero con honesta decencia. Si alguno la toca con osada curiosidad, luego se enluta, se sonroja, se encoje y se marchita. No hay esperanza que nuestro caaycobé restaure el hermoso matiz de sus colores, mientras humanas manos la toquen, pero en retirándose estas, se extienden sus hojas, se visten de belleza y matizan de nuevo.

El *Caapebá* son unas varillas delgadas, vestidas de hojas mas claras y sutiles, que las del *Orozu*. Como estas varillas son tier-nas, y se cargan de muchas manzanillas, al principio verdes y amarillas, cuando sazonan, necesitan arrimo para sustentarse: si lo hallan, se enredan con él, abrazándose con sus ramas: si no lo encuentran, vencida su delicadeza del peso que las oprime, se tienden por el suelo, culebreando por varias partes. Nacen estas varillas de raices profundas, ceñidas á trecho de naturales sortijas que la agracean, muy parecidas á las de la serpiente.

Los polvos de esta raiz, y las hojas de las varillas molidas, y puestas sobre la parte que picó la culebra y vibora, ó tomando su cocimiento por la boca, son antídoto contra su veneno.

Yerba de vibora llaman á cierta planta que nace en Tarija, y en el distrito del Paraguay; su virtud y calidades antidotales la hacen acreedora al nombre con que es conocida; solo se levanta del suelo una tercia. Las hojas que la visten y las flores que la hermocean son parecidas al mercurial masculino. Nace por lo comun entre piedras y cascajal, pero busca siempre lugares frescos. Es su virtud prodigiosa contra las picaduras de viboras. Media onza de sus ramas majadas con la semilla, cocidas en el vino, y puestas sobre la picadura, en menos de hora alivia al paciente, y libran de todo peligro: tanta es su eficacia y su virtud operativa!

De igual aptitud contra las mordeduras de animales ponzoñosos es la yerba que llaman en Tucuman *Colmillo de vibora*, á la cual otros nombran *Soliman de la tierra*.

Del huron se ha aprendido ser específico magistral contra los animales ponzoñosos. Cuando este animalito cria sus tiernos huroncillos á los cuales con porfia persigue la vibora, y se vé precisado á defenderlos de enemigo tan temible, entra á la pelea, y por mas diligencia que pone en hurtar el cuerpo á la vibora, no siempre consigue lo que pretende, y en lugar de vencer á su antagonista, queda herido y se siente tocado de su veneno. Deja luego el lugar de la palestra, vá en busca de dicha yerba, la masca y se revuelca en ella, y torna con presteza al lugar del combate, seguro al parecer de la victoria contra su enemigo.

De tan buen maestro se ha aprendido y practicado con efecto saludable el uso de esta yerba contra las mordeduras de las viboras y otras sabandijas ponzoñosas: en solas veinte y cuatro horas se cierran las llagas con sus hojas majadas y aplicadas sobre la picadura; y para embarazar que el veneno cunda y se apodere, basta aplicar un humor resinoso que destila. No solo en estas plantas nos previno el Autor de la naturaleza remedios contra los venenos, sino en otras muchas confeccionó su providencia antidotos eficaces para que á donde abunda la malicia de tanto animal ponzoñoso, sobreabunde la gracia de su liberalidad con los muchos preservativos que preparó su sabiduría.

ô. III.

DE LOS RIOS Y LAGUNAS.

Estas y otras muchas plantas, raices y arboles son propias de estos paises, y no halla el entendimiento humano dificultad en concebir semejantes producciones, en un terreno tan dilatado, sujeto á diversos climas, de temperamentos encontrados, fecundado con tanta copia y abundancia de aguas como las que riegan estas provincias. Tucuman desde la Cruz Alta hasta Santiago es mas escasa de aguas, y sus rios apenas exceden la esfera de arroyuelos; pero lo mas meridional de esta provincia, Paraguay y Rio de la Plata, son mas fecundas en aguas y son banadas de continuos y caudalosos rios.

Paraná es uno de los mayores y mas célebres del Mundo Nuevo. Su origen incógnito, y á muchas leguas de Corrientes que verosimilmente no ha registrado aun la humana curiosidad, ha dado ocasion

para confundir su nacimiento con el del magnífico Rio de las Amazonas. Opinión muy válida hasta nuestros días, y autorizada por los indios brasileños: pero despues del descubrimiento del Padre Samuel Friz, misionero jesuita, sin escrúpulo podemos persuadirnos que el lago Lauricocha, entre Guanuco y Lima, agota el tesoro de sus aguas en el Marañon, y no le sobran raudales para otro rio.

Lo mas verosimil es, segun las noticias que comunican los portugueses, y al parecer mas conforme á razones de buenas conjeturas, que tiene su nacimiento en una alta y dilatada cordillera, que se extiende desde oriente á poniente en medio del Brasil, y se termina por occidente en el rio de la Madera. Es esta cordillera rico depósito de aguas, y madre fecunda de muchos rios que toman diversos rumbos: los que siguen la carrera hácia el norte enriquecen el Marañon, parte de los que tiran al sud caen al Paraguay, y parte dan nacimiento á nuestro Paraná. Sobre esta relacion, que estriba en la fé portuguesa, se puede establecer el origen de este gran rio entre los 12° y 13° grados de altura, casi paralelo con el Paraguay.

Pero sea este, ú- otro el origen de nuestro Paraná, lo cierto es que acaudala tanto tesoro de aguas, y corro tanto espacio de terreno, unas veces siguiendo via recta, otras serpenteando; ya con mansa corriente, ya precipitándose de breña en breña, y de risco en risco, formando á trechos islas, unas grandes y otras pequeñas, pobladas de bosques y fieras, y hermoseadas de alegres primaveras, que todos estos accidentes bastan para hacerle celeberrimo. Se le nota cierta ambicion de hacerse poderoso, pues en el grande espacio por donde dirige su curso, vá recogiendo por una y otra ribera casi todas las vertientes, y no contento con las que le tributan los paises vecinos, recibe muchos y grandes rios de la costa del Brasil, y otros que le buscan de lo mas interior.

Glorioso con tanto golpe de aguas, ensancha la madre á proporcion que lo engruesan sus pecheros, hasta su derramamiento en el mar por una boca de cuarenta para sesenta leguas, entre el Cabo de Santa Maria, y el de San Antonio. En tiempo de crecientes se derrama sobre sus riberas y explaya inmensamente, inundando las campañas y fertilizando el terreno. Algunos se persuaden que las crecientes del Paraná se originan de las nieves que se derritan en las cordilleras peruanas y brasílicas. Adoptariamos esta hipótesis, si la creciente de Junio y Julio, que llaman en Santa-Fé *de los pegerreyes*, cuando las heladas son aun bastante fuertes, pudiera atribuirse á nieves derretidas. Con mas probabilidad se halla suficiente causa en las aguas pluviales

hácia sus cabezadas: porque se tiene observado, con noticias comunicadas de nuestros misioneros de Chiquitos, que cuando por allá llueve mucho, crece á su tiempo el Paraná: no porque los rios de Chiquitos desaguen en él, sino porque llueve tambien en aquellos climas, cuyas aguas corren hácia el Rio de la Plata.

En medio de su carrera ofrece á la vista un prodigio, que el tiempo y los años lo han hecho degenerar en vulgaridad poco respectable. Salto lo llamaron los primeros conquistadores, y hasta el dia de hoy conserva este nombre, por un salto que baja de una alta serrania despeñándose de una altura de cerca de veinte y cuatro estados. Los antiguos tuvieron oportunidad de registrar despacio y muchas veces este portentoso, y sobre la ocular inspeccion refirieron, no la mudanza que pudieron obrar los tiempos venideros en una corriente tan precipitada, sino lo que ellos vieron y observaron.

Verdad es, que el deseo de hacer plausible la narracion, sobrepuso á la realidad algunos accidentes que la hacian mas admirable, pero menos verídica, diciendo que saltaba la eminencia de doscientos estados, y no faltó autor que los alargó á mil picas, añadiendo que avanzaba tanto terreno saltando, que dejaba cavidad para navegar á la sombra de las aguas precipitadas. Pero estas añadiduras no perjudican á la substancia.

Aquella espaciosa madre de dos leguas que tiene el Paraná en las llanuras del Guayra, con los muchos rios que le engruesan antes de recibir el Acaray por el poniente, y por la costa de levante al Pequirí, empieza á ceñirse en un cauce profundo, y tan angosto que la una ribera no dista de la otra un tiro de fusil. Asi recogidas sus aguas, y reducidas á estrechura, avistan la eminencia de la cordillera, cuyo declive se extiende el largo espacio de doce leguas. Once son las canales, ó embocaduras por donde entran sus aguas en el precipicio, despeñándose por entre riscos, y subdividiéndose en muchos cauces.

Azotados los raudales de este gran rio, se encrespan y se levantan antes de tomar nuevo curso, formando en el aire una contienda de aguas encontradas, que se disputan el paso en extraño elemento para prevenirse las unas á las otras en ocupar espacio y seguir su carrera. A las veces se sepultan en subterráneos conductos, y corriendo largo trecho escondidas, revientan con formidables detonaciones, vomitando el agua muchas varas en alto, y dejándola caer con espantoso ruido.

De la colision de tantas aguas, las unas contra las otras y todas contra los peñascos, se levanta una ligera niebla que recibe y trasfunde los rayos solares con admirables refracciones.

Despues que el Paraná acabó de precipitarse de la cordillera prosigue aun travesando con remolinos, y nuevas erutaciones del agua, que hacen inevitable el naufragio. Asi lo han experimentado algunos incautos y atrevidos que osaron surcar sus aguas, y lo mismo sucederá á los que con tiempo no abandonen el rio para tomar el camino de la orilla. Tan prodigioso aborto de la naturaleza inmutaron los años, y es creible que lo que nuevamente han descubierto los reales exploradores, que no se han dignado comunicarnos sus recientes observaciones, lo trastornen los tiempos venideros.

Otro prodigio, no de aguas, sino de piedra, ofrecia el Paraná antes de llegar á los remolinos, en un peñol alto, corpulento y grueso que dominaba el rio, y se divisaba á larga distancia. Los españoles al principio lo tuvieron por plata fina; y los indios aseguran que un gigante, asombro y espanto del pais, montaba la eminencia para divertirse en la pesca. Esto del gigante fué sin duda ilusion, y ciertamente fábula, que á un gigante de piedra substituyó otro de carne. La plata de los españoles, en tiempo que los indios Paranas estaban en guerra, y no les permitian acercarse á sus tierras, tuvo algun fundamento en quien hablaba de lejos: porque el peñol, bañado de las aguas en tiempo de crecientes, y bruñido con el ludir de las arenas, hacia reflectar los rayos solares, formando visos plateados que engañaban la vista, y llevaban la aprension á persuadirse que es oro y plata todo lo que reluce. Este es el origen, este el principio de aquella calumnia tantas veces reproducida en el Consejo de Indias contra los Jesuitas, de un *peñol de plata* que benefician escondidamente con detrimento de los quintos reales.

Desaguan en este grande rio por la banda de oriente y poniente, al pié de quinientos rios, unos de limitado caudal, otros de tanta mole que casi le disputan la primacia. Estos descargan inmediatamente sobre sus márgenes, y aquellos engruesan sus tributarios; estendiendo sus brazos por un lado y otro tan inmensamente, que al oriente por el Uruguay, el Iguazú, el Parana-pané y el Añembí, se dilata hasta los confines del mar brasílico: hácia el poniente por el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado y el Carcarañal, recoge todas las vertientes que bajan de la cordillera chilena, desde los confines de Córdoba y su jurisdiccion hasta el corregimiento de los Chichas, y Charcas; y al norte por el rio Paraguay y sus pecheros se explaya sin límites, ó por lo me-

nos sin límites bastante averiguados. Describir menudamente, y uno á uno todos los rios que le tributan, fuera molesta y prolija narracion, cuya noticia con mas patente claridad registrará el curioso lector en los mapas existentes. Estos, sin duda, son una abreviada y clara pintura, que pone delante de los ojos el nacimiento de los rios, ó de las escabrosas pero fecundas serranias, ó de lagos, que por ocultos y subterranos canales conducen las venas para la fertilidad de tantas tierras y el abastecimiento de tantas provincias. Ellos mismos nos ponen á la vista el rumbo que toman desde su origen, el que siguen en su progreso, las campañas que riegan, los encuentros que tienen, las eminencias que montan, las caidas con que se precipitan, las llanuras en que se derraman y las naciones que abastecen.

Lo que no ponen delante de los ojos los mapas, son aquellas ocultas propiedades que, con fundamento ó sin él, atribuyen los naturalistas á sus aguas, y á las que estancan las lagunas. El Paraná y el Uruguay tienen virtud de petrificar. No es averiguado si esta propiedad transmutativa, sin distincion de especies, se extiende universalmente á todo leño: pero la experiencia muestra que su actividad se interna en los árboles mas sólidos. El célebre gobernador del rio de la Plata, Hernando Arias de Saavedra, tuvo en su casa mucho tiempo un árbol petrificado. A las orillas de uno y otro rio se encuentran frecuentemente trozos semi-petrificados, convertida en piedra la parte que baña el agua, y la superior, que no la toca, conservando la misma substancia leñosa.

Llenos estan los libros que tratan de minerales, de semejantes petrificaciones. Yo por la afinidad de materias, y por confirmar la verdad de unas petrificaciones con otras, solo añadiré que sobre el Carcarañal se encuentran algunos huesos petrificados. Hacia el año de 1740 ture en mis manos una muela grande como el puño, semipetrificada: parte era solidísima piedra, tersa y resplandeciente como bruñido marmol, con algunas vetas que la agraciaban; parte era materia de hueso, interpuestas algunas particulas de piedra que empezaban á extenderse por las cavidades que antes ocupó la materia huesosa.

Otro género de petrificaciones he visto, obra curiosa, y peregrina invencion de la naturaleza. A espaldas del cerro de *Ocompis*, ("Cerro bravo" llaman los que habitan sus cercanias, por ciertos bramidos que, dicen, dá cuando quiere mudarse el tiempo) hay una cueva que llaman de Adaro. Es de boca muy estrecha, cavada en piedra viva. La entrada en partes es angosta, y el que entra es necesario que se arrastre. En partes tiene profundos senos, á los cuales se baja descolgándose por sogas. A uno

y otro lado se registran varias piezas, mas ó menos capaces, segun permiten los brutescos petrificados. El cerro es muy elevado, todo de piedra calcárea, y en tiempo de lluvias el agua que recibe destila poco á poco, y la convierte en piedra.

Cuando yo entré al registro de la cueva era á principios de Septiembre de 1757; tiempo en que se cumplian seis meses que las lluvias habian cesado; pero la destilacion, proseguia goteando en diversas partes. El agua se petrificaba cayendo, y se espesaba en el mismo conducto por donde se transminaba, quedando pendiente de los cilindros que penden de las bovedas. Una cosa experimenté, que al calor de la vela se liquidaban las extremidades de los brutescos recién petrificados y que conservaban alguna humedad: pero los que se habian endurecido, y estaban sólidos, con el calor de la fragua se reducian á polvos sin liquidarse.

Observé que el agua colaba por entre solidísimos peñascos que petrificó la destilacion de otros años, sin duda por algunos poros imperceptibles á la vista, pero penetrables á la delicadeza de las aguas, y sutileza de los polvos que arrastran consigo. El color de la piedra es casi el mismo que el de la piedra calcárea, poco mas obscuro con algunas vetas cristalinas. Esta es la virtud de las aguas que destilan en la cueva de Adaro, y la misma es la del Paraná y del Uruguay, que convierten los árboles y leños en piedra mas estimable por ser verdadera, que la fingida propiedad que sin fundamento se atribuye á la laguna de las Perlas,

Está dicha laguna entre el Bermejo y el Salado, al norte de la antigua ciudad de la Concepcion destruida por los infieles. En tiempos pasados era habitada de los Hohomas, parcialidad de dos mil indios, valientes guerreros, aliados algun tiempo de los españoles, y despues confederados con sus enemigos. Marcos Salcedo, español nacido en Santa Fé, y cautivado algunos años entre los Abipones, testifica que en grande cantidad pescan ostrones, y como gente que no aprecia las perlas, las arrojan sobre la playa.

En memoria de los antiguos no se halla mencion de tanta riqueza que rueda arrojada por los suelos, y es verosimil que los pobladores de la Concepcion hubieran levantado el grito de las perlas, y se hubieran empeñado en mantener una ciudad que les franqueaba riqueza incomparable, y que solo costaba alargar las manos para cogerla. Noticias de menor riqueza han bastado en las Indias, y en estas provincias, para contrastar mayor resistencia que las que podian hacer los Hohomas, señores de la laguna, con las naciones aliadas. Y así el desamparo de la poblacion, y el descuido en reedificarla, son argumentos de que se fingie-

ron perlas donde ne las hubo; ó si algunas hubo, de tan poca estimacion que no merecieron aprecio.

A la laguna de las Perlas, sita al poniente del Paraná, juntemos la de *Yupacaray* que cae al oriente del Paraguay y le tributa el raudal de sus aguas en altura poco menos de veinte y cinco grados. Su mismo nombre, que significa laguna exorcizada, promete alguna cosa extraordinaria. Los naturales refieren por tradicion de sus mayores, que antiguamente salia de madre, derramando muchas leguas sus aguas, y que en la obscuridad y tinieblas de la noche arrebatava hácia el centro á cuantos alcanzaban sus inundaciones. Añaden que un Obispo, cuyo nombre no ha pasado á nuestros tiempos, compadecido de los que habitaban sus vecindades, exorcizó á la laguna, y á la virtud del conjuro refrenó el impetu de sus resacas.

Con los exorcismos cesaron las inundaciones, pero no los tristes gemidos y frecuentes clamores de hombres, mugeres y niños que gritan lastimosamente desde el centro de las aguas. Los unos dicen que tienen su origen en los que arrebataron las inundaciones á lo profundo de la laguna: los otros, de unos nefandos abortos, que sepultó en ella el rigor de la divina justicia por sus abominaciones, y que con aquellos gritos y voces lastimeras claman á los mortales para que los socorran, y se compadezcan de ellos. Añaden otra particularidad, corona de tantas invenciones. Cuando el tiempo quiere mudarse, aparecen en la laguna señales sensibles: las aguas se encrespan, truena, relampaguea, y una tormenta inferior que precede, simboliza la superior de truenos, relámpagos, rayos y lluvia que amenaza.

Estas fábulas solo prueban que el humano ingenio, amigo de novedades asombrosas, extiende á los rios, á los montes y serranias su estéril actividad y fecunda invencion. Rara es la ciudad de estas provincias, que no posea algun rio, laguna ó cerro, que predice las futuras mudanzas de tiempo. Enojarse llaman los naturales: se ha enojado el *Ocompis*, la *Achalá Famatina*, ó el *Tafi*, cuando se levantan nubes, cuando resuenan los truenos, cuando al resplandor de los relámpagos que alumbran se siguen los rayos que cruzan. Yo no sé que idea supersticiosa forman en su imaginacion sobre este punto. Lo que aseguro es, que repetidas veces con todas sus mientes me han querido persuadir que no me llegue á tal cerro, monte, ó laguna, porque es, dicen, muy bravo, y sabe enojarse:—persuasion tan arraigada, que ni la razon los convence, ni la experiencia los desengaña. Y así no solo el *Yupacaray* es fabuloso, sino que tenemos muchos *Yupacarays* lingidos, pseudo-profetas de lo futuro.

Mas memorable que el Yupaçaray es la laguna *Mamioré*, sita al poniente del rio Paraguay, en diez y ocho grados algo mas abajo de la canal de Chiane que se abre al oriente, y los cerros del mismo nombre que la cercan por el poniente. Tiene quince leguas de circunferencia, y descarga en el Paraguay con boca espaciosa. Los modernos exploradores no la registraron, y así no podemos con recientes averiguaciones confirmar nuestro sentir. Pero por carta de este siglo del Padre Juan Bautista Jandra, misionero de Chiquitos que estuvo en ella, consta, que tiene flujo y reflujo. Su nacimiento no es de rio, aunque en tiempo de lluvias recibe las vertientes de los cerros de Chiane, y las aguas que se desbordan de los anegadizos de Xarayes: pero ni estas vertientes, ni aunque su origen fuera de rio, pudiera causar la regularidad del flujo y reflujo.

Un desengaño completo sobre la laguna de Xarayes se ha conseguido con la expedicion que se hizo el año de 1753, rio Paraguay arriba. Algunos le daban cien leguas, de norte á sur, y diez de oriente á poniente; otros mas liberales en alargar que en dar con medida, la extendian cien leguas á todos vientos. Pero en la realidad, ese espacioso giron de tierra que media entre la sierra de Chiane, Morro Escarpado y rio de Cuyabá, casi desde los diez y seis hasta los diez y ocho grados, no es otra cosa, que un terreno bajo que se inunda en tiempo de aguas, con las vertientes de la sierra de Cuyabá, y con el derramamiento del Paraguay en tiempo de crecientes.

Sin duda que los que delinearon en los mapas laguna de tanta extension, registraron el terreno en tiempo de crecientes, pues de sus relaciones consta que atravesaron en barcos todo el espacio que en los modernos mapas se denomina con el título de anegadizos. Proposicion que hace creible lo que se refiere en un diario de los reales exploradores; que las señales de la inundacion en tiempo de aguas, suben mas de dos varas, y así todos dijeron verdad. Es laguna muy dilatada en tiempo que las vertientes se derraman sobre el país de los Xarayes; y son anegadizos con lagunones de tres, cuatro y seis leguas, cuando, cesando las avenidas, el Paraguay contiene las aguas en los términos de sus riberas.

§. IV.

DE LOS PECES.

De los rios y lagunas que tanto utilizan á los vivientes, pasemos á los peces que en ellas viven, se alimentan y multiplican con prodigiosa fecundidad. Desde el mayor al menor todos encuentran morada para albergarse, y cebo que los alimente á diligencias de aquella soberana providencia, que sustenta á todos los vivientes, haciendo que los unos sirvan de auxilio á los otros, para conservacion y servicio del hombre. Esto es más claro en estas provincias. La ingénita desidia de los naturales, tan sugetos á la ociosidad, y tan poco aplicados á la útil labor de los campos, por naturaleza fecundísimos, necesita una dispensa inagotable en los rios y lagunas, cuyas riberas habitan y elijen por el interes de la pœca.

El mayor de todos es sin duda la ballena, que talvez desde los mares del sud se entra por la espaciosa boca del Rio de la Plata: y algunos hasta Santa Fé. En mayor abundancia se cojen lobos marinos, animal anfibio, que parte habita la tierra, y parte se abisma en las aguas. En la costa del mar hácia el Estrecho, y en la isla que llaman de los Lobos, se encuentran muchos en manadas de ciento, doscientos y trescientos. Hay unos rojos y blanquesinos, que en la opinion vulgar de estas partes, son tenidos por hembras: otros oscuros pardos, que se reputan por machos. Division que no me atrevo á asegurar, porque talvez la que se hace entre los sexos, puede ser que solo demarque las especies.

La cabeza no corresponde al cuerpo, y es mas pequeña que lo que piden las justas reglas de proporeion. Tienen dos aletas, las cuales hácia la extremidad rematan en cinco coma dedos, y estos en más de materia cartilaginosa, de las que se sirven dentro del agua para nadar, y cuando saltan en tierra para caminar, usan de ellas por medio de dos resortes y articulaciones; uno en el mismo nacimiento junto al omoplato, y otro en el arranque de los dedos. Otros dos juegos y articulaciones tiene la cola, de la cual usan para caminar por tierra sin arrastrar el cuerpo. Como la naturaleza la destinó para suplemento de los pies y sustentat su pesada mole, proveyó que fuese mas gruesa que lo que requiere la proporeion.

Con el auxilio de las alas y cola, cuando salen de su elemento, caminan por tierra con alguna pe-adez. pero no tanto que les impida trepar por altos y escarpados peñascos. Son muy juguetones, y como alcan-

zan grandes fuerzas, por divertimento ó por enojo se tiran en alto los unos á los otros, y cuando se sienten heridos acometen con furia y braveza.

Los holandeses en sus relaciones aseguran que se hallan tambien leones marinos; pero es verosimil, que no se diferencian en especie, y que se les dió el atributo de leones, porque algunos lobos cuando son grandes tienen collar en el pescuezo; el que quisiere podrá llamarlos lobos con collar, ó leones semejantes á los lobos.

Parecidos á estos son los perros marinos, pero en los brazuelos y pies se asemejan á los perros de tierra. Son osados y bravos, y no esperan para morder que los irrite la provocacion de los viandantes. Ellos se ponen en celada aguardando oportunidad, y cuando pasa algun barco salen de sus guaridas y desfogan su enojo mordiendo hasta los remos. Hay tambien caballos marinos, y otras varias especies que se asemejan, siempre con bastante diversidad, á los animales de tierra, pero se denominan con los nombres de estos, por carecer de otros mas propios para indicarlos.

El *Yaguazú*, animal grande como una mula, busca los lugares profundos: acomete á los animales y hombres que pasan á nado, y se abisma con ellos para tragárselos.

No es menos caribe el *Ao*, animal anfibio, pero blanco, lanudo y crespo como oveja; con uñas y hábitos de tigre. Andan en manadas, y salen del agua cuando quiere llover y mudarse el tiempo. Hacen presa en los leones y otras fieras, persiguiendo con tanta velocidad la caza, que ninguno se les escapa. Suelen los animales en la fuga ganar algun árbol, como asilo de seguridad contra el obstinado perseguidor: pero el *Ao*, ansioso de la presa por el hambre que le aflige, se aplica á descubrir las raices con tanta pertinacia, que no cesa de socavar el árbol, hasta derribarlo.

El *Capybará* es el puerco ó javalí de agua, casi del mismo color y tamaño que los de tierra, pero con el hocico menos prolongado. De noche pasta en los campos, y dehesas, pero de dia, especialmente en tiempos frios, se baja á lo mas hondo de los rios. Los indios lo comen, pero lo desangran enteramente para que no hiedan sus carnes. El caiman, al cual los indios llaman *Yacaré*, es tenido por lagarto de agua. Es anfibio, largo dos ó tres varas, y con hocico de puerco. Hay dos especies, unos negros, veteados de azul obscuro, y otros bermejos, mas bravos, que acometen para hacer presa. No imitan enteramente á los célebres

del Nilo, pero en los nuestros concurren algunas propiedades que los pueden hacer celeberrimos.

La mansion ordinaria del yacaré es el agua, pero harto y lleno sale á la playa, no lejos de las riberas, buscando en los ardores del sol algun fomento para la digestion. Está cubierto de escamas duras, á manera de conchas, con las cuales dicen se arma para resistir las balas. No es impenetrable su armadura, porque me consta que con tiro de fusil se han muerto algunos, y así es creible, que los que descubrieron impenetrables á las balas las escamas del yacaré, buscaron escusa á su poca destreza en la fingida armadura del caiman.

Su pesca y caza es algo curiosa. Los indios se previenen de una estaca larga á proporcion de lo ancho de la boca del yacaré, con dos puntas agudas hácia las extremidades. Armados con ella, entran al agua, y cuando el caiman abre la boca para acometer, logra el indio la ocasion de clavársela en la boca, por la cual le entra tanta agua, que le ahoga, y el pescador lo saca á la ribera para trozarlo y comérselo.

D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, curiosos y verídicos indagadores de la naturaleza, en su viage á América, refieren, como testigos oculares, la precaucion de la caimana en esconder el tesoro de sus huevos para ocultarlos de los gallinazos, los cuales con industria y arte se ponen en celada para lograr la ocasion del hurto. Escóndense entre los árboles, donde pueden observar y no ser observados, para que el asalto sea mas seguro. Como la caimana está muy enterada de las astucias de su enemigo, mira y registra con gran cuidado y atencion, si alguno de estos agresores es testigo de sus intenciones, y cuando está falsamente asegurada que no hay gallinazos en celada, pone sus huevos y los tapa con arena, revolcándose con disimulo por toda la vecindad. Pero luego que ella se retira, el astuto gallinazo se deja caer sobre el nido, y con pico, pies y alas remueve la arena, y goza muy á satisfaccion el gran banquete que le previno la caimana, poco próvida en desamparar su indefensa prole, que podía hacer respetable su presencia.

Al caiman es muy semejante en la voracidad á la *Palometa*, larga palmo y medio, y casi otro tanto de ancho: los dientes tiene dispuestos á manera de sierra, y son fortísimos y teuacísimos. Los Guaycurús hacen de su quijada sierra para cortar palos. Con arma tan poderosa no hay empresa á que no se atrevan las palometas, ni insulto que no cometan en los pescadores, en los nadadores, y en los peces que surcan las aguas. A los pescadores cortan el anzaelo, y en una hora son capaces de deshacerlos

aunque sean veinte. En los nadadores hacen tenacísima presa, y no sueltan sino arrancando el bocado.

Cuando D. Manuel Flores, capitán de fragata, entró río Paraguay arriba, á poner el marco divisorio en la boca del Jaurú, un soldado de Cuyabá hirió un capybará, y acosado de un perro que le seguía, entró sangriento al agua, y el perro tras él, teñido en su sangre. Acudió luego tanta multitud de palometas, que en pocos instantes, á vista de muchos, los descuartizaron á bocados, dejando los puros esqueletos.

Temible es también la *Raya*, por una espina en la cola que corta como la navaja mas afilada: es de monstruosa y di-forme figura, que imita la rueda de carreta, y algunos la igualan en magnitud y grandeza. Sus carnes son poco agradables al gusto, pero los indios comen con apetencia las alas. El *Bagre* no tiene la espina en la cola como la raya, sino sobre el lomo. Es fuerte, aguda, venenosa y capaz de penetrar las suelas de los zapatos: es de mediano tamaño, la cabeza aplanada, con dos barbotes que le salen á los lados de la boca. El *Armado* es apetecido por sus carnes, pero estas no las franquea á los incautos, sin experimentar las sangrientas puntas de sus espinas. Es grande una vara, y á veces mayor, todo defendido de puas agudas: la cabeza es monstruosa, larga la tercera parte del cuerpo. Hay varias especies conocidas á los indios, y denominadas en su idioma con particulares nombres.

Por el contrario el *Patí*, de carne delicada y gustosa, goza del privilegio de carecer de espinas; y así ofrece plato regalado al gusto, sin molestia y sobresalto. En esto también le imita el *Surubí*, de agradable sabor, y de carne mas sólida que el patí, y por eso mas á propósito para conservarse salada. El *Pacú* es casi redondo, de pequeña cabeza, sin escamas, pero de carne gustosa. El *Dorado*, á quien el color dió ocasion para el nombre, es de vara, y á veces mas largo. Herido de los rayos y reflejos del sol es hermosísimo, pero la cabeza, que ofrece el bocado mas delicado, es notablemente fea. Boca pequeña, guarnecida con dos andanas de dientes, ojos negros, ceñidos de un círculo sobredorado. Las agallas defienden dos membranas á manera de conchas sobredoradas, depósito y oficina de la substancia mas tierna, mas suave y apetecible.

Al dorado es justo que acompañe la *Curbitana* plateada, ó como llama el Guaraní, el *Guacupá*. No es muy grande, será largo como un pié, y suele criar una piedra que se supone eficaz contra el mal de orina. El *Pcjc-rey* es sin duda de los de mejor gusto, y su nombre promete un plato delicado. Cuando fresco es el mejor, ó de los mejores

peces, y de gusto exquisito. Abundan desde las Corrientes hasta Santa Fé y Buenos Aires, no en todo el tiempo, sino cuando sobreviene al Paraná la creciente de San Juan, y duran los meses de Junio y Julio.

Hay otras muchas especies que cruzan los rios, y sirven de alimento á los naturales. El *Manguruyú* de color obscuro: las corbinas grandes y de buen gusto: el zabalage, que inunda el rio de Santiago, y en cierto modo inficiona á temporadas sus delicadas aguas. Las tortugas, que abundan en Chiquitos, y entretienen con sus crias agradables y curiosas. La multitud, abundancia y variedad de patos delicados al gusto, entretenidos á la vista, de figura extraordinaria, y exquisita variedad de colores, es materia copiosa que necesita obra separada, y de volumen no pequeño.

ó. V.

DE LAS AVES ACUATICAS.

Entre los patos ó pájaros de agua merece particular relacion el *Macá* (como le llaman en Santa-Fé, donde acuden en las crecientes del Paraná) ó como le nombran los indios, *Macangué*. Un sugeto bien instruido en las curiosidades de la naturaleza duda si el macá, y macangué son de especie diversa: porque el primero es un género de pato, que mas ordinariamente mora y habita en el agua: el segundo participa mas la especie de pájaro que se asemeja á la *Chuña*, y mas se recrea en la tierra que en el agua: pero uno y otro convienen en el modo de criar sus hijuelos. A estos los toman sobre sí, con ellos vuelan, con ellos caminan y nadan, y no hallan embarazo para sus cotidianos ejercicios en la carga que fió la naturaleza á su maternal providencia.

El *Opacaú*, es tambien pájaro de agua, que pasea con magestad las orillas de los rios y lagunas, repitiendo estas voces *opa-caá*, *opa-caú*, que significan, “ya se acabó la yerba, ya no hay yerba”. Los indios que observan el canto y voces de animales para sus agorerias, se entristecen grandemente cuando oyen al *Opacaú*, juzgando que este animalillo les anuncia que ya se acabó la yerba del Paraguay, que ellos tanto apetecen. Si sucede que en efecto se acabe la provision de yerba, admiran la penetracion del animal que alcanzó lo futuro.

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela.

Es grande de cuerpo, y de pico pequeño. El color es ceniciento, con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas estan armadas de un espolon colorado, duro y fuerte, con que pelea. Son amigos de sociedad, y andan acompañados de dos en dos. En su canto repiten estas voces *yahá, yahá*, que significan “vamós, vamos”, de donde se les impuso el nombre. El misterio y significacion es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: “vamos, vamos, que hay enemigo, y no estamos seguros de sus asechanzas.” Los que saben esta propiedad del *yahá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.

El *Terotero* en parte imita la naturaleza del *yahá*. Repite en su canto estas clausulas: *teu, teu*, y por eso con alguna corrupcion, le llaman los españoles *terotero*, y los indios con mayor propiedad *teu-teu*. Su habitacion es junto á los rios y lagunas. El color es veteadado de blanco y obscuro, los pies largos y colorados. Es por extremo amante de sus polluelos, y cuando alguno se los alza del nido, con osado atrevimiento acomete al que se los hurtó, y es tan impertinente en los asaltos y acometimientos, que obliga al ladron á abandonar su presa. En el encuentro de las alas tiene agudas espinas que juega con agilidad y destreza contra las aves de rapiña, seguro de la victoria sino le oprime y vence la multitud.

§. VI.

DE LOS VOLATILES.

No es menos poblado el aire que las aguas, con inmensa variedad de aves que le cruzan, sosteniendo la gravedad de sus cuerpos en la fluidez de este elemento. Merece el primer lugar el que llaman *Rey de las aves*.

Son muy pocos los que se hallan de esta especie, y solo se tiene noticia que se encuentran en los montes de Curuguatí. Es del tamaño, ó poco mayor que un gallo, pero sus plumas son un agregado de todos los colores, que presentan á la vista en un solo objeto, cuanto la naturaleza dispensó liberal en la familia universal de todas las aves. Los que frecuentan el Curuguatí, pocos curiosos y atentos de indagar la natu-

raleza, no nos han comunicado otras propiedades de esta ave: pero es creíble que las tenga para hacerla digna de su nombre. En lo demás, si carece de mas atributos, será rey en la apariencia de los colores, pero no tendrá las bellas calidades á que está vinculada la supremacía de las aves.

Mejor la merece un pajarillo, tan pequeño de cuerpo que puesto en balanza no excede el peso de un tomin, y por eso se llama tuminejo. En lengua Quichua le dicen *Quenti*, en la guaraní, *Mainimbií*, y en la castellana, picaflor. No hay cosa en este animalito que no sea extraordinaria y maravillosa, su pequeñez, su inquietud y azorada viveza, su alimento y color, su generacion, y ultimamente el fin de su vida.

Entre las aves es la mas pequeña: su cuerpo vestido de hermosas y brillantes plumas, es como una almendra. El pico largo, sutil y delicado, con un tubillo, ó sutil aguijon para chupar el jugo de las flores. La cola en algunos es dos veces mas larga que todo el cuerpo. El vuelo es velocísimo, y en un abrir y cerrar de ojos desaparece, y lo halla la vista á larga distancia, batiendo sobre el aire las alas, aplicado el pico á alguna flor, y chupandole el jugo de que unicamente se mantiene. El vuelo no es seguido sino cortado, y rara vez se sienta sobre los árboles, y entonces se pone en atalaya para espiar las flores mas olorosas, y darles un asalto.

El color es un agradable esmaltado de verde, azul turquí, y sobredorado, que envestido de los rayos del sol, hiere y ofende la vista con su viveza. No se puede negar que en pequeñez y colores se encuentra alguna variedad, pero es mejorando siempre, con un naranjado vivísimo que herido de los rayos solares imita las llamas de fuego. Su nido pende al aire de algun hilo, ó delgada rama al abrigo de los árboles y techos, compuesto de livianos flaquecillos. Es del tamaño de una cáscara de nuez, pero tan ligero que apenas pesará un tomin.

En este nido, domicilio de la mas pequeña de las aves, pone la picaflor hembra un solo huevo. Con su natural calor lo fomenta como solícita criadora, y á su tiempo cuando el instinto de sábia madre le dicta, rompe el huevo, y sale el hijuelo con figura de guzano: poco á poco desenvuelve y desata sus miembros, cabeza, pies y alas, y en figura de mariposa empieza á volar y á sustentarse con la azogada inquietud de sus movimientos. Como no ha llegado á su natural perfeccion, pasa del estado de mariposa al de pájaro, y se viste de plumas, al principio negras, despues cenicientas, luego rosadas, y últimamente matizadas de oro, verde y azul. Algunos curiosos observadores han notado el es-

tado medio, y se han dignado de prevenirme que ellos mismos han visto una parte con figura de mariposa, y otra con la de picafior.

Entre estas dos especies, la una real por su dignidad, y la otra admirable por su hermosura y pequeñez, es inmensa la multitud de aves con que el soberano Autor de la naturaleza pobló las campiñas, y coronó los árboles.

La multitud de faisanes, la inmensidad de perdices y martinetas, que abundan en algunas partes, nos hace creíble que á pocas ó ningunas tierras fué mas pródiga la infinita grandeza del Criador. Las perdices para el regalo y sustento de sus habitantes, algo se diferencian de las de España: pero esa diversidad compensan con la ingenuidad, con la cantidad y facilidad con que se dejan tomar, y en cierto modo provocan á que las cazen. Una sola caña con un lazo de plumas de avestruz, basta para coger en una hora veinte y treinta perdices; siendo tantas, que la multitud embaraza, y cuando se quiere enlazar una, se ofrecen muchas á la vista y á la mano, y no se resuelve el cazador á quien echar el lazo.

Entre las aves de canto, se hallan los gilgueros, las calándrias, los ruyseñores, los canários, y el que llaman los guaraníes *Ticyubré*. Es muy parecido al canário, y con variedad de voces canta dulcemente á la sombra de los árboles. Los cardenales, así dichos por un copete de color de grana que hermosamente corona su cabeza, son de canto suave, pero de brevísima duración. Los papagayos, todos vestidos de gala con tanta variedad de finísimas plumas, que fuera largo relatarlos. Hacia el Paraguay es tanta su multitud, que espesan como nubes el aire. Estos son los taladores del maíz. Al menor descuido, y en brevísimo tiempo, sentados sobre las cañas, abren las mazorcas, las desgranán, y con pródiga liberalidad dejan caer al suelo la mayor parte de los granos:—ó por conmiseración á una plaga inmensa de pajarillos que recojen las migajas, ó porque su génio es desperdiciador.

La *Chuñá* entre las aves tiene muy principal lugar. Es de ánimo generoso, fácil de domesticar, y paga el hospedaje con que le reciben con la dulce melodía de su canto. Imita los puntos de la música, pero invirtiendo el órden, y empezando por donde acaba la escala de los principiantes. No es molesto á sus dueños, y busca su mantenimiento, limpiando las casas y huertas de la sabandijas y víboras que las infestan, con utilidad de los amos, y diversion de los que miran su artificio en cogerlas. Tómalas mas abajo de la cabeza, y luego las estrella fuertemente contra alguna piedra, y cuando la tiene fracasada, acaba de quebrantarla y se la come. Lo mismo hace con los caracoles; pero si le

ponen un huevo, lo deja caer con suavidad, y se lo come con gusto. En medio de tan buenas calidades, cuando se irrita, encrespa las plumas y se lanza á los ojos del muchacho, perro y animal que lo provoca.

El *Cochí* entre las aves de esta provincia es la de mejor canto, y á todos excede en sus trinos. La figura promete poco, pero bajo de un color oscuro, casi semejante al de los tordos, conserva una voz suave, clara, alta y delicada con que entretiene á los aficionados. Se domestica facilmente, y por todo pasa con mansedumbre y sin enojo, con tal que al tiempo de la cria ninguno se acerque al nido, porque entonces el celo de sus hijuelos, le obliga á traspasar los términos del acatamiento, y no descansa hasta señalar con el pico la cabeza del que se arrima confiadamente.

A las aves de canto se siguen otras de raras propiedades. El pájaro Campana, *Guyrapú* llaman los indios, propio de la serranía del Tape: es pequeño del cuerpo, de pluma blanca, y menor que una paloma. Ocupa siempre las copas de los árboles, al reparo de las ramas para que no le tiren los cazadores. Lo particular es el canto, que imita con propiedad al repique de campanillas de plata. *Carpintero* dicen á un pájaro pequeño, de color oscuro, con gargantilla, ó collarín amarillo, en unos azul, en otros negro, de pico colorado y amarillo. Anidan en los árboles mas duros, abriendo con el pico concavidad suficiente en los troncos para su domicilio. Sacuden con tanto aire los árboles con la dureza de sus picos, que imitan propiamente los golpes de acha, con que un robusto carpintero desbasta á fuerza de brazos las superfluidades de los maderos.

Peregrino es el *Guacho*, á quien dió el nombre su mismo canto, que articula esta voz: *guacho!* Es del tamaño de las golondrinas, pero el color es pardo. El nido fabrica de barro en los montes espesos, y mas ordinariamente en serranias ásperas y escarpadas.

El *Tunca*, mas afortunado que los demas, pues ha subido á ser una de las constelaciones del mar del sur, es pájaro negro; camina á saltos, y tiene pico ancho casi dos dedos, listado de amarillo y colorado. Los ojos hermosean dos círculos de plumas, uno de blancas y otro de azules, y debajo de la cola sobresalen algunas de finísima grana. Tiene mortal enemistad con los *Cochis*, cuyos polluelos persigue con sobrada porfía; pero los *Cochis*, amantes de sus hijuelos, salen á la defensa, y se traba entre los dos una muy renida contienda.

Entre las aves que deleitan con la hermosura de sus colores, se ofrece una cantidad innumerable de ellas, tan várias y peregrinas, como

esmaltadas. La provincia de Tucuman no abunda tanto de estas bellezas y rasgos naturales del soberano pincel, pero el Paraguay á cada paso ofrece un prodigio, y en cada prodigio una peregrina novedad. El carmísí en el *Nahaña* y *Araguayrá*, el verde en el *Mbaitá*, el blanco en el *Tapenduzú*, el azul en el *Piriquiti*, el blanco con el obscuro en el *Curetey*, el negro con el amarillo en el *Chichuy*, y el conjunto y complejo agradable de todos los colores en el *Uruti*.

Entre las aves de rapiña se encuentran las aguilas de magestuoso vuelo, tan felices en la elevacion, como precipitadas en dejarse caer sobre la presa. Los halcones rapaces, veloces en el vuelo y acelerados en el robo. Los gavilanes rampantes, con garras sangrientas para despedazar la caza. Los caracarás presumidos, especie média entre aguilas y halcon, de magestuoso paso y rápido vuelo. Los gallinazos carniceros, que participan las propiedades del cuervo, tan desgraciados por su figura, como insaciables con lo que encuentran: siempre comiendo lo que hallan, y siempre hambrientos. El crecido Condor, mayor que los cuervos y buytres de Europa, y tan grande, que de punta á punta de las alas tiene tres y cuatro varas: tan atrevido, que despedaza una ternera: tan avisado, que acomete por los ojos, y sacados, rompe con la dureza de su pico el cuervo, y se acaba la ternera.

Entre los condores de Tucuman y los cuervos del Paraguay, merece particular relacion el cuervo blanco: no son muchos los que se hallan de esta especie; cual y cual solo se encuentra cano por los años, ó blanco por naturaleza. Los indios le llaman el Cacique de los cuervos, porque de estos es mirado con acatamiento de soberano, y con atenciones de señor. El avestruz merecia relacion separada, pero como de él tratan muchos, omitimos su descripcion.

§. VII.

DE LOS CUADRUPEDOS.

Los animales que pueblan los montes, que cruzan las campañas y trepan las sierras; esto es, los caballos, las yeguas, las vacas, los tigres, los leones, los leopardos, las cabras, las ovejas, los ciervos, los venados, los gamos, las liebres, las vicuñas, los puercos monteses y javalies, todos ellos

son conocidos, y tienen poca ó ninguna diferencia de los europeos. Por lo mismo omitimos su descripción por pasar á otras mas particulares.

El *Anta*, ó danta, es la que llaman Gran Bestia. Grande como un *Garañon*, con orejas de mula, hocico de ternera, y una trompa de un palmo, que alarga cuando se enoja, y al parecer es el órgano por donde respira. Color leonado, manos y pies altos y delgados, hendidos como en las cabras, con tres uñas en los pies y dos en las manos: tiene dos buches, uno vulgar en que recibe el alimento, y otro particular lleno de palitos podridos. En este segundo se halla la piedra-bezoar, tan estimada para el mal caduco, y otras dolencias que se supone hallen remedio en su virtud.

Esta piedra-bezoar, como tambien la de los guanacos y otros animales, no tiene figura regular, ni determinada formación: á las veces se encuentran vacías por dentro, y esto sucede cuando la fábrica se cimienta en materia que es de fácil disolución. Otras veces estriba en algun palito ó arena, que sirve de cimiento á la obra; la que tiene sus interrupciones, y al parecer se compone de una variedad de materiales, que diversifican las hojas diversas, casi enteramente en los colores. Toda la virtud medicinal de los bezoares, procede de las yerbas y palitos, y el buche es el órgano ó alambique que extrae los humores, y solida los jugos, sobreponiendo hojas á hojas, y petrificando esos jugos para el uso de las curaciones.

Cuanto utiliza el *Anta* con su piedra á la medicina, y como algunos quieren con sus uñas, tanto damnifica á los labradores, que lograrían pingues cosechas, sino fuera por estos animales que las persiguen y talan. Como es animal tímido, no se atreve aparecer delante del chacarero (así llaman por acá al que guarda los sembrados), pero asecha con infatigable vigilancia los movimientos del guarda, y cuando le reconoce ausente, entra confiado en la sementera, se ceba en ella, y en poco tiempo la acaba.

No es menos curioso el *Oso-hormiguero*, cruel perseguidor de las hormigas, cuyas repúblicas verdaderamente numerosas, disminuye, y con industria impide que se multipliquen en nuevas colonias. Es á manera de puerco mediano, alto media vara, de color negro y blanco, con dos listas que declinan en obscuro. La cola está cubierta de cerdas, y como es larga y ancha, cuando la levanta sobre el lomo, le tapa casi todo el cuerpo. La cabeza imita la del puerco, y remata en figura de trompa, larga como un pié, en cuya extremidad tiene agujero, por donde saca su lengua de media vara. Este es el instrumento de que le provee la

naturaleza para buscar alimento; porque prolonga su lengua, y la mete por la boca de los hormigueros, y cuando la siente llena de hormigas, la recoge hácia dentro de la trompa, y se las come muy á su placer, repitiendo una y muchas veces la misma diligencia.

Cuanto es cuidadoso en buscar de que alimentarse, tanto es perezoso y tardo en sus movimientos. No le hace falta la lijereza para asegurar la presa, porque con industria y malicia la suple bastantemente, y aunque sea el tigre mas feroz, queda despedazado entre sus uñas. Para el combate se tiende de espaldas sobre el suelo, esperando que el tigre le acometa, y se eche entre sus agudas y tenacísimas uñas con las cuales lo abraza, y no suelta hasta que lo despedaza. Pero si es feroz con los demas animales, con sus hijuelos es todo piedad: los toma con cariño sobre sus espaldas, y los transporta de un sitio á otro, abrigándoles con su larga y ancha cola.

Semejante al Oso-hormiguero en cargar su tierna familia, es el *Su* ó *Sucarath*, animal propio de la provincia patagónica. Es singular su figura: tiene cara de leon, que declina en la semejanza humana, con barbas que arrancan desde las orejas. Su mole es corpulenta hácia los brazos, y estrecha hácia los lomos. La cola larga, bien poblada de cerda, le sirve para defender y tapar sus cachorros que carga sobre el lomo, para repararlos con la fuga de los cazadores: pero estos abren hoyos profundos, y cierran la boca con ramas, disimulando el artificio de las trampas. El *Su*, ó *Sucarath*, ciego en la fuga, é incauto en la defensa de sus hijuelos, pisa sobre las endebles ramas, y con ellas se cae á lo profundo. Como no puede salir, y teme que sus cachorros vengan á manos de los cazadores, convierte sus iras contra los hijuelos, y con bramidos espantosos procura amedrentar los cazadores. Pero estos sobre seguro le atraviesan con flechas, y se utilizan de los cueros contra los excesivos frios del país.

El carnero de la tierra, que en el Perú dicen *Llama*, es especie de camello, menor un tercio, pero sin tumor, ó coreova que lo desfigure. No tiene color determinado, y la especie admite indiferentemente toda la variedad que se observa en los caballos. Algunos hay blancos y negros, otros pardos y cenicientos. Sirve para el carguio, y como el peso no exceda de tres para cuatro arrobas, y le dejen caminar á su paso, transportará lejos las cargas, caminando tres para cuatro leguas por dia. Cuando se cansa, confiesa humildemente su debilidad, echándose con la carga; pero si el conductor porfia en levantarlo, saca del buche una especie de escremento, y lo arroja á la cara del arriero.

El Guanaco tiene algunas propiedades del camello. Cuello largo y erguido, color castaño; lana corta y áspera, pero inútil para los tegidos. Andan en tropillas, y para que todos pascen sin sobresalto, vela uno por todos, y en descubriendo gente, relincha, y previene á los demas que esten alerta, porque se descubren enemigos.

El *Micuren* es animal pequeño, pero caracterizado, con una propiedad que le singulariza notablemente. En el ombligo cria una bolsa, donde recoge sus hijuelos, y los abraza con dos membranas gruesas que cierra y abre, encoge y extiende segun los diversos ejercicios á que le destinó la naturaleza. Cuando se vé acosado, recoge en la bolsa los hijuelos, y como la carcel de carne es su ordinario domicilio, no extrañan el encerramiento; y mientras la madre pelea con esfuerzo y vence á sus enemigos, ellos se estan mamando con toda quietud y sosiego. Pero luego que la victoriosa combatiente ausentó á su enemigo, abre la bolsa, y suelta los hijuelos para que participen el fruto de la victoria.

Entre las varias especies de conejillos propios del país, unos domesticos que se dicen *Coyes*, otros campestres que llaman *Apercas*, el *Cira* por sus malas propiedades es muy célebre: es el corsario de las selvas, y perseguidor de los ciervos, contra los cuales arma celadas y los asalta, aferrándose con tanta tenacidad del suceso, que no suelta hasta sacarle los intestinos. Las viscachas, asoladoras de los trigales, son otra especie de conejos grandes. Tienen largo y ralo el pelo á manera de cerdas, con bigoterías prolongadas en el hocico: los pies son cortos, pero los menean con agilidad en la fuga. Habitan en profundas y subterranas cuevas, con division de piezas altas y bajas para su morada. No salen de dia, pero de noche dejan su retiro y salen á la campaña á jugar entre sí con fiesta y algazara.

El animal á la vista mas placentero es el que llaman *Zorrino*. Su figura es de perrillo de faldas, manchado de varios colores, y algunos con listas sobre el lomo. El hocico es puntiagudo, y su habitacion en cuevas subterranas, que socaba con las uñas, ó entre piedras donde se esconde. Es halagueño, y tan agraciado que convida á que le agarren, y solo su vista aviva la gana de tomarlo con las manos, y enseñarlo en el pecho. Algunos que ignoraban sus propiedades, prendados de su natural agrado, le han agarrado, y con la experiencia conocieron, que bajo de una hermosa apariencia se encubre un hediondez insufrible. Esta es la única arma de que le proveyó la naturaleza: porque tardo para la fuga, y pesado en el movimiento, cuando se vé perseguido, derrama de un depósito que tiene de humor ardiente y fétido algunas gotas, con las cuales detiene al agresor. Si tal vez sucede que las gotas alcanzan al perro que

le persigue, se enfurece, se inquieta, se revuelca como desesperado contra el suelo, y no halla descanso, hasta que el hedor se evaporige.

No es menos célebre el *Tatú*, parecido en la figura á un pequeño lechoncillo, pero las orejas semejantes á las de mula, de adonde le viene el nombre de *Mulita*. El cuerpo por la parte superior está cubierto de conchas, con labores resaltadas que distinguen los colores pardo y claro sobre el obscuro. Estas conchas ó láminas tienen muelles y resortes, de que se sirve para cerrarlas y abrirlas á su placer, segun las ocurrencias y necesidades. Cuando se vé acosado, se arma de sus conchas, de donde le vino el nombre de *Armadillo*: cerrando las láminas, y metiéndose enteramente dentro de ellas, forma una bola, de donde se le originó el nombre de *Bolita*. Esta es casi la única arma para reparar los acometimientos del enemigo. En estas conchas estrechamente enlazadas, y unidas entre sí, se quebrantan las armas de sus agresores, y con ellas solas se repara de sus asaltos.

El *Quirquincho* es muy semejante al *Tatú*; pero se diferencia en que, por los muelles de las conchas y por el vientre, le salen unos pelos largos á manera de cerdas. Mantiénese de carne, pero se ayuda de la industria para la caza. Cuando llueve se vuelve boca arriba para recoger agua. En esta postura se mantiene hasta que algun venado ó cervatillo, afligido de la sed, llega á beber. Cuando éste satisface ansioso la sed, cierra su concha, y apretándole el hocico y narices, le sofoca con la falta de respiracion. Es creible que tenga otro modo de alimentarse; porque en los meses de seca, en que no puede recoger agua del cielo, esta industria es inutil, y solo buena para perecer de hambre. Así el quirquincho como el *tatú*, son admirables en la prontitud con que profundan en tierra. Algunos aseguran que en sola una noche prolongan su cueva hasta una legua; yo no me atrevo á tanto, contentándome con decir que una legua se camina fácilmente, y con dificultad se socava.

Monos hay de varias especies, diversos en el color y varios en el tamaño: son muy ligeros, y saltan de árbol en árbol, y de rama en rama con agilidad extrema. Cuando el árbol, á donde quieren pasar, está muy distante, se toman por las colas, formando y tejiendo una sogá larga, que pende hácia abajo, y cimbrándose á un lado y al otro, no paran de este ejercicio, hasta que el último de ellos se prende en el otro árbol. Como sobre la habilidad de este descansan los demas, luego que asegura alguna rama, les comunica la nueva con grande algazára, y les previene que pueden desprenderse del un árbol, y trepar con seguridad al otro.

Los *Carayás* son los mayores, y puestos en dos pies, igualan la estatura de un hombre: son muy atrevidos. Los indios están persuadidos de que fueron hombres, y se transformaron en monos por sus enormes maldades; y añaden, que sabiendo hablar, callan maliciosamente, porque los españoles no les obliguen al trabajo! Sobre la ligereza para huirse cuando se vén perseguidos, tienen una arma defensiva, y en cierto modo ofensiva, que la juegan con acierto, tirando con la mano el escremento al rostro del que les persigue.

§. VIII.

DE LOS REPTILES.

Plaga es lo que abundan estos animales juguetones, y no lo es menos la de los ponzoñosos y otros insectos que viven conjurados contra la vida y quietud del hombre.

El venerable P. Antonio Ruiz de Montoya, en su Tesoro, palabra *Mboy*, señala once especies de víboras que matan, y no las refiere todas. Unas son ovíparas, otras vivíparas, y es maravilla que no multipliquen inmensamente, y hagan la tierra inhabitable. A una abrió el mismo Padre, y le encontró cincuenta viboreznos: fecundidad tan rara, especialmente en países húmedos y ardientes, debiera sobresaltar mas á los habitantes y viandantes, que se abandonan á dormir sobre el suelo, despues de una larga experiencia de los muchos que han sido acometidos de estos enemigos ocultos y silenciosos, que avisan con el dano, y no dán lugar á prevenir sus ataques.

Por eso sin duda, la á víbora que llaman de *cascabel*, proveyó la naturaleza de sonajas, compuestas de huesecillos y escamas secas que meten ruido al caminar, y el ruido previene á los que están cerca, que se cautelen de este enemigo. Los naturales dicen, que cada año le sale un nuevo cascabel: lo cierto es, que cuanto son mayores, tanto es mayor el número de sonajas; y que sino crece uno por ano, se aumentan con ellos. Algunas son largas vara y media, y á las veces dos varas, y gruesas como el brazo, El color es amarillo y negro, que asombra la piel, y la comparte en muchos cuadros. Es mortal su veneno, y con solo picar en un pié, brota la sangre por ojos, narices y oídos.

Mas formidable es el *Curiyú*, de un color ceniciento, entreverado con espantosa variedad: largo tres, cuatro y seis varas, corpulento á correspondencia. Cuando se siente hambriento se sube á los árboles y pone en la atalaya, tendiendo por todas partes la vista para divisar la presa; y cuando en proporcionada distancia descubre el venado, el corzo ó el hombre, con increíble ligereza se desprende del árbol, y se arroja sobre ellos. Su primera diligencia es asegurarlos con sus roscas, que la envuelven toda al rededor, y tan fuertemente, que no es posible librarse de tan formidable enemigo. Cuélgase tambien de los árboles que están pendientes sobre los rios, arroja sobre el agua una espuma, á la cual acuden los peces, y cuando los tiene descuidados en el cebo, se desenrosca con extraña ligereza, y hace segura presa de ellos.

Algo se parece el *Curiyú* al *Mboy-cuatiá*, culebra de tres para cuatro varas, que habita entre malezas pantanosas, desde adonde arma celadas y atalaya para asaltar la presa con increíble ligereza. De la extremidad de su cola sobresale un hueso como navaja, con el cual hiere al animal y al hombre, hasta matarlos. Si el animal que apresó hace resistencia para que no le arrastre á los matorrales, el *Mboy-quatiá* se debilita, suelta la presa, y con presteza vuelve al agua para humedecerse, y tornar con agilidad á la reñida contienda. Los indios procuran que no les enrosque los brazos para tener sueltas las manos, y cortarla con el cuchillo antes que les hiera con el hueso de la cola.

Mayor que el *Curiyú* y el *Mboy-quatiá* es el *Ampalaba*, que algunos llaman "culebra boba." Por lo menos si no es boba lo parece: su movimiento es tardo y á las veces ninguno, porque entorpecida y perezosa, se está mucho tiempo sin menearse, con la boca abierta. A nuestra *Ampalaba* no le hace falta la ligereza del movimiento para apresurar el raton campestre, el fugitivo corzo y el ligero venado. Con solo levantar la cabeza, y registrar los animales que pasean la campaña, y las aves que cruzan los aires, sin moverse del sitio que perezosamente ocupa, tiene segura la presa. Algunos dicen que con un aliento ponzoñoso que despide, quita la vida á los animales, y muertos se ceba en ellos. Pero la experiencia enseña que la presa es violentamente traida, y que llega viva á su boca.

Talvez ha sucedido que un pajarillo en medio de su vuelo se halló repentinamente detenido, y contra el propio impulso tirado hácia la boca del *Ampalaba*. Pero cortado el aire que mediaba entre la culebra y la presa, tomó otra vez vuelo, y siguió libremente su

camino—efecto que no puede proceder de aliento venenoso, pues este obraría atolondrando y matando.

Cuanto es corpulenta el Ampalaba, tanto es pequeño el *Uguayapí*, especie de víbora, de veneno tan activo, que en pocas horas mata: con esta víbora tiene irreconciliable enemistad el *Macangué*, el cual del ala hace rodela, y metiendo el pico por entre las plumas, se arroja sobre el *Uguayapí*, y le acomete. Pero la viborilla se vale de agilidad y viveza para eludir los asaltos del *Macangué*, y herirle donde puede, derramándole en la sangre su mortífero veneno.

La *Víbora de dos cabezas* es larga media vara, y gruesa igualmente por las dos extremidades: sobre el campo ceniciento, que cubre toda la piel, se forma un jaspeado de colores oscuros poco vivos. Cuando quiere avanzar terreno y saltar para herir, forma una media luna, y estribando sobre la barriga, se tira á larga distancia, con un resorte, que sin duda procede de algun muelle ó juego particular que tienen los huesos del espinazo. Es muy temido su veneno, y mas lo fuera, si como se dice, tuviese dos cabezas. Yo lo he observado con exquisita diligencia, y noté que la una es real y verdadera, y la otra de perspectiva, pero tan viva y admirable, que engaña y hace creer que la pintada es verdadera.

Víboras *frailescas* llaman á unas de color pardo ó ceniciento, largas mas de vara, y algunas gruesas como la muñeca: su veneno es mortal, y son temibles, ya porque atacan sin ser hostigadas, ya porque cruzando los caminos, las confunde el color con la tierra, y no dan lugar á prevenir sus acometimientos. *Corales* llaman en algunas partes á otra especie vetecada de pintás negras, amarillas, verdes y azules, de tanta viveza que cuando caminan hieren la vista con la repercusion de los rayos solares. Hay otras muchas especies de culebras, víboras y lagartos, unas venenosas, otras que no lo son, y á estos últimos pertenece la *Iguana*, cuya descripcion se halla en varios autores.

§. IX.

DE LOS INSECTOS.

A estos animales son inmediatos otros que justamente llamamos

plagas infestadoras. Las langostas, que talan los sembrados, y pelan los árboles, merecen especial relacion, no por lo particular de la especie, sino por la multitud que llega á cubrir el horizonte mas de lo que alcanza la vista. Cuando saltona cubre enteramente la tierra: yo he visto plaga que tapizaba la campaña á lo largo de mas de diez leguas, cubriendo la superficie de la tierra, los troncos y ramas de los árboles. Es animal voracísimo, siempre comiendo y nunca satisfecho, porque cuanto recibe, tanto arroja y despide. Es increíble la prontitud con que talan la huerta, ó monte donde hacen asiento, y en el espacio de pocos minutos he visto pelar un bosque espeso, supliendo la voracidad y multitud á la pequeñez del talador.

Las hormigas son otra plaga, conjurada contra los sembrados y esfuerzos de los labradores. Las unas por comunes no merecen particular mencion; pero sí las otras, y entre ellas el primer lugar ocupa el *Tahiro*, de extraña pequeñez, color negro y azogada viveza. Sale cuando quiere llover, y así son prenuncios de lluvia inminente. Luego que abandonan sus cuevas, cuidan de buscar los escondrijos, y agujeros, que son morada de grillos y otras sabandijas; no para fijar su alojamiento en ellos, sino para apoderarse de su lejítimo dueño, y prevenir en sus carnes un regalado banquete. Como son muchos, y la multitud hambrienta de Tahiros recarga sobre ellos, inexorables á sus quejidos, y sin dar cuartel á nadie, con todos acaban. Si acontece que entran en la cama del que duerme con reposada quietud, presto le despiertan, y por via de composicion es necesario desocupar el lecho, y mudar alojamiento por no verse acosado por estos animales.

Otras hay que los Guaranis llaman *Yzau*, y merecen el nombre de taladoras. Tres estados podemos distinguir en ellas: el primero cuando chicas recién salidas del huevo: estas cuanto tienen de pequeñas, tanto tienen de rabiosas, y se ceban con insaciable hambre en lo que encuentran. Desdichado el muchacho que hallan descalzo: le acometen, le hincan sus agudos dientes, y por mas diligencias que ponga en desprenderlas, no sueltan hasta ensangrentarle. Estas tienen la incumbencia de abrir el agujero, y ensancharlo para que las mayores salgan sin tropiezo, y tengan algun descanso en la fatiga laboriosa de su agradecida familia.

Por el agujero salen unas hormigas con alas á manera de abispas, y en ellas se verifica, que para su mal le nacen á las hormigas las alas: porque ó son de limitada duracion por naturaleza, ó acaban sus dias en el vientre de los pajarillos, especialmente de la tijereta,

que halla delicado pasto en estos volantes ejércitos. Tras estas salen otras que constituyen el tercer estado, y son las madres hormigas, que solo toman alas para dilatar con nuevas colonias la familia, y buscar lugar retirado para el establecimiento de una poblacion numerosa. Es poco lo que vuelan, porque luego pierden las alas, y ellas caen á tierra con el peso de una bolsa, grande como un garbanzo, que encierra los huevos destinados á propagar la especie.

Como son muy laboriosas, empiezan luego con sus patillas á cavar la tierra, y en la profundidad de una cuarta dejan algunos huesos, los bastantes para fijar los fundamentos de nueva poblacion. Continuan el ejercicio de cavadores, profundando la cueva, y allí dejan segunda porcion de huevos. De esta manera, profundando mas y mas, hasta dos brazas (rara industria y teson infatigable), una sola madre hormiga propaga la especie con numerosas colonias. ¿Qué habitacion previene el *Yzau* para sus tiernos hijuelos? ¿Qué alimentos prepara para tanta multitud? ¿Como una sola madre fomenta tantos huevos depositados en tantos lugares?—Es misterioso arcano que no comprendemos: lo cierto es que, aunque no alcancemos los caminos de la naturaleza, ella no espera la humana direccion para plantear sus ideas, y cumplirlas.

Yo me contento con poner á la vista la admirable arquitectura de nidos que fabrican las hormigas para establecerse con seguridad en los anegadizos de los Xarayes. Como el terreno está dispuesto á inundaciones, y que el agua sube mucho, fabrican su morada sobre los troncos de los árboles. La materia es de barro, y las mismas hormigas hacen oficio de cargadoras que llevan el material, de amasadoras que lo templan, de albañiles que lo aplican, con proporcion tan compasada y division de piezas tan justa, que excede la mas delicada arquitectura. Aunque todo el material es de barro, tiene consistencia de piedra, y resiste á las aguas, de suerte que no penetren adentro. Como la clausura no es perpetua, y su naturaleza pide salir á respirar aires mas frescos, y juntar provisiones para el invierno, cada hormiguero tiene un caño, ó conducto interior por donde pueden salir y entrar libremente.

Donde las aguas no suben tanto, pero el terreno está expuesto á inundaciones, eligen un montecillo elevado, y sobre él cimentan su fábrica de barro en figura de torre, de dos para tres varas de alto. Esta torre por dentro está hueca, y al parecer sirve solamente para albergarse en tiempo de crecientes, porque entonces las aguas penetran

su habitacion subterranea, y se ven precisadas á subir al torreoncillo con la seguridad que está bien argamasado, y capaz de resistir á las aguas que azotan al pié, y bañan el fundamento de la obra.

Antes de apartarnos de los Xarayes será bien referir otra especie de hormigas que se halla desde el rio Tacuarí hasta los anegadizos. Críanse en este espacio ciertos árboles, á los cuales los portugueses llaman "árboles de la hormiga": son frondosos y lozanos, y su hermosura convida á mirarlos y tocarlos. Pero cuando la vista no se harta de mirarlos, embelesada con su admirable lozania, el cuerpo todo se llena de hormigas, que estaban sobre los árboles, y como si el contacto turbára su quietud, se convierten contra los perturbadores de su reposo y descanso. Y como cada uno de estos árboles está cargado de innumerables hormigas, son muchas las que se desprenden para herir al que osado se atrevió á tocar el árbol.

Otras hormigas hay, que aunque las llamemos plaga por el daño que pueden causar en las sementeras, pero son tolerables por la utilidad que acarrear: hállanse en pocas partes, y hasta ahora solo se sabe que se encuentran hácia la Villa Rica. Estas son fabricadoras de cera, que crían en unas bolitas sobre las plantas, llamadas *guabirá-mirí*, donde las recogen los Villeños, y derretidas al fuego se endurecen en cera blanca. De ella se hacen velas, pero su luz no es mucha, por ventura á causa de su dureza que no se derrita fácilmente; ni tanto que pueda nutrir el pabito y la llama. Podria suceder que si algun fabricante la beneficiase, la experiencia le descubriria el modo de purificar la cera y aumentar la luz. El Ilmo. Señor Palavicino, Obispo del Paraguay, presentó algunas de estas velas al P. Bernardo Husdorfer, provincial de esta provincia, y este al P. Ladislao Oros, procurador á las córtes de Roma y España, para que pasase este invento americano al viejo mundo.

La plaga de mosquitos no se conjura contra los sembrados, pero se arma contra los vivientes, y la quietud de los viajantes. Los unos con la frotacion de las alas meten ruido tan confuso, que despabilan el sueño: los otros con sus agujones chupan la sangre, y en pago de licor tan estimable que se llevan, dejan el precio de ardientes ronchas y escozor que mortifica y aflige por mucho tiempo. No hay reparo ni defensa contra su astucia: burlan la clausura de los mosquiteros, y cuando no hallan resquicio para énterar á cebarse á satisfaccion, meten su delicado agujon por entre los hilos de los tejidos. El humo, dicen, que los ausenta; pero ese alivio, que niegan

algunos, es tan costoso, que se puede dudar si es mas molesto el humo sin mosquitos, ó los mosquitos sin humo.

Los reales demarcadores que subieron rio Paraguay arriba, observaron que entre las tinieblas del humo lograban oportunidad de hincar sus agujones á hurtadillas para satisfacer su hambre.

Sin embargo, los que habitan en Santa Fé, sus vecindades y otras partes, gustan de aires mas frescos y puros, y no consienten el ambiente ofuscado con humos. Puede suceder que la imaginacion de los patricios disminuya el número por hallar algun alivio, mas aprendido que real, contra enemigo tan impertinente. Pero siendo de una misma especie que los que se hallan en otras partes, es creible que tanto en unas como en otras, tanto cercados de humo, como sin él, mantengan la vida propia con sangre ajená.

Otra plaga bien ordinaria en algunas partes de estas provincias, es la de los *piques* ó *niguas*, especie de insectos con figura de pulgas, pero menores que ellas, unos negros, otros blanquecinos, mas mordaces, y de acrimonia mas eficaz. Como son tan pequeños hallan fácil entrada, y con delicadeza se insinuan entre cútis y carne, donde en cuatro ó cinco dias fabrican una overa, cubierta de una túnica blanca y delgada, llena de pulgoncillos, con una abertura por donde sacan los pies y la boca: los pies para aferrarse fuertemente á la carne, y la boca para chupar incesantemente la sangre.

Cuando la overa llega á estado de reventar, en poco tiempo se extienden por el cuerpo los pulgoncillos, y empiezan á insinuarse entre tez y carne, formando bolsitas llenas de huevos, con la misma brevedad y presteza que la primera nigua, con una procreacion tan numerosa que cubre de insectos el cuerpo, y le encienden en una rabiosa comezon, que últimamente priva de la vida. Los que lo han experimentado aseguran, que uno solo que pique las extremidades de los dedos, hace inflamar las glándulas de los ingles, y no tiene mas remedio que sacar la nigua. Esta operacion, de que depende el alivio, se efectua descarnando con una aguja la bolsita y pulgon, y sin reventarlo se saca con todas las raices y ligamientos que la unian inseparablemente á la carne y membranas.

Estas son las plagas, estos los animales, estas las aves, estos los peces, estas las plantas, y árboles, con que el Soberano Hacedor pobló las campañas, los bosques, los rios y lagunas de estas provincias:

habitacion antigua de muchas gentes bárbaras, aunque se ignore la época de su establecimiento en estas partes. Algunos con febles congeturas han procurado averiguar el origen de las naciones americanas: pero siendo este punto histórico uno de los arcanos mas ocultos, y careciendo enteramente de sólidos argumentos para resolverlo, juzgamos que, omitida esta disputa, mas dignamente podemos dar principio á la narracion de la primera entrada de los españoles al descubrimiento de estas provincias.





HISTORIA DEL PARAGUAY.

LIBRO SEGUNDO.

§. I.

DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE LA PLATA.

1515—1529.

Casi al mismo tiempo que el intrépido Hernan Cortes daba principio á su conquista en la América septentrional, dilatando los límites de la antigua España con los reinos y provincias de la nueva, Juan Diaz Solis descubrió otros muy dilatados, y extendió en la América meridional los dominios de la monarquía española. Era Solis natural de Lebrija, célebre por sus conocimientos cosmográficos, que le merecieron el título de piloto mayor del reyno en tiempo de D. Fernando el Católico. Como práctico y afortunado. le ocupó en algunas expediciones, en una y otra parte de la América, donde descubrió nuevos mares y tierras, de las que tomó posesion por la corona de Castilla.

Dominaba su corazon vano apetito de gloria, y ambicioso deseo de ser preferido á los coetáneos, y como esta pasion facilmente declina en culpable, le hizo delincuente, intentando derribar los benemeritos, del grado de estimacion que pretendia para sí. Pero le sucedió lo que á muchos, á quienes el anelo de subir hace sentar el pié sobre falso: porque Juan Diaz se hizo sospechoso, y cayó algun tiempo en desgracia del Monarca, hasta que la memoria de los méritos pasados, y la necesidad que de él se tenia, le conciliaron segunda vez la real confianza, y le merecieron algunos empleos honoríficos. Entre otros se le fió el descu-

brimiento de algun estrecho para facilitar el paso á la Especería, que entonces ocupaba las primeras atenciones.

Con este destino zarpó del puerto de Lepe por Octubre de 1515, y costeado el Brasil, entró el siguiente año en el magestuoso *Paranaguazú*: nombre que usaban los naturales para denominar al que despues se llamó Rio de la Plata, y por ahora, del nombre del su primer descubridor, *Rio de Solis*. Los Charruas, que entonces se dilataban por la costa septentrional del Paraná hácia el Uruguay, y tirando al oriente hasta las cabezadas del rio Negro, movidos de curiosidad, salian de sus chozuelas las manos cargadas con frutos de la tierra, que abandonaron sobre la playa, retirándose á la ceja de un monte inmediato.

Solis, que no conocia el génio pérfido de la nacion, confiado en las demostraciones, al parecer amigables, salió en tierra con pocos compañeros desarmados. Entonces los Charruas dejaron repentinamente los montes, mataron á Solis con su gente, y se los comieron á vista de los que estaban en la caravela, testigos del hecho y no vengadores del atentado. Recelosos de igual desgracia, retrocedieron en busca de la capitana que estaba sobre las áncoras en la isla de San Gabriel, y tomado acuerdo, volvieron á España, donde con la primer noticia del Rio de la Plata, comunicaron la infausta suerte de su primer descubridor.

Casi diez años pasaron, en los cuales el rio de Solis no mereció un recuerdo en la memoria de Carlos V. Pero, como en el rey de Portugal se trasluciese inclinacion de extender por esta parte sus dominios, dispuso prontamente una armada á cargo de Diego de Garcia, vecino de Moguer, acompañado de Rodrigo Area, piloto célebre de su tiempo: imponiéndoles la obligacion de repetir segundo viage, y de buscar con diligencia á Juan de Cartajena, y á cierto clerigo francés, que abandonó por sediciosos Magallanes, arrojándolos hácia la bahia de San Julian. La armada salió del Cabo de Finisterre á 15 de Agosto de 1526, pero las aventuras de la navegacion la demoraron tanto, que Sebastian Gaboto previno á Garcia embocando primero por el gran rio de Solis.

Era Gaboto veneciano de nacion, cosmógrafo inteligente, y práctico en la marina; sugeto verdaderamente hábil, de sagaz entendimiento y penetrativo discurso: despues de Colon inferior á ninguno en hidrografia y astronomia. Descubrió la tierra de Bacallaos, y de ella tomó posesion por Enrique VII, rey de la Gran Bretaña; del cual se prometió un premio digno de sus afortunados servicios. Pero como la recompensa fuese inferior á la esperanza, se ausentó Gaboto de Londres para probar fortuna en servicio del rey de España.

Efectivamente, con el nuevo Soberano fuè nueva su fortuna, y se le dió título y empleo de piloto mayor del Reino, con renta competente al oficio que profesaba. Entre otras expediciones se le ordenó el año de 1525, que pasára á las Malucas, y tentára el descubrimiento de Tharsis, Ophir y Catayo. La armada que se le previno constaba de cuatro navios: el equipage pasaba de seiscientas personas, fuera de mucha nobleza de hidalguia, y sujetos de crecidos mèritos, atraidos con esperanza de enriquecerse en las tierras á que navegaban.

La armada levó anclas à principios del 1526, y tuvo algunos accidentes que demoraron la navegacion mas de lo que se persuadió Gaboto. Con la tardanza escasearon los viveres, y traslucidos algunos indicios de alzamiento, se recostò Gaboto al Puerto de Patos, en altura de poco mas de 31 grados de latitud austral, hasta donde los Guaranís, señores de las riveras marítimas por aquella parte, prolongaban sus tèrminos.

Gaboto, imposibilitado à proseguir, ò con esperanza de progresos mas felices, abandonó el viage de Malucas, siguiendo por ahora el curso de su fortuna, que le encaminó á la espaciosa boca del rio de Solis, en cuyos confines bajaba la armada, y subió hasta una isleta no muy distante de tierra firme, hàcia la ribera septentrional en la derecera de Barragan, que caia en la màrgen opuesta. A la isleta llamó San Gabriel, y ancorò en su fondo las naves. Pero siendo el puerto poco reparado, avanzó con dos bateles hasta el encuentro del Paraná y Uruguay, y siguiendo la madre de este, descubrió á su oriente un rio, que desde entonces hasta hoy se llama de San Salvador, buen surgidero para poner en salvamiento la armada.

Así lo egecutò Gaboto: parte de la cargá con alguna milicia dejó en San Gabriel, y parte con la armada pasó á San Salvador, sobre cuya embocadura levantó un fuerte contra los Charruas é Yaros, que observaban al descuido los movimientos del español. Guarnecido con milicia el fuerte, saltó en un bergantin y caravela al magestuoso Paraná, y surgiò en el Carcarañal, pechero suyo por la màrgen occidental: donde levantè segnada fortaleza, que denominò *Sancti Espiritu*, y que el vulgo llama de Gaboto, por algunas reliquias que el tiempo conserva para su memoria.

Habitaban las vecindades del Carcarañal los Timbus, gente humana, cariñosa, hospitalaria; buena para amiga, y pesima para enemiga. Con ellos hizo alianza Gaboto, y avanzò hasta la laguna de

Santa Ana. Entabló comercio con los Apupenes, rescatando bastimentos por bugerías, que hacia estimables la novedad. Del *Apupen* retrocedió à la junta del Paraguay y Paraná, y tomando la madre de aquel, surgió cerca del sitio, donde se fundó despues la *Asumpcion*, capital de la provincia.

Señoreaban el rio los Agaces, los cuales salieron en trescientas canoas à presentar batalla à Gaboto, que acometieron orgullosos; pero vencidos facilmente, se retiraron fugitivos à sus ordinarias guaridas. De las vecindades concurren los Carios, á solicitar la paz del valeroso triunfador de los Agaces, y cambiar los frutos de su territorio. Adornaban su desnudez natural piezas de plata pendientes del cuello, y hermosos plumages la cintura, provocando la codicia española, à quien lisonjeaba el resplandor de aquellas alhajas.

Los indios por obsequiar à los huéspedes, ofrecieron las piezas por cuentas de vidrio y otros generos baladís, sucediendo à veces que recibidas las bugerías, se retiraban huyendo, porque el español no se arrepintiera de lo que daba en precio de lo que recibía.

No era esta plata propia del terreno: pero como ni los indios podian explicarse, ni los españoles averiguar su origen, se fué la aprension á lo que era natural, juzgando que en la vecindad habia criaderos de metal tan estimable, del cual rescataron porcion bastante para hacer un donativo al emperador Carlos V. Antonio Herrera dice que esta es la primera plata que de Indias pasó à España: lo cual no es creible, describiendo en su *Decada II*, al año de 1519, el donativo que Hernan Cortes envió, compuesto del agregado de piezas de oro, plata y perlas, que Motezuma presentó al conquistador de la Nueva España.

Persnadido pues Gaboto de que el pais era fecundo en minerales, denominó al Paraguay *Rio de la Plata*: nombrado brillante, que equivocò en los autores la inadvertencia, y adulteró la falta de noticias. No negaré que el tiempo que trastorna la substancia y denominacion de las cosas, del Paraguay trasladó al Paraná-guazú el nombre del Rio de la Plata, con el cual es conocido despues de recibir el Uruguay hasta descargar en el Océano con mole inmensa de aguas. No se sabe si Gaboto adquirió noticia de como y cuando esta plata que rescató de los Guaranís, y que denominó al Paraguay, vino à sus manos. Pero si lo supo, y ocultó la noticia, los tiempos venideros lo manifestaron.

Alejo Garcia, de nacimiento portuguez, penetrò por la via del Brasil al territorio de los Guaranís, acompañado con número crecido de Tupís, pretendiendo adelantar por aquella via las conquistas lusitanas hasta el Perú. En su compañía tomó dos mil Guaranís, guerreros escogidos, y certeros en la direccion de las flechas. Llegaron à los confines paruanos, verosimilmente en las inmediaciones de los Chichas, à los cuales el capitan portuguez venció con el auxilio de los Tupís y Guaranís, y los despojò de tejidos curiosos, vajilla, vasos y coronas de plata, en que sobre la materia era estimable la labor de invencion peruana. Parte del despojo fuè botin de los Guaranís, y parte de Alejo Garcia y sus compañeros: pero aun esta parte pasó à los Guaranís, que los mataron alevosamente despues que volvieron sobre sus pasos.

Esta es la plata que Gaboto rescató de los Guaranís, deteniéndose con lenta ociosidad mientras unos iban cargados de abalorios, y venian otros con planchas para cambiarlas. En el rescate se le pasó el año de 1526 y parte del siguiente, poco vigilante en promover la conquista. Entre tanto llegó Diego Garcia, à quien tocaba el gobierno: reconvino à Gaboto con modales urbanos, exhibiendo los despachos en que se le confiría la capitania del rio de Solís por nombramiento del Emperador. Gaboto que esperaba enriquecer con nuevos rescates, y pensaba descubrir ricas minas de plata, resolvió atropellar la justicia de Diego Garcia, alzándose con el gobierno.

Efectivamente prevaleció el veneciano; y Garcia, que no tenia esperanza de vencer à Gaboto, se sometió à su mando con tanto rendimiento que en adelante ni su nombre suena, ni se oye en las historias. Como Gaboto estaba mal asegurado de su intrusion, determinò obtener con mejor título la capitania del Rio de la Plata, despachando à la corte dos agentes, Hernando Calderon, y Roque Barlogue, con encargo de promover sus pretensiones. Dióle prolija relacion, que contenia las aventuras del viage: los motivos que precisaron à desistir de la jornada de Malucas: los descubrimientos hechos, y las naciones que dieron la paz, sin omitir menudencia conducente al fin pretendido. Llevaban tambien un donativo de plata para el Emperador, y algunos indios que pasaban à dar la obediencia en nombre de sus naciones.

Los agentes de Gaboto fueron admitidos con soberana dignacion, conferenciando largamente con ellos el Cesar, é inquiriendo varias curiosidades concernientes à diferentes materias. Concurrieron al agrado del recebimiento los Guaranís, embajadores caracterizados con fisonomía

peregrina, y modales ñndicas que llamaban la atencion del Monarca; informándose largamente sobre sus gènios, ritos y costumbres. Mas que todo admiró su grande entendimiento el artificio de los tejidos, y delicadeza de labor, maniobra de artificio superior à lo que prometia la torpeza de sus manos.

Todo lo cual inclinó el Emperador à favorecer à Gaboto, y enviarle socorro de gente para la prosecucion de la conquista. Pero como la monarquía se hallaba embarazada con la alianza de Inglaterra y Francia, y el año de 29 gravísimos negocios sacaron de España para Italia al César, este proyecto no llegó por entonces á ejecucion.

§. II.

DESDE LA SALIDA DE GABOTO HASTA LA LLEGADA DE D. PEDRO DE MENDOZA.

1530—1536.

Desde que Gaboto se restituyó del país de los caribes al fuerte de Sancti Spiritus sobre el Carcarañal, no consta progreso alguno de la conquista, ni alianza con otras naciones. Los Timbues se mantenian en amigable correspondencia, que les inspiraba su buen gènio, y el cariñoso trato de los españoles. No así los Charruas, los cuales velaban sobre los descuidos de la guarnicion para lograr un lance favorable à sus armas.

Efectivamente, lograron una madrugada, y sorprendieron rapidamente à los castellanos: parte murieron à sus manos, parte se refugiaron à las naos que se hallaban surtas en el rio, sobre la margen oriental del Uruguay. Hallábase Gaboto próximo à largar al viento las velas para España: y aunque sintió la desgracia, no se detuvo en castigar à los bárbaros, ni en reedificar el fuerte, primer monumento de su conquista. Mayores negocios ocupaban el

ánimo, y solicitaban su asistencia personal en la corte. Tres años corrian ya, y en ellos no habia tenido noticia de sus agentes, ni del estado en que se hallaban su pretensiones. Tenia fundamentos para sospechar mal recibimiento por las diligencias de sus émulos interesados de Malucas, y los informes que podia sospechar de Diego García, á quien en propiedad pertenecia la conquista.

Esto le movió á navegar à Castilla para liquidar personalmente sus operaciones. En efecto llevó adelante el patrocinio de su causa, y justificò de modo sus procederes, que obtuvo la capitania del rio de la Plata. Pero se le confirió en títulos, y con pretexto de piloto mayor del reino se le detuvo en Sevilla, embarazando la vuelta al rio de la Plata, de un sugeto que fué desgraciado en Inglaterra, infiel á España, y primer intruso en estas provincias.

A los dos años de vuelto Gaboto, fué destruido el fuerte de Sancti Spiritus. Era alcaide Nuño de Lara, noble hidalgo dotado de prendas singulares: era cariñoso, afable, circunspecto, prudente, respectable, mandando con el dulce imperio de las obras que facilitan y vencen las dificultades. Mantenía los presidiarios en arreglada disciplina, inspirando en sus corazones humanidad y clemencia con los indios: à estos conservaba en mutua correspondencia, rescatando de ellos los alimentos, sin lesion de la equidad y justicia. Todo prometia bonanza, y aseguraba hermandad incontrastable por muchos años. Así sucediera si la furia de una pasión no lo convirtiera todo en cenizas.

Marangoré, cacique principal de los Timboes, se aficionò locamente de Lucia Miranda, señora de distincion, hermosa, honesta, y por extremo recatada. Los castos desdenes de Lucia encendian peligrosas llamas en Marangoré, y soplaban el incendio de la pasión en un corazón salvaje. Renunciando à la esperanza de vencer su resistencia, arrimò 4,000 Timboes hàcia Sancti Spiritus, en ocasion que Sebastian Hurtado, marido de Lucia, se hallaba ausente del fuerte con algunos compañeros, rescatando víveres para subsidio de la guarnicion.

De esta carestia tomó pié Marangoré para el logro de sus intentos. El ejército emboscó en competente distancia para que se acercàra al abrigo de la noche, y él con algunos briosos jóvenes, cargados de vituallas, se adelantó à Sancti Spiritus ofreciendo las provisiones que llevaban sus vasallos para socorro de la necesidad que se padecian. Los presidiarios recibieron el donativo con agradecimiento, y porque la noche estaba próxima y la habitacion de los Tim-

bues retirada, Nuño Lara ofreció alojamiento á Marangoré, y á los suyos, cargadores del engañoso presente. Juntos cenaron esa noche, y juntos se recostaron, los españoles á dormir, y los Timbues á velar. Apoderado de los castellanos el sueño, el tirano abrió las puertas al ejército, que ya se había arrimado, y entrando al fuerte, todos se arrojaron sobre los españoles: los mas fueron prevenidos antes de tomar las armas: pocos las empuñaron, y tuvieron glorioso fin con muerte de sus enemigos.

Nuño Lara, en quien la nobleza y valor hermosamente se enlazaban, discurría por entre la densa multitud de Timbues, obrando prodigios de valentía, hiriendo y matando enemigos, hasta derribar á sus pies á Marangoré, caudillo pèrfido de sus pèrfidos agresores. Luis Perez de Vargas, sargento mayor del presidio, y el alférez Oviedo, cubiertos de gloriosas heridas, y rociados de sangre enemiga, haciendo mortal destrozo, cayeron vencedores, sobre los mismos que dejaban vencidos. Casi todos los españoles fueron víctimas de este bárbaro furor: los pocos que salvaron la vida, quedaron prisioneros de los alevos Timbues.

Entre ellos la infeliz Lucia Miranda, que quedò en libre cautiverio de Siripo, hermano de Marangoré, sucesor suyo en el cacicazgo, y heredero de sus amores. Este permitió el despojo del fuerte á la victoriosa milicia, reservando para sí á Lucia, objeto de sus pretensiones, siempre malogradas por la constancia de la casta matrona.

Al siguiente dia de la desgracia sucedida en el fuerte, estuvo de vuelta Sebastian Hurtado, marido de Lucia. Reconociò los cadáveres para pagar con honrada sepultura los últimos oficios de gratitud á su amada consorte, y no hallando el de Lucia, llevado del amor que es presagioso, se huyó á los Timbues, para acompañar cautivo á su cautiva esposa. Pero Siripo, que pretendia poseerla solo, entrò en pensamientos de matar á Sebastian Hurtado.

Entonces Lucia, árbitra de la voluntad de Siripo, le inclinò á tierna condescendencia hácia Hurtado, en quien no se descubria otro delito que la inocencia inculpable de sus amores. “Si tu gusto es, si es de tu agrado, respondió Siripo, viva en buena hora Sebastian, por que tú no fallescas con su muerte: viva en buena hora, pero elija esposa entre las Timbues, sin otra reserva, que la que prescriba el autojo de su eleccion. En lo demas no será mirado de mí ni de mis vasallos como advenedizo ni como prisionero de guerra.

Los primeros empleos que dispensa mi autoridad, segun el valor de los mèritos suyos, serán desde ahora su galardón. Una sola condicion os prescribo, y es, que no trateis ambos como consortes, so pena de incurrir los castigos de mi justo enojo.”

Agradecieron á Siripo las expresiones de su benevolencia, y prometieron no traspasar los límites de su ordenanza. No obstante, los inocentes consortes se descuidaron, y observados del celoso amante, irritaron su cólera, que los llevò al sacrificio. Tentò primero la castidad victoriosa de Lucia, la cual inexorable á los ruegos del bárbaro, permaneciò constante en su determinacion, queriendo antes experimentar las furias de un amante, que macular el tálamo con detestable condescendencia.

En efecto Siripo de amante se transformó en tirano, y las promesas convirtiò en amenazas, preparando à la inocente victima una hoguera. Sebastian Hurtado, amarrado à un árbol, y hecho el blanco de las flechas y furor barbaro, imitó el ejemplo de su esposa en fervorosos actos de religion, y la siguiò à la gloria.

Los demas españoles que con Sebastian Hurtado habian venido de rescatar víveres, pagada la deuda de sepultura à sus desgraciados comilitones, humedeciendo con làgrimas sus cadáveres, desampararon el fuerte, y embarcados siguieron el curso de su fortuna, ya desgraciada, y de costa en costa, à vista siempre de tierra, llegaron à las cercanias de San Vicente, colonia lusitana en el Brasil. Allí levantaron unas chozuelas, y aliados con los portugueses se mantuvieron poco mas de año en buena correspondencia. Los portugueses fueron los primeros en romperla, declarando guerra à los castellanos, los cuales previnieron una celada y los vencieron, quedando dueños del campo y señores de la poblacion. No obstante, por evitar disensiones, se recostaron à la isla de Santa Catalina, donde restablecieron la colonia.

§. III.

GOBIERNO DE D. PEDRO DE MENDOZA.

1534—1537.

Casi en la misma sazón que los Argentinos, reliquias de la armada de Gaboto, pasaron de San Vicente à Santa Catalina, disponia el Emperador proseguir el descubrimiento del Rio de la Plata. Y porque la monarquia española se hallaba exhausta con los excesivos gastos de la guerra, y falta de medios para equipar nuevas armadas, se puso la mira en D. Pedro de Mendoza, gentil hombre de cámara, mayorazgo de Guadix, caballero principal, el cual habia militado en Italia y enriquecido en el saco de Roma. Como á poderoso y valido, confirió el Emperador el título de Adelantado del Rio de la Plata, con decorosas condiciones, y privilegios honoríficos.

La armada que se dispuso con esplendor y lucimiento, sobresalía casi sobre cuantas surcaron los mares para la conquista de Indias. Dos mil y quinientos españoles, y sobre ciento y cincuenta alemanes la componian, segun algunos autores. Venia gente de distincion: treinta y dos mayorazgos, algunos comendadores de San Juan y Santiago, un hermano de leche del Emperador, llamado Carlos Dubrin, y Luis Perez de Cepeda, hermano de la esclarecida virgen, y seráfica madre Santa Teresa de Jesus. Todos venian á la conquista del *Rey blanco* ó *plateado*, que ideò la fantasia de Gaboto ó sus agentes, para adquirir nombre de grandes con la novedad del hallazgo.

A la conquista pues del *Rey blanco* se hizo en San Lucar á la vela, á principios de Septiembre de 1534, dejando á España llena de envidiosos y de esperanzas. Tuvo algunas aventuras en la mar, y con ellas al siguiente año embocò en el Rio de la Plata, y subió á la isla de San Gabriel, cuya incomodidad para establecimiento de poblacion, y desabrigo para reparo de la armada, precisò á buscar sitio mas ventajoso. Para lo cual despachó el Adelantado personas de confianza que eligieran en la opuesta rivera solar comodo para levantar la poblacion.

Los exploradores cortaron el Rio de la Plata, pasando á la már-

gen austral, casi en la derecera de San Gabriel, donde el terreno ofrece sitio ameno, delicioso, y de agradable perspectiva. Soplaban en la ocasion vientos frescos y apacibles cuya suavidad templò el bochorno de los exploradores; y porque Sancho del Campo, el primero que saltó en tierra, dijo: *Qué buenos aires son los de este suelo*, se tomó ocasion para denominar el sitio: *Puerto de Buenos Aires*. Alegres con la oportunidad, pasó el Adelantado con su gente à la mârgen opuesta, donde en altura de 34 grados y medio de latitud, y 321 de longitud, principiò para tantos mayorazgos y comendadores, para tantas matronas y doncellas, una ciudad de chozuelas pajizas, puestas al amparo de la Emperatriz de los cielos y de la tierra, bajo la invocacion de *Santa Maria de Buenos Aires*.

Bien era necesario patrocinio tan poderoso para mantenerse en la vecindad de los Querandís, nacion entonces numerosa, que ocupaba las extendidas campañas que median entre Córdoba y Buenos Aires, y que se dilataba al sur hàcia el estrecho de Magallanes. No forman cuerpo de comunidad, ni reconocen superior sino en tiempo de guerra, en que eligen capitan, y obedecen à los cabos militares. Son de grande estatura, y alcanzan poderosas y robustas fuerzas: son guerreros afanados à su usanza, y diestros en despedir con certeza la flecha al blanco, y en tirarla por elevacion, para que caiga sobre la fiera que huye y sobre el enemigo que se les escapa. Son obstinados en los gentílicos ritos, y raros son los que se convierten à la religion cristiana.

Al principio usaron buenos términos con el español: ofrecian sin esquivez los frutos del país, y comerciaban amigablemente castellanos y querandis, manteniéndose en hermanable trato y reciproco comercio. Poco à poco retiraron los indios los víveres, y cometian algunos insultos, robando y matando à los que salian à forrage. Como à estas osadías no refrenó el castigo, los delinquentes volvieron à insultar à los españoles, y repetidas veces bloquearon à su modo la ciudad. Los castellanos con algunas salidas hicieron retirar al Querandí, pero tan poco atemorizado, que luego intentó nuevos acometimientos.

Juntò un cuerpo de milicia de cuatro mil combatientes, y puso su campamento cerca de un pantano à pocas leguas de la ciudad. Tuvo noticia el Adelantado, y destacó una compañía de trescientos infantes, y doce caballos para castigar al enemigo. Dirigian la faccion Perafan de Rivera, Francisco Ruiz Galan, Bartolomè Bracamonte, Juan Manrique, Sancho del Campo y Diego Lujan, con subordinacion à D.

Diego Mendoza, Almirante de la armada y hermano del Adelantado.

Salieron de la ciudad á son de cajas y clarines, y presentaron batalla al enemigo. De una y otra parte se peleò valerosamente. Del campo español faltó la flor y la nobleza:—D. Diego Mendoza, Juan Manrique, Bartolomé Bracamonte y otros. Diego Lujan, que se arrojò intrèpido á la densa multitud de querandis, salió arrastrado del caballo á la orilla de un rio, que denominò de su apellido, sirviendo en esta ocasion la desgracia á la celebridad del nombre que conserva hasta el dia de hoy el rio de Lujan.

Los Querandis, de los cuales murieron muchos, juntaron un cuerpo compuesto de Chanas, Charruas y Timbues, que se confederaron con los Querandis, para acabar con los nuevos pobladores. Acampados sobre la ciudad, la rodearon por todas partes, molestando á los españoles con repetidas irrupciones. Los de adentro con vigilancia y esfuerzo frustraban el ímpetu de los sitiadores, repeliendo á vivo fuego la debilidad de las armas arrojadizas. Los Querandis empeñados en la agresion, densaron el aire de flechas, en cuya extremidad arrojaban mechones de paja encendidos, los cuales cayendo sobre los techos de paja, le comunicaban el incendio. Fuè grande la confusion en los españoles: pero en los enemigos fuè grandísima la mortandad: ni podia menos, ofreciéndose ciegos á las balas que hacian mortal estrago.

Viendo los indios que no podian prevalecer contra el español, alzaron el sitio; y como antes habian retirado los viveres, se sintió en la ciudad el hambre, enemigo mal acondicionado, que no se ablanda con halagos, ni auyenta con amenazas. Cuéntanse excesos, en que la cristiandad tropieza, y se atraviesa el horror natural. Como estas desgracias llovian unas sobre otras, entristecian grandemente el corazon de todos, y principalmente del Adelantado, el cual profundò tanto sobre las miserias presentes y otras que se temian, que le faltó aliento para golpes tan pesados, y determinò dejar el gobierno á Juan de Oyolas.

La idea puso en ejecucion, y se embarcò para Castilla, mas lleno de melancolia, que no vino alegre á la conquista del *Rey blanco*. En el mar le recargò mas el humor melancolico, que le traia á la fantasia la muerte de su hermano, de tanta hidalguia, y la extrema miseria en que quedaban abandonados los vecinos del puerto, con impresion tan viva que no podia apartar de sí el objeto mismo de que habla. Sobre eso el hambre apretó en la nao, y se viò reducido á tan-

ta necesidad, que le precisò à comer carne infestada, que le ocasionó la muerte. Así acabò el año de 1537 el primer Adelantado del Rio de la Plata, tan desgraciado en los últimos periodos de su vida como feliz en los primeros.

§. IV.

GOBIERNO DE D. JUAN DE OYOLAS.

1537—1539.

Al siguiente año, segun se puede congeturar, murió Juan Oyolas su substituto. Era Oyolas caballero principal, buen cristiano, buen soldado, y buen capitan. Vino al Rio de la Plata con título de Alguacil Mayor, y superintendencia en los negocios del Adelantado. Enviado de este levantó el año de 1535 el fuerte de *Corpus Christi* sobre el Paranà, y prosiguió el descubrimiento de Gaboto, pacificando unas naciones con agrado, y castigando los Mepenes y Agaces que hicieron resistencia. Lambarè, é Yanduazubì, señores del terreno, en cuyos cantones se levantó despues la Asumpcion, se opusieron valerosamente, confiados en ciertas estacadas que dificultaban la entrada en sus poblaciones.

Juan de Oyolas no solo guerrero, sino humano, é inclinado à conmisericordia, les ofreció la paz, y ventajosos partidos en la amistad del español, y vasallage del Catolico Monarca. Pero ellos no dieron otra respuesta que una descarga inutil de flechas. Entonces Oyolas ordenó à los suyos que usàran las bocas de fuego para obligar à estos infieles à dar la paz, que no admitieron de grado. A los primeros tiros, se retiraron al fuerte de Lambaré, donde cercados instaron por las capitulaciones, las cuales otorgò Oyolas con tanta satisfaccion de los suplicantes, que estos admiraron la valentía de los españoles en vencerlos, y la clemencia de Oyolas en perdonarles.

Quedaron Lambaré é Yanduazubí con los suyos, tan prendados

del capitán de los españoles, que en adelante ministraban abundantemente los viveres, y ofrecían su milicia para las facciones militares; reparándose en los semblantes una alegría placentera, que manifestaba lisonjearse con la compañía de sus aliados. Ofrecióse castigar á los Agaces, y se juntaron hasta ocho mil, pretestando los Guaranís, que venían á defender sus confederados. Llevaban siempre la delantera con paso tan acelerado que el pequeño ejército español, no podía avanzar tanto en las marchas, sucediendo frecuentemente, que se tocaba á hacer alto, porque la gente de Oyolas se fatigaba en el alcance. Descubierta el enemigo, Lambaré é Yanduazubí se arrojaron tan resueltamente sobre los Agaces, que á casi todos mataron, sordos á los gritos de Oyolas, que voceaba inutilmente, inspirándoles clemencia con los enemigos.

Desembarazada la comarca, Juan de Oyolas dió principio á la construcción del fuerte, y lo consagró á la triunfante Asunción de Nuestra Señora: ó porque se empezó á 15 de Agosto de 1536, ó por particular inclinación de Oyolas á misterio tan sacrosanto. A esta ruda fortaleza podemos llamar ciudad incoada de la Asunción, cuyo principio atribuyen algunos al capitán Juan de Salazar, y su perfección al Gobernador Domingo de Irala. Está situada, según el Padre José Quiroga, en 25 grados y ocho minutos de latitud, y 319 grados y 41 minutos de longitud, sobre la margen oriental del Paraguay.

Construido el fuerte, continuó Oyolas su descubrimiento río arriba, y saltó en un puerto que denominó Candelaria, en la rivera occidental del Paraguay, al abrigo de la sierra Cuneyegná. Aquí comunicó con los Payaguás, señores del río, nación fementida y disimulada, que oculta la mayor alevosía que urde con el superior beneficio que alcanza. De estos indios tomó lengua Oyolas del rumbo que debía seguir para el Perú, fin de su jornada.

A 12 de Febrero de 1537, continuó el viage, dejando en guardia de los bergantines á Domingo Martínez de Irala, con obligación de esperarle seis meses: término tan perentorio para la espera, que ni antes de cumplirlo, podía retirarse, ni cumplido tendría obligación de aguardarle. Juan de Oyolas no proporcionó el tiempo con jornada tan dilatada, y se demoró más de seis meses; en los cuales fielmente le esperó Irala, y absuelto de la obligación, bajó al fuerte de la Asunción á rescatar viveres, y rescatados se restituyó á la Candelaria, para esperar á Oyolas, ó conseguir noticia de su paradero. Hizo esquitas diligencias con los Payaguás, preguntando y ofreciendo premios á los que le participaran noticias de su jefe.

Pero los infieles mas estudiaban en ocultar sus intenciones, que en manifestar el lamentable fin del capitan español. Porque cien Payaguás sin arcos ni flechas, en traje de comerciantes, se descubrieron á lo lejos, con deseo de sentar paces con los castellanos, manifestando con señas que les detenian los españoles ceñidos con sus armas. Entonces Irala ordenó á los suyos que las depusieran, velando sobre ellas para cualquier lance que pudiera ofrecer el disimulo de los comerciantes. Los cuales se acercaron al acampamento, y fingiendo que sacaban á la plaza las mercaderias, los unos se arrojaron sobre las armas de los españoles, y los otros se estrecharon con ellos.

Dieron principio al combate con horrible griteria, hiriendo con voces el oido y el ánimo con espanto. El capitan Irala, primero en desprenderse de sus agresores, empuñando espada y rodela, dió lugar al alferez Vergara, y á Juan de Vera, para desenvolverse de sus competidores. Los tres socorrieron los demas, que peleaban animosos cuerpo á cuerpo, embarazados con la multitud. Pero llevándolos ya de vencida, y recobradas las armas, salieron de celada otros Payaguás, parte por tierra, parte por agua en sus ligerísimas canoas, con ánimo de tomar los bergantines. Por tierra y agua fué grande la confusion, reñido el combate, y se peleó desesperadamente; pero al fin se declaró la victoria por los españoles. Entre los heridos, uno fué Irala, tan enagenado con el ardimiento de la pelea, que no reconoció su daño hasta que concluyó felizmente la fuga del enemigo.

Desengañado Irala de conseguir entre los Payaguás noticias, se alargó rio arriba con toda su gente. Un dia, poco antes de amanecer, se percibieron voces lúgubres, solicitando en lenguaje castellano la audiencia del capitan español. Fué traído el que articulaba estas voces, y puesto en presencia de Irala, habló de este modo. “Yo, Señor capitan, soy indio, de nacion Chanés, gente que habita unas altas cordilleras, á las cuales aportó el capitan Juan de Oyolas, quien me recibió por criado, pero me trató como hijo. Corridos felizmente los términos de los Samacosis y Sivicosis, naciones que le franqueron cuanto tenian, y situadas en las faldas de las cordilleras peruanas, dió la vuelta cargado de ricos metales, que le franquearon los indígenas, prendados de su benevolencia. Todos le recibian humanamente, y ofrecian para servirle sus hijos: de los cuales yo soy uno, que no quisiera haberle conocido, por no sentir el corazon traspasado con su pérdida.”

“Concluida la jornada, llegó al puerto de la Candelaria, y no hallando las naves, se paró por extremo triste. Las naciones de este gran rio acudieron con víveres; á todas excedió en obsequios la de los Paya-

guás, los cuales ofrecieron sus chozuelas para hospedaje, con tanto disimulo, que los españoles las admitieron agradecidos, y sin recelo se recostaron á descansar. Cuanto era mayor el descuido de estos, tanto fué mayor la vigilancia de los Payaguás para sacrificar á su furor los dormidos castellanos. El capitan Oyolas se ocultó entre matorrales, pero descubierto, murió blanco de sus flechas. Yo tuve la dicha de escaparme, ó porque su furor se extendió solamente á los españoles, ó porque mi miseria halló compasion en corazones de fieras." Asi habló el indio Chanes á Irala, el cual entristecido con tan funesta noticia, se restituyó á la Asumpcion, que contaba algunos habitantes venidos el año antecedente de 1539, con el capitan Juan de Salazar y Francisco Ruiz Galan.

Muerto Oyolas, feneció tambien el fuerte de *Corpus Christi*, monumento de su valor. Pero asaltados los Caracarás, indios de paz, por Francisco Ruiz Galan, quedaron tan sentidos que resolvieron vengarse. Para lo cual se confederaron con los Timbues, y juntando un cuerpo considerable de milicia, eligieron Capitan General de las tropas. No ha quedado nombre del gefe, pero sus artificios y engaños le pueden hacer memorable en los anales griegos. La substancia es, que ido á *Corpus Christi* habló en este tenor al capitan Antonio de Mendoza, teniente del fuerte.

"El aprieto grande en que se halla mi nacion, noble y valeroso Capitan, y la firme alianza en que Españoles y Caracarás vivimos, me pone á tus pies, para consultar el remedio que se debe aplicar á los males que nos amenazan. Habeis de saber que una nacion cruel y bárbara ha despachado sus embajadores con precision de intimaros guerra, y de no, amenaza meterla por nuestras tierras. El enemigo es formidable por naturaleza, y temible por el número excesivo de combatientes. Nosotros, si no vienen en socorro vuestras armas, nos hallamos débiles para la resistencia, y solo con ellas prometemos vencer al comun enemigo que pretende romper nuestra alianza." Con este artificio coloreó el capitan caracará su designio, y movió al teniente español á señalar cincuenta castellanos, á cargo del alférez Alonso Suarez de Figueroa, el cual pasó á incorporarse con los Caracarás en sus tolderías.

Poco antes de llegar se ofrecia un estrecho sendero que cortaba la espesura del bosque con rastros impresos de viandantes. Aquí fué donde los Caracarás que estaban en celada, acometieron al español, el cual resistió con valor, causando gran daño al enemigo: pero fatigados con la continua defensa, perecieron todos, menos un mozo llamado Calderon, que eludió el peligro con la fuga para mensajero de la desgracia. Los victoriosos Caracarás, en número de dos mil, como dice Centenera, ó de diez mil, segun Ulrico Fabro, corrieron impetuosamente pa-

ra asaltar á Corpus Christi. Quince dias duró el cerco, renovando en cada uno el asalto de los infieles, cuyo ímpetu fué valerosamente rechazado de solos cincuenta españoles: á los cuales al décimo-quinto dia socorrieron Diego Abreu y Simon Jaques Ramoa, capitanes de dos bergantines que venian casualmente del puerto á Corpus Christi.

Jugóse oportunamente la artilleria de los bergantines, y se dió lugar á que la soldadesca saltára en tierra para incorporarse á los sitiados. El combate fué muy reñido, porque la obstinacion peleaba en los bárbaros, y la multitud permitia que los fatigados alternáran con tropas de repuesto. Los españoles apuraban el aliento, peleando; y no pudiendo atender con tanto golpe de enemigos, un varon celestial, vestido de blanco y espada brillante en mano, se dejó ver sobre la frágil muralla infundiendo terror en los bárbaros, y poniéndolos en fuga pavorosa. Favor singular que los españoles atribuyeron al glorioso San Blas, en cuyo dia se consiguió tan señalada victoria. Desde entonces la gobernacion del Paraguay tributa obsequiosos cultos al Santo, reconocida á los grandes favores con que su Patron manifiesta propicio el poder de su abogacia.

Los españoles que sobrevinieron, desampararon el fuerte, y se embarcaron para Buenos Aires en los bergantines de Abreu y Ramoa. Pero estos y los porteños solo se juntaron para hacer un número crecido de miserabilísimos, próximos por el hambre á perecer. Se refieren de este tiempo casos semejantes á los que se cuentan de Roma en el cerco de Mario, y de Jerusalem en tiempo de Tito y Vespasiano. En tanta miseria y calamidad recibieron algun socorro con la venida de Alonso Cabrera, veedor del Rio de la Plata que trajo provisiones de boca y guerra para un año, y doscientos soldados con algunos nobles caballeros. Traia entre otras una real cédula en que á Juan de Oyolas se le confirmaba el título de Gobernador del Rio de la Plata, y en caso de fallecimiento Su Magestad concedia facultad de proceder á eleccion de Gobernador por pluralidad de votos.

No se arreglaron al cesareo mandato el veedor Cabrera y el teniente Francisco Ruiz Galan, los cuales partieron entre sí el mando de la provincia. Una cosa buena hicieron en su brevísimo gobierno, que fué pasar con casi toda la gente á la Asumpcion, donde los alimentos se conseguian sin escasez, y se lograban lúcidos intervalos entre la tranquilidad de la paz y los rebatos de la guerra. Publicóse en la Asumpcion la cédula del Emperador, y por pluralidad de votos fué electo Gobernador Domingo Martinez de Irala, noble vascongado, valeroso, ejecutivo, resuelto y determinado con fortuna. Era ambicioso y vano con extremo, y tenia un fondo de reserva que alcanzaban pocos.

GOBIERNO DE D. DOMINGO MARTINEZ DE IRALA.

1540—1542.

Elevado al mando, entendió en el desempeño del oficio. El fuerte mal murado erigió en ciudad: repartió solares, y señaló oficiales para las maniobras, con superintendentes que acalorasen las fabricas. Dió el primer lugar al templo, principal desvelo de los españoles, y se consagró á la triunfante Asuncion de Nuestra Señora. Para todo ayudaron los Guaranís amigos, tan escrupulosos en la obervancia de las capitulaciones, que excedian los términos de la obligacion, y tan obsequiosos en el agasajo de los españoles, que ofrecian sus hijas para el servicio, y con ellas pasaron la vida en concubinatos escandalosos muchos años.

Tucuman, provincia de la América Meridional situada en la zona templada, menos por la extremidad que toca con la torrida, corre norte á sud trescientas leguas, y doscientas de oriente á poniente. Parte términos con el Rio de la Plata y Paraguay, y por el oriente se dilata al poniente hasta las Cordilleras chilena y peruana: al sud deslinda con Buenos Aires en la Cruz Alta, llegando á confinar por este lado con la tierra de Patagones por las interminables campañas que le corresponden, y al norte se interna hasta las vecindades del Perú por el corregimiento de Chichas, y varias provincias de infieles que nunca subyugó el valor español.

Sobre el nombre Tucuman discurren variamente los etimologistas. Unos le hacen dición compuesta de *tuctu* que significa todo, y de la negacion *mana*: esto es “nada de todo”: añadiendo que con estas palabras respondieron al Inca sus exploradores enviados á registrar, si estas tierras eran fecundas en minerales. Otros afirman, que preguntando los soldados de Pizarro si en estos países se hallaba plata? respondian los indios no hay, *manan*; si oro? *manan*, tampoco. Entonces irritados los españoles dijeron: *tucumana*, *tucumantu*: “á tolo respondeis que no hay.” No se duda que semejantes casualidades bastan para la imposicion de nombres: pero en nuestro caso se descubre origen mas evidente, expresado en antiguos protocolos.

Al tiempo de las conquistas reinaba *Tucumanahaho*, cacique principal y Señor de Calchaquí. *Tucumanahaho* es dición compuesta de *Tucuman* nombre del cacique, y de *ahaho* que en lengua *Kakana*, usual en Calchaquí, significa pueblo: juntando las dos voces en una dición, significan "pueblo del cacique Tucuman". Esta inteligencia es conforme á la propiedad del idioma *kakano*, que incluye el nombre de los caciques reinantes en el de las poblaciones que señorean; como se vé en *Colalahaho*, *Taymallahaho* y otros; imitando en esto á los griegos, que decian, *Constantinopolis*, *Adrianopolis* &c.: propiedad que trascendia á otros idiomas de Tucuman, como se registra en la lengua *Tonocoté*, en la cual *gasta*, significa "pueblo" en las dicciones *Nonogasta*, *Sañogasta*, *Chiquiligasta*: y en la lengua *Sanabirona*, en la cual *zocat* tiene la misma significacion en *Chinzocat*, *Nonzocat*, *Anizocat*, *Sanumbuzocat*, pueblos de estos caciques.

La noticia de Tucuman, bajo de este ó de otro nombre, corria en el Perú con generalidad, y entre los conquistadores del Paraguay estaba muy valida la fama. No se sabia con distincion la cualidad del terreno, pero la codicia descubria ricos minerales que avivaban el deseo de emprender su conquista. Los Argentinos, desde el tiempo de Sebastian Gaboto, enviaron cuatro exploradores cuyo capitán era César, para registrar lo interior del país, y recibidos pacíficamente de los indios, penetraron hasta los confines del Perú.

Por el extremo opuesto, pasando á la conquista de Chile, tocó en los términos rayanos de Tucuman D. Diégo de Almagro el Viejo, héroe entre las mayores felicidades desgraciado, el cual se ofreció en el Cuzco, por via de composicion con D. Francisco Pizarro, á emprender la conquista de Chile, reino opulento con fama de riquísimo en minerales. Para lo cual juntó quinientos y cincuenta soldados, y llevó en su compañía al Inca Paullu, hermano de Manco Inca, y al sumo Sacerdote Vallacumú, personas distinguidas por su dignidad, que podian ser útiles para facilitar esta empresa. Caminaban en su obsequio quince mil indios peruanos, parte soldados y parte destinados al transporte de armas, municiones y bastimentos, bien instruidos del Inca en la comision de su empleo.

Con tan lucido acompañamiento se puso en camino el Mariscal Almagro, y desde el partido de Topiza, perteneciente á los Chichas, se desfilaron cinco españoles al país de Jujuy, cuyos moradores dieron muerte á tres, escapándose los otros dos á Topiza, donde dieron noticia del infortunio de sus compañeros. Irritado Almagro con la osadia de los bárbaros, destacó á los capitanes Salcedo y Chaves, con buen número de soldados é yanaconas para el castigo de los agresores. Los Jujuiños, que

sospecharon la venida de los españoles, se apercibieron para esperarle, y pelearon tan valerosamente que mataron muchos yanaconas, y apoderados del bagage, obligaron á Salcedo y Chaves á retirarse.

De Topiza avanzó el Mariscal al valle de Chicoana, jurisdiccion de Calchaquí, cuyos moradores le picaron la retaguardia; al principio con miedo por la ligereza de los caballos, y despues con resolucion denodada, jurando por el alto Sol que habian de morir, ó acabar con los extranjeros. Quiso Almagro detener el impetu de los agresores, cuando por la muerte de su caballo se halló en manifesto peligro. Empeñado en el castigo, destacó algunas compañías de caballos ligeros: pero ganando los calchaquíes la eminencia de la sierra, impenetrable á los caballos, burlaron las diligencias del valeroso caudillo.

Por este tiempo, de lo mas interior de la provincia hácia Capayan, perteneciente al valle de Catamarca, los indios convocados, y recelando caer en manos de los españoles, que ya se acercaban á Tucuman con sus conquistas, se internaron al corazon de Chaco, envueltos en un furioso huracan. Esta narracion recibieron los primeros conquistadores, de algun indio, y de ellos en pluma de antiguos escritores llegó á nuestros tiempos.

Entretanto el Gobernador Irala se desvelaba en asegurar la provincia, ya removiendolo, ya sugetando los indios. Castigò los Yaporús, cómplices con los Payaguás en la muerte de Oyolas. Subyugó los pueblos de Ibitruzú, Tebicuarí, Monday y otros del rio Paraguay. Ordenó que los habitantes de Buenos Aires, siempre expuestos á invasiones de Querandís, despoblado de puerto, subieran á la Asuncion. Pasó reseña de la gente de guerra, y halló seiscientos soldados: número considerable en aquellos tiempos para emprender alguna faccion decorosa. No tardó en ofrecerle un lance en que la sagacidad de Irala, y el valor de la milicia campearon con gloria.

Los Ibitiruceños, Tebicuareños y Mondaistas, puestos seis meses antes en sugecion, llenaban pesadamente el yugo del servicio, irritados con el mal tratamiento de los Asuncionistas que abusaban de ellos con crueldad y desprecio, tanto mas sensibles, cuanto era su paciencia mas sufrida, y su mansedumbre mas callada. Para vengarse discurrieron varios medios: uno les agradó sobre los demas, que fué meter en la ciudad crecido número de soldados, con pretexto de satisfacer la curiosidad, registrando la procesion de Semana Santa, el juéves en la noche. A cuyo fin habian desfilado á la ciudad ocho mil guerreros, con tanto disimulo, que los españoles no alcanzaron la traicion que se urdia contra ellos.

Pero lo que los amotinados procuraron ocultar, descubrió la casualidad por medio de una indiezuela que tenia ruin comercio con Juan de Salazar, y á la cual un pariente suyo reveló la ruina que amenazaba á la ciudad: advirtiéndole del peligro que corria, si prontamente no se ponia en seguridad entre los suyos. La indiezuela, ó porque deseaba continuar su mala vida, ó tocada de femenil compasion, inquirió con cautela algunas particularidades sobre el tiempo, lugar y modo con que se debia ejecutar el atentado.

A todo satisfizo el indio, y recibido con agradecimiento el aviso: “esperáme, le dice, que voy á casa. Madre soy, y es necesario poner en salvamento á un hijo que tengo, prenda de mis cariños. No te ausentes de aquí, espérame que ya vuelvo.” El indio aguardò á su parienta, y ella caminó presurosa á informar menudamente al capitan Salazar. Cargada de su hijuelo volvió á su pariente, y Salazar pasó la série de la narracion al Gobernador Irala.

Era Irala de juicio penetrativo, de pronto y sagaz acuerdo, proporcionando los medios á los fines, tanto en los casos no previstos, como en los que premeditaba. Al punto y sin dilacion ordenó tocar las cajas de guerra, y que el pregonero voceára, como un trozo de Yaporús venia marchando para tomar la ciudad: que los soldados desnudáran el traje de penitencia, y echáran mano de las armas: llamó á consejo á los caciques, con pretexto de consultar los medios para hospedar á los Yaporús.

Los caciques, que no recelaron descubierta su traicion, vinieron al llamado: asegurados con prisiones, y substanciada sumariamente su causa, fueron ahorcados los principales, casi á la misma hora que ellos tenian destinada para el exterminio de los españoles. Con el castigo de los mas culpados se mudó enteramente la escena, y los menos delincuentes admitieron el perdon que publicó Irala.

Desde este tiempo se gozó paz, y la poblacion tomó nuevo ser y esplendor, á influjo de su Gobernador, que fomentó los edificios, y repartió solares para alquerias, de cuyo beneficio pendia el surtimiento de viveres, que hasta entonces se rescataban de los confederados. Con este fomento se cultivaron las granjas, tantas en número, que visitando el año de 1595 el teniente Juan Caballero Bazan los pagos de Tapyperi, Capiata y Valsequillo, halló ciento cincuenta y tres granjas: y visitando el año de 1602 Hernando Arias de Saavedra los contornos de la ciudad, en distancia de seis para siete leguas hasta Capiata y Salinas, encontró 272 alquerías, 187 viñas, y en estas un millon setecientas y

sesenta y ocho mil cepas. Así los antiguos, como laboriosos, sabian utilizarse de la buena cualidad del terreno.

§. VI.

GOBIERNO DE D. ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA.

1540—1544.

Mientras Irala con prudente acierto promovía las cosas, fué provisto Alvar Nuñez Cabeza de Vaca con título de Adelantado. Era nacido en Xérez de la Frontera, avecindado en Sevilla, nieto de Pedro Vera, gran conquistador de la Canaria. Estimulado con el ejemplo de sus mayores, pasó á la Florida en la desgraciada jornada de Panfilo de Narvaez, con título de Tesorero real. La expedicion es célebre por infeliz, y nuestro héroe recomendable sobre todos por sus virtudes.

Este varon ilustre, pues, salió de San Lucar á 2 de Noviembre de 1540, con cuatro navios y cuatrocientos soldados, y al siguiente año abordó á la isla de Santa Catalina, de la cual en nombre del invictísimo Emperador Carlos V. tomó posesion por España.

De este puerto Alvar Nunez despachó la mayor parte de la gente por agua á la Asumpcion, á donde llegó sin memorable suceso, al frente de doseientos y cincuenta arcabuceros y ballesteros, veinte y seis caballos, y algunos isleños de Santa Catalina; cortando el camino por tierra, al principio por despoblados y soledades, y despues por varias naciones. Diez y nueve dias tardó en llegar á las primeras tolderías, que llaman de los Camperos, en los confines de Guayrá sobre el nacimiento del Iguazú, pero como el terreno era montuoso, se ganaba á fuerza de brazos, talando bosques que embarazaban el paso y obligaban al desmante.

Salieron despues á terreno despejado, pais de los Camperos, cuyos reyezuelos Añiriry, Cipoyay y Tocanguazú se esmeraron en el recibimien-

to del Adelantado, ofreciendo libremente bastimentos. Alvar Nuñez agradeció el donativo, y firmadas con ellos las paces, tomó posesion del terreno, y lo denominó provincia de Vera. Prosiguió su camino hasta caer al Iguazú, rio caudaloso. Aunque los habitantes eran por naturaleza feroces, poco hospitaleros y enemigos irreconciliables de los extrangeros, á los españoles recibieron humanamente, proveyéndoles de viveres en abundancia.

Los caballos hicieron ruidosa harmonia en su imaginacion, y porque temian su braveza, procuraron amanzar su ferocidad con miel, gallinas y otros comestibles que les ofrecian, rogándoles á que no se irritasen contra ellos, que les traerian comida copiosa. ¡Ingenua sencillez, compatible con la primera vista! Sosegados los caballos, los indios, las indias y los muchachos concurrían en grandes tropas á ver un animal que hizo temible la novedad, y pasada esta, deleitable su natural inquietud y alboroto.

Signió el Adelantado su camino, unas veces desmontando, otras esguazando rios, y aplicando el artificio de puentes. Dia hubo en que se levantaron diez y ocho para atravesar los frecuentes tributarios del caudaloso Iguazú. Entre tantos peregrinos objetos, suavizaban las penalidades que ofrecia el terreno árboles de altura desmedida, y corpulentos á correspondencia; pinos que se perdian de vista, tan gruesos, que cuatro hombres con los brazos abiertos no alcanzaban á ceñir la circunferencia; monos de varias especies, travesando juguetones de rama en rama, y saltando placenteros de árbol en árbol. A veces se desprendían por la cola, y pendientes al aire se ejercitaban en desgranar piñones, derribándolos al suelo para comerlos despues con descanso. Afán verdaderamente penoso, pero á veces sin fruto; porque cuando bajaban festivos á gozar el fruto de su laboriosidad, los puercos monte-es, que se ponen en celada, salen de sus guaridas, se arrojan sobre los piñones y con inalterable serenidad consumen las provisiones de los monos; los cuales, como hambrientos, ganan los pinos, y gritan inutilmente contra los consumidores de sus diarios alimentos: pero ellos sordos á quejas tan justas, continúan su ejercicio, hasta que consumidos los piñones, se ponen en celada para repetir segunda y tercera vez el asalto. Mas adelante se atravesó un cañaveral de cañas gruesas como el brazo, y en partes como el muslo. Los cañutos, unos depositaban gusanos largos, blancos y mantecosos, buenos para hartar el hambre, otros atesoraban agua buena y cristalina con que apagar la sed.

Poco despues encontraron con el salto del Iguazú, el cual tiene su nacimiento á espaldas de la Cananea, desde adonde, hasta descargar en el Paraná, corre mas de doscientas leguas: poderoso y rico con las aguas que le

tributan otros rios sobre sus márgenes oriental y occidental. En medio de su carrera se atraviesa una alta serranía, de cuya eminencia se precipita todo el impetu de su corriente. Sus aguas parte siguen su curso natural, parte azotadas contra los peñascos, se rarifican en sutil espuma, que elevada sobre la cordillera, forma argentada nube, en la cual reverberan los rayos solares con indecible hermosura. Objeto á la verdad delicioso, que imitando la reflexion del espejo, deja claros intermedios para admitir los rayos del sol y transfundirlos por la parte inferior con encontradas refracciones, que ofrecen la novedad mas peregrina á la vista.

Observado este portento siguió su curso el Adelantado hasta la Asumpcion, donde llegó el año de 1542. Su primer cuidado fué la religion cristiana. Convocó la clerecia y religiosos, y con gravedad de palabras dignas de la materia, puso en su noticia como el Señor Emperador Carlos V. descargaba su conciencia en la confianza que de ellos hacia en materia de religion, exponiendo la obligacion que tenian de satisfacer al Cesar, á su conciencia y á Dios, que habia depositado en el seno de su celo tantos millares de almas, que solo esperaban la industria de celosos Ministros, para salir de las fauces del abismo, y pasar por sus manos á la bienaventuranza. Convocó tambien los indios amigos, y en presencia de los clerigos y religiosos, les hizo un grave razonamiento sobre el negocio de su salvacion, encargándoles el respeto que debian á los Ministros de Dios, como embajadores suyos para enseñarles el camino del cielo.

Satisfechas estas obligaciones, entendió en los negocios del gobierno. Señaló á Domingo Irala, para que siguiendo el camino de Juan de Oyolas descubriera comunicacion con el Perú. “Andad le dice, seguid el rumbo de Oyolas: tomad noticia de las naciones para descubrir paso al Perú. La desgracia de aquel incauto capitan sirva de cautela á la vigilancia, para que la empresa no se malogre por arriesgada confianza. La extrema necesidad de la Provincia obliga á mejorar fortuna con la comunicacion que se pretende: ella es posible, pues ya la descubrió Oyolas, y por su desgracia, no llegó á nuestra noticia. Tentad pues todos los medios, que la facilitea, y volved con respuesta, que ensanche las esperanzas, y felicite nuestra fortuna.” Irala subió hasta la isla de Orejones, sentó paces con algunas naciones, adquirió noticias del rumbo que debia seguir para el Perú, y vuelto á la Asumpcion avivó las esperanzas de todos.

El Adelantado entretanto pacificó los Agaces, y sugetó al rebelde Tabaré, cacique feroz y guerrero, señor del Ipané. Tenia un cuerpo de milicia de ocho mil guerreros que componian tropas auxiliares de otros reyezuelos confederados. El sitio defendian tres palizadas de robustos

troncos que ceñían la circunferencia de la habitacion: á las entradas de las calles reparaban corpulentos maderos, y dificultaban el asalto con fosos y zanjones. Como el Adelantado era inclinado á la paz, brindó con ella á Tabaré, por medio de embajadores; á los cuales cruelmente quitó la vida, reservando uno para mensajero, al cual, “andad, le dice, andad á vuestro capitan, y referidle lo egecutado; añadiendo, que Tabaré no admite la paz, ni teme la guerra, y que espera hacer en batalla con los castellanos lo que deja egecutado con los embajadores.”

Irritado el Adelantado con la respuesta, resolvió castigar al rebelde Tabaré. Para el efecto nombró á Alonso Riquelme su sobrino con trescientos españoles y mil guaraníes auxiliares, con órden de ofrecer primero la paz, y no admitida, declarar la guerra. Tres veces convidó Riquelme con la paz á Tabaré, el cual dió nuevos indicios de obstinacion, asaltando el cuartel de Riquelme con tanto corage que causó algun daño la primera vez, y la segunda obligó á los españoles á retirarse, dejando en manos del enemigo la plaza de armas. Avergonzado el capitan español de los progresos de Tabaré, resolvió furioso sobre los infieles, y con muerte de 600 tabareños recobró la plaza de armas.

Para facilitar el asalto de la poblacion se fabricaron dos castillos de madera: constaban de tablazon, y eran portatiles con ruedas, sobre las cuales descansaba la maquina, que tenia una elevacion superior á las palizadas del enemigo, con algunos descansos en que eran conducidos los guaraníes flecheros y los arcabuceros españoles. Estaban repartidos por la frente y costados algunos reparos que servian á la punteria, sin peligro de ser ofendidos. Dividió Riquelme su gente en tres compañías. La una comandaba Ruiz Diaz Melgarejo, la otra el capitan Camargo, y el centro con los castillejos el mismo Riquelme.

Arrimó este las máquinas, y por el lado que le correspondia arruinó la estacada, y parte de su gente se arrojó dentro de la poblacion, manteniendo con mas vigor que ventaja la pelea. Al capitan Camargo oprimian los infieles con gran resistencia de los Ipanenses; pero socorrido del alferez Juan Delgado, rompió la estacada. Melgarejo por su parte corrió gran riesgo, pero con algun daño de los suyos venció la estacada, y se juntó á Camargo, y los dos ya victoriosos se unieron á Riquelme. Los tres juntos renovaron el combate, y retiraron el enemigo á un sitio, que podemos llamar plaza de armas, donde se trabó una muy reñida batalla, en que murieron cuatro mil tabareños: se hicieron tres mil prisioneros, muchos fueron heridos, los demas huyeron. Tabaré y otros caciques solicitaron la paz, y se les concedió con ligeras condiciones, que admitieron gustosos y cumplieron con fidelidad.

Concluida esta empresa se volvieron las armas contra los Guaycurús, nacion á ninguna inferior en barbarie, fronteriza de la Asumpcion, hácia la márgen occidental del Paraguay. Es gente altiva, soberbia y despreciadora de las demas naciones: guerrera por extremo, guardando inviolablemente el estilo de invadir cada año los países vecinos, no con deseo de enriquecer sino por adquirir gloria militar, y por hacer temible el nombre guaycurú. Como era antiguo uso suyo invadir cada año alguna nacion, en el presente intentaron meter guerra en tierras de guaranis amigos. Alvar Nuñez, por asegurar mas estos en su devocion, se mostró enemigo de sus enemigos, declarándoles guerra: para la cual señaló quinientos españoles, diez y ocho caballos, y crecido número de guaraní; y por cabos á Domingo Irala y Juan de Salazar, ambos expertos en las guerras contra indios.

Pasado el rio se siguió sobre la huella al guaycurú vagabundo, y un dia se adelantó tanto Alvar Nuñez con su gente, que vieron al enemigo cantar alegres endechas, provocando las naciones del orbe con desprecio. Música mal sonante, que irritó á los españoles y les obligó á presentar la batalla. “¿Quien sois vosotros (empiezan á gritar los Guaycurús) que osais entrar en nuestras tierras sin nuestro permiso?” Hallábase en el campo español Hector Acuña, cautivo algun tiempo entre ellos y que entendia su dialecto. “Hector soy, respondo, que vengo á tomar satisfaccion de los agravios hechos á los Guaranís, nuestros aliados.”—“En hora mala vengas tú, y los tuyos, replicaron, que presto experimentarás que no es lo mismo pelear con guaraní cobardes que con valerosos guaycurús.”

A las últimas cláusulas tiraron los tizopes del hogar, y empuñando las armas, dieron principio á la refriega, con griteria tan horrible que pusieron en fuga á los guaranis. Las voces acompañaron con densa multitud de flechas, que causaron algun daño en la gente del Adelantado; y aunque ellos lo recibieron mayor de la artillería, no se intimidaron los demas, que no perdieron pie de tierra, manteniendo con su valor la pelea. Pero lo que no obró el estrago de la artillería, consiguió el ruido de los cascabeles que pendian de los pretales de los caballos. La retirada del enemigo fué con orden, dejando muchos muertos en la campaña, y cuatrocientos prisioneros en poder de españoles.

Concluida felizmente la campaña, se restituyó á la Asumpcion el Adelantado, y trató á los prisioneros con grande humanidad, procurando con amor y cariño domesticar aquellas fieras. Significóles que en la presente guerra mas parte habian tenido los danos causados en los guaraní que su propension á hostilizar los vecinos: que ninguna cosa era mas conforme á su génio que la benignidad y clemencia, armas á

que daba el primer lugar, y finalmente, que deseaba la paz con los de esta nacion, y comunicar con los principales caciques, á los cuales mandó llamar con uno de los prisioneros.

Veinte y cinco vinieron, que puestos en presencia de Alvar Nuñez, y sentados sobre un pié, (bárbara ceremònia que prescribe su ritual, cuando celebran tratados de paz) tejieron largos anales de sus proezas y victorias, dando principio por las guerras que habian emprendido, y finalizando con las victorias conseguidas sobre los Guaranís, Yapinís, Agaces, Naperús, Guataes y otras naciones, de las cuales habia triunfado su valor con tanta prosperidad, que imaginaban ser invencibles: confesándose rendidos por guerreros mas esforzados, á los cuales era justo someterse, reconociendo superioridad en quien tuvo valor para vencerlos. Asi hablaron los ya humillados Guaycurús.

El Adelantado les propuso en pocas palabras la santidad de la religion cristiana, y necesidad de profesarla para salvarse. Ofrecióles la paz y sus armas contra los perturbadores de su nacion, con sola una condicion, de no hostilizar sus aliados y de ser amigos de sus amigos. Admitieron gustosos la paz, pero no la religion, cuya estrechez no hermana con una libertad que no conoce Dios, ni admite ley. El ejemplo de los Guaycurús imitaron otras naciones menos orgullosas, solicitando la paz por medio de embajadores. Pacificada la tierra, dispuso el Adelantado las cosas para la jornada del Perú, que era toda la esperanza de los conquistadores, animados con la noticia del oro y plata que publicó Irala despues que bajó del puerto de los Reyes.

Dispuesto lo necesario, por Setiembre de 1543, se dió principio á la jornada con cuatrocientos españoles, y mil y doscientos indios, vistosamente arreados en diez bergantines, y ciento y veinte canoas. Llegados al puerto de la Candelaria, que se halla en veinte y un grados menos un tércio de latitud austral, descubrieron seis Payaguás, deseosos de comunicar con el capitan de la armada: los cuales traídos á la presencia del Adelantado empezaron un largo razonamiento, cuya substancia es, que en poder de sus caciques, cuyos enviados eran, se hallaban mas de 66 cargas, rescatadas á fuerza de armas de los que fueron cómplices en la muerte de Juan de Oyolas: que dichas cargas eran conducidas á ombros de indios Chanes, y que si no tenian á mal esperar hasta el dia siguiente, gozarian la grande riqueza que su cacique arrebató de mane de los alevosos para restituirsela á su legítimo dueño.

Alvar Nuñez creió á los Payaguás, y esperó con inquieta solicitud uno, dos y tres dias á los Chanes. Como estos no vinieron, conoció que

era artificio y disimulo de los Payaguás, los cuales con pretexto de las fingidas cargas, urdian alguna traicion semejante á las pasadas. Por lo cual mandó llevar anclas, y proseguir la navegacion. Pero como no todas las canoas podian alcanzar los bergantines, y algunas quedaban atras, el fe mentido Payaguá logró la ocasion de hacer daño en los guaraní, y causó cuanto pudo con lijero castigo de su atrevimiento.

En el camino sentó el Adelantado paces con los Guatos, y Guajarapos que habitaban cerca de la isla de los Orejones, los Guatos á la izquierda, y los Guajarapos á la derecha sobre el mismo rio. Está situada la isla en medio del rio que se divide en dos brazos, casi en altura de diez y ocho grados hasta el décimo nono. Era habitada de los Orejones, así dichos porque se agujereaban las orejas y rasgaban tanto la parte inferior, que pendia con disformidad sobre los hombros. Su génio era tratable, humano y cariñoso, ejercitando con los estraños la hospitalidad. El alimento solicitaban del beneficio de la tierra que cultivaban con prolijidad, y se puede creer que miraban tambien al divertimento y recreo. Los antiguos describieron la isla como vergel y paraíso: los modernos no descubren cualidades tan ventajosas, pero el tiempo y falta de cultivo es capaz de convertir un ameno paraíso un erial infecundo.

Habitaban en sus márgenes muchos indios, gente pacífica, mas propensa á beneficiar la tierra que ejercitada en las armas. Vestian el traje de la inocencia, adornando su natural desnudez con piedrezuelas de color azul y verde, con que empedraban narices y orejas. Tenian idolos de horrible aspecto.

Aquí se adquirió noticia de la nacion Xaraye ó Sarabe, que habitaba rio Paraguay arriba, en distancia de sesenta leguas de los Orejones sobre las márgenes del rio. Dividiase en dos ramos Parabazanes y Maneses, sugetos al supremo señor que se llamaba Manes. Si creemos antiguas relaciones tenian muchos pueblos, algunos de seis mil vecinos. Mas se aplicaban al beneficio de la tierra que al manejo de las armas: sin las cuales se hacian respetar, ya por el número crecido de individuos, ya tambien por el concierto de su república.

Empezóse el descubrimiento por tierras, pero como era mucha la espesura de los bosques, el mismo guia perdió el tino y desmayaron los ánimos. Con esto el Adelantado se bajó al puerto de los Reyes, en la isla de los Orejones, donde halló que los paisanos, inducidos por los Guajarapos, intentaban sorprender á los españoles: pero descubierto el artificio de su tramas, fueron aprisionados los caciques principales, y por la humanidad del Adelantado reducidos todos á paz. Como en la expedi-

cion se demoraron mas tiempo del que se imaginó, escasearon los víveres, y para conseguir algunos de las naciones, señaló el Adelantado al capitan Gonzalo de Mendoza, con órden de comprarlos por justo precio sin ofensa de sus dueños.

El capitan Gonzalo se puso en camino con veinte y cinco españoles y sesenta indios, y llegado á los Jaramicosis, que le hicieron resistencia, usó con ellos las armas, y los puso en huida. Discurrióse por la poblacion, y llegando á la plaza se descubrió una fuerte palizada de robustos troncos, que permitian por algunos claros el registro de una serpiente, de figura y magnitud extraordinaria. Era monstruo largo veinte y cinco pies, corpulento á correspondencia. El color atezado, menos hácia la cola, donde alternaban varios colores, vivísimos en su especie. Era cuadrada la cabeza, ancha y rasgada la boca, de la cual sobresalian cuatro gandes colmillos. Los ojos pequeños, pero de viveza centellante. Manteníase de humana carne, especialmente de los cautivos que aprisionaban los Jaramicosis en las continuas guerras con otras naciones. Hízose blanco de las balas y flechas, y azotándose contra el suelo, y dando silvos espantosos, acabó desangrado sus dias el monstruo de la tierra.

Con esto dió vuelta el capitan Mendoza, y poco despues llegó Hernando de Rivera, enviado del Adelantado, con un bergantín, y cincuenta españoles para seguir el rumbo de poniente, y penetrar lo interior del pais. Veinte y un dia caminó por agua y tierra, avanzando en las jornadas, segun permitia la espesura de los bosques: sucediendo á veces que apenas se caminaba una legua, que primero se desmontaba con imponderable teson. Llegó á los Travasicosis, entre los cuales se hacia concepto de lo precioso, colgando por vanidad piezas de oro y plata de las orejas y labio inferior. Tomóse lengua de ellos, y se supo que di-taban tres jornadas los Paizunaes, que comerciaban con los españoles del Perú, y que en su pueblo se hallaban algunos de ellos.

Alguno de los compañeros de Hernando de Rivera es el inventor del famoso Paitití, por otro nombre imperio del Gran Mojo. Es el Paitití, un riquísimo imperio situado mas allá de los Xarayes, en la derecera del Dorado, origen, como algunos falsamente creen, del rio Paraguay. Está dicho imperio aislado en medio de una gran laguna, cuya circunferencia ciñen montañas de inestimable riqueza. Los edificios son todos de piedra blanca, con division de calles, plazas y adoratorios. Del centro de la laguna se levanta el palacio del Emperador Mojo, superior á los demas en grandeza, hermosura y riqueza. Las puertas del palacio defienden leones aherrojados en cadenas de oro; los aparadores y bajillas tambien de oro sirven á la grandeza y ostentacion del monarca.

Estas y semejantes invenciones publicaron los antiguos, y renuevan los novelistas del Gran Mojo, aquellos sobre la fé de un testimonio primeramente escondido, y despues honrado con la luz pública, y estos sobre el dicho de los antiguos. Pero leidos los que tocan este punto, y enterado de la geografia del terreno, se vé que el Paitití es un imperio fabuloso, que no tiene cabida en toda la América, y que sus inventores no merecen elogio mas honrado que él de soñadores. Restituido Hernando de Rivera al puerto de los Reyes, donde el Adelantado y su comitiva le esperaban, se restituyeron todos á la Asuncion, la cual se convirtió en teatro funestísimo; porque los oficiales reales sentidos contra el Adelantado trataron de vengarse de un hombre que merecia estatua por su rectitud, justicia y cristiandad. Incierto es que papel hizo Domingo Martínez de Irala en esta tragicomedia. Unos le hacen cabeza, otros complice, mientras que Rui Diaz de Guzman le libra de toda nota. Lo que no admite duda es, que el contador Felipe Cáceres, y los oficiales reales Garcia Venegas, Alonso Cabrera y Dorantes, con muchos caballeros y plebeyos, se fueron por Abril de 1544 á la casa del Adelantado, y clamando: *Viva el Rey, y muera el mal Gobierno*, le aprisionaron, y asegurado con grillos le metieron en la cárcel de los malhechores, dando libertad á muchos á quienes sus delitos tenian en su merecido lugar.

El baston del gobierno se entregó á Domingo de Irala, de quien escribe Rui Diaz de Guzman que se hallaba actualmente tan enfermo que ya habia recibido todos los sacramentos: motivo porque reusó el cargo, temiendo en semejantes circunstancias embarazarse en negocio tan ruidoso. Pero añade el autor, que estando ya oleado, fue sacado á la plaza para empuñar el baston. Narracion que da fundamento para creer que Irala fingió la enfermedad que no tuvo, y que Rui Diaz, como nieto, por liquidar la inocencia del abuelo no reparó en la inverosimilitud de las circunstancias con que vistió su elevacion al gobierno.

El Adelantado toleró diez meses el rigor de la prision, con paciencia tan cristiana que no desplegó sus lábios para la queja. Los leales al Rey (nombre entonces odioso) se ausentaron á los montes, donde vivieron algunos meses con increíbles penalidades. Algunos fueron ahorcados, pagando su lealtad con pena capital de infames. Solo el delito gozaba inmunidad, y á todos era lícito cuanto licenciaba la autoridad, codicia y lujuria. A la milicia se indultó libertad para todo arrojo, autorizando sus desafueros contra los indios, á los cuales enteramente se desamparó, permitiéndoles juntar á las obligaciones de cristianos, ritos de gentiles.

Pasados los diez meses acordó Irala despachar el Adelantado á la corte. Con él se embarcó el veedor Cabrera y el tesorero Vanegas. Lope Ugarte pasó con título de agente de Irala. El bergautin se hizo á la vela, y entrado en alta mar combatieron los elementos cuatro dias al frágil vaso sin esperanza de tranquilidad. Todos temian la muerte, especialmente los reales oficiales á quienes atormentaba la mala conciencia. Atribuyendo la tormenta á superior causa, y al castigo que les preparaba la divina justicia, confesaron públicamente su delito, y arrojados á los pies de Alvaro Nuñez le quitaron los grillos, publicando los falsos testimonios que habian jurado contra él.

Determinaron restituirse luego á la Asumpcion para reponer en sus honores al Adelantado, por cuya inocencia militaba el Cielo: y así lo ejecutáran, si Pedro Estopiñan, primo del Adelantado, no les animára á proseguir la navegacion. En efecto se continuó con prosperidad. Mas los oficiales reales, libres ya del mar y de sus tormentas, tomada otra determinacion, presentaron en el Real Consejo de Indias los autos contra el Adelantado. Pero, mientras ellos procuraban oprimir al inocente, Dios castigó severamente á los culpados. Garcia Vanegas murió repentinamente y Alonso Cabrera enloqueció de pesadumbre.

Al tiempo que la divina justicia castigaba los calumniadores de Alvar Nuñez, la humana en revista de autos justificó sus procederes, y honró los últimos años de su vida con el ejercicio de Oidor en la audiencia de Sevilla. Fué el Adelantado uno de los hombres mas juiciosos de su siglo: recto, prudente, entero y de sano corazon. Celoso de propagar la fé entre los infieles, y rigido observador de costumbres arregladas entre los cristianos: con los pobres piadoso, con los infieles benigno, y fuerte con los desreglados. A los ministros del Altísimo obediente, al Rey fiel, y á Dios temeroso. Prendas que no bastaron á hacerle respetable á la fortuna perseguidora de hombres grandes. La Florida lo cautivó con inhumanidad, la Asumpcion lo aprisionó con infamia; pero en una y otra parte fué egemplar de moderacion, mas respetable entre los indios de la Florida, que entre los españoles de la Asumpcion.

SEGUNDO GOBIERNO DE D. DOMINGO MARTINEZ DE IRALA.

1545—1556.

Mientras se decidía la causa del Adelantado, en el Paraguay la disolucion y el desgarró de costumbres eran grandes. Los indios se aprovecharon de la oportunidad, y en número de quince mil sentaron su campamento en la vecindad de la Asumpcion. Irála les salió al encuentro con trescientos españoles y mil indios auxiliares, y tomándole en medio los enemigos que peleaban desesperadamente, rompió con la caballería á los infieles con tanto estrago y terror, que muertos dos mil amotinados los demas se arrojaron ciegamente á la huida, y se refugiaron á una poblacion reparada con estacas.

Siguióles Irala, y rota la estacada entró espada en mano haciendo terrible mortandad en los sitiados, de los cuales la mayor parte se refugió á Carobia, pueblo de mayor fortificacion y último asilo de su mala fortuna. Porque sitiándolo Irala, vencidas algunas dificultades que impedian el asalto, entró con su gente en Carobia, y mató muchos indios: los vivos se huyeron á Hieruquizaba, hasta donde los siguió el victorioso Gobernador, y con muerte de muchos, sugetó los demas, quienes se ofrecieron tributarios. Con esto pacificó Irala la tierra, y lleno de marciales glorias se restituyó á la Asumpcion, y se concilió las voluntades de los conquistadores, repartiéndoles encomiendas de indios.

Convocó la milicia, y manifestó su determinacion de descubrir paso al Perú. “Pero que adviertan, les dice, que no les obliga á seguirle, y que solo pretendia entrar por su gusto en el empeño: que los trabajos eran grandes, y pedian gente animosa y esforzada: que no seria conforme á decoro empezar el descubrimiento y caer de animo en las dificultades antes de fenecerlo. Con este razonamiento encendió á los suyos, y se ofrecieron casi todos á la expedicion.” Escogió trescientos y cincuenta españoles, y mas de tres mil guaraníes, y se embarcaron en doscientas canoas y siete bergantines, á fines de 1547.

Irala no tuvo suceso memorable hasta Xarayes, donde fué humanamente recibido del supremo Manés. Informóse del camino para el descubrimiento que intentaba, y supo de los prácticos, que el camino por tierra, tirando al poniente era mas seguro. Tomó guías de la misma nacion, y llegó á los Sibirís, gente quieta y pacífica, que recibió amigablemente á los españoles, y surtió de bastimentos. Los Peiseños, Maigüeños, y Carcocies hicieron resistencia: pero debaratados á los primeros encuentros, dejaron libre el paso hasta el Guapay, rio tributario del Mamoré: y avanzando en las jornadas, llegaron á unos indios situados á la fálda de las cordilleras Peruanas, los cuales recibieron con agrado á Irala, y saludaron en castellano á los españoles.

¿Quiénes sois vosotros?, le preguntó el Gobernador, y ¿qué nacion es la vuestra?—“Indios somos del Perú, respondieron, cuyo señor es un Viracocha sustituto del capitan Peranzurez, glorioso fundador de Chuquisaca.” Aquí Irala inquirió curiosamente sobre el estado presente del Perú, y revoluciones de Gonzalo Pizarro. A todo satisficieron los indios, y el Gobernador Irala procuró ganar la voluntad del Presidente Gasca, enviando embajadores hasta Lima, ciudad de los Reyes. Dos eran los principales puntos de su comision: el primero, suplicarle que señalára Gobernador del rio de la Plata en nombre de Su Magestad: el segundo, ofrecer su pequeño ejército para acabar de sosegar los tumultos del Perú.

El Presidente Gasca, que tenia madurez juiciosa, y penetraba altamente el fondo de los corazones, recibió con aparente agrado los embajadores, pero recelando que si aquella gente envejecida en tumultos entraba al Perú, alborotaria mas los humores de aquel enfermizo cuerpo, le respondió agradeciendo la oferta, y alabando su fidelidad: méritos que no olvidaria para representarlos á la Cesarea Magestad, de que podia esperar premio condigno á sus servicios. Palabras á la verdad de político, que contenian mucho artificio y cumplimiento, y ninguna solidez, disimulando con ellas el ánimo adverso al gobierno de Irala, y nombrando por la via reservada para gobernador del Rio de la Plata al fidelísimo D. Diego Centeno, que á la sazón se hallaba en el distrito de Chuquisaca.

Tuvo noticia Irala, y valiéndose de un confidente suyo, que despachó al camino, robó los pliegos al portador, y le mató á puñaladas. Tales monstruos engendraba en aquellos tiempos el Paraguay, y por medios tan injustos se abrian camino para empuñar el baston. Mientras volvian los embajadores, retrocedió á los Cercosis, temiendo que la soldadesca le desampararia, retirándose al Perú. Dos meses

se detuvo entre los Cercosis, esperando los embajadores, cuya tardanza ocasionó algunos disturbios. La comitiva de Irala suspiraba por volverse á la Asumpcion, y persistiendo el Gobernador en aguardar sus enviados, fué depuesto, y el baston entregado á Gonzalo de Mendoza, al cual prometieron obediencia en su vuelta á la Asumpcion. A pocas jornadas se arrepintieron de la eleccion, pues llegados á Xarayes le depusieron del empleo, y reeligieron á Irala, pidiéndole perdon de la desobediencia, y prometiendo sujecion y rendimiento.

Los Xarayes se portaron tan finos con los españoles, que despues de año y medio restituyeron cuanto sobre la marcha les encomendó Irala, el cual aceleró su vuelta á la Asumpcion, inquieta en tiempo de su ausencia. Porque Francisco de Mendoza su teniente echó voz que el gobernador era muerto, coloreando la novedad con la falta de noticias en año y medio, añadiendo que en fuerza de la cédula del Emperador Carlos V, se podia proceder á nueva eleccion. Sobornó los votos de los conquistadores, y juntos en cabildo, les propuso, que muerto Irala podian elegir nuevo gobernador por pluralidad de votos, mientras la Cesarea Magestad señalaba otro para el gobierno: protestando que él estaba ageno de poder mantener el baston del cual hacia dejacion ante todos, besánlole primero con reverencia para que de sus manos lo pasáran á las del mas digno.

Así habló Francisco de Mendoza, disimulando la ambicion que le dominaba, como lo mostró luego que fué electo Diego Abreu, caballero principal de Sevilla; pues que, juntando algunos parciales suyos, intentó restablecerse en el gobierno, y prender á Abreu; el cual le previno á él, y aprisionado le sentenció á muerte. Poco antes de morir confesó Mendoza, que por altísimos juicios de Dios pagaba con aquel género de suplicio un delito cometido en aquel dia, matando su muger. y un capellan compadre suyo por ligeras sospechas de que maculaban su honor con ilícita correspondencia. Muerto Francisco de Mendoza, quedó Abreu con el gobierno hasta que llegó de su jornada Domingo Martinez de Irala, cuya presencia serenó los civiles tumultos.

Tucuman por este tiempo era el objeto á que anhelaban los Argentinos y Peruanos, aquellos por abrir paso al Perú, y estos al Rio de la Plata. Estimulaba á los Peruanos una vaga noticia que corrió de que el Rio de la Plata tenia su nacimiento en la laguna de Bombon, formando sus principales brazos del Apurimac y Jauja; noticia en que la credulidad anduvo con mas ligereza que exámen, y creida, estimuló los Peruanos al descubrimiento del Rio de la Plata por la via de Tucuman. Contaba muchos pretendientes la conquista, entre los cuales

en calidad y méritos sobresalian Diego Rojas, Felipe Gutierrez y Nicolas Heredia, sugetos hábiles para nuevos descubrimientos.

Tenia á la sazón la regencia del Perú Vaca de Castro, poco antes victorioso contra Diego Almagro el Mozo en la célebre batalla de los Chupas. De la paz que empezó á gozar el imperio peruano, é inacción de la milicia tumultuante, receló mayores males que de la guerra. Motivo que le obligó á divertir los ánimos en nuevas conquistas, señalando gefes á diversas provincias en que tenia puesta la mira, y la fama de riquezas brindaba para la empresa.

Para Tucuman nombró á Diego Rojas natural de Burgos, noble y honrado caballero, capitan experto y afortunado, constante en los trabajos y sufrido en las adversidades. Militó en la conquista de Nicaragua con valor y crédito; acompañó con increíble magnanimidad á Pedro Anzures en su célebre entrada á las montañas, y con título de capitan se halló en la batalla de Salinas al lado de Francisco Pizarro contra los Almagros; y de orden de Vaca de Castro se apoderó de Jauja y fortificó á Guamanga por los realistas. Grande en todo, Rojas era acreedor de grande premio, y este le asignó Vaca de Castro en la conquista de Tucuman. Para lo cual alistó trescientos soldados, flor del valor peruano, ejercitados en la milicia y acostumbrados á grandes trabajos.

El coronista general de las Indias, Antonio de Herrera, dice, que Vaca de Castro nombró á Felipe Gutierrez Capitan General de la conquista, á Diego Rojas Justicia Mayor, y Maestre de Campo á Nicolas Heredia. No hay duda que Felipe Gutierrez era merecedor de esta y otras distinciones mas gloriosas. Nacido en la villa de Madrid, se hizo digno con varios servicios de la conquista de Veragua. La empresa no correspondió á las esperanzas, ó por falta de fortuna ó por sobrada desgracia. Pasado al Perú militó á favor de D. Francisco Pizarro con título de Capitan General en la batalla de Salinas, y tuvo el honor de tomar en ancas de su mula al Adelantado Diego de Almagro, prisionero de Alonso de Alvarado en la decisiva batalla de los Chupas. Pero tantos méritos no igualaban á los de Rojas, ni se juzgaron bastantes para preferirle en el cargo de Capitan General.

Lo cierto es, que ambos eran merecedores de este destino, ambos hábiles para la conquista, y á los dos equivoca Herrera con el título de compañeros, y los honra con el de capitanes; sin distinguir quien dirigia las operaciones, y si de dos voluntades distintas procedia una sola determinacion. Rui Diaz de Guzman hace á Gutierrez cabo subalterno, y la capitanía adjudica á Diego Rojas; esto mismo con-

firman algunos instrumentos antiguos, firmados de los primeros conquistadores, archivados en Santiago del Estero, que no hacen mencion de Felipe Gutierrez, y solo se acuerdan de Rojas: el cual, junta ya la milicia, dejó la mayor parte á Felipe Gutierrez, y él con solos sesenta hombres se adelantó á Tucumanaho en el valle de Calchaquí, y de allí á Capayan, jurisdiccion de Catamarca.

Era señor de Capayan un cacique arrogante y presumido, vano despreciador del egército de Rojas, contra el cual salió con un cuerpo de 1500 guerreros armados de arcos, flechas y un atado de paja en las manos, y ordenó á los suyos tejer sobre el haz de la tierra un cordon con los manojos de paja que llevaban prevenidos para la operacion. El lo dijo, y ellos lo ejecutaron con prontitud, y vuelto el altivo cacique á Rojas y á los suyos: "ningun español, dice, ninguno pase los términos amojonados: los efectos de mi indignacion y de mi justo enojo experimentará el que de allá pase á esta parte de la señal que divide y separa ambos egércitos, y la una de la otra nacion.

Entonces Rojas en breves términos explicó la comision que tenia del Monarca español de pasar adelante, sentando paces con todas las naciones, y dándoles á conocer el verdadero Hacedor de todas las cosas. Comision á que no podia faltar, ni desistir de su empeño por ninguna dificultad. Que él y su gente venian de paz, y no se les podia negar el paso á las naciones que quisiesen participar el bien que se les ofrecia. Que si intentaba embarazarle el egercicio de su comision, sabria con las armas abrirse camino, castigando severamente el atentado de recibir con guerra declarada á quien entraba solicitando la paz. Que el pequeño número de sus soldados no era para despreciarlo: pues valia cada uno por muchos, y estaban acostumbrados á vencer con menos, multitud mas numerosa que la de los Capayanes.

Mientras duró el razonamiento de Rojas, los indios rodearon los españoles, y empezaron á disparar flechas. Pero á las primeras bocas de fuego que se dispararon, huyeron precipitadamente, y poco despues por medio de embajadores solicitaron la paz y ofrecieron homenaje. Entre los Capayanes se detuvo Rojas algun tiempo, mientras venia Felipe Gutierrez, á quien despachó diez de sus soldados con órden de acelerar la marcha á Capayan, donde se conseguian sin escasez los bastimentos. No faltó uno, como muchas veces sucede, que intentó malquistar á Gutierrez con Rojas, fingiendo dolo en los procederes de este. Pero Gutierrez que era muy cristiano, "no permita Dios, dijo, que de caballero tan honrado me persuada intenciones tan reservadas

como de él se publican, solo con el fin de malquistarnos y de embarazar la conquista.”

Juntó Gutierrez á Rojas, se avanzó por los Diaguitas al país de Macaxax, territorio de los Juries, que eran muchos en número: gente valerosa y esforzada, los cuales se opusieron á los españoles, pero con tan poca constancia, que á los primeros fusilazos desampararon la campaña.

Irritados con la mala fortuna del primer encuentro, convocaron tropas auxiliares y con las flechas teñidas en veneno presentaron segunda vez la batalla, con tanto empeño, que tres dias sostuvieron el combate, hasta que rotos y desordenados, se huyeron, dejando muchos cadáveres en el campo. Un buen lance lograron sus armas, que por él solo pueden llamarse victoriosas; porque herido Diego Rojas con una flecha, la herida al principio no dió cuidado porque obró remisamente: poco á poco se declaró mortal, y últimamente con suma violencia arrebató con temprana muerte y universal sentimiento al primer conquistador y capitán general de Tucuman.

Es verosímil que los españoles se persuadiesen que entre los indios estaba en uso algun específico contra el veneno de las flechas, y para descubrirlo hirieron levemente á un indio prisionero, y de intento se le dejó libremente buscar el antídoto. El indio cogió dos yerbas, cuyos nombres y calidades no han llegado á nuestra noticia: la una liquidó en zumo, y lo tomó por la boca, la otra aplicó majada á la parte lesa, y con esta diligencia amortiguó el veneno, y no le permitió obrar con la violencia y mortales agonias que violentaron la vida de Diego Rojas.

A petición de este gefe tomó el baston Francisco de Mendoza primer intruso al gobierno de la provincia. Era Mendoza suspicaz y caviioso, y temió que Felipe Gutierrez y Nicolas Heredia, provistos en segundo y tercer lugar para el gobierno por el Presidente Vaca de Castro, podrian algun dia quitarle el baston, que no tenia mas firmeza que la intercesion, y súplicas de un medianero ya difunto. Como hombre y como apasionado descubrió culpa en la legitimidad del derecho de los dos, y resolvió castigarla mandandolos prender por medio de sus parciales. Ninguno de los dos habia intentado novedades, ni dado muestra de displicencia en el gobierno de Mendoza: pero la mala conciencia aborrece la luz, hace temible las sombras y abre paso á sus intentos con culpables atentados.

Felipe Gutierrez se soltó de las prisiones, y con seis amigos se huyó al Cuzco, donde incorporado á los realistas contra Gonzalo Pizarro, cayó en manos del tirano Pedro Puelles, y coronó los últimos dias víctima de fidelidad en Guamanga. Nicolas Heredia compró su libertad con la renuncia de su derecho á la capitania, jurando que no reconoceria otro gefe que á Francisco de Mendoza. Asegurado este en el gobierno, emprendió nuevos descubrimientos, y despachó á diversos rumbos algunas compañías, á las cuales no acaeció cosa memorable, y aunque adquirieron noticias vagas de oro y plata, se despreciaron por su incertidumbre. Con esto se convirtieron los ánimos al Rio de la Plata, y tomado el camino de la sierra la cortaron por el valle de Calamochita hasta caer al Rio Tercero, que mas adelante se llama Carcarañal.

Sobre la costa de este, tirando al oriente, siguieron las marchas hasta la ribera occidental del Paraná, último término de sus pretensiones: donde á poco rato descubrieron por el magestuoso Paraná crecido número de canoas, que vogaban hácia la ribera en demanda de los nuevos huespedes: á los cuales el cacique que comandaba las canoas, en lengua castellana preguntó:—¿Qué gente erán? ¿quienes eran? ¿y qué buscaban?—“Amigos somos, respondieron los españoles, que venimos de paz, con deseo de adquirir noticias de los castellanos que estan por acá.” Preguntó el cacique:—¿“Quien era y como se llamaba el capitan de aquella gente?” Y oido que se llamaba Francisco de Mendoza, respondió alegre:—“Huelgome en el alma, Señor Capitan, que seamos de un mismo nombre y apellido, porque los mismos tengo yo tomados de un noble caballero que reside en el Paraguay, que fué mi padrino de bautismo: mire pues, Señor, lo que se ofrece, que le serviré gustoso, y proveeré con abundancia.”

Alegres los españoles con el encuentro de los indios, se detuvieron algunos dias sobre la embocadura del Carcarañal, esperando á Nicolas Heredia con los caballos que seguian lentamente los pasos de Mendoza. Algunos interpretaron siniestramente la tardanza, persuadidos que maliciosamente se demoraba en las marchas. Entre tanto Mendoza costeó el Paraná, y enderezando al norte, llegó á una barranca, en cuya eminencia descubrió una cruz de superior elevacion. Adoróla con profundo acatamiento, y despues de él, los españoles. Al besar el pedestal se observó un letrero, que decia: *Cartas al pié*. Cavaron, y se halló en una botija una carta de Irala, que manifestaba el presente estado de la provincia, previniendo á los pasajeros de qué naciones debian cautelarse, y en cuales podian tener confianza.

Con estas noticias determinó Mendoza, sin esperar á Heredia, proseguir por tierra su camino hasta la Asumpcion. Pero atajado á las trece jornadas, de inundaciones y pantanos, retrocedió en busca de Heredia, de quien tuvo noticia que se hallaba en el pais de los Comechingones. Llámase Comechingones los indios que habitan la serranía de Córdoba, tomando la denominacion, en lengua Sanabirona, de cuevas subterranas que habitaban: fábricas algunas mas de la naturaleza que de humana industria, y no pocas tan proveidas, que en lo interior estan socorridas de aguas, que destilan de las paredes, como se ven hoy dia en la Achala. En este sitio se demoró con su gente tomando descanso, mientras los caballos, imposibilitados á proseguir por falta de herraje, se recobraban. Frañcisco de Mendoza lo llevó á mal, y depuso á Heredia del cargo, substituyendo en su lugar á Rui Sanchez de Hinojosa; y lo sintió tan vivamente Heredia, que apadrinado de algunos amigos, mató á puñaladas á Hinojosa y á Mendoza, mandando publicar que los difuntos usurpaban la real jurisdicción y eran transgresores de las órdenes de Vaca de Castro.

Removidos los émulos, se alzó con el gobierno, y confirió título de Maestre de Campo á D. Diego Alvarez, jóven intrépido, arrebatao, bullicioso y turbulento. El mismo Heredia, antes de apacible génio, y condicion suave, asumpto al empleo de capitan, se hizo caprichoso é insufrible á los suyos. Hubo de ambas facciones palabras de mucho sentimiento, y al nuevo capitan se le digeron indecorosas verdades sobre la imprudencia de su gobierno y caprichosa tenacidad con que insistia, contra el dictamen comun, en continuar el descubrimiento, cuando suspiraban todos por la vuelta; apercibidos de que esta provincia era mas fértil de trabajos, que rica en minerales de oro y plata. Sobre lo cual le hablaron con tal resolucion, que temiendo mayores alborotos tomó la vuelta del Perú.

En Sococha, lugar célebre en los Chichas, se consiguieron noticias confusas del estado del Perú, á la sazón dividido en bandos por los disturbios de Gonzalo Pizarro. Al principio balanceó la fidelidad contrapesada de la codicia, inclinándose al partido de mayor conveniencia y utilidad. Pero Gabriel Bermudes los inclinó al de los realistas, prometiendo obediencia á Lope de Mendoza, à quien perseguia Francisco Carabajal, capitan de Pizarro. “Eran por todos, son palabras del Inca Garcilaso, ciento y cincuenta hombres casi todos de caballo:” gente valerosa, dispuesta à sufrir y pasar cualquiera necesidad, hambre y trabajo, como hombres que en mas de tres años continuos, descubriendo casi seiscientas leguas de tierra, no habian tenido un dia de descanso, sino

trabajos increíbles, fuera de todo encarecimiento. Algunos murieron en servicio del Rey, otros repitieron la entrada à Tucuman.

Provisto Diego Centeno al Gobierno del Rio de la Plata, instado de sus amigos, pasó à Chuquisaca para solazarse algunos dias, y despedirse de sus familiares. Algo discuerdan los autores sobre el motivo; pero convienen en referir fatales pronósticos que le anunciaron los indios de su encomienda, y confirmaron los Charcas. El tenia ocultos èmulos, y debió recelar alguna sorpresa traidora à su vida, y elevacion al gobierno del Rio de la Plata; pero despreciando supersticiones de vanos agoreros, llegado à Chuquisaca, entre los regocijos de un convite tragó un bocado de ponzoña que le quitó la vida al tercer dia. Con su muerte perdió el Rio de la Plata uno de los mas expertos y prudentes capitanes de que se pueden gloriarse las Indias: fué sentida y llorada de los hombres de buena razon, pero no de Irala que se consideró asegurado en el gobierno.

Coadynvò su pretension la temprana muerte de Juan Sanabria, caballero rico, natural de Medellin, el cual sentó el año de 1547 con el Emperador Carlos V. varias capitulaciones, si le conferia la capitania y baston de la provincia del Rio de la Plata. Muerto el padre se le dió à su hijo Diego Sanabria el titulo de Adelantado el año de 1749, pero ocupado en liquidar dependencias del padre difunto, no vino à tomar posesion del empleo, viéndose precisado à despachar los navíos à cargo del capitan Juan de Salazar, antiguo conquistador. La armada zarpò de San Lucar à principios de 1552, y llegó con felicidad à la isla de Santa Catalina, y puerto de Pato, en cuya ensenada naufragó el navío del capitan Becerra, cayendo su gente en mano de indios feroces, de cuyo poder los librò el venerable Padre Leonardo Nuñez, varon apostólico de la Compañía de Jesus, en la provincia del Brasil.

La gente de los otros navíos, abanderizada en civiles discordias, parte siguió al capitan Salazar à San Vicente, donde confederados con los Portugueses estuvieron casi dos años: pero no esperando de su trato progresos considerables, vinieron por tierra à la Asuncion, y condujeron el primer ganado vacuno que pastò las dehesas del Paraguay, y despues multiplicó interminablemente. Otros siguieron al capitan Hernando Trejo, y fundaron una colonia entre la isla de Santa Catalina y la Canõnea, sobre el desaguadero del rio de San Francisco. La colonia fué de brevísima duracion y consistencia, pero le hizo célebre el nacimiento del ilustrísimo Trejo, honra despues de la religion seráfica, y merítísimo Obispo de Tucuman. Al año se recogió

toda la gente con su ínclito fundador á la Asumpcion, cabeza de la Provincia. Vióse en poco tiempo el Gobernador Irala con un número de vecinos: Nuffo Chaves recogió la gente que tenia Centeno para traer al rio de la Plata; y Juan Salazar y Hernando Trejo se vinieron con la que condujo la armada del Adelantado Diego Sanabria. Por otra parte Estevan Vergara, procurador suyo en la Corte, promovió la causa del tio, y le consiguió la confirmacion en el gobierno. Mientras esta llegaba, el capitan Juan Romero, de su órden, fundó una colonia sobre el rio de San Juan, tributario del rio de la Plata en la derecera de Buenos Aires, sobre la márgen opuesta. Solo contò de duracion quatro meses. Mayor subsistencia tuvo la villa de Ontiveros que fundó el capitan Garcia Rodriguez de Vergara el año de 1554, sobre la márgen oriental del Paranà, à corta distancia de su cèlebre salto en Camiadeyù, perteneciente à Guayra.

Efectuada esta fundacion, llegó á Irala la confirmacion en el Gobierno en la Armada de Martin Urue, y recibió varias cédulas concernientes á varios puntos. En una de ellas le permitia la Cesarea Magestad repartir encomiendas de indios, y repartió veinte y seis mil capaces de tomar armas. En otra le ordenaba arreglar el derecho municipal con acuerdo de hombres capaces y expertos: y lo dispuso con tanta cordura y prudencia, que muchos años se gobernò el Paraguay, en lo político y militar, por su arreglamiento. Abrió escuelas para instruccion y enseñanza de la juventud, señalando maestros para cultivar las plantas delicadas, dèciles en los primeros años à recibir buenos documentos, y fructificar á su tiempo.

Todo conspiraba al aumento y felicidad de la provincia del Rio de la Plata: y para que ninguna cosa que conduce al establecimiento de una república cristiana se deseàra, llegó en la Armada de Urue el Ilmo. Fr. Pedro de la Torre, prelado de caràcter tan superior, que la religion seráfica con nombre de Pedro, y la de predicadores con el de Tomas, se lo apropiaban en las obras de sus coronistas. Años àntes el Ilmo. Fr. Juan de Barrios, religioso observante del seráfico Padre San Francisco, à 10 de Enero de 1548, habia erigido en Aranda de Duero, el obispado del Rio de la Plata con cinco dignidades, Dean, Arcediano, Chantre, Magistral y Tesorero: pero estando en Sevilla para embarcarse, le llamó Dios á la gloria.

A la sombra de sus dos cabezas, eclesiástica y secular, se prometia la Provincia toda felicidad: pero minoró esta considerablemente la temprana muerte de Irala, que sucedió verosimilmente el año de 1556. Entendia actualmente en los ejercicios de piadoso y cristiano

Gobernador, á impulso de su devocion. Al monte habia salido à buscar madera para levantar una capilla à Nuestra Señora, patrona de la ciudad. Trabajaba personalmente, y acaloraba los oficiales con su presencia, palabras y ejemplo. Del afan y ejercicio se le encendió una maligna fiebre, que obrando ejecutivamente, al septimo dia privò la Provincia de su gobernador, à la Asumpcion de su padre, y à la milicia de su experto capitan. El llanto fué universal, dando muestras de sentimiento aun sus émulo, que no negaban las buenas dotes de Irala, superior à todos en el talento de gobierno. Los deslices de los primeros años borraron sus operaciones en los últimos períodos de su vida.

§. VIII.

GOBIERNO DE D. GONZALO DE MENDOZA.

1556—1557.

Poco antes de su muerte nombrò para el gobierno à Gonzalo Mendoza, sujeto pacato y de buenas cualidades: la mas sobresaliente fué fomentar las disposiciones de su antecesor, el cual habia despachado à Rui Diaz Melgarejo y Nuflo Chaves, para plantear dos ciudades, una en Guayra, y otra en el territorio de Xarayes. Melgarejo subió hasta la embocadura del Pequirí, y levantó una poblacion que llamó Ciudad Real, al oriente del Paraná, bajo del trópico de Capricornio, à tres leguas de la villa de Ontiveros, cuyos moradores trasladò à la nueva ciudad.

Nuflo Chaves revolvía pensamientos mas altos. La felicidad con que habia gobernado algunas operaciones militares le inspiraban alzarse con la gente que comandaba para levantar provincia independiente del Rio de la Plata. Despues de haber castigado felizmente los Tupís y Tobayarás brasileños, y sugetado los indios Peabiyú, sublevados por Catiguará famoso hechicero, enderezó à Xarayes, y de cuando al poniente cayó en los términos de los Travasicosis, que

llamamos Chiquitos, por la pequeñez de sus casas: indios feroces y guerreros, à los cuales despachò embajadores, convidàndoles con la paz. Pero ellos los mataron, y segun se dice en un requerimiento jurídico, se los comieron. Convocaron sus milicias, y presentada batalla, fueron vencidos, causando algun daño por el veneno de su flecheria.

Atemorizada la soldadesca con la idea del veneno, empezó à tumultuar y requerir à Nuffo Chaves que tomara la vuelta de Xarayes, para fundar entre ellos, segun la instruccion del Gobernador. Y porque Chaves perseverò en su determinacion de pasar adelante, los indios, que eran dos mil y quinientos, con la mayor parte de los españoles se volvieron à la Asuncion, quedando solo sesenta para proseguir el descubrimiento. Con ellos avanzò Chaves al Guapay, rio que nace de la serranía que cae al poniente de Mizqui, y despues de formar un semicírculo, descarga en el Mamorè. Del Guapay cayó en los llanos de Guelgorigota, donde se encontró con Andres Manso, que por la via del Perú entraba con lucida compañía de soldados en aquel país. Altercaron los dos capitanes sobre los puntos de derecho, y sometieron la causa al juzgado de la Audiencia de Chuquisaca, donde los dejaremos litigando hasta encontrarlos en otra parte.

Sosegado el imperio peruano, el Presidente Gasca mirò la conquista de Tucuman como principal egercicio de su empleo y corona de su comision. Por lo menos es preciso confesar que la tuvo presente para premiar à Juan Nuñez de Prado, faccionario de Pizarro con la capitania de Tucuman, dándole poderes honoríficos, y facultad de alistar cuantos quisiesen militar à su obediencia y mando. Solos ochenta y cuatro le siguieron, algünos de los que vinieron à la conquista con Diego de Rojas, como consta de la raseña que se hizo en la imperial villa de Potosí ante el licenciado Esquivel: contra el cual uno de ellos llamado Aguirre, quedó altamente ofendido, y resolvió vengar un justo castigo que se le diò, con una injusta muerte. Porque dejada la conquista de Tucuman, y la honrosa compañía de sus comilitones, buscò à su enemigo, y le siguiò de ciudad en ciudad, hasta que en el Cuzco lo matò à puñaladas.

Juan Nuñez de Prado, à quien varias dependencias detuvieron en Potosí el año de 1549, al siguiente despachó à su Maestre de Campo Miguel Ardiles, sugeto principal en esta conquista, con órden de combatir los feroces Humaguacas, rayanos del Perú y Tucuman hàcia el rio Jujui, que señoreaban el paso, y era necesario vencerlos para seguridad de los caminos. Ardiles tuvo algunas escaramuzas con ellos: los

fatigó con la caballería; los espantó con las bocas de fuego, y finalmente los obligó á despejar por entonces el paso.

A los dos meses Juan Nuñez de Prado salió de Potosí, y corriendo el país de los Chiriguana's: "Señor, le gritó una de las espías, enemigos se descubren, y sin duda vienen contra nosotros, pues la frente de su ejército endereza á encontrarse con la nuestra." Siguióse la marcha sobre el aviso, y se descubrió á D. Francisco de Villagra, que pasaba con gente para socorrer á D. Pedro Valdivia, conquistador glorioso del floridísimo reyno de Chile. No era Villagra de quien menos debía cautelarse Prado: pero un cínulo disimulado tarde se conoce, y rara vez se evitan sus artificios. Avistáronse los dos capitanes sin otro suceso por ahora que el de sembrar Villagra hablillas escandalosas entre los soldados de Prado. Dispartiéronse ambos para su destino. Villagra siguió el camino de Chile, y Prado el de Chicoana.

De Chicoana avanzó á Tucumanahao en el valle de Calchaquí, donde fué recibido con humanidad del cacique Tucuman, señor principal del valle. Este es el mismo que hospedó amigablemente á Rojas, y proveyó de bastimentos. Es creíble que fuera de génio pacato, inclinado á clemencia en cuanto lo permitía el natural belicoso de los Calchaquís; ó que por ocultos designios intentara alianza con la nacion guerrera de los españoles. Lo cierto es, que de acuerdo de Tucuman y Prado, se abrieron los cimientos de una ciudad, la cual antes de llegar á perfeccion se trasladó sobre el Rio Escaba, á cuatro leguas, donde años despues se planteó la primera ciudad de San Miguel. A la ciudad llamó Prado, Barco de Abila, pero fué de brevísima duracion y se restituyó otra vez á Tucumanahao, primera cuna de su nacimiento.

Desembarazado Prado de buscar sitio para el establecimiento de la ciudad salió á correr la campaña con treinta soldados para hacerse dueño del terreno: pero Villagra, que desde la Cordillera torció camino, dejándose caer en Tucuman, sorprendió á Prado, y se alzó con la conquista, intentando agregar al reyno de Chile esta provincia.

No es para omitido el derecho presunto que Villagra tenia á Tucuman, fundado en cláusulas del Presidente Gasca, que señalaba á D. Pedro Valdivia cien leguas tierra adentro, este oeste, por término de sus descubrimientos. Palabras que ampliadas á favor de los Chilenos, ocasionaron disturbios sobre el derecho á Tucuman: hasta que el Sr. Felipe II, en cédula de 29 de Agosto de 1563 deslinó las

dos jurisdicciones, declarando independiente de Chile la gobernacion de Tucuman.

Por ahora Villagra se alzó con el mando y se apoderò de los instrumentos que gozaba la ciudad del Barco, de su independendencia. Pero como le llamaba Chile por el socorro de milicia que conducia, repuso en el ejercicio de capitan á Prado, obligándole á reconocer por superior á D. Pedro Valdivia, conquistador de Chile.

Protestó Prado quanto pretendia Villagra, fingiendo vasallage, y encubriendo los secretos del corazón hasta verse libre de su émulo. Pero luego que este tomó el camino de Chile, juntò el cabildo de la ciudad del Barco, y con un razonamiento patético que hizo, ponderando la injusta pretension de los chilenos en virtud de los títulos del Presidente, fué repuesto en el ejercicio de capitan, independiente de Valdivia. Al empleo diò principio, llamando á Tucuman el nuevo maestrazgo de Santiago.

Porque nombre tan lustroso no fuera sombra sin cuerpo, se aplicò Prado con teson increíble á los adelantamientos de la provincia, mas con suavidad que con el rigor y espanto. Conquistó la sierra y valle de Catamarca, los rios Salado y Dulce, los belicosos Lules y la mayor parte de los indios que despues se agregaron á Santiago; sin otro accidente digno de narracion, que enarbolar con piedad cristiana en las tolderias de indios el glorioso estándarte de nuestra salud.

Cuando este grande capitan disponia conquistar á Dios y al Rey nuevas gentes, tirando al poniente hácia la Cordillera, tercera vez se halló sorprendido por Francisco Aguirre, emisario chileno, que venia con título de Teniente de la ciudad del Barco, y crecido número de soldados para remover cualquier obice de su admision al gobierno. Prado era el único de quien podia temer resistencia, pero sorprendido inopinadamente por Aguirre, fué puesto en prisiones, y despachado á Chile. Apelò Prado á superior tribunal, donde fué declarada su inocencia, y ordenado que fuese repuesto en el gobierno de Tucuman. Pero aunque tuvo la honra de ser reelegido, no vino á empuñar el baston, prevenido de la muerte ò por otro motivo que no llegó á mi noticia.

Muy pronto conociò Tucuman la falta de su valeroso conquistador. Los Calchaquis se inquietaron, y las demas naciones, antes pacificas, tumultuaron haciéndose temibles al español. El mismo Aguirre entró en recelos de poca seguridad en aquel sitio, y pasó la ciudad del

Barco sobre el Rio Dulce, mudàndole el nombre en el de Santiago del Estero, por un estero que allí hace el rio. Está sita en 28 grados escasos de latitud y 315 de longitud, segun el mapa de la provincia que se estampò el año de 1732. El temperamento es ardiente y seco. El terreno es poco apetecible, y está rodeado de espesos bosques, principalmente de algarrobos, que ministran sustento á sus habitantes. En otro tiempo fué Santiago asiento de los Sres. Gobernadores y Obispos, però hoy dia es un puro esqueleto de ciudad, sin lustre, sin esplendor, ni formalidad en lo material.

En medio de tanta miseria Juan Diaz de la Calle señala á Santiago *un escudo*, la mitad de él con una cruz colorada en campo de oro, el hueco de ella lleno de perlas, en lo bajo ondas del mar; y en la otra mitad, un tigre de oro rapante en campo azul, y al rededor de dicho escudo ocho cabezas de aguilas, y encima la figura de Santa Ines, abogada de la ciudad. Si este escudo se concedió á la ciudad de Santiago, serviria mas á la vanidad que á la relacion de la figura con el objeto figurado. Fuera de que, habiéndose este concedido, como dice el autor, el año de 1537, esto es, diez y seis años antes de su fundacion, se hace inverosimil el hecho.

Lo cierto es que los conquistadores no descubrieron minerales de oro, ni conchas de perlas, sino tanta miseria y laceria, que luego que Aguirre fué á Chile á sosegar los tumultos originados por el alzamiento de los Araucanos, parte tomaron la via de Chile, parte la del Perú, abandonando la conquista por la poca utilidad que prometia. En ausencia de Aguirre quedó con el título de teniente Juan Gregorio Bazan, primer tronco de los nobles Bazanes que honran con su sangre aquella provincia. Pero en la ocasion presente, como los españoles fuesen pocos y los indios muchos, y estos amotinados, bastardeó de sus nobles pensamientos y desamparara la provincia, si Miguel Ardiles no le recordara el alto nacimiento que le ennoblecia, y la gloria que de su permanencia podia seguirse á la magestad divina y humana. Movido de estas razones prosiguió en el ejercicio de su empleo, y se previno para sosegar los Saladinos confederados con otras naciones.

Con pocos soldados salió el teniente Bazan á buscar los amotinados que eran muchísimos y los deshizo, y con muerte de muchos sujetó los demas, y obligó á dar la paz. Bien conoció Aguirre desde Chile la debilidad de la milicia tucumanesa; y acordándose que era padre, destacó para Santiago algunos soldados á cargo de su sobrino Rodrigo de Aguirre que venia con título de Teniente. Pocos meses tu-

vo el gobierno de la provincia, porque preso por los parciales de Prado, fué puesto en su lugar Miguel Ardiles, nombrado por Francisco Villagra. De manera que los conquistadores de Tucuman se dividian en tres parcialidades: unos reconocian á Francisco Aguirre por gobernador legítimo: otros á Villagra, que tenia interinamente el baston de Chile: y los terceros á Prado, cuya venida inutilmente esperaron sus parciales.

Estas civiles discordias arruinàran la conquista sino llegàra el general Juan Perez de Zurita, nombrado por D. Garcia Hurtado de Mendoza, en cuyas manos entrò el gobierno de Chile. Era Zurita natural de Xerez de la Frontera, caballero noble, tratable, humano y bien conocido por sus hazañas militares, en el Perú contra los Pizarros, y en Chile contra los Araucanos:—prenda que le conciliaron la voluntad del gobernador Chileno, y le merecieron el gobierno de Tucuman. Venido á la provincia, en los principios fué feliz, infausto y desgraciado en los fines. Al nuevo maestrazgo de Santiago mudò nombre, llamàndole la Nueva Inglaterra, queriendo á lo que parece lisonjear al Señor Felipe II, rey entonces de la Gran Bretaña.

Fundó tres ciudades, la primera llamó Londres, Cañete la segunda, y Córdoba la tercera: las tres en el valle de Calchaquí, por contemplar á D. Juan Calchaquí, que le profesaba afecto, y contaba entre los poderes de su autoridad el allanar su gente belicosa, para admitir el vasallage de su íntimo familiar. Accion para Zurita no menos gloriosa que cuando al siguiente año con pequeño ejército sujetò los Diaguitas del Salado, los Juries del rio Dulce, los Catamarquistas y Sañoagastas, naciones que impacientes del yugo conspiraban á la ruina del español.

A todos rindió Zurita, obligàndoles á recibir leyes de quien, superior en las armas, los tuvo humillados á sus pies. Una ley entre otras les impuso que facilitaba su instruccion y enseñanza: que fué de congregar la dispersa multitud, derramada por la ribera de los rios y llanura de los valles, juntàndola en toldería para que los ministros evangélicos, sin tanto afán y mayor logro, pudieran doctrinarlos.

El Guelgorigota, que verosimilmente son los Llanos de Manso, entre el Pilcomayo al oriente, y el Bermejo al poniente, estaba en litigio desde el año antecedente en el tribunal de Charcas. Nuffo de Chaves, que acaso desconfió de la integridad del tribunal, buscò patrocinio en el superior gobierno de D. Andres Hurtado de Mendoza, virey del Perú y su pariente. Dos eran las pretensiones de Chaves: la

primera, que se le adjudicase el Guelgorigota, y la segunda fundar provincia, que hiciera cuerpo à parte y sin alguna dependencia del Paraguay. Uno y otro consiguió del Virey, el cual para autorizar mas la nueva provincia, diò el baston de ella à su mismo hijo Garcia Hurtado de Mendoza, y este sus veces y poderes à Nufflo de Chaves.

Mientras esto pasaba en Lima, en Guelgorigota Hernando Salazar, teniente de Chaves, prendió al capitan Andres Manso, y lo remitiò al Perú. Removido este, Nufflo de Chaves, con el fomento del virey, el año de 1560, cuarto despues de la muerte de Irala, que le despachó para fundar en Xarayes, desamparado de la mayor parte de los Asumpcionistas, pero engrosado con la milicia de Andres Manso, abrió los primeros cimientos de la Capilla en el país de los Penoquis, indios belicosos al poniente del Guapay, y al este de una punta de tierra poco elevada que sobresale de las cordilleras peruanas. La ciudad tomó nombre de Santa Cruz de la Sierra, que se extendió despues á la provincia, con ocasion de una cruz milagrosa que hizo un castellano, explicando à los naturales la virtud de esta señal, y exortàndolos à implorar las misericordias del Señor en sus necesidades.

Al principio los paisanos correspondieron al buen tratamiento de los Cruceños: eran humildes en el servicio, agradables en el trato, y prontos en pagar su moderado tributo. Pero luego, que los españoles los gravaron con exacciones, se alzaron, y con muerte de muchos castellanos se refugiaron à los montes, y apostataron de la fé recibida. Quince años subsistió la ciudad en su primer establecimiento, hasta que el año de 1575, de órden del Señor D. Francisco de Toledo, virey del Perú, se trasladó mas al occidente, y en la traslacion mudó nombre, llamàndose San Lorenzo, que es capital del obispado de Mizqui, por otro nombre Santa Cruz de la Sierra.

§. IX.

GOBIERNO DE D. FRANCISCO ORTIZ DE VERGARA.

1560—1565.

Mientras Nuflo de Chaves agenció y obtuvo la dependencia de la provincia de Santa Cruz, sucedieron en el Paraguay algunas novedades. Al año despues de la muerte de Irala, falleció su teniente Gonzalo de Mendoza, dejando en su muerte piadoso recuerdo de su prudente gobierno. Procediose á eleccion de nuevo gobernador, y en 25 de Junio fuè electo Francisco Ortiz de Vergara, caballero sevillano, de génio dulce y afable. Su gobierno al principio quieto y pacífico, entrado el año de 1560, fuè ruidoso: parte por los alborotos de Guaranís, parte por las novedades que intentó Nuflo de Chaves.

En compañía de los españoles que se apartaron de Nuflo de Chaves para la Asumpcion desde el pais de los Penoquis, vinieron algunos Guaranís cargados de las flechas envenenadas que arrojaban los Travasicosis, pensando tener en ellas una arma temible à los españoles y superior à las bocas de fuego. Como los ànimos venian abochornados con las molestias de jornada tan inutil, empezaron á conmoverse, incitados principalmente por Pablo y Narciso, hijos de Curupiratí, cacique respetable entre los Guaranís. Animaban sus palabras con vana ostentacion de las flechas, tejiendo arenga prolija de sus formidables efectos. La conjuracion fuè universal, pero no tan secreta que no llegàra à oidos del gobernador Vergara; el cual aprestò luego su milicia, y buscó al enemigo, que ya le esperaba con diez y seis mil combatientes, y otras tropas auxiliares que corrian la campaña y guarnecian los pasos ventajosos. Fueron varios los accidentes en diferentes encuentros y escaramuzas, preliminares à la batalla campal, que se dió y terminó à 3 de Mayo de 1560, con poco daño de los españoles, y mortal destrozo de Guaranís, acabándose el soberbio orgullo con que acometieron en fuga pavorosa con que se retiraron. Destacàronse algunas compañías para correr el país enemigo, mas con ánimo de ofrecer paz publicando indulgencia, que con designio de arruinarlos. En efecto admitieron la paz, pero me persuado que fuè

efecto del temor, y no de sinceridad, pues á pocos pasos renovaron los alborotos.

Aun no habia el Gobernador Vergara desamparado la campaña, cuando se presentó á su vista un indio, el cual: “yo soy, le dice, del Guayra, enviado del capitán Rui Diaz Melgarejo para que ponga en vuestra noticia que los indios se han amotinado, y que la ciudad de Guayra se halla en próximo peligro de perecer, si con la mayor brevedad que sea posible, no llega socorro de gente. Y porque no se ponga duda en mis palabras, he aquí la carta del capitán Melgarejo.” Dijo, y descuadrando el arco por la empuñadura, sacó la carta que contenia en substancia cuanto el mensajero relatò de palabra. Como el negocio era egecutivo, dispuso el Gobernador que Alonso Riquelme pasàra al castigo de los rebeldes. Casi dos años estuvo Riquelme en campaña: pero consiguió sugetar los amotinados en varios encuentros, y sosegado el Guayra, coronado de marciales glorias, se restituyó triunfante à la Asuncion.

No mucho despues llegó à la Asuncion Nuflo de Chaves para conducir su muger, sus hijos è indios de encomienda que eran mas de dos mil. Para conciliarse las voluntades tegió una fabulosa narracion de imaginarias felicidades, y relatò el encuentro de las riquísimas tierras, fecundas en minerales de oro y plata que con tantas ansias habian buscado. A sus voces se siguió la conmocion de la ciudad. El Gobernador Vergara, el Ilmo. Fr. Pedro de la Torre, el contador Felipe Càceres, el factor Pedro Dorantes, muchos principales conquistadores y gran parte de la nobleza con sus mugeres hijos è indios de encomienda, resolvieron seguir al conductor Nuflo de Chaves à la nueva provincia.

Efectivamente esta multitud, por la mayor parte gravosa y consumidora de alimentos, emprendió jornada tan dilatada con esperanza de mejorar fortuna, dividida en dos cuerpos, el uno por agua rio Paraguay arriba, y otro por la costa, arreglados àmbos por las disposiciones del Gobernador Vergara. Ellas sin duda fueron prudentes en prevenir los riesgos, providenciar bastimentos, atemperar las jornadas para tanta multitud, y conducirla felizmente hasta los primeros términos de la nueva provincia. Entrados en ella, Nuflo de Chaves; “à mi toca, dice, el mando de la gente y la disposicion de la jornada: el territorio que pisamos es de mi jurisdiccion, de mí han de salir las órdenes, y el arreglamiento de la comitiva es proprio de mi autoridad.”

Inquietóse el Gobernador tumultuó la comitiva, y de aquí en

adelante la confusion, el desórden, la infelicidad y desgracia acompañaron esta multitud de gente. Los unos se apartaban de los otros, y divididos en compañías tomaban diferentes rumbos, y morian de hambre, ó á manos de enemigos. Tres mil Itatines, que cautivaron para servirse de ellos, perecieron de necesidades y malos tratamientos. Los pocos que salvaron las vidas, fundaron una colonia á 30 leguas de Santa Cruz, á la cual, en memoria de su amada patria, llamaron *el Itatin*. El gobernador Vergara salió peor que todos, porque cayó en manos de Chaves, émulo poderoso, irreconciliable y cruel; fué remitido preso á la Audiencia, y se le opusieron ciento y veinte capítulos, parte falsos, parte verdaderos, unos de mucha, otros de poca consecuencia. Apeló al Consejo, y con su remision á España vacó el gobierno del Rio de la Plata.

§. X.

GOBIERNO DE D. FELIPE DE CACERES.

1566—1572.

A la vacante salieron muchos pretendientes, y á todos fué preferido Juan Ortiz de Zarate, sugeto hacendado y de crecidos méritos en las revoluciones del Perú: confiriósele el título de Adelantado del Rio de la Plata, con la condicion de pasar á España para impetrar la confirmacion. Mientras pasaba al Consejo, substituyó en el gobierno interino al contador Felipe de Cáceres, sugeto poco hábil para la substitucion; ruidoso, intrépido, ambicioso y poco morigerado. Con pretexto de reales intereses, habia inquietado la provincia, y prendido al Adelantado Alvar Nuñez. Presto le veremos echar en prisiones á su mismo prelado.

Por ahora Cáceres solo pensaba en restituirse á la Asumpcion con sesenta españoles, reliquias de la muchedumbre que salió en seguimiento de Chaves, el cual quiso acompañar á Cáceres hasta los últimos términos de su provincia. Pero sus delitos guiaban á este mal hombre al suplicio merecido. El declinó á la nueva colonia del Itatin, donde el

cacique le dió un macanazo, y dejó muerto al perseguidor de su nacion. Entretanto el general Cáceres proseguía las jornadas con el pequeño ejército que convoyaba al ilustre prelado, algunos sacerdotes, y á las mugeres y niños.

Pero como las naciones intermedias estaban alborotadas, cada paso costaba una pelea, y cada pelea una victoria. Los Itatines, los Payaguas y Guajarapós, en número de diez mil, se opusieron, y mientras los españoles combatian esforzadamente fatigándose con la tarea de pelear y matar enemigos, el Ilmo. Prelado con algunos sacerdotes y religiosos imploraban el auxilio del Cielo. Vencidos los infieles, se prosiguieron las marchas hasta la Asumpcion, donde entraron el año de 1569, al sexto año despues de salidos. Jornada verdaderamente inútil, que no produjo mas fruto que la deposicion del gobernador Vergara, la desgraciada muerte de Nuño de Chaves y unas infernales centellas que abrazaron la ciudad, como veremos adelante. Ahora referiremos otras que encendió la codicia en Guayra.

Despues que Alonso Riquelme pacificó los indios del Guayra, y se restituyó á la Asumpcion, el gobernador Francisco Ortiz de Vergara le nombró teniente de Guayra, y con sagacidad y artificio conservó en paz y tranquilidad la tierra, siendo libre á los españoles el registro del país. En las varias salidas que hicieron, dieron con ciertas piedras cristalinas, puntiadas de variedad de colores semejantes á rubines, ametistas, jacintos, zafiros y demas preciosidades. Críanse dentro de cocos de piedra, y cuando la naturaleza está para dar á luz el prodigioso feto, rompe con fragoso estallido el pedernal, convidando á los racionales á recoger aquel hermoso conjunto de aparentes preciosidades. No es frecuente este aborto: pero la antigüedad de los años, y el abandono de los indios en recogerlas, fué ocasion para que los castellanos encontráran porcion considerable.

Con ellas resolvieron caminar á España, pretestando reales intereses, y requiriendo una y otra vez á Riquelme por la licencia de irse. Riquelme, mas circunspecto que ellos, y menos crédulo á estas riquezas imaginárias, respondió que no desentendaria de los intereses reales, ni olvidaria sus utilidades; pero que seria prudente determinacion esperar la aprobacion de inteligentes lapidários, y no deferir tan ciegameute á fallaces apariencias. Desagradó tanto á los guayrenos la respuesta, que apriñaron á Riquelme, y emprendieron la navegacion. Riquelme dió parte á la Asumpcion, y fué despachado Rui Diaz Melgarejo para cerrar el paso á los fugitivos, y darles el condigno castigo. En efecto Melgarejo los alcanzó, y con indulgencia de la pena que merecian los delincuentes,

ganó amigos para desterrar al teniente Riquelme y usurpar para sí el gobierno de Guayra.

Los sucesos de Tucuman eran semejantes á los del Rio de la Plata: traiciones, alzamientos y opresiones injustas. Jamas Tucuman admiró eficacia mas operativa, ni justicia mas arreglada que la del general Zurita, cuyas proezas gloriosas llegaron á Chile, y pasaron á Lima á los oídos del Conde de Nieva. Este virey tenia ideado separar á Tucuman del gobierno de Chile; lo que se proyectó desde el principio sin mas efecto que proyectarse, y no ejecutarse hasta fines de 1560 ó principios del siguiente, señalando por gobernador al general Zurita, primero en la serie de los gobernadores.

No duró mucho tiempo en el gobierno, porque la ciudad de Londres, monumento primogénito de su generalato, negada la obediencia á ciertas órdenes suyas, pretendiendo substraerse de su jurisdicción, se querelló á Francisco de Villagra, gobernador de Chile, ofreciéndole obediencia, si le auxiliaba contra Zurita. Villagra, que deseaba retener en su dominio á Tucuman, nombró á Gregorio Castañeda capitán de un lucido trozo de milicia chilena para deponer á Zurita que actualmente entendia en fundar la ciudad de Nieva en el valle de Jujú, conocido entonces con el nombre de Xibixibe. Allí lo buscó Castañeda, y al extender las manos para exhibir los títulos de su independencia, otorgados por el Sr. Virey, el doloso engañador alargó las suyas, y apellidando la voz del Rey, con el auxilio de su gente, aprisionó al gran Zurita, Gobernador de la Nueva Inglaterra, vencedor glorioso de tantos indios, y fundador ínclito de tantas ciudades, por las cuales poco despues fué paseado en prisiones: Así la inestabilidad de fortuna injustamente abate los beneméritos, y levanta indignamente á los culpados!

No fuera pequeña gloria de Castañeda conservar los adelantamientos de Zurita: pero no supo promover la conquista, ni conservar lo conquistado. Antes del año se despoblaron las ciudades de Córdoba, Londres y Cañete, y poco despues la de Nieva. La ciudad de Córdoba experimentó mas vivamente el furor del Calchaquí. Sustentó con gloria tres asedios. En el primero, Castañeda rompió felizmente por medio del enemigo, y metió socorro de gente en la ciudad: el segundo levantaron los sitiados en una salida que hicieron contra los sitiadores: suceso en que tuvieron parte las matronas cordobesas, trayendo prisionera á la hija del cacique Juan Calchaquí: en el tercero, los infieles rompieron los conductos del agua y redugeron los ciudadanos á extrema miseria.

Los Cordobeses arbitraron diferentes medios que inutilizó la proxi-

midad y vigilancia del sitiador, y resolvieron desamparar la ciudad, abriéndose camino por un lado que mediaba entre las dos alas de los sitiadores. Lograran sin duda su intento al abrigo de la noche, si el importuno gemido de las criaturas no despertara los Calchaquí para dar sobre los fugitivos. Todos murieron á sus manos, menos seis con el Maestre de Campo Hernando Mexia Mirabal, que salieron á la ciudad de Nieva mensajeros de la triste desgracia sucedida en Córdoba, al cuarto año de su fundacion. Poco despues, de órden de Castañeda se despobló Lóndres y Cañete, cuyas reliquias por muchos años fueron monumentos de la desgracia.

Algunos notan á Castañeda de omiso, creyendo que con la gente que mandaba pudo no solo mantener en pié las ciudades, sino tambien humillar el orgullo del soberbio enemigo. Lo que no se puede dudar es, que sostuvo algunas campañas con felicidad, deshaciendo los ejércitos del Calchaquí, y reprimiendo su furor. En una ocasion le disputó la estrechura de un paso con muerte de muchos, empeñando con militar estratagemas al Calchaquí en sostener la batalla en campaña rasa, donde lo destrozó y obligó á retirarse. Corrió el valle con sus compañías ligeras, deshaciendo juntas, ocupando al enemigo en sus prevenciones, y cortándole los pasos. Se apoderó de Silipica, Yocabil, Aca-pianta y Deteyem, donde sucedió una cosa particular digna de narracion.

Los Deteyenses, siguiendo la costumbre de su nacion, escondieron las mugeres y párvulos, grémio embarazoso en la guerra. Fenecida la toma de Deteyem, avisaron los corredores que se descubrian señales de enemigo, que enderezaba la marcha hácia el acampamento español. Pusieronse todos en arma, y cuando la trepa estuvo en competente distancia, se descubrió una multitud de muchachos, que desfilados del lado de las madres, armados de arco y flecha, caminaban á defender sus padres, que suponian todavia en la refriega. Fueron recibidos con amor, y se premió su inocente atrevimiento con algunos doncellitos que les sirvieron de agasajo para la vuelta.

No obstante estos buenos sucesos, y otros que podia prometerse de su milicia veterana, resolvió Castañeda desamparar la provincia, y retirarse á Chile, lleno de confusion y envuelto en tristes presentimientos. El gobierno de Tucuman, á quien él llamó *Nuevo Extremo*, ceñido á sola la ciudad de Santiago del Estero, dejó al capitán Manuel de Peralta, á quien sucedió en breve Juan Gregorio Bazan, y á este, el año de 1561, Francisco Aguirre, nombrado por D. Lope Garcia de Castro, virey del Perú; el cual le entregó una real cédula de 1563, en que el Señor Felipe II separaba la provincia de Tucuman del reino de Chile, y la sometia al tribunal de Charcas.

Para promover la conquista, despachó á Chile al teniente Gaspar de Medina, sugeto recomendable por su valor, fidelidad y servicios en Chile y Tucuman, para conducir de aquel reino soldados con esperanza de pingues encomiendas. En efecto Gaspar de Medina juntó alguna milicia chilena, y con ella, su consorte y sus dos hijos, se restituyó á la provincia. Con este socorro el gobernador Aguirre metió en Calchaquí la guerra, destrozó al enemigo y puso yugo de servidumbre al rebelde, con una ciudad que levantó Diego Villarroel el año de 1565, casi en derecera del elevadísimo cerro de Anconquija, en llanura deliciosa y amena. La ciudad se llamó San Miguel, la cual subsistió muchos años en este sitio, hasta que se hizo necesaria su traslacion, parte porque muchos naciañ lesos en el órgano de la voz, que por acá decimos *opas*; parte porque se criaban en la garganta ciertos tumores, que se llaman *cotos*, que agravaban sobradamente y dificultaban la respiracion.

Fundada la ciudad de San Miguel, corrió el Gobernador la provincia, castigando rebeldes, y obligándoles á la paz é yugo del servicio. Publicó la jornada de los Comechingones, y paseó las armas victoriosas hasta su pais. Aquí adquirió noticias de tierras opulentas sitas al sud-oeste, que se empezaron á llamar Trapalanda, Césares y Patagones. Tan envejecida es la fábula, cuento antiguo del vulgo, que se renueva diariamente con fingidas novelas. En otra parte se acrisolará la materia: porque al presente provocan la atencion los malos efectos que produjo la narracion de los Comechingones sobre la Trapalanda. El vulgo militar se inclinó á la conquista de los Cesares: Aguirre por no desamparar la provincia en tiempo que se podian alterar los humores, resolvió dejar para otra ocasion la jornada de Patagones.

Aunque la determinacion del Gobernador fuese cuerda y prudente, indispuso los ánimos de los soldados, fáciles á tumultos y novedades. Diego Heredia, Juan Berzocana, Holguin y Fuentes, sugetos de mas resolucion que juicio, prendieron al Gobernador y á sus hijos con ignominia, deponiendo de sus empleos á los alcaldes, y repartiendo de su mano el baston de gobierno y las varas de justicia. Con esto el mando cayó en los principales fautores del motin, los cuales obraban con despotismo y permitian toda licencia á sus allegados. Al Gobernador Aguirre, oprimido de prisiones y cargado de autos, despacharon á la Audiencia de Chiquisaca. A su teniente, Gaspar de Medina, depusieron del empleo, y confiscaron sus bienes: viéndose en pocos dias á su familia opulenta en tanta necesidad, que se mantenía de limosnas.

Para colorear el alzamiento con capa de celo, resolvieron los amotinados fundar una ciudad en el país de Esteco, así denominado por un

cacique, señor del terreno, al tiempo de la conquista. Era el sitio cómodo, el terreno pingue y de meollo: el cielo benigno y de aspecto agradable: las aguas copiosas y saludables: la vecindad poblada de indios para el beneficio de la tierra, y máquinas para obrages de lana y algodón, que enriquecieron en un tiempo la ciudad. Creo se fundaria el año de 1567. Al principio contó solo cuarenta habitantes: pero su buen terreno, benigno temperamento y bellas calidades, llamaron mucha gente de otras partes, y la hicieron rica y populosa. Su ostentacion y lujo, segun dicen, subieron á tal punto, que los caballos cargaban herraduras de plata.

Pero, volviendo á los amotinados, ellos apuraban con vejaciones y malos tratamientos á los leales, y estos tibiamente esperaban el remedio á la opresion en que gemian inconsolables. No obstante, el auxilio estaba mas próximo de lo que ellos esperaban: porque Gaspar de Medina, depuesto ignominiosamente del oficio de teniente, desde Cono, lugar de su destierro, disponia con nocturnas salidas los ánimos de los Miguelistas, para sorprender á los rebeldes, aclamando la voz del Rey. En Santiago tenia la cooperacion de otros gefes realistas, y cuando el negocio estuvo en buen estado, con algunos fautores, hombres de valor y resolucion, protegido de las sombras nocturnas, aprisionó las cabezas del motin, y dándolës breve plazo para componer las cosas de su alma, les mandó cortar la cabeza. Con el castigo de estos se humillaron los demas, y los beneméritos fueron repuestos en sus empleos honoríficos.

El gobierno interino, de órden de la Audiencia, cayó en manos de Diego Pacheco, caballero noble, cuerdo y desinteresado. Era natural de Talavera de la Reyna, y en memoria de su amada pátria, á Esteco llamó Nuestra Señora de Talavera, poniéndola al amparo y proteccion de la Soberana Emperatriz de los Cielos. Antes del año tuvo sucesor en Francisco Aguirre, suelto ya de las prisiones, y libre de los cargos que le acumularon sus émulos. Pero el génio arrebatado y poco morigerado de Aguirre escandalizó con reprehensibles excesos la provincia, de la cual envuelto en casos de inquisicion, le veremos salir, remitido á Lima por D. Pedro Arana.

A fines de 1569, ó principios del siguiente, murió á manos de Humaguacas y Puquiles el conquistador Juan Gregorio Bazan. Habia pasado á Lima para conducir su familia, y estando de vuelta, sobre el rio de Siancas halló que los enemigos tenian cerrado el paso. A poco rato Humahuacas y Puquiles cayeron sobre él y su comitiva, con tanto impetu que apenas le dieron lugar para dar escape á su familia por veredas ocultas, bajo la direccion de Francisco Congo, esclavo que no tenia práctica en los caminos. Los infieles mataron á Bazan, Pedraza y otros: al-

gunos, penetrados de heridas, escaparon y llevaron á Santiago el anuncio de tan lastimosa tragedia. Los bárbaros Humaguacas y Puquiles se alzaron con el botin, adornando su desnudez con ricas preseas en que Bazan traia empleado su caudal.

Entretanto la familia del Bazan, falta de práctico conductor, vagaba en los montes, seguida y perseguida por un trozo de indios, con tanta tenacidad que cuatro dias continuos caminó con inmediacion en su alcance; y mientras ellos lo pasaban con tanto susto, en Santiago corrian nuevas de la desgracia, llorando los muertos á manos de los infieles.

Salió el capitan Bartolomé Valero con una compañía de soldados, y hallada la familia errante la condujo á Santiago, donde se mitigó el pesar con el hallazgo de las señoras é hijos, ramas gloriosas en que hasta hoy se conserva su noble descendencia.

El Ilmo. Fray Pedro de la Torre, y el teniente Felipe Cáceres, vinieron del Perú con recíprocos sentimientos, que casi consumieron la provincia, dividida en dos facciones de eclesiásticos y seculares, siguiendo con oposicion encontrada los seculares al Obispo, y los eclesiásticos al Teniente. Entre estos se señaló un Daroca, autor de enredos, que abrió camino á exorbitantes insolencias contra el Obispo, publicando novelas ajenas de su proceder é indignas del episcopal carácter, especialmente un crimen, por el cual decia haber incurrido en suspension é inhabilidad para las funciones episcopales. Todo halló aprobacion en el Teniente Cáceres, el cual empezó á explicar su enojo, prendiendo á Alonso de Segovia, Provisor del Obispado, que cargado de grillos, aseguró en un calabozo. Mandó publicar á son de cajas que al Obispo, como alborotador de la ciudad, estrañaba del reino, privado de las temporalidades, ordenando que ninguno, pena de traidor al Rey, le diera alimentos. Mandato perentorio, cuya observancia celó con tanta rigidez, que por que Pedro Esquivel manifestó algun sentimiento, y socorrió al Obispo, le mandó segar la cabeza en público cadalso.

Era el Prelado de espíritu manso, apacible y sufrido en los agravios, llevando los ultrages con egemplar tolerancia. Su vida era pura, inocente y digna del carácter que tenia impreso en el alma: pero la malicia en los émulos interpretaba siniestramente sus operaciones mas santas. Un dia entre otros el celoso prelado rogaba en la catedral á Dios por su grey alborotada. Súpolo Cáceres, y luego mandó que ninguno fuera á la iglesia, porque el Obispo se habia retirado á ella con dañada intencion, y ordenó á su aguacil Ayala que sacára violentamente á cuantos no obedeciesen de grado. Ayala por lisonjear al Teniente no reparó en

violiar los respetables claustros de la sacrosanta inmunidad. El Prelado viendo profanado el templo santo del Señor, cedió al tiempo, y recogido en su palacio de orden de Cáceres, tapiadas las puertas y ventanas, fué asegurado con guardas de toda satisfaccion y confianza.

Tratado así el Obispo, hizo Cáceres una jornada, rio abajo, pretextando queria llegar á la boca del Paraná, para ver si se descubrian indicios de gente de España y socorrér, si la necesidad lo pidiese, al Adelantado Juan Ortiz de Zarate, en cuyo nombre gobernaba la provincia. El pretexto era honesto, pero algunos creyeron que intentó alzarse con el gobierno, cerrando á Zarate el paso por medio de los indios. Yo no quiero sondar intenciones; pero advierto que los indios quedaron tan alborotados, que casi acabaron con la armada de Zarate. Con la ausencia de Cáceres las cosas mudaron de semblante. Las mugeres, sexo compasivo y devoto, apiadadas de las vejaciones que santamente toleraba el Obispo, inspiraron á sus consortes afectos de conmiseracion con su prelado, y aliento para prender al Teniente por contumaz á los preceptos de la iglesia, transgresor de la inmunidad eclesiástica, y alborotador de la república.

Antes que volviera Cáceres, el Obispo habia salido de su encerramiento, y se habia refugiado en el convento de Nuestra Señora de la Merced, de donde le vino á él la libertad y la prision del Teniente, por medio de Fray Francisco Ocampo, religioso del mismo orden; el cual convocó una noche ciento y cincuenta españoles, en casa del Provisor Segovia, donde concertó con ellos la prision de Cáceres.

Al siguiente dia vino Cáceres á la Catedral, y apenas postrado de rodillas, entraron los ciento y cincuenta españoles, siguiendo á Fray Francisco de Ocampo que llevaba la delantera, gritando: *¡Viva la Fé de Cristo!* y respondiendo todos, *¡Viva, viva!*, acometieron al Teniente, lo prendieron en la iglesia, y le pusieron dos pares de grillos y una gruesa cadena, permitiendo á todo género de gentes befarse de su persona.

Con el gobierno se alzó Martin Suarez de Toledo, que tuvo parte en los referidos alborotos, y la tiene en las disposiciones presentes. A Cáceres detuvo un año en rigurosas prisiones, y bien asegurado, determinó enviarlo á España. En su compañía pasó el Obispo, ó como actor contra los sacrílegos atentados del Teniente, ó para purgarse de las imposturas que profanas lenguas le acriminaron. Rui Diaz Melgarejo se juzgó á proposito para conducir seguramente hasta el Brasil á Cáceres: él habia maculado sus manos con la muerte de un Sacerdote, pero era á proposito para asegurar al Teniente. Llegaron con felicidad, primero al puerto de

Patos, y despues á la villa de San Vicente; donde Cáceres, con auxilio de los Portugueses, rompió las prisiones, escaló la cárcel, y se ocultó en lugares poco sospechosos. Pero Melgarejo todo lo registró, y no desistió hasta encontrarle, y encontrado lo remitió al Consejo.

No pudo acompañarle el Ilmo. Fr. Pedro de la Torre, el cual lleno de dias y de merecimientos enfermó de muerte en la villa de San Vicente, de donde con asistencia del Taumaturgo Brasileño, el P. José de Anchieta, pasó al divino tribunal.

§. XI.

GOBIERNO D. JUAN ORTIZ DE ZARATE.

1573—1576.

Sosegada la Asumpcion con la ausencia de sacrílego agresor, se atendió á dilatar los términos de la provincia con nuevas colonias. Juan de Garay era uno de los sugetos de mas fondo que tenia la gobernacion del Rio de la Plata. Este caballero no se habia mezclado en los recientes disturbios, su nombre era glorioso por las hazañas militares y su persona respetable por la madurez, cordura y virtudes: digno en fin de que se le fiasen ochenta y seis compañeros para fundar una ciudad hácia la fortaleza de *Sancti Spiritus*, ó en otro lugar mas ventajoso.

Garay se dispuso para la empresa, y entrando al Paraná registró sus amenas riberas y frecuentes tributarios que le comunican sus aguas: entre los cuales el Quiloasa, su pechero por la márgen occidental, llenó mas el ánimo de Garay para plantear, en un llano despejado y apacible que ofrece, la ciudad á la qual llamó Santa Fé de la Vera Cruz. En sus contornos habitaban muchos indios, entre los cuales es memorable una nacion que acostumbraba desollar á los padres difuntos, aderezando sus pieles para conservar la memoria de sus antepasados. Empadronáronse los indios, y se repartieron veinte y cinco mil, con tanto desinterés del capitán que no admitió preferencia al último de sus soldados.

Pero cuando Garay estaba en pacífica posesion del terreno, y los indios se habian confederado sinceramente, y al parecer nadie le podia inquietar ni disputar el derecho á Quiloasa y sus vecindades, á 19 de Setiembre tocó su gente á arrebató: *indios*, gritan sobresaltados, *indios vienen*. La conjuracion es universal, y ellos son tantos en número que inundan la campaña quanto alcanza á descubrir la vista. Recogióse Garay con solos cuarenta á un bergantin, y ordenó al gaviero que registrára lo que era, ó podia ser. “Señor, respondió el observador desde la gavia, la conjuracion es cierta: los indios vienen armados, la campaña está iluminada de fuegos, señal convocatoria de guerra.”

Garay con breves palabras, puesto que no sufría dilacion la vecindad de los indios, encendió los suyos á la pelea, recordándoles sus præzas, y la debilidad del enemigo que multiplica gentes para magnificar la gloria de vencerlas. Aun no habia dado fin al razonamiento cuando el gaviero: “allí, dice, veo uno á caballo que persigue á los indios.” Suspensos todos con la novedad, gritaron que mirára bien lo que decia. El gaviero, mas pasmado que todos, empezó á gritar, que ya descubria seis, fatigando los enemigos y picándoles la retaguardia. Todos querian subir á la gavia para registrar personalmente el que imaginaban milagro: pero á pocos lances salieron de perplexidades con la llegada de los fugitivos que venian publicando ser españoles.

Recobróse Garay y su gente del pasmo que causaron los caballeros, y luego despachó un embajador que agradeciera en su nombre á aquellos caballeros la oportunidad del socorro en tiempo que tanto lo necesitaban. Con el embajador vinieron los castellanos, los cuales certificaron á Garay ser soldados de D. Gerónimo Luis de Cabrera enviados suyos para señalar puerto en el Rio de la Plata como ya lo habian ejecutado dos dias antes en el fuerte de Gaboto, agregando á su jurisdiccion todas las islas del rio. A poco rato D. Gerónimo Luis de Cabrera, ínclito fundador de Córdoba, se descubrió con lucido acompañamiento de milicia tucumana.

Garay le hizo urbano, pero forzado recibimiento, temiendo que se alzaria con el terreno. Efectivamente, eso queria Cabrera, y con modales corteses le requirió para que no se opusiera á sus designios. “Vasallos somos, le dice, de un Monarca, y á un mismo Señor obedecemos. No es justo convertir contra nosotros las armas que cargamos para vencer enemigos. Las islas del Paraná y el terreno en que estamos, mías son, pues acabo de conquistarlas. La ciudad que está en sus cimientos es de mi jurisdiccion, pues se halla en los límites de mi conquista: su gobierno y mando de hoy en adelante quedan agregados á la provincia de Tucuman.

Y pues fué vuestro el trabajo de principiarla, sea tambien la gloria de llevarla á debida egecucion, pero con el reconocimiento de que la gobernais en nombre del Rey y mio.”

Garay se hallaba en la sazón con poca gente, y no le era posible contradecir al glorioso conquistador de Comechingones, liquidando á fuerza de armas su derecho al asiento de Gaboto, á las islas del Paraná y á la nueva ciudad de Santa Fé. El disimulo fué necesario y precisa la condescendencia, admitiendo la tenencia con protestas de fidelidad y de gobernarla en nombre del Rey y suyo. Satisfecho por ahora Cabrera tomó la vuelta de Córdoba, que estaba en los principios y necesitaba el fomento de su actividad para ponerla en estado de defensa contra el enemigo. Bien conoció Cabrera la poca sinceridad de Garay en su protesta: esto le movió á despachar á Nuffo de Aguilar para que Garay le entregara el gobierno de Santa Fé.

Garay que se hallaba con fuerzas superiores á las de Aguilar, le respondió que todo aquel territorio pertenecía á los conquistadores del Rio de la Plata, en cuya pacífica posesion contaban mas de cuarenta años. Aun no habia dado fin al razonamiento cuando descubrió por el rio Quiloasa tres canoas comandadas por Yamundú, cacique guaraní, enviado por el Adelantado Juan Ortiz de Zarate con pliegos para Garay. En ellos le hacia general del gobierno de la ciudad y su distrito, y le comunicaba un traslado de cédulas, en que Su Magestad le hacia merced de todas las ciudades levantadas por cualesquiera capitanes, doscientas leguas al sud del Rio de la Plata, con términos tan expresos que no admitian duda. Con esto se volvió Nuffo Aguilar, y los Cordobeses el siguiente año diputaron procuradores para ventilar en la Audiencia de Charcas su derecho á Santa Fé. Pero el sapientísimo senado declaró, que cuando un superior tribunal manda, el inferior obedece.

Asi lo esperó Garay, el cual luego se puso en camino para socorrer al Adelantado Juan Ortiz de Zarate, que se hallaba en lances mortales. El habia tendido al viento las velas desde el puerto de San Lucar, año de 1572, con tres navios, una zabra y un patache. Los infortunios del mar fueron grandes, y mayores los de tierra. Al siguiente año, de arriba da ganó la isla de Santa Catalina, tan falto de víveres, que de hambre morian por dia, de cuatro para ocho. Como la calamidad y miseria eran extremas, saltó en tierra el Adelantado con ochenta soldados para rescatar víveres entre los Guaranís, dejando por teniente de la armada á Pablo de Santiago, hombre por extremo justiciero, que egecutó en la gente de la armada grandes excesos de crueldad.

Cuando el Adelantado volvió de rescatar viveres, halló la isla de Santa Catalina llena de cadáveres, y que la armada se había retirado. Continuó su navegacion en busca de ella al puerto de San Gabriel, cuyas vecindades estaban destinadas para última calamidad, y ruina casi total de la armada. Yapican, cacique Charrua, señor de aquella costa, entretuvo con arte á los españoles, mientras rescataba á Abuyabá su sobrino, prisionero de guerra del poder de los castellanos, suscribiendo facilmente á condiciones gravosas, que jamas cumplió por satisfacer sus deseos de venganza. Los primeros que experimentaron los efectos de su indignacion fueron algunos soldados, que saliendo á forrage, cercados de Charruas, murieron á sus manos; algunos quedaron prisioneros, entre los cuales un Cristoval Altamirano, noble extremeño, de quien en otra parte se hará mencion. Dos eludieron el peligro con la lijereza de los pies, llevando la triste noticia al Adelantado.

Para castigar al bárbaro Charrua, se destacaron dos compañías de soldados á cargo de un capitan. Encontrados con el enemigo tuvieron en su sangre la campaña; pero fatigados de vencer, murieron á lado de sus víctimas.

No hubo en adelante quien resistiera á Zarate, que siguió su camino con gran tranquilidad. Uno de sus soldados por nombre Carballo, se internó solo á los montes, y se encontró con Yandubayú, cacique guaraní y valeroso, que galanteaba á Liropeya, india sobre hermosa, discreta. Carballo no quizo malograr el encuentro, sin adquirir gloria de esforzado, y tiró un bote de lanza á Yandubayú, el cual divirtió el golpe, y cogiendo el brazo de Carballo, intentó quitarsela. La contienda fué reñida y ruidosa, y tanto que Liropeya oyó el combate, y salió de su chozuela para dispartir los combatientes. Carballo revolvió curiosamente los ojos á la india, y prendado de ella, por ser único pretendiente, mató á Yandubayú en presencia de su querida.

Era este lance muy sensible para un corazon amante. La india se desmayó: pero recobrada, con tristes lágrimas rogó á Carballo no dejara sin enterrar el cadáver. Como Carballo ya la amaba, le manifestó condescendencia, lisonjeándola con agradables oficios para ganarle la voluntad. Pero desceñida la espada para abrir el hoyo, la tomó Liropeya, y recostándose sobre la punta: „¡Abre, le dice, para los dos sepultura, y cubre á Lyropeya con la tierra que oculta á Yandubayú.” Dijo, y echandose con todo el peso de su cuerpo sobre la espada, finó victima de su amor desciado.

Pasó Garay en demanda del Adelantado á la isla de Martin Garcia, y

porque el sitio no se tuvo á propósito para el establecimiento de ciudad, se acordó fundar sobre San Salvador, y que Melgarejo y Garay llevarán por delante las mugeres y niños. Los dos capitanes subieron Rio de la Plata arriba, y despartidos de una tormenta, Melgarejo libró con felicidad, y Garay casi pereció náufrago con toda su gente. Al fin ganó tierra, y entró en mayor peligro: porque Yapican con su ejército, repartido en siete escuadrones, se descubrió que caminaba hácia los náufragos españoles. A los cuales Garay: "Amigos, dice, aquí no resta otra cosa que morir ó vencer: peleemos con valor y la victoria esperemos de Dios." Y llamando en su ayuda al glorioso Santiago, cerró con el enemigo, y rompió el primer escuadron que contaría setecientos Charruas. La caballería (doce eran los caballos) rompió los demas escuadrones, con mucho destrozo de infieles.

El valeroso Antonio Leiva, y el bravo Menialvo se estrecharon con Abuyabá y Tabobá, jóvenes intrépidos y de grandes fuerzas. Abuyabá despues de recibir un fuerte golpe, se aferró á la lanza de Leiva con tanta porfia y tenacidad que temió perderla su dueño. Acudió al socorro Menialvo, y metiéndole hasta el corazon la espada, lo derribó muerto á sus pies. Leiva trabó el paso á Tabobá que venia á arrojarle sobre él, y le traspasó el vientre, cayendo hierto cadáver en el suelo. Quizo Yapican vengar la muerte de sus dos mas esforzados capitanes; pero le previno Menialvo con un golpe de lanza que le privó de la vida.

Añahualpo, indio agigantado y de fuerza á correspondencia, se estrelló con Juan Vizcaino, y este de un golpe postró aquel gigante en el suelo. Sobrevino á la venganza Yandianoca, indio de fama y estimado por sus hazañas; pero Vizcaino le preocupó con la lanza. Todos obraron prodígios de valentía.

Al siguiente dia se juntó Garay á Melgarejo sobre el rio de San Salvador, y mientras Garay levantaba barracas de fagína y tierra contra las invasiones del enemigo, partió Melgarejo á transportar al Adelantado con su gente. Venido Zarate, principió una ciudad que intituló San Salvador, sobre la embocadura del rio de este nombre: la cual se despobló por las invasiones de los Charruas, en 1576. Era el Adelantado sugeto caprichoso, enemigo de admitir consejo, y de poca disposicion en tomar á tiempo las providencias necesarias para mantener una ciudad que vivia á merced de amigos inconstantes: con lo cual á todos se hizo aborrecible, y solo halló sequito en algunos confidentes que se prometian mejora de fortuna con el oficio de adulones.

De San Salvador pasó el Adelantado á la Asumpcion, donde mal-

quis-tado con los conquistadores, se apoderó en tanto grado de él la tristeza, considerándose odiado de todos, que derramándose el humor melancólico por todo el cuerpo, murió á los pocos meses en el año de 1575. El Adelantazgo del Río de la Plata transfirió en una hija que tenía en Chuquisaca, llamada Da. Juana Ortiz de Zarate, dejándole por tutor á Juan de Garay. Con el gobierno interino quedó Diego Mendieta, sobrino suyo; jóven bullicioso, de proceder indecorosos y costumbres perdidas: tan des-enuelto en lascivias, como impio en tiranias. No son para relatar-se los estravios de este hombre: Hámelo quien quisiere un Neron por lo cruel, y un Heliogábalo por lo des-honesto:—aborto de los que rara vez produce la naturaleza para escándalo de los mortales. En poco tiempo llenó siglos de maldad, y preso por los Santafecinos, y despachado á la corte, arribó al Mbiaza, donde muerto por los naturales, fué enterrado en sus vientres.

§. XII.

GOBIERNO DE D. JUAN DE GARAY.

1576—1584.

Mientras que Mendieta era remitido á la corte, llegó Juan de Garay de Chuquisaca, á donde habia caminado por dependencias de Da. Juana Ortiz de Zarate, á la cual casó con el licenciado Juan Torres de Vera y Aragon, Oidor de aquella real Audiencia, en quien recayó el gobierno de la provincia, y título de Adelantado. El primer egereicio de su empleo fué nombrar á Garay teniente del Río de la Plata, y despacharle con brevedad para continuar la conquista, y levantar poblaciones para enfrenar los infieles. Fué Garay recibido al gobierno con universal aplauso, especialmente cuando le admiraron tan solícito de los progresos de la provincia, que luego señaló á Melgarejo para levantar una poblacion en Guayra, en un sitio que tenía fama de opulento.

Melgarejo la planteó á dos leguas al oriente del Paraná, y la

Había Villa Rica del Espíritu Santo: y porque la pobreza del sitio no correspondía al esplendor del nombre, la trasladó poco después sobre el Huybay, cerca de la embocadura del Curumboatay. El P. Maciel de Lorenzana asegura que tenía en sus vecindades trescientos mil indios, de los cuales, añado, que por los años de 1622 no se conservaba la sexta parte. Pero número tan excesivo hizo poca resistencia y fácilmente ofreció vasallage y tributo al capitán Melgarejo. Mientras él daba ser á la villa, Garay concluyó felizmente una acción gloriosa en las vecindades de la Asunción.

Obera, cacique ofuscado con el lustre de su nombre que significa *resplandor*, se preconizaba entre los suyos deidad, y profanaba los sagrados misterios, atribuyéndose el oficio de Redentor de la nación guaraní, cuya salvación y libertad había de obrar, llamando en su ayuda á los rayos del cielo, confundiendo los elementos y provocando todas las criaturas para el exterminio del español. Añadía que se había dado por coadyutor en el empleo á Guizaro, hijo suyo, con potestad suprema sobre rayos, pestes, inundaciones y plagas; y especialmente sobre un cometa que se descubrió esos días, y lo tenía reservado para su tiempo. Se hacía tributar adoraciones y quemar incienso, sirviéndose en los profanos ministerios de sacerdotisas, con las cuales tenía comercio escandaloso, solazándose en bailes y cantares, persuadiendo á todos que la puerta para merecer su gracia era la desenvoltura.

Obera dijo tales cosas, y prometió á los suyos con tanta certeza la victoria, que los indios vecinos á la Asunción, los del río Paraguay arriba y los del Paraná se conjuraron contra el español. Súpolo Juan de Garay, y despachando aviso á Guayra y Villa Rica para prevenir sus pueblos á la defensa, salió con ciento y treinta valerosos soldados á cortar el socorro que del Paraguay arriba podía venirle al enemigo, sentando sus reales sobre el nacimiento del Ipané. A breve rato se descubrieron Pitum y Corazí, llenos de orgullo y arrogancia, enviados de su cacique, para dar muestra del valor guaraní, peleando cuerpo á cuerpo con dos del ejército español. Venían desnudos, trayendo dardos en las manos: arma que se compone de un palo largo, cuyo remate es en punta que suple bastante mente la falta de mojarra. Es arma arrojadiza, y algunas naciones acostumbran cobrarla con un cordel que atan hácia la empuñadura, y la manejan á diestra y siniestra sobre el juego del brazo, despidiéndola con tanto impulso, que á veces traspasa de parte á parte el ginete, y le cose contra el arzon de la silla.

Presentados Pitum y Corazí delante del ejército español, Juan Fernandez Enciso y Espeluca, valerosos soldados con espada y rodela,

salieron al encuentro. Pitum acometió con denuedo á Enciso, jugando con destreza el dardo: rompió por diversas partes la rodela de Enciso, á quien fatigaba con su ligereza, llamando á todas partes el cuidado de repararse. Enciso le cogió el dardo y le hizo pedazos, cuando Pitum trataba prevenir á su antagonista en la misma accion de romperle el dardo. Enciso le tiró á la cabeza un golpe, y errándole, con venturoso acierto le segó un brazo. Corazí entretanto de un bote de dardo derribó á Espeluca: pero estrivando este sobre las rodillas, le cortó de un tajo la megilla. El bárbaro resistió con valor, hasta que viendo huir á Pitum, le acompañó en la fuga, y llegados á los suyos, publicaron que los españoles eran invencibles.

Al siguiente dia se encaminó Garay al Yagnarí, y sugetó cuatro pueblos, pasando á sangre y fuego quanto halló en ellos. Entretanto Guizaro, que era el general de Obera, se atrincheró sobre el Ipanó, esperando que el Cielo arrojaria rayos contra los españoles.

Trabóse entre los dos campos una muy reñida batalla, que decidió brevemente Juan Fernandez Enciso, el cual acertó con tanta fortuna el arcabuz á Guizaro, que metiéndole por la frente la bala, lo derribó en el suelo, postrando con su muerte las esperanzas del enemigo.

Yagnatati salió a vengar la muerte de Guizaro, y entró por el campo español hiriendo algunos: pero fatigado de Martin Valderrama y Juan Osuna, se metió el dardo por el pecho, homicida de sí mismo. Siguióse el alcance se destruyeron algunas compañías, é hicieron algunos prisioneros, y entre ellos el sumo sacerdote de Obera, que ocupaba sus infames manos en llevar el santo madero de la cruz, insignia de nuestra redencion con que Obera prometió libertar la nacion guaraní. No se pudo coger á Obera, pero se consiguió hacer memorable el ano de 1578 y principios de 79 con una victoria, que ensalzó las armas españolas y desengañó á los Guaranis.

Los excesos de Aguirre gobernador del Tucuman eran exorbitantes, y pedian remedio egecutivo. No conserva el tiempo las particularidades de sus extravios: pero en términos universales tiene memoria de atentados escandalosos que debian atajarse prontamente. Esa comision fio el virey de Lima á D. Pedro Arana, caballero autorizado por su cristiandad y prudencia. El inquirió sobre los delitos de Aguirre, y hallando que no eran voces sin fundamento, aprisionó al delincuente, y preso lo llevó á Lima, ciudad de los Reyes. Casi tres años corrieron en liquidar su causa: tiempo verdaderamente pro-

longado para correr plaza de culpado, pero breve para ser absuelto de los graves delitos que se le imputaban.

Con el gobierno interino quedó Nicolas Carrizo, antiguo conquistador, y aunque no adelantó los términos de la provincia con nuevas conquistas, conservó en tranquilidad los ánimos bulliciosos de los conquistadores. Por Julio de 1572, entró en la provincia con título de gobernador D. Gerónimo Luis de Cabrera, caballero sevillano, el cual juntaba un agregado singular de calidades tan sobresalientes que acaso la América no se podría gloriarse de otro que le igualara. Nobleza que le emparentaba con las principales casas de España, valor, fidelidad, discrecion y prudencia, sobre un fondo sólido de costumbres arregladas y cristianas. Había conquistado á Pisco, Ica y la Nasca, fundado con su caudal la ciudad de Santiago de Valverde en el valle de Ica; y ejercitado noblemente el oficio de Corregidor y Justicia mayor en la provincia de Charcas, y villa imperial de Potosí.

En su compañía vinieron algunos caballeros de distincion, D. Lorenzo Suarez de Figueroa de la casa de Feria, gobernador despues de Santa Cruz de la Sierra; Tristan de Tejada, célebre por la entrada al Marañon en compania de Juan Salinas, y mucho mas por la entrada al descubrimiento del Dorado, Barbacoas y Amazonas; Gerónimo Bustamante, que habia ocupado puestos honoríficos en el Perú, de quien son ramos los Arballos de esta provincia, con otros nobles caballeros distinguidos por sus méritos y servicios en utilidad de la monarquia.

El nuevo Gobernador se aplicó con desvelo al establecimiento de las ciudades que necesitaban reparo; y puso la mira en el territorio de los Comechingones, cuna destinada de generacion en generacion, hasta el dia de hoy, para sus legítimos descendientes. Antes de cumplido el año, puso en egecucion su idea, sacando de Talavera, San Miguel y Santiago cien soldados, y con ellos sin memorable suceso llegó á un sitio que se llamaba Quisquizacat, al sur del rio Zuquia, conocido al presente con el nombre de Pucará, al oriente de la sierra, y en él planteó la nueva poblacion, en seis de Julio de 1573, y la llamó Córdoba la Llana, y á la provincia denominó la Nueva Andalucia.

La ciudad está en bajo, goza temperamento saludable y hermoso cielo. Destemplan su benignidad los sures y nortes que la combaten, alterando tanto la atmósfera, que de una hora para otra se obser-

van las dos estaciones de invierno y verano. Cércanla por la banda del poniente altas serranías, que entlazan por el sud y norte con las cordilleras chilena y peruana.

Después de levantado un fuerte para presidir la nueva ciudad, pasó al descubrimiento del Rio de la Plata, y tuvo el encuentro con Garay que referimos en parte: pretendiendo inútilmente adjudicar á su distrito el asiento de Gaboto y Corinda, que al presente se dice Coronla, con las islas del Paraná y tierras adyacentes. Tomó la vuelta por el camino de la sierra, habitacion de los Comechingones: los sugetó, y estableció poblaciones en Talamochita, hoy Calamochita, Charavá, Izacate y Quilloamirá. Segun algunos, en la sierra y valles intermedios llegó el padron á sesenta mil: de los cuales algunas parcialidades se destinaron para las obras públicas de edificios, acequias y beneficios de huertas, que antiguamente hermoseaban la llanura del valle, jardin entonces delicioso, y en nuestros tiempos tristísimo erial.

Fomentando la ciudad de Córdoba, se hallaba Cabrera con pensamientos de reedificar la de Nieva en el valle de Xibixibe, cuando le vino sucesor en Gonzalo Abreu Figueroa, caballero sevillano electo gobernador el año de 1570. No sabemos la causa de su demora, pero sí que llegó prevenido contra su glorioso antecesor, y desde luego trató de prenderle. Variamente se discurre sobre el origen de los disgustos de Abreu con Cabrera: intervienen en este punto las confusiones históricas que ordinariamente exageran las cuestiones odiosas. Los fautores de Abreu echan la culpa á Cabrera: los protectores de este liquidan con mejores fundamentos sus procederes. Mas á mí ver el origen de las prevenciones de Abreu está claro, y es como se sigue.

Dos reales Oidores de la Audiencia de Chuquisaca, ministros que debieran ser de fidelidad á su monarca, maquinaban deservicios á la corona. Era la egecucion de sus ideas difícil, y necesitaba el poderoso brazo de Cabrera para allanar las dificultades, y la sombra de su autoridad para cobijarse. Tentaron con mensajeros y cartas su fidelidad, y como Cabrera era fidelísimo al Rey, les afió sus intentos con tal entereza y constancia, que no solo quedaron persuadidos que jamas consentiría con ellos, sino recelosos que descubriría sus pensamientos, y no pudiendo hacerlo cómplice en la egecucion, le temieron por sabedor de sus consejos.

Con estos temores y sobresaltos se hallaban cuando Gonzalo Abreu atrav só por Chuquisaca para Tucuman. Trataron de ganar-

le la voluntad, y ganada, le inspiraron tales especies contra Cabrera que resolvió anonadarle. Entró Abreu en Chuquisaca, ejemplar de rectitud y prudencia, y salió monstruo de tiranía y crueldades. Nadie diría que este caballero era el que Felipe II proveyó al gobierno de Tucuman. Entró en la provincia con aparatos de guerra, publicando que estaba alzada por el mal gobierno de Cabrera, y que al bien público convenia quitar de delante aquel traidor al rey y perturbador de la provincia. Es increíble la presteza con que aceleró Abreu las marchas para sorprender inopinadamente á Cabrera en Córdoba. Se hizo dueño de los caminos, y adelantó corredores para cortar el paso á los mensajeros. Avanzó él mismo tanto en las jornadas y con tanto secreto, que entonces supo Cabrera la venida de Abreu cuando le vió en Córdoba, y se halló en prisiones. Al tercer dia lo despachó preso á Santiago, y substanciado maliciosamente la causa, fué muerto por traidor, mejor diré, por traidores al rey. Unos dicen que le mandó dar garrote en un poste de su cama, otros que le hizo degollar: pues de cualquiera manera que haya sucedido, su muerte fué sentida en la provincia, especialmente en Córdoba que siempre le miró como padre y fundador, y se honra con la nobleza de su prosapia que se conserva en sus descendientes.

No se sabe con que fundamento D. Fernando Pizarro y Oréllana, en su tomo de Varones Ilustres del Nuevo Mundo, descubrió causa que justificára la muerte de D. Gerónimo Cabrera. Pero á este autor hace atropellar con la verdad el empeño de purgar á Gonzalo Pizarro de la nota de traidor: defendiendo la inocencia de este con la traicion que acumula á aquel, cuya fidelidad testifican antiguos instrumentos y escritores. El libro de la fundacion de Córdoba del año de 1574 habla honorificamente de su fundador, en un informe que hace al Sr. Felipe II sobre los méritos, fidelidad y servicios de D. Gerónimo Luis de Cabrera.

El P. Juan Pastor, diligentísimo en averiguar antigüedades, informándose verbalmente de testigos fidedignos, descubrió mucha malignidad en Abreu, y constante fidelidad en Cabrera. Y lo que es mas, el Sr. Felipe II, registradas las originales cartas de los oidores, que presentó Da. Luisa Mariel de los Rios, su nobilísima consorte, declaró la inocencia de D. Gerónimo, castigando con merecida pena á los Oidores.

No se estrelló solamente Abreu con su antecesor Cabrera, se malquistó tambien con los principales, tratándoles con desaire y modales poco dignos de sus méritos y servicios. A muchos puso á cues-

tion de tormento, con tanto rigor y tiranía, que antes querian morir que experimentar su impía crueldad. Dió en acompañarse con discípulos, sugetos de ningunas obligaciones, hombres sin Dios ni conciencia, que solo son á propósito para conmover los humores de la república. En manos de estos puso el gobierno de la provincia; y como ellos eran perdidos, le perdieron á él y á Tucuman, que se vió en angustias de muerte.

Córdoba, monumento honorífico de su antecesor, cuya memoria es gloriosa en la provincia, se vió próxima á fatal disolucion. Y aunque en manos del médico estaba sanarla, reanimando los espíritus de los primeros pobladores, que con varios pretextos extraia para otras partes, solo atendia á debilitar mas su vigor con nuevas extracciones. Pero la defendió con fortuna y valor el ínclito Tristan de Tejada. Mas fatales consecuencias experimentó la ciudad de Nieva que principiaba el capitan Pedro Zarate, al cual ordenó Abreu que saliera con gente á catear las minas de Linlin en el valle de Calchaquí, prometiéndole entrar á partir las ganancias. Escusóse Zarate con razones aparentes, pero insistiendo el Gobernador en llamarle para Santiago, obedeció, dejando pocos presidiarios para reparo de la nueva poblacion: sobre la cual dieron los bárbaros, y á todos mataron, menos tres ó cuatro que eludieron el peligro con la fuga.

Dícese que Abreu llevaba pesadamente la fundacion de esta ciudad, porque estando en el paso del Perú, facilitaba el tránsito á los informes que se podian remitir contra él al Virey y la Audiencia. Efectivamente, por sus confidentes preocupó los caminos y embarazó el comercio epistolar. Al paso que temia el juzgado de tribunales superiores, publicaba privilegio de excepcion, que le sustraia de la autoridad del Virey y de la Audiencia, por ser electo Gobernador por el Rey. Esto mismo pregonaba su Maestre de Campo, Sebastian Perez, hombre de ínfima suerte, arrogante y presumido, el cual repetia con aire: que en causas del Gobernador solo el Rey entendia, y no los tribunales inferiores. Un dia dijo: "si algun oidor llega por acá, y V. S. me dá dos dedos de papel, saldré al camino, y lo arrimaré á un palo; y esté cierto V. S. que gobernará la provincia á pesar de la Audiencia, por ser Gobernador nombrado por el Rey."

Estas eran las cantinelas que repetian con desenvoltura sus aliados, los cuales impunemente se arrojaban á toda iniquidad, cobijados de sombra tan maligna. Los eclesiásticos y algunos religiosos se ausentaron de la provincia. Muchos nobles y celosos pobladores se refugiaron al Peru, ó salieron á sus alquerias, temiendo la ira

vengadora del furioso Gobernador. El mando y gobierno recayó en los fautores de Abreu, haciendo escala para el ascenso, del arrojo y temeridad. Las ciudades se hallaban sin guarnicion: los indios se alzaban por momentos; todo conspiraba á la ruina de la provincia, y mas que todos, el mismo Gobernador, con el descubrimiento que intentó de la Trapalanda.

Trapalanda es provincia al parecer imaginaria, situada hácia el estrecho de Magallanes, ó por lo menos en la region magallánica, en cuyos términos ponen algunos la *ciudad ó ciudades de Césares*, por otro nombre Patagones. Desde el principio esta fabula tomó cuerpo, á pesar de hombres juiciosos, y se divulgaron particularidades que caracterizaban plausiblemente la nacion. Hacíanlos cristianos de profesion, con iglesias y baptisterios, imitadores de nuestras ceremonias y costumbres.

Hácia los últimos años del siglo pasado se confirmó con la narracion de uno que decia haber estado en la ciudad de los Césares, hablado y comunicado con ellos. Hacia galana descripcion de la ciudad, y la pintaba hermosa como Sevilla, opulenta en plata, oro, pederias y otras preciosidades estimables. Los habitantes en color y modales imitaban á los europeos, de quienes procedian. El autor tuvo la fortuna de hablarles, pero con tanta desgracia suya, que solo entendió estas cláusulas: *Nos Dios tener, Papa querer, Rey saber*: Palabras fueron estas que llenaron estas provincias; que se oyeron en los reales estrados, en el reinado del Sr. Carlos II, y que dieron motivo para algunas cédulas.

Los eruditos en historias discurren que serian descendientes de los españoles, que naufragaron en el Estrecho, de la Armada de D. Gutierrez Caravajal, obispo de Placencia. Una pieza, que ó por su antigüedad ó por rara conservan los herederos de D. Gerónimo Luis de Cabrera, confirma este sentir. Ella es un testimonio de Pedro Oviedo y Antonio Cobo, marineros del navio náufrago de dicha Armada, moradores algun tiempo de la ciudad de los Césares, pero fugitivos de ella por no sé qué delito. Parece que la curiosidad no puede desear comprobacion mas auténtica de sus discursos. Hay quien oyó las campauas: hay quien comunicó y vió á los Césares: hay finalmente quien asistió á la fundacion de la ciudad y habitó muchos años en ella.

No obstante esto, hay mucho que dudar y examinar. El rumor, primero en las historias índicas, que corrió entre los soldados de Aguirre,

desmereció la aprobacion de su capitan, el cual tuvo el mayor incentivo de gloria que hombre cualquiera: pues cuando los mas capitanes se podian gloriarse de conquistadores de indios, él podia gloriarse de conquistador de Césares. Este motivo, á la verdad poderoso, no le estimuló á la conquista, desengañado con la incompatibilidad de circunstancias que se discurrían para hacer creíble la historia. Estos Césares desde el principio se publicaron por náufragos de la armada de D. Gutierrez de Caravajal, y en poco mas de veinte años que corrieron desde el naufragio hasta la entrada de Aguirre á los Comechingones, les crecieron tanto los pies, que desde entonces se llamaron *Patagones*.

A proporcion fué grande su fortuna. Césares eran en el nombre, y Césares los describian en magnificencia, soberanía y riquezas: levantados de la mayor desgracia á la mayor opulencia y felicidad que pudo idear la fantasía mas alegre. La significacion que se daba al nombre Trapalanda no ha llegado á mi noticia: pero es creíble que se conformaría con la de Césares y Patagones. Esta esplicacion de nombres, habida por señas de los Comechingones, fué de tan poca solidez para Aguirre, que no se sintió movido á emprender la conquista: su milicia lo llevó pesadamente, ó fingió que lo llevaba por antiguos sentimientos con él, y para vengarse de su capitan, le aprisionaron ignominiosamente, coloreando la accion con el motivo de haber malogrado una conquista que felicitaría la provincia.

A este fin se ponderaban mucho, y explicaban galanamente los nombres, de Césares, Patagones y Trapalandistas, y como trascendian la causa de Aguirre, pasaron con el reo á la audiencia de Chuquisaca. No extrañó el integerrimo tribunal ver en prisiones al general tucumano, sino lo peregrino de la causa y la rara novedad de tantos nombres. No obstante el real senado descubrió poco fondo en las ponderaciones de los autores, y calificó prudente la resolucion de Aguirre.

Entre tanto la voz del valgo tomó alas, y de unos años en otros se dilató la fama con novedad de sucesos. Decíase que se habian oido campanas, y conjeturaron que eran de los Césares, que los Césares tenían iglesias, que las iglesias tenían torres, que las torres tenían campanas, y que las campanas se tañian para recoger el pueblo á los sagrados misterios. Raro complexo de predicciones para unos profetas, que hallándose en las vecindades de los Césares, no pudieron atinar con su morada.

Mas afortunado fué el que en el reynado de Carlos II estuvo en Trapalanda: habló y comunicó con los Césares, y para hacer creible la narracion, historió prolijamente las circunstancias de su arribo. A los diez y seis años de su edad navegaba hácia el Estrecho de Magallanes en una armada holandesa, la cual ancoró en un rio para llenar de agua las vasijas. Nuestro jóven con algunos compañeros se internó tierra adentro á coger palmitos, y tuvo la desgracia de ser sorprendido por cuatro mil indios que discurrían por allí. En la desgracia de su cautiverio consistió la felicidad de pasar á los Césares, á los cuales fué presentado, y ellos agasajaron al huesped, reconociendo en él un vivo retrato de sus ascendientes. Bien es creible que los Césares le retuvieran consigo. Mas no sucedió así, porque le dejaron ir con guias de la ciudad á la ribera, donde todavia ancoraba la armada.

La relacion está circunstanciada de particularidades reparables. Los pocos años del historiador: la casualidad de internarse á recoger palmitos en el terreno que pocos años hace se ha reconocido infructífero: el acaso de ser cautivado y ser presentado á los Césares, cuyo principal desvelo, segun algunas relaciones, es no permitir acceso de extrangeros á la isla, ni comunicar con nacion alguna: el haber sido llevado desde los cincuenta y un grados, hasta los cuarenta y dos, en que sitúan la ciudad de los Césares, y vuelto á encontrar á la armada demorada tanto tiempo en corrientes tan impetuosas. Circunstancias á primera faz increíbles, dignas de la crítica moderna. Ni tiene mas fuerza la relacion de Oviedo y Cobo, marineros: injiérnense en ellas falsedades contra la fé de las historias; y es verosimil que la fingió algun ocioso, y para hacer creible la novela, se la atribuyó á los dos marineros fugitivos de la ciudad de los Césares, publicando que la habia hallado entre los papeles del licenciado Altamirano ya difunto. Mas es digno de repararse que los sobre dichos Oviedo y Cobo vivieron algunos años en la Concepcion de Chile en casa del licenciado Altamirano, como consta de dicha relacion: mientras vivieron, se guardó silencio tan profundo que no se divulgó la menor noticia en el reyno de Chile, ni al licenciado Altamirano se le cayó palabra de cosa tan memorable. Esperóse á que murieran los tres para hacer hablar, á los unos por relaciones archivadas, y manifestar el otro el tesoro de noticias que ocultaba entre sus papeles:

Convencidos los fundamentos opuestos, añadimos recientes noticias. El bolsón de tierra que forman el Cabo de las Vírgenes y Valdivia, Cabo Blanco y reyno de Chile, está muy trasegado de los Puelches, Peguenches, Pampas y Tehuelchos: con los cuales no han omiti-

do diligencia los misioneros jesuitas de los Pampas para introducir la fé á los Césares. Pero sus diligencias no han producido otro efecto que persuadirse, se hallan falsedades entronizadas sin oposicion en el sólio de la verdad. El Padre Matias Estrovel, operario infatigable en la viña del Señor, y misionero de los Pampas, en carta de 20 de Noviembre de 1742 dice: *de la nacion de los Césares no he podido averiguar cosa alguna.* Lo mismo insinuan otros misioneros, y así me persuado, que Césares tan circunstanciados son entes imaginarios, que hizo existentes el vulgo con ficciones y novelas.

Como la noticia de los Césares tuvo origen entre la milicia tucumana que se inclinó desde el principio á la conquista, concurrió gustosa al llamamiento del gobernador Abreu que la convocó para la jornada de Trapalanda. Hallábase ya el ejercito en el acampamento de Monogasta, cuando le llegó noticia que los indios de los llanos y sierras de Calchaquí, levantados por Gualan, tenian cercada la ciudad de San Miguel, y fatigaban con asaltos á los sitiados. Entonces Abreu abrió los ojos para conocer el peligro de la provincia, y desistiendo de la jornada envió socorro para levantar el cerco.

Cuando llegó este, el capitan Gaspar de Medina habia librado la ciudad. Porque rota por el enemigo la palizada que reparaba la poblacion, y pegado fuego de noche á las casas pajizas, despertó Medina, y con nueve que se le juntaron mató muchos enemigos con su caudillo Gualan, y á los demas puso en fuga.

En otras ciudades se experimentaban peligros semejantes por el mal gobierno de Abreu, porque cuando está débil la cabeza se debilitan y arruinan los demas miembros.

Por este tiempo se erigió el obispado del Tucuman. Algunos lo adelantan sin fundamento al año de 1570. Verdad es que fueron provistos para Tucuman el Ilmo. D. Fr. Gerónimo Villacarrillo y D. Fr. Gerónimo Albornoz, ambos comisarios generales de la religion seráfica; pero prevenidos de la muerte, fallecieron antes de erigir el obispado. El Ilmo. Fray Francisco de Victoria, lustre singular del orden de Predicadores, hijo de la provincia de Lima, varon piadosísimo, y de singular devocion como le llama San Pio Quinto, procurador en Corte por las provincias de Indias por eleccion de Gregorio XIII, erigió el obispado de Tucuman. No consta el año de la ereccion; pero ciertamente no fué anterior al año de 1573, y me persua-

do que fué en 1579, pues la cédula de merced se expidió á 28 de Diciembre de 1578.

Luego que el capitan Juan de Garay destrozó el ejército de Obera, sobre el Ipané, con muerte de Guizaro, se restituyó triunfante á la Asumpcion, cargado de prisioneros, único despojo de la victoria. Era ya el año de 1579, y en el siguiente de 80 señaló á Rui Diaz Melgarejo con sesenta soldados para levantar una colonia en el territorio de los Nuaràs, gente pacífica que usaban dialecto diferente del guaraní, con alguna diversidad de rios y costumbres. Habitaban amenas y deliciosas campiñas, las cuales desde entonces hasta el dia de hoy se llaman *Campos de Xerez*, pobladas de hermosos pastales, para mantener crias de ganados.

En este sitio puso los fundamentos de la ciudad de Santiago de Xerez el capitan Melgarejo, sobre una loma despejada que domina al Mbotetey, rio medianamente caudaloso, tributario del Paraguay, sobre la margen oriental, en altura de poco mas de diez y nueve grados. No subsistió mucho tiempo por las invasiones de los Guatos, Guapís, Guanchas y Guetùs, naciones que habitaban los confines que median entre la cordillera y la costa oriental del Paraguay, tirando al norte. Pero no muchos años despues la restableció Rui Diaz de Guzman, autor de la *Argentina*.

El mismo año se reedificó la ciudad de Santa María, puerto de Buenos Aires, tantas veces empezada y oprimida en su nacimiento. Juan de Garay, no fiando á otro la fundacion, bajó personalmente por el rio Paraguay al de la Plata, y en una barranca que domina aquel gran rio, dió principio á la reedificacion, llamándola *Ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de Buenos Aires*. Esta, que en su primera infancia cuenta solos sesenta pobladores, con el tiempo será cabeza de provincia, una de las mayores ciudades de América, y uno de los puertos mas frecuentados y apetecidos de las naciones, por la utilidad del comercio.

Por ahora los Querandís, habitantes del país, se alteraron con la vecindad del español, y convocadas sus milicias y las de los aliados, secretamente se avvicinaban á las ciudad para sorprender á los porteños. Entre los indios se hallaba Cristobal Altamirano, aquel noble extremeño, de que digimos que quedó prisionero de los Charruas, y al presente lo era de los Querandís, del cual se valió Dios para descubrir los intentos del enemigo. Porque compadecido de los españoles, escribió con carbon un billete, y asegurado dentro de un cala-

bazo, fiò el depósito à la corriente del riachuelo que corre al sur de la ciudad. El lo encomendó à las aguas; Dios lo guió, y recibido de Garay se enterò del contenido y previno para esperar al enemigo. El cual estaba tan inmediato, que al siguiente dia arrimò sus tropas y presentó la batalla. Peleóse de entrambas partes con obstinacion: los infieles arrojaban mechones de paja atados à las flechas, y pusieron en confusion à los españoles, que tenían que atender à las flechas que herian y à los mechones que abrasaban. Entre tanto las tiendas y pabellones de algodón y cañamazo ardian á su vista, y no se podia remediar el daño. El aprieto fuè à la verdad grande, y venciéra el enemigo, si el valiente Juan Fernandez Enciso no entràra espada en mano entre los infieles, y con ella cortàra la cabeza al comandante Querandí.

Muerto el general, que es alma del ejèrcito, los enemigos huyeron precipitadamente, y se les siguió el alcance muchas leguas, con tanto destrozo y mortandad de infieles, que vuelto à Garay un soldado:—"Señor General, le dijo, si la matanza es tan grande ¿quien quedará para nuestro servicio?—Ea, dejádmme, respondiò Garay, que esta es la primera batalla, y si en ella los humillamos, tendremos quien con rendimiento acuda á nuestro servicio." Fuè el fin de esta victoria y destrozo del enemigo en el sitio que desde entonces hasta hoy se llama el *Pago de la Matanza*. Ahuyentados los indios, y obligados à pedir la paz, se aplicó el General Garay à edificar la ciudad, fomentando con su presencia y direccion las obras.

Por este tiempo, aunque no se sabe con certidumbre el año, se rebelò contra su fundador la ciudad de Santa Fé. Eran cabezas del motin Lázaro Venialbo, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Leiva, Villalta y Mosquera, grandes fabricantes de enredos. Como penetraron la dificultad de prevalecer contra Garay, procuraron ganar para sí á su mayor enemigo, Gonzalo Abreu, Gobernador de Tucuman, sugeto bullicioso con demasia, que tenia sentimientos antiguos contra Garay; y le ofrecieron la ciudad, si con gente fomentaba sus intentos: y aunque no consta la intencion de Abreu, se carteaba con los rebeldes, y se dice que escondia su correspondencia.

Los amotinados agitaron el negocio, y lo pusieron en sazón de lograr sus disposiciones. A hora señalada de la noche prendieron al teniente alcalde Olivera, y al capitan Alonso de Vera, llamado, por su mal gesto, *cara de perro*. El gobierno de las armas dieron à Lázaro Venialbo, y el cargo de teniente à Cristoval de Arévalo, el cual seguia con violencia el partido de los amotinados, y logró brevemente oportunidad de encontrarse con el nuevo Goberna-

nador de armas, y de restituir el baston al legitimo poseedor. El tentó el vado, y asegurados algunos confidentes, hombres de resolucion, aprisionò las cabezas del motin, y repuso en sus puestos al teniente y al alcalde. Sosegado el tumulto, las cosas corrieron pacificamente por su antiguo camino.

Tres años se detuvo Garay en el Puerto, metiendo calor à los arquitectos en los edificios, y atemorizando con su valor y fama à los infieles. Al cuarto año dejó el gobierno de la ciudad à Rodrigo Ortiz de Zurate, y salió camino de la Asumpcion para visitar la provincia. Acompañaban su general algunos vecinos de la Asumpcion, con sus consortes que se restituian à sus casas. Una noche saltó en tierra con su comitiva y recostados à dormir los españoles, el cacique Mannà, traidor disimulado, se acercó con ciento y cincuenta jóvenes y dió muerte à Garay y à cuantos le acompañaban. Perdió la provincia en Garay una gran cabeza para el gobierno: los pobres lamentaron la muerte de su padre, en cuyo beneficio expendia gruesas cantidades: los soldados la de un excelente capitan, tan desinteresado en aprovecharse de los despojos quanto liberal en repartir lo que tenia, hasta vender los vestidos de su muger para socorrer necesitados. Fué hombre de gran corazon, sufridor de increíbles trabajos, de excelente disposicion en las batallas de infieles, proporcionando con tanto acierto los medios á los fines, que todas las batallas concluyò con felicidad y admiracion.

Muerto Garay, que en todos infundia espíritus marciales, los insolentes con la muerte del general hicieron leva de gentes, confederándose Guaranís, Quiloasas, Mbeguàs y Querandis, para asolar las ciudades de Santa Fè y Buenos Aires. Juntàronse en tierras del cacique Manuá, para conferir los puntos mas principales de la guerra, celebrando primero à su usanza con banquetes y borracheras la muerte de Garay. Hallábanse en el congreso los principales de las naciones: dos puntos confirieron; el primero sobre la eleccion de capitan general; y la suerte de comun acuerdo cayó sobre Guayuzaló, cacique guaraní, que habia militado con crédito en las guerras contra naciones enemigas; el segundo, cual de las dos ciudades, Santa Fè, ò Buenos Aires, habia de ser acometida la primera; y resolvieron con discrepancia de votos que Buenos Aires, dejando aplazado el dia para concurrir en las fronteras del puerto.

Sabido por los españoles lo que intentaban los infieles, pusieron la ciudad en estado de defensa. El enemigo arrimò su campamento, y al dia determinado presentaron la batalla. El Teniente Zá-

rate mandò disparar la arcabuceria que causò gran estrago, y mayor desórden en los infieles, que empezaron à huir confusamente: pero recogidos por su general y pñestos en filas, resistieron algun tiempo, hasta que cargando sobre ellos los españoles, con grande impetu y vivo fuego, destrozaron sus tropas con muerte del General Guayuzaló, quedando el enemigo tan escarmentado que en mucho tiempo no osó bloquear la ciudad ni infestar la vecindad.

Fuè universal la alegria en la provincia y se celebrò la victoria con accion de gracias. Para que el júbilo fuera mas completo llegó este año el Ilmo. Fray Alonso Guerra, hijo esclarecido de la sagrada familia de Predicadores. Algo mas de diez años habian corrido desde la muerte del Ilmo. Fray Pedro de la Torre, y aunque poco despues fuè provisto Fray Juan del Campo franciscano, el Cielo cortò para sí esta bella flor de observancia antes que pasára á tomar posesion del obispado. En su lugar fuè substituido Fray Juan Alonso Guerra, pobre y despreciado á los ojos del mundo, pero rico de virtudes y digno de lucir sobre el candelero de la Iglesia de Dios. En 27 de Setiembre de 1577 fuè electo para el Rio de la Plata; pero su extrema pobreza entre la opulencia peruana retardò su consagracion algunos años. Entretanto llegó el tiempo del tercer Concilio Linnense, y como era sugeto en virtud y letras completo, se hizo necesaria su asistencia en él.

Consagrado despues, y venido à su episcopal silla, halló la diocesis falta de aquel vigor que comunica el espíritu de religion. Como buen pastor aplicò toda la diligencia à restablecerla en el santo fervor que profesa la ley cristiana. Pocas veces á celo tan solícito se siguieron efectos mas perniciosos. Segunda vez intentó el Paraguay una accion escandalosa, y como habia abierto una mala puerta à todo sacrilego atrevimiento con la prision del primer Prelado, ahora se entró por ella con la prision del segundo.

El alcalde ordinario de la ciudad, y algunos principales, á quienes debieran desagradar sus vicios, y no la integridad del santo Prelado, fueron los artifices de este escàndalo, y egecutores de la prision, à la cual no faltò circunstancia para sacrilega. El se encaminó al palacio episcopal, acompañado de hombres facinerosos, llenando el aire de guerra, *muerá el Obispo*. El capellan del Prelado se asomò à la ventana, y noticiado del suceso:—"Señor, le dice, conjuracion es de los vecinos, contra Vuestra Señoria es el motin: la muerte maquinan, pues vienen gritando, *muerá, muerá el Obispo*."

El cual se revistió de pontifical, y abiertas las puertas, al encontrarse con los sacrílegos, les pregunta amigablemente: *¿A quien buscáis? Si yo soy, aquí me teneis.* El buen Pastor imitó à Jesus, y ellos abusaron de su mansedumbre, consumando el sacrilègio. Los unos le acometen con insolencia; los otros ponen las manos en él con impío atrevimiento: quien derriba al suelo la mitra, quien le despoja del bàculo, y despedaza las sagradas vestiduras. El alcalde lo pone en duras prisiones, y embarcado en una balsa, tratado con sumo rigor, lo acompaña hasta el puerto de Buenos Aires, à donde llegarían entrado ya el año de 1536.

Aquí fué donde Dios dió un sensible testimonio de su justicia, derramando instantaneamente sobre los sacrílegos agresores el vaso de ira y venganza que atesorò tanta iniquidad. El alcalde murió repentinamente: parte de los còmplices experimentaron el rigor de la divina justicia, y parte el castigo de la humana. En pocos dias se vió el inocente Obispo libre de acusadores, admirando todos aquel egemplar de serena tranquilidad que no inquietaron las olas de tantas calumnias, desacatos y atrevimientos. Al mismo tiempo fué elevado al obispado de Mechoacan en la Nueva España, el cual gobernò seis años con mayor aceptacion que el del Paragnay: y aunque no le faltaron contradicciones, consiguó reformar en partes las costumbres depravadas del pueblo. Murió tan pobre como habia vivido, y si religioso no tuvo para costear los gastos de la consagracion, le faltò siendo Obispo para los del entierro.

Mientras el alcalde de la Assumpcion entendía en la prision del Obispo, el teniente de la provincia, Alonso de Vera y Aragon, se hallaba en lo interior del Chaco acalorando la fundacion de una ciudad sobre el Bermejo. El nombre *Chaco* en diversos tiempos ha tenido varias acepciones con mayor y menor latitud de significado. Los indios que habitaban entre el Pilcomayo y el Bermejo, llamaban *Chacu* al congreso y junta de vicuñas y guanacos que, levantados de los cazadores y desfilados hàcia el centro, concurrían en el sitio destinado para la caza. De los animales trasladaron los españoles el nombre al pais, alterando la última letra, y llamándolo Chaco, con significado tan limitado que solo se extendía à la península que hacen el Pilcomayo y el Bermejo. Con el tiempo se amplió el significado, aplicándolo à una dilatadísima provincia que corre entre el Salado y Paraná, desde la jurisdiccion de Santa Fé, y abarcando los Llanos de Manso, se dilata por la costa occidental del Paragnay, ocupando por muchas leguas al norte y poniente los paises intermedios.

Habitaban el Chaco diversas naciones, varias en ritos, costumbres y exterior contextura de rostro y facciones: cuyo catálogo omito por no fastidiar al lector con nombres peregrinos. Al presente solo es mi asunto referir como el teniente Alonso de Vera y Aragon fundó la ciudad de la Concepcion del Bermejo en lo interior del Chaco. Habia corrido el pais el año de 1583 en seguimiento de los Guaycurús y Nacoguaques, que daban muestras de alzamiento con las hostilidades que ejecutaban en los contornos de la Asumpcion. Prendòse entonces del contorno y deseó fundar ciudad para contener el furor de los chaquenses.

Viéndose ahora con el gobernalle de la Provincia por nombramiento de su tio el Adelantado, puso en obra lo que tenia prometido. Escogió ciento y treinta y cinco soldados, y saliendo á correr la campaña, le hicieron poderosa resistencia los Guaycurús, los Nacoguaques, los Mogosnas, los Frentones y los Abipones: pero acosados de la caballeria, se retiraron cediendo el paso à los españoles; los cuales llevaron sus armas al pais de los Matarás, y en sitio ameno y de pingue meollo situaron la ciudad de la Concepcion, à distancia de algunas leguas del Bermejo, mas abajo de la laguna que llaman de las Perlas.

§. XIII.

GOBIERNO DE D. JUAN TORRES DE VERA Y ARAGON.

1587—1591.

Al segundo año de su fundacion llegó à la provincia el adelantado Juan Torres de Vera y Aragon, á quien demoraron en Chiquisaca dependencias domésticas. Al siguiente año señaló ochenta soldados à cargo de Alonso de Vera, el Tupí, otro sobrino suyo, para principiar una ciudad en la costa oriental del Paraná; y lo executó con leve oposicion de los infieles que señoreaban el terreno, po-

niendo los fundamentos de la ciudad en altura de 27 grados y 43 minutos, y 318 grados y 57 minutos de longitud, segun las observaciones del Padre José Quiroga. El sitio es delicioso, casi sobre la junta del Paraná y Paraguay, donde incorporados estos dos rios, corren por una madre, sin confusion de aguas, ofreciendo á la vista espectáculo agradable en una linea divisoria que no da lugar por algunas millas à mezclarse los puros cristales del Paraná con las turbulentas aguas del Paraguay.

A la ciudad denominó San Juan de Vera: pero hoy suena poco ese nombre, y ha prevalecido el de *Siete Corrientes*, por otras tantas en que parece dividirse el rio. Tomada posesion del sitio, erigieron los españoles el sacro-santo madero de la Cruz en parage algo distante del fuerte, que levantaron para reparo contra los infieles. Arrimáronse estos en gran número para desalojar los nuevos huespedes, los cuales con esfuerzo y valor frustraron las diligencias de los indios. Entonces uno de ellos, que acaso descubrió el santo madero, explicó su furia contra él, aplicando fuego para convertirlo en cenizas. Pero las llamas respetaron la Santa Cruz, y el sacrilego cayó muerto de un balazo. Consérvase hasta el dia de hoy el sagrado leño, que en memoria del suceso se llama *la Cruz del Milagro*.

Tucuman al parecer estaba concebido con infeliz horòscopo de malignos influjos. Estos no eran pasajeros de pocos dias: duraban años y mas años, y el golpe principalmente descargaba sobre las cabezas. A Gonzalo Abreu sucedió Hernando Lerma, caballero sevillano, dotado de brillantes prendas y crecidos méritos, que daban esperanza que seria pacifico y prudente gobernador. El era antes de su asuncion al gobierno semejante á Abreu, y lo que fué despues de empuñado el baston. El primer acto de su autoridad fué prender á Abreu, y con dos pares de grillos encerrarle en estrecho calabozo, diputando guardias de toda satisfaccion que velàran sobre su seguridad, con òrden de negarle comunicacion con personas que podian aliviar sus trabajos y endulzar sus tristezas.

Clamaba el infeliz inútilmente porque Lerma intentaba con martirio prolongado darle cruel muerte. Al fin á los ocho meses de prisionero, oprimido de miserias y dislocado con tormentos, murió en un calabozo, pagando con fin tan lastimoso la tiranía con que trató á D. Gerònimo Luis de Cabrera. Por este mismo tiempo llegó á su diocesis el Ilmo. Fr. Francisco de Victoria, del órden de Predicadores en la provincia de Lima: religioso de una consumada literatura, virtudes heróicas y singular talento de go-

bierno. Había antes despachado à D. Francisco Salcedo, dean de la catedral con título de administrador del obispado. Al principio pasó buenos oficios con el Gobernador, hasta que los malsines con hablillas los malquistaron. El Gobernador lleno de enojo, explicó su cólera, negàndole el título de licenciado, que no constaba hubiese recibido en ninguna universidad, y el deanato, porque Su Magestad solo habia concedido licencia para cuatro beneficiados. Con esto se banderizó la ciudad, siguiendo unos al Gobernador por interes, otros al Dean, abrazando la razon. El Dean, conocido el génio arrebatado del Gobernador, se ausentò á Talavera, quedando sus factores à discrecion de un émulo poderoso. Contra ellos convirtió los aceros de la venganza, tratàndolos con sumo rigor en la cárcel, imponiendo al alcalde severo mandato de no sacarlos del cepo, ni avisarle de su muerte hasta despues de tres ò quatro dias. Su ira se extendía de los culpados (si puede haber culpa en no condescender à injustas pretensiones), à los parientes y conocidos. Los escribanos tuvieron con èl mala cabida, y sin mas culpa que no firmar sus instrumentos de iniquidad, fueron despojados de sus bienes y puestos de cabeza en el cepo. A Francisco Ramirez, fiel criado suyo, y obsequioso à su señor, porque asistiò de testigo ante el administrador del Obispado, le castigò colgàndole en un caldalo.

No solo con semejantes personas era el Gobernador atrevido : à los sugetos mas respetables perdia el decoro, y trataba con tèrminos irreverentes. Los Oidores en su boca eran bachilleres ignorantes. El año de 1582, despachò la Real Audiencia provision de algunas ordenanzas para el acreglo de la provincia, que bien lo necesitaba, pues tanto desórden y libertad habia reinado desde el principio. No reparò Lerma en eso, y como cuidaba poco de arreglamiento, escribió à los cabildos de las ciudades que no las obedeciesen. Los excesos del Gobernador llegaron al último extremo, y los fieles frecuentaban las iglesias, suplicando al Señor por la defensa de su causa, y libertad de su rebaño, que lo despedazaba el lobo carnicero, traspasando todos los derechos humanos, natural y divino. El Dean Salcedo, ausente en Talavera, buscò asilo en el Convento de Ntra. Sra. de la Merced, morada de santidad à todos respetable, menos à Lerma, de cuyo órden Antonio Mirabal con algunos injustos ministros de justicia, fué al convento, y entrando en la celda donde yacia enfermo el Dean : *Lerántese de la causa, le dice, y dése preso por el Gobernador.* El Dean con eclesiástica entereza se armó con la manunidad de su fuero; pero como ese era poco arnés para Mirabal : *Lerántese, repite, que sino lo llevaré arrastrado.* El lo dijo, y lo ejecutó, asiéndolo por los cabezones.

Al ruido y tropel salió de su celda el Padre Felipe de Santa Cruz, varon autorizado, comendador del convento, y convertido al ministro sacrílego:—*Así, Mirabal, le dice, se trata à un Dean y Administrador del Obispado?*—Mirabal, nada embarazado con la gravedad respetable del padre Comendador, respondió en pocas palabras una desenvoltura, que no se explica con muchas:—*Esperad, perro, le dice, que luego volverè por vos.* Asegurado à satisfaccion el Dean, volvió al convento con el mismo tropel, y prendió al Comendador con otros religiosos y clérigos, cuyo encarcelamiento durò hasta que Lerma salió preso para Chuquisaca. Entretanto se consumia el Obispo, y el celo de la casa de Dios abrasaba su corazon. Las ciudades envueltas en disturbios; los tribunales sin justicia; el gobierno en manos de un tirano; las iglesias profanadas, las inmunidades invadidas; los ministros del Señor en prisiones, y las armas eclesiásticas sin vigor, hacian en su piadoso corazon eco lastimoso, que avivaba el dolor con la memoria del mal que cundia y la imposibilidad de remediarlo.

A los dos años de su gobierno, Hernando Lerma fundò una colonia en el valle de Salta, sacando para el efecto los principales pobladores de las ciudades. Al principio se dificultò sobre el sitio donde se debia plantear la ciudad, y se resolvió colocarla en un ameno valle al oriente de Calchaquí, medio entre los rios de Arias y Siancas, sobre unas cienegas que por allá llaman *taguretes*, de calidades nocivas, y que hacen el sitio poco apetecible.

Dióse principio à la ciudad à diez y siete de Abril de 1582, y se llamó ciudad de Lerma en el valle de Salta de la provincia de Tucuman. No cuidò Lerma de señalar patron à la colonia, satisfecho al parecer con tenerla à la sombra de su nombre. A los seis meses se sortearon algunos santos por mano de Petronilla, niña de pocos años, la cual sacò al glorioso San Bernardo, cuya fiesta solemnizan en una capilla que está fuera de la ciudad, la cual reconoce por su principal patron à San Felipe Apóstol, y de su nombre se llamó la ciudad San Felipe de Lerma, asiento de los Gobernadores de esta Provincia.

La situacion fuè en los principios útil por el reparo de los tagaretes que dificultan la entrada, y solo la franquean por estacadas que ingeniò la industria. Los Cochinocàs, los Humaguacas y Calchaquí molestaron con frecuentes asaltos la nueva poblacion: però solo sesenta españoles la defendian vigorosamente. ¡Tanta era la valentia de los primeros conquistadores, los cuales pocos en número, ven-

cian grandes ejércitos de indios! Al fin se rindieron à capitulaciones de paz con la ventaja de condiciones, que prescribe el vencedor al vencido.

Cuando el capitan Tristan de Tejada volvió à Còrdoba de la fundacion de Salta, hallò que se habian alzado los indios de Tintin, los de Cosle, los de Conlara y Tulian, los de Nondolma, Conchuluca, Quisquizacat, Tunun y Cantacalo, conspirando todos contra los pobladores de Còrdoba; dando principio al alzamiento con la muerte de un religioso y de algunos yanaconas de servicio. Tenian varias emboscadas, y su acampamiento en el Morro, camino de Chile, à donde lo buscò el capitan Tejada; y presentada la batalla, derrotò al enemigo con tanta felicidad, que sin daño de su milicia, puso en huida el principal ejèrcito y à los que estaban en celadas.

Casi por el mismo tiempo el Gobernador Lerma efectuò la prision del reverendo P. Fray Francisco Vasquez, del òrden de Predicadores, à quien el ilustrísimo Victoria nombrò administrador del Obispado. Refugiòse el Administrador à la catedral, pensando hallar amparo en el acatamiento al venerable Sacramento del altar. Mas queriendo un sacrílego respetò à Dios! Intentò sacarlo con osadia; y porque los primeros ministros de justicia que citó respetaron la santidad del lugar, los mandó reemplazar por otros mas de su genio, que prendieron ignominiosamente al Administrador.

La voz de tantas maldades, y el respeto perdido à los tribunales superiores, llegó à Chuquisaca, cuya real Audiencia, en 6 de Noviembre de 1583 dió comision al capitan Francisco Arevalo Briceño, alguacil mayor de la Audiencia de Charcas, para prender à Lerma, y llevarlo preso à Chuquisaca para hacerle los cargos correspondientes à sus procederés. Briceño efectuò la prision sin ruido, alegràndose todos de ver al lobo enredado en los lazos que tenia armados para otros. Llevado à Chuquisaca, se empezò la residencia, pero llegando el juez à quien privativamente estaba cometida la real Audiencia, alzò mano, y fué conducido en prisiones à Tucuman.

El juez era D. Juan Ramirez de Velazco, en cuyas venas latía la nobilísima y antiquísima sangre de los reyes de Navarra: caballero benemérito por sus servicios en las campañas de Sena, Milan y Flandes, en el alzamiento de los Moriscos de Granada, y en la toma de Portugal: habia hecho doce viages à las Indias, y contaba treinta años de servicios calificados en utilidad de la monarquía. Era de inflexible rectitud y natural commiseracion con los pobres indios. No pu-

do llegar à Tucuman hasta el presente año, y trajo consigo de Chiquisaca á Lerma para entender en su residencia.

Con su atractivo, y amables prendas se concilió la voluntad de los primeros conquistadores, y espuso à Su Magestad los servicios de cada uno para que los premiára, segun la graduacion de los méritos. Restableció el estado eclesiástico en su debido honor, convidando con expresiones de singular veneracion á los ministros del Señor, que se habian ausentado por los desacatos de Lerma, para que se restituyeran à la Provincia. En el primer año de su gobierno se efectuò la entrada de los jesuitas en el Tucuman.

El bárbaro Calchaquí, que unas veces daba fingida paz, otras se declaraba en manifiesta guerra, daba cuidado, especialmente á la nueva ciudad de Salta, de cuya existencia pendia la franca comunicacion con el Perú: y aunque el Gobernador Velazco, desde el principio quizo enfrenar su atrevimiento, ocupado en la visita y otros negocios del gobierno, no le fuè posible hasta el año de 1589, en el cual al frente de cien españoles y trescientos indios flecheros, llevando en su compañía al celosísimo P. Alonso Barzana, entró á Calchaquí con el fin de domar la cerviz del insolente enemigo.

No eran esos los pensamientos del P. Barzana, el cual como santo los tenia de paz y reconciliacion, intentando con buenos términos amansar al leon. En efecto el siervo del Señor, confiando en Dios, adelantándose á los españoles, se presentaba intrépido al ejército Calchaquí, los cuales armados de arco y flecha para matarle, templaban su ferocidad con pocas palabras que les decia, y se daban de paz. Vez hubo, que estando los dos campos para presentar la batalla, se interpuso el P. Barzana, los desarmó y redujo á tratados de paz. Todo el valle y sierra de Calchaquí quedó allanado á esfuerzos de su fervoroso celo, el cual, sin uso de armas, sin efusion de sangre y en poco tiempo, consiguió lo que las armas españolas no efectuáran en mucho.

Pacificado el Calchaquí, se restituyó el Gobernador Velazco á Santiago, y entendió en los negocios de gobierno. Los indios de encomienda, con su diligencia, convertian sus faenas en útiles emolumentos: trabajaban en los obrages de lana y beneficio de los tintes, cuyos efectos transportados al Perú producian oro y plata. Embarazosa cuestion fuera averiguar si los antepasados fueron mas ricos y opulentos que los presentes. Lo cierto es que fueron mas laboriosos, y tuvieron corrientes las maniobras que utilizaba incomparablemente la provincia.

Restituido de Calchaquí, y concluida la residencia de Lerma, el Gobernador Velazco lo despachó preso á la corte, donde murió en prisiones con tanta pobreza, que no tuvo para enterrarse.

El Adelantado Juan Torres de Vera y Aragon gobernó muchos años la provincia, al principio por tenientes generales, y personalmente desde el año de 1537, con plena satisfaccion de los españoles, paz y quietud de los indios. Aunque podía prometerse honrada y sosegada ancianidad en prosecucion del adelantazgo, sobre el seguro de los méritos adquiridos y acatamiento con que todos le miraban, reconociéndole padre y fundador de la Villa Rica, Xerez, Buenos Aires, Concepcion y Corrientes, el dulce amor de su patria, Estepa en Andalucía, le movió á renunciar el adelantazgo, por los años de 1591.

Por el mismo tiempo, ó entrado ya el año de 1592, se rebelaron los Mogosnas y Frentones, sitios en las vecindades de la Concepcion del Bermejo, alzados por sus hechiceros, los cuales, temiendo ser derribados del alto sólio en que estaban por los PP. Alonso Barzana y Pedro Añasco, que á la sazón evangelizaron el reino de Dios en las vecindades del Bermejo, sublevaron los paisanos, prometiéndoles feliz suceso con el auxilio de sus dioses, que conspirarian en su ayuda contra los españoles, impíos tiranos de su libertad. Los Mogosnas creyeron á los hechiceros y dieron principio al alzamiento con la muerte de algunos españoles, y de D. Francisco de Vera y Aragon, hermano de D. Alonso de Vera, el fundador de la Concepcion, y teniente actual de la ciudad.

El sentimiento de D. Alonso por la muerte del hermano fué grande, y resolvió la venganza castigando á los rebeldes. Para lo cual juntó sus milicias, y aliandose con algunos indios de mayor confianza, dió sobre ellos, y mató gran número de amotinados. Los demas se confederaron con los Frentones y otras parcialidades de indios, y empezaron á fatigar tanto á los Concepcionistas y con tal obstinacion, que les obligaron á desamparar la ciudad, retirándose sus moradores á las Corrientes, el año de 1632, casi al cuadragésimo-séptimo de su fundacion. Materia verdaderamente sensible, por lo que facilitaba el comercio de Tucuman, y digna de que algun ministro adquiriera nombre grande, y haga méritos para nuevos ascensos con su reedificacion.

§. XIV.

GOBIERNO DE D. HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1592—1594.

Por la renuncia de Juan Torres de Vera y Aragon entró á gobernar D. Francisco Zarate, segun el P. Francisco Bautista, que dice haberlo sacado del libro capitular de la Asumpcion, añadiendo que substituyó en su lugar de Teniente General á Juan Caballero Bazan. Aunque la autoridad del P. Bautista es grande por su diligencia y teson en revolver antiguedades del Rio de la Plata, nos parece, siguiendo la autoridad del P. Pedro Lozano, que el que inmediatamente sucedió al Adelantado Juan Torres. fué Hernando Arias de Saavedra, electo por pluralidad de votos, segun la cédula del Sr. Carlos V, otras veces citada, que todavia estaba en vigor. La asignacion de D. Fernando Zarate, y substitucion en Juan Caballero Bazan, no sucedieron hasta el año de 1594, en que recibió cédula, y órden para que con retencion del gobierno de Tucuman, se encargára tambien del Rio de la Plata.

Hernando Arias de Saavedra, pues, el año de 91 ó 92, empuñó el baston. Era hijo de Martin Suarez Toledo, y de Ana Sanabria, hija del Adelantado Juan Sanabria, natural de la Asumpcion, que se gloria de haber dado cuna á uno de los mayores caballeros del Nuevo Mundo. Esclarecido en las artes de la paz y de la guerra, de prendas tan sobresalientes, que los Ministros de la Casa de contratacion de Sevilla colocaron su retrato entre los heroes eminentes que han producido las Indias. Soldado tan valeroso, que capitaneando el ejército español, se presentó el general de los infieles, bárbaro, agigantado, de fornido cuerpo, robustas fuerzas y terrible aspecto, provocando con altiva presuncion á nuestro heroe, para medir las fuerzas, y resolver la campaña con la victoria, ó desgracia de los dos generales. Admitió Hernando Arias el combate, que fué muy reñido á vista de los dos campos, por la destreza de una y otra parte en eludir los golpes del contrario, hasta que Saavedra derribándole en tierra, y segándole la cabeza con la espada, se restituyó glorioso á su campo entre faustas aclamaciones de los suyos.

Visitó la provincia con singular aceptacion, inspirando en los españoles commiseracion con los indios. Navegando al puerto de Buenos Aires, descubrió en los indios remeros una talega de yerba del Paraguay, que ellos llaman en su idioma *Caá*; que se empezó á beneficiar durante su gobierno, y aunque por entonces disimuló, saltando en tierra, quemó en pública plaza la talega, diciendo á los indios: “no estrañeis esta demonstracion, porque á ella me mueve el grande amor que os profeso, pues oigo, que me dice presagioso el corazon, que esta yerba será la ruina de vuestra nacion.”

§. XV.

GOBIERNO DE D. JUAN RAMIREZ DE VELAZCO.

1595—1597.

A Hernando Arias sucedió D. Juan Ramirez de Velasco, que habia gobernado la provincia de Tucuman con satisfaccion y crédito. No ocurrió cosa memorable en su tiempo: pero harto lo es el haber acreditado su prudencia en las dos provincias, manteniendo en paz á los españoles, y teniendo á raya á los indios.

La pacificacion del valle de Calebaquí, y el humilde rendimiento de estos guerreros esforzados, contribuyeron á la quietud de los demas, sujetándose y ofreciendo homenaje los menos fuertes con el egeemplo de los mas animosos. En toda la provincia se gozó quieta tranquilidad, á expensas de su gobernador Juan Ramirez de Velasco; que el año de 1590 recogió un donativo que ofrecieron gratuitamente las ciudades á su Rey, cuyos tesoros estaban exhaustos por los gastos de la infeliz armada de Inglaterra, y largas guerras de Flandes.

Al siguiente año de 1591 planteó una ciudad en el país de los Diaguitas en 30 grados de altura, á espaldas de la cordillera chilena, que

le cae al poniente, sacando para la fundacion setenta españoles, soldados valerosos, y sugetos de caudal para costear los gastos de la conquista. A la poblacion denominó Ciudad de Todos Santos de la Nueva Rioja, cuyo principio, que despues la enriqueció, fueron numerosas encomiendas de indios para la labor y beneficio de los campos.

En el distrito de la Nueva Rioja cae Famatina-guayo, cerro famoso por las novelas que se cuentan, y por los metales de que, segun se dice, abundan su senos. Algunos hacen subir ai tiempo de los Incas el beneficio de opulentísimas minas, que enriquecian los imperiales erarios de estos soberanos, en cuyo nombre ministros de exacta rectitud y probada fidelidad, velaban sobre los beneficios y atendian á la cobranza de los derechos.

Contribuyó á la prosperidad de la Rioja el alzamiento de los Tabasquiniquitas y Mogas, situados en la falda de la serranía que cae al poniente de Córdoba: porque vencidos y derrotados por Tristan de Tejeda, valeroso y afortunado capitan, pidieron la paz y ofrecieron vasallage. Con su auxilio se empeñó este gefe en nuevos descubrimientos, tirando mas al poniente, y arrimándose mas á la ciudad de Todos Santos con la conquista de los Escalonites y Zamanaes, que pretendió agregar á la ciudad de Córdoba. Pero el Gobernador Velasco, que miraba á la Nueva Rioja con particular cariño, le cedió los indios que pacificó el capitan cordobes, adjudicándole el terreno que ocupaban los Tabasquiniquitas, los Mogas, los Escalonites y los Yamanaes.

En 1593 emprendió la fundacion de otras dos poblaciones: la primera, que llamó San Salvador, fió á D. Francisco Algañaraz, noble Guipuzcoano, en cuyas venas corria la noble sangre de los Ochoas, señores de Algañaraz, y la de los Murgias y Vilasteguis. Era persona de valor y prudencia, cuyo especimen habia dado en varias operaciones, que á su valor y discrecion fiaron los gobernadores pasados, concluyendolas siempre felizmente y con aplausos. Para la fundacion alistó algunos pobladores de las ciudades, y la efectuó con suceso tan feliz, que ni en los tiempos pasados con las invasiones de los Calchaquí, ni en los presentes con la de los Chaquenses, degeneró de los espíritus de su fundador.

Está situada la ciudad en una quebrada que corta la serranía de Calchaquí en el vaile de Xibixibe, entre los rios Jujuy y Siancas, casi en los veinte y cuatro grados de latitud. Goza temperamento poco saludable, expuesto á tercianas y á unos tumores que engendra la malignidad de las aguas en la garganta, que por acá llaman cotos. Tiene pocos vecinos, pero ricos y bien avenidos. Los primeros pobladores se apli-

caron á sugetar los infieles rayanos, cuya altivez humilló el valor español; los Purmamarca, los Osas, los Paypayas, los Tilcanes, los Ocloyas, y Tilianes, naciones sepultadas en eterno olvido, que parte habitaban la aspereza de las sierras, parte se dilataban á las márgenes del Bermejo, y que sin embargo no dieron mucho cuidado al animoso fundador. Mayor resistencia hicieron los Humaguacas, siempre indómitos y obstinados en inquietar con correrías á los castellanos.

La segunda poblacion que de órden de Juan Ramirez de Velazco se principió, es la villa de Madrid de las dos Juntas, sobre el Salado, donde este incorpora sus aguas con el rio de las Piedras. Su duracion fué de poco tiempo, y solo permaneci6 hasta el año de 1603, en el cual sus vecinos y los de Talavera, desamparadas sus ciudades, de comun acuerdo y hermanable sociedad fundaron otra, dos leguas de la villa de las dos Juntas, á la cual llamaron Talavera de Madrid. Nombre que borró el tiempo, y prevaleció el de Esteco, con el cual hasta el día de hoy es conocida, aun despues que la arruinó un terremoto.

§. XVI.

GOBIERNO DE D. FERNANDO ZARATE.

1597—1598.

Al octavo año de su gobierno llegó sucesor á D. Juan Ramirez de Velazco en D. Fernando de Zarate, caballero del órden de Santiago: tan cristiano como valeroso, tan circunspecto como vigilante, tan celo de los reales derechos, como de los divinos honores, sugeto de tanto caudal para el gobierno, que á un tiempo empuñó el baston de Tucuman y Rio de la Plata. En tiempo de su gobierno intentaron los ingleses dos veces tomar el puerto de Buenos Aires: pero nuestro Gobernador celando los honores del Rey Cat6lico presidi6 el puerto con las milicias tucumanas, y levantó un fuerte para reparar semejantes acometimientos. Visitó ambas provincias con tanta vigilancia y teson, que de fatiga y cansancio, au-

tes de concluir la visita falleció al segundo año de su gobierno, y fué de todos tan llorado en muerte, como amado en vida.

Por este tiempo llegó á Tucuman Fray Fernando Trejo, digno sucesor de Fray Francisco de Victoria, hijo del seráfico Padre, el cual florecía en virtud y letras, en su convento de Lima, y recibida la cédula de merced el año de 1594, el siguiente tomó posesion de la silla episcopal. Fué Prelado que llenó las esperanzas que de él se tenían. Pastor celoso del bien de sus ovejas; padre universal de todos, abrazando sin distincion de personas al noble, al plebeyo, al indio, al etiope; si alguno le merecía especial cariño era el desvalido y necesitado, que disfrutaban su renta episcopal con tanta alegría de ellos, como sentimiento del misericordioso limosnero, por no tener mas que dispensar á los pobres.

Casi al mismo tiempo tomó el gobernalle D. Pedro Mercado Peñalosa, noble caballero, piadoso, cristiano y valeroso soldado. De su gobierno ha quedado confusa noticia, de continuas guerras que tuvo con los infieles por el alzamiento de los Calchaquís, á los cuales contuvo su valor para que no asoláran las ciudades fronterizas, que enfrenaban de algun modo su indómito orgullo.

§. XVII.

GOBIERNO DE D. DIEGO VALDEZ DE LA BANDA.

1598—1600.

Todo este tiempo, desde la expulsion de Fray Alonso Guerra, careció de pastor el Rio de la Plata. Tres fueron provistos: Fray Luis Lopez Solis, Fray Juan Almaraz, Agustinianos, y D. Tomas Vazquez de Liano, Canonigo magistral de la santa Iglesia de Valladolid, ó de Zamora, como dicen otros. El primero, promovido al obispado de Quito, y el segundo al de la gloria, no pasaron á sentarse en la silla episcopal del Rio de la Plata, y cedieron su lugar al tercero, digno de llenar el vacio de tan ilustres preladados.

Pero la provincia del Rio de la Plata no habia aun espiado sus atentados sacrílegos, ni merecia tener varones tan consumados, y parece quiso Dios dar muestras de su justo enojo, sacando de este mundo en Santa-Fé de Vera, al Ilmo. Vazquez de Liano, echando ceniza sobre el fuego prendido por D. Diego Valdez de la Banda, que empezó á gobernar el Rio de la Plata, en 1598.

Embarcáronse juntos, y en la navegacion tuvieron pesados encuentros y sensibles competencias, y hallo expresa memoria de la tolerancia con que el Ilmo. Liano sufrió los improprios y befas del Gobernador, que miró con poco acatamiento al príncipe eclesiástico.

Llegados á Santa Fé, esperando el Ilmo. las bulas para consagrarse, le llamó Dios para sí con incomparable sentimiento de las personas religiosas. No mucho despues al Gobernador Valdez de la Banda asaltó la última enfermedad, en cuyo discurso gritaba dando voces:—“Traigan silla para el Señor Obispo, que me viene á visitar.” Claúsulas finales, que repetidas con sobresalto del moribundo Gobernador, dieron á los presentes materia de varios discursos.

§. XVIII.

GOBIERNO DE HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1602—1609.

Con el nuevo siglo empezó la provincia del Rio de la Plata á respirar aires mas benignos: los tumultos civiles que todo lo consumen, se acabaron con muerte de los principales motores: los indios desengañados con la experiencia, y humillados con el castigo, no daban cuidado á la milicia española: los gobernadores, mas á propósito para deseudernar provincias que para gobernarlas, habian finalizado sus dias.

Por muerte de D. Diego Valdez de la Banda entró á gobernar

Hernando Arias de Saavedra, ó per eleccion segun la cédula del Emperador Carlos V, otras veces citada, ó por nominacion del Señor Virey, en cuya virtud gobernó hasta el año de 1602, en que recibió cédula real fecha en 18 de Diciembre de 1601 que le conferia en propiedad el baston del Rio de la Plata.

Hernando Arias, pues, sucedió inmediatamente á D. Diego Valdez, y como tenia ánimo guerrero, emprendió algunas operaciones militares. Entró, aunque no sé puntualmente el año, á la provincia del Estrecho de Magallanes, internándose desde Buenos Aires, doscientas leguas tierra adentro. El suceso no correspondió al valor del capitán ni á la fortuna de sus empresas: porque él y su gente quedaron prisioneros de guerra en manos de bárbaros. Tuvo Hernando Arias la fortuna de soltarse de las prisiones, y entrando segunda vez con milicia mas numerosa, libertó sus compañeros, y castigó los infieles.

Otras dos facciones emprendió en su gobierno, aunque no es averiguado á punto fijo el año:—la conquista del Paraná, y la del Uruguay. En la primera operacion, con parte de la milicia, tuvo que diferir la conquista: en la segunda perdió toda la milicia compuesta de quinientos soldados. ¡Tanto era el furor de los Paranaés y Uruguayos, y la ciega obstinacion con que defendian el originario suelo!

Por este tiempo gozaba la iglesia del Paraguay un insigne Prelado, sobrino de mi glorioso Padre San Ignacio, el ilustrísimo Fray Martin Ignacio de Loyola, nobilísimo Guipuzcoano. Profesaba el seráfico instituto en la provincia de San José, y resplandecía en virtudes religiosas, humildad, despejo mundano, y celo apostolico, que obligó á abandonar primero el mundo, y despues la Europa, viniendo al Paraguay donde se exercitó como fervoroso misionero en la instruccion de los gentiles. En tan santa y loable ocupacion, le alcanzó la órden de restituirse á España, y como sus parientes eran nobles, consiguieron que se le hiciera propuesta de varias mitras, que no admitió su grande humildad, con edificacion de la Corte. Pero como á la propuesta se añadiesen órdenes terminantes, eligió entre los muchos que le propusieron el pobre y retirado del Rio de la Plata, para el cual fué presentado á 9 de Octubre de 1601, y consagrado en Valladolid, pasó luego á tomar posesion de su silla episcopal.

El año de 1603 celebró sínodo, en que el celo, prudencia y discrecion resplandecieron sobremanera.

Concluido el sínodo, visitó el Ilmo. las ciudades de su obispado, con grande utilidad de sus ovejas: y le sucedió que navegando del Pa-

raguay á Buenos Aires, halló náufragos en la orilla á los PP. Marciel Lorenzana y José Cataldino, que enjugaban la ropa á los rayos del sol, y los consoló con palabras llenas de amor y suavidad. A pocos meses de llegado á Buenos Aires, murió á principios de 1606.

Sucedióle el Ilmo. Fr. Reginaldo de Lizarraga, natural de Vizcaya en España, hijo esclarecido de la familia de Predicadores, lustre de su provincia limense, prior y definidor de ella, provincial de Chile, y despues Obispo de la Imperial, en cuyo tiempo (año de 1593) sucedió la fátalísima rebelion de los Araucanos de la Concepcion, adonde trasladó su cátedra episcopal. Fué promovido á la Asumpcion del Paraguay, y tomó posesion el año de 1608.

La conversion de los gentiles hizo muy señalada la época del año siguiente, que lo fué tambien de su muerte, dando los jesuitas principio á la conversion del Guayrá, Paraná y Guaycurús. Habíanse tentado varios medios, y el de las armas no produjo el efecto deseado. Sobre eso la Real Magestad tenia expedida una cédula, en que ordenaba á Hernando Arias que procurára efectuar la pacificacion de los indios por medio de la predicacion, y no por el estrago y ruido de las armas.

Efectivamente, el Gobernador Hernando Arias y el Ilmo. Lizarraga, suplicaron al P. Provincial Diego Torres que señalára misioneros para Guayra: y como en el P. Provincial ardia el celo de las almas, luego puso los ojos en los Padres José Cataldino y Simon Malzeta, italianos de nacion, y escogidos para la conversion del gentilismo guayreño.

Mas gleriosa por mas difícil, aunque no tan feliz en el suceso, fué la empresa de los Guaycurús, nacion la mas inculta, vagamunda y bárbara que conoce la América Meridional. Habitaban al occidente del Paraguay, fijando á veces su acampamento en la derecera de la Asumpcion sobre la márgen opuesta. Nada igualaba el atrevimiento de su ánimo, y el desprecio con que miraban los españoles, contra los cuales se hallaban en la sazón mas irritados que nunca: porque intentando asaltar la ciudad en la noche de la fiesta de la Asumpcion de este año, cuando divertidos con el regocijo pensaban en solazarse, los previno Hernando Arias matando algunos de ellos, é irritando los demas para la venganza. Tal era el estado de los Guaycurús, desesperado á juicio de los mas, é incapaz de admitir el yugo de la ley de Cristo.

A D. Pedro Mercado y Peñaloza, sucedió el año de 1600, en el gobierno de Tucuman, D. Francisco Martinez de Leiva, caballero del hábito de Santiago, mas memorable en las historias chilenas, por su valor

contra los Araucanos que en las tucumanas por sus facciones militares; ó porque sosegados los indios no ofrecieron egercicio á su valor, ó porque la muerte aceleró los pasos y cortó antes de tiempo el hilo de su vida.

Ocupó su lugar D. Francisco Barraza y Cárdenas: pero su gobierno, mas breve que el de su antecesor, finalizó la muerte el año de 1605. Sucedíole Alonso Ribera, célebre en las campañas de Flandes, defensa de Cambray, sorpresa de Amiens en el ardid del carro de nueces, operaciones militares en Italia, y valor experimentado en Chile. Su gobierno en Tucuman por ahora solo ofrece de particular el haber humillado al orgulloso Calchaquí, al cual puso freno el año de 1607 dentro del valle de Londres, con una ciudad que llamó San Juan de Ribera. El año de 1609 deshizo la villa de Madrid de las dos Juntas, y la incorporó con la de Esteco, trasladando ambas á dos leguas de la villa de Madrid, de esta banda del rio Salado.

Proseguia en el gobierno de su iglesia el ilustrísimo Fray Fernando Trejo, ejemplar de prelados, celando con incomparable vigilancia el bien espiritual de sus ovejas, tan padre de los pobres en lo que repartía de sus rentas, como pastor amoroso en la defensa y proteccion de su rebaño, oprimido á la sazón con extorsiones indecorosas. Defendió los límites de su obispado contra la pretension del ilustrísimo D. Alonso Ramirez de Vergara, que se apropiaba el derecho á los pueblos de Humaguaca y Casabindo.

§. XIX.

GOBIERNO DE D. DIEGO MARTIN NEGRON.

1610—1615.

A Hernando Arias de Saavedra, cuyo gobierno terminó á fines de 1609, ó principios de 1610, siguió D. Diego Martin Negron, digno su-

cesor de varon tan esclarecido. Era D. Diego caballero de prendas sobresalientes: su cristiandad realzaba la heredada nobleza, su discrecion le hacia amable, y su entereza respetable á todos. Tuvieron en él los indios padre amoroso que se compadeciese de sus necesidades, y protector inflexible de los faeros de su libertad, desatendidos, ó atendidos solamente para que la codicia de los encomenderos no los traspasase mas culpablemente. Punto era este que inútilmente lamentaban y repetian con frecuencia desde el púlpito los predicadores, con aquel efecto que si predicáran á estatuas de mármol, sordas á los gritos del pregone-ro. Lamentábalo tambien el Gobernador D. Diego, y esforzábale como justo y compasivo: pero uno solo contra la multitud de poderosos encomenderos, no podia prevalecer. Arrojo fué, que no desmerece el nombre de cristiano, el intentarlo, pero el brazo que habia de vencer este obstáculo pedia superior movimiento y poder mas soberano.

Tal fué el que trajo el año de 1611 el Dr. D. Francisco Alfaro, Oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca, persona benemérita y de conocidos talentos para el empleo. Pero antes que registre la historia sus operaciones, y el fomento que tuvo en nuestro Gobernador, será bien tomar de atras la carrera, y referir los pasos que sobre el asunto se habian dado para desterrar el servicio personal de los indios: punto que pide larga relacion; pero ceñida en pocos términos, es en sustancia como sigue.—Con el descubrimiento de las Indias empezó el uso y abuso de los naturales, privándoles, á título de conquista, de la amada libertad que Dios y la naturaleza les habia concedido, no menos á ellos, que á los que pretendian hacerse dueños y señores. ¡Quien dijera que por descubrirse en el corazon de la Europa un nuevo reino, incognito hasta nuestros dias, y admitir con humanidad los regnícolas á los descubridores, habian estos de adquirir derecho á cautivar y poner en mísera servidumbre á los naturales! Y como si fuera poco hacerse dueños de sus opulencias y ricos minerales, ponerlos tambien en miserable esclavitud!

Este infame abuso, que parece obra de una fantasía delirante, introdujo en América la insaciable codicia, poco ó nada satisfecha con los inagotables tesoros y minas de que abundan las Indias. Muy á los principios empezaron á tratar á los naturales eual esclavos, y como lotes de negros, se transportaban navíos enteros de unas provincias en otras para ser vendidos en públicas almonedas. Materia era esta de gran sentimiento para los Católicos Monarcas, cuya piedad celó de propagar la Fé; y su commiseracion con los indios les hizo dictar medidas que juzgaron oportunas para remediar males tan graves, y á la nacion española indecorosos: expediendo á este fin varias cédulas á los señores Vireyes,

Audiencias y Gobernadores. Pero la suma distancia debilitaba la fuerza, y atenuaba el rigor de mandatos tan severos.

No obstante, á esfuerzos de aprémios y severas penas, despues de algun tiempo se abrogó la envejecida costumbre de cautivar naturales, y de reducirlos á miserable esclavitud. Bien que en antiguos y recientes monumentos hallamos algunas *malocas*, (esto es, entradas á cautivar y apresar indios para venderlos, y servirse de ellos furtivamente en los domésticos ministerio). Verdad es que desde el tiempo del Señor Felipe II cesó casi del todo la infame profesion de las malocas entre los españoles; y si tal cual vez osó la codicia atropellar los reales mandatos, se buscó asilo de inmunidad en las tinieblas, para no ser descubiertos con el hurto en las manos.

Pero la codicia, grande artífice de novedades para sus intereses, se ingenió en llevar adelante sus ciegos proyectos, y con la introduccion de un nuevo abuso suplió la privacion de otro. Desterrada la esclavitud de los indios, ocupó su lugar el servicio personal, á que eran obligados los miserables por un moderado tributo.

Sabido es en las historias de Indias, que los Católicos Monarcas premiaban el valor de los conquistadores y personas beneméritas con el repartimiento de algunas parcialidades ó pueblos de indios, mas ó menos numerosos, á proporcion de los méritos y carácter de los sugetos, transfiriendo en ellos el derecho que tenian Sus Magestades de exigir el tributo que antes de la conquista pagaban á sus caciques, Incas y Emperadores. Llamábanse estos repartimientos, encomiendas, y las que las poseian, encomenderos, los cuales personalmente ó por medio de otros, que se llamaban pobleros y egecutores, velaban sobre el trabajo de los oficiales, y aprovechamiento del tiempo, logrando instantes de trabajo por no malograr los aumentos de sus intereses.

El fin de los Católicos Reyes en estos repartimientos; las obligaciones que imponian á los encomenderos; la piedad y conmiseracion con que mandaban fuesen tratados los indios de encomienda, pueden llamarse pensamientos inspirados del Cielo para la conversion de los Americanos y propagacion de la Fé entre ellos. Pero la insaciable codicia que todo lo trastorna, convirtió el moderado tributo en esclavitud de los tributarios, y abrogada aquella, en vez de un corto y pequeño gravámen, oprimió á los miserables con el servicio personal, el cual, fuera del nombre, tenia todos los caractéres, y producía todos los efectos de la esclavitud.

Era el servicio personal, para explicarlo de una vez, una opresion

tiránica, que compelia á los indios con sus mugeres, hijos é hijas á trabajar de noche y dia en utilidad de los encomenderos : era una libertad esclava : libertad en el nombre, y esclava en la substancia, en los efectos y en la realidad : era un disfraz de servidumbre, que empobrecia la pobreza de los indios, y enriquecía los tesoros de los encomenderos : era un dogal, que á fuerza de increíbles vejaciones y trabajos excesivos, sofocaba los espíritus de los indios, y privaba á millares de la vida : era un tocar alarma, para que se rebelasen con la opresion, y sacudido el yugo de Cristo, sacudiesen tambien él del español, como lo egecutaron en Chile los Araucanos; en Tucuman los Calchaquís, Pulares y Diaguitas; en el Paraguay, los Guaycurús, Paranás y Guaranís, y en el Rio de la Plata, los Frentones, Querandís y otros muchos.

Este abuso infame y opresion injusta de consecuencias infernales, conmovió los ánimos de los Católicos Reyes, y desde luego se desvelaron en desarraigarlo. Pero su empeño en muchos años no surtió efecto favorable; ya por la ambicion de unos, ya por la pusilanimidad de otros, que no tenian ánimo y les faltaba aliento para hacer frente á los encomenderos. Las cédulas expedidas á este fin respiraban misericordia y piedad, capaz de mover corazones mas dóciles y menos obstinados : pero la resolucion denodada de los encomenderos, y su temerario atrevimiento, resuelto á cualquier arrojó, obligó á los reales ministros á suprimir los instrumentos de su comision para abrogar el servicio personal ; hechos cómplices del delito, incursos en fea desobediencia á las reales órdenes, los que mas debieran promover su egecucion en materia de tanta importancia.

Así se pasaron muchos años, los Reyes mandando, los Gobernadores desobedeciendo, los encomenderos triunfando, y los varones de celo suspirando inutilmente. ¡Tales eran y tan profundas las raices que habia echado la codicia en los corazones de los encomenderos! Entrado ya el siglo décimo septimo, tocó Dios el corazon de D. Juan de Salazar, hidalgo portugues, avecindado en Tucuman: caballero piadoso, cristiano y rico, que pasado á España, consumió toda su hacienda abogando en presencia de Felipe III en favor de los indios contra el servicio personal, y ultimamente murió, no sin sospecha de veneno, juez comisionario con ámplios poderes para desarraigarlo en la provincia de Cuyo.

Este generoso y compasivo portugues, consiguió, estando en la Corte, que en el reino de Chile se estableciese Real Audiencia, y para las provincias de Tucuman, Rio de la Plata y Paraguay se asignase un visitador, cuya principal incumbencia habia de ser el exterminio del servicio personal, odioso á los indios, y denigrativo de la nacion española. La cédula se expidió en 27 de Marzo de 1606, pero su egecucion retardaron algu-

nos accidentes, aparentes ò verdaderos. El año de 1610 nombró la Real Audiencia de Chuquisaca á D. Francisco Alfaro, para que informado personalmente de las cosas en las tres provincias del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, arreglase el tributo que se debia exigir de los indios en reconocimiento de vasallage.

Era el licenciado D. Francisco Alfaro ministro integerrimo, de méritos adquiridos con la inflexible rectitud de sus operaciones: celoso protector de los indios, cuyos agravios habia vindicado en Panamá y Chuquisaca, en el empleo de Oidor de los dos tribunales. No era fácil hallar sugeto mas adecuado para el intento: juicio reposado y penetrativo de las materias: sumo desinterés y limpieza de manos, que no se mancharon con el lodo de regalos, ni polvorearon los donativos: inflexibilidad y rectitud, con pecho de bronce para rebatir los golpes de la sinrazon, y de los que ciegos atropellan á los que pretenden encaminarlos, expédito en los negocios, no demorando la decision de las causas sino quanto pedia el fundo de las materias. El empleo de visitador, con que vino á las provincias de Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, era ocupacion de muchos años para otros: pero él lo concluyó con feliz acierto dentro del año de 1611.

Tres eran los cardinales puntos de su incumbencia. El primero miraba á la libertad de los indios, no imaginária y de nombre como hasta el tiempo presente, sino real y verdadera, á la cual directamente obstaba el servicio personal: el segundo miraba á los desagravios por las injusticias pasadas, y el tercero á la tasa moderada de tributos: punto, á la verdad escabroso, y de vado bien difícil: parte por la pobreza presente de los encomenderos, para satisfacer á los indios las injusticias pasadas: parte porque, aun en quien se suponía suficiencia de caudal, se creía faltar voluntad por los intereses de la codicia.

Este estado de las cosas, y el temor de no encaucrar mas las llagas, ocasionó el dar dos oficios á la imposicion que se les habia de poner á los indios de encomienda: el primero de tributo que debian pagar á los encomenderos, en nombre de Su Magestad, y el segundo por ser de satisfaccion tan moderada, que lentamente, pero del modo que únicamente hacian posible las circunstancias, compensase á los miserables indios el precio de los sudores pasados. Sobre la materia se tuvieron diferentes congresos en la Asuncion del Paraguay, cabeza del Rio de la Plata, y en Santiago del Estero, capital del Tucuman. Concurrieron hombres doctos, que habian manejado con particular estudio las materias, los gobernadores de las provincias, y procuradores de las ciudades.

Ya parece que era llegada la hora en que á la infernal hidra del servicio personal se le segase la cabeza, que se habia mantenido con la muerte de tantos infelices americanos. Todos conspiraban unánimes á este fin: los Reyes en sus cédulas, el visitador en las juntas, los gobernadores con el poder de sus bastones, los consejeros con la rectitud de sus pareceres, y los predicadores y personas de celo con sus sermones y razonamientos. Nada faltaba ya, sino que se arreglasen las ordenanzas y que las aceptasen las ciudades. Lo primero pendia del visitador, y las escribió con tanto acierto, que merecieron la aprobacion del Monarca, y se insertaron despues entre las leyes de Indias, *libro VI, título 17.*

Lo segundo pendia de las ciudades y encomenderos, y estos y aquellas llevaron pesadamente la promulgacion del nuevo deuteronomio, que cenía los límites á su interminable codicia, y cortaba las alas á su ambicion. Las ciudades nombraron procuradores, la Asumpcion del Paraguay al capitán Franciseo Aquino, y Santiago del Estero á D. Fernando de Toledo y Pimentel, cuarto nieto del primer Duque de Alba, para que tratasen en la Audiencia de Chuquisaca la revocacion de las nueve ordenanzas; por si acaso en este rectísimo tribunal, no tenia su apelacion el feliz despacho que deseaban. Señalaron al célebre Hernando Arias de Saavedra (Sol en esta ocasion eclipsado) procurador á la Corte, para que abogase por la mayor injusticia en el tribunal de la rectitud mas sincera. Los gastos de los procuradores costeaban los encomenderos, liberales en esta ocasion, y pródigo de sus bienes.

En los tribunales de Indias tuvieron los procuradores de las ciudades tan mal éxito como era mala la causa que patrocinaban; ordenando con real severidad se guardasen inviolablemente las ordenanzas del vistador D. Franciseo Alfaro.

Desde fines de 1609, ó principios de 1610, tenia el gobernalle del Paraguay D. Diego Martin Negron, y á no ser él piloto tan diestro, hubiera por ventura en tiempos tan turbulentos naufragado la provincia. Pero su prudencia en sosegar los principios de tumultos, y su constancia en promover con inflexibilidad la justicia de los indios contra las pretensiones de los encomenderos, le descubrieron aquella senda que debiera ser trillada de los reyes de gobierno; media entre la condescendencia y severidad, temperando la rigidez y acrimonia de la una con la dulzura y suavidad de la otra, cediendo sin ceder á los encomenderos, y con algunas leves condescendencias, promoviendo constante las reales órdenes, y amparando los derechos de los indios de su libertad. El intimó un auto, bien necesario en las circunstancias, para que ningun español llevase indios al bene-

ficio de la yerba del Paraguay al sitio de Mbaracayú, multando con penas graves á los transgresores, y confiscando cuanta yerba beneficiasen por manos de indios.

Admitió con singular humanidad una embajada del cacique de los Guaycurús, excediendo en las demostraciones de cariño la inurbanidad de los bárbaros, y obligándolos á recibir Misioneros. Promovió con celo cristiano el culto divino, no solo entre los españoles, sino entre los indios, adornando sus iglesias con algunos donativos que dispensaba su liberalidad en beneficio de la devocion de los neófitos. Obras de tanta cristiandad merecian eternizarle en el gobierno: pero la muerte que á nadie perdona, privó á estas provincias de un celoso promotor de los intereses de la religion cristiana, y de un ministro real, dotado de prendas bien singulares.

§. XX.

GOBIERNO DE D. HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1615—1620.

Tomó el gobierno interino el general D. Francisco Gonzalez de Santa Cruz, y á poco mas de dos meses tuvo sucesor el año de 1615, en Hernando Arias de Saavedra, tercera vez asunto al gobierno de la provincia, siempre benemérito del baston; y en esta ocasion mas que nunca por aquella su vida privada, que apuntamos arriba, tan ajustada y cristiana que servia de egemplar á la imitacion, y de regla á cuantos observaban sus procederés. Fomentó con esmero las ordenanzas del visitador Alfaro, y las nuevas reducciones de Guayrá y Paraná.

Entendió personalmente en el desagravio de los indios, obligando á los encomenderos á que les satisfaciesen el trabajo de los años pasados, y los dejasen libres para concertarse con quien á justo precio les llamase para sus menesteres. Obra prolija que pedia toda la entereza y cristiandad de Hernando Arias. La extension de la provincia, el derra-

mamiento de los encomenderos por las alquerias en espacios tan dilatados; sobre todo, la resistencia y obstinacion de los poseedores de encomiendas, pedian un ánimo varonil para contrastar las dificultades, igualando á fuerza de brazos la eminencia de los montes con la llanura y profundidad de los valles.

Donde no podia asistir personalmente diputaba jueces de autoridad y rectitud que atendiesen á la cobranza de los salarios, castigando con pena pecuniaria los delincuentes, y obligándolos á la satisfaccion del convenio, conforme á los arreglamientos de las ordenanzas. Dos eran los principales oficios de estos superintendentes: el primero asistir en el tiempo de los ajustes, para que no interviniere fraude con detrimento de los pobres indios: el segundo asistir al tiempo de los pagamentos, para que en cantidad se arreglasen los salarios á la imposicion de las ordenanzas.

Poco era para un corazon tan piadoso, y pecho tan cristiano, el desagravio de los indios, sino promovia la Fé entre los infieles. Logró en su gobierno considerables aumentos en Guayra y Paraná, y se dió principio á la conversion de los Uruguayos, cuyo país si holló hasta aquel tiempo algun español, pagó con la vida su atrevimiento.

Pocas veces se habrá visto baston mas dignamente empuñado, ó en beneficio y desagravio de pobres, ó en los progresos y aumentos de la Fé. El nombre glorioso de Padre de la patria, y tutor de la religion cristiana, le venia muy adecuado, y por eso era repetido en boca de todos en obsequio y atencion de sus méritos y operaciones extraordinarias. Ninguna cosa se caia mas de su peso que anhelar á mas gloriosos ascensos. Pero Hernando Arias tenia pensamientos muy diversos: y siempre vivió ageno de honores; y mas placer hallaba en el régimen pacífico de su familia y casa, que en el gobierno de una república tumultuante, que solo se sujeta forzada, y obedece á espensas del rigor.

Para lograr el cumplimiento de sus deseos, y dar con el fin de su gobierno mejor ser á la provincia, despachó á D. Manuel de Frias, procurador á la Corte, para que informado el Consejo sobre la extension casi interminable de la Provincia, insistiese con eficacia en su division, cuya necesidad en otras ocasiones habia representado. No era excesivo el número de ciudades: pero los límites de la provincia eran de vasta extension, ó por mejor decir sin término. Las dilatadísimas campañas que corren hasta el Estrecho de Magallanes; las que caen al norte hasta la Cruz Alta, que deslinda el territorio de Tucuman, Rio de la Plata, y las riberas del rio Paraguay con las naciones circunvecinas; los espacios mas imaginarios que trillados, en que se extendia sin límite, hasta los confines del

Brasil, la provincia de Guayra, eran del gobierno del Paraguay, y obligaban al Gobernador á ser peregrino dentro de su propia jurisdiccion.

Sobre eso, los estremos rara ó ninguna vez recibian el influjo de su cabeza: ó porque llegaban con remision sus órdenes, ó porque absolutamente les faltaba impulso para tocar en su término. A las veces sucedia que las autoridades intermédias, que debieran ser el conducto mas fiel, embarazaban el progreso de aquellos influjos, que hacia necesarios el estado presente de las cosas. Era pues muy necesaria la division, y tal la juzgó el Consejo Real de Indias, en vigor de la representacion que hizo D. Manuel de Frias, quien vino con el gobierno del Paraguay, y empuñó el baston, el año de 1620. Cuyos sucesos no poco escandalosos referirá la historia en su propio lugar.

Casi al mismo tiempo se dividió el obispado del Paraguay, en el que hoy conserva ese nombre, y en el del Rio de la Plata. Habia vacado desde la muerte de Fray Reginaldo de Lizarraga hasta el año de 1617, en que ocupó la silla episcopal el Dr. D. Lorenzo Perez de Grado, natural de Salamanca, provisto desde el año de 1602 al arcedianato del Cuzco. Era sugeto de literatura escogida, y muy señalado en el derecho canónico. Su celo pastoral y conmiseracion con los indios, hicieron memorable su gobierno, promoviendo con teson incansable la observancia de las reales ordenanzas, y repartiendo entre los indios la renta de su obispado.

Proseguia aun con el gobierno de la Provincia tucumana, D. Alonso Rivera, héroe bien esclarecido, cuyas hazañas immortalizan las historias de Flandes, Italia, Chile y Tucuman:—varon enteramente grande por los ardidés militares, por su industria y constancia en apurar al enemigo las fuerzas, hasta rendirle. En este gobierno hizo su nombre harto glorioso, sugetando los Pampas que infestaban á Córdoba: humillando los inconstantes Calchaquís, siempre tumultuantes y rebeldes al homenaje ofrecido. Para contenerlos en los debidos términos, fundó en la villa de Londres, año de 1607, la ciudad de San Juan de la Ribera. No es menos recomendable por el fomento que dió al visitador Alfaro, y la piadosa cristiandad con que favoreció los indios contra las injustas pretensiones de los encomenderos.

Estos se quejaron agriamente contra el Gobernador: mas, ¿qué víbora no se enrosca, cuando la toca la vara, para arrojar su veneno? Mucho concibieron sus émulos y lo derramaron en cien capítulos, que le opusieron ante el juez de residencia, pero todos de tan leve peso, que el menor viento de sus arregladas operaciones los desvaneció sin dificultar

tad. Fué término de su gobierno el año de 1611, y en él dejó á sus sucesores un ejemplo memorable de sujecion y rendimiento.

Tuvo sucesor el mismo año de 1611 en D. Luis Quiñones Osorio, caballero de Alcántara, principal de la casa y solar de San Roman de los Quiñones y de la villa de Quitauilla, en el reino de Leon. Diez años habia servido el empleo de Juez oficial de la real hacienda en la imperial villa de Potosí, con tanto desinterés, que celando los reales haberes con atencion de vigilante ministro, descuidaba con cristiano despego de sus creces y aumentos temporales. El encargó la conversion de los Ojas, Ocloyas y Paypayas, naciones fronterizas á Xujuy, cuyas vecindades infestaban con furtivas correrias.

Eclipsó D. Luis Quiñones de Osorio al visitador Alfaro, adelantando sus proyectos, è insistiendo con teson en la puntual observancia de las reales ordenanzas. Resistióse los encomenderos: pero la Provincia tucumana conoció, que á la sombra de un gobierno justo, ingénuo y recto no prevalece el desórden, ni el poderoso avasalla con impunidad los fueros del inocente desvalido.

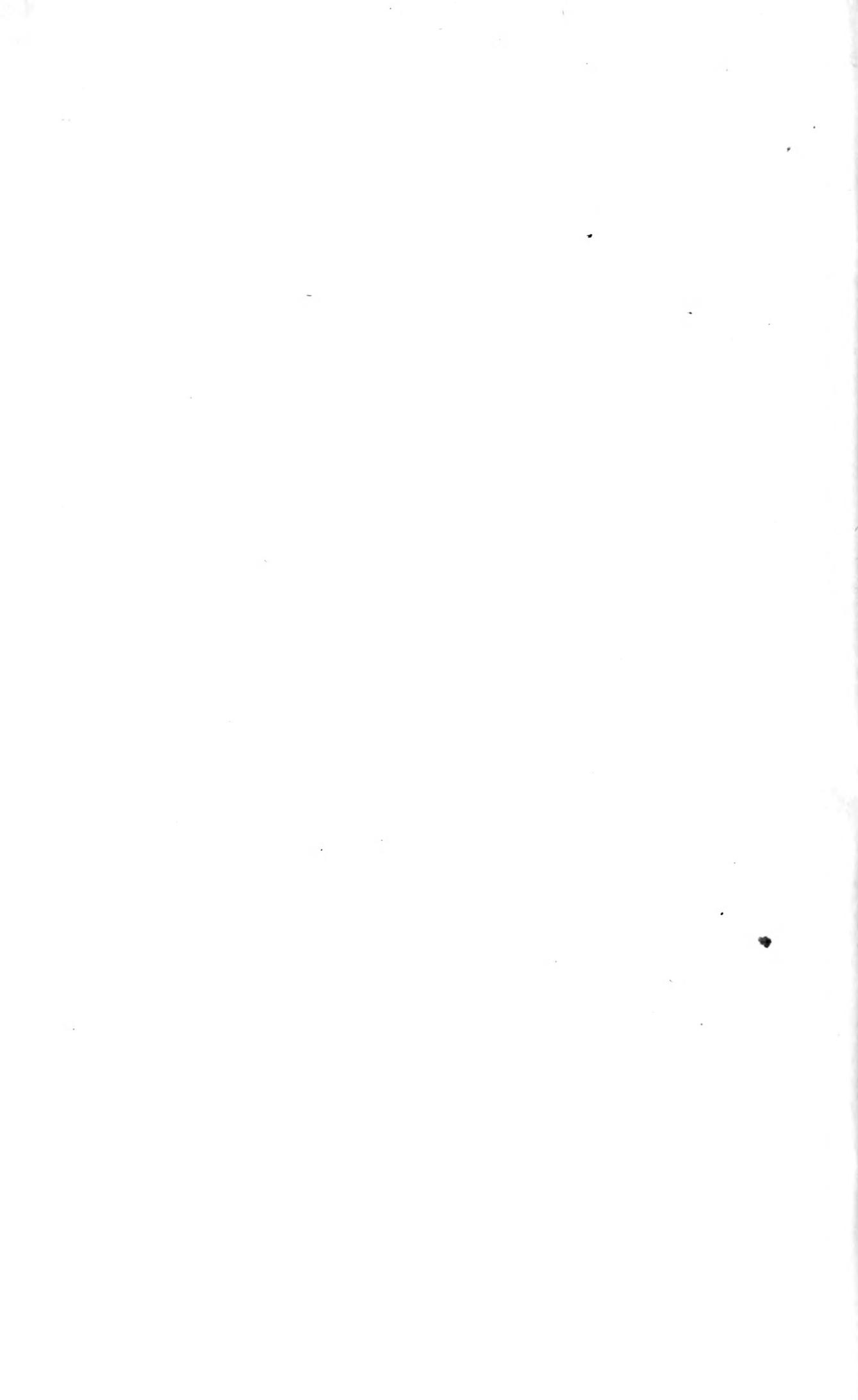
Años anñes el Gobernador Alonso de Rivera y el Obispo Trejo habian informado al Consejo sobre la necesidad de erigir el seminario que ordena el Tridentino para el servicio de las catedrales, el cual era en Santiago necesario por la falta de ministros hábiles en las funciones eclesiásticas. A este fin llegó cédula del Sr. D. Felipe III, en que aprobaba la creccion, ordenando se encomendase á la Compañia el régimen y gobierno de los seminaristas.

La misma idea de fundar seminario se habia concebido en Córdoba. Tratóse luego de poner las manos á la obra y disponer cómoda habitacion para los convictoristas, y religiosos á cuya direccion habia de entrar el nuevo seminario. Seis mil pesos exhibió el ilustrísimo Señor Trejo para comprar las casas de Juan de Burgos, uno de los primeros conquistadores, capaces de admitir buen número de seminaristas. Luego que en Córdoba corrió la voz del seminario que pretendía fundar el ilustrísimo Obispo, se alegraron notablemente los ciudadanos, conociendo que la mas noble parte de su felicidad les habia de venir de la ensenanza en buenas letras y virtudes cristianas de sus hijos, deseando con impaciencia el dia en que se habia de dar principio á la fundacion.

Este habia de ser el de los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, del año de 1613, en que el Obispo pontificó, bendijo

las becas, y se las vistió de su mano á catorce colegiales, hijos de la primer nobleza y distincion, descendientes de los primeros conquistadores. No fué de mucha duracion este seminario, pero en los pocos años su consistencia llenó la esperanza de la provincia con frutos bien sazonados.





SERIE

DE LOS SEÑORES GOBERNADORES DEL PARAGUAY, DESDE D. PEDRO DE MENDOZA, HASTA D. FULGENCIO YEDROS, SEGUN CONSTA DE LOS LIBROS CAPITULARES QUE SE CONSERVAN EN EL ARCHIVO DE LA ASUMPCION ; *por el P. Bautista.*

DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE LA PLATA.

1512—1534.

Juan Diaz de Solis, piloto mayor del Rey, de cuya órden, aunque á su propia costa, salió de España para estas partes y costas magallánicas, entonces por ninguno otro surcadas, pues fué su derrota el año del Señor de 1512 : y mediante ella, y estar ya declarado por el Papa Alejandro VI, que desde Santa Catalina hácia el sur pertenencian estas navegaciones y conquistas á los Reyes de Castilla, y haber navegado dicho Solis siguiendo la meridional, hasta cuarenta grados, desde donde retrocediendo dió con la boca del Rio de la Plata, entrándose por ella, tomó posesion de aquella tierra, y dió á este rio (que los naturales llamaban *Parana-guazú*, que suena lo mismo, que “rio como mar”) el título de su apellido : por el cual fué conocido hasta Gabotó, que fué el segundo que lo navegó, y que le dió el nombre de Rio de la Plata, por la que de él llevó á España.

Antes de la llegada de Gaboto, Hernando de Magallanes reconoció su boca, aunque no entró por él, sino que se enmaró hasta descubrir el estrecho de su nombre y las islas Filipinas, donde murió, quedando en su lugar Sebastian Caño, que surcó ambos mares. Como de estos dos descubrimientos de Solis y Gaboto, aquel español, vecino de un lugar de Andalucía, llamado Uría, y este veneciano, resultase que muchos caballeros hi-

dalgos se ofreciesen al Emperador á poblar esta tierra, que segun daba muestras, era muy poderosa y rica; entre los que con mas ardimiento hicieron esta pretension, fué D. Pedro de Mendoza.

PRIMERA PARTE.

GOBERNADORES DEL PARAGUAY Y RIO DE LA PLATA.

I.

D. PEDRO DE MENDOZA.

1535—1537.

D. *Pedro de Mendoza*, deudo de D.^a *Maria de Mendoza*, muger del Señor Secretario D. Francisco de Cobos; como era criado de la casa real, y gentil-hombre de boca del Emperador, y por otros respetos, obtuvo fácilmente esta gobernacion de Su Magestad, con título de Adelantado, y merced que se le hacia de Marquez de lo que poblase y conquistase, con todo el rio de la Plata, y en doscientas leguas de una y otra parte de sus costas. Esforzáronse con esto muchos caballeros de toda España, ofreciéndose á D. Pedro con sus caudales y personas, teniendo á mucho honor los que eran admitidos en su compañía. De hecho, salieron de San Lucar de Barrameda, y se hicieron á la vela en catorce navíos, el 11 de Agosto 1535; y despues de varios sucesos que ofreció esta navegacion, tomó puerto y posesion de su adelantamiento en la isla de San Gabriel, frente al parage donde está fundada hoy la Colonia de los portugueses, y único asilo, hasta entonces, de los españoles, para verse de algun modo libres de las continuas invasiones de los indios infieles de tierra. Dió orden á su hermano D. Diego de Mendoza, pasase á la parte de Buenos Aires y poblase por aquella costa donde mejor le pareciese. Como en efecto, como media legua mas abajo de la boca del Riachuelo, fundó un lugarecillo y casa fuerte, con el título de *Puerto de Santa Maria*, el que por las crueles invasiones de los naturales de aquella

comarca, y muerte de D. Diego y de los suyos, no tuvo estabilidad. Viendo este suceso, y la suma penuria en que estaba toda su armada, que se componía de dos mil y docientos hombres, sin las mugeres y niños, dió orden el Adelantado de mandar al capitan Gonzalo de Mendoza por víveres al Brasil; y para pasar río arriba, nombró por su teniente general á Juan de Oyolas, y lo despachó con doscientos hombres, á que registrase aquellos *paraná*s y sus costas, y viese si podia proveer la armada de algunos bastimentos. En efecto, así se hizo: pero ni con estas providencias, y otras que le parecieron acordadas, pudo estorbar la peste, hambre é innumerables otras plagas, que le habian consumido casi la mitad de la gente; y tenia, segun se mostraba adversa su fortuna, que sucumbir él y su resto al cúmulo de tantas desdichas y miserias. Contrarrestado así, y afligido su ánimo, determinó dejar aquella empresa, ya para sus fuerzas insostenible. Y en efecto, dejando, ó manteniendo siempre de su teniente general, para las conquistas del río arriba, al capitan Juan de Oyolas, en las cuales, de su orden, se hallaba entendiendo; y para las pertenecientes á Buenos Aires, isla de San Gabriel, puerto de *Sancti Spiritus*, donde dejaba alguna gente y casa de su habitacion, &c., nombrando con el mismo cargo de general, al capitan Francisco Ruiz; dadas otras providencias, tomó un navío con la gente que le pareció, y se embarcó para España á principios del año de 1537, en cuya navegacion acabó miserablemente su vida, su marquesado, adelantamiento y gobierno.

Conserváronse algun tiempo los conquistadores bajo de la conducta y mando de sus generales: mas, como las calamidades, en lo que pertenecia á Buenos Aires, se aumentaban cada dia, tuvo por bien el retirarse Ruiz con parte de su gente á la Asumpcion, informado de que se pasaba mejor allí, por la amistad grande que los españoles habian contraido con el cacique Paraguá, señor de aquella tierra, y con sus indios guaraní; y que por esta causa quedaba Gonzalo de Mendoza con 60 soldados fundando, y estableciéndose ya. Todo esto se hizo así el año de 1537. Llegados los de Buenos Aires á la Asumpcion se hallaron con la novedad de haber los Payaguás (hasta hoy infamísima raza, que domina todo aquel reino) despedazado y muerto á traicion al capitan Juan de Oyolas y á todos sus soldados, de vuelta del descubrimiento del Paraguay arriba. Con este incidente, y no conviniéndose los capitanes en quien habia de ser su superior y general, se abrió una cédula del Emperador, que se le habia fiado al veedor de Su Magestad D. Alonso de Cabrera; y leida en alta voz y visto su contenido, que era en substancia:—“Que en caso de morir el Adelantado, sin haber antes ni despues persona legítima que hiciese sus veces en el gobierno, se juntasen todos los conquistadores á elegir entre ellos mismos sugeto apto para tal cargo. Eligieron, en virtud de esta real providencia, dada en Valladolid,

á 12 de Setiembre de 1537, y nombraron de unánime consentimiento por su Gobernador y Capitan General, al capitan D. Domingo Martinez de Irala, quien aceptó el gobierno, y le conenzó con mucho acierto, y á satisfaccion de todos, este mismo año de su eleccion, que fué el de 1538.

Segun lo arriba dicho parece está claro haber sido el primer Gobernador de estas provincias del Rio de la Plata, entonces unidas, el Señor D. Pedro de Mendoza: cuyo gobierno duró mas de año, despues de haber entrado y tomado posesion de ellas; y por su fin y muerte, y de sus dos gefes, el que las serenó, aquietó los turbados ánimos con las pasadas desgracias del tiempo, las conquistó, redujo á policia, estableció por capital y república de todas ellas la ciudad del Paraguay, con título de la Asumpcion de Nuestra Señora, é hizo todo, porque ninguno hizo tanto, es y fué

II.

D. DOMINGO MARTINEZ DE IRALA.

1538—1541.

Era este caballero capitan de la armada de D. Pedro, y lo habia sido en España aventajado, y de mucho honor y cuenta, así por sus bellas prendas y valor, como por su conocida sangre y casa, que trae y tiene su origen de la villa de Vergara, provincia de Guipuscoa. De este cúmulo de prendas, heredadas y adquiridas, resultó el acierto de su gobierno, siendo el mayor el haber recogido en la Asumpcion el resto de la gente que habia dejado el general Ruiz en Buenos Aires, para que todos unidos en esta nueva fundacion, formasen un cuerpo, que se pudiese mantener, pues divididos todos perecerian, como se habia visto practicamente, que apenas se contaban setecientos hombres, de dos mil y tantos que entraron á esta concul-ta. De este acuerdo resultó el que los que se hallasen sueltos, que eran los mas, fuesen tomando por mugeres las hijas de los naturales, que ellos mismos se las ofrecian y daban gustosos, para emparentar con hombres tan valerosos y de buenas partes. Con esto vino á tener tanto aumento esta provincia, que en menos de cincuenta años ya se habia poblado hasta Buenos Aires, y rio arriba hasta Xerez, Santa Cruz de la Sierra y provincia del Guayra. Se mantuvo en su gobierno este señor has-

ta el año de 1541: en cuyo año se recibió y entró al Paraguay por Gobernador y su Adelantado

III.

D. ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA.

1541—1542.

Era este caballero natural de Xérez de la Frontera, pero vecino de Sevilla, y nieto del Adelantado D. Pedro de Vera que conquistó las Canárias: pasó de tercero á la conquista de la Florida, que intentó hacer Panfilio Narvaez y los suyos: los cuales todos fueron muertos y comidos de aquella gente bárbara y caribe: de cuyo destrozo le libertò aquel Señor que cuida aun de proteger á la avecita que viene á la red del cazador. Así libre, cuando mas cautivo y preso él y un esclavo suyo, determinó este Señor, en tan duro cautiverio, serlo de sus acciones, viviendo tan ajustadamente como si estuviera en Sevilla; que miróle Dios, y le preservó de aquel general estrago.

Tomáronle aquellos bárbaros tanta estimacion y respeto, que lo eligieron por su capitán y gefe principal; y de cautivo vino á ser señor casi absoluto. Mas como todo su anhelo era verse entre los suyos, determinó de atravesar desde allí á Méjico; como lo hizo con gran trabajo, por la suma distancia y las fragosidades de aquel inculto país, gastando en esta jornada diez años.

Puesto en Méjico, determinó pasarse á Castilla, en donde llegó á tiempo que ya se sabia allí la muerte de D. Pedro de Mendoza, y el estado en que quedaban las conquistas del Rio de la Plata. Se presentó al Rey pidiendo este gobierno y adelantamiento, con cargo de conquistar y poblar toda esta tierra. Lo que, vistos sus méritos, se lo concedió el Rey, con estas mismas capitulaciones; y de hecho en cinco navios de armada se embarcó en San Lucar, año del Señor de 1540.

Llegó á Santa Catalina, y cansado de la navegacion, que no le fué muy favorable, determinó tirar de allí por tierra al Paraguay: y así lo hizo, dando órden que las naos siguiesen su derrota hasta San Gabriel, y dejando allí las mayores, siguiesen las otras hasta la Asumpcion. Todo lo egecutó con tanta felicidad, que ni en las 400 y mas leguas que dicho Cabeza de Vaca atravesó por tierra, ni en la penosa navegacion del Rio de la Plata, le faltó un solo soldado.

Recibido que fué en la Asumpcion el referido año de 1541, se mantuvo con aplausos de grande y esforzado caballero hasta el 15 de Agosto del año 1542: desde cuya fecha volviósele tan adversa su fortuna y mal hado, que en nada le fué favorable; porque los tumultuantes ó envidiosos de su gloria, formaron una conjuracion, le prendieron, y presto le enviaron á Castilla; y de unánime consentimiento eligieron al Señor Irala, aun estando ausente en la conquista de Acay, y bien achacoso de unas tercianas. Y por mas que se escusó, por no manchar sus manos en la sangre de inocente, como era poderosa la conjuracion, tuvo por bien admitir el gobierno.

IV.

D. DOMINGO MARTINEZ DE IRALA.

1542—1557.

Siguió *Irala* desde el mismo año de 1542 hasta el de 1546, en que se ausentó en pos de sus descubrimientos hasta los confines del Perú, dejando en la Asumpcion por su lugar teniente á D. Francisco de Mendoza: de cuya ausencia resultó otra nueva conjuracion y motin, en que eligieron por general á un caballero sevillano, llamado Diego de Abreu: á quien Mendoza corriendo el año de 1549, mandó cortar la cabeza en público cadalso. De este hecho resultaron mil inconvenientes, que con la llegada del Señor Irala, á principios del año de 1550, y nueva eleccion y juramento de homenaje que le hicieron, se serenaron y acabaron todos estos ruidosos hechos, que tan achacosa, hasta estos nuestros tiempos, dejaron á esta tierra.

De su gobierno y acertados proyectos fué informado el Emperador; y por haber muerto en Sevilla D. Juan de Sanabria, que tenia nombrado Adelantado de estas provincias, y no haber podido venir á ellas el hijo de este señor, que era el sucesor, nombró Su Magestad Cesarea al dicho Irala por tal Gobernador y Capitan General, confirmándole el mismo título que en su eleccion le dieron los conquistadores, y así se mantuvo hasta que murió, que fué el año del Señor de 1557. Dejando en su lugar á D. Gonzalo de Mendoza, su yerno, quien mantuvo el gobierno solo un año, al cabo del cual murió, no sin sentimiento de toda aquella república, que veía renovadas y mantenidas en él las buenas prendas del suegro, y como enjugadas las lágrimas que á todos, sin diferencia, les sacaba á los ojos su perdida, ó recuerdo, y ahora mas con considerar todo acabado. Estando en vigor la provision real, salió otra que

tenia el Ilmo. Sr. Obispo, D. Fr. Pedro de la Torre, en que le conferia el Rey facultad para que en su real nombre titulase al que en tal caso eligiesen los vocales. Se hizo la eleccion, presidiendo dicho Ilmo. el dia 22 de Julio del año de 1558, y fué nombrado Gobernador y Capitan General

V.

D. JUAN ORTIZ DE VERGARA.

1558—1564.

Este hidalgo, y noble caballero de la ciudad de Sevilla, y uno de los conquistadores de fama de este país, gobernó hasta el año de 1564: que persuadido del Obispo, y de una trama bien urdida de Nuffo de Chaves, fundador de Santa Cruz de la Sierra, desamparó esta provincia y partió á Charcas, dejando por su lugar teniente en la Asumpcion al capitan Juan de Ortega. No le salió como pensaba Ortiz esta jornada; pues la Audiencia lo depuso del gobierno y señaló á D. Juan Ortiz de Zarate, persona principal y de grandes méritos, quien por pasar á la Corte á su confirmacion, nombró por su Teniente General de estas provincias del rio de la Plata á Felipe de Cáceres. Vino éste, y fué recibido por tal en la Asumpcion el 1.º de Enero de 1569. Gobernó con grande inquietud y bandos, por la oposicion del Obispo, hasta que fué preso el año de 1572, desde cuyo tiempo un tumultuante, llamado Martin Suarez de Toledo, se alzó con el mando, á quien por evitar muchos inconvenientes tuvieron por bien de obedecer, hasta que el año de 1574 llegó á aquella capital de la Asumpcion, confirmado por el Rey D. Felipe II, y nombrado Gobernador y Adelantado de estas provincias

VI.

D. JUAN ORTIZ DE ZARATE.

1574—1581.

Este Señor aquietó tanto seminario de discordias, y de su órden, segun el poder que tenia de Su Magestad, hizo levantar estandarte al capitan Juan de Garay para que pasase, como en efecto pasó con los que le siguieron, á fundar el puerto de Buenos Aires. Anuló

todas las resoluciones del intruso Martin Suarez, como consta de un auto proveido en 22 de Octubre del año de 1575: y por fin gobernó con sosiego hasta el año de 1581, en que entró tan solamente de Gobernador su yerno

VII.

D. JUAN DE TORRES VERA Y ARAGON.

1581—1586.

Este licenciado se mantuvo en su gobierno hasta el año de 1586, en que entró de Gobernador y Adelantado

VIII.

D. ALONSO DE VERA Y ARAGON.

1586—1592.

Mantuvo su gobierno este caballero sin novedad, hasta el año de 1592, en el cual el Señor D. Fernando de Zarate, á quien le fué conferido simultáneamente por el Rey este gobierno y el del Tucuman, hallando mas conveniente residir allí, nombró en este por su Teniente General, que empezó á gobernar desde dicho año de 1592, á

IX.

D. JUAN CABALLERO BAZAN.

1592—1595.

Este se mantuvo de General todo el gobierno del Señor Zarate: el cual concluido y conferido este gobierno á D. Juan Ramirez de Velazco, que se hallaba ya en Potosí, escribió desde allí y mandó sus poderes para que se recibiese de su Teniente General

XIV.

D. HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1596—1597.

En efecto, desde el día 5 de Septiembre del año 1596 gobernó como tal General, hasta que llegó el Señor Ramirez, quien viendo lo dilatado de su gobierno, volvió á nombrar de su Teniente General á dicho Hernando Arias, cuyo nombramiento hizo el año siguiente de 1597, día 10 de Setiembre; y repartiéndole jurisdiccion y distrito, hizo otro nombramiento en D. Antonio de Añasco, caballero hidalgo, declarándole así mismo su Teniente General. Fué este nombramiento á 20 de Mayo del mismo año de 1597, como todo consta del libro capitular. Hechos estos nombramientos, entró á gobernar dicho

XI.

D. JUAN RAMIREZ DE VELAZCO,

1597.

Quien, quizá presagiando su muerte cercana, ó para que en aquel trance no se le hiciese tan pesada la carga, como en efecto suele ser la del gobierno, tiró á repartirla entre tres: ó seria acaso este caballero de aquellos, á quienes muchas veces les sirvió de acibar á lo dulce del mando el reconocer que todo cargo es carga, y muy intolerable. Digo esto, porque apenas duró un año en su gobierno, y por su fin y muerte nombró el Virey de Gobernador interino al ya referido

XII.

D. HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1598—1599.

Este fué recibido por tal el 4 de Enero del año 1598; y queriendo conservar la buena armonia que habia guardado con D. Antonio de Añasco, le nombró de nuevo por su Teniente General. Mantúvose hasta que vino nombrado por Su Magestad Gobernador y Capitan General

XIII.

D. DIEGO RODRIGUEZ VALDEZ DE LA BANDA,

1599—1602.

Quien fué recibido á 8 de Julio de 1599; y el 17 de este mismo mes y año nombró de su Teniente General á D. Francisco de Bracamonte y Navarra. Gobernó hasta el año de 1602, en que se recibió de Gobernador y Capitan General

XIV.

D. GARCIA DE MENDOZA

1602—1615.

Gentil-hombre de boca de Su Magestad, á quien mandó el Rey á este gobierno, por haberse escusado venir á él, por su avanzada edad el arriba nombrado, Gobernador del Tucuman, D. Fernando de Zarate. Todo esto consta de la cédula real de D. García, dada en San Lorenzo, á 30 de Julio de 1598, &c. El año de 1605 entró á gobernar por Su Magestad de Gobernador y Capitan General el ya nombrado muchas veces

XV.

D. HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA.

1605—1611.

A 30 de Enero del siguiente año de 1606, este eligió y nombró por su Teniente General á D. Antonio de Añasco. En tiempo del gobierno de este caballero, vino á esta provincia nombrado por Su Magestad de visitador general del Paraguay, Ciudad Real hoy destruida y acabada, Villa Rica, que está en pié, mas no donde estaba en aquel entonces, y Misiones del Guayra, que tambien no son, ni permanecen, sino tan solamente campos desiertos, habitados mas de fieras que de hombres:—de todas estas provincias, vino de visitador aquel gran Ministro, D. Francisco de Alfaro. Era este señor Oidor de la Real Audiencia de Charcas, y despues del Real y Supremo Consejo de las Indias. Entró al Paraguay por los años del Señor de 1608, y concluida su visita y arreglada toda

la provincia, dispuso é hízole unas ordenanzas, que fueron vistas y aprobadas por Su Magestad y su real y supremo Senado de Indias, las que estan y deben tener su fuerza en todo aquello que no se ha trastornado, ni se opongá á nuevas decisiones del soberano. Concluida esta visita y aquel gobierno, nombró Su Magestad por Gobernador y Capitan General á

XVI.

D. DIEGO MARTINEZ NEGRON.

1611—1619.

Empezó su gobierno por los años de 1611, y le obtuvo hasta el sucesor que nombró Su Magestad de Gobernador y Capitan General, que fué

XVII.

D. MANUEL DE FRIAS.

1619—1625.

Entró al Paraguay por los años de 1619. En tiempo de este Señor, que fué al siguiente año de su gobierno, en 1620, se dividió y separó este gobierno en lo espiritual y temporal, de él del Rio de la Plata y Buenos Aires, en este modo. Al del Paraguay señaló el Rey todo lo que cogia en lo interior la provincia, desde su rio al este, y de norte á sur hasta el Paraná, ó ciudad de Corrientes esclusive, y estos son hoy sus términos y límites. A la gobernacion de Buenos Aires señaló de términos este oeste, desde la boca y costas del gran Rio de la Plata, hasta las barras de la del Tucuman y de la presidencia de Chile; y de sur á norte desde donde se pueda extender en las tierras Magallánicas y sierras del Tandil, hasta dar en el Paraná y ciudad dicha de Corrientes, y su jurisdiccion inclusive; cuya demarcacion y territorio conserva hasta hoy. Estos mismos linderos se dieron á los obispos y á la jurisdiccion eclesiástica. En cuya atencion, estando á lo referido arriba, es de notar, que quedó tan solamente D. Manuel de Frias por Gobernador del Paraguay, sin otra novedad, que fué recibido este dicho año de 1620 por Gobernador de Buenos D. Diego de Góngora, y por su primer Obispo el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fray Pedro Carranza: continuando en su silla del Paraguay, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fray Tomas de Torres, que despues pasó á ser Obispo del Tucuman. Esta noticia podrá ver el curioso en el P. Techo, *libro 6, capítulo 16, pág. 165.*

SEGUNDA PARTE.

GOBERNADORES DEL PARAGUAY.

D. Pedro de Lugo y Navarra entró y fué recibido en la Asunción por los años del Señor de 1625.

Gobernador y Capitan General *D. Luis de Céspedes Xaria*: entró á 25 de Junio de 1631.

Gobernador y Capitan General *D. Martin de Ledesma*, que entró en el gobierno por los años del Señor de 1636. En su tiempo se puso en práctica la cédula de fuerza.

Gobernador y Capitan General *D. Gregorio Inostrosa*, que entró y fue recibido á 27 de Junio de 1641. Concluido el gobierno de este Señor, entró de Gobernador y Capitan General

D. Diego de Enobre Osorio: duró poco y murió á 26 de Febrero del año 1645; y el dia 4 de Marzo del mismo año, de unánime consentimiento de los particulares, empuñó el baston y entró á gobernar el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Fray Bernardino de Cárdenas. Solos 8 meses escasos duró en su gobierno, porque á 1.º de Octubre del mismo año de 1645 entró de Gobernador

D. Sebastian de Leon. Este apenas se mantovo un año, porque luego la Real Audiencia mandó por juez pesquisidor de lo acaecido desde el año 1645 con dicho Ilustrísimo Obispo y demas pesares de aquella fatal era, hasta el año dicho de 1649; y tambien por Gobernador de esta provincia, al

Señor Oidor *D. Antonio de Leon Garavito*, quien entró y fué recibido por tal á 10 de Octubre del año de 1650.

Gobernador y Capitan General *D. Cristoval de Garay*, entró á 26 de Julio de 1653.

Gobernador y Capitan General por la Real Audiencia, y juez pesquisidor, el Sr. licenciado *D. Juan Blasquez de Valverde*: entró á 21 Setiembre de 1656.

Gobernador *D. Alonso Sarmiento de Figueroa*, á 24 de Setiembre de 1659.

Gobernador *D. Juan Diaz de Audino*, año de 1663.

Gobernador *D. Felipe Reja Corralan*, año de 1671.

Juez y Gobernador el licenciado *D. Diego Ibañez de Faria*, Fiscal de la Real Audiencia de Guatimala, y juez delegado de la de

Charcas en esta provincia: cuya comision egerciò por los años del Señor de 1676 &c.

Gobernador segunda vez *D. Juan Diaz de Andino*, à 7 de Octubre de 1681.

Gobernador *D. Antonio de Vera Mugica*, entrò à 18 de Octubre de 1684.

Por muerte del Sr. Mugica, entrò à gobernar su Teniente General *D. Alonso Fernandez Marcial*, y se recibió à 30 de Octubre del mismo año de 1684.

Gobernador y Capitan General *D. Francisco Monfort*, caballero del Orden de Santiago. Entrò à 30 de Octubre de 1685.

Gobernador y Capitan General *D. Sebastian Felix de Mendiola*, entrò à 22 de Octubre de 1692.

Gobernador y Capitan General *D. Juan Rodriguez Cota*; entrò à 4 de Diciembre de 1696.

Gobernador *D. Antonio de Escobar y Gutierrez*, à 27 de Junio de 1702

Gobernador segunda vez *D. Sebastian Felix de Mendiola*, à 26 de Setiembre de 1705.

Gobernador, por muerte del dicho Mendiola, nombrado por la Real Audiencia, *D. Baltazar Garcia Ros*: se recibió à 9 de Febrero de 1706.

Gobernador y Capitan General por Su Magestad *D. Manuel de Robles*, entrò à 10 de Octubre de 1707.

Gobernador por Su Magestad *D. Juan Gregorio Bazan de Pedraza*, se recibió à 5 de Junio de 1713.

Por muerte suya año de 1716, entrò à gobernar el General *D. Andres Ortiz de Ocampo*.

Gobernador y Capitan General *D. Diego de los Reyes Balmeada*, quien entrò à gobernar por el Sr. D. Antonio de Victoria, y se recibió de este gobierno à 5 de Febrero de 1717. Por las quejas y recursos que tuvo la Real Audiencia de Charcas, à quien está sujeta esta Provincia desde que se separó la de Buenos Aires, nombró por juez pesquisidor al Sr. Oidor y Protector general de Indias

D. José de Antequera Enriquez y Castro; cuyo empleo egerciò desde el dia 15 de Setiembre de 1721, hasta el 6 de Junio de 1722: en que entrò, y fué recibido por Gobernador en propiedad, nombrado por tal, por el Sr. Virey Morcillo, como consta de su despacho dado en Lima à 24 de Abril de 1721. Es de notar y advertir, que estos ministerios los egerció este caballero, no simultaneamente, sino muy separados y divididos, como consta de las fechas dichas, para que el curioso que leyere los instrumentos, que sobre la tragedia de este Sr. inserto aquí, no se confunda, y pese bien como puede la emulacion y envidia

denigrar y obscurecer tanto la fama del emulado, que haga creer ser intruso el que es legítimo. Recibido pues de Gobernador el Señor Antequera, que sé yo que servicios reales encontró dicho virey Morcillo en el Señor D. Baltazar García Ros, teniente de Rey de Buenos Aires, para mandarlo de Gobernador à esta infeliz y combatida provincia. Resistiósele el dicho Antequera, y la ciudad toda, al estrépito militar con que venia dicho Ros á tomar posesion de su gobierno; quien escapándose à uña de buen caballo, se retiró de esta intentona, dejando en las márgenes del rio Tebicuarí destrozado todo su ejército Guaraníco, que se componia de mas de 6000 indios, que habia sacado de las Misiones de los padres Jesuitas. Por pacificador de todos estos disturbios, mandó el virey al Señor D. Bruno de Zavala, Gobernador de Buenos Aires à cuya insinuacion se ausentó el Sr. Antequera, y fuè nombrado por Gobernador de esta provincia, segun el despacho del dicho virey—

D. Martin de Barúa, que fuè recibido como tal el dia 4 de Mayo de 1725. Este mismo año se habia recibido en Lima de virey el Sr. D. José de Armandarú, Marquez de Castel Fuerte, quien considerando las cosas del Paraguay, mandó por Gobernador suyo à D. N. Surueta. Este vino, pero no fuè admitido, antes sí el comun ó comunidad, en que entraban nobles y plebeyos, à manera de las que se levantaron en Castilla en tiempo del Señor Carlos V, le mandó que se retirase (querian estos comuneros, que no los olvidase tanto la Corte, y que de su soberano les viniese su Gobernador): y discreto, ó bien aconsejado, se retiró. De aquí fueron las furias del dicho Armandarú, cuyos efectos tuvieron tan dolorosas consecuencias, que aunque no sean de este lugar, por no dejar pendiente la narracion las apuntaré tan solamente. Perecieron en Lima en público cadalso el Señor Antequera, y el enviado procurador de esta provincia, Mena con tres religiosos de San Francisco: es decir, el auxiliante de Antequera, y dos mas despues, por haber salido en busca del yerto cadáver de su difunto tio; con un negro que expuso su vida para libertar la del guardiau á quien se acertaba el tiro. En el Paraguay pereció á manos de los comuneros, el segundo Gobernador Ruilova, enviado por el Virey, y admitido por tal en su cabildo, y con él un *Veinticuatro*, nombrado Juan Baez; y se insolentó tanto la gente, que no es decible los excesos que cometieron.

El Señor de Barica, luego que vió alterado el pueblo, y empeñado á no admitir otro Gobernador que él, se apartó con esfuerzo del gobierno, y ellos nombraron sus generales ó justicia mayor,

hasta el año de 1733, en que recibieron al dicho *Ruilova* que solo gobernó hasta su muerte violenta, que fué el día 15 de Setiembre de dicho año de 1733. Continuó el dicho comun nombrando sus generales: de quien no hago mencion por ser una madeja sin cuenta. Pero no omitiré el nombramiento que estos hombres hicieron en el Ilustrísimo Sr. D. Fray Juan de Arregui, que sucedió así—

Este varon grande, luego que le llegaron las bulas y cédula de Obispo de Buenos Aires, pasó à consagrarse en la del Paraguay. Ya concluida esta funcion, y aprestándose para volverse à su iglesia, acaeció el levantamiento y muerte del Sr. Gobernador *Ruilova*. A vista de este hecho, y otros que trae la insolencia de una república alterada, procuró atajar todo lo posible estos excesos, yendose à un país que llaman *Guayaibití*, donde sucedió la muerte, por estar su Ilustrísima en un un pueblo inmediato, que pertenece à nuestra religion, nombrado *El Ytta*, en donde se estaba aviando, ya despedido de la ciudad. Aquí estorbó todo lo posible, que quitasen la vida à un D. Antonio Arellano, cubriéndolo con su manto, y à todos aquellos que llamaban *contrabandos*, que eran los que no seguian la parte del comun. Aquietados ya algunos, supo su Ilustrísima como iban à entrar à la ciudad para pasar à cuchillo à todos los *contrabandistas* que en ella encontrasen; y compadecido é instado de algunos piadosos, volvió de dicho pueblo, que dista doce leguas, y encontrando al comun en un vallecito, donde està fundada la recoleccion nuestra que llaman *Buricao*, se fué à dicho convento en donde los exortó à que mirasen lo que hacian, y que nunca se justificaba su causa con tomarse ellos la justicia, si alguna tenian, matando y robando, &c. Aquietàronse por entonces, y lo dejaron tranquilo en este retiro de la *Recoleta*. Pero una tarde de improviso fueron à decirle que solo de una manera se sosegarian, y era tomando él el baston de gobernador. Entróse el Santo Obispo à la pobre iglesia, que entonces teniamos, y ni con súplicas y exhortaciones que les hizo, pado persuadirles que disistiesen, clamando todos à un tiempo, que *la voz del pueblo era la de Dios*. Viendo este empeño, se retiró su Ilustrísima à nuestro convento grande, por ver si allí le dejaban, cesando de un intento tan extraño: pero ni así, porque, como dicen, à tirones le sacaron de la iglesia de aquel convento y le entregaron el mando y el baston, que tuvo por bien admitirlos, por evitar mayores daños è inconvenientes, como en efecto así sucedió, por el mucho amor que le tenian todos. Gobernó su Ilustrísima desde el dicho mes de Setiembre de 1733, hasta que pudo conseguír con ellos su retirada à su amada iglesia y patria de Buenos Aires, dejando en su lugar à *D. Cristoval Dominguez*, que habia sido su padrino de consagracion, y hom-

bre de toda satisfaccion, que mantuvo á todos en sugesion y obediencia: hasta que por órden del Virey, al mandato volvió segunda vez el Señor D. Bruno Mauricio de Zabala à aquietar y sosegar la tierra. Entró á esta comision el año del Señor de 1735; y hechas algunas justicias, se retiró à su presidencia de Chile, á donde pasaba promovido del gobierno de Buenos Airies, en cuyo camino murió: y segun sus poderes, y comision que traia para nombrar Gobernador, hizo el nombramiento en el capitan de caballos

D. Martin José de Chauregui, quien desde dicho año de 1735; gobernó con todo acierto, discrecion y prudencia, hasta que se dignó el Rey mandar desde Europa nuevo Gobernador y Capitan General, que fuè el Señor

D. Rafael de la Moneda, que entró en esta ciudad, y fuè recibido el año del Señor de 1741. Este solo caballero, digno en todo de los mayores respetos, por su integridad, juicio y demas prendas grandes, adquiridas y heredadas, que son patentes, porque aun vive avecindado en Buenos Aires, supo y se diò tanta y tan buena maña entre esta gente, que pudo acabar con las brasas de los levantados, que habian quedado ocultas entre las cenizas que dejó D. Bruno. Digo esto, respecto á que, no obstante estas buenas partidas, por las que hasta ahora le lloran, tuvo valor uno ú otro eclesiástico para sublevar ó intentar hacerlo, algunos de aquellos, que habian quedado comuneros, y como se dice á sombras de tejados. Mas Dios permitiò fuese sabedor de todo el dicho Gobernador, quien con sagacidad y arte, fuè prendiendo à los principales cabezas de esta conjuracion que se ordenaba á quitarle la vida, por haber celado la honra de Dios y refrenado en ellos, ó los principales de este alzamiento sus notorios, públicos y torpes escándalos. Concluida la causa y el proceso, que todo se hizo en breve tiempo, les mandò quitar la vida. Fueron estos los únicos suplicios que en todo su gobierno egecutò, porque no sé qué se veia en este caballero, que hasta los gentiles bárbaros, como son los Payaguàs y demas que hostilizan esta república, á su voz é imperio le obedecian, y todos se sugetaban y rendian: siendo esto mas de admirar por estar ciego. Cegó este Señor luego que entró en el gobierno, y acaso la primera visita que hizo de toda la provincia fuè el motivo, por los ardientes soles del país, á que no estaba acostumbrado. Empero así se mantuvo con la entereza dicha, hasta el año de 1747 en que entregó el baston, por órden del Rey, al Sr. Coronel

D. Marcos de Larrazabal, hijo y natural de Buenos Aires:

poco gobernò este Señor, porque por motivos que la Corte tuvo, concediéndole la merced futura de teniente de Rey de Buenos Aires, le mandò sucesor, que fué el Señor

D. Jaime Sansust, quien se mantuvo con apacible economía, desde el año de 1750, hasta el de 1761 en que le promovió el Rey à Gobernador de Potosí. Por esta promocion vino de Gobernador un teniente del presidio de Buenos Aires y vecino de allí, que nombró el Sr. Ceballos, con las facultades que este hombre tenia de la Corte: y ya aquí admitido, le vino la cédula del Rey de tal Gobernador y Capitan General, llamàbase

D. José Martinez Fontes quien, no concluyó su gobierno, porque el año de 1764, dia 29 de Noviembre, murió de aire perlático; y quedò en su lugar su Teniente General

D. Fulgencio Yedros, hijo y natural del Paraguay, hombre noble y de bellísimas prendas naturales, y en grado benéfico, sumo y de gran valor y espíritu militar, que así en el empleo como antes se le notò en las entradas varias que hizo tierra adentro contra los infieles que hostilizan esta provincia. No tuvo en su gobierno los mejores aciertos, por la mucha emulacion de contrarios, y por causa de haber nombrado teniente de Curuguatí à *D. Bartolome Larios Galvan*, que fué la piedra de escàndalo de aquella villa. Faltòle à este Sr. aquella destreza política, que casi es imposible encontrar en los que no han salido de este país. Y por esto tuvo algunos sinsabores y disgustos, en menos de dos años desde la fecha dicha, hasta el 29 de Setiembre del presente año de 1766, en que entregò el baston à *D. Carlos Morphí* que hoy gobierna, admitido Gobernador segun sé, por una mera carta del Ministro en que le dá aviso de como el Rey lo tiene hecho Gobernador de esta provincia. No sè que sea de este gobierno con las novedades de la Corte, y haber el Rey proveido en otro el ministerio, que tenia el Sr. de Esquilache, mudado del gobierno al Sr. Cevallos, que patrocinaba al dicho Morphí, y otras cosas notables que nos comunican cartas confidenciales de España y Buenos Aires, que no son de este lugar.

PARTE TERCERA.

GOBERNADORES DE BUENOS AIRES,

DESDE QUE SE DIVIDIO ESTA PROVINCIA DE LA DEL PARAGUAY, EN 1620, HASTA LA ERECCION DEL VIREINATO.

D. Diego de Góngora, del orden de Santiago, natural del Reino de Navarra, y descendiente de los Condes de Benavente, fué el primero que mandó esta provincia en 1620. En el de 1622, á ruegos de algunos caciques del Uruguay, que solicitaban unirse á la Religion Católica, encomendó este negocio á los Jesuitas, demostrando su amor y celo por los naturales. Gobernó hasta el año de 1623, en que falleció, sucediéndole

D. Alonso Perez de Salazar, natural de Santa Fé de Bogotá, que de Oidor de la Real Audiencia de Charcas pasó, por real comision, á establecer las aduanas del Tucuman y Rio de la Plata; y sucediendo la muerte del Gobernador Góngora, se le encargó el mando de esta provincia, interinamente, por el Virey de Lima, Marquez de Guadalcazar: pero al año de su gobierno vino de España el sucesor, y regresándose al Perú fué Presidente de las Audiencias de Quito y Chuquisaca, y en 1624 entró mandando

D. Francisco de Céspedes, natural de Sevilla, y Veinticuatro de ella, quien habiendo venido por la ruta del Janeiro, á tiempo que los Holandeses tomaron la Bahía de Todos-Santos, se embarcó inmediatamente para este destino, con el fin de asegurar esta ciudad de cualquiera invasion que proyectasen aquellos enemigos, convocando al efecto gentes del Paraguay, Corrientes, y Santa Fé. Manifestó igual empeño en la conversion de los naturales, encargando de esta espiritual conquista á los PP. Franciscos, de cuyo feliz éxito fundaron varias iglesias, y entre ellas la de Santo Domingo Soriano, que hasta hoy se conserva. Despues de siete años de gobierno, entró á sucederle en 1632

D. Pedro Estevan de Avila, del orden de Santiago, hermano del Marquez de las Navas, de acreditado valor en las guerras de Flandes, y no menos en la vigilante defensa de este puerto, que apetecian, y rodeaban los Holandeses. No obstante, en el primer año de su gobierno tuvo la fatal pérdida de la ciudad de la Concepcion del Rio Bermejo, muy opu-

lenta, así por su comercio, como por sus apreciables cosechas, tomada por los comarcanos infieles con notable destrozo de sus habitantes: siendo vanas cuantas tentativas se hicieron para su restauracion, pues aun hoy se conserva en poder de los indios Abipones. Despues de seis años de su gobierno fué promovido al de Icatota, donde murió, despues de muchos disturbios con el Virey, Conde de Alva del Liste, y le sucedió en este gobierno

D. Mendo de la Cueva y Benavides, del órden de Santiago, y de la Exma. Casa de los Duques de Albuquerque. Principió á mandar en 1638, despues de haber militado en las guerras de Flandes, haciéndole acreedor sus recomendables servicios á la gracia de Maestre de Campo. Fué su mando cruel azote de los usurpadores infieles, que en aquella época cometian horrendas atrocidades con los españoles en el distrito de Corrientes, hasta dejarla libre de sus invasiones, y despues que sugetó su orgullo construyó el fuerte de Santa Teresa para defensa de Santa Fé, y en 1640 partió para Corregidor de Oruro, por haber venido á sucederle

D. Ventura Mojica, á quien apenas le permitió la muerte mandar cinco meses. Manifestó en tan corto tiempo su discrecion y acierto en la memorable victoria del Mbororé en el Uruguay, en donde murieron 160 portugueses, y muchos Tupies enemigos, sin pérdida considerable de españoles. Sucediéndole su teniente general

D. Pedro de Roxas, que solo gobernó mientras se dió cuenta á la Real Audiencia de Charcas, por cuyo nombramiento entró en su lugar

D. Andres de Sandoval, cuyo gobierno fué tan breve, que recibíendose en 16 de Julio de 1641 acabó antes de cuatro meses, entrando á sucederle

D. Gerónimo Luis de Cabrera, sobrino del insigne Hernando Arias de Saavedra, natural de Còrdoba del Tucuman, y nieto de su desgraciado fundador; que despues de haber manifestado su valor y pericia militar, en diversas campañas de estas provincias, finalizó con la paz la dura guerra con los Calchaquies, hallándose de Comandante General del Tucuman, por cuyo premio se le dió el mando de esta provincia, donde tambien hizo timidar los ánimos de los portugueses, que intentaban abatirle; pero lo hizo ilusorio con sus precauciones, y despues de cinco años de gobierno, murió en el de la provincia del Tucuman, año de 1646, sucediéndole en éste

D. Jacinto de Lariz, del órden de Santiago, que despues de ha-

ber militado en Milan de Maestre de Campo, no gozó de un gobierno totalmente pacífico, á causa de algunos disturbios que tuvo con el Ilmo. Sr. Obispo, con quien despues se reconcilió, sucediéndole posteriormente

D. Pedro Ruiz Baigorri, del órden de Santiago, y natural de la ciudad de Estela, en Navarra, que despues de sus acreditados servicios en Flandes, vino á mandar en 1653. Fué de recomendables prendas, y defendió este puerto de la invasion de los Franceses, que pretendieron sorprenderle con tres navíos al mando de Mr. de la Fontaine, Timoteo de Osmat. Libertó igualmente la ciudad de Santa Fé de la de los Calchaquies, con general destrozo: amparó los derechos de los indios, y cesó en este gobierno el año de 1660, sucediéndole

D. Alonso de Mercado y Villacorta, memorable por sus letras, y disposicién militar que acreditó en las guerras de Cataluña, y en el de introducir con el Marques de Leganés socorro en Lerida, sitiado por los Franceses, de donde salió herido. Pasó despues al gobierno de Tucuman, y por cédula de 13 de Abril de 1618 al de esta provincia. Fortaleció este puerto, y mejoró de situacion á la ciudad de Santa Fé, y despues de tres años de gobierno, pasó otra vez al de Tucuman, donde aseguró la paz con los infieles de aquella provincia, ascendiendo de allí á la presidencia de Panamá, en donde murió en 1681 con el título de Marques de Villacorta. Sucedióle en el mando de esta provincia el maestre de campo

D. José Martinez de Salazar, del Orden de Santiago, Gobernador que era de la Puebla de Sanabria, y Castillo de San Luis Gonzaga; y estando destinado en 1662 para la campaña de Portugal, se le nombró para el establecimiento de esta Real Audiencia, y Presidente de ella. Adelantó las fortificaciones de esta ciudad, y favoreció en extremo á los Guaranís, defendiendo su conservacion contra las continuas irrupciones de los infieles, y á estos puertos de una armada francesa que intentó atacarlos. A los nueve años fué extinguida la Real Audiencia, quedando despues el Sr. Salazar de Gobernador y Capitan General, hasta que en 1674 entró á mandar—

D. Andres de Robles, del Orden de Santiago, natural de Burgos, que habiendo militado en Flandes, lo egecutó tambien contra Portugal, dando principio á servir en la frontera de Galicia en el ejército del Marques de Viana, en la campaña del año de 1658 con plaza de capitan de caballos, y se señaló mucho en la derrota que á 17 de Setiembre se dió al ejército del rebelde junto á Valencia del Miño, rubricando las proezas de su valor con la sangre que derramó en aquel glo-

rioso combate. Sano de las heridas, volvió á la campaña, y por Diciembre del mismo año fué uno de los que con mas bizarría acometieron al enemigo junto á la villa de las Chozas, tomada por nuestras armas con un rico botin. Hallóse despues en la toma de Monzon, y recuperacion de Salvatierra año de 1659, por cuyos relevantes méritos ascendió á Maestre de Campo, y se le confirió el gobierno de estas provincias. Pero feneciendo este en 1673, pasó á la Presidencia de la isla de Santo Domingo, viniendo á sucederle en el mismo año

D. José de Garro, del órden de Santiago, y natural de Guipuzcoa. Sus distinguidos servicios en las guerras de Portugal y Cataluña lo elevaron á Maestre de Campo, y al mando de la provincia de Tucuman, que sirvió mas de cuatro años. Pasando despues á esta, hizo abandonar á los Portugueses el territorio frente de las islas de San Gabriel, en donde se habian poblado; tomándoles todo el tren de artilleria, municiones y víveres, y en recompensa pasó á la Presidencia de Chile en 1682 que gobernó por diez años. Volviendo á España en 1693 fué provisto Capitan General de Guipuzcoa en 1702, en donde murió á los 40 años de servicio. Tuvo por sucesor en Buenos Aires á

D. José de H. Herrera, natural de Madrid. Habia militado muchos años en las campañas de Flandes, Cataluña, Extremadura y Portugal, con los empleos de Capitan de infanteria, Ayudante de Sargento general de batalla y Capitan de corazas; hallándose en varios asedios, asaltos y tres batallas, de que sacó por egecutoria de su valor, muchas y muy peligrosas heridas, que mas de una vez le colocaron á las puertas de la muerte, por ser el primero que con animosa intrepidez se expuso siempre á los mayores riesgos: sobre lo que dieron honoríficos testimonios los primeros Generales de las armas españolas, los Exmos. Señores Condes de Marchin y Salazar, y Marqueses de Caracena y Leganés, pasando á noticia del Rey sus relevantes méritos: en premio de los cuales se le confirió el gobierno de Peñiscola; luego la Comisaria de caballeria de esta plaza de Buenos Aires, y despues su gobierno, que mauejó nueve años continuos con general aplauso: habiendo entregado la Colonia á los Portugueses en 1683 por estipulacion de las dos Coronas. Volviendo á España, obtuvo el gobierno de San Lucar de Barrameda con la Superintendencia de reales rentas. Por fin, restituido á la milicia como al centro de su génio marcial, se le confirió el grado de General de artilleria, en cuyo egercicio murió. Vino á sucederle

D. Agustin de Robles, caballero del órden de Santiago, quien despues de las sangrientas guerras de Flandes, pasó de Maestre de Campo á la Castellania de Fuenterrabia, de donde vino á este gobierno en 1691,

que sirvió hasta el de 1700, defendiendo valerosa y felizmente este puerto de una escuadra francesa. Restituido á España, se le honró con el grado de Sargento general de batalla. Asistió en 1703 al sitio de Gibraltar: sirvió la Presidencia de Canarias, y pasando despues al gobierno de Cádiz, murió últimamente de Capitan General de Vizcaya. Vino á sucederle

D. Manuel de Prado Maldonado, Veinticuatro perpetuo de Sevilla, quien despues de una penosa navegacion de dos años, arribó á este puerto en 1700 con notable quebranto de su salud, y en ocasion de estar amenazada esta ciudad por una armada dinamarquesa, que á esfuerzo de sus precauciones hizo infructuosos sus designios. Pero no fueron ilusorios los que dirigió contra los infieles que se habian confederado con los portugueses de la Colonia, á quienes desbarató completamente. A poco mas de dos años pasó al corregimiento de Oruro; entrando á sucederle en 1703

D. Alonso Juan de Valdes Inclan, soldado de gran valor, que quedó egecutoriado en las guerras de Cataluña, donde sirvió hasta obtener el empleo de Maestre de Campo. Dedicó toda su industria y pericia militar en asegurar estas fortificaciones y plazas á que aspiraba la codicia lusitana: cuyos reprobados intentos, castigó juntamente, tomándoles por asalto la Colonia del Sacramento, obligando á los enemigos á una vergonzosa retirada al Brasil. Despues de estos memorables sucesos, se vió precisado á pasar á Charcas, llamado de aquella Real Audiencia, en cuya ciudad falleció, sucediéndole en este gobierno en 1708

D. Manuel de Velazco, del orden de Santiago, que habiendo egercido el empleo de General de galeones, al llegar con ellos á Vigo, les prendió fuego en la Ria, porque no fuesen presa de la armada inglesa; escapando á tierra en un batel con grande riesgo de su vida. Empezó su gobierno en 1708; pero se le imputaron tales excesos, que teniendo de ellos noticias el Supremo Consejo, despachó por Juez de pesquisa al Señor D. Juan José de Motilua, ministro de aquel tribunal, quien entrando secretamente en esta ciudad por Marzo de 1712, prendió aquella noche á dicho Gobernador, le secuestró sus bienes, y substanciándole su causa, lo remitió preso á España, donde se le dió el correspondiente castigo. Por su deposicion entró á gobernar

D. Alonso de Arce y Soria, Coronel de los reales ejércitos, que venia destinado á este empleo en los mismos navios en que pasó el Sr. Motilua, y á quien la muerte apenas permitió gobernase seis meses es-

casos. Despues de varias disputas que intervinieron sobre el mando, se nombró interinamente por el Virey de Lima al Coronel

D. Baltazar Garcia Ros, que restituyó á los Portugueses por órden de S. M. la Colonia del Sacramento, y habiendo promovido la guerra defensiva de los Guaranís contra los bárbaros Charrnas, Yaros y Bohanes, que infestaban los caminos con atroces insultos, les obligó á pedir la paz. Fue nombrado para sucederle

El *Marques de Salinas*, Gentilhombre de Cámara de S. M.; pero nunca tomó posesion, por haberselo conferido el corregimiento del Cuzco, y plaza de Contador de cuentas en Lima, y en su lugar se eligió á

D. Eruno de Zavala, natural de la Villa de Durango, en el señorío de Viscaya, Caballero del órden de Calatrava, y de acreditado valor en las campañas de Flandes, bombardeo de Namur, sitio de Gibraltar, ataque de San Mateo, toma de Villareal y sitio de Lerida, donde la pérdida de un brazo fué la mas noble egecentoria de su valor. Fué hecho prisionero en la batalla de Zaragoza, é igualmente lo fué en la plaza de Alcántara. En prémio de sus distinguidos méritos se le confirió el grado de Mariscal de Campo y este gobierno, del que tomó posesion en 11 de Julio de 1717; en cuyo tiempo desalojó á los Franceses, que al mando de Mr. Estevan Mereau se habian establecido en las inmediaciones del Cabo de Santa Maria á 8 leguas de Castillo; uniéndose con los infieles. Lo mismo practicó con los Portugueses que intentaron poblarse en Montevideo, de cuyas resultas fundó por órden de S. M. aquella ciudad con el nombre de San Felipe y Santiago, dando principio en 1726 con algunas familias que vinieron de las islas Canarias, construyendo el fuerte con los indios Guaranies, y con los mismos perfeccionó el de esta plaza. Fué muy amante de la tropa, cuidando de que tuviesen corrientes sus sueldos. Celó con grande empeño el comercio ilícito, con cuyos decomisos enriqueció al erario. Finalmente satisfecho S. M. de la conducta de este gran Ministro, se sirvió promoverle, siendo ya Teniente General, á la Presidencia de Chile, donde hallándose próximo á caminar, fué comisionado por el Virey de Lima para ir á sugetar la rebelde provincia del Paraguay, donde entró armado, á pesar de la resistencia de su Cabildo, y sin temer la secreta conjuracion que se habia fraguado contra su vida. Su sucesor fué

D. Miguel de Salcedo, del Orden de Santiago, y Brigadier de los reales ejércitos, que se recibió en 23 de Marzo de 1734. Concluido su gobierno, pasó á España, sucediéndole

D. Domingo Ortiz de Rosas, del Orden de Santiago, y Mariscal de Campo de los reales ejércitos. Tomó posesion en 21 de Junio de 1742, y cesó en el de 1745, que pasó á Presidente de Chile, en donde continuando sus servicios le dió Su Magestad el título de *Conde de Poblaciones*. Tuvo por sucesor en este gobierno á

D. José de Andonaegui, Teniente General de los reales ejércitos. En su tiempo vino de España el Marquez de Valdelirios con los comisarios necesarios para el establecimiento de la línea divisoria con la corona de Portugal, en virtud del tratado de límites, celebrado el año de 1750, de cuyas operaciones resultó haberse rebelado siete pueblos Guaranis de la parte oriental del rio Uruguay: por cuyo motivo fué necesario pasase á contenerlos el Sr. Andonaegui en el de 1755, con un ejército de 1500 hombres, auxiliado de otro portugues de mil, al mando del Virey del Janeiro, Conde de Bobadela. Los rebeldes esperaron ambos ejércitos en las lomas de Caybaté, donde fueron derrotados, con pérdida de 2500 hombres: con cuyo feliz éxito se allanó el paso hasta los expresados pueblos, acuartelándose las tropas portuguesas en el de Santo Angel, y las españolas en el de San Juan, en donde permaneció el Sr. Andonaegui, hasta que vino á relevarlo

D. Pedro de Ceballos, Caballero del órden de San Genaro, Comendador de Sagra y Senet en la de Santiago, Gentilhombre de Cámara de Su Magestad con entrada, y Teniente General de sus reales ejércitos. Empezó á servir el año de 1739 de Capitan en el regimiento de Caballeria de Ordenes: á poco tiempo fué ascendido á Coronel del de infanteria de Aragon, manifestando desde luego tan señaladamente su espíritu, y prendas en las guerras de Italia, que mereció la confianza de sus generales, y se adquirió el amor y respeto de la tropa, haciendo ya desde entonces memorable su nombre aun entre los enemigos. Tomó posesion de este gobierno en 1756, donde acreditó mas su ardor militar con motivo de la expedicion de Misiones, toma de la Colonia del Sacramento, Rio Grande de San Pedro, Fuertes de Santa Teresa, Santa Tecla y San Miguel; y finalmente, en la premeditada sorpresa por el orgulloso capitan ingles Mannamara, que con un navío y dos fragatas pretendió el día 6 de Enero de 1763 recuperar la expresada plaza de la Colonia: quien despues de dos horas y media de un vivo y continuado fuego, pagó su temerario arrojo, incendiándose el navío nombrado el Lord Elive, quedando con esta accion mas gloriosas las armas españolas, debiéndose esta victoria al acierto, valor y talento del Sr. Ceballos. Por último, despues de otros recomendables servicios, entregó el mando de estas Provincias á

D. Francisco de Paula Bucareli y Ursua, Caballero comendador de

Almendralejo en la Orden de Santiago, Gentilhombre de Cámara de S. M. con entrada, y Teniente General de sus reales ejércitos. Tomó posesion en 15 de Agosto de 1766, egecutándose en su tiempo el estrañamiento de los Jesuitas. Cesó en el de 1770, que dejó el gobierno á

D. Juan José de Vertiz, caballero comendador de Puerto Llano en la órden de Calatrava, y Brigadier de los reales ejércitos. Empezó á servir en el real cuerpo de guardias españolas, en el cual lo egecutó tambien en las guerras de Italia. Pasò despues á militar en Rusia con el fin de adquirir conocimientos militares para el régimen del ejército. Vino á estas Provincias con la sub-inspeccion de las tropas en 1769, y en su gobierno ascendió á Mariscal de Campo. Fundò en el año de 1772 los reales estudios en el Colegio de los Regulares Expulsos, y la casa de Recogidas, con otras disposiciones en órden á policía. En su tiempo empezaron los insultos de los portugueses por la Banda Oriental de este rio, á cuyo destino pasó con el objeto de contenerlos. Fué el último que obturo el empleo de Gobernador, por haberse erigido esta ciudad por capital de Vireynato, como adelante se demuestra.

CUARTA PARTE.

VIREYES.

D. Pedro de Ceballos, Cortes y Calderon, Caballero de la real órden de San Genaro, comendador de Sagra y Senet en la de Santiago, Gentilhombre de Cámara de S. M. con entrada, Capitan General de sus reales ejércitos, Comandante general de Madrid y su distrito, consejero y sub-decano del Supremo consejo de guerra. Enterado S. M. de los repetidos é insufribles excesos que cometian los Portugueses en los distritos de este Rio de la Plata, acordò para la satisfaccion de sus insultos, elegir al Señor Ceballos, en virtud de sus notorios conocimientos, valor y pericia militar nombrándole por primer Virey, Gobernador y Capitan General de estas Provincias, con todas las franquezas, autoridades y privilegios singulares que consta de su especial cédula de 8 de Agosto de 1776, y entregándole todo el mando de la escuadra que so aprestó en Cadiz con este importante objeto, y de cuyo puerto zarpó en

12 de Octubre de dicho año. Verificó su feliz arribo al de la isla de Santa Catalina, el 20 de Febrero de 1777, cuya sola vista, y conocimiento del que la mandaba, fué suficiente para intimidar los ánimos lusitanos, entregándole inmediatamente sin un tiro de cañon todas sus fortalezas, por capitulaciones celebradas el 5 de Marzo: por cuyas resultas le condecoró S. M. con el grado de Capitan General de sus reales ejércitos. Efectuada la toma de Santa Catalina, pasó á la Colonia del Sacramento, que se le rindió á su discrecion, y dirigiéndose despues al puerto del Rio Grande, atajaron su éxito los pliegos de la paz que recibió en el camino: por lo que se restituyó á esta capital, donde entrò con universal aplau-o el 15 de Octubre de dicho año de 1777, en cuyo mando cesó el 26 de Junio de 1778; y regresándose á España, murió en 26 de Diciembre del mismo, en el convento de los PP. Capuchinos de Córdoba la Llana. El distinguido mèrito y demas recomendables circunstancias que adornaban á este respectable gefe, hicieron muy sensible su pérdida á toda la nacion. Sucediòle

D. Juan Josè de Vertiz y Salcedo, Caballero comenador de Puerto Llano en la Orden de Calatrava, y Teniente general de los reales ejércitos. Fundó el colegio de San Carlos, y casa de Niños Expositos: estableciò la iluminacion de esta capital, y en la fatal època de la sublevacion del Perú concurrió con sus acertadas providencias á la pacificacion del reyno con desastre general de los rebeldes, Damaso Catari, Julian Apasa (alias Tupa-Catari) y sus secuaces. Pasó á Montevideo por las atenciones de la guerra con los Ingleses, donde se mantuvo hasta la paz, y entregado despues el mando á su sucesor, se restituyó á España en donde falleció el año de 1799. Dicho sucesor fué

D. Nicolas del Campo, Marquez de Loreto, Mariscal de Campo de los reales ejércitos, y Gentilhombre de Cámara de S. M. con entrada. Sirvió en las guerras de Portugal, y sitio de Gibraltar. Fué un gefe recto, des-interesado y muy caritativo. Tomo posesion en 7 de Marzo de 1784, reuniéndose en su tiempo la superintendencia de real hacienda al vireinato. Se nombró para sucederle á

D. Juan Vicente de Gñemes, Pacheco de Padilla, Conde de Revilla Gigedo; pero como obtuviese al poco tiempo la gracia para el gobierno de Méjico, se eligió en su lugar á

D. Nicolas de Arredondo, Teniente general de los reales ejércitos, que se posesionó en 1 de Diciembre de 1789. Empezó su carrera militar en el real cuerpo de guardias españolas, habiendo servido en las guerras de Italia, y posteriormente de Mayor General en el ejército del Sr. D. Victorio de Navia, que en el año de 1780 pasó á la Habana en la escuadra

al mando del Gefé de ella D. José Solano. Obtuvo el gobierno de la isla de Cuba, del que fué ascendido á Presidente de Charcas, y al de este vireinato, en donde manifestó su celo, bondad y desinterés: debiéndole esta capital el particular beneficio del empedrado de sus calles, que principió dando las mas suaves y exactas disposiciones para este útil objeto. Cesó en el mando en 16 de Marzo de 1795, y dirigiéndose á España, premió S. M. sus servicios con la Capitanía General del Reyno de Valencia, y con la encomienda de Puerto Llano en la Orden de Calatrava. Murió en Madrid el año de 1802. Tuvo por sucesor á

D. Pedro Melo de Portugal y Villena, Caballero del Orden de Santiago, Gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio, primer caballero de la Reyna nuestra Señora, Teniente general de los reales ejércitos y descendiente de los Serenísimos Duques de Braganza. Embarcado de guardia marina en la fragata *Perla*, tuvo esta un reñido combate con un jabeque moro, de cuyas resultas habiendo perecido toda la oficialidad recayó el mando en el Sr. Melo, el cual desempeñó con tal valor y actividad, que logró rendir la soberbia del moro, haciéndolo prisionero: por cuya heroica accion lo condecoró S. M. con el grado de Teniente de fragata. Pasó despues á continuar su mérito en el regimiento de Dragones de Sagunto, del que siendo ya Sargento Mayor, se le confirió el gobierno del Paraguay con el grado de Teniente Coronel; y posteriormente este vireinato, en donde acreditó su celo, liberalidad, desinterés y amor al real servicio, fundando el fuerte del Cerro Largo en las fronteras de Portugal, y expidiendo las mas activas providencias con motivo de la guerra con la Gran Bretaña, para resguardar estos puertos de cualquier insulto de esta orgullosa nacion. Pasó despues á reconocer los de la otra banda de este rio, en cuya honrosa fatiga le asaltó la muerte en Montevideo, el 15 de Abril de 1797; y siendo trasladado su cádaver á esta capital, fué sepultado en el monasterio de Monjas capuchinas, segun disposicion de S. E. La dulzura de su trato, su magnanimidad, y piadoso corazon en remediar las necesidades públicas y secretas, y en acudir á las urgencias de los monasterios, pobres y hospitales, hicieron sensible su muerte en la gratitud de estos habitantes.

La Real Audiencia gobernó hasta 2 de Mayo, en que tomó posesion.

D. Antonio Olaguer Feliú, Caballero de la Real Orden de Carlos III., Mariscal de Campo de los reales ejércitos, Sub-inspector general de las tropas de este vireinato, y Gobernador que habia sido de Montevideo. Sirvió este empleo en virtud de Real despacho de 29 de Octubre de 1794 que á prevencion se hallaba depositado en esta Real Audiencia para el ca-

so de fallecimiento del Sr. Melo. Cesó en 14 de Marzo de 1799, y entró á sucederle

D. Gabriel de Aviles y del Fierro, Marques de Aviles, Teniente General de los reales ejércitos, Sub-inspector que fué de las tropas del vireinato del Perú, y Presidente de Chile. En todos destinos dió pruebas auténticas de su integridad, desinterés y acreditado celo en servicio del Rey. Pasó despues á servir el vireynato de Lima, cesando en el mando de este el 20 de Mayo de 1801, en que le sucedió

D. Joaquin del Pino, Mariscal de Campo de los reales ejércitos, Gobernador que fué de la plaza de Montevideo, y Presidente de las reales Audiencias de Charcas y Chile, cuya muerte acaeció el 11 de Abril de 1804, sucediéndole

D. Rafael de Sobremonte, el 28 del mismo mes. Su gobierno fué uno de los mas desgraciados para estas Provincias, que fueron ocupadas por un ejército inglés al mando del Mayor General Guillermo Carr Berresford, el 27 de Junio de 1806. Ningun esfuerzo hizo el virey para oponérseles, y se asiló vergonzosamente á Córdoba. El 27 de Agosto del mismo año, el pueblo de Buenos Aires escarmentó á los invasores, bajo la hábil direccion del capitán de navío D. Santiago Liniers, y otros patriotas esforzados. Volvieron segunda vez los Ingleses, con fuerzas mas numerosas, al mando del General Whitelocke, que tuvo que evacuar la ciudad, firmando una convencion que le fué impuesta el 7 de Julio de 1807. El único hecho honroso que pertenece al período administrativo de Sobremonte es la introduccion de la *Vacuna*, que se generalizó despues por el celo filantrópico del benemérito eclesiástico D. Saturnino Segurola. La Audiencia, convencida de la nulidad de Sobremonte, declaró caducado su gobierno, y decretó su prision. Se le subrogó provisoriamente

D. Pascual Ruiz Huidobro, el 27 de Junio de 1807, á quien sucedió

D. Santiago de Liniers y Bremont, que tomó el mando de este vireinato interinamente en 16 de Mayo de 1808, y le reemplazó

D. Bullazar Hidalgo de Cisneros y La-torre, el 19 de Julio de 1809, hasta el 25 de Mayo de 1810, en que se instaló la Junta Superior de las Provincias, terminando con él en esta parte de América la dominacion española.

INDICE

DE LA

HISTORIA DEL PARAGUAY, &c.

LIBRO I.º — PARTE I.

	<i>Discurso preliminar del Editor.</i>	
§ 1.	<i>Division del territorio</i>	1
2.	<i>Origen de sus habitantes</i>	4
3.	<i>Gigantes y pigmeos</i>	7
4.	<i>Gobierno, leyes y costumbres</i>	9
5.	<i>Preparativos de guerra</i>	11
6.	<i>Trage</i>	12
7.	<i>Diversiones</i>	13
8.	<i>Casamientos</i>	15
9.	<i>Educacion de sus hijos</i>	18
10.	<i>Recursos y migraciones</i>	19
11.	<i>Idolos y hechiceros</i>	21
12.	<i>Médicos</i>	28
13.	<i>Entierros</i>	29
14.	<i>Ideas religiosas</i>	32
15.	<i>Cosmografia</i>	34
16.	<i>Tradiciones históricas</i>	35
17.	<i>Aptitud para las artes</i>	36

LIBRO I.º — PARTE II.

§ 1.	<i>Aspecto general del país</i>	39
2.	<i>Arboles</i>	40
3.	<i>Rio y lagunas</i>	48
4.	<i>Peces</i>	56
5.	<i>Aves acuáticas</i>	60
6.	<i>Volátiles</i>	61
7.	<i>Cuadrùpedos</i>	65
8.	<i>Réptiles</i>	70
9.	<i>Insectos</i>	72

LIBRO II.

§ 1.	<i>Descubrimiento.....</i>	1515—1529....	79
2.	<i>Desde Gaboto hasta Mendoza.....</i>	1530—1536....	84
3.	<i>Gobierno de Pedro de Mendoza.....</i>	1534—1537....	88
4.	<i>Gobierno de Oyolas</i>	1537—1539....	91
5.	<i>Gobierno de Irala</i>	1540—1542....	96
6.	<i>Gobierno de Cabeza de Vaca.....</i>	1540—1544....	100
7.	<i>Segundo gobierno de Irala.....</i>	1545—1556....	110
8.	<i>Gobierno de Gonzalo de Mendoza.....</i>	1556—1557....	120
9.	<i>Gobierno de Vergara.....</i>	1560—1565....	127
10.	<i>Gobierno de Cúceres</i>	1566—1572....	129
11.	<i>Gobierno de D. Ortiz de Zarate.....</i>	1573—1576....	137
12.	<i>Gobierno de Garay</i>	1576—1584....	142
13.	<i>Gobierno de Torres de Vera.....</i>	1587—1591....	158
14.	<i>Gobierno de Saavedra</i>	1592—1594....	165
15.	<i>Gobierno de Velasco.....</i>	1595—1597....	166
16.	<i>Gobierno de Zarate.....</i>	1597—1598....	168
17.	<i>Gobierno de Valdez de la Vanda.....</i>	1598—1600....	169
18.	<i>Gobierno de Saavedra.....</i>	1602—1609....	170
19.	<i>Gobierno de Negron.....</i>	1610—1615....	173
20.	<i>Gobierno de Saavedra.....</i>	1615—1620....	179

Serie de los Gobernadores del Paraguay, por el P.

	<i>Bautista.....</i>	185
§ 1.	<i>Gobernadores del Paraguay y del Rio de la Plata....</i>	186
2.	<i>Gobernadores del Paraguay.....</i>	196
3.	<i>Gobernadores de Buenos Aires.....</i>	202
4.	<i>Vireyes.....</i>	209

LA
ARGENTINA,

O LA

CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA,

POEMA HISTÓRICO

POR EL

ARCEDIANO D. MARTIN DEL BARCO

CENTENERA.

BUENOS - AIRES.

IMPRESA DEL ESTADO,

1836.

DISCURSO PRELIMINAR

A LA

ARGENTINA DE BARCO CENTENERA.

Cuando salió á luz este poema sobre la conquista del Rio de la Plata, las musas castellanas habian desplegado, en las obras de Garcilaso, Herrera y Luis de Leon, un estilo culto y elegante. Ni la lucha intestina de Fernando el Catòlico contra los Moros, ni las guerras exteriores de su sucesor Carlos V, fueron bastantes à detener los progresos de las letras, que sin proteccion y estímulo florecieron en el reinado sombrío é inquisitorial de Felipe II. El gusto de la literatura italiana, que à mediados del siglo XVI. se habia generalizado en España, y el verso endecasílabo, introducido por Boscan, pusieron en voga à los grandes modelos que se ilustraron en la epopeya, y Ariosto, Camoens, y Taso, tuvieron sus émulos è imitadores.

Mientras que Zapata, Urrea y Samper celebraban à porfia las glorias de Carlos V, Pinciano escribia el *Pelayo*; Cueva, la *Conquista de la Bética*; Hojeda, la *Cristiada*; Mosquera y Zamora, la *Numantina* y la *Saguntina*; y el fértil è inagotable Lope de Vega, la *Dragontea*, el *Isidro* y la *Jerusalén*. Entre tantos ensayos desgraciados, ocupaba un lugar eminente el poema de D. Alonso de Ercilla, que al relatar los sucesos de Arauco, podia decir como Enea

quorum pars magna fui.

El mismo objeto se propuso D. Martin del Barco Centenera en su *Argentina*, en que describió los acontecimientos que presenciaba, sino con toda la escrupulosidad de un historiador, almenos con un fondo de candor que le grangea crédito y confianza. Nació en

Logrosan, en el partido de Trujillo en Extremadura, cerca del año de 1535, cuando se fundò por primera vez Buenos Aires, de la que estaba destinado á cantar la reedificacion. Abrazò el estado eclesiástico, y en clase de capellan acompañò la expedicion que, en 1572, saliò del puerto de San Lucar, bajo los auspicios del Adelantado Juan Ortiz de Zárate. La descripcion de este viage, una de las partes mas interesantes del poema, los amagos de una tempestad, y los estragos del hambre que estallò en Santa Catalina, son pinturas animadas de los incidentes de una larga navegacion.

En los veinticuatro años que pasó en América, el deseo de observar tantos objetos nuevos y curiosos, le hizo tomar parte en varias empresas, en las que arrojò grandes peligros, siendo testigo de infinitas desgracias: y al cuidado que tuvo de relatarlas debemos las únicas memorias que nos quedan de un período importante en la conquista de estas regiones. Acompañó á Melgarejo y á Garay en casi todas sus expediciones, y, segun parece indicarlo, fué uno de los que concurrieron á la fundacion de Buenos Aires en 1580. (1)

De todas las privaciones que sufrió, la que mas le molestò fué el hambre. Sus efectos fueron sobre todo terribles en Santa Catalina, donde á los horrores de una escasez absoluta se agregaron los de una crueldad refinada en los gefes, que enviaban al cádalso á los que luchaban con la muerte por falta de alimentos. El autor deplora estos rigores culpables; porque

La cosa á tal extremo habia llegado
Que carne humana ví que se comia. (2)

El mismo tuvo que echar mano de lagartijas, que no le parecieron tan sabrosas como ciertos gusanos que comió despues en las márgenes del rio Huybay. Los habia de dos especies, y se criaban en cañas mas corpulentas que los *robles*:

En muy poco difieren sus sabores:
Estando el uno y otro derretido,
Manteca fresca á mi me parecia;
¡ Mas sabe Dios el hambre que tenia! (3)

(1) Véase la nota 3 de la pág. 15.

(2) Pág. 96.

(3) Pág. 33.

En uno de estos apuros tuvo que usar de su influjo para tranquilizar la conciencia de una muger, que habia hurtado un perro sin atreverse à echar mano de él. Este episodio puede servir à dar una idea del génio festivo del poeta.

Viniendo de la iglesia una mañana
 Que habia sacrificio celebrado,
 Una comadre mia, Mariana,
 De su pequeña choza me llamaba
 En una isla, dó antes la tirana
 Le habia á su marido sepultado :
 Y oid lo que me dice muy gozosa,
 Aunque del hecho suyo recelosa.

Un solo perro habia en el armada,
 De gran precio y valor para su dueño:
 Llamado, entró ese dia en su posada,
 Mas nunca mas salió de aquel empeño;
 Porque ella le mató de una porrada,
 Al tiempo del entrar, con un gran leño.
 Mostrándolo, me dice: *¿Qué haremos?*
 Yo dije:—*Asad, Señora, y comeremos.*

Estos lances de la vida están descritos en un estilo fácil y natural, que es el tono ordinario del poeta; sin que le falte vigor para elevarse, cuando su alma se halla profundamente conmovida. Si no fuera por no multiplicar citas, reproduciríamos varios trozos que nos parecen dignos de competir con los modelos mas acabados de la poesia castellana. Sirva de egemplo la octava, en que describe el hambre que asaltó à los compañeros de D. Pedro de Mendoza en Buenos Aires:

Comienzan á morir todos rabiando,
 Los rostros y los ojos consumidos.
 A los niños que mueren sollozando
 Las madres les responden con gemidos:
 El pueblo sin ventura lamentando
 A Dios envia suspiros dolorosos:
 Gritan viejos y mozos, damas bellas
 Perturban con clamores las estrellas. (4)

Estos versos son tiernos, pero mas llenos de sensibilidad son los que le inspira la muerte de su compatriota Ana de Valverde.

(4) Pag. 40.

Llore mi musa y verso con ternura
 La muerte de esta dama generosa;
 Y llórela mi tierra, Extremadura,
 Y Castilla la Vieja perdidosa:
 Y llore Logrosán la hermosura
 De aquesta dama bella, tan hermosa,
 Cual entre espinas, rosa y azucena,
 De honra y de virtudes tan bien llena.

Las Argentinas Ninfas, conociendo
 De aquesta Ana Valverde la belleza,
 Sus dorados cabellos descojendo,
 Envueltas en dolor y grau tristeza,
 Estan á la fortuna maldiciendo,
 Las flechas y los dardos, la crueza
 Del indio Mañuá, que así ha robado
 Al mundo de virtudes un dechado. (5)

No es nuestro propósito exagerar el mérito poético de la *Argentina*; y mas bien quisiéramos que quedase reducido à lo que es puramente indispensable para no fastidiar al lector que la consulta como monumento histórico de la época á que pertenece. Cuando se considera que los acontecimientos de un periodo, que comprende toda la administracion de Garay y la de su sucesor Mendieta, no tienen mas historiador que un poeta, se siente la necesidad de acreditar, que

..... aunque su musa en verso canta,
 Escribe la verdad de lo que ha oido
 Y visto por sus ojos y servido. (6)

Este empeño en que se constituyò voluntariamente el autor, justifica su principal defecto, que es cierto aire prosaico, que es natural que prevalezca en una obra, despojada del brillante cortejo de las ficciones. Quítese todo lo que hay de fantástico en los grandes poemas épicos, antiguos y modernos:—bórrense de la *Eneida*, de la *Jerusalén* y de la *Lusiada*, las pinturas de los Campos Eliseos, de los palacios y de las islas encantadas que tanto nos arrebatan, y no quedará mas que una fria narracion del viage de Eneas, de las guerras de Palestina y de la navegacion de Vasco de Gama.

Esta especie de *crónicas rimadas* tienen todos los vicios de los géneros bastardos, cuyo carácter ambiguo es el mayor obstáculo à su

(5) *Pag.* 272.

(6) *Pag.* 2-1.

perfeccion. Moratin en una de sus mejores sàtiras se declara contra esta clase de escritores, à los que dirige irònicamente los siguientes consejos.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo à la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No fingas, no; *que es grande picardia*:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia;

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
Que así le debe hacer un hombre honrado. (7)

Pero Moratin habla como poeta, y no piensa que pueda haber una sociedad que busque, en las pocas memorias coevas, tradiciones ciertas de su infancia: porque en este caso los defectos que ridiculiza le hubieran parecido otras tantas recomendaciones. Si algo falta al autor de la Argentina es la *nimiedad escrupulosa*, que tanto desagrada al Terencio español.

Aun así, la autoridad de Centenera ha sido de tanto peso para sus sucesores, que hasta han adoptado sus fábulas; y si por mucho tiempo se ha creído en las *Sirenas*, en los *Carbunclos* y en otras patrañas del mismo quilate, es porque él aseguró que los había visto con sus propios ojos.

Los servicios que prestò en la conquista de estas provincias, mas reales que estos juegos de una imaginacion acalorada, le merecieron el titulo de arcediano de la Asumpcion, en cuyo carácter acompañò à Fray Alonso Guerra (recien promovido à la silla episcopal del Paraguay), al concilio convocado en Lima en 1582, por el Arzobispo Melgarejo, mas conocido en los fastos de la iglesia bajo el nombre de *Santo Toribio* con que fué canonizado.

Para introducir alguna variedad en la relacion de estas tareas, pinta la hermosura y el lujo de las damas limeñas, de las que hace un retrato seductor.

Por las calles y plaza y las ventanas
Se ponen, que es contento de mirarlas,

(7) *Sátira contra los vicios de la poesia castellana.*

Con ricos aderezos muy galanas,
 Y pueden los que quieren bien hablarlas.
 No se muestran esquivas ni tirauas,
 Que escuchan á quien quiere requebrarlas:
 Y dicen só el rebozo chistecillos,
 Con que engañan á veces los bobillos. (8)

En estos episodios, y en los que le ministran los acometimientos de Drake y Candish, acaba su poema, imitando en esto à Ercilla, que tambien se distrae en describir las batallas de San Quintin y Lepanto. Centenera, que no ponía mucha importancia en conservar la unidad del poema, estuvo tentado de tratar de las guerras de Chile; y si no lo hizo, no fué por respeto à los preceptos de Aristóteles, sino por el que le inspiraba el mérito de la Araucana. El elógio que hace de Ercilla es honroso para entrambos.

Y pues que á Chile cupo tal belleza
 De pluma, de valor, de cortesia,
 No es justo que se atreva mi rudeza
 Decir de Chile cosa: que seria
 Muy loca presumpcion y gran simpleza
 Meter hoz eu la mies no siendo mia. (9)

Su morada en Lima, y la obligacion de sostener con decoro su rango, agotaron su peculio y lo dejaron sumido en la indigencia. Acostumbrado à vivir en la mediocridad, hubiera sobrellevado con resignacion esta desgracia, si hubiese podido renunciar igualmente al deseo de volver á su patria. Esta idea, que se habia apoderado de su espíritu, lo dispuso á la tristeza; y se hallaba en el mayor abatimiento, cuando

La Inquisicion le hizo comisario,
 Y el Obispo de Charcas su vicario. (10)

En estas nuevas funciones pasó los últimos años de su residencia en América, hasta que en 1596 se resolvió á regresar á Europa. Al deseo de reunirse à su familia debió agregarse el de dar publicidad á su poema, siendo imposible que lo verificase en América, donde aun no habia penetrado el arte tipográfico. Desembarcó en Lisboa, en donde dió á luz la *Argentina*, en 1602, bajo los auspicios

(8) Pag. 269.

(9) Pag. 277.

(10) Pag. 265.

del Marques de Castel Rodrigo, que gobernaba entonces el Portugal, à nombre de Felipe III: otra edicion publicó Barcia en el tercer tomo de sus *Historiadores primitivos de las Indias occidentales*; y ambas tan llenas de errores, que bastaria esta circunstancia à justificar su reimpression.

Los ejemplares de que nos hemos valido, nos han sido franqueados, con su acostumbrada liberalidad, por el Sr. Canònigo Dr. D. Saturnino Segurola; y no creemos que se halle en Buenos Aires otra copia de la edicion de Lisboa. La que cita Pinelo (11), del año de 1631, si existe, debe ser mucho mas rara que la primera; puesto que ha quedado ignorada à los demas bibliògrafos.

El juicio de Azara, sobre el autor de la *Argentina*, no solo es severo, sino injusto: porque de todos los cargos que se le pueden hacer, el que nos parece mas infundado es, *no haber puesto el menor cuidado en averiguar la verdad de los hechos.* (12)

Ciertamente, no son exactos todos los que alega; pero este defecto parcial, y excusable, por ser comun à todos los escritores de aquel siglo, no le quitan el mérito de habernos transmitido con fidelidad muchas noticias que ignorariamos sin èl; en lo que no puede menos de convenir el mismo Azara. (13)

Tambien se equivoca cuando dice que la *Argentina* comprende los acontecimientos de la conquista de estas provincias, hasta el año de 1581: porque en el canto XXIV se describen minuciosamente las circunstancias de la muerte de Garay, que acaeciò en 1584; y en el último se habla de la victoria de los portugueses sobre Candish, que corresponde al año de 1592.

Una segunda parte, de la que se ocupaba el autor cuando

(11) *Biblioteca occidental.* Tom. II, pag. 653.

(12) *On y remarque aisément que l' auteur ne s' occupait guères de la recherche de la verité et des faits.* Viages à la América meridional. Tom. I, pag. 21.

(13) *Ibid.*

VIII

publicó su poema (14), quedó interrumpida por su muerte, que lo acometió poco despues, en una edad avanzada, y fuera de su patria, adonde habia deseado tanto volver.

Buenos Aires, Junio de 1836.

PEDRO DE ANGELIS.

(14) *Pag.* 312.



AL MARQUES DE CASTEL RODRIGO,

*Virey, Gobernador y Capitan General de Portugal, por el
Rey D. Felipe III, Nuestro Señor,*

D. MARTIN DEL BARCO CENTENERA,

ARCEDIANO DEL RIO DE LA PLATA.

Habiendo considerado y revuelto muchas veces en mi memoria el gran gusto que recibe el humano entendimiento con la lectura de los varios y diversos acaecimientos de cosas, que aun por su variedad es la naturaleza bella; y que aquellas amplísimas provincias del Rio de la Plata estaban casi puestas en olvido, y su memoria sin razon obscurecida, procuré poner en escrito algo de lo que supe, entendí y ví en ellas, en veinticuatro años que en aquel nuevo orbe peregriné:—lo primero, por no parecer al malo é inutil siervo que abscondió el talento recibido de su señor:—lo segundo, porque el mundo tenga entera noticia y verdadera relacion del Rio de la Plata, cuyas provincias son tan grandes, con gentes tan belicosas, animales y fieras tan bravas, aves tan diferentes, víboras y serpientes que han tenido con hombres conflicto y pelea, peces de humana forma, y cosas tan exquisitas, que dejan en éxtasis à los ánimos de los que con alguna atencion las consideran.

He escrito, pues, aunque en estilo poco pulido y menos limado, este libro, á quien intitulo y nombro *Argentina*, tomando el nombre del sujeto principal que es el Rio de la Plata; para que V. E., si acaso pudiera tener algun rato como que hurtado à los necesarísimos y graves negocios de tan grande gobierno como sus hombros tienen, pueda con facilidad leerle, sin que le dè el disgusto y fastidio que de las largas y prolijas histórias se suele recibir; y héme dispuesto à presentarla y ofrecerla á V. E., como propia suya; pues, segun derecho, los bienes del siervo son vistos ser del señor.

publicó su p. confio que, puesto en la posesion del amparo de V. E.; séiò noo uevo ser y perpetuo renombre mi trabajo ; y pido à Dios se siga solo haber acertado á dar à V. E. algun pequeño contento con este mi paupèrrimo servicio: lo que será para mi muy aventajado prémio, y crecerán en mí las alas de mi flaco y débil entendimiento para volar, aspirando siempre à cosas mas altas y mayores: enderezadas todas à su fin debido, que es el servicio de Dios, de S. M. y de V. E., à quien Dios nos guarde por largos y felicísimos tiempos, para el buen gobierno y amparo de este reino, y como yo siervo y perpetuo capellan de V. E. deseo.

De LISBOA, 10 de Mayo de 1601.



LA ARGENTINA.

CANTO PRIMERO.

En que se trata del origen de los Chiriguanas ó Guaranís, gente que come carne humana, y del descubrimiento del Rio de la Plata.

Del indio Chiriguana encarnizado
En carne humana, origen canto solo.
Por descubrir el ser tan olvidado
Del Argentino reino, ¡ gran Apolo!
Enviame del monte consagrado
Ayuda con que pueda aquí, sin dolo,
Al mundo publicar, en nueva historia,
De cosas admirables la memoria.

Mas ¡qué digo de Apolo, Dios eterno!
A vos solo favor pido y demando.
Qué mal lo puede dar en el infierno
El que en continuo fuego está penando.
Haré con vuestra ayuda este cuaderno,
Del Argentino reino recontando
Diversas aventuras y estrañezas,
Prodigios, hambres, guerras y proezas.

Tratar quiero tambien de sucedidos
Y estraños casos que iba yo notando.
De vista muchos son, otros oidos,
Que vine à descubrir yo preguntando.
De personas me fueron referidos
Con quien comunicaba, conversando
De cosas admirables codicioso,
Saber por escribirlas deseoso.

Perú de fama eterna y estendida
 Por sus ricos metales por el mundo;
 La Potosí imperial ennoblecida,
 Por tener aquel cerro tan rotundo; (1)
 La tucumana tierra bastecida (2)
 De cosas de comer, con el jocundo
 Estado del Brasil, daràn subiecto
 A mi pluma que escriba yo prometo.

Que aunque en esta obra el fundamento
 Primero y principal, Rio de la Plata,
 Y así es primero su descubrimiento;
 Con todo no serà mi pluma ingrata:
 Que aquí pintarà al vivo lo que siento
 Del nuevo orbe al Marques Mora: (*) y si trata
 Contrario à la verdad, yo sea borrado
 De su libro, y à olvido condenado.

Tambien dirè de aquel duro flagelo,
 Que Dios al mundo diò por su pecado,
 El Drake que cubrió con crudo duelo (3)
 Al un polo y al otro en sumo grado.
 Trataré de castigos, que del Cielo
 Parece nuestro Dios nos ha enviado:
 Temblores, terremotos y señales
 Que bien pueden juzgarse por finales.

En todo hallará bien, si lo quisiere,
 A su gusto el lector, gusto sabroso.
 Y guste lo que mas gusto tuviere,
 Y deje lo sin gusto y disgustoso.
 Hará al fin lo que mas gusto le diere:

(1) Cosa muy sabida es de todos la riqueza del Perú, y del famoso cerro de Potosí, que es á la manera de un monton de trigo mirádole de lejos: y es grima mirar los socarones que se han hecho para desentrañarle y sacarle la riqueza de metales que tiene dentro de sí.

(2) Tucuman es una provincia abundante de comida. Chile es la mas parte florista y jardín, tiene oro, y en particular Santiago de Chile. Es tierra de mucho recreo.

(*) D. Cristoval de Mora, Marquez de Castel Rodrigo, Virrey, Gobernador y Capitan General de Portugal, por el Rey Felipe III. Fué la persona á quien el autor dedicó su poema.—El Editor.

(3) El capitan Francisco Drake, que fué azote de Dios en el mar del norte y en del sur, pues saliendo de Inglaterra que está hácia el polo ártico, y pasando el Estrecho, hizo todo daño debajo del polo antártico.

Què esto de escribir es azaroso.
 En nombre de Jesus comienzo agora,
 Y de la Virgen para Emperadora.

Despues del gran castigo y gran justicia,
 Que hizo nuestro Dios Omnipotente,
 Por ver como crecia la malicia
 Del hombre que compuso sabiamente,
 Habiendo recibido la propicia
 Señal del amistad, Noé prudente,
 De Japhet, hijo suyo, así-llamado,
 Tubal nació valiente y esforzado. (4)

Aqueste fué el primero que en España
 Pobló: pero despues viniendo gentes
 Con la de aqueste Tubal y otra estraña
 Mas, del mismo Noé remanecientes,
 España se pobló, y tanta saña
 Creció entre unos hombres muy valientes
 Tupis, que por costumbre muy tirana
 Tomaron á comer de carne humana.

Creciendo en multitud por esta tierra
 Estremadura bella, aquesta gente
 De tan bestial designio y suerte perra,
 Por atajar tal mal de incontinente
 Hicieron los Ricinos grande guerra (5)
 Contra aquestos caribes fuertemente;
 En tiempo que no estaba edificada
 La torre de Mambrós tan afamada. (6)

Ni menos el alcazar trujillano,
 En que vive la gente trujillana:
 Ni la puente hermosa, que el Romano
 En Merida nos puso á Guadiana.
 Ni habia comenzado el Lusitano, (7)

(4) *Notoria cosa es, á los que tienen lumbre de fé, el diluvio, y como Noé hizo el arca, en que se salvó con los suyos; y como habiendo cesado el diluvio, le dijo Dios signum ponam inter me & te, que fué el Arco Iris, signum federis: y como Tubal, hijo de Japhet, y nieto de Noé, pobló primero la España, de donde los Portugueses derivan Setubal, casi Sedes Tubal.*

(5) *Ricinos, en la comarca de Trujillo: vivian en tiendas.*

(6) *La torre de Mambrós, es Placencia.*

(7) *La gente de Portugal, esto es, Portus Gallicus,*

Que habita en la provincia comarcana.
Empero habia Ricinos en la tierra,
Muy fuertes y valientes para guerra.

Aquestos son nombrados Trujillanos ;
Cual pueblo *Castrum Julii* fuè llamado: (8)
Qué cuando le poblaron los Romanos
El nombre de su Cèsar le fuè dado.
Fronteros de estas tierras los profanos
De aquel designio pèrfido, malvado,
Caribes inhumanos habitaban,
Y toda la comarca maltrataban.

Corriendo las riberas del gran Tajo,
Y à veces por las sierras de Altamira, (9)
Ponian en angustia y en trabajo
La gente con su rabia cruda y dira.
No dejan cosa viva: que de quajo,
Cuanto pnede el Caribe, roba y tira;
A cual quitan el hijo y los haberes,
Y á otros con sus vidas las mugeres.

Vistos por los Ricinos trujillanos,
Con ánimo invencible belicoso,
Contra aquellos caribes inhumanos
Formaron campo grande y poderoso.
Venido este negocio ya á las manos,
De entrè ambas partes fuè muy sanguinoso:
Mas siendo los caribes de vencida,
Las reliquias se ponen en huida.

Espulsos de la tierra, fabricaron
Las barcas y bateles que pudieron,
Y à priesa muchos de estos se embarcaron
Y sin aguja al viento velas dieron.
A las furiosas aguas se entregaron,
Y así de Estremadura se salieron ;
Y à las islas, que dicen Fortunadas,
Aportan con sus barcas destrozadas.

(8) *Castrum Julii*, de Julio Cesar, fuè dicho Trujillo, y segun otros, de Juliano Mecela, que en otro tiempo fuè la Roma de las Españas.

(9) Estas sierras de Altamira, segun algunos, son las sierras de Maquella, y segun otros, lo de Santa Cruz, tres leguas de Trujillo.

Platon escribe y dice, que solia
 El mar del norte, Atlántico llamado,
 Ser islas lo mas de él, y se extendia
 La tierra desde España en sumo grado.
 Y que en tiempos pasados se venia
 Por tierra mucha gente; y se han llamado
 Las islas Fortunadas que quedaron,
 Cuando otras del mar Norte se anegaron. (10)

Y así à muchos pilotos yo he oido,
 Que navegando han visto las señales
 Y muestras de edificios que han habido, (11)
 (Cosas son todas estas naturales,
 Que bien pueden haber acontecido)
 Por donde los Tupis descomunales,
 Irian facilmente à aquellas partes,
 Buscando para ello maña y artes. (12)

Llegando, pues, allí ya reformadas
 Sus barcas y bateles, con gran pio,
 Tornãronse à entregar à las hinchadas
 Ondas del bravo mar à su albedrío.
 Las barcas iban rotas, destrozadas,
 Cuando tomaron tierra en Cabo Frio,
 Que es tierra del Brasil, yendo derecho
 Al Rio de la Plata y al Estrecho.

Comienzan à poblar toda la tierra,
 Entre ellos dos hermanos han venido.
 Mas presto se comienzan à dar guerra,
 Que sobre un papagayo ha sucedido.
 Dejando el uno al otro, se destierra
 Del Brasil, y à los llanos se ha salido.

(10) Cosa comun es quanto acopió el mar Atlantico: quedaron las islas de Canaria y Cabo Verde libres, y así son hoy en dia llamadas Fortunadas, esto es, casi felices y dichosas. En tiempo del rey Gerion, á quien venció y mató Osiris, que fué el famoso Hércules, antes de la famosa seca de España, que fué mil años antes de nacer Cristo, se poblaron estas islas.

(11) Navegando por la mar del norte, se han visto por debajo de agua vestigios de edificios antiguos.

(12) Pedro de Medina en el libro de "Grandezas y cosas memorables de España, cap. 34."

Aquel que queda ya Tupí se llama,
Estotro Guaraní de grande fama. (13)

Tupí era el mayor y mas valiente,
Y al Guaraní menor dice que vaya
Con todos sus soldados y su gente,
Y que él se quedará allí en la playa.
Con la gente que tiene incontinente
El Guaraní se parte y no desmaya:
Que habiendo con su gente ya partido,
La tierra adentro y sierras ha subido.

Pues estos dos hermanos divididos,
La lengua guaraní han conservado:
Y muchos que con ellos son venidos,
En partes diferentes se han poblado,
Y han sido en los lenguages discernidos,
Que por distancia nadie ha olvidado.
Tambien con estos otros, aportaron,
Que por otro viage allà pasaron.

Mahomas, Epuaes y Calchines,
Timbues, Cherandies y Beguaes,
Agaces, y Nogoès, y Sanafines,
Maures, Tecos, Sansones, Mogoznæs.
El Paraná abajo, y à los fines
Habitan los malditos Charruaes,
Naués y Mepenes, Chiloazas:
A pesca todos dados y à las cazas.

Los nuestros Guaranís, como señores,
Toda la tierra cuasi dominando,
Por todo el Paraná, y alrededores
Andaban crudamente conquistando.
Los brutos, animales, moradores
Del Paragnay, sugetan à su mando.
Poblaron mucha parte de esta tierra,
Con fin de dar al mundo cruda guerra.

Poblando y conquistando han alcanzado
Del Perú las nevadas cordilleras;

(13) *Los dos cabezas que salieron de España eran hermanos, Tupí y Guaraní, eran casados la mujer del uno podía á la del otro un papigayo, y no diáboloscho, hubo poca discordia entre los dos hermanos.*

A cuyo pié ya tienen subyugado
 El río Pilcomayo y sus riberas. (14)
 Muy cerca de la sierra han sugetado,
 A gente muy valientes y guerreras
 En el río Condorillo y Yesuì,
 Y en el grande y famoso Guapaí.

Una canina rabia les forzaba
 A no cesar jamas de su contienda.
 Qué el Guaraní en la guerra se hartaba,
 (Y así lo haria hoy, sin la rienda,
 Que le tenemos puesta), y conquistaba,
 Sin pretender mas oro, ni hacienda,
 Que hacerse como vivas sepulturas
 De símiles y humanas criaturas.

Que si mirar aqnesto bien queremos,
 Caribe dice, y suena sepultura
 De carne: que en latin *caro* sabemos
 Que carne significa en la lectura.
 Y en lengua guaraní decir podemos
Ibí, que significa compostura
 De tierra, dó se encierra carne humana:
 Caribe es esta gente tan tirana.

Teniendo, pues, la gente conquistada,
 En mil parages se poblaron de hecho.
 El Guaraní con ansia acelerada
 A los Charcas camina muy derecho.
 La cordillera y sierra es endiablada :
 Parece le será de gran provecho
 Parar aquí, y hacer asiento y alto,
 Con fin de allí al Perú hacer asalto.

Muy largos tiempos y años se gastaron,
 Y muchos descendientes sucedieron,
 Desde que los hermanos se apartaron.
 De Tupí en él Brasil permanecieron
 Tupíes, y destotros que pasaron
 Guaraníes se nombran, y así fueron

(14) *Este río Pilcomayo corre de la provincia de los Charcas, y entra á cuatro leguas de la Asumpcion, en el Paraguay, y toma nombre de Araquai. El río Guapay pasa doce leguas de Chuquisaca, quiere decir bebo todas las aguas, y es el mismo que llámase en Chuquisaca el Río Grande.*

Guerreros siempre aquestos en la tierra,
Que el nombre suena tanto como guerra. (15)

Aquestos Guaraníes se han mestizado
Y envuelto con mil gentes diferentes,
Y el nombre Guaraní han renunciado,
Tomando otro por casos y accidentes.
Allà en las cordilleras, mal pecado,
Chiriguanaes se dicen estas gentes,
Que por la poca ropa que tenían,
De frio muchos de ellos perecian.

La costa del Brasil es muy caliente,
Y el Paraguay y toda aquella tierra.
Camina aquesta gente del oriente,
Y para en las montañas y la sierra,
Caminando derechos al poniente,
Haciéndoles el frio cruda guerra.
Que mal puede el desnudo en desafio
Entrar y combatirse con el frio.

Llegaron, pues, al fin á aquel parage
Dó el frio les hizo guerra encarnizada,
Y frio *chiri* suena en el language
Del Inga, que es la lengua mas usada;
Guana es escarmiento de tal trage.
Aquesta gente iba mal parada,
Y el frio que tomaron, escarmiento
Fué para el Chiriguana y cognomento. (16)

En este tiempo ya habian venido
Por otra parte y via al Perú gentes:
Por ser tan exquisitos, no he querido
Sus nombres referir tan diferentes.
En una lengua muchos se han unido,
Que es *quichua*, y los hidalgos y valientes,

(15) Guaraní significa una mosca muy importuna, que hay en aquella tierra, á la manera del tábano, que chupa la sangre, y por serles tan importuna la guerra á los indios, la llaman del nombre de esta mosca.

(16) El Gaan-zapainga, que significa solo señor, les puso este nombre á los Guaraníes, diciendo, que á gente que venia desnuda, de donde nace el sol, que es tierra caliente, hácia aquellas partes y cordilleras, que es tierra fria, el frio, que es *chiri*, les escarmientaría, que es *guana*, de donde vino Chiriguana: como que diciendo; dejullos, que el frio les escarmientará.

De aqueste nombre Inca se han jactado,
Y à todos los demas han sugetado.

Estando de esta suerte apoderados
Los Incas, los Pizarros allegaron,
Y siendo del Perù bien enterados,
La tierra en breve tiempo conquistaron.
Los Guaranís sus dientes acerados
Alegres con tal nueva aparejaron,
Pensando que hartarian sus vientres fieros,
De la sangre de aquellos caballeros.

El corazon pedia la venganza
De sus pasados padres, que habian sido
De la tierra Estremeña à espada y lanza
Expuisos, como arriba habeis oido.
Mas viendo de Pizarro la pujanza, (17)
Temieron de pasar; y así han tenido
Por seguros los montes despoblados,
Sin ser á gente humana sugetados.

De allí hacen hazañas espantosas,
Asaltos, hurtos, robos y rapiñas,
Contra generaciones belicosas,
Que estan al rededor circunvecinas.
En sus casas estan muy temerosas,
Como unas humillísimas gallinas,
Con sobrado temor noche y mañana,
Temiendo de que venga el Chiriguana.

Usan embustes, fraudes y marañas, (18)
Tambien tienen esfuerzo y osadía,

(17) *Muy trillada cosa es el descubrimiento del Perú, y lo que los Pizarros hicieron. Dice, pues, que el corazon pedia la venganza, idest, que los Chiriguanas movidos de resentimiento, en pensando que los Pizarros eran procreados en aquella tierra Estremadura, de donde sus antepasados habian sido echados, se alegraban para hacer el trueco que entre ellos dicen, matando á quien mató cosa mia. Pero fué tanta la fama de los Pizarros entre los indios, que aun los Chiriguanas, sin experimentar su valor, los temieron, y así cesaron por aquel tiempo de sus conquistas, y pararon en las cordilleras de Chuquisaca, de donde hoy primero de Octubre de 1592, aun hacen daño, y matan á los que van á Santa Cruz de la Sierra.*

(18) *Usan los Chiriguanas muchos embustes en la guerra; son grandísimos traidores en la paz, son de suyo animosos, erueles y vengativos. Dice que les rió hacer cosas estrañas así en la guerra como tratando entre ellos; y que, quien no le quisiese escuchar vaya á preguntarlo al Toledo, ó al Virey D. Francisco de Toledo, hermano del Conde de Oropesa, que gastó en los ir á conquistar, 800,000 ducados de la caja, sin mucho otro dinero de particulares, y salió de la cordillera derrotado.*

Y así suelen hacer grandes hazañas,
 Que arguyen gran valor y valentía.
 A aquestos ví hacer cosas estrañas
 En tiempo que yo entre ellos residía:
 Y el que no me quisiere á mi escuchallo,
 Al de Toledo vaya á preguntallo.

Dejemos esto agora:—navegando
 Magallanes tambien vino derecho,
 La costa del Brasil atras dejando
 En busca fuè y demanda del Estrecho.
 Salió del mar del sur atravesando,
 Y hàllase contento y satisfecho,
 Y al mundo dà una vuelta con Victoria,
 Ganando en este caso fama y gloria.

Despues à los quinientos y trece años,
 Contados sobre mil del nacimiento
 De aquel que padeció por nuestros daños,
 Dió Juan Diaz de Solís la vela al viento,
 Al Paraná aportò, dó los engaños,
 Del Timbú le causaron suamiento,
 En un pequeño rio de grande fama,
 Que á causa suya de *Traicion* se llama.

Por piloto mayor de Magallanes
 Al Estrecho venido a queste habia;
 No harto de pasar penas y afanes,
 La conquista á D. Carlos le pedia.
 Entró el rio arriba con desmanes,
 Hasta que ya el postrero le venia,
 En que su alma del cuerpo se desata,
 Poniendo al Paraná nombre de Plata. (19)

(19) Magallanes, por quien tomó nombre el Estrecho, que lo descubrirá hasta el fin, descubrió aquel pasaje. Llevaba en su compañía á un D. Juan Diaz de Solís, el cual de vez en cuando pidió al Emperador D. Carlos, Señor nuestro, la conquista del Rio de la Plata; y dándole esta, fué con armada al Rio de la Plata, llamado Paraná. Entró, y subiendo y atravesando un riachuelo, le mataron los indios á traicion en aquel rio, que se llama el Rio de la Traicion. Este puso por nombre al Paraná, Rio de la Plata, porque al tiempo que lo descubrió, halló indios con planchas y corona de plata.

No fué sin causa, creo, de secreto,
 Y señal de misterio y buen agüero. (20)
 Aunque es así que todo está sugeto
 Al alto divino juicio verdadero,
 Y aunque usó este nombre por respeto,
 Que vido cierta plata allí primero,
 Yo entiendo que ha de haber grande tesoro
 Algun tiempo de plata allí y de oro.

La muerte pues de aqueste ya sabida,
 El gran Carlos envia al buen Gaboto, (21)
 Con una flota al gusto proveida,
 Como hombre que lo entiende y que es piloto.
 Entró en el Paraná, y ya sabida
 La mas fuerza del rio le ha sido roto
 Del Guaraní, dejando fabricada
 La torre de Gaboto bien nombrada.

Algunos de los suyos se escaparon
 De aquel rio Timbus dó fué la guerra,
 Al rio San Salvador despues bajaron,
 Donde la demas gente estaba en tierra.
 A nuestra dulce España se tornaron,
 Huyendo de esta gente infiel y perra.
 Mas no pone temor esta destroza
 A D. Pedro Guadix y de Mendoza.

D. Pedro de Guadix, como diremos,
 Despues de haber de Roma malvenido,
 Cuando hubo disencion en los supremos,
 El gobierno Argentino hubo pedido.
 Empero algun tanto ahora descansemos,
 Que no le dejaremos por olvido,

(20) Dice, que no fué sin causa de buen agüero, porque se hallan grandes muestras el día de hoy de oro y plata, y el autor las ha visto, y trajo á estos reynos de Castilla, y la causa de no haberse beneficiado los metales, han sido los Gobernadores, porque desean perpetuarse en sus gobiernos en vida, y saben que habiendo plata han de ser visitados por la Audiencia, y acabar su señorío, que es mayor de lo que se puede decir, como en tierras apartadas del Rey y Señor propio, á donde primero que llegan las quejas, son acabados los agraviados, y se quedan sin castigo las agraviantes.

(21) Sebastian de Gaboto era tambien piloto: pidió la conquista, dióselo el Emperador nuestro Señor, fué al Rio de la Plata, subió 80 leguas por arriba Buenos Aires, y edificó una fortaleza, cuyas tapias estan hoy en pié.

Pues su hambre rabiosa y grande ruina
Ayuda á lamentar á la Argentina.

De nuestro rio Argentino y su grandeza
Tratar quiero en el canto venidero,
De sus islas, y bosques y belleza,
Epilogo haré muy verdadero.
Ninguno en lo lóer tenga pereza,
Que espero dar en él placer entero,
De cosas apacibles y graciosas,
Y dignas de tenerse por curiosas.

CANTO SEGUNDO.

En este canto se trata de la grandeza del Rio de la Plata, del Paraguay, y de las islas, peces, aves que hay en ellos.

La obra excelentísima y grandiosa
Arguye grande artifice y maestro:
Que no puede hacer obra preciosa
El hombre que en el arte no está diestro.
Como la creacion maravillosa
Enseña, Señor mio, el poder vuestro,
En su tanto tambien aqueste rio
Muestra grande saber y poderío.

Inmensas gracias, Dios Señor, os damos,
Pues todo á nuestra causa lo criastes;
Y á nosotros que mal os lo pagamos,
Para vuestro servicio nos formastes.
Cuanto sois, mi Señor, si bien miramos
Las cosas que en el mundo vos plantastes,
Nos da bien á entender, y la grandeza
De vuestro gran saber y la riqueza.

El rio que llamamos Argentino, (1)
Del indio *Paraná* ó mar llamado,

(1) *El rio Argentino, ó Rio de la Plata es llamado por los indios Paraná, que quiere decir "mar" por su grandeza. Corre del norte al sur, aunque hace muchas vueltas: cuando entra en la mar, entra al este, por manera que el viento sur es sobre la tierra de Buenos Aires y el norte sobre la banda del Brasil, aunque despues dá vuelta la corriente al norte. Tiene velocísimas corrientes, pero reina allí el sur bravamente, y donde es su vuelta corre el navio, como dice la octava, placidamente. Tiene este rio mas de 30 leguas de boca, porque la punta de Santa Maria, que es la de la banda del Brasil, está en 34 grados y medio, y la de Buenos Aires está en 34; y aunque los grados de norte á sur son de 17 leguas y media, y se vendria á sumar por esta razon mas cantidad de agua, no se le echa á la boca del rio mas de 35, porque las dos puntas salen muy á la mar. Son estas dos costas peligrosas, por ser la una muy baja, y la otra muy combatida del viento sur, y ambas sujetas á los enemigos indios belicosos, y por esto habla de futuros casos portentosos. Por la mayor parte los navios que se han perdido, han sido de la banda del Brasil, que es donde llamamos San Gabriel, así de cristianos como de ingleses, y todos han sido acabados por los indios.*

De norte á sur corriendo su camino
 En nuestro mar del norte entra hinchado.
 Parece en su corriente un torbellino,
 O tiro de arcabuz apresurado.
 Mas con el viento sur placidamente
 Se vence navegando su corriente.

De mas de treinta leguas es su boca,
 Y dos cabos y puntas hace llanas.
 Al tiempo que en la mar brava se emboca,
 Al un cabo dos islas, como hermanas,
 Estan, que cada cual parece roca.
 Los Castillos se dicen, muy cercanas
 Al cabo que nombré Santa Maria,
 Que poco de estas islas se desvía.

Al otro cabo, Blanco le llamamos,
 El cual en la mar entra mas derecho
 Y mas bajo, y por esto navegamos,
 Por mas seguro este otro, un poco trecho.
 Despues al otro cabo nos tornamos,
 El cual está á la banda del Estrecho:
 Entrambas costas son muy peligrosas,
 Y de futuros casos portentosas.

Pasadas estas islas de Castillos,
 Adelante estan dos algo mayores:
 De los Lobos se dicen, que lobillos
 Como becerros hay, poco menores.
 Un poco mas arriba dos isillos
 Estan, nombrados islas de las Flores,
 Y habiendo treinta leguas caminado,
 Al puerto San Gabriel hemos llegado.

Siete islas hay en él, altas, graciosas, (2)
 Un poco de la tierra desviadas,

(2) Hay en este paraje, que dista 80 leguas de la mar, aunque menos del agua salada, 7 islas despobladas, pero muy hermosas de palmas y laureles: tienen pesquería y puertos fondeables. Hasta estas islas hay mucho fondo, aunque hay dos ó tres bajos, como es un arrecife arriba de la isla de Maldonado, donde se perdió el navío de Dos, y otro frontero la isla de Juan de Oetiz, donde se perdió Guiltan con mas de 40,000 pesos de plata. Poco desde estas islas adelante el río está lleno de bajos. Por aquí tiene 9 leguas de ancho, y estas islas de San Gabriel estan apartadas de tierra, de la banda del Brasil, lequa y media: casi todas estan á 8 leguas de Buenos Aires. Suchen verso de Buenos Aires en las tardes, cuando hace el día sereno.

De palmas y laureles muy copiosas,
 Estan aquestas islas bien pobladas.
 Aquí llegan las naves poderosas,
 Como salen de España despachadas.
 Frontero es Buenos Aires ya poblado,
 Y del sur importuno resguardado.

De ancho nueve leguas ó mas tiene
 El rio por aquí, y muy hondable.
 La nave hasta aquí segura viene:
 Que como el ancho mar es navegable,
 Pasado este parage le conviene
 Al piloto mirar el gobernable,
 En la mano llevando siempre sonda,
 O seguir la canal que va bien honda.

Doce leguas de aquí Martin Garcia, (3)
 Una isla de este nombre está llamada:
 Una legua de tierra se desvía,
 Y mas de legua y media es prolongada.
 A partes por el bosque está sombría,
 Y á partes tierra alta y asombrada,
 Don Pedro, y Juan Ortíz allí poblaron.
 Y de hambre mucha gente sepultaron.

Aquí llegó Eduardo de Fontano,
 El año sobre mil y los quinientos
 De ochenta con mas dos, con viento sano,
 Mas no supo de pueblos ni de asientos:
 Que si acaso supiera el luterano
 Que allí habia poblados y cimientos,
 Sin duda en pesadumbre nos pusiera,
 Que habia el aparejo en gran manera.

Cuatro leguas de aquí ya navegadas
 Las islas de San Lázaro estan juntas,
 De tierra media legua desviadas
 A dó enderezan ambas sendas puntas.

(3) *La isla de Martin Garcia tiene de longitud legua y media, y de latitud media legua. Es muy poblada de arboleda, y tiene en él mucha tierra buena para sembrar. Aquí estuvo la gente de D. Pedro poblada, y despues la de D. Juan Ortiz de Sarate. Aquí llegó Eduardo Fontanes, ingles, año 1582, estando yo en Lima en concilio, y habia dos años que habiamos poblado á Buenos Aires, donde si llegára hubiera hecho mucho daño.*

Estan aquestas islas separadas,
Aunque al parecer no estan disjuntas,
Y habiendo media legua navegado,
Está el Uruguay, rio afamado.

Es rio de caudal y poderoso :
Su boca legua y media casi tiene.
Entra en este parage muy furioso,
Que de peñas y riscos altos viene.
En él entra otro rio con reposo,
Que al parecer entrando se detiene;
Al cual San Salvador llamó Gaboto,
Antes que de los indios fuese roto.

A dos leguas entra otro, que es nombrado
El Rio Negro, que *Hum* tenia por nombre.
Aquí en nuestros tiempos se han hallado
Pescados semejantes mucho al hombre. (1)
Aquesto de pasada lo he tocado,
Ninguno de léerlo aquí se asombre,
Que, siendo Dios servido, en otro canto
Diré cosas de vista y mas espanto,

Dejemos este rio, que corriendo
De allá hácia el Brasil viene derecho;
Y en él se vienen otros mil metiendo,
Que le tienen famoso y grande hecho.
Al nuestro de la Plata revolviendo,
Desde aquí él comienza á ser deshecho,
Y en once brazas grandes se reparte,
Tirando cada cual su larga parte.

Del rio Nilo refieren escritores
Lo mismo: pero es tanta la grandeza
De aqueste y de sus brazos, que mayores
Los juzgo, que no estiman la braveza
Del Nilo en tanto grado los autores.
Y si del Nilo fuera la estrañeza

(1) *El rio Hum, que quiere decir rio Negro, porque su agua es negra, por atravesar lagunas y pantanos de tierra negra. Corre muy manso, y es muy fondable: tiene gran número de peces, los mas de ellos gambaros. En este rio es cosa muy cierta que hay peces que tienen figura humana en alguna manera, porque si fuese en todo serian hombres y no peces, y por eso dice la octava pescados semejantes.*

Tan grande como este, y se escribiera,
Al mundo admiracion mayor pusiera.

En el nuestro se forman muy hermosas
Islas, de á doce leguas y mayores:
En sus tiempos muy frescas y frondosas,
Pobladas de mil rosas y de flores:
De caza y bastimentos abundosas;
En ellas Guaranís son pobladores,
Sin que alguna nacion otra se atreva
En él poblar, en ella hacer prueba.

Pasadas estas islas, torna el rio
A su primera madre acostumbrada.
De una y otra parte gran gentío
La tierra firme tiene bien poblada.
El Guaraní les manda con gran brio,
Que tiene la mas tierra sujetada:
Entre ellos Yamandú, gran hablador,
Que se titula y nombra Emperador.

Este malvado y perro como artero,
A todos los mas indios comarcanos
Los trae á su opinion al retortero:
Y como son los indios tan livianos,
Y el pica su poquillo en hechicero,
Donde el pone los pies ponen las manos:
De suerte que si quiere hacer la guerra,
Al punto le vereis juntar la tierra.

Y no piense el que lea aquesta história
Que al falso Yamandú precedero
Le falta quien levante su memoria,
Que en mi tiempo murió: mas su heredero
Levantar procurò su fama y gloria:
Y lo hizo en mas grado que el primero.
Así que Yamandú es el dictado,
Y nombre que se pone el que ha heredado.

De aquella trataremos adelante,
De sus embustes, falsos y marañas.
De cuerpo y parecer era gigante,
Y así lo demostraban sus hazañas.
Un poco tiempo fuí su doctrinante,
Teniendole en prision, á dó sus sañas

Procuré doctrinar: trabajé en vano,
Porque era muy malvado este pagano.

De aquí el río arriba, navegadas
Ciento y veinte leguas ya del río,
Otras islas están tan bien pobladas
De gentiles naciones y gentío.
Timbues las más de ellas son llamadas,
Que muy poco temor tienen al frío.
La torre de Gaboto está cercana
Y la gente llamada Cherandiana.

De allí á veinte leguas, otro asiento,
Que Santa Fé se dice, está poblado:
Garay le dió principio y fundamento,
Cuando Martín Suárez ha mandado.
Tratarse ha en otra parte aqúeste cuento:
Volvamos al negocio comenzado.
El río hace aquí muchos islones,
Poblados de onzas, tigres y leones.

Al pié de ochenta leguas adelante
El grande Paraguay entra famoso,
Con más quietud se muestra, y más semblante
A este río corriendo con reposo.
El Paraná se aparta allá á levante,
De á dó corre con fuerza muy furioso;
Del norte corre el otro, consumiendo
Las aguas que el Perú viene virtiendo.

Entrando el Paraná está Santa Ana,
De Guaranís provincia bien poblada.
Es tierra aqúesta firme buena y llana,
Que mocha de la dicha es anegada.
Empero esta enjuta es muy galana,
De nuestros españoles conquistada;
Y así tienen aquí repartimiento
Los que en el Paraguay tienen asiento.

La peña pobre está más adelante:
Es alta como roca muy crecida.
Aquí han visto muchos un gigante
De gran disposición y muy crecida.
No está, según yo supe, el aquí estante:
Que allá la tierra adentro es su guarida;

Mas viene aquí á pescar muy á menudo,
De sus redes cargado, mas desnudo.

Arriba de aquí están los remolinos,
Que es cosa de admirar y gran espanto.
En el medio del agua hay torbellinos,
Como suele acá en tierra: y esto tanto,
Que navegando algunos, los vecinos
Celebran sus exéquias con gran planto,
Diciendo que Caribdis está á punto,
Para lo que viniere tragar junto.

Aquí muchas canoas se han perdido,
Y muchos en mi tiempo se anegaron.
Muy mal al de la Puente ha sucedido,
Y á aquellos que con él aquí bajaron.
Que habiéndoles Caribdis sumergido,
Las vidas y haciendas trabucaron,
Y aquellos, que mejor les fué en la féria,
Aun lloran todavía su miseria.

El Salto ya me está gran priesa dando,
Diciendo este lugar ser propio suyo:
Y yo, solo en lo estar imaginando,
De miedo, y de pensarlo de mí huyo.
Decir aqueste cuento procurando
La mano está temblando, y lo rebuyo;
Por ser la cosa horrible y espantosa,
Y en todo el Paraná maravillosa.

Por aquí el Paraná dos leguas tiene,
Y peñascos y sierras hasta el cielo:
Y al pié de una gran legua de aquí viene
Con impetu furioso y crudo vuelo.
Cualquiera que navega le conviene
Con tiempo tomar tierra, que en el suelo
De mil picas en alto dará cierto:
Por tanto muy de atras se toma puerto.

De legua mas atras en canalado
El Paraná descende poderoso:
Un peñaseo terrible está tajado
De á dó se arroja y cae muy furioso.
El estruendo que hace es muy sobrado,
Y el humo al aire tiene tenebroso,

Una noche dormí en una sabána,
 Dos leguas de él, mas fué la Toledana.

Yo proprio lo he oido á naturales,
 Tratando de este salto y su grandeza,
 Que estaban con temores desiguales,
 A oír aquel sonido y su braveza.
 Las aves huyen de él; los animales,
 Oyendo su estruendo, sin pereza
 Caminan, no parando apresuradas,
 Y con temor las colas enroscadas.

Despues está Guaira, ciudad enferma,
 Y que por Malgarejo fué poblada.
 Mas él, podrá decir cierto Belerma,
 De mi para mi mal fué engendada.
 Es causa que Rui Diaz nunca duerma,
 La gente Chiriguana levantada,
 Por donde el pobre viejo anda á la guerra
 Con tino, por tener en paz la tierra.

Poblada está tambien otra ciudad,
 Cuarenta leguas mas arriba de esta.
 En ella hay de metales cantidad,
 Empero, aunque los haya ¿de que presta?—
 Hablando como es justo la verdad,
 Que el hombre es lo que solo allá les resta,
 Pues vemos plomo saca Melgarejo,
 Y hierro, con tener poco aparejo.

Al Paraná es ya tiempo que dejemos,
 Y al Paraguay ameno revolvamos;
 En el cual á la clara bien veremos,
 Que está cifrado el bien que deseamos.
 El bien, digo, que en tierra pretendemos,
 Que agora del divino no hablamos;
 Que aqueso solo y sumo bien superno,
 Está solo en gozar de Dios eterno.

Entrando al Paraguay á izquierda mano,
 El Ipití se vé, que es rio famoso:
 Muy plácido descende por un llano
 De palmas y laureles muy copioso.
 El Paraná-miri está cercano,
 Que al Paraná traviesa caudaloso,

Haciendo triangular una isla llana,
De doce leguas casi de sabána.

Si en este riachuelo el otro fuera,
Que dicen á buscar su muger iba,
El rio arriba espanto no pusiera;
Pues vemos que este corre hácia arriba
Algunas veces, y es de esta manera,
Que es justo la razon aquí se escriba:
Está cuando uno crece el otro bajo,
Y el chico corre arriba y corre abajo.

No corre el Paraguay tanto furioso,
Y es un rio mayor que él de Sevilla,
De vista y parecer es muy gracioso,
Con ribera vistosa y linda orilla,
De frescas arboledas muy copioso,
Y en partes prado verde á maravilla.
Tambien tiene en los valles mas cercanos
Lagunas, negadizos y pantanos.

Una laguna tiene de gran fama
Llegada al Ipití que dicho habemos.
De los Mahomas es, y así se llama,
Que aquesta gente habita sus extremos.
En el rio Bermejo se derrama,
Y que esta tenga perlas lo sabemos,
El Mahoma, Señor de esta laguna,
Estando en la Asumpcion me dió mas de una.

En gran precio las perlas estos tienen;
Empero ellos no saben horadarlas.
Si en su asiento españoles se detienen,
De los hostiones procuran de sacarlas,
Y al español con ellas luego vienen.
El órden pues que tienen en pescarlas
Es facil; que en pequeños redejones,
A veces sacan veinte y mas hostiones.

Antes de la Asumpcion hay angostura
Del rio, y así corre allí furioso.
Alegre es por allí y de frescura,
De muchas arboledas muy umbroso:
Con islas que hay en él de hermosura
Estraña, y parecer muy deleitoso.
Entra aquí Pilcomayo que, vertiendo
Sus aguas, del Perú viene corriendo.

Cuatro leguas arriba está situada
 La gran ciudad, antigua y populosa,
 Que es dicha la Asumpcion, que fué poblada,
 Por Salazar en era muy famosa.
 Es aquesta ciudad tan regalada,
 Que mi pluma escribirlo aquí no osa:
 Algunos, por baldon con mal aviso,
 La llaman de Mahoma paraiso.

Poblóse de muy buena y noble gente,
 En tiempo de D. Pedro de Mendoza,
 Aunque hay, como sabemos, al presente
 En abundancia ya de toda broza.
 La causa de este mal inconveniente
 Pareceme será la gente moza,
 Que, aunque salen valientes y esforzados,
 Al mal y no al bien son muy inclinados.

Gran copia de mestizos hay en ella,
 Pero mas abundancia de mugeres:
 Porque la guerra hace en ellos mella,
 La cual sin interes y sin haberes,
 Con solo el fin la siguen de tenella.
 Y así, lector curioso, si quierdes
 El número saber de las doncellas
 De cuatro mil ya pasan como estrellas.

De frutos de la tierra y de Castilla,
 De pan, y vino, y carnes y pescado
 Hay copia; pero oid la maravilla,
 Que sé que aconteció un dia pasado.
 Un peje palometa, que freilla
 Pensaba una muger enharinado,
 De la sartén saltó muy derrepente,
 Y el dedo le cortó redondamente.

Un palmo y mas tendrá la palometa,
 Y mayor en el ancho que una mano.
 A donde hace presa fuerte aprieta,
 Como suele hacer el crudo alano.
 Es cosa de notar ver que acometa
 Este pequeno pez á todo humano.
 Del rio ví salir un dia un soldado
 Gritando, y en el muslo un gran bocado.

Juzgóse allí al presente que faltaba
De carne media libra al desdichado,
Y el peje palometa lo llevaba
En la boca redondo aquel bocado.
Mas de otro oí decir que lamentaba
Su suerte desastrosa y triste hado,
Que en la boca de un pez perdido habia,
Lo que el pez le cortó con gran porfia.

Dorados hay enormes y crecidos,
Mandís, rayas, pacues amarillos:
Muchos pescados hay desconocidos,
Por tanto determino no escribillos.
Los indios naturales mantenidos
Los mas son de pescado y venadillos,
Los Guaranís son solo labradores,
Los mas dados á caza y pescadores.

Aves la tierra cria diferentes,
Que habitan por las islas de este rio,
Pavas y avestruces muy valientes,
Neblies y falcones de gran brio.
Culebras hay y vívoras, serpientes,
Que han tenido con hombres desafio:
En otro canto aquesto contaremos,
Y cosas admirables trataremos.

Que aquesto ahora tocamos de pasada;
Y cierto que en pensar yo la estrañeza
De las cosas que he visto, embelezada
Me queda la memoria, y mi rudeza
En estasis se pone enagenada,
De toda la humana naturaleza:
Y habiendo de escribirlo todo en suma
La mano está temblando con la pluma.

Dejemos, pues, ya el rio, que corriendo
Por él quinientas leguas sin contento,
Del enemigo á veces yo huyendo,
Jamás pude hallarle nacimiento.
De otros con porfia les siguiendo,
He hallado el principio y fundamento;
Y quiero darle ya al canto tercero,
Que cosas espantosas cantar quiero.

CANTO TERCERO.

En que se trata de la calidad de la tierra, animales reptiles, y espantosísimas víboras y serpientes; de la sirena, del carbunco, de unas mariposas, que se tornan en gusanos, y despues en ratones, y otras maravillas.

Demas de que en nosotros señalada
La lumbre està de Dios como creemos,
Y el alma por él mismo fué criada
A su bendita imagen, lo leemos.
Para que de esta suerte doctrinada
En bien fuese así mismo; si queremos
Mirar las corporales criaturas,
Veremos que son vivas escripturas.

La flor de la granada ó granadilla
De Indias, y misterios encerrados,
¿A quien no causará gran maravilla?
Figúranse los doce consagrados,
De una color verde y amarilla:
La corona y los clavos tresmorados
Tan natural estan, y casi al vivo,
Que yo me admiro agora que lo escribo.

Un árbol hay pequeño de la tierra
Que tiene rama y hoja menudita:
En tocando la hoja ella se cierra,
Y en el punto se pone muy marehita.
Yo he visto yendo veces à la guerra
Por los campos aquesta yerbecita,
Caycobé se llama, y es tenuta
Por yerba viva, y nòmbbranla *de vida*. (1)

Quièn no se admirará luego en oyendo
Que hay un papagallo muy hermoso,

(1) *La yerba viva llamada caycobé, ca significa yerba, ycobé, que vive.*

La hembra cuando huevos va poniendo,
Tres pone, que es el número gracioso.
Al punto que los pollos van saliendo
Conoce el papagallo el que es vicioso
Y sobra; y así le mata en aquel día,
Dejando macho y hembra para cria.

Al *Micuren* dió Dios una bolsilla (2)
Por medio de los pechos, en que encierra
Siete ù ocho hijuelos: si seguilla
Procura otro animal, le hace guerra
A quien le sigue; y guarda su cuadrilla
Como suele hacer la brava perra:
Y en viendose de mal libre y de duelos,
Abre la bolsa y salen los hijuelos.

El *Yumirí*, que es oso hormigaero,
¿A quien no espantará su compostura?
Por boca tiene un muy chico agujero,
Como un novillo grande, y de hechura
Del oso acá común: no es carnicero,
Y prívale de serlo el angostura
De la boca: mas vence al tigre fuerte,
Causándole por hambre cruda muerte. (3)

El instinto de un vil animalejo,
Eyra ha por nombre, me ha admirado;
De suerte es y de forma de un conejo,
Mas mata, como vemos, un venado.
Salta y aferra firme en el pellejo,
Y en el seseso dá fiero bocado,
Haciendo con las uñas tal camino,
Que saca al animal el intestino.

Lo mismo hace al hombre y otra cosa
Una horrenda culebra, que es nombrada
Curiyú; muy grande y espantosa, (4)
De largo, y de grosor descompasada.

(2) Es la bolsa ú la manera de unos sacos con puerta, que usaban antiguamente los tabalores.

(3) El tigre es canino morido; pues el *Yumirí*, por instinto natural, en viendo caer al tigre, abrázase con él, y déjase caer en tierra; y teniéndole apretado por mucho tiempo, desmaya el tigre de hambre y muere.

(4) La culebra llamada *Curiyú* es de diez varas de largo, y del grosor de un brazo. Tiene en la cola una navaja de hueso, que abre por el seseso á los animales que coge, por

Lo que ha comido y traga no lo bosa,
Ni echa por abajo: mas posada
En tierra la barriga, se abre y echa
Aquello que de nada te aprovecha.

Las víboras que son mas ponzoñasas,
Cascabel en la cola tienen puesto,
De diversas colores son vistosas,
Saltando de la tierra, y de su puesto,
Arremeten al hombre muy furiosas.
Hasta morder con rabia el rostro y gesto.
A dó las hay criò Dios una yerba,
Que es dicha por su nombre contrayerba.

El hombre ò animal á quien le hiere
Algunas de estas víboras malvadas,
En un día natural, sin falta, muere,
Y en él son medicinas escusadas.
Empero si la yerba el tal bebiere,
Antes que doce horas sean pasadas,
Escapa. Aquésta yerba Dios le ha dado,
El mismo cascabel muy apropiado.

¡A quien no admirarán las cosas tales!
Pues mas he de decir en este canto:
Que contarè en él cosas designales,
Muy raras, peregrinas y de espanto.
Agora de la tierra y naturales
De la Asumpcion digamos tanto quanto;
Y luego escribiremos mil cosillas,
Que bien podrè llamarlas maravillas.

El temple la Asumpcion tiene gracioso,
Apacible, sereno y claro cielo;
Invierno frio; estio caloroso,
Algunas veces nieve, tambien yelo.
De invierno y de verano está hermoso
El campo todo el año, verde el suelo,
Porque de cuando en cuando bien se moja,
Y casi siempre està de verde hoja.

fuertes que scan, y se los traga, chupándolos enteros: hánse hallado en su vientre artes enteras renados grandes cargados de huesos. Por instinto natural vá á lugares húmedos, y échase de barriga, y pudriéndose su cuero, salen los huesos que ha tragado, y así descargada, vá entre mas yerbas, donde refregándose sana, y se cierra el abertura.

La gente natural y comarcana,
 Es de muchas naciones diferentes.
 Empero la mas es la Chiriguana,
 Que están à los cristianos obedientes.
 Ya no comen aquestos carne humana,
 Si no es por exquisitos accidentes
 En guerras y conquistas con paganos,
 Empero no de carne de cristianos.

Una pestilencia grande hubo venido,
 De que muchos Guaranis se murieron,
 Que carne de cristianos han comido,
 La peste les sucede atribuyeron.
 Tambien por desabrida aborrecido
 La tienen, segun muchos me dijeron:
 Que mas les sabe carne de un pagano,
 Que no la de español ó castellano.

Los Guaycurús habitan la otra banda:
 Es gente muy valiente y belicosa.
 Cuando nuestro español en guerras anda,
 Alquila Guaycurús por donde osa
 Al Guaraní seguir, que le dán tanta
 Aquestos de tal suerte, que medrosa
 La gente Guaraní queda y deshecha,
 Que el Guaycurú jamas teme su flecha.

Los Agaces estaban bien poblados
 En tiempo de D. Pedro de Mendoza,
 Y aun eran muy valientes y esforzados.
 Los cristianos hicieron tal destroza
 En ellos, que los indios y soldados
 Mataban sin piedad à toda broza:
 Y así vino la cosa à tal estado
 Que no hay hoy del Agaz pueblo poblado.

Tambien habia muchos Guatataes,
 Que es gente muy amiga de cristianos,
 Y otros que se llaman Mogolacs,
 Que viven en esteras por los llanos:
 Aquestos, y tambien Coñamequaes,
 Están de la ciudad algo cercanos:
 Acuden á servir con gran contento,
 Aunque de ellos no hay repartimiento.

Los Guaraníes solos repartidos
 Están, que las demas generaciones,
 Aunque lo están, y han sido sometidos
 Al español, mas son por ocasiones,
 Que tienen los que mandan eximidos
 Del servicio, y acuden con mil dones;
 De suerte que hablando mas de vero,
 Es de estos el que manda encomendero.

Junto à la Asumpcion está una sierra,
 Nombrada Lambaré, sierra afamada;
 En gran parte de toda aquesta tierra,
 Ninguna tan alta hay, tan encumbrada.
 Allí diò Salazar muy cruda guerra
 A Lambaré, y su gente rebelada.
 Y muy cerca de allí, bajando al rio,
 Oid una batalla y desafio.

Habiendo Salazar aquí vencido
 El bravo Lambaré y toda su gente;
 A los pies de alta sierra le ha salido
 Una terribilísima serpiente.
 Con ánimo galiardo y muy crecido
 Embraza la rodela diligente,
 Y comenzando á darla con la espada,
 En tierra echa una mano destroncada.

La sierpe con la cola revolviendo,
 Al buen Capitan diera muy airada
 Un golpe tan terrible, que cayendo
 Venia el Capitan, y con la espada,
 En el suelo se tuvo, y acudiendo
 Con una venturosa cuchillada,
 Tal golpe de revers dà con destreza,
 Que ahì la sierpe queda sin cabeza.

La del tigre no fué tan grande hazaña,
 Aunque era muy terrible y espantoso:
 Matòlo antes que fuese à nuestra España
 Aqueste Capitan tan valeroso.
 Y habiendo ido, volvió, cosa estraña,
 Que siendo tan valiente y poderoso,
 Muriò pobre, dejando muchos hijos,
 Con pleitos y demandas y litijos.

Por armas le dió el Rey el tigre fiero
 Con Lambarè, la sierra que he contado,
 Y un hàbito y seña! de caballero,
 Con que á las Indias vuelve muy honrado.
 Mas como nunca dió en tener dinero,
 Murió sin dejar solo ni un cornado:
 Que aquesto de tener la plata à sobra,
 Yo tengo firmemente que Dios obra.

De que me sirve à mi querer riqueza,
 Y andar aperreado por habella,
 Si Dios por me azotar me dà pobreza.
 ¿A quien presentarè yo mi querella,
 Si la Suprema Causa y Suma Alteza
 Dispone que no haya de tenella?
 De arriba, de lo alto todo viene:
 Dejadlo al que poder en todo tiene.

Volviendo à nuestra història; rio arriba
 Una laguna està muy afamada:
 Itapnà se llama una peña viva;
 Está en medio de aquella levantada.
 Compèleme el temor que no lo escriba,
 Mas no lo dejarè: es prolongada
 De cien codos la piedra, y muy derecha,
 Y arriba en lo supremo una vesecha.

Es como el ave Fenix muy graciosa,
 Que pintan los autores y su nido,
 Compuesto es de especiosa y olorosa
 Madera, que en mis manos la he tenido;
 La Sirena tambien bella, y hermosa
 Como una bella dama, ha parecido
 En medio esta laguna, y aun gemiendo,
 Y sus doradas crines esparciendo.

Otra laguna grande mas crecida,
 De mas admiracion que aquesta vemos,
 Que està la tierra adentro algo metida;
 Los indios del Acay en sus extremos (5)

(5) *Acay* en lengua Guaraní suena tanto como en lengua castellana; Valgame Dios que maravilla es esta; y así llaman como con espanto à la laguna, por oír aquel estruendo, y llamado Acay: de à donde dijo un poeta, hablando del misterio de la Encarnacion, "Acay, que no se panta tuu granh secreto."

Habitan, y ellos dicen que fundida
 Antiguamente fué gente, y creemos,
 Nos dicen, està el diablo atormentando
 Aquellos que pecaron en nefando.

Gran grita y alarido y gran estruendo
 Allá dentro parece que resuea:
 Cuando se allega junto, estremeciendo
 El cuerpo queda todo con gran pena.
 Algunos de temor vuelven huyendo;
 Pajas, se les antoja, y el arena
 Que son diablos que vienen en pos de ellos,
 Y vuelven erizados los cabellos.

Y no lejos de aquí, por propios ojos,
 El Carbunco animal veces he visto: (6)
 Ninguno me lo juzgue por antojos,
 Que por cazar alguno anduve listo.
 Mil penas padecí, y mil enojos
 En seguimiento de él; ¡Mas cuan bien quisto,
 Y rico y venturoso se hallára
 Aquel que Anagpitan vivo cazára!

Un animalejo es, algo pequeño,
 Con espejo en la frente reluciente,
 Como la brasa ignita en recio leño.
 Corre y salta veloz y diligente:
 Así como le hirieren echa el ceño,
 Y entúrbiase el espejo de repente:
 Pues para que el Carbunco de algo preste
 En vida el espejuelo sacan de este.

¡Cuan triste se hallò, y cuan penoso
 Rui Diaz Melgarejo! que hallado
 Habia, à mi me dijo, de uno hermoso;
 Perdiólo por habérsele volcado
 Una canoa en que iba muy gozoso.
 Yo le ví lamentar su suerte y hado,
 Diciendo—“si el carbunco no perdiera,
 Con él al Gran Philipo yo sirviera.”

(6) *El carbunco es un animal, llámase este animal en lengua guaraní Oñange-pitaz ó diablo, porque reduce como fuego.*

Andando por la guerra, y escuadrones,
 De mí fueron mil cosas conocidas.
 Trataré de una forma de ratones,
 Y de vista hablaré y no de oídas.
 Unas cañas he visto, y cañutones
 Tran gruesos como piernas muy crecidas;
 Catorce y quince tiene pocos menos
 Cada caña, y de agua todos llenos.

El agua es muy sabrosa, clara y fría,
 Mas yendo ya la caña madurando,
 Un gusano se engendra adentro y cria,
 Y al cañuto el gusano horadando
 Afuera mariposa parecia.
 Con las alas comienza de ir volando,
 Y por tiempo las pierde, y queda hecho
 De forma de raton hecho y derecho.

Al tiempo que en la caña estan metidos,
 A gente natural son nutrimento.
 Frutos sabrosos son: mas ya salidos
 A luz, causan dolor, pena y tormento,
 Porque tornados ya y convertidos
 En ratones, consumen el sustento;
 Y privan muchas veces de la vida
 Al natural, quitando su comida.

De veinte mil pasaron, naturales,
 Que murieron á causa del estrago
 Que hicieron aquestos animales:
 Que en todo el Ubay dejaron pago
 De planta, ni maiz, ni sementales,
 Sin pasar par aquel tan crudo trago.
 Dejando desta vez tan asolada
 La tierra, que tardó de ser poblada.

No hay bruco, ni langosta perniciosa,
 Ni erugo, ni otra plaga que yo entienda,
 Que ignale á esta maldita mariposa,
 Terrible, si comieuz a su contienda.
 Así está desta plaga tan medrosa
 La gente del Ubay, que viendo senda
 Por do huir su tierra y nacimiento,
 La dejan por tener algun contento.

Tambien hay otras cañas muy mayores,
(Del grueso son de un roble bien crecido)
En que se crian gusanos, y mejores.
De los unos y de otros he comido:
En muy poco defieren sus sabores.
Estando el uno y otro derretido,
Manteca fresca à mi me parecia,
¡Mas sabe Dios el hambre que tenia!

En los mojos de aquestas cañas vimos,
Con agua bien sabrosa, mas gusanos,
Ni dentro ni de fuera los sentimos
En toda la montaña ni en los llanos.
Las cañas por cumbreras las pusimos,
Con tener otros palos muy cercanos,
Mas no habia que temer, que la corteza
Tenian de terrible fortaleza.

Es tanta la espesura de las cañas,
A dò las hay, que es cosa de gran grima:
Y aunque dentro se crian alimañas,
Estan tan encerradas como encima.
Quien á cortar va cañas, por mil mañas
Que tenga, á las veces se lastima,
Con puas, con espinas, con abrojos,
Y el mal sale mil veces à los ojos.

Mas ya estoy enfadado en este canto,
¡Cuanto mas lo estará quien le leyere!
Degemos de contar cosas de espanto,
Volver quiero á D. Pedro. Quien quisiere .
Las mudanzas saber y crudo llanto
De fortuna, y de aquel que las siguiere,
Con mucha atencion lea diligente
El canto lastimoso aquí presente.

1840-1841

CANTO CUARTO.

En que se trata de la mas cruda hambre que se ha visto entre los cristianos, la cual padecieron los de D. Pedro de Mendoza en Buenos Aires, y como se pobló el Argentino.

Lo que ha sido muy justo y bien ganado
Muchas veces se pierde, como vemos:
Pues de lo que con mal se ha grangeado,
Que se pierda y el dueño esperaremos.
Don Pedro de Mendoza fué soldado
Cuando hubo disencion entre Supremos,
Y al tiempo de pillar hinchò la mano;
Mas todo su trabajo saliò en vano.

Borbon perdió la vida; Juan de Urbina
Entrò en Roma cantando la victoria:
De aqueste asalto y saco, y grande ruina
D. Pedro enriquecido, en vana gloria,
A D. Carlos pedia la Argentina
Provincia, pretendiendo su memoria
Levantar en conquista de paganos,
Con dinero robado entre romanos.

Como fuese de suyo gran guerrero,
Viéndose de riquezas abastado,
Ofrecióse à gastar mucho dinero,
Y el Rio de la Plata ha demandado.
Don Carlos, en valor çlaro lucero,
El título le da de Adelantado;
Y así hizo una gruesa y rica armada,
De gente muy lucida y extremada.

Dos mil soldados salen de Castilla,
Sin gente de la mar y marineros.
Juntáronse en alarde allà en Sevilla,
Y viendo tan lucidos caballeros,

Salian á los ver á maravilla
 Tan apuestos à punto de guerreros:
 Mas dicen: "pues se van estos soldados,
 Recemos los oficios de finados."

Al fin salió de España aquesta armada
 Muy rica, muy hermosa y muy lucida;
 De todos adherentes abastada,
 Aunque hubo despues hambre muy crecida.
 La gente que embarcó era extremada,
 De gran valor, y suerte muy subida,
 Mayorazgos è hijos de Señores,
 De Santiago y San Juan comendadores.

Es Maestre de Campo un caballero
 Juan Osorio, que es hombre muy valiente,
 Tambien va Juan de Oyolas el guerrero,
 Medrano, Salazar, Lujan prudente.
 Otros muchos que van decir no quiero,
 Que cada cual bien puede ser regente:
 Mas Osorio entre todos se señala,
 Y en todo lleva à todos palma y gala.

A Neptuno y sus ondas carniceras,
 Se entregan invocando à Santiago.
 Las naves van corriendo muy lijeras,
 Rompiendo con gran furia el ancho lago.
 ¡O lastima! y angustias lastimeras,
 Horrendo, y gran temor, ó crudo trago!
 Que tan brava tormenta se levanta,
 Que el mas fuerte y bizarro mas se espanta.

D. Pedro con buen celo y pecho pio,
 En Dios pongamos, dice, la esperanza,
 Y pues es para mas su poderío,
 El nos darà muy breve mar bonanza,
 Los pilotos con grande desvarío,
 Dicen que la tormenta va en pujanza:
 El triste marinero con gran pena,
 No acierta al aparejo ni à la antena.

Iza el trinquete, amaina la mesana,
 Aferra ese timon que imos perdidos;
 A la bomba, à la bomba muy de gana,
 Que seremos de presto sumergidos,

Cual llama San Lorenzo, cual Santa Ana,
 San Telmo dicen otros afligidos,
 Otros San Nicolas, que puso quilla
 Y costado, de nos tenga mancuilla.

El sexo feminil y lacrimoso
 Levanta hácia el cielo vocería.
 Con la furia del viento tan furioso
 La una nave de otra se desvía;
 Mas volviendo la mar en su reposo
 Conviertese el dolor en alegría,
 Y llegan á Canãria muy ufanos,
 Dò toman tierra, y salen muy galanos.

Despues de haberse aquí ya refrescado,
 A proseguir tornaron su viage.
 Habiendo ya diez dias navegado,
 Hallàronse muy cerca del parage
 De las islas, y Cabo que es llamado
Verde; enfermo asiento y estalage;
 Cansados del sañoso y largo lago,
 Tomaron la que dicen de Santiago.

No estaba en este tiempo tan poblada,
 Como al presente está de Lusitanos:
 No está mucho la costa desviada,
 Poblada de valientes Africanos:
 De color negra y son muy tisonada,
 Los que mas á Cabo Verde son cercanos,
 Y tienen en comun carniceria,
 De los negros haciendo anotomía.

Tomòse de estas islas bastimento,
 Tambien se refrescaron los soldados,
 Y diòse con presteza vela al viento,
 Los ánimos de todos bien osados.
 Mas ¡Ay dolor! cuan presto à mas de ciento
 De poco prestarà ser esforzados,
 Que la hambre pasando de la zona
 A roso ni velloso no perdona.

Con pròspero nordeste favorable
 Camina alegremente nuestra armada,
 Y el mar mas sosegado navegable,
 La línea en breve tiempo fué pasada

Con viento en popa próspero y amigable,
De Cabo Frio la punta ya doblada,
En costa del Brasil tierra tomaron,
Y aun isla Santa Bárbara nombraron.

Del gran Carlos las armas le pusieron
Y posesion por él allí tomando,
Y luego su viage prosiguieron,
Y en el puerto de Vera le encerrando,
Bien comiendo alegres estuvieron.
Continuò por la playa mariscando,
Que hay en aquel puerto grande suma
De hermosos pescados como espuma.

Estando pues aquí, ha comenzado
El demonio sus cosas tan usadas;
Salazar que con otros se ha juntado
A Juan de Osorio dan de puñaladas.
Envidia y cobardia lo han causado, (1)
Por ser las obras dèl tan señaladas:
A don Pedro hicieron que creyese
Que le iba en esta muerte el interese.

Al principio el error, aunque pequeño,
Grandísimo se hace al fin y cabo.
Era este caballero halagüeño
Con todos; y en aquesto mas le alabo,
Que en verle sacudido y zahareño
Con nobles, de lo cual le desalabo:
Que al mas pobre soldado en mas tenia,
Que diez de presumpcion de hidalguia.

Fué causa, segun dicen, esta muerte
Tan fuera de razon, contra justicia,
Del funesto suceso, horrible, y fuerte
Del infeliz D. Pedro y su milicia.
Que echada esta envidiosa y cruda suerte
Con tanta cobardia y gran malicia,
Comenzò à castigar Dios el armada,
Con un grave flagelo y cruda espada.

Desde que empieza el mundo está sabido
El castigo que hace Dios eterno;

(1) *Envidia combate á lo mas alto, y así el envidioso es cobarde.*

Por vista de los ojos conocido,
 Está cuando la estima el Sempiterno:
 La muerte del que es justo y bien creído,
 Tenemos la castiga con infierno:
 Que la sangre de Abel el inocente
 Clamando está ante Dios omnipotente.

Al fin de aquesta isla se ha pasado,
 Con algunos descuentos que no digo,
 Y el Rio de la Plata se ha tomado,
 Y el puerto San Gabriel de desabrigo.
 De allí luego pasóse al otro lado,
 A Buenos Aires, que es de mas abrigo,
 A dó fué el lastimoso acabamiento,
 De tanta bizarria, cual yo cuento.

De ver era salir en aquel llano
 Al soldado valiente y caballero,
 De sedas y brocado muy galano,
 A guisa y parecer de perulero.
 Salía con contento muy ufano,
 Y hasta el pobrecito marinero
 Aquella bella tierra contemplaba,
 Y à España no volver jamas juraba.

A Juan de Oyolas hubo despachado
 Don Pedro el rio arriba, porque asombre
 Al indio. Va con él un buen soldado,
 Llamado Salazar, valiente y hombre.
 Don Pedro en este tiempo hubo enfermado
 Del morbo, que de Galia tiene nombre:
 Con miedo de morirse en aquel rio,
 A Castilla se vuelve en un navío.

Volvia, pues, D. Pedro en su viage
 A España sin haber puerto tomado:
 Empero á vueltas ya de aquel parage,
 Que llaman las Terçeras, ha acabado.
 Así no gozó bien ni su linage,
 El tesoro que en Roma habia pillado.
 Dichoso el que atesora allá en el cielo,
 Que es burla atesorar acá en el suelo.

Quedò por Capitan y por Teniente,
 Y en muerte sucesor de aquella tierra,

Oyolas, que fué arriba con la gente :
 Acà Francisco Ruiz hace la guerra
 En Buenos Aires, y anda diligente,
 Mas poco le aprovecha, que la perra
 Pestífera cruel hambre canina,
 A todos abandona y los arruina.

La gente ya comienza à enflaquecerse,
 Las raciones se acortan cada dia,
 No puede el padre al hijo socorrerse,
 Que cada cual su muerte mas temia;
 Y aunque es muy natural el condolerse,
 Y cada cual del otro se dolia,
 Empero mas su vida procuraba,
 Y caridad de sí la comenzaba.

Un hecho horrendo, digo lastimoso,
 Aquí sucede: estaban dos hermanos;
 De hambre el uno muere, y el rabioso
 Que vivo està, le saca los livianos
 Y bofes y asadura, y muy gozoso
 Los cuece en una olla por sus manos,
 Y còmelos; y cuerpo se comiera,
 Si la muerte del muerto se encubriera.

Comienzan à morir todos rabiando,
 Los rostros y los ojos consumidos:
 A los niños que mueren sollozando
 Las madres les responden con gemidos.
 El pueblo sin ventura lamentando,
 A Dios envia suspiros doloridos:
 Gritan viejos y mozos, damas bellas,
 Perturban con clamores las estrellas.

Es hambre enfermedad la mas rabiosa
 Que puede imaginar ningun cristiano:
 La mano està temblando temerosa,
 No quisiera de tal ser escribano.
 Mi Dios, por vuestra sangre tan preciosa,
 Libradme de este azote, que el tirano
 Que llegaba à tentaros, bien sabia
 Que es grave mal la hambre en demasia.

Fuè cierto celebrada allí su saña,
 De aquesta matadora sin medida,

Con tanta crueldad y tan estraña,
 Que no podrá de alguno ser creida,
 No hizo ella jamás tal otra hazaña
 En Roma, ni en Judea referida,
 Como esta: de dos mil que se contaron,
 Con la vida doscientos no escaparon.

No quiero referir estrañas cosas
 Causadas de esta perra y vil tirana,
 Que bien pudiera yo muy dolorosas.
 Una muger habia, llamada Ana,
 Entre otras damas bellas y hermosas;
 Tomò paga del cuerpo una mañana,
 Forzada de la hambre, y hecha iguala,
 Al pretensor envia en hora mala.

Era el galan pretense un marinero,
 El precio una cabeza de pescado;
 Acude à la posada muy ligero,
 Y viendo que la Dama le ha burlado,
 Al capitan Ruiz, buen justiciero,
 De la dama se habia querellado;
 El cual juzga que cumpla el prometido,
 O vuelva lo que tiene recibido.

Maldito seas, juez, si no quisieras
 Mirar à nuestro Dios omnipotente,
 Y de esto à buen juzgar te conmovieras,
 Y à quitar el pecado subsecuente
 Por evitar la muerte, lo hicieras.
 Que claro està que el casto y continente
 Mejor pasa la hambre que el vicioso,
 Y dado al vicio y acto lujurioso.

Sabemos, semejante à esta bajeza,
 Que causa otras dos mil esta traidora,
 Que aunque dice el refran, que no es vileza,
 Y ser con nuestro Dios merecedora
 Creemos la virtud de la pobreza: (2)
 Sin su favor la perra es causadora,
 De hambre, que es un mal tan sin medida,
 Que darà el padre al hijo por la vida.

(2) *Pobreza no es vileza, empero sin Dios causa vileza, y entre los hijos del siglo es gran bajeza, y cosa odiosa y aborrecible.*

Mas volvamos á Oyolas y su gente,
 Que sube el rio arriba muy gozoso.
 El puerto Paraguay, que es al presente,
 Hallaron del cáribe belicoso.
 Poblado estaba aquí el fuerte y valiente,
 Yanduazubì, en la tierra poderoso
 Capitan, y cabeza que regía,
 Y toda la comarca le temia.

Aqueste fuè en favor de los cristianos,
 Y hizo à Salazar que allí poblase.
 Oyolas pasò el rio y los pantanos,
 Diciendo à Salazar que le aguardase.
 Llegó donde hinchó muy bien las manos,
 Mas Dios no fuè servido que tornase;
 Que Salazar no cumple el prometido,
 Por dó el pobre de Oyolas se ha perdido.

El Paraguay arriba poco trecho
 Habia Juan de Oyolas navegado;
 Saltó en tierra, y camina bien derecho
 La vuelta del Perú, y bien cargado
 De plata, y à su gusto satisfecho,
 Volvió dò à Salazar habia dejado
 Con barcos y navios esperando,
 En tanto que la tierra iba talando.

Salazar como viese que tardaba,
 Bajóse al Paraguay dó ya dijimos,
 El gran Yanduazubi-Rubicha estaba (3)
 Con el gran Lambaré; y entrambos primos
 Le dicen, de lo cual mucho gustaba,
 “En tanto que nosotros dos vivimos,
 Ayuda te daremos como à hermano,
 A tí y todo nombre de cristiano.”

En esto vuelve Oyolas diligente
 Con plata, mas no halla los navios.
 El hecho viendo el indio derrepente,
 La carga de la plata deja y lios,

(3) Rubicha en la lengua Caria, ó guaraní, quiere decir “principal capitan y cabeza.”

Y acude contra Oyolas y su gente:
 No puede escabullirse, que los rios
 Estan delante de él, y así murieron
 El pobre, y los demas que con él fueron.

Los indios, que esta gente aquí mataron,
 Payaguaes se dicen, belicosos:
 A muchos en mi tiempo cautivaron,
 Y yo tambien lo fui de estos furiosos.
 Salazar, y los otros que bajaron
 Poblaron en el puerto muy gozosos.
 Las familias aumentan con sus hijos,
 Y se entregan à dulces regocijos.

El guaraní se huelga en gran manera
 De verse emparentar con los cristianos:
 A cada cual le dan su compañera
 Los padres, y parientes mas cercanos.
 ¡O lástima de ver muy lastimera,
 Que de aquestas mancebas los hermanos,
 A todos los que estan amancebados,
 Les llaman hoy en dia sus cuñados.

A tal término llega aquesta cosa,
 Que cada cual vivia à su albedrio:
 Aquel que india tenia mas hermosa,
 Se juzga por mejor, y de mas brio.
 Y en siendole la india enfadosa
 Libello de repudio con desvio
 Concede, y toma á otra *mazacàra*,
 Que manceba la llama á la clara.

Mazacàra es un pece muy sabroso,
 Y tanto que los indios cosa rica
 Le dicen, por ser pece tan gustoso;
 Y el nombre de este pece el indio aplica
 Al amiga que tiene, deseoso
 De siempre la gozar, que significa
 Mazacàra la cosa que es amada,
 Que no enfada por ser muy estimada.

No habia en este caso alguna enmienda,
 Por ser en general costumbre mala,
 Que aquel que convenia poner la rienda,
 Sin guarda de excepcion todo lo tala;

Aprenden de la escuela y de la tienda
 En esto los demas todos de Irala;
 Que aunque era en muchas cosas concertado,
 En esto de la carne desfrenado.

Y el mal era mayor y mas crecido:
 Que los gobernadores se han jactado
 De tener mazacàras; y ha venido
 A terminos la cosa, que tratado
 Con ellas han, é hijos han tenido
 En público, y por suyos los han criado.
 ¡Ved los pequeños tal que documento
 Habian de tomar de tal descuento!

Cuanto convenga en tierra, cuando es nueva,
 Sembrar buena semilla, labradores,
 Era en los principios à dar prueba
 De virtud y bondad, predicadores.
 El dicho del poeta lo comprueba;
 Que el vaso en que una vez echan licores
 Guarda bien el sabor siendo reciente:
 Así ni mas ni menos es la gente.

Estando pues el pueblo muy ufano
 Al gusto, y paladar de su medida,
 Juzgaron por consejo bueno y sano
 A Irala obedecer toda su vida.
 Sobre esto muchos dicen ser tirano:
 Serà bien esta cosa conocida
 De todo aquel curioso que leyere,
 El canto que tras este se siguiere.

Que yo no he de juzgar aquí sus hechos;
 Decir lo bueno y malo me conviene.
 Confieso que hizo Irala mil provechos,(4)
 Por dó en aquella tierra fama tiene.
 Algunos perseguidos y deshechos
 Por él fueron, y quiera Dios no pene
 En pago de sus culpas, y los males
 Que hizo á Diego de Abreu y leales.

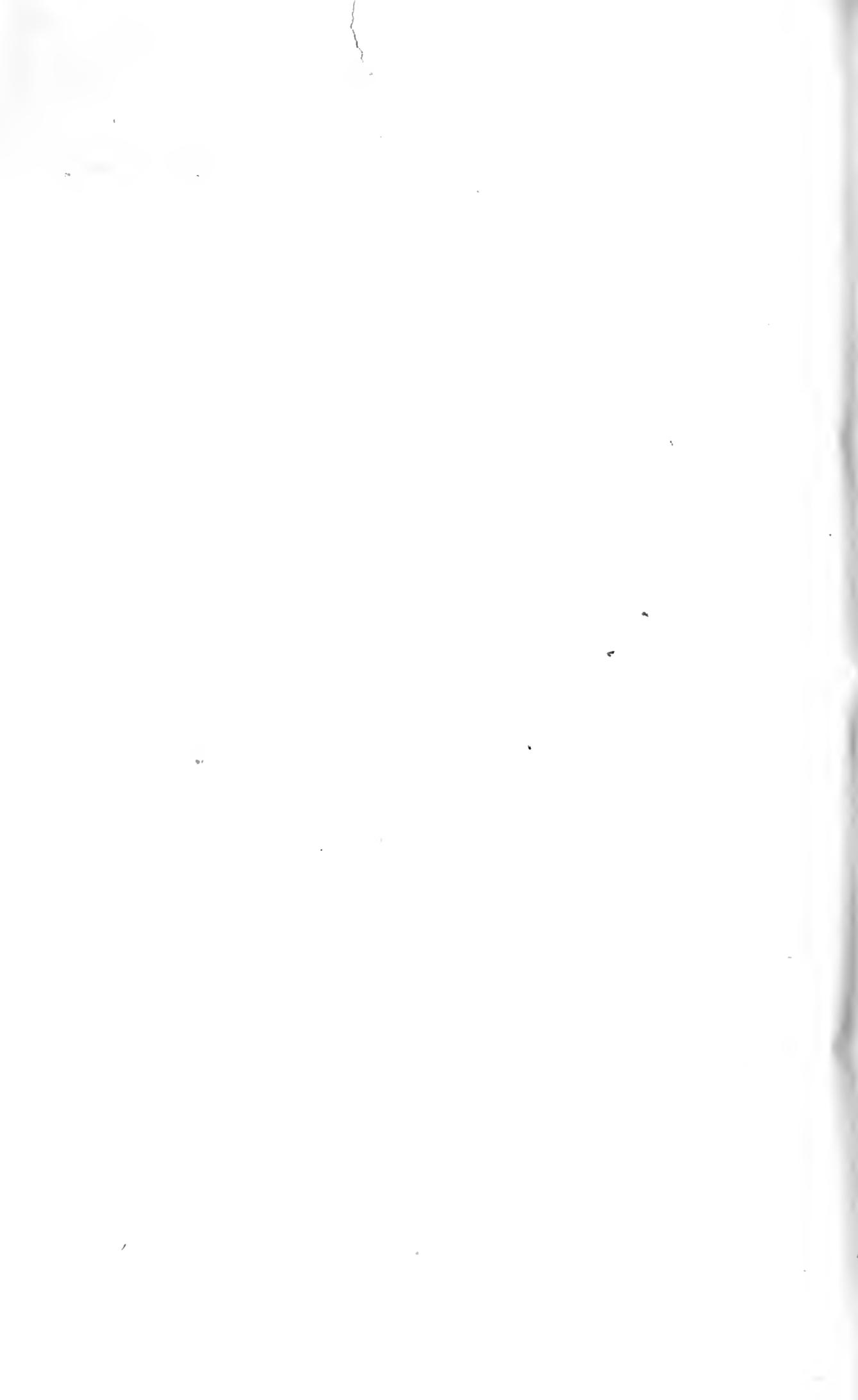
(4) Irala fué en el armada de D. Pedro de Mendoza como soldado, y con su ardid y maña vino á mandar la tierra mucho tiempo. Levantáronle los que prendieron á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Persiguió á Diego de Abreu, caballero de Sevilla; el cual sustentaba la opinion de los leales, como llamaba á los que no consintieron en la prision de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

Mandando, pues, la tierra como digo
 Irala, y Buenos Aires despoblado, (5)
 Cesado habia la hambre, y mucho trigo
 Tenian, y otras cosas que han sembrado.
 A la Asumpcion se suben al abrigo,
 Los unos y los otros se han juntado:
 Que la virtud estando bien unida
 Mas fuerte vemos que es que desparcida.

Estando así, cualquiera procuraba
 Hacer casas, estancias y hacienda:
 Y aunque la dulce España deseaba,
 Y mas el que tenia alguna prenda,
 El imposible visto, trabajaba
 Cualquiera, por no haber plaza ni tienda:
 Por donde todos eran labradores,
 Monteros, hortelanos, pescadores.

D. Carlos V. en esto ha proveido
 Por su Gobernador y Adelantado,
 A Cabeza de Vaca, que ha salido
 De allá de la Florida, donde ha estado
 Cautivo de los indios, y metido
 La tierra adentro à fuerza de su grado.
 Diremos de él despues, en entretanto
 Cesemos hasta ver el quinto canto.

(5) Despuéblase Buenos Aires, y sus habitantes júntanse con los de la Asumpcion.



CANTO QUINTO.

En este canto se dice como vino Alvar Nuñez Cabeza de Vaca al Rio de la Plata, y de su prision y trabajos que de ella sucedieron, y del gran Moxo, Señor del Paytiti.

Segura vida llaman la pobreza; (1)
Y de santos, de santas es amada;
Tambien la Magestad y sacra Alteza
Amándola, le dió suerte estimada.
Aquel que en poco tiene la riqueza
Por cierto vive vida sosegada;
Y el que con su pobreza se contenta
Mas rico es que el que tiene mucha renta.

Las guerras y las grandes disenciones
El interes las causa, como vemos.
Motines y revueltas, rebeliones,
¡Qué de mal por la plata padecemos!
Autores de las santas religiones,
Que amastes la pobreza por extremos,
Decid, ¿no es mas segura la pobreza,
Pues por ella gozais de la riqueza?

Cualquiera en la Asumpcion está gozoso,
Con solo su comer vive contento:
No andaba por la plata codicioso:
Metido en su morada y aposento
Labrado, muy pulido, muy costoso,
Sin curar de tapiz ó paramento.
Y al fin por interes la furia ingrata,
Discordia, su contento desbarata.

¡Qué fuera si tuvieran plata y oro!
Que aquesto mas conmueve en esta vida.
Que al fin aquel que tiene gran tesoro
Procura su contento sin medida,

(1) ¡O vida segura la mansa pobreza! *Juan de Mena en sus trecientos.*

Aqueste fin le fuerza el triste lloro,
 Y llanto al navegante en su corrida,
 Y aquesta á veces causa en este mundo
 A muchos que descieran al profundo.

Mas oro, y plata es lo que lo vale: (2)
 Y bien es honra, mando, poderío,
 Cualquiera de estas cosas equivale,
 Y trae al retortero, al albedrio.
 Que aunque no sea forzada, empero sale
 La voluntad de madre como rio,
 Y lleva á la razon tras sí rendida,
 Y á su dición y gusto sometida.

Al fin, pues, interes les fuerza tanto
 En la Asumpcion sin plata ni dinero,
 Que su placer se vuelve en triste llanto,
 Los cuellos entregando al carnicero.
 Pensaron de salir de un gran quebranto,
 Y dieron en un hondo sumidero:
 Como verá cualquiera que esté atento,
 A la historia presente que yo cuento.

Habiendo aquel que al mundo dió de mano
 En trueco del eterno y gran reposo,
 Dejándole primero todo llano
 Y en paz, al heredero muy dichoso, (3)
 Juzgado por consejo bueno y sano,
 De dar hombre valiente y belicoso,
 Al Argentino envia Adelantado,
 Que Cabeza de Vaca fué nombrado.

Del cual su armada á prisa abastecida
 De todo el necesario, y sus pertrechos,
 De la ciudad de Cádiz fué partida,
 Y á las Canarias llegan bien derechos.
 Les mas de todos es gente lucida,
 Algunos con insignias en los pechos,

(2) Oro es, lo que oro vale, dice el proverbio castellano.

(3) Cosa muy sabida es como el Emperador Carlos V, nuestro Señor, padre del emperador Felipe II, se desposó é hizo dejacion de todos sus reinos, y se retraja á Justo, monasterio de frailes Hieronimos, que fué el mas singular y mayor triunfo que él obtuvo entre los grandisimos y dignos de eterna memoria, que él alcanzó en este mundo.

De nobles y lustrosas encomiendas,
Y muchos de valor y grandes prendas.

Pasada la famosa y gran Canaria,
En Cabo Verde, que es de Lusitanos,
Entraron; y aunque era tan contraria
Entonces su nacion á Castellanos,
No le fué á la nuestra allí adversaria,
Que á todos los reciben como á hermanos:
Que al fin la diferencia es de tal guisa,
Que para las mas veces todo en risa.

Despues de haberse aquí ya refrescado,
La gente del armada muy gozosa,
Con algun bastimento que ha tomado
Se embarca, por le ser muy deseosa
La fin de su viage comenzado,
Juzgándole por cosa provechosa:
Que vemos que cualquier descubrimiento
Es al tono de boda ó casamiento. (4)

La Torrida, que alguno inhabitable
Escribe, traspasaron derrepente.
No ser en todo tiempo navegable
Sabemos, que el sol hiere crudamente.
Un viento hace á veces amigable,
Navégase con él al occidente:
Despues de aquesta tórrida doblada,
Está casi ya hecha la jornada. (5)

La costa del Brasil reconocida,
Y un isla, Santa Bárbara, tomada.
Por la insignia imperial que de corrida
Allí fué por D. Pedro bien fijada,
Conocen que su armada fué surgida
En ella, mas tocando de pasada,
El rumbo enderezaron muy aína
Al isla dicha Santa Catalina.

(4) Ni boda pobre, ni mortorio rico, así en los descubrimientos de las Indias. El comentador griego sobre las trecientas de 10 de Mena; y otros muchos antes de él, como fué Ptolomeo, &c., lo contrario de lo cual vemos y subemos.

(5) Doblada la línea está casi hecha la jornada, porque si no se acierta á doblar, no se puede tomar la costa del Brasil, antes habrán de ir á la de Cartagena, ó dar en Santo Domingo.

De aquí el Gobernador ha despachado
 Con gente que descubran el camino,
 A Dorantes de Bejar, buen soldado;
 El cual fué, y con presteza mucha vino.
 Noticia del camino cierta ha dado;
 Por donde caminando con buen tino,
 La tierra adentro entraron muy gozosos,
 Mas de los naturales recelosos.

No quiero referir la gran miseria,
 Trabajos, infortunios que sufrieron
 En aqueste camino, y su lazeria,
 Y hambre y sed que todos padecieron.
 Pues vemos no murió en aquella feria
 Alguno de trecientos que allá fueron.
 Que aquesto de las hambres y su queja,
 Solo á Mendoza y á Zárate se deja.

En tanto que Alvar Nuñez caminaba
 Al Paraguay con guias muy derecho,
 Su gente con salud toda llevaba
 A manos el camino de indios hecho.
 Sabido por Irala que llegaba,
 Con maña, que la usaba en su provecho,
 Envía á cierta gente de corrida,
 Que el parabien le dén de su venida.

Sobre cuarenta el quinto año corria,
 Cuando el buen Alvar Nuñez ha llegado,
 Y no el cuarenta y siete se cumplia,
 Cuando se vé de grillos rodeado.
 La causa de este mal y tirania,
 Y de caer el pobre de su estado,
 Envidia fué, que suele, dó se ofrece, (6)
 Aquello combatir que mas florece.

Llegado al Paraguay se determina
 De ir el rio arriba descubriendo,
 Y sin hallar noticia de oro ó mina,
 Con barcos y navíos fué subiendo.
 Trecientas y mas leguas pues camina,
 Hasta saber de plata: pero viendo

(6) *Envidia combate lo mas alto.*

Que la rabiosa muerte andaba suelta,
Por no perder su gente dió la vuelta.

San Fernando se dice este parage,
Dó se tuvo noticia de riqueza:
Mas era tan enfermo el estalage,
Que cobran los soldados gran tibieza.
Dejaron á esta causa su viage,
Que promete sacarlos de pobreza:
Que la piel por la piel el mentiroso,
Nos dijo, que dá el hombre y el reposo.

Si la muerte no teme aquesta gente,
El Argentino fuera mas somoso
El dia de hoy, que nueva ciertamente,
Se tuvo aquí de un indio belicoso.
La plata y oro bello reluciente
Se ha visto, no es negocio fabuloso,
Que cántaros de oro á maravilla
Tenia aqueste indio y gran vajilla.

En una gran laguna este habitaba,
Entorno de la cual están poblados
Los indios, que á su mano él sugetaba
En pueblos por gran órden bien formados.
En medio la laguna se formaba
Un isla, de edificios fabricados,
Con tal belleza y tanta hermosura,
Que exceden á la humana compostura.

Una casa el Señor tenia labrada (7)
De piedra blanca toda hasta el techo,
Con dos torres muy altas á la entrada,
Habia del una al otra poco trecho.
Y estaba en medio de ellas una grada
Y un poste en la mitad della derecho,
Y dos vivos leones á sus lados,
Con sus cadenas de oro aherrojados.

Encima de este poste y gran coluna,
Que de alto veinte y cinco pies tenia,
De plata estaba puesta una gran luna,
Que en toda la laguna relucía.

(7) *La casa del gran Moxo en una laguna.*

La sombra, que hacia en la laguna,
 Muy clara desde aparte parecía.
 ¿Quién hay que no tomára una tajada
 De la luna, aunque fuera de menguada?

Pasadas estas torres, se formaba
 Una pequeña plaza bien cuadrada;
 En el mayor estío fresca estaba,
 Que de árboles está toda poblada,
 Los cuales una fuente les regaba,
 Que en medio de la plaza está sitiada,
 Con cuatro caños de oro gruesos, bellos,
 Que yo sé quien holgára de tenellos.

La pila de la fuente mas tenia
 De tres pasos en cuadra su hechura:
 De mas que de hombre mortal parecía
 En talle, perfeccion y compostura.
 En extremo la plata relucía
 Mostrando su fineza y hermosura.
 El agua diferencia no mostraba
 De la fuente y pilar dó se arrojaba.

La puerta del palacio era pequeña,
 De cobre, pero fuerte y muy fornida:
 El quicio puesto, y firme en dura peña,
 Con fuertes edificios guarnecida.
 Seguro que del pelo y de la greña,
 Del viejo del portero, que es crecida,
 Pudieramos hacer un gran cabestro:
 Oid pues del viejazo el mal siniestro.

Aquellos que por dicha ya han pasado
 Por medio de las torres y coluna,
 Habiendo las rodillas ya postrado,
 Levantando los ojos á la luna,
 Aqueste viejo así les ha hablado,
 Con una muy feroz voz importuna,
 Y dice: "A este adorad, que es solo uno
 El Sol, y fuera dél otro ninguno."

En alto está un altar de fina plata,
 Con cuatro lamparillas á los lados
 Encendidas, y alguna no se mata,
 Que estan cuatro ministros diputados.

Un sol bermejo mas que una escarlata,
 Allí está con sus rayos señalados:
 Es de oro fino el sol allí adorado,
 ¿Mas hay de quien él sea deshechado?

Aqueste gran Señor de esta riqueza
 El gran Mojo se dice, y es sabido
 Muy cierto su valor y su nobleza:
 Su ser, y señorío enriquecido
 De sus vasallos, fuerzas, y destreza,
 Por nuestro mal habemos conocido:
 Que pocos tiempos ha que en cortas trechas,
 Probamos la fiereza de sus flechas.

!A que no fuerzas, hambre detestada
 Del oro, que los áuimos perdidos
 Trastí llevas con ànsia tan nefanda,
 Que ciega las potencias y sentidos!
 Con todo désque ven que la muerte anda
 De priesa, con temor los doloridos,
 Que habian emprendido este viaje,
 Se vuelven para atras de este parage.

Volviendo pues la gente de su entrada,
 Sucede en la Asumpcion una tormenta:
 Dos hombres la levantan, que escusada
 La tal ó motin es, si no lo inventa
 El pecado, que cosa es muy usada.
 Lebron el uno es, el otro Armenta:
 Desde que el Gobernador presó tenia,
 Muy bueno ha andado Armenta, les decia.

Sucede á prima noche el desbarate:
 El pobre caballero está durmiendo.
 Entrégales la puerta Juan Oñate,
 Y así de golpe entraron con estruendo.
 A voces dicen todos ser dislate
 Que con la vida quede, que viviendo,
 Habrá de causar mal, pues está cierto
 El hombre no hablarà despues de muerto.

Rasquin con un arpon enarbolado
 Le apunta amenazando que se diese.
 De la cama se ha el pobre levantado,
 Sin saber de este caso como fuese.

La espada con gran ánimo ha empuñado;
 Mas ¿quien era posible resistiese
 A tantos, pues que Hércules el griego
 No pudo contra dos entrar en juego?

Irala astuto, sabio, cauteloso,
 Del enfermo se hizo en este punto,
 Y por quedar él libre y ganancioso,
 Según pude saber, y lo barrunto
 A Cáceres agudo y bullicioso,
 Le dice, con Venegas vaya junto,
 Y Cabrera, del Rey tres oficiales,
 Principio y causadores de estos males.

El pueblo conmovieron ignorante,
 Y en odio le encendieron como brasa.
 Acude á la prision, y en un instante
 Le sacan muy asido de su casa.
 Irala se ha hallado muy triunfante,
 Que ciérne, hiñe, y masa aquesta masa,
 Y siendo el preso puesto en tal aprieto,
 Por caudillo de todos es electo.

Comienza gobernando pues Irala
 Su negocio á entablar, y aficionaba
 A todos, y en mil cosas se señala,
 Y al pobre con mas veras ayudaba.
 Empero corta, abrasa, hiende, tala
 Al que el contrario bando acompañaba:
 De suerte, que el leal era tenido
 Por hombre vil, infame y abatido.

A muchos ahorcó de los leales,
 Diciendo que la tierra perturbaban.
 A tal punto se vino, que los tales
 En los montes y bosques habitaban.
 Los que eran causadores de estos males,
 Lo bueno de la tierra se gozaban;
 Los otros hambrecaban suspirando,
 Y á Dios justa venganza suspirando.

Entre otros que prendió fuera Vergara,
 Hermano de Ruy Diaz Melgarejo:
 Y á aqueste sino huye le ahorcára,
 Que voluntad no falta y aparejo.

Al otro con su hija le casára;
Ruy Diaz nunca fué de tal consejo,
Y así con los leales se ha huido,
Andando por los bosques escondido.

Habia Diego de Abreu tomado
La mano en señalarse con cuadrilla,
Contradiendo á Irala por alzado.
Son Abrego y Ruy Diaz de Sevilla:
Consigo mucha gente han congregado;
Irala ha procurado de seguilla,
Y algunos los conmueve por regalo,
Y á muchos cuelga y pónelos de un palo.

Irala sale en esto con armada,
Y el rio arriba yendo bien se aleja;
Y porque la ciudad sea gobernada,
A D. Francisco de Mendoza deja.
Lazcano muy malvado de celada,
Con ánimo endiablado se le queja,
Diciendo no conviene que tuviese
Por un tirano el mando, y desistiese.

Y que él con los leales trataría,
Que en nombre del Gran Carlos se eligiese,
Y aquesto facilmente lo haría,
Sin que persona alguna lo impidiese.
Tratólo de tal suerte, que hacia
Que el triste D. Francisco le creyese:
Con este engaño y falso compellido,
Mendoza de su mando ha desistido.

Al punto que desiste luego viene
La gente de leales de los sotos,
Y el Abrego leal no se detiene,
Que espera de tener aquí mas votos:
El Lazcano malvado pues no tiene
Los filos del intento, malos votos,
Que con presteza á muchos sobornando,
Al Abrego procura dén el mando.

Malvado llamo á Lazcano yo en mi verso
Por ser causa primera de un gran daño,
Que nunca se perdiera el universo,
Por Mendoza mandar siquiera un año:

Que si buen celo tuvo al fin fué adverso
A Mendoza causando un mal tamaño,
Y al Abrego de muerte, y gran fatiga
A todos cuantos eran de la liga.

El Abrego por votos fuè elegido,
Que cédula real dispone de esto:
Y siendo ya del pueblo recibido,
Comienza de envidar todo su resto.
El Mendoza se vé tan afligido,
Y acaso le fué Abrego muy molesto,
Que no pudo sufrir verse burlado;
Y oid en lo que para este nublado.

Con sus pocos amigos, dicen, quizo
Tratar de recobrar con nueva traza
El mando. Mas este otro tiene aviso
Del caso, y con presteza dále caza:
Y préndele al punto de improviso,
Y la cabeza cortánle en la plaza. (8)
Al tiempo que cortar se la querian,
A sus hijos habló que allí venian.

A D. Diego el mayor habló primero,
Diciendo en alta voz: "Mira que seas
Vasallo de tu Rey, muy verdadero,
Porque en aqueste trance no te veas:
Y pues, hijo, tú ves como yo muero,
Así la gloria eterna tu po-eas,
Que cures de vivir siempre de suerte,
Que no mueras tambien de aquesta muerte."

El presagio del padre, que moria,
Dejado por postrero testamento,
Al D. Diego de poco le servia,
Pues tuvo en Santa Cruz atrevimiento,
Y pagó en Potosí su tiranía.
Diré en otro lugar este alzamiento:
Al Abrego volvamos, que sabiendo
Que Irala vuelve, al monte vá huyendo.

(8) Cortan la cabeza á D. Francisco de Mendoza, en la Asumpcion, por mandado de Diego de Abreu.

Irala habiendo tiempo navegado
El Paraguay arriba con su gente,
Y al buen Nuflo de Chaves despachado
A que salga al Perú muy diligente,
Se vuelve á la Asumpcion, que el que ha pecado
No puede asegurar jamás la mente:
Que no puede hallarse mejor ciencia,
Ni prueba, que le iguale á la conciencia.

Llegando á la ciudad al fin Irala,
Con grande regocijo es recibido;
De Mendoza la muerte le desala
El corazon, y entrañas le ha rompido.
Tras Abrego con priesa el monte tala,
Y á Escaso aquesta causa ha cometido:
Mas no le fué en el tiro de su mano,
Que un tiro que tiró no sale vano.

Al Abrego á prender Irala envia,
Porque él con los leales retirado
Andaba por los bosques á porfia,
Del remedio de España confiado.
El Escaso, que supo dó dormia,
Una noche le halla descuidado,
Y al blanco pecho apunta, y fué tan cierto,
Que el corazon le parte, y deja muerto.

Muchos de los leales desmayaron,
Por verse sin cabeza y perseguidos,
Y algunos al Irala se pasaron,
Y fueron con amor dél recibidos.
Los otros, que mas tiempo porfiaron,
Vinieron con dolor muy afligidos:
Que el nombre de leal era nefando,
Y en trisca le nombraban, y burlando.

A tal punto llegó el atrevimiento,
Del bando del Irala, que casando
Su hija con Vergara, por contento
Y placer, un soldado suspirando
En una farsa sale descontento,
Y roto y pobre, y otro preguntando,
Y él responde, diciéndole ¿quien era?
De los leales soy, que no debiera.

¿Qué, de leales sois, le dice luego:
 Mirad pues bien el pago que sacado
 Habeis de esa contienda y triste juego,
 Que tan contra razon habeis jugado?
 Hermano, por ventura estais tan ciego,
 Que no veis que es andar de pié quebrado:
 El triste del leal dice temblando,
 Hermano, lo que sé que estoy penando.

El valeroso Chaves caminaba
 La vuelta del Perú donde ha salido,
 Con trabajo sobrado que pasaba,
 De gente que el camino le ha impedido.
 A muchos fuertemente conquistaba,
 Y á su dición y mando ha sometido,
 Rompiendo fuertes y altas palizadas,
 Con obras muy heroicas y áfamadas.

Conquistò los Chiquitos, que es frontera
 Del gran Mojo, Señor de la Laguna:
 Y entiendo que si mas adentro fuera,
 A cuestras nos sacára la coluna;
 Y Hércules segundo Chaves fuera,
 Y por mas le imitar, el sol y luna
 A cuestras sustentára, como al cielo
 El otro, por le dar á Atlas consuelo.

Al fin salió al Perú, donde ha hallado
 Al licenciado Gasca el venturoso.
 Despues de su negòcio relatado,
 Procura de volverse muy gozoso.
 Un pueblo en el camino hubo poblado,
 Por extender su fama deseoso,
 Santa Cruz de la Sierra le nombraba,
 Que el sitio al de su tierra semejaba.

A Cabeza de Vaca ya volviendo,
 Lleváronle á Castilla aherrojado.
 Agora que lo estoy aquí escribiendo
 Me admiro, como nunca castigado
 Aqueste caso fué, atroz y horrendo,
 Y el gran levantamiento confirmado.
 En mi tiempo yo ví se reclaba
 El pueblo del castigo que esperaba.

Venegas y Cabrera, pues, al preso
 Llevaron á Castilla, y lo entregaron
 Al Consejo Real con gran proceso,
 Y causas, que á su gusto fulminaron.
 De aquestos dos el uno pierde el seso,
 Al otro en breve tiempo lo enterraron,
 El preso por sentencia fué privado
 Del título y blason de Adelantado.

En su lugar habiendo proveido
 A Sanabria el gobierno, va á Sevilla, (9)
 Casóse, y el casamiento le ha impedido
 Que no pueda salir ya de Castilla:
 Que en breve se murió; y ha partido
 Con el resto de gente y la cuadrilla
 Que en armada Sanabria puesto habia,
 Entregada á la mar, Doña Mencía.

Tomaron de la costa á San Vicente
 Despues á San Francisco, dó estuvieron
 Algun tiempo viviendo alegremente.
 Por tierra al Paraguay despues vinieron.
 La mas de toda aquesta poca gente,
 Que nombre del Socorro les pusieron,
 De Estremadura son, dó influye Marte
 De sus sacros tesoros tan gran parte.

Sanabria en Medellin nacido habia,
 Con hijos y muger allí ha vivido,
 Viudo ya una vez, Doña Mencía
 En Sevilla por suerte le ha cabido.
 Movida de su vana fantasía,
 Con sus hijas de España se ha partido,
 Con fin de las casar; y así sucede,
 Que en la muger la honra vale y puede.

Tambien Diego Sanabria, el heredero,
 Despues salió con gente en mala extrema;

(9) *Hizo asiento con el Rey Juan de Sanabria, año de 1547, como dice Gomara*
 História de Indias, cap. 89, y Herr. dec. 8, lib. 4.

Que erraron dos pilotos su rotero,
Y dieron en el puerto Cartagena.
En Potosí le ví hecho minero,
Mas nunca tuvo el pobre mina buenas:
Busquemos una agora en otro canto,
Que ya cansa decir en este tanto.

CANTO SEXTO.

Viene Obispo al Paraguay. Muere Domingo de Irala. Eligen por Gobernador á Francisco Ortiz de Vergara, y sale con el Obispo al Perú.

Los hijos de este siglo, la Sapiencia
Nos enseña, que son muy mas prudentes,
Que no los muy dotados de inocencia,
Para el vivir y trato de las gentes.
Aquellos que no tienen tal prudencia
Perecen con dos mil inconvenientes,
Llevándoles ventaja los osados,
Astutos y sagaces y treznados.

Tan sábio era, y astuto y cauteloso
En su trato y vivienda nuestro Irala,
Que no tiene algun hombre dél quejoso,
Que á todos en amor parece iguala.
Con esto y con su pecho valeroso,
Contrasta cualquier mal, y suerte mala,
Y á su diction y mando muy rendidos,
A sus contrarios tiene y sometidos.

En paz tiene la tierra, gobernando
Con gran sagacidad y señorío,
La gente rebelada castigando
Con fuerza, maña, y arte y poderío.
Los leales su causa ya juzgando
Por vana presumpcion y desvarío,
Por no tener de España nueva cierta,
Se le entran cada dia por la puerta.

Filipo el Sábío, rey muy poderoso,
Que en suerte el Nuevo Mundo le ha cabido,
Del aumento cristiano codicioso,
Al Paraguay obispo ha proveido,

Del orden Franciscano religioso,
 D. Pedro de la Torre es su apellido:
 Urue por General vá de la armada,
 Que fué para este efecto congregada.

Apréstase el armada muy hermosa,
 Y sale de San Lucar, y se entrega
 A las ondas del mar brava y sañosa;
 Y con un viento próspero navega.
 Ha sido en su viage tan dichosa,
 Que al Rio de la Plata presto llega,
 Sin refriega de mar y sin tormenta,
 Que al bueno Dios le ayuda y le sustenta.

Desde Castilla al Rio de la Plata,
 Cuarenta dias solos se gastaban,
 Y no echaba el piloto en ello cata,
 Y el rio los navios embocaban.
 El General, llegando, desbarata
 De dos navios las obras que sobaban,
 Hermosos bergantines quedan hechos,
 Y en breve á la Asumpcion fueron derechos.

No quiero aquí tratar el gran contento
 Que toda la ciudad ha recibido,
 Ni menos la tristeza y el lamento
 Del malo, que se vé ya sometido.
 Y aunque esto de pasada yo lo cuento,
 Muy bien fué en el suceso conocido,
 Pues cualquiera rehusa ser mandado;
 Que el buey suelto se lame por el prado.

Irala como vé que está con miedo
 El triste del Obispo, y que la féria
 Por él corre, contento, alegre y ledo,
 Mudando muy en breve la materia,
 Le dice, mi Señor, en cuanto puedo
 Trabajo, que salgamos de lacéria,
 Buscando si hay riquezas en la tierra,
 Mas tengo gran trabajo con la guerra,

El santo del Obispo sonriendo,
 Con un blando semblante respondia

A lo que Irala iba repartiendo,
Que ya su condicion bien conocia:
Bien á la propia suya resistiendo,
Porque de Irala mucho se temia,
Procura de sufrir, pues se vé solo,
Y todos contra él con fraude y dolo.

En esto de Castilla, ¡Dios eterno,
Cuan grande es, y cuan alta tu sapiencia!
Al Irala le envian el gobierno;
Mas sobreviene luego una dolencia,
Y no pudo durar solo un invierno:
Que el que con fraude obtuvo la potencia
Los veinticuatro años con tal daño,
No dura con derecho solo un año.

Despues de Irala muerto, se juntaron
En una iglesia todos, y eligieron,
De doce caballeros que nombraron,
Los cuatro, cuyos nombres escribieron:
Por opuestos aquestos señalaron,
Los vecinos sus votos aquí dieron.
Salió Francisco Ortiz, el de Vergara,
Que con hija de Irala se casára.

Su hermano, que es Rui Diaz, habitaba
En Guayra en este tiempo, retirado
De Irala, que con él mal se llevaba:
Allí poblado se ha fortificado,
Y de allí con su gente conquistaba
Los indios, y en la tierra apoderado
Procura atravesar á San Vicente,
Con ánimo crecido y poca gente.

La costa del Brasil está temblando,
Sabiendo de Rui Diaz la venida,
Que piensan que se viene apoderando
De todo lo que halla de corrida:
Pues saben como ha andado conquistando,
Y que tiene la tierra así rendida;
Y no sabe que quiere Melgarejo:
Mas ved en que ha parado su consejo.

Allega á San Vicente, dó Cupido
 Desembraza cruel su flecha dira,
 Y hácele quedar preso y rendido
 Al rostro angelical de Doña Elvira.
 Quien indios y españoles ha vencido,
 Vencido y muerto queda, porque mira.
 ¡Y piensas tú, Cupido, no lo fueras,
 Mirando á Doña Elvira de Contreras!

De Medellin saliò la dama bella,
 De conocida, casta y gente clara:
 Y aunque fué en hermosura linda estrella,
 Fortuna se mostró con ella avara.
 Procura el capitan luego con ella
 Casarse, mas la muerte la llevára
 Entonces, y no diera mala cuenta,
 Causándose á si misma tanta afrenta.

Casóse en mal punto, y en hora mala,
 Dios sabe lo que siento en escribillo.
 Amor, que con lo bajo lo alto iguala,
 La hace aficionarse á Juan Carrillo.
 Cojélos Melgarejo en una sala,
 Y como no es el caso de sufrillo,
 Aunque la dama es tal, y el galan viejo,
 A entrambos los ha muerto Melgarejo.

Entrando el capitan en su aposento,
 Al adultero mató de una estocada:
 La dama viene al grito con lamento,
 La gente viene al grito alborotada:
 Ayudanla á matar, ó crudo cuento,
 !Qué no hay quien te defienda, desdichada!
 Fenece la extremada hermosura
 En el colmo de extrema desventura.

Vergara y el Obispo se han movido,
 En esto de salir, que no debieran,
 Al Perú: pero habiendo ya venido
 A Santa Cruz, dó nunca ellos vinieran;
 Allí les fuè por Chaves impedido
 El camino: yo créo que si pudieran
 Pasar, ellos pasarán; mas yo hallo
 Que en propio muladar bien canta el gallo.

El Chaves á los Chareas va y camina,
 Dejándose á los pobres muy llorosos.
 Tras él salen despues, y de una mina
 Llevaron grandes muestras muy gozosos.
 Ensayase el metal, y plata fina
 Se saca, que movió á los codiciosos;
 Y entre ellos Juan Ortiz Pica, pensando
 Ganar honra y dinero gobernando.

El licenciado Castro gobernaba;
 Y vista la intencion del perulero,
 Y que en aqueste caso el importaba
 Por tener abundancia de dinero.
 El gobierno argentino le encargaba
 Quitándosele al pobre caballero:
 El cual como se vido descompuesto
 A Castilla se vino muy dispuesto. (1)

Matienzo el Presidente no repugna
 En esto; que formando una quimera,
 En el cuerno le pone de la luna
 Al Argentino reino y su ribera:
 Y dice, que no puede haber alguna
 Provincia de riqueza en tal manera,
 Cual esta; aunque rodeen todo el mundo
 Entre el polo primero y el segundo.

Y aun dice un dicho necio, y he de decillo,
 Pues ví con juramento yo afirmar lo,
 Y prometí yo á muchos de escribillo,
 Ni quiere mi Argentina aquí callarlo.
 “Si fuera yo Filipino, á ese Turquillo (2)
 Habia con España de dejallo,
 Decia, por gozar de tanta tierra,
 Tan bella y apacible, y tan sin guerra.”

Con estos desatinos que decia,
 Que muy grande aficion al Argentino
 Mostraba el Presidente que tenia,
 Procuran de volverse en su camino

(1) *Hizose el asiento con Zárate por Julio de 1569.*

(2) *Buen dicho para letrado y Presidente de una Audiencia real. Bien parece ha-
 bía gustado poco de los flechazos de los indios Guaranís, segun la razon que daba.*

El Obispo, y teniente que ponía
 En su lugar Ortiz el zaratino;
 Que es Cáceres, un hombre bullicioso,
 Amigo de mandar y sedicioso.

El Juan Ortiz se parte para Lima,
 Con título y blason de Adelantado:
 De barras lleva hecha grande rima,
 Que sabe Dios cual él las ha juntado.
 Aquesto le causaba gran estima,
 Y ser de todo él mundo respetado:
 Que tanto de valor cualquiera abarca,
 Cuanto tiene dineros en el arca.

De Lima se partió muy placentero
 Por ver que le es fortuna favorable;
 A Panamá camina muy ligero,
 Con viento en popa suave y amigable
 Allega á Panamá con su dinero,
 Y en breve lo vereis muy miserable:
 Que fé ninguna tengo, ni confianza
 En fortuna, que es cierta su mudanza.

En nombre de Dios parte á Cartagena,
 Y entrega su fortuna á una fragata.
 El Francés esto tiene á dicha buena,
 Que le ha sido la presa muy barata.
 Encuéntrale, “y amaina vela, antena,
 Le dice, y deja, amigo, aquí la plata,
 Sino quieres dejar tambien la vida,
 A vueltas de la plata aquí perdida.”

Amainan á pesar vela y trinquete,
 Rendidos del Francés y su pujanza,
 Ni queda marinero ni grumete,
 Que no pierda del todo la esperanza.
 La vida á Juan Ortiz allí promete,
 Mas pierde de la plata la confianza.
 La vela dá el Francés, desque le quita
 La plata, y con placer picando grita.

Quien vido á Juan Ortiz lo que hacía,
 Pudiera no moverse á crudo duelo.
 Los suspiros que daba los ponía
 Con gran sentimiento allá en el suelo:

Sus carnes tan heladas las tenia
Como la pura nieve y duro yelo,
Y dice: “¡Cuan en breve aquí he perdido,
Lo que en tan largos años he adquirido!”

De mas de ochenta mil pesos pasaron
Los que el Francés sacó de aquesta feria.
En Cartagena amigos ayudaron
A Zarate á salir de su laceria:
Qué muchos de su mal se constritaron,
Por verle haber venido á tal miseria:
Que para asar, cocer, freir, decia,
Que en mucha cantidad barras tenia.

Con este desastrado desbarate,
Y desdichado fin y mal suceso,
A Castilla se viene el de Zarate,
Sin sacar de su plata un solo peso.
No teme que el Francés le desbarate:
Qué el pobre del ladron jamas es lesos;
Mas antes caminando á su albedrio,
Delante del ladron canta vacio.

Llegado á España, el Rey le ha confirmado
Lo que Castro le dió, y por mas pago
A Zarate vereis ya señalado
En los pechos con cruz de Santiago.
Habiendo mucha gente congregado,
Se entregan al feroz y hondo lago.
Diráse en su lugar de aquesta armada,
Volvamos á la história comenzada.

Al Cáceres y Obispo revolviendo,
Llegan á Santa Cruz, que de la Sierra
Se llama; dó discordia, descogendo
Sus velas, ha causado tanta guerra
Entre los dos, que el odio ya creciendo,
Los huesos uno al otro desentierra,
Y mas que unas berceras en cantillo
Se tratan, que es vergüenza de escribillo.

De Santa Cruz salieron, procurando
Llegar al Paraguay con gran presteza;

Y aunque las dos cabezas caminando
Van juntos por la tierra de aspereza,
No van cosa ninguna conversando,
Que en mala voluntad tienen firmeza.
Llegando á la Asumpcion muy brevemente
Lo que pasó dirá el canto siguiente.

CANTO SEPTIMO.

Llegan à la Asumpcion el Obispo y General. Prende el General al Obispo, y despues el Obispo al General, y llevàndole à Castilla, muere el Obispo.

Sentencia es celebrada, llana y clara,
Que todo hombre que anda en malos pasos
Al fia de la jornada, siempre pára
En mal con desastrado fin y casos. (1)
Con el mando, poder, y con la vara,
El Cáceres echaba contrapaso,
Al santo del Obispo: mas tenía
Un provisor que mal los recibía.

Aunque el Obispo era mal sufrido,
No era codicioso de venganza.
Segovia, el provisor, no ha consentido
A Cáceres crecer en su pujanza;
Mas antes con un odio enerudecido
Le mete, como dicen, bien la lanza,
Tomando informaciones y testigos:
A Cáceres lo dicen sus amigos.

Un hombre, que Daroca se llamaba,
Que del Perú sacó en su compañía
El Obispo, en el pueblo publicaba
Contra el Obispo mal en demasía:
Mil cosas en escrito denunciaba
Al Cáceres, que bien las recibía:
Con que publican todos por estenso,
Que el bueno del Obispo está suspenso.

Al provisor metió en un aposento
El General, con grillos remachados,

(1) *Quien en mal anda en mal pára.*

El comer al Obispo y el sustento
 Le quita; que no son hombres osados
 A darle un jarro de agua, que al momento
 El servicio y los indios son quitados:
 Y por mayor baldon y mas afrenta,
 Al Obispo le priva de su renta.

A Pedro de Esquivel, un caballero
 De bella compostura y bella traza,
 Amigo del Obispo y compañero,
 (Por sola su pasion) le prende y caza.
 Con el Obispo ser particionero
 En su prision afirma, y en la plaza
 Le corta la cabeza, y en picota
 La fija, y de traidor le reta y nota.

La traicion de Esquivel está fundada
 En una informacion que ha fulminado,
 En que el Obispo y él, de mano armada
 Conciertan de prenderle: ha concertado
 Que el triste del Obispo en su posada
 Estè sobre fianzas encerrado.
 En la iglesia el Obispo está rezando,
 Y oíd lo que está el malo publicando.

En pregon dice: "Pena de la vida,
 A la Iglesia mayor nadie se atreva
 Por hoy ir, porque es cosa conocida,
 Que el Obispo intencion muy mala lleva.
 Y pues que la tenemos ya sabida,
 No habemos menester, dice, mas prueba."
 Ayala su alguacil vá prestamente
 Al templo para echar fuera la gente.

¡O Marqués! destes casos escribano,
 En dó toda maldad pura se encierra,
 Secárase primero aquesta mano,
 Que escribiera escriptura mala y perra.
 Mas ¡ay! como el juicio soberano
 Para castigo tuyo envia á Guerra
 Obispo, que poniéndote en cadena (2)
 A tí, y tu hacienda lleva pena,

(2) *Dr. Fray Alonso Guerra, Obispo del Paraguay.*

Al fin, pues, ya del templo consagrado,
 Diciendo mil oprobros y baldones,
 Y falsos testimonios del Prelado,
 Por solos sus rencores y pasiones,
 Expelen al cristiano arrodillado,
 Haciéndole que salga á rempujones.
 Forzándola á salir la puerta afuera,
 Una dama habló de esta manera.

¡Pues no son poderosos los maridos!
 Pidamosles las armas, y volvamos
 Por la honra de Dios. Y con gemidos
 Decia:—no conviene consintamos
 Aquestos maleficios conocidos;
 Y todas al prelado defendamos. (3)
 Que mas vale morir honrosa muerte,
 Que un mal disimular de aquesta suerte.

Poblado está de mártires el cielo
 Que por honra de Dios han padecido;
 De su sangre está lleno todo el suelo,
 Que infieles y tiranos han vertido:
 Tomemos pues con esto gran consuelo,
 Que Dios dà gloria à aquel que ha merecido.
 Y pues sabemos que este es un tirano,
 Volvamos por el nombre de cristiano.

Con sobrado valor y pecho osado,
 Otra dama habló de esta manera:—
 De aqueste lugar santo consagrado,
 Nadie me hará salir de aquí afuera;
 Ni consentir yo tengo que al Prelado
 Agravien, sin que yo primero muera:
 Que à mí, que soy su oveja, su fatiga,
 A condolerme de ella bien me obliga.

A mis padres, hablando de Castilla
 Y de santas histórias, tengo oido
 De la sábia Judith, si sè decilla,
 Que bien veis que en la tierra soy nacida;
 Aquella grande hazaña y maravilla
 Que hizo, por dò nombre ha merecido

(3) *Esta era una muger casada con Juan de Saldica, vizcaíno, é hija de Antonio Tomas, portugues.*

Tan alto, que la Iglesia la pregona
Por dechado de fuertes y corona.

Holofernes soberbio, crudo, altivo,
Tenia la ciudad desta cercada;
Al nombre hebraico era muy nocivo
Con su fuerza, poder y cruda espada:
Estaba al punto ya de ser cautivo
El pueblo, y la ciudad desconsolada;
Judith de remediarla deseosa
Saliò por el ejército animosa.

La gente de Holofernes que la vido,
Al punto se la hubo presentado,
Diciendo, á buena parte hemos venido,
¿Quien hay que no pelee muy de grado?
Al Holofernes bien le ha parecido,
Y cenando y bebiendo, se ha embriagado:
La noche sobreviene, y se dormia
Con el vino abundante que bebia.

Judith, que esta ocasion consideraba,
La cabeza le corta, y con secreto
Saliò con la criada que llevaba:
Librándo de esta suerte del aprieto
A su pueblo, en que vió ella que estaba.
El prêmio ha recibido, mas perfecto;
Y pues vemos que el prêmio ya nos llama,
Dejemos de nosotras grande fama.

El triste doloroso del Prelado
A su casa se vuelve, no cesando
De gemir y llorar muy congojado,
Por ver su oveja irse condenando.
Allí le hace estar emparedado;
Con barro las ventanas le tapando:
Fianzas dà el Obispo que estaria
En su casa, y que de ella no saldria.

Mas teniendo noticia que querian
Echarle de la tierra, se ha salido
Hoyendo á media noche, y acudian
Algunos en su busca, dò escondido

Estaba, y los mosquitos le comian,
 Que en toda aquella noche no ha dormido.
 A su casa le vuelven, dó se queda,
 En tanto que fortuna vuelve y rueda.

El Cáceres estaba tan furioso,
 Tan altivo, soberbio y endiablado,
 Que no tiene en sí mismo algun reposo,
 Ni puede estar momento reposado.
 Del Provisor estando receloso,
 Por ver que era sagaz y redoblado,
 Acuerda de embarcarle en un navío,
 Y él bajase así mismo por el río.

Bajò con intencion de despacharle
 Al Perú, por sacarle de la tierra;
 Mas no halla manera de enviarle:
 Por dó su voluntad en esto cierra,
 Que dos ò tres procuren de fiarle:
 Con esta condicion no lo destierra,
 Mas suelto el Provisor del crudo lazo,
 Sacude, como dicen, zapatazo.

Teniendo, pues, la causa fulminada,
 Juntaron de mancebos gran canalla,
 Que es gente para todo aparejada,
 De españoles tambien parte se halla,
 A quien noticia fuè del caso dada:
 No hace Fray Francisco Ocampo falla,
 Que aunque al principio fuè de la otra parte,
 Aquí lleva el guion y el estandarte.

En casa de Segovia se juntaron
 De noche, con secreto sin ruido;
 Entre todos allí se concertaron,
 Y el caso fuè de breve concluido.
 Que Cáceres se prenda concertaron,
 Y esperan á que sea amanecido.
 Una vision al punto que amanece
 Encima de la iglesia se aparece.

A mirar la vision los que salieron
 A un patio dò el Segovia reparaba,

Un Angel relumbrando todos vieron,
 Que parece una espada desnudaba.
 Muchos a questo mismo me dijeron;
 Y el Angel parecia que amagaba
 Con la espada desnuda que tenia,
 Y golpes hacia abajo sacudia.

El Cáceres venido pues à misa,
 Entrò la turba multa muy derecha,
 Echó à Cáceres mano muy à prisa,
 Y algunos de los suyos no aprovecha;
 Que el negocio seguia ya de guisa,
 Que cada cual à puja mano le echa;
 Y al fin preso le llevan muy de vuelo,
 Sin dejarle llegar los pies al suelo.

Con voz del Santo Oficio y apellido
 Le prenden, y eso suena su proceso:
 En un punto se vé el pobre afligido,
 Con miserable fin del mal exceso.
 ;Quien duda que estaba arrepentido,
 En contemplar el triste aquel suceso!
 Que el solo conocer su grave culpa,
 Es lo que al pecador mas le disculpa.

Su pompa, presuncion, y bizzarria,
 Fenece con muy vil abatimiento:
 Que cosa cierta es que no podia
 Para siempre durar su ensalzamiento.
 Un negro que este Cáceres tenia
 Habiendo visto a questo acaecimiento,
 Tened dijo, Señor, la barba queda,
 Que el mundo de esta suerte corre y rueda.

Teniéndole pues preso y arcado,
 Nombrado otro teniente entra en consejo,
 Y tratan quien lo lleve aprisionado
 A España con presteza y aparejo;
 Que vaya luego fuè determinado
 El capitan Rui Diaz Melgarejo,
 Que no se huelga poco de este hecho,
 Y piensa sacar de ello algun provecho.

El Obispo tambien se determina
 Con ànimo de ver à nuestra España:
 Y aunque dicen algunos desatina,
 Y que su ida à la tierra mucho daña,
 Empero dicen otros que lo atina,
 Porque él preso no use alguna maña,
 Con que se suelte y libre de cadena,
 Y cause al santo Obispo cruda pena.

El teniente que nombran se decia
 Martin Suarez, noble caballero:
 Al Càceres muy mucho aborrecia,
 A asì en le desechar es el primero.
 De presto un navichuelo componia,
 Y puesto brevemente en astillero
 Despacha al preso en este, procurando
 Quedarse por señor, y gobernando.

Tambien en compañoia fué ordenado
 Que saliese Garay que lo desea:
 Aquì tuvo principio, y ha probado
 En la guerra muy bien y en la pelea;
 Mas nunca supo ser considerado.
 Su tiempo le vendrá, cuando se lea
 El fin en que paró su desventura,
 Por quererse seguir por su locura.

Saliò de la Asumpcion la caravela
 Con otro bergantin acompañada,
 Izan antenas, dan al viento vela,
 La nave por el sur es gobernada.
 Con el viento y corriente tanto vuela
 Que en breve à S. Gabriel fuera llegada,
 A dó se declaró para Castilla,
 Con Càcerès, Obispo y su cuadrilla.

Garay el rio arriba se ha tornado,
 Y puebla à Santa Fé ciudad famosa: (4)
 La gente que está en torno ha conquistado,
 Que es de ànimo constante y belicosa.
 Los Argentinos mozos han probado
 Allí su fuerza brava y rigurosa,

(4) *De arenal.*

Poblando con soberbia y fuerte mano
La propia tierra y sitio del pagano.

Estando Santa Fé ya bien poblada,
Garay bajó à Gaboto por el rio,
Geronimo y su gente en la llanada (5)
Estaban, que venian con gran pio
De hacer en el rio su morada.
Garay no osa salir de su navio,
Aunque es de los de Córdoba rogado:
Del agua y de la tierra se han hablado.

Del una parte y de otra ha habido dones,
Los ánimos mostrando halagueños,
Empero por quitarse de pasiones,
No salen del batel los paragueños.
Partieron sin mostrar los escuadrones,
A nuestro parecer, torcidos ceños:
Mas dejan los de Córdoba fijada,
Por señal una cruz de su llegada.

A Córdoba llegando el de Cabrera,
La nueva le ha llegado que ha venido
Abrego à gobernar, que no debiera,
Pues tan mal á los dos ha sucedido.
El Abreu como llega le prendiera,
Y preso su negocio ha fenecido;
De suerte, que quitandole la vida
Le deja su memoria obscurecida.

Garay quitó la cruz de aquel asiento;
Dò quedó por Cabrera levantada,
Que sabe que es su intento y fundamento
Dejar la posesion allí tomada.
Con esto, él y su gente con contento
Se vuelven à su asiento, y su morada,
Que es dicho Santa Fé, tierra muy llana,
Y à Tucuman y Córdoba cercana.

El Obispo al Brasil en breve llega
Con su preso, y la gente, aunque temieron

(5) D. Gerónimo Luis Cabrera, Gobernador del Tucuman, á quien cortó la cabeza Gonzalo de Abreu.

En golfo y alta mar la gran refriega,
 En San Vicente alegres pues surgieron,
 A dò al preso el Obispo da y entrega
 A gentes, que encerrado le tuvieron:
 El cual de la prision se ha escaballido,
 Y anduvo algunos dias escondido.

De à poco, precediendo excomuniones,
 El Cáceres ha sido descubierta,
 Y puesto en un navio con prisiones,
 Para Castilla sale de aquel puerto.
 De enfermedad, congojas y pasiones,
 Fray Pedro de la Torre ha sido muerto,
 Dejando grande fama en San Vicente,
 De grande religioso y continente.

Muy público en la costa se decia,
 Que al tiempo que murió aqueste prelado
 La pieza y aposento mucho oia, (6)
 Y el sepulcro dó fuera sepultado.
 Aquel que en la mortaja le envolvia,
 Con juramento lo ha testificado,
 Y así lo dicen hoy los lusitanos,
 Que muerto, bien le oian pies y manos.

Ya Juan Ortiz de Zárate está dando
 Gran priesa, y que me acuerde que ha partido,
 Me dice, y que ya viene navegando;
 Que cumpla lo que tengo prometido.
 De solo me acordar ya está temblando
 La mano; que en pensar que he padecido
 Calamidad tan grande y tal miseria,
 Temor tengo de verme en otra feria.

Y así por no acordarme de tal lianto,
 De tan crudo dolor y triste suerte,
 Quisiera fenecer con este canto,
 Que dudo que mi pluma bota acierte.

(6) *A mí me lo dijo en Santos el padre José Anchieta, teatino de la compañía de Jesus, hombre de gran fama y crédito, que se había hallado en su muerte. Que oía con gran fragancia su cuerpo, pies y manos, y la sepultura; y es entre los portugueses del Brasil muy valido que este Obispo murió santo.*

Que puesta la memoria en el quebranto,
Cuando me ví tan cerca de la muerte,
Temo se ofuscarà; pero digamos
Las tristes desventuras que pasamos.

CANTO OCTAVO.

*Sale Juan Ortiz de Castilla, llega à Canaria, y de ahí á Cabo Verde,
de adonde viene en demanda de la isla de Santa Catalina.*

Al tiempo que alas cobra la hormiga
Le viene su remate y perdimiento. (1)
Fortuna à Juan Ortiz ha sido amiga
Desde el orígen suyo y nacimiento;
Mas ya le comenzó à ser enemiga,
Al punto de su vano pensamiento:
Que las altivas alas que tenia,
Ya vimos que el francés las abatía.

Fortuna acá y allà yendo y viniendo,
En la corte le pone en tal estado,
Que aunque á la sazón está rigiendo,
Le tiene al parecer desbaratado.
Con todo, de sus mañas se valiendo,
Con título y blason de Adelantado
Del puerto de San Lucar se salía,
Y el año de setenta y dos corria.

Con el iban solteros y casados,
Casadas y doncellas de viage,
En tres navios mal aderezados,
Con una zabra mala y de mal trage.
Al parecer à muerte condenados,
Con otros quince ó veinte en un patage.
Mas estos mejor dicha al fin tuvieron,
Que en tierra del Brasil libres surgieron.

Camina pues la armada algunas leguas,
Entregada á las ondas de Neptuno,
Y engolfada en el golfo de las Yeguas,
Sucede un vendaval tan importuno,

(1) Cuando la hormiga se ha de perder, alas le han de nacer.

Que si Dios no pusiera presto treguas,
De todos no escapàra ni solo uno:
Y viendo andar el mar por las estrellas,
De temor lloran hombres y doncellas.

La noche muy obscura, la mar brava,
El viento vendaval muy presuroso
Soplaba y de temor cualquiera traba
Del otro por valerse deseoso:
Y mientras esta furia reposaba,
Los pilotos amainan sin reposo.
Las naves van volando ya sin guia,
Mientras que cesa el viento su porfia.

Y despues que cesò la furia y viento,
(Habiendo ya su tèrmino corrido)
La gente alborotada, del tormento
Temor y desconsuelo padecido,
Decia con un ronco y flaco aliento,
"Si habemos del peligro ya salido."
Alli muchas promesas publicaron,
Que en el temor pasado à Dios votaron.

Despues, dando lugar el gran Neptuno
A que fuesen sus ondas navegadas,
Con muy próspero viento y oportuno,
A cabo de cien leguas caminadas,
Descubrimos del bárbaro importuno
La costa, con sus tierras malhadadas.
Era una tierra larga, baja y llana,
Que tiene por renombre Tafetana.

Dejando aquesta costa à izquierda mano,
Despues de veinte y cinco dias pasados
De nuestro navegar por el Oceano,
De vanas esperanzas confiados,
A la Gomera un dia muy temprano
Llegamos, los peligros olvidados:
Que pasado el peligro, olvida luego
El marchante el voto, prece y ruego.

Aquí estuvo el armada reposando
Tres dias no cabales, que corria

Buen viento, que nos iba convidando
 A tener regocijo y alegría.
 Del puerto, pues, à prisa se levando,
 Navega á Cabo Verde recta via:
 Mas el viento y pilotos yerran tanto,
 Que el gozo se volvió muy presto en llanto.

Andaban los navíos sin concierto,
 Arando el importuno y largo lago;
 Ya caminan derecho, ya muy tuerto,
 Al fin toman la isla de Santiago.
 Es isla muy alegre con buen puerto;
 Mas yo à mi obligacion no satisfago,
 Si no fuerzo à escribir yo aquí mi pluma,
 Su temple y compostura en breve suma.

El sitio es apacible y deleitoso,
 La gente muy lucida y muy galana,
 Por el ingles cosario y belicoso,
 En ronda suele andar cada mañana.
 Enfermo es el asiento y peligroso,
 Por el calor la gente no está sana,
 Mas viven á placer los lusitanos,
 Contentos, muy alegres, muy ufanos.

A mi posada vino un caballero
 De buena compostura y bien tratado,
 Alegre, conversable y placentero,
 Y con una encomienda señalado.
 Tiene una negra allí mucho dinero,
 Con ella se casò el desventurado.
 ¡Mirad pues el dinero à cuanto obliga!
 Que sufre este en sus ojos una viga.

Partiòse de este puerto Santiago
 En breve con un próspero y buen viento:
 Mas entrando á la mar y grande lago,
 Calmó, y todos perdieron el contento.
 Algunos lo tuvieran por buen pago
 A España se tornar, porque el aliento
 Faltaba, desde entienden alargarse
 El tiempo, y la jornada no acabarse.

A la línea en aquesto se acercaron,
 A dó (con aguaceros que tuvieron)

Al pié de quinze dias mal pasaron,
 Y algunos en la línea se murieron.
 Despues de aqueste tiempo la doblaron,
 Y en demanda al Brasil las velas dieron.
 Mas no vieron la costa de sus ojos,
 Huyendo de no dar en los Abrojos. (2)

Los diez eran de Marzo ya pasados,
 Cuando toman los campos nuevo trage,
 Y vuelve por sus pasos compasados
 El gran Apolo à España su viage.
 En este tiempo fueron desviados
 Los unos de los otros, y el patage
 Con viento y agnaceros se apartaba,
 Y en costa del Brasil puerto tomaba.

En San Vicente salta, dó han hallado
 La gente del Obispo y Melgarejo,
 Del armada de Zárate han contado,
 De sus armas, pertrechos y aparejo:
 Rui Diaz les ha à todos convidado,
 Que se vuelvan con él: este consejo
 Algunos del patage lo tomaron,
 Mas otros en el puerto se quedaron.

Pudieran bien decir los doloridos,
 Estando en San Vicente reposados,
 Si nosotros no fuéramos perdidos,
 Por ser de nuestra flota ya apartados,
 O fuéramos de hambre consumidos,
 O muertos de los indios y acabados;
 Y cierto para haber de guarecernos
 El medio mas seguro fuè perdernos.

El armada con pena navegando,
 A veinte y uno de Marzo una mañana,
 Antes de aquella Pascua, en que llorando
 Buscaba al buen Jesus de Marta hermana,
 La tierra se descubre, y vela dando,
 En breve se llegó, que está cercana:
 Mas no se toma puerto, que buscaban
 A donde le tomar, y no le hallaban.

(2) Los Abrojos son un peligro en la costa del Brasil, á manera de arrecifes y tajos que hace allí la mar.

Andando los pilotos vacilando
 En luengo de la costa, cada día
 Sus cartas y roteros remirando,
 Por ver donde el armada surgiria:
 Sus grados y sus puntos cotejando,
 Anclaron en Abril tercero día
 En una playa y puerto sin abrigo,
 Que es dicho por renombre D. Rodrigo.

Su cara mostrò Febo muy cubierta
 Aquí, cuando se entraba en occidente:
 La noche obscurecida como puerta
 De muy profunda cueva dò no hay gente.
 Neptuno muy sañoso se despierta,
 Y à las aguas comienza bravamente
 A mandar, que se muevan alteradas
 Del sur, y en altos montes levantadas.

Ni el Puerto Pico, ó Sierra Mariana,
 Ni Teide, ò Potosí, ni el Atumare,
 Ni el volcan de Arequipa, ni Lupana,
 Ni el alto monte ó sierra de Lambare,
 Ni Villuerca, ni Sierra Verzocana,
 Se puede ya hallar que se compare
 A los montes y sierras que formaba
 En alta mar el viento que bramaba.

Estaba el Almirante del armada
 Con solo un cable y ancla: el porfiado
 E importuno sur desamarrada
 La lleva, habiendo el cable reventado.
 La nave por la mar andaba errada,
 El piloto no acierta de turbado
 A decir ni mandar lo que conviene,
 Que en el alma metido el miedo tiene.

Con este temporal tan peligroso
 La nave sobre tierra va volviendo:
 El viento con su impetu furioso,
 Las velas en un punto descojendo,
 Hace volver la popa sin reposo
 A tierra, y el mar adentro vá corriendo.
 La gente alborotada sin consuelo,
 Levantan alaridos hasta el cielo.

Quedan la capitana y vizcaina
 En gran peligro surtas junto á tierra:
 Mas luego en un momento muy aína
 La vizcaina el ancla desafierra:
 Agarrando dos leguas ya camina
 En luengo de una costa y de una sierra;
 Mas no se osa meter en la mar brava
 Con el temor de la agua que faltaba.

El Almirante sale al mar sañoso,
 Del importano viento sacudido:
 La gente clama al Alto Poderoso
 Con voces, gritos, llantos y alarido.
 El sexo femeníl mas doloroso,
 Causaba fuese el caso dolorido,
 Que tantos alaridos levantaban,
 Que la tormenta mas acrecentaban.

En demanda del Rio de la Plata
 Se leva de este puerto que he contado
 La flota; mas el sur ya se desata
 Con un furor terrible acelerado:
 Y viendo que este viento desbarata,
 Y hace desandar lo que está andado,
 Procura de tomar puerto la flota,
 Con fin de desistir de su derrota.

Y tanto el bravo viento los aqueja,
 Que se siguen tras él desconfiados
 De su recto viage, que se deja,
 Por ser del vendabal tan contrastados.
 La capitana un poco mas se aleja,
 Y surge con sus naves á los lados,
 Si no es el almiranta, que apartada
 Surgió en una bahía no abrigada.

Del almiranta á tierra sale luego
 Alguna gente, y halla las pisadas
 Del indio, por dó siguen, aunque ciego
 El camino, y las yerbas mal holladas,
 A la senal, y humo de un gran faego
 Descubren mas gentes congregadas
 De nacion Guaraní, que recibieron
 A los nuestros muy bien, y les sirvieron.

Las cosas, que tenían ofrecidas
 A los nuestros, con ellos se metieron
 En la barca con flechas muy crecidas,
 Y en trueco de rescates las vendieron.
 Sus carnes, de aire y sol ennegrecidas,
 Algunos españoles las cubrieron;
 Que estima esta nación mucho cubrirse,
 Y à nuestro modo y forma de vestirse.

De aquestos se tomó lengua y aviso,
 Mayormente de un indio ya muy viejo;
 A Santa Catalina de improviso,
 Que vayan les ha dado por consejo,
 Y èl propio ir à mostrar el puerto quiso:
 Y viendo tal recado y aparejo,
 Las naves en un punto se levaron,
 Y en luengo de la costa navegaron.

Surgieron en el puerto que es llamado
 Ayumirí, que es boca angosta ò chica,
 Del isla hacia el este; al otro lado
 Está la tierra firme en forma oblica.
 La flota procurando lo abrigado,
 Dejando el primer puesto allá se aplica,
 Adonde hace el mar una ensenada
 En forma de la luna de menguada.

Aquí puerto y lugar aparejado
 Para surgir mil naves está bueno:
 Entre la isla y la tierra va ensenado,
 Un golfo de pescados todo lleno;
 De una parte y otra reguardado
 De vientos, todo alegre y muy ameno.
 Empero del armada Zaratina
 Aquí fuè la caída y grande ruina.

Aquí reposaremos sin reposo,
 Que mal pueden tenerlo los hambrientos.
 Trataremos del trance doloroso
 De la infeliz armada, y sus descuentos:
 Hambre, muerte, tristeza, lacrimoso
 Planto, suspiros, gritos y lamentos,
 Daràn subiecto cierto al nono canto,
 O por mejor decir al nono planto.



CANTO NONO.

En este canto se cuenta la grande hambre de la isla de Santa Catalina, con las desventuras lastimosas que en ella se padecieron.

Oid, las damas bellas, este canto,
A quien ha repartido la natura
De su grande valor, y bienes tanto,
Que se huelga de ver ya su hechura;
Causaros ha á vosotras mas espanto,
Por ser de delicada compostura,
Y llorareis con migo un mal tamaño,
De desastrado fin y crudo daño.

El canto vuestro es, pues que contiene
De damas y galanes la caída:
Por tanto el ofrecerosle conviene,
Porque de vuestro ser el tome vida.
Haced con vuestra fuerza que no pene
Aquel que le leyere, pues rendida
De este siglo teneis la mayor parte,
Con vuestra gran belleza, industria y arte.

En el pasado canto recontamos
Del puerto que tomó el Zaratino:
Escuchad pues agora que contamos
El fin tan desastrado que le vino.
En esta tierra, y puerto que tratamos,
El triste Adelantado fuè mohido,
Que bien cierto està, el pobre procuraba
El bien, mas la codicia le cegaba.

Saliò à tierra del isla, deseoso
De dar remate y fin à su fatiga:
Su hado le es contrario y envidioso,
Y fortuna le fuè muy enemiga.
Por el tiempo contrario le es forzoso
Tomar aquesta tierra, y aun se obliga
A echar toda la gente un dia en tierra
Al pié de una montaña y alta sierra.

Celebraba la iglesia a questo dia
 Del Corpus, fiesta santa señalada:
 Celebróse con gozo y alegría
 La fiesta del Señor tan celebrada.
 Por esta causa al puerto se ponía
 Por nombre *Corpus Christi*, y es nombrada
 Santa Catalina: es isla sin ventura
 De tantos españoles sepultura.

De à poco se partió el Adelantado
 Con mas de ochenta hombres escogidos,
 Al puerto de Ibiacá que està poblado,
 Dejando à los demas muy desabridos.
 Consejo fué cierto este mal guiado;
 Y así los que quedaron son perdidos,
 Que ni armas, ni comida les quedaba,
 Y la fuerza ya à todos les faltaba.

Quedaron en la isla à buena cuenta
 Docientos y cincuenta, ó mas soldados,
 Casadas y doncellas hay cincuenta,
 Sujetas à miseria y tristes hados.
 En ver que Juan Ortiz de allí se ausenta,
 Algunos de temor estan turbados,
 Y su temor se dicen y publican,
 Que cruda muerte y hambre pronostican.

Quedò por capitan aquí nombrado
 Un Pablo Santiago; pues camina
 Al puerto de Ibiacà el Adelantado,
 Que es tierra muy cercana y bien vecina:
 Y así el propio dia hubo llegado,
 Sin suceder desastre ni mohina.
 Los indios salen presto à recibillos,
 Y danles de comer à dos carrillos.

En el isla no comen tan à prisa,
 Que la racion se dá por grande tasa:
 Seis onzas de harina solas guisa
 El pobre del soldado y las amasa.
 A nuestro Adelantado se le avisa
 Que la racion es corta y muy escasa:
 Mas el que està seguro en talanquera,
 Muy poco se le dà que el otro muera.

En este tiempo cinco se han huido,
Gallegos de nacion, y un castellano
De su negocio parte hubo sabido,
Segun jurò y depuso ante escribano.
Aqueste, en esta culpa convencido,
Alega su inocencia, mas en vano,
Que en una horca luego le pusieron,
Y los cinco isla adentro se metieron.

Un portugues mulato marinero,
Con otros tres grumetes y un soldado,
Huyeron por la isla; mas empero
El piloto mayor quatro ha hallado:
Entre ellos el mulato es el primero,
Que alega ser de grados ordenado.
A muerte les condenan, mas la muerte
Previénele primero por su suerte.

El soldado llegó casi ya muerto,
Y así no se le hizo de esto cargo,
Que el dia que llegó en aqueste puerto
El último remate de descargo
Le vino de su bueno ó mal concierto.
El uno de los tres se hizo à largo;
De suerte que jamas hueso ni pelo,
Se supo dél por mar ni por el suelo.

Los otros dos grumetes que quedaron,
Por ser con el mulato en la huida,
Y haber ya confesado la intentaron,
Estando ya su causa fenecida,
A muerte les condenan; y apelaron,
Llamándose menores: concedida
Les fué la apellacion, y que viviesen,
Para que mas trabajos padeciesen.

De los que una canoa habian tomado,
La cual en tierra firme fué hallada,
El uno aqueste puerto se ha tornado,
El otro va siguiendo su jornada.
Habianse dos meses sustentado
Entreambos con palmitos; la tornada
Del triste, que llegó muy flaco y malo,
Se celebra, colgándole de un palo.

¡Ay, inhumano juez, justicia dira,
 Que tal justicia quieres sin justicia
 Egecutar agora en quien suspira
 Por solo pan sin otra mas codicia!
 Si aquesto no te mueve, solo mira
 Que no ha pecado aqueste de malicia;
 Que solo por la isla ha caminado
 En busca de comida, y se ha tornado.

Mas ¡ay! que Juan Ortiz dejó un flagelo
 Cortado muy al gusto y su medida,
 Que cierto no hallará en todo el suelo
 Alguna bestia tan descomedida
 Cual esta. ¡O crudo mal, ó triste duelo,
 Tristeza, á mil tristezas sometida,
 Pues vemos que de hambre estan muriendo
 Aquellos que en la horca estan poniendo!

De los cinco soldados que huyeron,
 Por cuya causa uno fué ahorcado,
 A quien de su negocio parte dieron,
 Al cabo ya de dias se han hallado
 Los dos, y los demas dicen murieron,
 Y el uno de estos dos poco ha durado,
 Que luego se murió; mas tal venia
 Que solo figuraba anatomia.

Pues los que están acá, en crudo llanto
 Están, y tan mudados y trocados,
 Que solo con mirarlos dan espanto,
 Y están de verse tales admirados.
 A muchos el pellejo como manto
 Les cubre aquellos huesos descarnados,
 En otros agua, humor, corrupto viento,
 Entre pellejo y huesos han asiento.

Hoy mueren diez, mañana mueren veinte :
 No basta gentileza y bizarría,
 A contrastar el hado, ni el sapiente
 Al rustico ventaja le hacia.
 La gala y hermosura prestamente
 Fenece, y el aviso y cortesía,
 Que la tirana, cruel, rabiosa perra
 A barrisco lo lleva todo á tierra.

Así se van ya todos acabando,
 Que es lastima de ver ruina tamaña;
 Los galanes y damas suspirando,
 En ver la muerte andar con su guadaña,
 Los niños descaecidos sollozando,
 Tragedia representan muy estraña;
 Y las madres maldicen su ventura,
 Por verles padecer tal desventura.

No fuera muy mejor, dicen, hijitos
 Que no os hubiera yo triste parido,
 O ya que yo os parí, que de chiquitos
 El alto cielo os hubiera recibido:
 O dejaros allá dando mil gritos,
 Que yo vine à pagar mi merecido:
 Y á vosotros, mi bien, es cosa cierta,
 Que no os faltára pan de puerta en puerta.

Maldito seas honor, y honra mundana,
 Pues bastaste à sacarme de mi asiento.
 ¿No me fuera mejor pasada llana,
 Que no buscar mejora con descuento!
 Vinierame la muerte muy temprana,
 Y nunca yo me viera en tal tormento:
 Mas quiso mi desdicha conservarme,
 Para con crudo golpe lastimarme.

El triste lamentar y las endechas
 Que cada cual cantaba de su modo,
 A la falta del pan iban derechas,
 Que en tratar de comer estaba todo.
 Las carnes consumidas y deshechas,
 Los rostros de color de puro lodo,
 Perdiò el amor su fuerza aquí de hecho,
 Que cada cual miraba su provecho.

De dos quiero decir un caso extraño,
 (Qué solo el referirlo me dá pena)
 A quien el amor hizo tanto daño,
 Cuanto suele à quien prende en su cadena.
 En fama de casados habia un año
 Que estaban, y, se dice, á boca llena
 El galan su muger deja é hijuelos,
 La dama su marido en hornachuelos.

Aquestos à palmitos han salido,
 Como otros lo hacian cada dia,
 Y la montaña adentro se han metido,
 A dò la oscura noche les cogia:
 En esto à nuestro amante dolorido
 Una espantosa fiebre sucedìa,
 La dama le consuela, aunque afligida,
 Por verse en la montaña tan metida.

No quiero referir lo que trataron
 Los tristes dos amantes, y su llanto,
 Las voces y suspiros que formaron,
 Porque era necesario entero canto.
 Al fin su triste noche la pasaron,
 Envueltos en dolor y crudo planto,
 Quien duda que la dama no diría,
 ¡En mal punto topé tal compañía!

Habiendo pues ya Febo caminado
 Su curso en redondez, de la cerea,
 Mostraba el rostro rojo y colorado,
 Cubriendo la montaña de librea.
 El sin ventura amante fatigado,
 El camino buscaba, mas pelea
 En vanø; que no acierta con camino,
 Que el miedo y el temor le quita el tino

Salieron los dos juntos à la playa,
 Pensando que salieran al poblado:
 La dama sin ventura se desmaya,
 En ver como se habian alejado;
 Al galan le amonesta ella que vaya
 En busca de camino, y que hallado
 Se vuelva à aquel lugar: él ha partido,
 Mas presto el sin ventura anda perdido.

Quedó por esta causa allí la dama
 De dolor, y congoja y pena llena,
 Dó la siguiente noche tuvo cama,
 Triste, sola, llorosa en el arena.
 El pobre por el bosque grita y clama,
 Al aire publicando su gran pena;
 Que por buscar camino, senda y via
 Sin su dama se vé, y sin alegría.

A sí propio se odia y aborrece,
 Que en verse sin su luz y clara estrella,
 A la muerte de veras él se ofrece,
 Que mas quiere morir que estar sin ella.
 La noche no durmió y no amanece,
 En su busca camina por aquella,
 La dama un poco duerme, porque suele
 En ellas aflojar cuando mas duele.

Un pece de espantable compostura
 Del mar salió reptando por el suelo,
 Subióse ella huyendo en una altura
 Con gritos que ponía allá en el cielo:
 El pece la siguió, la sin ventura
 Temblando está de miedo con gran duelo;
 El pece con sus ojos la miraba,
 Y al parecer gemidos arrojaba.

Salió en esto el galan de la montaña,
 Y el pece se metió en la mar huyendo;
 Sus ojos el galan arrasa y baña,
 Con lágrimas, y á ella se viuiendo
 Le dice: si la vista no me engaña,
 Camino tengo ya, venid corriendo.
 La dama le responde: á prisa vamos
 Al pueblo, porque mas no nos perdamos.

Allegan al lugar muy destrozados,
 Hambrientos, amarillos, sin sentido:
 Mas uno de otro fueron apartados,
 Que su vivir y trato fué sabido.
 Entrambos de mí fueron castigados,
 Que por suerte el oficio me ha cabido,
 Mas que castigo haber allí podia,
 Igual á aquel que ya se padecia.

En este tiempo andaba con presteza
 Juntando Juan Ortiz mucha comida:
 El Sargento mayor vá sin pereza
 De los indios buscando la manida;

Y tanto calor pone, y tal destreza,
Que la miseria en breve fenecida,
Que el indio tiene, deja y los buhios
Barridos de alto á bajo, y muy vacios.

A cual indio le toma la hamaca,
A cual el pellejuelo que tenia,
A cual, si le replica, allí le saca
La manta con que el triste se cubria.
Al fin, en la pared no deja estaca,
Que todo cuanto halla, destruia,
Y no contento de esta tal destroza,
Enojo dá al que tiene muger moza.

El Juan Ortiz aquí se regalaba,
Y no tengais temor, pues que le duela
Saber como su gente lo pasaba.
Y aunque él de solo el indio se recela,
Alguna de su gente se alteraba;
El ardidoso Rocha, el bravo Vela,
Con otros quince mozos concertaron
Su remedio buscar, mas no acertaron.

De dó estaba el real ir pretendieron
Por tierra al Paraguay: determinado
El caso, con secreto, pues, salieron
Siguiendo su camino despoblado.
Al pié de treinta dias anduvieron,
Al cabo del cual tiempo han acordado
Volverse dó primero ya salido
Habian, por pagar su merecido.

Los nécios, pues, traian confianza,
De conseguir perdon de su delito:
En vano les saliera su esperanza,
Qué voz horrenda suena y crudo grito.
De Juan Ortiz la gente con pujanza
Les prende, y el negocio por escrito
Se pone, y á los tres luego cortaron
Las cabezas, y en alto las fijaron.

Tambien allá en la isla pretendieron
Llevar de la Almiranta unos soldados

La barca, con la cual ir se quisieron
 Al puerto San Vicente encaminados.
 En este caso, pues, entrevinieron
 Mugeres por huir los tristes hados;
 Mas no pudo quajarse este concierto,
 Que fué por las mugeres descubierto.

Huirse todos bien se lo descaban,
 Que el temor de morir les incitaba,
 Y algunos ví que allí lo procuraban,
 Aunque el posible á todos les faltaba:
 Sobre esto muchas juntas se efectuaban,
 Y á algunos el juntar vida costaba.
 Era dolor, tristezas y tormentos,
 El ver poblar las horcas de hambrientos.

Aquellos que el huirse no han certado,
 Juzgaban por no ver camino cierto;
 Y al perro que hallaban desmandado
 Mataban: y aun á penas era muerto,
 Cuando estando cocido ó mal asado,
 En el hambriento vientre era encubierto,
 Temiendo que si el dueño lo supiera,
 La presa de las manos les cogiera.

Culebras quien hallaba era dichoso,
 Y de padres y hermanos envidiado,
 Lagartijas pequeñas yo bien oso
 Decir, que las comí mal de mi grado:
 Y sé que me hallaba deseoso
 De tener abundancia, que probado
 Su sabor ricamente me sabia,
 Y mas que de cabritos parecia.

Algunos en cazar de los ratones
 Tan diestros y tan hábiles estaban,
 Que en trueco de una, ó dos, ó mas raciones,
 Un número tasado concertaban:
 Tambien habia una especie de lirones,
 Que al modo de conejos se guisaban,
 Y aunque faltaba aceite y vino añejo,
 La gran hambre prestaba salmorejo.

Los sapos ponzoñosos é hinchados,
 Con escuerzos nocivos, por muy sanas
 Comidas se juzgaban; que forzados
 Los hombres de su rabia y fuertes ganas,
 Estando los escuerzos desollados,
 Juzgaban ser en todo puras ranas:
 Y aun el sabor decian que excedia
 A las ranas en grande demasía.

La cosa á tal extremo hubo llegado,
 Que carne humana ví que se comia:
 Hambre canina fuerza allí á un soldado,
 Pensando que su hecho nadie via.
 Las tripas le sacára á un ahoreado,
 Y al medio del cocer se las comia:
 Los huesos se roian de finados,
 ¿Quién no llora estos casos desastrados?

Un mozo, que atambor fuè de la armada,
 En esta cruda, horrenda y grande ruina,
 Sabiendo se guardaba en la posada
 De Florentina y Doña Catalina,
 El resto de raciones, ya pasada
 La media noche, á priesa va y camina;
 Y entrando en la chozuela le sentian
 Las damas, y al encuentro le salian.

La una dama y otra le cogieron,
 Sin que pudiese el pobro escabullirse:
 A piedad ninguna se movieron,
 Que de ellas con verdad no há de escribirse.
 La oreja de su rostro desprendieron,
 Y al pobre sin curarle dejan irse,
 Y por mas presumir de su mal hecho,
 La oreja abscisa clavan en su techo.

La prenda de este triste ya perdida,
 Y abscisa de su rostro ha recobrado,
 Y en prenda muchas veces de comida,
 A gentes en la isla la ha empenado;
 Y apartase del pleito que pedida
 Tenia su justicia el desdichado,
 En trucco de que el reo allí le diese
 Algun maiz ó raices que comigse.

Las damas que hicieron este aleve,
 Haciendose justicia sin justicia,
 Eran de bajo ser; que bien se debe
 Aquesto presumir de su malicia.
 Ninguna de valor á tal se atreve,
 Aunque es de las mugeres sin justicia,
 Ingratitud, maldad, lágrimas, lloro,
 Mentiras, y venganzas su tesoro.

Pregunten á Aristoteles qué sentia
 De la muger? Pues dice en su escritura,
 A lágrimas, y llanto en demasía,
 Inclínada bien es de su natura,
 Envidia y querimonia la seguia,
 Flojedad, y pereza y detractura:
 Mas dice de ella un bien; que se contenta
 Con muy poco manjar y se sustenta.

Al fin, á aquestas damas el teniente
 Las prende, y les tomó sus confesiones:
 Despues todo se hizo buenamente,
 Aunque hubo de este caso informaciones:
 Al triste sin oreja mal paciente
 Le dieron por concierto diez raciones. (1)
 Decia un mentecato, que mugeres
 Podian mucho mas que los haberes.

Es tanto su poder y maña fuerte,
 Que todo el mundo tienen ya rendido,
 Procuran de tomar primera suerte
 A su gusto del bien mas conocido:
 Hambre, ni desventura, ni la muerte
 Contrastar su poder nunca han podido.
 Mirad lo que en la isla padecieron,
 Y al fin todas con vida escabulleron.

Es cierto de notar su gran ventura
 Con ser un débil ser tan imperfecto:
 Cuanto hoy tiene criado la natura,
 Las mugeres lo tienen muy sujeto.

(1) *Era una racion seis onzas de harina de trigo.*

Decid, no es de llorar tal desventura,
Que rindan las mugeres al perfecto,
Al sábio, al necio, al pobre y al que es rico,
Al Rey, y caballero y pastorcico.

Dejemoslas, pues ya que es escusado
Querer con flacas fuerzas conquistarlas,
La fuerza el homenaje ya han tomado,
Será al mundo imposible debelarlas.
Y pues en su servicio hemos cantado
Aqueste canto, yo quiero rogarlas
Para el siguiente dén favor y ayuda
A nuestra lengua tosca, torpe y muda.

CANTO DECIMO.

En este canto se cuenta como vuelto el Adelantado de Ibiaza, fué al Rio de la Plata, y de la venida del capitan Rui Diaz en su demanda.

¡O mísero contento de esta vida,
Aguado con sobrados descontentos!
Tras el deleite siempre viene asida
La pena, los disgustos y tormentos:
Que no hace en un ser jamás manida
Fortuna, sin tener mil mudamientos.
Mas qué digo fortuna, la miseria
Del hombre está sujeta á tal laceria.

En tanto que uno es hombre, está obligado
A dos mil infortunios y flaquezas,
Qué del primero padre se ha heredado
Dolor, pena, congojas y tristezas;
Que todas son reliquias del pecado,
Con otros mil defectos y vilezas,
Que juntos en Adam los recibimos,
Cuando por el pecado en él morimos.

En el Ibiaza, pues, se ha recogido,
Como digimos, maiz y frijoles,
Y habiendo los huidos convencido,
Apresta Juan Ortiz sus españoles
Para salir de allí; y no ha partido,
Cuando un gran temporal vereis, y dióles
En medio una laguna que pasaban,
A donde seis soldados se ahogaban.

Embárcanse en canoas los soldados,
Y al tiempo del pasar andaba brava
La mar, que allí desagua dó los hados,
Y el crudo vendabal que reoplaba,

Se juntan, y al pasar son anegados
 Delante Juan Ortiz, que los miraba,
 Seis hombres; y mas que estos, se ahogáran,
 Si los indios socorro no prestáran.

Pasada la laguna, se metieron
 Los soldados, y gente que venia,
 Por la montaña adentro, y padecieron
 Trabajo caminando en demasia.
 Al fin al puerto, pues, todos vinieron,
 Pasado en caminar el cuarto dia:
 Juan Ortiz por la mar viene, y navega
 Dos dias, y tambien al puerto allega.

Llegado, con placer es recibido,
 Y luego determina de partirse;
 Y á aquellos que digimos, pretendido
 Habian en la barca escabullirse,
 En mas grave prision los ha metido:
 Porque jamas intenten de huirse.
 Con un Sotomayor fenece presto,
 Dejándole en un palo y horca puesto.

Al tiempo que el verdugo ya queria
 Quitarle la escalera, así hablaba:
 “Oid un poco ahora: yo solia
 Una oracion rezar, y acostumbraba
 A questo mucho tiempo cada dia,
 Y hoy, por mi desdicha, la olvidaba:
 Dejámela decir:”—mas no ha acabado,
 Cuando el sayon la escala le ha quitado.

El armada salió de aqueste puerto,
 En demanda del Rio de la Plata:
 Ningun piloto lleva que esté cierto
 A donde seguirá; mas ya desata
 A los vientos Eolo, y bien abierto
 Habiendo sus cavernas, disparata
 Con ellos por el aire de tal modo,
 Que parece acabarlo quiere todo.

La mar sube por cima las estrellas;
 Los cielos hácia abajo se bajaban;

Las olas parecia que centellas
 Por cima de las aguas arrojaban.
 Lloraban las mugeres y doncellas;
 Los hombres grande grita levantaban;
 De sola contricion ya se procura,
 Que al mar tienen por cierta sepultura.

Anduvo algunos dias el Armada
 Fortuna acá y allá yendo y viniendo;
 Despues, la mar estando sosegada,
 Navega, en breve tiempo descubriendo
 La tierra tan de todos deseada.
 Y sin saber dó estan, yendo diciendo,
 ¿Qué tierra puede ser la que se via?
 Paró el Armada allí, que anocheçia.

Al tiempo, pues, que Febo matizando
 Venia de colores la mañana,
 Entraron por el rio, costeano
 La banda del Brasil que es mas cercana.
 La via á San Gabriel enderezando,
 Llevando de llegar crecida gana,
 A cabo de tres dias, medio á tiento,
 Tomó puerto el Armada con contento.

Surgiendo en San Gabriel, que así se llama
 El puerto á donde surge aquesta Armada,
 Los indios acudieron á la fama.
 Mas ¡Ay dolor! la noche ya cerrada,
 El viento sur sacude, y hiere y brama,
 Y tanto se embravece, que en nonada
 La Capitana corta árbol y antena,
 Y el Almiranta asienta en el arena.

Al dia de contento y alegria
 El triste corresponde y es vecino;
 La gente sin ventura, pues tenia
 Contento, mas tristeza sobrevino.
 Dolor, angustia, aprieto yagonia,
 Aguas y huracan, mar, torbellino,
 Las naves traen en torno condenadas,
 Al fondo y en la costa desrumbadas.

Pilotos y maestros, marineros,
 Grumetes, pages, frailes y soldados,

Mugeres y muchachos, pasajeros,
 Andaban dando voces muy turbados.
 Los gritos y alaridos mensajeros
 Allí son de una nave á otra enviados,
 Y cada cual socorro demandaba,
 Que igual era el dolor que se pasaba.

Librónos nuestro Dios de aquel tormento,
 De aquel trance y dolor tan doloroso,
 Desistiendo el feroz y crudo viento,
 Y viniendo bonanza con reposo.
 Mas ¡Ay! que en acordarme del tal cuento,
 Temblando estoy, confuso y temeroso:
 Que tales cosas ví, que parecia
 Que el juicio final llegado habia.

¿Quien duda que el demonio no procure
 Impedir cuanto puede á los cristianos
 A que la Fé no crezca, porque dure
 El reino que él obtiene en los paganos?
 ¿Pues no está claro ya, sin que se jure,
 Cuan estendida está entre los indianos,
 Y con cuanto fervor se han bautizado,
 Y sus malditos ritos renunciado?

Pues esta causa tengo yo por clara,
 Por donde Satanás tanto procura,
 Con su mala intencion inicuá avara,
 Que nuestra Armada nunca esté segura.
 Que en su tanto le quita el cetro y vara,
 Y viendo su reinado poco dura,
 Movido de rencor y crudo duelo,
 Con las ondas del mar enturbia el cielo.

¡Gran Dios, Señor inmenso y soberano,
 Que permitís azote, como vemos,
 Aqueste Satanás con cruda mano!
 El secreto tan alto no entendemos;
 Sabemos pero bien, que nos es sano
 El mal que muchas veces padecemos,
 Que son por los pecados cometidos,
 Los males muchas veces infligidos.

El freno, que le pone Dios eterno,
 Le hace estar á raya; que si fuera

En manos del demonio, en el infierno
 Al humano linaje ya tuviera.
 Es tan malo de aqueste su gobierno,
 Que en sus penas á todos ver quisiera,
 Con saber que de aquesto la ganancia
 Que le viene, es tormento en abundancia.

Y así dice San Pedro, que rodea,
 Buscando á quien tragar muy presuroso,
 El adversario diablo, y que pelea
 Contra el linage humano riguroso:
 Incita, mueve al hombre y le grangea
 Con sus mañas y artes, (que es mañoso)
 Y cuando mas no puede con sus tretas,
 Contentase en hacerle mil burléatas.

¿Qué diremos de aquel gran marinero
 Carreño, que en tres dias vino á España
 De las Indias, trayendo mal tempero,
 Huracanes, tormenta muy estraña?
 Ni gente de la mar, ni pasagero
 En pié estaba, y andaba gran compañía
 De diablos, que las velas marinaban
 Y la nave con fuerza se llevaban.

Larga escota, el piloto les decia,
 Y cavan el trinquete y la mesana;
 Y si les dice, *aiza*, con porfia
 Amainan los traidores con gran gana.
 Y viendo que al contrario se hacia,
 Al contrario mandó: y así fué sana
 Su nave por los diablos marinada:
 ¡Y quien duda que fué de Dios guardada!

Mil cuentos semejantes yo pudiera
 Decir aquí, mas solo por aviso
 A todos doy por cosa verdadera,
 Que si quieren gozar del Paraíso,
 No traten con Satán. Uno dijera,
Descálzame aquí, diablo: de improviso
 Un diablo de la bota le tiraba,
 Y la pierna á las vueltas le arrancaba.

Al Armada volviendo:—habia quedado
 La Capitana en seco, y sin antena,

Sin árbol, que ya dije fué cortado
 Un día de bonanza con mar llena:
 Por el consejo, y orden y mandado
 De Juan Ortiz, zaborda en el arena;
 Y así, quedando hecha fortaleza,
 La gente sale á tierra sin pereza,

El Almiranta en floto estuvo días,
 Mas torna á dar en seco, y desrumbada
 Ha sido, entrándole agua por mil vías:
 Procúrase que luego sea varada,
 Sus fuerzas conociendo ya ser frias,
 La gente fuera apenas de ella echada,
 Cuando yendo la mar y agua menguando,
 La nave cae, el un lado recostando.

Estando Capitana y Almiranta
 Entrambas al traves, sale la gente
 A tierra, dó se aloja alegre y planta
 Haciendo sus chozuelas prestamente.
 El Zapicano ejército se espanta,
 De ver tantos cristianos de presente,
 Y acuden con gran copia de venados,
 Avestruccs y sábalos, dorados.

La gente que aquí habita en esta parte
 Charruahas se dicen, de gran brio,
 A quien ha repartido el fiero Marte
 Su fuerza, su valor y poderio.
 Lleva entre esta gente el estandarte,
 Delante del Cacique, que es su tío,
 Abayubá, mancebo muy lozano,
 Y el Cacique se nombra Zapicano.

Es gente muy crecida y animosa,
 Empero sin labranza y sementera:
 En guerras y batallas, belicosa,
 Osada y atrevida en gran manera.
 En siéndoles la parte ya enfadosa
 Dó viven, la desechan, que de estera
 La casa solamente es fabricada,
 Y así presto dó quieren es mudada.

Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan
 Corriendo por los campos los venados;

Tras fuertes avestruces se abalanzan,
 Hasta dellos se ver apoderados;
 Con unas bolas que usan, los alcanzan,
 Si vén que están á lejos apartados;
 Y tienen en la mano tal destreza,
 Que aciertan con la bola en la cabeza.

A cien pasos (que es cosa monstruosa)
 Apunta el Charruaha á donde quiere,
 Y no yerra ni un punto aquella cosa
 Que tira; que dó apunta allí la hiere.
 Entre ellos aquel es de fama honrosa,
 A cuyas manos gente mucha muere,
 Y tantas, cuantos mata, cuchilladas
 En su cuerpo se deja señaladas.

Mas no por eso deja de quitarle
 Al cuerpo del que mata algun despojo:
 No solo se contenta con llevarle
 Las armas ó vestidos á que echa el ojo,
 Que el pellejo acostumbra desollarle
 Del rostro: ¡Qué maldito y crudo antojo!
 Que en muestra de que sale con victoria
 La piel lleva, y la guarda por memoria.

Otra costumbre tienen aun mas mala
 Aquestos Charruahaes, que en muriendo
 Algun pariente, hacen luego cala
 En sí propios, su carne dividiendo;
 Que de manos y pies se corta y tala
 El número de dedos, que perdiendo
 De propincuos parientes vá en su vida,
 El Charruaha por órden y medida.

Paréceme que ya me he detenido
 Con esta gente tanto, que olvidado
 Dirán que tengo al campo, que tendido
 Pintè en el arenal desabrigado.
 Con su memoria estoy tan afligido,
 Que temo de me ver en tal estado:
 Espérenme á otro canto de amargura,
 Y ayuden á llorar tal desventura.

Agora á Melgarejo con su gente
 Volvamos: como supo que pasado

Habia Juan Ortiz, muy prestamente
 La vuelta el Argentino se ha tornado:
 El caso se le cuenta en San Vicente
 Por los que del patax han arribado,
 Con él vienen algunos de su hecho,
 Pretendiendo sacar algun provecho.

Saliendo, pues, en nuestro seguimiento,
 La isla dó estuvimos han tomado,
 En los sepulcros vieron el descuento,
 De la terrible ruina y triste hado:
 La horca dió tambien su documento,
 Y muestra de temor y mal sobrado:
 Con todo al Ibiaza pasan derechos,
 A donde son de todo satisfechos.

Mas quiero yo contar aquí primero
 De monos una cosa muy galana,
 Que cierto me contó este caballero,
 Diciendo: que él lo vido una mañana,
 Estando en esta isla muy entero
 Su juicio, y razon muy libre y sana:
 De monos vió juntarse gran canalla,
 Y él púsose á escondidas á miralla.

Un mono grande, viejo como alano,
 Estaba á la cuadrilla predicando:
 Heria y apuntaba con la mano,
 Mudando el tono á veces, y gritando:
 El auditorio estaba por el llano,
 Atento á maravilla y escuchando,
 Y él subido en un alto y seco tronco,
 De dar gritos y voces está ronco.

A su lado en el tronco dos estaban,
 A la banda siniestra y la derecha:
 Aquestos la saliva le quitaban,
 Que gritando el monazo vierte y echa.
 Concluso su sermon, todos gritaban,
 Y la cuadrilla y junta ya deshecha,
 Aprieta cada cual dando mil gritos,
 Y despacio vá el mono y pagecitos.

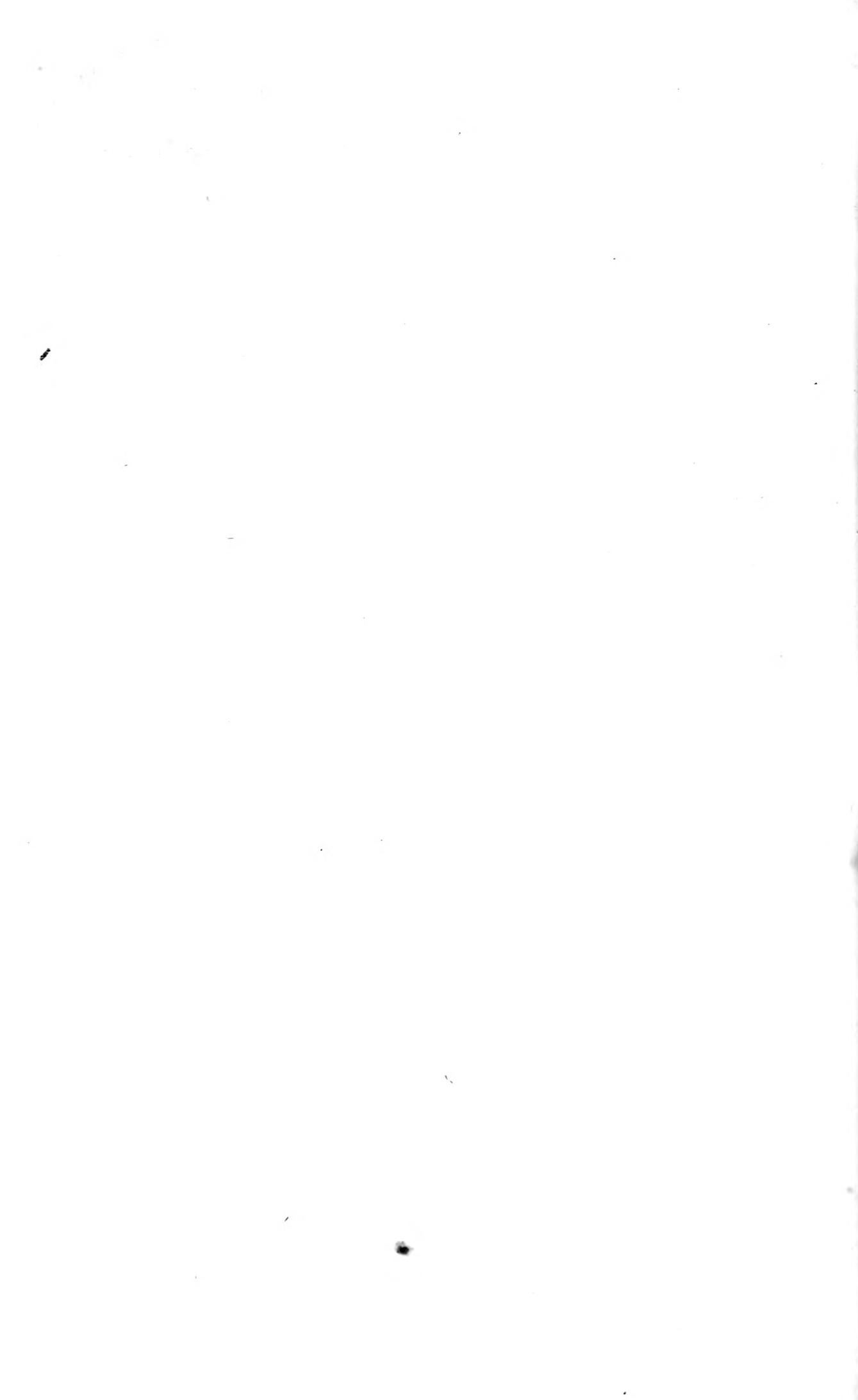
Rui Diaz muy confuso contemplaba
 El bruto razonar de aquel monazo,

Y como el arcabuz presto llevaba,
Tirando le matò de un pelotazo.
Los dos monillos pages que llevaba,
Oyendo aquel terrible arcabuzazo,
Aprietan por el monte, dando gritos,
Mas en breve acudieron infinitos.

Fué tanta multitud la que venia
De monos á la muerte de aquel viejo,
Que la tierra dò estaba se cubria,
Y huye de temor el Melgarejo.
Un Indio del Brasil que allí venia,
Con sobrado dolor y sobrecejo,
Le dice, y embebido en cruda saña:
“¿Porqué has muerto al Señor de la montaña?”

Entre los indios era conocido
Aquel monazo viejo, y respetado,
Y por señor y rey era tenido
De aquel áspero monte, y despoblado.
Rui Diaz de esta isla fué partido,
El rumbo al Argentino enderezado,
La costa y tierra firme van bojando,
Y con los Guaranies rescatando.

En tanto que camina lo que queda
Al rio de la Plata, quiero agora
Volver á mi real. ¡Quiera Dios pueda
Segun el corazon lo siente y llora!
Quien quisiere saber cual dió á la rueda
Su vuelta la fortuna burladora,
Comienze con *requiescant* en la gloria
El infelice canto de esta história.



CANTO UNDECIMO.

Estando en tierra firme poblada la gente, son muertos y cautivos de indios cien hombres. Retrúense los que quedan à la isla de San Gabriel, donde mueren muchos de hambre.

Al enhornar, decimos, que se entuertan
Los panes; y así vemos que parece,
Que cuando en el principio no conciertan
Las cosas con prudencia, que acontece,
Que al fin de todo punto descnciertan;
Y el caso mal guiado en mal fenece:
Lo cual se muestra claro en este canto,
Que bien podría mejor llamarle llanto.

Estaba, como dije, rancheada
La gente sin ventura en aquel llano,
De paja cada cual hecha morada.
La inexorable Parca, con tirano,
Desapiadado curso desfrenada,
Con las tijeras crudas en su mano,
Comienza de cortar las tristes vidas,
Que estaban á la vista mas floridas.

Dijimos, que el Cacique de esta gente,
Llamada Charruaha, es Zapicano,
Y que tiene un sobrino muy valiente,
Abayubá, mancebo muy galano,
De gran disposicion y diligente,
Discreto al parecer y muy lozano;
Valor en su persona bien mostraba,
Por donde Zapican mucho le amaba.

Al real en mal puato fue traído
Por ciertos capitanes, y llegado
El Juan Ortiz le prende, que ha sabido
Que entre los indios era respetado.

En su busca veinte indios han venido;
 Un Guaraní, que entre ellos se ha criado,
 Y de lengua servia, ha sido preso,
 Y oíd de estas prisiones el suceso.

El un preso del otro no sabia,
 Que así se diera la órden y la traza:
 Mas presto Zapican triste venia,
 Que miedo, ni temor no le embaraza.
 El preso à Juan Ortiz pide, y envia
 A su gente que traiga mucha caza,
 Y èl queda con el preso; y mas valiera,
 Que vivo del real jamas saliera.

Consulta Juan Ortiz como le pide
 El Cacique al sobrino: aconsejaba
 Vergara no se dè, y aun que lo impide
 Por causas muy urgentes que mostraba.
 Por sola voluntad suya se mide
 El Juan Ortiz, que á pocos escuchaba;
 Una canoa pide á Zapicano
 Le traiga por rescate y un cristiano.

Habia à un marinero maltratado,
 Por donde entre los indios se ha huido:
 Aquel y la canoa presto ha dado
 En truèco de Abayuba su querido:
 La caza que los indios han sacado,
 Por precios y rescates la han vendido;
 El tio y el sobrino van ufanos,
 Jurando de vengarse por sus manos.

Los nuestros, por la falta de comida,
 A yerbas como suelen vån un dia:
 Los indios al encuentro de corrida
 Les salen, y mataron à porfia
 Cuarenta, y el que escapa con la vida,
 Es porque al enemigo se rendia.
 A pura pata dos se escabulleron,
 Y el caso de esta forma refirieron.

Así como llegaron, los paganos
 En dos alas en torno se pusieron,

Desmayaron de miedo los cristianos,
Cuando en medio los indios los cogieron.
Con los indios vinieron á las manos,
Que de los arcabuces no pudieron
Aprovechase, cosa que la mecha
Y pòlvora que llevan, no aprovecha.

La pòlvora mojada, los cañones
Tenia Juan Ortiz enmohecidos:
Vencido de sus vanas pretensiones,
No tiene los soldados guarnecidos;
Las armas les quitò, y en ocasiones
Las vuelve, que no son favorecidos
Con ellas, que no son ya de provecho,
Que el mohoy el orin las ha deshecho.

La mas gente que á yerbas ha salido,
Sin armas, y sin fuerzas y sin brio,
Con solos los costales han partido,
Los mas casi desnudos y con frio.
Pues llega el Abayuba encrudecido,
A su lado con él viene su tio,
Y entrambos tal estrago van haciendo,
Que las yerbas del campo van tiñendo.

La grita y alarido levantaban,
Diciendo el capitan echa prisiones:
Los nuestros defenderse procuraban,
Los indios vuelan mas que unos halcones;
Y á cuantos con las bolas alcanzaban,
No basta á defenderles morriones.
Al fin muertos y presos todos fueron,
Sino fueron los dos que se huyeron.

Venidos al real estos huidos,
Despacha Juan Ortiz á priesa gentes:
Con Pablo Santiago son partidos
Diez ó doce soldados diligentes.
Aquestos en un cerro estan subidos
A vista del real, á dó valientes
Y astutos en la guerra, y muy cursados,
Estan con el temor acobardados.

El Sargento Mayor Martin Pinedo,
 Con cincuenta soldados ha partido,
 El Pablo Santiago estaba quedado
 Con sus doce, y los mas que han acudido.
 El Sargento Mayor no tiene miedo,
 Segun dice, à Roldan que haya venido.
 Con su gente camina; y llegado
 Dó estaba Santiago, así le ha hablado.

“Conviene que marchémos todos luego,
 Ninguno de seguirme tenga escusa.”
 El Pablo Santiago como fuego
 Camina, mas de à poco lo rehusa,
 Diciendo: “alto hagamos aquí ruego.”
 Pinedo de cobarde allí le acusa:
 Con estos pareceres discordados,
 Bastò para que fuesen desolados.

El Sargento Mayor dice “marchemos:”
 El otro del peligro se temiendo,
 “Hagamos alto, dice, pues que vemos
 Que indios se vienen descubriendo.”
 El sargento replica “caminemos,
 Que el indio viene á priesa acometiendo:”
 “Volvamos las espaldas:” “Santiago,
 No es tiempo ya: haced como yo hago.”

Embraza su rodela, y con la espada
 Resiste á los cristianos que querian
 Volver atras: mas viendo que de nada
 Les sirve, y que los indios le herian,
 Coñ solos cinco ò seis de camarada
 Espera; que los otros, que huyan
 Tras el sargento, iban tan lijeros,
 Cual suelen ir tras uno mil carneros.

El zapicano ejército venia
 Con trompas y bocinas resonando;
 Al sol la polvareda obscurecia,
 La tierra del tropel está temblando:
 De sangre el suelo todo se cubria,
 Y el zapicano ejército gritando,
 Cantaba la victoria lastimosa
 Contra la gente triste y dolorosa.

Los enemigos, viendo el campo roto,
 Siguiéron la victoria tan gozosos,
 Cual suele el cazador ir por el coto,
 Matando los conejos temerosos.
 Cual indio espada, alfange lleva boto
 De herir y matar, cual los mohosos
 Cañones de arcabuz lleva bañados
 De sangre con los sesos misturados.

Cual toma el alabarda muy lucida,
 Y comienza á jugar con ambas manos,
 Quitando al que la tiene allí la vida,
 Despues á los demas pobres cristianos.
 El Sargento Mayor yá de corrida,
 Echando la rodela por los llanos,
 Caytua le siguiò, indio de brio,
 Y alcánzale á matar dentro del rio.

El viejo Zapican con grande maña
 El escuadron y gente bien regia,
 Abayuba el sobrino con gran saña
 En seguimiento va del que huya.
 Su grande lijereza es tan estraña,
 Que nadie por los pies le escabullía,
 Cheliplo y Melihon, que son hermanos,
 Pretenden hoy dar fin de los cristianos.

A Taboba le cabe aquella parte,
 A dò està con los cinco Santiago:
 Aqueste es en la guerra un fiero Marte,
 Y así hizo este dia crudo estrago.
 A Carrillo por medio el cuerpo parte,
 Un brazo derrocó á Pedro Gago:
 Buenrostro el Cordoves, y un Arellano,
 Fenecen à los pies de este pagano.

El Capitan y el otro compañero
 Habian grande rato peleado,
 Y el Taboba, muy crudo carnicero,
 Estaba muy sangriento y muy llagado.
 Y así vino à su lado muy ligero,
 Y en esto ha disparado un mal soldado,
 Y al Capitan la espada atravesaba.
 Aunque su muerte presto èl esperaba.

El Capitan cayò muerto en la tierra,
Benito, segun dicen, lo matára:
Movióle à lo matar la pasion perra
Que con el capitan este tomára.
Jurado lo tenia, que en la guerra
Se habia de vengar, que le injuriara:
Y así le diò el castigo de este hecho,
Metiéndole una flecha por el pecho.

Aquí Domingo Larez, valeroso
En sangre, y en valor y valentia,
Anduvo con esfuerzo y animoso,
Reprimiendo del indio la osadía:
Y viendole ya andar tan orgulloso,
Los indios acudieron à porfia,
Y á puja, à cual mas puede, le hirieron,
Y quebrándole un brazo, le prendieron.

Cansados los contrarios de la guerra,
O por mejor decir, de la matanza,
Y viendo que la noche ya se cierra,
No curan de llegar á nuestra estanza.
Del fuerte se les tira, mas dió en tierra
Un tiro culebrina, que no alcanza.
Por eso, y por la noche à los cristianos
Dejaron de seguir los Zapicanos.

El despojo que llevan son espadas,
Alfanges, alabardas, morriones,
Rodelas, sálmatinas muy doradas,
Sombrosos, capas, sayos y jubones.
Las cajas de arcabuces, ya quebradas,
Llevaban solamente los cañones:
Con que, dando la vuelta, ván matando
Aquellos que hallaban boqueando.

Y al que hallan en piè ya levantado
Del sueño de la muerte que ha dormido,
Del peligro librarse confiado,
Por ver como ya ha vuelto en su sentido,
En un punto le tienen amarrado,
Quitándole primero su vestido.
Con armas y cautivos ván triunfando,
Y la gente en el fuerte lamentando.

Cual dice: ¡O desventura, ó caso extraño,
 O mísero suceso de esta armada!
 Cual dice: “no viniera tanto daño,
 Si fuera aquesta cosa bien pensada:”
 Cual dice, que la causa de este engaño
 Procede de la hambre acobardada:
 Cual dice, que la suerte de esta vida
 Está á aquestas caidas sometida.

Pues, quien perdió el amigo y el hermano
 Levanta hasta el cielo los gemidos,
 Y dice con dolor! “¡Pueblo cristiano
 En manos de los lobos desambridos!
 Volved con piedad, Señor, la mano,
 Doléos de los tristes afligidos,
 Doléos de los niños inocentes
 Que gritan, con sus ojos hechos fuentes.

Doléos de las tristes afligidas
 Que quedan sin abrigo y compañía;
 Tambien de las doncellas doloridas
 Que pierden á sus padres y alegría:
 De las madres, Señor, enternecidas,
 Que pierden à quien sombra les hacia,
 De todos os doled, Dios poderoso,
 Y socorred al pueblo doloroso.

Mas quiero las dejar, que bien les queda
 Para poder llorar el tiempo largo,
 Mas no al que salir del fuerte veda,
 Que aquesto tomó entonces á su cargo.
 Y quiera Dios consuelo tomar pueda,
 (Que tiene el corazon triste y amargo)
 El buen Capitan Pueyo, que al hermano
 Tendido vido muerto en aquel llano.

Aqueste Capitan, aunque miraba
 De lejos al hermano que vé muerto,
 Al fuerte á grande priesa procuraba
 Que todos se recojan, que es lo cierto.
 El Juan Ortiz à priesa caminaba
 A donde están los indios sin concierto,
 Y sí el desventurado allá llegàra,
 El resto del Armada se acabàra.

Pues ido el enemigo ya, y venida
 La triste de la noche temerosa,
 La miserable hacienda ya metida
 En el fuerte con priesa presurosa;
 Nuestra gente sin fuerzas y rendida
 A la tirana muerte dolorosa,
 Por la frigida arena està tendida,
 Y de puro desmayo, amortecida.

El Juan Ortiz su ropa con presteza
 Embarca aquella noche; que temia
 No diese Zapican con ligereza
 Sobre el fuerte y real antes del dia:
 Y no tardó que vino sin pereza
 Al punto que el aurora descubria;
 Y piedras à menudo al fuerte tira,
 Mas en tocando al arma se retira.

Pues viendo como al fuerte hubo venido
 El enemigo à ver lo que pasaba,
 En la Capitana todos se han metido,
 Que cerca de la tierra en seco estaba.
 Allí con gran dolor se ha recogido
 El resto sin ventura que quedaba.
 La noche tristemente se ha pasado,
 Y el último remate se ha esperado.

Cuando el Sol aun apenas descubria,
 Un indio por la playa caminando
 Bajaba, y el semblante que traia
 Parece de español: de cuando en cuando
 Paraba; con la priesa que traia
 A dâ estamos se viene ya acercando:
 De su traje y manera bien parece
 Que alguna cosa nueva nos ofrece.

Llegando donde estaba el despoblado,
 Sin tener à las chozas advertencia,
 Contra el navio el paso enderezado,
 Desde la playa hizo reverencia:
 Con un sombrero señas ha formado,
 Con gran placer y grande continencia.
 Saliendo pues por él, viene contento,
 Y dice de su caso el fundamento.

Yamandú, dice el perro que se llama,
 Que arriba ya tratamos su manera,
 Y que Juan de Garay le quiere y ama,
 Por donde le encargó aquesta ligera.
 Que de nuestra venida tiene fama,
 Y que con la respuesta allá le espera,
 Para venir con balsas y comida,
 Sabiendo que el armada ya es venida.

Por señal el vestido representa
 Un sayo de algodón con un sombrero,
 Y à muchos Españoles nombra y menta,
 Por dó su embuste pinta verdadero.
 Aquel que se vé puesto en una afrenta,
 Bien vemos que se crèe muy de ligero:
 Con la primera nueva que ha venido
 El ánimo dudoso es compelido.

Con este Yamandù se escribe luego,
 Y à Garay Juan Ortiz dà cuenta larga
 De la pérdida grande, y sin sosiego
 En que la gente queda, y cuan amarga:
 Y que venga volando como fuego
 Le manda, y de comida traiga carga.
 Mas Yamandú malvado no saliera
 Cuando Zapican viene à la ribera.

Sus indios piedras tiran, aun allegan
 Con ellas à la nave, dò temblando
 La gente està. En la pólvora no pegan
 Las mechas, aunque estan mas refregando.
 Los indios por las yerbas se refriegan,
 Motin, perнета hacen muy gritando;
 Al fin dejan el campo ya venida
 La noche horrible, triste, obscurecida.

Apenas amanecé, cuando viene
 Un indio de endiablada catadura,
 Y muy poco en la playa se detiene.
 Hasta que el agua llega à su cintura
 De allí dice, que gana grande tiene
 De probar en el campo su ventura,
 Que salga aquel cristiano del navio,
 Que quisiere aceptar el desafio.

“De parte de la Luna á quien adoro,
 Está diciendo el indio, yo prometo
 Guardar la fé que diere; que el tesoro
 Que estimare mayor de aqueste rieto,
 Serà que en estas tierras donde moro
 De Zapican un indio su subieto,
 Sin otra ayuda alguna en este llano,
 Se atreva á combatir con un cristiano.”

Estando aqueste indio razonando
 Con superbas palabras y blasones,
 En breve de mi lado retumbando,
 Un tiro le ha acertado sus razones:
 De entre las yerbas salen bojeando
 Del indio Zapican dos escuadrones,
 Que estaban à la mira en emboscada.
 Por dar fin y remate del Armada.

Comienzan á hacer gran alboroto,
 En luengo de la playa ya corriendo,
 Ya al fuerte, que tenia todo roto,
 Las paredes y chozas abatiendo:
 Y viendo à los cristianos como en coto
 Estan, aunque gran pena padeciendo,
 Y no pueden hacerles mal alguno,
 Comienzan á acogerse de consuno.

Con todo aquesto viene cada dia
 A vista el enemigo Zapicano,
 Por ver en el estado que estaria
 El encogido ejército cristiano.
 En tanto Juan Ortiz á tierra envía,
 Por una media barca que en el llano
 Estaba, con la cual presto es mudada
 Al isla San Gabriel la triste Armada.

Despues que aquesta isla se tomaba,
 Un dia noticia cierta se ha tenido,
 Que Zapican su ejército mudaba
 Al Uruguay, que es rio muy crecido.
 Al tiempo que el cristiano reposaba
 Con su gente y canoas ha subido;
 De aquesto dan noticia los cristianos,
 Que se escapan huyendo de sus manos.

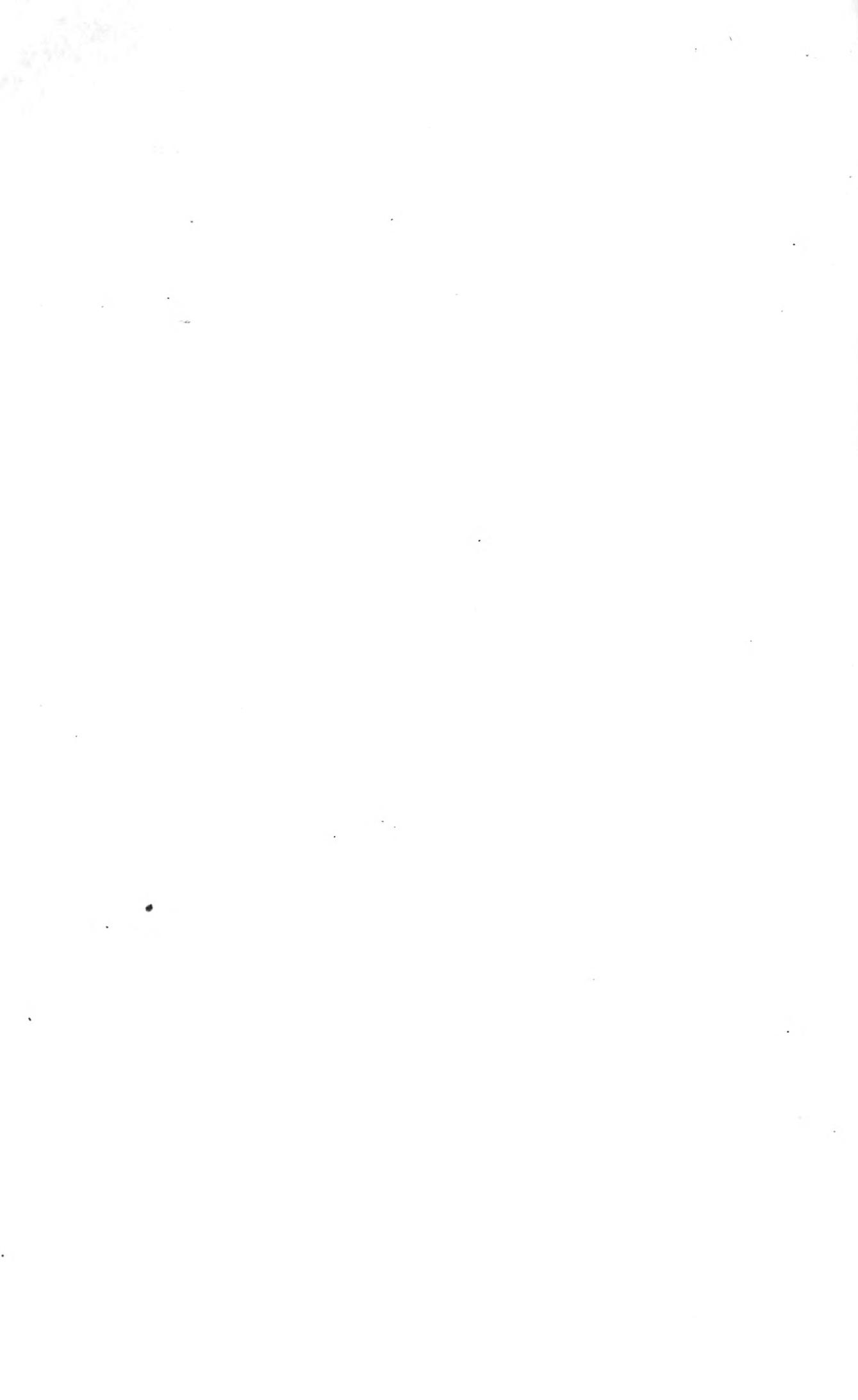
Vinieron seis soldados fugitivos,
Y no pudieron mas, porque los atan
De noche, y dicen quedan treinta vivos,
Que despues que una vez prenden, no matan.
Con ellos no se muestran muy esquivos,
Y si les sirven bien, no los maltratan;
Pero si sirven mal, à rempujones
Les fuerzan á que salgan de harones.

Aunque esto se le puso por delante
A Alonso Ontiveros, no aprovecha
A que deje de obrar cosa que espante,
Pues no puede tenerse por bien hecha.
Aqueste en el hablar era elegante,
Mas no lo fué en hacer esta deshecha,
Pues bien claro descubre en el remate
El ser cualquiera cosa y su quilate.

Estaba en un navio aprisionado,
Que en parte del delito se hallàra
Por dó Sotomayor fuera ahorcado,
Cuando huirse con él se concertàra.
Habiánle los grillos ya quitado,
Y creese tambien que se libràra:
Mas él al enemigo va huyendo
Por mas seguro medio le escojendo.

Del Zapicano fué bien recibido,
Y luego se mudó el nombre cristiano;
De las costumbres de indio se ha vestido,
Usando de los ritos de pagano.
En confusion aqueste me ha metido,
Que por amigo túvole y hermano;
Huyendo de la muerte ha apostado,
Despues se arepintiò de su pecado.

No quiero mas decir que estoy cansado,
Y temo de cansar à quien me oyere,
Mayormente que el canto desastrado
Ha sido, y de llorar: mas quien quisiere
Saber de Juan Ortiz Adelantado
Su suerte; si leerla le plugiere,
Espéreme à otro canto, que ya siento,
Que da Rodrigo Diaz vela al viento.



CANTO DUODECIMO.

Viene Rui Diaz Melgarejo; mūdase el Armada à la isla de Martin Garcia; baja Garay con socorro; sucede la muerte de los dos firmes umantes Yanduballo y Liropeyu.

Fortuna, por hablar de esta manera,
O hado, bien tomándolo sin dolo,
Favorece à Rodrigo, porque espera
La sin ventura gente en ese solo.
Ayudale con pròspera carrera,
Y con tus largos vientos, gran Eolo,
Que el zaratino ejército penando
Está, y à Dios suspiros enviando.

Y tù sosiega al mar, viejo Neptuno,
Y haz que su carrera llana sea,
Que toda aquesta Armada de consuno
A brazos con la muerte ya pelea:
Y dudo ya que escape ni solo uno,
De hambre no se halla ya quien vea.
Remèdielo, pues, Dios, que él solo puede,
Y aquel à quien él solo lo concede.

El capitan Rui Diaz aprestado,
Salió de San Vicente y tomò puerto
En Yumirí, que habemos ya tratado,
Dò vido del Armada el desconcierto.
Al Rio de la Plata enderezado,
El rumbo lleva à prisa, que està cierto,
Que Juan Ortiz padece; con su gente
Allega, pues, un dia prestamente.

El triste lamentar que allí hicieron,
Dés que en tanta miseria nos hallaron,
Aquel dolor y pena que sintieron,
Las làgrimas que todos derramaron,
No quiero referir: mas que vinieron
A tiempo que á llorar nos ayudaron;
Tambien con sus regalos ayudaban
A muchos, que la vida ya dejaban.

Con su venida todos resucitan,
 Que viendo la miseria tan crecida,
 A dar de lo que tienen bien se incitan,
 Por volver de la muerte à alguno à vida:
 Con esto ya las fuerzas se habilitan
 De aquellos que la muerte de vencida
 Llevaba, y si Rodrigo no viniera,
 Sin duda todo el resto pereciera.

Del isla San Gabriel sale el Armada,
 Con nuestro buen Rodrigo en la demanda,
 De la Martin García, así nombrada,
 Que està por cima de esta y à su banda.
 En breve y poco espacio fué tomada,
 A dó el Adelantado luego manda
 Salir à tierra à todos, porque quiere
 Poblar en esta isla si pudiere.

El capitan Rui Diaz Melgarejo,
 Porque de la rabiosa se recela,
 A nuestro Adelantado por consejo
 Que le despache dá en la caravela.
 Con ella, y con un mal bergantinejo,
 Se hace el buen Rui Diaz à la vela,
 Al preso Abarorì lleva consigo,
 Que promete guiarle como amigo.

A mi me cupo en suerte esta jornada,
 Que de saber y ver muy deseoso,
 Jamas dejé de entrar cualquiera entrada,
 Aunque fuese el peligro temeroso.
 En una isla muy fértil y poblada
 Abarorì nos mete muy gozoso:
 Entramos por un brazo, no calando
 Les remos, que las yerbas van tocando.

Salieron à nosotros embijados
 Catorce ó quince indios diligentes,
 Con arcos y con flechas denodados,
 Mostrándose gallardos y valientes.
 Por tierra entre las yerbas emboscados,
 Pintados de colores diferentes,
 Andaban levantado voceria,
 Cubiertos de muy rica plumeria.

Por este brazo estrecho, y chico rio
 Llegamos con favor de la marea
 A la primera casa, y al buhio,
 Que es dicho Tabobá, de paja y nea.
 Los indios luego salen con gran brio,
 Con arcos y con flechas de pelea,
 Y viendo los rescates acudieron,
 Y mucho bastimento nos vendieron.

De à poco dicen, vamos adelante,
 Que todo lo de aquí ya está gastado.
 Diciendo aquesto muestran tal semblante,
 Que encubren lo que tienen ordenado.
 Estaba el enemigo tan pujante,
 Que dudo del cristiano acobardado,
 Por su fuerza tener tan consumida,
 Que pueda escabullir libre con vida.

En esto de la casa hubo salido
 Desnudo macilento por el llano,
 Un mozo del Armada conocido,
 Que Vargas se llamaba, trugillano.
 Salió à la baraunda y al ruido;
 Trajeronle al navío por la mano,
 A dó le confesè, y en aquel dia
 Entrò al universal camino y via:

Cristoval, indio amigo, que viniera
 De allà del Yumirí en nuestra Armada,
 Cautivo estaba aquí, y cuenta diera
 De la traicion que entre estos està Armada.
 De seis cautivos que hay, este dijera;
 Y siendoles la paga ya entregada,
 Trajeronlos, y fueles prometido
 Que el precio à mas traer serà subido.

Entre ellos fuè este dia rescatado
 El buen Domingo Larez, muy prudente,
 Hombre de gran juicio y recatado,
 De Huete natural, de noble gente.
 Diònos aviso él, que està ordenado
 De hacernos la guerra el dia siguiente:
 Nosotros estuvimos contratando
 Con los indios, y en vela siempre estando.

Salimonos de aquí, que se temia
 Que el indio se pusiese en emboscada,
 Diciendo que à las bocas estaria.
 Y cierto fué la cosa bien pensada:
 Que à no salir muy mal sucedería,
 Pues siendo la mañana ya llegada,
 Los indios à dó estabamos vinieron,
 Y à Mora y à Loria nos trajeron.

En el barco pequeño se ha metido
 El maiz, y captivos referidos;
 En breve à nuestra Armada se ha venido,
 A dó de hambre estan desflaquecidos:
 Y à haberse esta comida detenido,
 De hambre fueran todos perecidos.
 Mas Dios remedia el tiempo peligroso,
 Con mano de Señor tan poderoso.

Pues llega la comida y los cautivos,
 Y salen al encuentro luego todos:
 Estaban ya diez menos de los vivos,
 Y aquestos de dos mil suertes y modos.
 Los padres con los hijos son esquivos,
 Los unos y los otros como lodos
 Los rostros; manos, pies, todos temblando,
 Los ojos hácia el cielo levantando.

Algun vigor cobraron dèsque vieron
 El socorro que viene de comida;
 Con lágrimas los presos recibieron,
 Que su vida juzgaban por perdida.
 En el pequeño barco se volvieron,
 Y dice Juan Ortiz, que por la vida
 Conviene aventurar vida de suerte,
 Que no ponga temor la misma muerte.

Mas visto no conviene se acometa
 Aquello que hacerse es imposible,
 Y que el lugar y tiempo nos aprieta
 A tomar el cousejo couvenible:
 El buen Rodrigo à todos se sujeta,
 Y dice: "Juan Ortiz cosa terrible
 Nos manda, mas yo cierto aquí prometo
 De estar à vuestro gusto muy sujeto."

Unánime y conforme es la sentencia
 De todos, que no se entre al Riachuelo:
 Que bien se tiene cierta y firme ciencia,
 Que todo ha de acabar con crudo duelo.
 Esto nos enseñò ya la experiencia,
 Por dó se determina, que de vuelo
 A los Timbus se vaya: con contento,
 De aquí tendimos vela presto al viento.

Trabajo no pequeño se pasaba,
 Que la gente sin fuerzas no podia
 Tomar remo, que el viento nos faltaba,
 Y á veces por la proa sacudia.
 El temor de la hambre apresuraba,
 Esfuérase quien fuerzas no tenia:
 Navegando una noche à la mañana
 Llegamos á una gente Cherandiana.

Salieron á nosotros prestamente,
 Que en esto del rescate estan cursados.
 Delante de nosotros diligente,
 Pescaba cada cual muchos pescados:
 Ninguno en los vender era inocente,
 Que son en el vender muy porfiados.
 Despues mucho maiz en abundancia
 Trajeron por gozar de la ganancia.

Beguas de la otra banda conocieron
 La cosa del rescate que pasaba,
 A gran priesa á nosotros acudieron,
 Temiendo que el rescate se acababa.
 Rescatan todo aquello que trajeron,
 Y mas, dicen, en casa les quedaba:
 A Gaboto de aquí presto se llega,
 Por dó el Carcarañà se estiende y riega.

Pasando de Gaboto, à poco trecho
 El rio Juan de Oyolas se ha tomado:
 Por él se entró, que es rio muy estrecho,
 De vientos y tormentas resguardado.
 Atraviesa este rio bien derecho
 Al Paraná; y las islas que ha formado
 Habitan los Timbás, gente amorosa,
 Sagaz, astuta, fuerte y bellicosa.

Al Paraná saliendo caudaloso,
 Tres leguas se camina bien cabales:
 El Paraná venia muy furioso,
 Los tristes navegantes muy mortales.
 Del soldado pequeño y del grandioso
 Las fuerzas eran todas casi iguales,
 Y aun cierto que à la clara bien se via,
 Que el pequeño mas ànimo tenia.

Del capitan Garay certificaron
 Los indios, que aquí vino con su gente,
 Las huellas de caballos nos mostraron,
 Por dó dimos la vuelta prestamente;
 Y en tierra los soldados que saltaron,
 Cojeron la comida que al presente
 Hallaron, que aun no estaba sazónada,
 Y apenas con la espiga bien formada.

Volver quiero à tratar un poco agora
 Del falso Yamandú, nuestro cartero.
 Salió de San Gabriel con la traidora
 Y mala condicion de carnicero:
 Adonde el Zapicano està de mora
 Se và, por ser con él particionero;
 Aunque no se hallò en la triste guerra,
 Que al venir se ha tardado de su tierra.

Este indio, ya hemos dicho, que es sabido,
 Astuto, muy sagaz y hechicero;
 En todas las naciones es tenido
 Por lumbre, por espejo y por lucero.
 A mis pròpios oidos yo le he oido
 Decir à este lenguaz y gran parlero:
 "El sol alumbra à oriente y occidente,
 Así yo Yamandú à toda la gente."

Pues siendo con las cartas despachado,
 Tratò con Zapican, que las tenia
 Guardadas, hasta ver en que ha parado
 Un negocio que arriba pretendia:
 El cual era, que tiene concertado
 Con un indio Terú, el cual vendria
 A dar en Santa-Fé con otras manos,
 Queriendose vengar de los cristianos.

E hizolo el Terù, que con su gente
 Haciendo para aquesto llamamiento,
 Se fuè á Santa-Fé: mas de repente
 Volvió huyendo en busca de su asiento.
 Los mancebos pelean fuertemente,
 Los indios llevan de ello el escarmiento,
 Y viendo Yamandú que nada ha hecho,
 Con las cartas se va à Garay derecho.

Del capitan Garay fué recibido
 Mejor el mensajero, que lo fuera,
 Si hubiera sin las cartas parecido,
 Aunque él por no culpado se fingiera:
 Mas viendo el Capitan como ha venido,
 Y que puede volver à dò saliera,
 Tratòle bien è hizole gran fiesta,
 Y tórnale à enviar con la respuesta.

Ya vuelve Yamandú con mas cuidado,
 Que tuvo con las cartas, pues pensaba
 Guardarlas para sí: mas ha acordado
 Urdir otra, pues esta no cuajaba.
 En tanto que la urde este malvado,
 Tratemos de Garay, que procuraba
 Bajar con muchas balsas y comida,
 Dejando à Santa-Fé bien guarnecida.

Partió con treinta mozos valerosos,
 Y veinte y un caballos, y servicio
 En balsas: y los mozos deseosos
 De guerra, que la tienen por oficio,
 Procuran, que en los indios enojosos,
 Se ofresca al crudo Marte sacrificio,
 De aquel Terú vengando la osadia,
 Con triste y carnífera anatomia.

Son islas, por aquí en este parage,
 De grandes bastimentos abastadas,
 De muy hermosas tierras y boscage,
 Y de indios Guaranies bien pobladas
 El falso Yamandú de mal corage:
 Aquí tienen sus gentes ranheadas,
 Terú, Añanguazúu, Maracopá,
 Y en otras mas abajo, Tabobá.

Entraron por las islas: entendiendo
 Poder hacer la guerra, los caballos
 Metieron: mas los indios van huyendo,
 Que no pueden los mozos alcanzallos.
 Entre los verdes bosques se ascondiendo
 Se meten, que imposible es el hallallos,
 Sino es al sin ventura, que guardada
 La suerte le está ahora desdichada.

Con gran solicitud en su caballo
 Entre aquestos mancebos se señala
 En andar por las islas Caravallo,
 Y así por las espesura hiende y tala
 En medio de una selva, y Yanduballo
 Halló con Liropeya, su zagala:
 La bella Liropeya reposaba
 Y el bravo Yanduballo la guardaba.

El mozo, que no vió á la doncella,
 En el indio enristró su fuerte lanza,
 El cual se levantó como centella,
 Un salto dá y el golpe no le alcanza.
 Aferra con el mozo, y aun perdella
 La lanza pienza el mozo, que abalanza
 El indio sobre él, por dó al ruido
 La moza despertó, y pone partido.

Al punto que á la lanza mano echaba
 El indio, Liropeya ha recordado;
 Mirando á Yanduballo, así hablaba:
 “Deja, por Dios amigo, ese soldado,
 Un solo vencimiento te quedaba,
 Mas ha de ser de un indio señalado,
 Que muy diferente es aquea empresa,
 Para cumplir con migo la promesa.”

Diciendo Liropeya estas razones,
 El bravo Yanduballo muy modesto
 Soltó la lanza, y hace las acciones,
 Y á Caraballo ruega baje presto.
 El mozo conoció las ocasiones,
 Y muévele tambien el bello gesto
 De Liropeya, y baja del caballo,
 Y siéntase á la par de Yanduballo.

El indio le contó que un año habia
 Que andaba á Liropeya tan rendido,
 Que libertad ni seso no tenia,
 Y que le ha la doncella prometido,
 Que si cinco caciques le vencía,
 Que al punto será luego su marido.
 El tener de español una centella
 No quiere, por quedar con la doncella.

Mas viendo el firme amor de estos amantes,
 Licencia les pidió para irse luego,
 Dejándoles muy firmes y costantes
 En las brasas de amor, y vivo fuego.
 Dos tiros de herron no fué distantes,
 Con furia revolvió, de amores ciego;
 Pensando de llevar por dama esclava,
 Al indio con la lanza cruda clava.

Yanduballo cayéra en tierra frio,
 La triste Liropeya desmayada;
 El mozo con crecido desvario
 A la moza habló, que está turbada:
 “Volved en vos, le dice, ya amor mio,
 Que esta ventura estaba á mi guardada,
 Que ser tan lindo, bello y soberano,
 No habia de gozarlo aquel pagano.”

La moza, con ardid y fingimiento,
 Al cristiano rogó no se apartase
 De allí, si la queria dar contento,
 Sin que primero al muerto sepultase;
 Y que concluso ya el enterramiento
 Con él en el caballo la llevase.
 Procurando el mancebo placer darle,
 Al muerto determina de enterrarle.

El hoyo no tenia medio hecho,
 Cuando la Liropeya con la espada
 Del mozo se ha herido por el pecho;
 De suerte que la media atravesada,
 Quedó diciendo: “haz tambien el lecho
 En que esté juntamente sepultada
 Con Yanduballo aquesta sin ventura,
 En una misma huesa y sepultura.”

Lo que el triste mancebo sentiría
 Contemple cada cual de amor herido.
 Estaba muy suspenso qué haría,
 Y cien veces matarse allí ha querido.
 En esto oyó sonar gran gritería:
 Dejando al uno y otro allí tendido,
 A la grito acudió con grande priesa,
 Y sale de la selva verde espesa.

Aquesta Liropeya en hermosura
 En toda aquesta tierra era estremada:
 Al vivo retratada su figura
 De pluma vide yo muy apropiada:
 Y vide lamentar su desventura,
 Conclusa Caraballo, su jornada
 Diciendo, que aunque muerta estaba bella,
 Y tal, como un lucero y clara estrella.

Mil veces se maldijo el desdichado,
 Por ver que fué la causa de la muerte
 De Liropeya, andando tan penado,
 Que mal siempre decia de su suerte.
 “¡Ay triste! por saber que fuí culpado
 De un caso tan extraño, triste y fuerte,
 Tendré, hasta morir, pavor y espanto,
 Y siempre viviré en amargo llanto.”

Salió pues de la selva Caravallo
 A la grito y estruendo que sonaba,
 Y vido que la gente de á caballo
 A gran priesa en las balsas se embarcaba.
 No curan ya mas tiempo de esperallo,
 Que de su vida ya no se esperaba,
 Teniendo por muy cierto que habia sido
 Cautivo de los indios, y comido.

Mas viendole venir, alegremente
 El capitan y gente le esperaron:
 Allega, y embarcose con la gente,
 Y á priesa de aquel sitio se levaron.
 Entróse por un rio que de frente
 Está, y á tierra firme atravesaron,
 A dó está de Gaboto la gran torre,
 Por dó el Carcarañá se estiende y corre.

En tanto que Garay aquí esperaba,
Y en tierra sus caballos saca, y gente,
El capitan Rui Diaz se levaba
De donde le dejamos prestamente.
Volviendo hácia abajo, atravesaba
Acaso Yamandú que está de frente:
Allí nos dieron nueva muy entera,
Que en el Carcarañá Garay espera.

Con esta nueva cierta, á grande prisa
Bajamos hácia el rio Juan de Ayolas:
No se tiene temor de la traviesa
Del gran rio Paraná, ni de sus olas:
Que el bien, que en la tornada se interesa,
Lo facilita todo: mas no á solas
Nos vemos, cuando viene anocheciendo,
Que los Timbues vienen muy corriendo.

Despues cuando ya Febo caminando
Volvia con sus carros presuroso,
Los campos con sus rayos matizando
De rojo, verde, y blanco luminoso,
Llegaron los Timbues pregonando,
“Comprad de mi, que vendo mas gracioso.”
Y tanto regatean, que en Sevilla
Podrian imprimir nueva cartilla.

En tanto que la cosa así pasaba,
Desde el Carcarañá nos ha enviado
Una carta Garay, en que avisaba
Que estaba en *Sancti Spiritus* parado.
Al viento vela en popa se entregaba,
Y no se ha á *Sancti Spiritus* llegado,
Cuando Garay por tierra y á caballo
Asoma, y aquí un poco he de dejarlo.



CANTO DECIMO-TERCIO.

Entra Rui Diaz en el Carcaraña, baja à Martin Garcia, pretende Yamandú dar en la isla, padece Garay naufragio en el Uruguay.

Jamas fortuna dió contentamiento
Que no fuese mezclado con dolores;
De á donde el disfavor es fundamento
De todo buen suceso de favores.
Tambien el favorito pensamiento,
Por fin muy cierto tiene disfavores,
Por lo cual Salomon, sigue, decia,
El dia de tristeza al de alegría.

¡Cuanto dolor, tristeza y amargura,
Y cuanto sobresalto ha pasado
La gente zaratina sin ventura!
Pues quien con atencion bien lo ha notado
Verá, que al mayor mal en coyuntura
Un buen suceso ó gusto ha acompañado:
Que no haber de esta suerte sucedido,
Hubiera el resto Zárate perdido.

¡Qué pena, qué dolor no mitigára
El ver al buen Garay por aquel llano!
La barbara nacion que se juntaba,
No pudiera escaparse de su mano.
Si el bravo y crudo Marte se hallára
Con tal gente de guerra, tan ufano
Y altivo se sintiera, que en la tierra
A todos los mortales diera guerra.

La trompa y atambor les ayudaba,
Los caballos calor iban tomando:
Contento grande, cierto, que causaba
Aquesta gente allí escaramuzando.
Rui Diaz con los suyos lo miraba,
Viniendo su viage navegando;
Y llegando dó aquesto se hacia
Mando soltar la flaca artillería.

Al fin tomaron puerto, y recontada
 La cosa de una parte á otra pedida,
 La carga de las balsas descargada,
 Garay parte en demanda de comida.
 El Melgarejo sale desplegada
 Con gran placer su vela y descogida.
 En tanto que uno baja y otro queda
 Me fuerza Yamandú vuelva la rueda.

Llegado este tacaño con las cartas
 Al isla, con placer fué recibido;
 El Juan Ortiz le dió cuchillos, sartas,
 Y de paño de grana un buen vestido.
 De dádivas y dones fueron hartas
 Sus manos, por pensar lo ha merecido,
 Y él pretende entregarse á suelta rienda
 En vida del cristiano y de hacienda.

Pues tiene la traicion así ordenada,
 Que dadas estas cartas, vuelva luego
 Al rio Igapopé, que es la morada
 De un indio, que se dice *Grande Fuego*,
 Y de otros que allí viven de coplada,
 Con Aguazó, que es guía de este juego.
 Allí tiene la cosa de ordenarse
 Por dó el cartero dá priesa á tornarse.

Y dice: “volveré yo con comida,
 Que así con mis amigos lo he ordenado,
 Aquesta cosa quiero sea sabida,
 Porque en vernos ninguno sea alterado:
 Que aquesta tierra toda está rendida
 A mi dición, é yo la he sujetado.”
 Con esto Yamandú se suelta en breve,
 Y con mas brevedad volver se atreve.

Con diez ú once canoas esquifadas
 La vuela dá el malvado, procurando
 Que no esten las personas recatadas,
 Mas antes las ocupa rescatando.
 No quiero referir, pues, cuan turbadas
 Lo estaban, segun supe, y cuan temblando:
 Mas con todo se dieron tanta maña,
 Que no quajó el cartero su maraña.

En un fuerte la gente recogida,
 Porque de esta traicion tienen aviso,
 De todo lo posible guarnecida,
 Salió el indio que estaba ya arrepiso.
 De humos gran señal ha parecido
 El rio arriba, y luego de improviso
 Los indios que en la gente dar pensaban,
 Con gran priesa á su isla se tornaban.

Quedaron los cristianos, como cuando
 Levanta un huracan muy espantoso
 Las olas en la mar, y vá bufando
 El viento con un impetu furioso:
 El piloto sagaz está temblando,
 Vencido del trabajo y temeroso:
 Mas viendo que el peligro está pasado,
 Veréisle presumir del esforzado.

O como aquel mancebo que ha cogido
 El toro furibundo entre sus manos,
 Que siendo de la muerte escabullido,
 Huyendo á pura pata por los llanos,
 Blasona de la maña que ha tenido,
 Y hace en talanquera fieros vanos.
 No menos nuestras gentes aquí estaban,
 Y al moro muerto gran lanzada daban.

Rui Diaz, como dije, navegando
 Salió de *Sancti Spiritus*, y viene
 En breve dó le estaban esperando.
 A mi me ha parecido me conviene
 Quedarme con Garay que vá triunfando,
 Y Zárate que hambre siempre tiene.
 Rui Diaz Melgarejo, pues, allega
 Al isla, y la comida les entrega.

Garay de á dó digimos sale á priesa
 Con su gente, y las balas que llevaba,
 Lo que en esta salida le interesa
 Es el buscar comida que faltaba.
 Tambien se procuraba hacer presa
 En el falso Terú que allí moraba:
 Y oid lo que sucede un dia de Ramos,
 Que de vista es el cuento que contamos.

Por un pequeño río de bosque
 Las balsas y la barca caminaban,
 Cuando vimos venir un gran salvaje.
 La canoa en que viene gobernaban,
 Al parecer, dos ninfas de buen traje;
 En vièndonos á priesa se tornaba:
 Y désque al Paraná grande llegaron,
 En medio de un remanso se pararon.

Allí nos esperaron grande pieza;
 Y así como la barca hubo llegado,
 El salvaje se estira y endereza,
 Y un escudo grandísimo ha abrazado:
 Por yelmo un cuero de anta en la cabeza,
 El escudo era concha de pescado,
 Y el baston que este bárbaro tenia,
 Servir de antena en nave bien podia.

Hablando con soberbia enrudecida,
 Pregunta por aquel que tiene cargo
 Del Armada, que dice que la vida
 Le tiene de quitar con fin amargo:
 Y dice: "no penseis que fué huida
 La mia, por salir aquí á lo largo,
 Que quise aquí sacaros al anchura,
 Por dar á todos ancha sepultura."

Quería arremeter el can rabioso,
 Y en esto dos pelotas le tiraron;
 La popa nos volvieron sin reposo
 Las faunas, y espantados nos dejaron,
 Que con un dulce canto armonioso
 A priesa de nosotros se apartaron,
 Y á muchos el sentido enternecieron,
 Y en un punto de vista se perdieron.

En esto un bergantin vimos venia,
 El cual á Santa Fé ha descendido,
 Y viendo que Garay bajado habia,
 En seguimiento suyo habia venido.
 Con socorro el Teniente se le envia
 De la Asumpcion, que aquesto hubo subido:
 Juntòse con nosotros el navio,
 Y dimos en un bondo y chico rio.

El navio à la boca se ha quedado
 Con toda la mas gente del Armada:
 El Capitan con veinte dentro ha entrado
 En la barca de todo pertrechada:
 Por tierra los caballos hubo echado,
 Del gran Terú se busca la morada:
 Hallóse, mas sus indios, al estruendo,
 Con mugeres é hijos van huyendo.

Las balsas aquí cargan de comida;
 La gente de á caballo vá por tierra
 Siguiendo la victoria conocida,
 Con ánimo y codicia de la guerra.
 Abscóndese la gente dolorida,
 Que el temor del caballo la destierra:
 Saquea el Español allí las casas,
 Y en un punto veréislas hechas brasas.

El Capitan de aquí presto saliendo
 Penoso, por no haberle indio parado,
 Sus balsas y su gente recogiendo,
 A Añanguazú acomete, indio afamado.
 Los indios son valientes, y al estruendo
 Salieron con esfuerzo denodado,
 Y siendo preguntados ¿porque huyen?:
 Con la razon del uno así concluyen.

“Dejadnos ya, que estamos temerosos,
 Y contra vuestras fuerzas no podemos:
 Y vosotros, sobrinos animosos,
 A los mancebos dicen, ¿qué os hacemos?
 Mirad que á nuestros hijos amorosos
 Criar, ni sustentar ya no podemos,
 Pues carga de mugeres tan penosa
 No espera á vuestra diestra poderosa.”

Diciendo aquesto, estaban muy metidos
 En un atolladar y gran pantano:
 Garay no permitió fuesen heridos,
 Que mas de uno probar quiso la mano.
 Causaban gran dolor los doloridos,
 Que mugeres é hijos por el llano
 Sin órden, á gran priesa, iban huyendo,
 So tierra lo que tienen abscondiendo.

De aquí el río abajo navegando,
 El Armada se sale á remo y vela:
 Un temporal se viene levantando,
 Que las yerbas del campo arranca y vuela.
 Del isla grande priesa me estan dando,
 Que parece la gente se recela.
 Pues vamos allá agora, que esta Armada
 Aquí queda segura rancheada. -

El isla parecia que se hundia,
 Y el cielo que venia de caida.
 El sud-oeste, viento que corria
 Con una fuerza grande desmedida,
 Los árboles y piedras conmovia
 Por dó la gente andaba dolorida:
 Porque tanto ruido levantaba
 El viento, que al infierno figuraba.

De dos naves que habia del Armada,
 No quiere perdonar esta tormenta
 A alguna; que á la zabra que cargada
 Está de la comida, la revienta,
 Y la abre por cien partes: mas varada
 Aquesta fué en el isla; la otra avienta
 A tierra firme, y tan metida queda,
 Que dudo en algun tiempo salir pueda.

Pues dime, Juan Ortiz: ¿no te conmueve
 El ver aquestos trances peligrosos!
 ¿O duro corazon! á quien no mueve
 El temor de los fines sospechosos.
 No vemos ser prudente el que se atreve
 A perder lo ganado en los dudosos
 Y peligrosos casos: lo mas cierto
 Es ir siempre á buscar seguro puerto.

A nuestra Armada vuelvo, que metida
 Quedaba en un juncal y una ensenada,
 La cual halló segura su guarida:
 Y el bergantin, tomando una enconada,
 Del otra banda está, que de caida,
 Allí, por se abrigar, hizo parada,
 A dó con Cherandies ha tratado,
 Y el tiempo que allí estuvo, rescatado.

Garay con los Beaguas de otra banda
 Muy gran trato y rescates ha tenido:
 A Caytuá, cacique, dice y manda,
 (Pues, para aqueste fin ha descendido)
 Que diga á los Beguaes, como él anda
 En busca de cristianos, que ha sabido
 Que tienen muchos ellos en su tierra,
 Habidos de rescate, y no de guerra.

Aqueste Caytuá es comarcano
 Al pueblo Santa Fé, y muy vecino:
 Garay le trata bien como á su hermano,
 Y así con gran contento con él vino.
 El cacique no anduvo paso en vano,
 Que yendo á los Beguaes de camino,
 Cuatro cristianos trajo rescatados
 Por anzuelos y espejos muy quebrados.

De aquí salió Garay: con el navio,
 Que está de la otra banda, se ha juntado.
 Despáchale á la isla por el rio,
 Que dicen de las Palmas, afamado.
 No vá de bastimentos tan vacio,
 Que al fin le han de decir: “bien seais venido:”
 Que están como los pollos ya piando,
 Y solo por comida suspirando.

El Armada se vá por un estero
 Que llaman de Beguaes, que no lleva
 La fuerza y la corriente del primero,
 A quien él vá á buscar á que le beba:
 Y tanto vá sin él á cual postrero,
 Que en mas de veinte leguas no le prueba;
 Al cabo, porque en breve yo me sume,
 Aqueste el Paraná se le consume.

Yendo por este estero navegando
 Diez dias, que los tiempos no ayudaban,
 Por tierra los soldados van cazando,
 Que muy poco las balsas caminaban.
 De noche estan con liñas esperando,
 Pescando de los peces que picaban:
 Aquí pica el Patí, allí el Armado,
 Aquí tambien el Blanco y el Dorado.

En una bella noche muy serena,
 Habiendo el sueño dado ya sus puertas
 A los que nuestra cama era el arena,
 Estando centinelas muy alertas,
 Con grande dulcedumbre una Sirena
 Comenzó de cantar; y cierto, ciertas
 Y humanas parecian sus canciones,
 Bastantes á mover mil corazones.

Es tan ameno y bello este parage,
 Que las hijas de Pierio bien podrian
 Dejar de Tracia el monte y su bosque,
 Que aquí mas soledad cierto tendrian.
 Y aquellos que siguiesen su language
 En breve de sus ciencias mas sabrian,
 Y en metro y dulce verso el casto coro
 Al mundo descubriera su tesoro.

Aquí la gran maldad la Filomena
 Lamenta de Teseo, su cuñado,
 Con su lengua arpada bien resuena,
 Y con canto suave y agraciado
 Publica á todo el mundo su gran pena,
 Y dice: "pues la lengua me has cortado,
 Aquesta gran maldad, cruda tirana,
 Labrando contaré toda á mi hermana."

Aquí la sacra fuente cabalina
 Sus cristalinas aguas vierte y riega:
 Aquí la gran Minerva á la continua
 Sus tesoros reparte y los entrega
 A todos con largueza muy benina;
 Y aquí muy de ordinario en esta vega
 La bella y casta Diosa se pasea,
 Y con sus compañeras se recrea.

Mas al isla conviene dar la vuelta,
 Dejando aquesta Armada en este punto.
 Pasada la tormenta y revuelta,
 Segun digimos ya en breve trasunto,
 El bergantin que fuera á vela suelta,
 Llegando toma puerto luego junto,
 Y dando de nosotros nueva cierta,
 La cosa de esta suerte se concierta.

En busca de Garay luego volvieron
 Aqueste bergantin y Melgarejo,
 Y aquellos que al presente adolecieron
 Llevaron, y mugeres, y es consejo,
 Que allá en el Uruguay (adonde fueron)
 Se pueble, donde hubiere el aparejo:
 Que para los navios está cierto,
 Que muy cerca hallará seguro puerto.

Llegados á la punta de este rio,
 Quedóse el bergantin grande esperando;
 El otro atravesó, que vá vacío,
 Garay en esto viene navegando.
 En breve se encontró con el navio,
 Que estaba en una vuelta ya esperando:
 La noche se apresura, el viejo Apolo
 Nos huye, y viene airado el grande Eolo.

En un punto vereis que se levanta
 Un sur tan riguroso, que atormenta
 Con su grave furor cualquiera planta,
 Y fuera del lugar propio la abrenta.
 El Armada se afierra bien y planta,
 El bergantin del lado no se absenta,
 Con cabos, guindaletas amarrados,
 Estan todos del viento contrastados.

El otro que esperando habia quedado,
 Cargado de mugeres, como vido,
 El cielo todo andar alborotado,
 Camina el rio arriba, y ha tenido
 Ventura en se mudar; que haber tardado,
 La carga hubiera toda sumergido:
 Mas no pudiera ser, que en el Armada
 Jamas vide muger ser mal parada.

En tanto que venia el sur bravoso,
 Huyendo con presteza su fiereza,
 El capitan Rui Diaz valeroso
 Caminaba el rio arriba sin pereza.
 Lloravan las mugeres sin reposo,
 Pensando ya fenece su belleza,
 Y que ha de ser á peces entregada,
 Y en vida só las aguas sepultada.

Garay en una isla empantanada,
 Que dicen por renombre *de la Espera*,
 Tenia ya su gente rancheada;
 Del bergantin no sale gente fuera.
 La enojosa tormenta, pues, pasada,
 Al punto que la noche se viniera,
 Las balsas desamparan este puesto,
 Y oid lo que sucede, pues, de aquesto.

Desta isla dó digo que salieron
 Las balsas, se atraviesa la corriente
 Del rio, que Uruguay, indios pusieron
 Por nombre: tierra firme está de frente;
 Las balsas allá van, mas no pudieron
 Las olas contrastar, que no consiente
 La fuerza del canal remo ni pala,
 Que todo lo abandona y lo desvala.

El sur se ha levantado en este punto,
 Y hace que el canal ande alterado,
 El corriente con fuerza viene junto,
 Y el sur, lo que corre en contra, ha hinchado,
 ¡Ay Dios! que en este punto yo barrunto,
 Que el día de mi fin es ya llegado.
 La barca se nos iba trastornando,
 Las balsas todas siete trabucando.

Al dia del postrer juicio figuraba
 Aquel naufragio nuestro doloroso.
 Cual indio de la balsa se arrojaba
 Por ir nadando á tierra codicioso;
 Cual vuelve dó la balsa se anegaba
 En busca del Señor que está lloroso.
 Las indias dicen todas que llamemos
 A nuestro Dios, pues todos perecemos.

Los caballos ya sueltos van nadando.
 Y no tienen peligro, sino afierra
 El cabo en parte alguna, que colgando
 Le llevan por el agua hasta tierra.
 La barca sale en salvo, y descargando
 La ropa y aderentes de la guerra,
 En busca de las balsas torna á prisa,
 A donde todos andan sin camisa.

El que es buen nadador, aunque con miedo,
Al agua desnudandose se arroja:
Quien no sabe nadar estáse quedo,
Y en la balsa metido bien se moja.
Mas ya yo de nadar hablar no puedo:
La gente sale á tierra dó se aloja,
Tendida por la fria y dura arena:
Dejemoslos, que entiendan en su cena.

CANTO DECIMO-CUARTO.

En este canto se cuenta la batalla que hubo entre los de Garay y los Charruas, y como fué herido Garay en los pechos, y su caballo muerto, y muchos indios muertos y heridos.

¿A quien he de llamar que me dé aliento?
O ¿quien podrá acertar, que estoy enseñado
A tratar de tristezas y lamento,
Y poco de placeres he gustado?
Pues esto de la guerra hago á tiento,
Que menos de las armas he probado:
A vos, Señor, favor pido y demando,
Que vuestra ayuda sola voy buscando.

Dejé, si os acordais, en la marina,
Pasado ya el naufragio, á nuestra gente;
El Aurora nos viene ya vecina,
Apolo muestra ya su roja frente;
El bergantin navega á la bolina,
Subiendo el rio arriba diligente;
El Zapican ejército, marchando
En siete escuadras, viene ya gritando.

El bergantin le vido, mas primero
Le habian descubierto tres soldados,
Aquestos dieron arma muy ligero,
Los arcabuces fueron bien cargados.
No vide que queria ser postrero
Alguno, porque todos aprestados
En un punto salieron muy gozosos,
Por dar fin al Charrua codiciosos.

Doce caballos solos se ensillaron,
El Capitan con once compañeros,
(Que muchas de las sillas se mojaron)
Salieron veintidos arcabuceros.
Les bárbaros á vista se llegaron
Con órden y aparato de guerreros,
Con trompas, y bocinas y atambores,
Hundiendo todo el campo y rededores.

El Capitan mandó que se emboscasen
 Los once de á caballo, hasta tanto
 Que los alegres bárbaros llegasen
 A tiro de arcabuz, porque de espanto
 De ver á los caballos, no tornasen:
 Y el Capitan se puso al otro canto
 Con sus arcabuceros, atendiendo
 Se fuese el enemigo introduciendo.

Llegado á poco trecho, hacen alto,
 El Capitan procura de cebarles,
 Un poco retirándose en un alto,
 Por mas á su placer escopetarles.
 El bárbaro de seso no está faltó,
 Que entiende ser aquesto asegurarles,
 Por dó hace parar sus escuadrones,
 Y dice con gran gríta estas razones.

“Estamos de esperaros ya cansados,
 Que há dias que tenemos entendido
 Que sois hombres valientes y esforzados,
 Agora será el caso conocido.
 Salid los mas valientes y alentados,
 Riñendo uno con otro este partido,
 Salid, que tardar tanto es cobardia;
 Veremos vuestro esfuerzo y valentia.

Con solo matar veinte de vosotros,
 Pues sois de tanta fama y nombradia,
 La vida por bien dada de nosotros
 Tenemos todos juntos este dia:
 ¿Podeis ser mas valientes que los otros,
 Cuyo valor poco há que fenecía?
 Salid á los vengar, acobardados,
 Cornudos, mugeriles y apocados.”

Mas cosas les oí por mis oidos,
 Que un poco de su lengua ya entendia,
 Gritaban, daban voces, alaridos,
 Con su gríta la tierra estremecia.
 Cual indio la pernetá, cual fingidos
 Motines y ademanes, cual hacia
 Que cae en tierra triste y desmayado,
 Y en un punto veréisle levantado.

Llamaban con las mantas que traian
Ceñidas á los cuerpos, no cesando
De dar voces, diciendo, que querian
Ponerse nuevos nombres peleando.
Mas viendo que los nuestros ya salian,
Al alto se volvian retirando,
Juzgando por mejor un alto cerro,
Y el sueño, como dicen, fué del perro.

Saliendo al alto, y siendo traspasado
Un poco de pantano que allí estaba,
El Capitan á priesa ha caminado;
Los once de á caballo que llevaba
Siguiéron con esfuerzo denodado:
La trompa con presteza resonaba
En ellos, *Santiago, Santiago,*
Y oid un bello lance y gran estrago.

Seguíanle los once de tal suerte,
Que juntos se metieron, y mezclaron
En medio el enemigo, dando muerte
A todos cuantos indios encontraron.
Rompieron una esquadra grande y fuerte,
En que de setecientos se pasaron;
Salieron de otra banda cien flecheros
Con ánimo gallardo muy lejeros.

Sobre estos nuestra gente revolviendo
Pelea, y ellos rostro y cara hacen:
Los otros al socorro muy corriendo
Acuden, mas los nuestros los deshacen.
Volvieron á romperlos, y rompiendo
Los mozos sus deseos satisfacen,
Que tantos por el suelo van rodando,
Cuantos caballo y lanza van tocando.

Aquí vereis el indio atravesado
Por medio la garganta, y allí junto
El otro todo el casco barrenado,
Saliéndole los sesos luego al punto.
Por medio de los pechos traspasado
Estaba Tabobá, y casi difunto,
Y tanto de la lanza se aferraba,
Que ya perderla Leiva imaginaba.

Allega Menialvo con su espada,
Y dále un golpe tal que desafierra
La lanza el enemigo, y aun pegada
La lanza con la mano deja en tierra.
El indio vé su mano destroncada,
Y quiere escabullirse de la guerra,
Mas no le dán lugar, que tras su mano
Tendido le dejó Leiva en el llano.

Y como recobró Leiva su lanza,
Habiendo á Tabobá muerto, con priesa
Revuelve Abayubá sobre él, y lanza
El mozo un bote tal que le atraviesa
El ombligo, y el indio se abalanza
Por la lanza adelante, y hace presa
Con el diente en la rienda, de tal suerte,
Que la corta, y fenece con la muerte.

El viejo Zapican, que vé tendido
A su sobrino en tierra, bien quisiera
En Leiva se vengar, mas ha acudido
El bravo Menialvo, que le diera
Un golpe tan terrible, que partido
Por medio, por encima la cadera,
En dos partes quedò: fué cuchillada
De brazo poderoso, y fuerte espada.

Añagualpo, que estaba muy pujante,
En suerte le ha cabido á Vizcaino:
El bravo indio se puso de delante
Con pica que parece un grande pino.
El mozo le encontró luego al instante
Con su lanza, y aun hizo tal canino
Por medio de los pechos de aquel perro,
Que la espalda pasó su fino hierro.

Su lanza sacó tal y tan bermeja,
Que el hierro pura sangre parecia:
Dos pasos de este puesto no se aleja,
Cuando un indio de fama le seguía:
A esperarle el mancebo se apareja,
Que es indio muy gallardo y de valía,
Al mozo ha acometido Yandinoca,
Y él métele su lanza por la boca.

Arevalo gallardo vá hiriendo
 La gente que jamas fue conquistada;
 El hierro de su lanza va tiñendo
 En sangre con los sesos mixturada.
 Con fuerza vá Aguilera descubriendo
 Aquí, y acá y allá de una lanzada:
 Al indio deja tal, que parecia
 Que el indio só la tierra se hundia.

El buen Mateo Gil, soldado viejo,
 Con esfuerzo y valor de Trugillano;
 Nacido en el lugar de Xarahicejo,
 Andaba por el campo muy lozano.
 Parécele que mata algun conejo,
 Matando algun soldado Zapicano,
 Y así tan gran estrago va haciendo,
 Que las yerbas del campo va tiñendo.

Hernan Ruiz pelea sin pereza,
 De Córdoba heredando la osadia:
 Acá y allá acude con destreza,
 Con ánimo y esfuerzo y valentia.
 Un indio le encontró con gran fiereza,
 Y quitarle la lanza pretendia:
 Camelo le ayudó, perdió la vida
 El indio, con la mano bien asida.

Con gran fuerza por medio Magaluna
 De cinco ó seis soldados se metia:
 Al encuentro le sale Juan de Osuna
 Con su espada, que lanza no traia.
 Al mozo favorece la fortuna,
 Que el indio con su pica tal venia,
 Que si el caballo un brinco no pegára,
 Por medio de los pechos le pasára.

La pica suelta el indio muy corrido,
 Y al pecho del caballo se ase y garra:
 El mozo, que lo vido tan asido,
 La daga de la cinta desamarra:
 Con ella fuertemente le ha herido,
 Y tanto las entrañas le desgarrá,
 Que Magaluna altivo, bravo y fuerte
 Cayò en tierra herido de la muerte. (1)

(1) *Por mis ojos ví aq̄este dia á este indio que abrazándose con el caballo, cortó con los dientes la una rienda del caballo, y así murió con la rienda en la boca, á puñaladas que le dió Juan de Osuna.*

Tiene el campo Juan Sanchez ya poblado
 De zapicanos muertos con su espada;
 Un indio le acomete señalado,
 Con un espada inserta y enastada.
 Un bote le tiró por un coscado,
 Y el mozo le responde de estocada,
 Y aciértale por medio de la frente,
 Y da con él en tierra derrepente.

Rasquin piensa ya hoy hacer remate
 Del ejército todo zapicano:
 Mas veis otro que viene en el combate,
 Que quiere en general probar la mano,
 De encuentro, de revés, dá jaque y mate
 Al indio sin dejarle un hueso sano,
 Con la fuerza que pone en su caballo,
 El fuerte y animoso Caraballo.

Fortuna, si quisieres estar queda,
 Cuan presto el Charruaha se acabaria:
 Si el capitan Garay viera tu rueda,
 Bien con su lanza audaz la clavaria.
 En un cerro una esquadra estaba queda
 De indios, á la mira que haria,
 El Capitan por ellos va rompiendo,
 Y en él todos á puja rebatiendo.

Rompíolos, y al romperlos fué herido:
 Miráronle los indios si caía,
 Y viendo como en tierra no ha caido,
 Sin órden cada cual allí huía.
 El Capitan tras ellos ha corrido;
 En esto su caballo se tendía,
 Y muerto feneciósse la pelea,
 De que el indio no poco se recrea.

Acuden los soldados, como vieron
 Caer su Capitan con el caballo;
 De presto en otro al punto le pusieron;
 Procuran al real luego llevarlo.
 Los bárbaros al punto se huyeron;
 La trompa á recoger toca: dejallo
 Conviene al enemigo. En estos cuentos
 Murieron, segun ví, mas de doscientos.

Recógese la gente muy gozosa
De ver quedar el campo muy poblado
De la soberbia sangre belicosa
Del indio, en estas partes señalado.
Era cierto esta gente muy famosa,
Su fuerza y su valor tan estimado,
Que toda la provincia la temia,
Y muy grande respeto le tenia.

El Capitan, que á todos gobernaba,
Fortísimo y valiente era en la guerra:
Por aquesta razon le respetaba,
Sin su gente, gran parte de la tierra:
Y aunque él en estos llanos habitaba,
Tenia alguna gente allá en la sierra,
Los cuales á su tiempo le servian,
Y á su mano y dición siempre acudian.

Con esto estaba el perro tan pujante,
Que á todo el mundo junto no temia,
Juzgándose asi solo por bastante
Contra la tierra toda y monarquía.
El nombre de cristiano, y lo restante
Pensaba de acabar solo en un dia,
Y no le falta ayuda de paganos,
Que vienen de los pueblos mas cercanos.

En tanto que nosotros celebramos
El triunfo de victoria muy gozosos,
Y aquel siguiente dia reposamos,
Los indios despoblado temerosos
La tierra adentro huyen: despues vamos
En busca de Rui Diaz muy gozosos,
Que huyendo del tiempo adverso y duro,
Tomó en San Salvador puerto seguro.

Adonde en su ribera deleitosa,
De todos los desastres olvidados,
Nos tuvimos por gente muy dichosa,
En vernos ya de asiento allí poblados;
Con gozo celebrando la famosa
Victoria de mancebos esforzados
Contra el soberbio indio belicoso,
Y en todo el Argentino mas famoso.

A priesa cada eual hace morada,
Que de maderos hay gran aparejo,
Y teniendo su carga descargada,
Por Juan Ortiz se parte Melgarejo.
No siento le da pena la tornada,
Que aunque es el Capitan ya cano y viejo,
A trabajos está tan avezado,
Que no se halla bien si está parado.

Aquí, pues, los dejemos, descansando
Los unos y los otros muy gozosos,
El tiempo en regocijos empleando
Por los campos y prados deleitosos:
A Juan Ortiz volvamos, que penando
Está con sus soldados lastimosos:
Al que quisiere ser bien informado,
Será en otro canto relatado.

CANTO DECIMO-QUINTO.

En este canto se trata de las crueles y terribles muertes que los indios daban à los cristianos cautivos.

De aquello que una vez se hubo estrenado
El vaso nuevo guarda, como vemos,
El gusto y el olor: lo que es usado
Por largo tiempo en hábito tenemos,
Y tanto en natural se ha transformado,
Que siempre con lo tal bien nos habemos:
Y así dejar costumbre muy usada
Es cosa muy difícil y acabada.

Oí, cierto, una cosa muy galana
De un hombre cuartanario, que decia,
Teniendo ya salud entera y sana,
Que sin gusto y contento ya vivia:
Estaba ya tan hecho á su cuartana,
Que por falta su ausencia la tenia.
Mirad qué es la costumbre, y de qué suerte,
Que dicen, que mudarla es par de muerte.

Estoy ya tan cursado en esta historia
En males infortunios y descuentos,
Qué aquello que tuviera otro por gloria,
Tratar del enemigo y sus lamentos,
No daba tanto gusto à mi memoria;
Y así me parecía los acentos
Faltaban por tratar yo de alegría,
Por dó vuelvo à cantar como solía.

La gente desdichada zaratina,
De la esperanza estaba muy colgada:
El que esperando está siempre imagina
La cosa que le está mas apropiada;
Y cuando vé mudanza repentina,
Tras ella su memoria vâ guiada:
Que el ánimo dudoso tiene aquesto,
Que acà y allà se muda muy de presto.

Estaban congojosos, esperando
 Que vuelvan los navios al concierto:
 Ya viene Melgarejo navegando,
 Dejando la mas gente allà en el puerto.
 El buen Capitan entra pregonando,
 Que el perto zapican quedaba muerto,
 Y que iba ya huyendo de corrida,
 Su ejèrcito y su gente de vencida.

Con placer le reciben de alegria,
 Y todos con la nueva se alegraron,
 El roto campo y gente, artilleria,
 En la zabra y bajeles embarcaron.
 La zabra el Uruguay entrado habia,
 El caual los pilotos no acertaron:
 Ni basta izar trinquete, ni el antena,
 Que fuertemente encalla en el arena.

Los bergantines suben prestamente
 A descargar el hato que llevaban,
 El Guaranì acudiera diligente
 A ver que los cristianos esperaban.
 Recibidos de paz, y prestamente
 Los indios à su casa se tornaban;
 Y en breve à dos cristianos han traído,
 Y que otros dos traerán han prometido.

Venidos los bajeles, y buen viento,
 La zabra desencalla del bajo,
 Sin recibir de aquesto algun tormento,
 Que piedras por aquí no tiene el rio.
 Al puerto se llegó con gran contento,
 A donde el Guaranì volvió con pio
 De haber de los rescates castellanos,
 Y trajo por rescate dos cristianos.

El capitan Garay hecha tenia
 A Juan Ortiz la casa en que viviese,
 Y cada cual la suya se hacia,
 Por tener un rincon dó se metiese.
 El Juan Ortiz en este proveia,
 Que de hoy en adelante se dijese
 Y nombrase *Vizcaya* el Argentino;
 ¡Mirad el ambicion del Vizcayno!

Despues al Paraguay determinaba
Que vayan á traer mucha comida:
Al capitan Garay acompañaba
Rui Diaz, que procuran la manida
De Cayú, que en las islas habitaba.
Allà los dos caminan de corrida,
Primero con Chanaes encontraron,
Y de ellos, dos ó tres aprisionaron.

De aquí los dos pasaron adelante
En busca de comida, y en el rio,
Que dije Igeipopè; dò està triunfante
El indio Guaraní, que es un gentío,
Como hemos dicho ya, en maña pujante.
Sin otra presumpcion ni desafio,
En los indios asalto dan bravoso,
Cuando el sol asomaba luminoso.

Habian estos indios abscondido
Sus hijos y mugeres, y pensaban,
En viendo algo seguro su partido,
En nuestra gente dar, y así hablaban,
Diciendo, pocos son: mas fuè sabido
El falso que en secreto concertaban;
Y así salen huyendo por las vegas,
Dejando de maiz muchas hanegas.

Tres casas y buhios se dejaron,
Con docientas hanegas bien colmadas
De maiz, y otras cosas que se hallaron,
Y estaban sò la tierra sepultadas.
Los soldados las casas les quemaron,
Y fueran con los nuestros ya quemadas.
De un indio que lo andaba maquinando,
Si no estuviera Arevalo velando.

El capitan Garay con sus soldados
Camina á la Asumpcion con mucha priesa;
El capitan Rui Diaz, (bien cargados
Los suyos de comida y de la presa,
Que fueron cuatro indios señalados,
Y entre ellos de Cayù un hijo), atraviesa
A donde està el real, y en breve allega,
Y la comida y presa toda entrega.

La nave vizcayna se me aqueja,
 Que de ella no me acuerdo: està plantada
 Allá en un arenal, á dò la deja
 Juan Ortiz, de gente mal poblada.
 Parèceme que queda como oveja
 A lobos desambridos entregada:
 De cuando en cuando van á visitarla,
 Mas la gente se teme de guardarla.

Y no quiero culparles, pues que tiene
 Cualquiera, acá dó estamos, sobresalto,
 Pensando cada cual que le conviene
 Rogar á nuestro Dios, que de lo alto
 Envie su socorro: que si viene
 A dar el enemigo algun asalto,
 Sin duda perecemos, porque vana
 La guarda es sin la guarda soberana.

Un caso contaré, que manifiesta
 En su tanto y manera esta sentencia,
 De como humana guarda poco presta,
 Si està en contra divina Providencia.
 Sucede á media noche una molesta
 Y triste desventura, diligencia
 No basta ã le impedir, porque la casa
 De Juan Ortiz se torna hecha brasa.

Al punto que la gente reposaba,
 Un fuego se emprendió, el Adelantado,
 Segun pareció ser, despierto estaba,
 A priesa sin parar se ha levantado:
 El viento al fuego fuerza acrecentaba,
 La casa y quanto tiene se ha abrasado,
 Que mientras mas va, el fuego mas se atiza,
 Y vuelve todo en polvo y en ceniza.

¡Eterno Dios! que azotas y castigas
 Los hombres por razones esquisitas,
 Que de tormentas, hambre, sed, fátigas,
 Trabajos, guerras, cosas infinitas
 He visto? Y sé Señor, que mas obligas
 Aquel á quien castigas, y le incitas
 A que ande entero siempre en tu servicio:
 Mas no conoce el malo el beneficio.

Metióse Juan Ortiz en su navio,
 Adonde su hacienda está guardada;
 No cura de hacer ya mas buhio,
 Que la zabra la tiene por morada.
 La guarda se le hace junto al rio,
 La gente por el campo está poblada
 En sus chozas de paja, sin abrigo,
 Con no poco temor del enemigo.

Al arma un dia se toca: alborotados
 A todos los vereis, porque asomaban
 El piloto mayor y los soldados,
 Que la nave sin guarda la dejaban.
 A todos los vereis amedrentados,
 Las damas y doncellas lamentaban,
 Los hombres desmayados, suspirando
 Andaban por la plaza divagando.

Llegó, pues, esta gente que guardaba
 La nave vizcaina, y en llegando
 Al piloto unos grillos luego echaba
 El Juan Ortiz la cosa exagerando.
 El preso su venida disculpaba,
 El miedo por escusa presentando,
 Diciendo: "que en la nave à la ventura
 Estaba, y beneficio de natura."

Aquel Cayù, que dije, que huyendo
 Salió con los demas, y que dejara
 Captivo el hijo, vuelve ya corriendo,
 El rio Uruguay atravesára.
 Algunos de los suyos le siguiendo
 A Juan Ortiz pescados presentára,
 Con lágrimas y ruego significa
 Lo que con alma y vida le suplica.

Que en rescate del hijo una graciosa
 Mozueta tome, pide; así pensando
 Cumplir su voluntad tan deseosa,
 Su rostro y hermosura exagerando:
 Y dícele: la tome por esposa,
 Y mientras, él está aquesto tratando,
 El Juan Ortiz la moza recibia,
 Y al indio sin su hijo en paz envia.

En este tiempo ¡O cosa lastimera!
 Flecharon al dichoso Chavarria:
 Aqueste á los Chanaes les cupiera,
 Al tiempo que la presa se partia:
 Ordenado de grados supe que era,
 Versado en natural filosofia,
 Discreto, sábio y muy caritativo,
 De mucha habilidad y seso vivo.

Es justo deste quede gran memoria,
 Que su fin lo merece lastimoso,
 Y pues llevò la palma de victoria,
 Gozoso le nombremos y dichoso.
 Yo espero nuestro Dios le dió la gloria,
 Que yo le conocí por virtuoso,
 Y oidme aquesta grande maravilla,
 Que mas me mueve à envidia que à mançilla.

Sacàronle los indios del poblado
 En un pantano grande anegadizo,
 Y en un palo le ponen amarrado,
 Y flechas dãn en él como granizo.
 Quedó en breve tiempo tan cuajado,
 Cual vemos el pellejo del herizo
 De sus agudas puas, tal estaba,
 Y con esfuerzo grande así hablaba.

“Eterno Dios, el alma te encomiendo,
 Que el cuerpo miserable que padece,
 (Aunque está este tormento padeciendo)
 Mayor por mis pecados él merece.”
 Estando estas palabras él diciendo,
 El bárbaro cruel mas se embravece,
 Y Chavarria en Cristo contemplando,
 El *Miserere mei* está cantando.

Cual suelen cazadores por el Soto
 Con perros y sabuesos voceria
 Alzar, así hiriendo á este devoto,
 El crudo barbarismo lo hacia.
 Estaba ya su cuerpo todo roto,
 La sangre hilo à hilo del corria,
 Mas él no deja el canto de consuelo,
 Que espera de tener paga en el cielo.

Y oid, mi buen Señor, aquí otra cosa,
 Que tiene en confusion à estos paganos,
 Por ser á vista de ojos espantosa,
 Segun lo refirieron tres cristianos.
 Captiva uno esta gente perniciosá,
 Y sácanle los ojos, pies y manos
 Le cortan con malvada y gran fiereza
 Y dicen que está vivo. ¡Qué grandeza!

Juan Gago este cautivo se decia:
 De Guadalupe mozo virtuoso,
 En Logrosan, mi patria, me servia
 Al tiempo que dejara yo el reposo.
 A la Virgen purisima Maria
 De Guadalupe, dice este dichoso:
 “En este punto sed vos mi abogada,”
 Y acude à su costumbre tan usada.

Dios sabe cuanto yo lo he procurado
 Sacar de cautiverio por mil vias,
 Y el trabajo y las hambres que he pasado,
 Andando tras los indios muchos dias.
 En muy grandes trabajos me he arrojado
 Por mi propia persona, y con espías,
 Y nunca he sido en ello de provecho:
 Acaso Dios hará con él su hecho.

Juan Barros de los indios fué cautivo,
 En tiempo de D. Pedro, en los Beguaes:
 Mataron otros, mas aquíeste vivo
 Criaron, que era niño, y à Chanaes
 Le venden (aqueste hombre de que escribo
 Algun tiempo traté): Chiriguanaes
 Le cautivan, y tiempo mucho estuvo
 Entre ellos, y muger é hijos tuvo. (1)

Aqueste Juan de Barros cierto vide
 Que hizo gran provecho à los cristianos:
 Que Dios todas sus cosas siempre mide
 Con divinos secretos soberanos.

(1) *Juan de Barros fué cautivo de niño; crióse entre los indios; casáronle y tuvo hijos: cuando fuimos se vino á nosotros, trayendo su muger é hijos; yo se los bauticé, y á él le casé con su muger.*

No sabe el triste hombre lo que pide,
 Lo mas cierto es dejárselo en sus manos:
 Esta consideracion en verdad hago,
 En el negocio siempre de Juan Gago.

• Estaban, sin los dichos, mas cautivos,
 Que asimismo mataron estos perros,
 Empalando y flechándolos aun vivos,
 Y tambien desgarrándolos con hierros;
 Y por mostrarse crudos y nocivos,
 En vida á muchos meten en entierros,
 A dó mueren de hambre, cruda, perra,
 Y vivos sepultados só la tierra.

Aquí quiero no quede por olvido
 Un caso que me viene á la memoria.
 Del grande Patriarca enriquecido
 De bienes duraderos en la gloria,
 Seráfico Francisco ha merecido
 Un hijo suyo palma de victoria,
 En tiempo de D. Pedro le mataron,
 Y el caso de esta suerte me contaron.

Estando este bendito religioso
 Hincado de rodillas en el suelo
 Con grande devocion, el envidioso
 Agaz, tirano indio, sin recelo
 Le flechá: mas al punto un luminoso
 Nublado descender se vé del cielo,
 Y en el subir á todos parecia
 Una doncella, bella en demasia. (2)

Los indios con aquesto se espantaron
 De suerte, que á él con otros compañeros
 Que habian muerto, á todos enterraron,
 Llorando porque fueron carniceros
 De aquel bendito fraile que mataron.
 Y están en su temor hoy tan enteros
 Los descendientes de ellos, que recelo
 Tienen que les venga fuego del Cielo

(2) Muerte maravillosa de un religioso de San Francisco.

A nuestra historia, pues, dando la vuelta,
 Cayú de su hijuelo deseoso,
 Tras el Garay se fué, que à vela suelta
 El rio arriba iba sin reposo:
 Y cuenta como al hijo no le suelta
 El Juan Ortiz, y pidele lloroso
 Que le escriba una carta, en que le ruegue
 Que su querido hijo se le entregue.

Es Yamandù en aquesto el trujamante,
 Que es primo del Cayú; muy confiado
 Está, porque poniéndose delante
 De nuestro Juan Ortiz, Adelantado,
 Harà con su saber y buen semblante,
 Que quede Juan Ortiz bien engañado:
 Mas uno piensa el bayo (allá en Castilla
 Se dice) y otro es él que le ensilla.

Con priesa Cayú vuelve en compañía
 Del falso Yamandù, que confiaba
 Que muy presto al sobrino llevaria,
 Que Garay en sus cartas lo rogaba.
 Con ánimo gallardo y alegria,
 Al Capitan el preso demandaba;
 La gente dice toda, pues tenemos
 El pajaro en la mano, ¿què hacemos?

No quiero referir las opiniones,
 Juicios y pareceres diferentes,
 Que habia en el real, y locuciones,
 Coloquios y corrillos entre gentes,
 Todos daban sus causas y razones,
 Al parecer de muchos suficientes:
 De Yamandù se trata, si conviene
 Se prenda, ò que se vuelva como viene.

El Yamandù, como hombre cauteloso,
 Procurando librar à su sobrino,
 Mostròse muy alegre y muy gozoso,
 Y dice à Cayú vuelva su camiuo,
 Porque èl está ya hà dias deseoso,
 De estar entre cristianos, y así vino
 Con fin de bautizarse y ser cristiano:
 Y desta suerte habla al primo-hermano.

“Cayú, bien vés cual quedo entre cristianos,
Y tu hijo tambien: tén buena cuenta,
Que guardes de malicia bien tus manos,
Y cosa contra aquesto no se sienta:
Que tratas con los indios Zapicanos,
Ni Guaraní por pienso en tal consienta,
Que al punto que haya tal, entrambas vidas,
De tu hijo y de mí, serán cumplidas.”

“Yo quedo con contento y alegría,
Asi se lo decid á mis parientes:
Mirad que mucho hà que yo os decia,
Que habian de venir de lejos gentes.
Dejados de esa vana fantasia,
Mirad que no podeis ser tan valientes
Que deis cabo de tantos: sed ya buenos,
Poned à vuestras almas duros frenos.”

Con esto y otras cosas que hablaba,
El falso Yamandú disimulando
Su pretension fingida procuraba,
Diciendo desear ser bautizado:
Y tanto esta ficcion suya duraba,
Cuanto de la Asumpcion se hubo llegado,
Como diré despues, que agora siento
En Santa Cruz un mal levantamiento.

Tratemos dél agora, que sucede
En tanto que lo pasa el zaratino
Muy mal, y yo aseguro que bien puede
Ponerse él de Toledo ya en camino,
Sino quiere ser causa de que rueda
Don Diego con su gente al Argentino,
Y con su rueda dé tal estampida,
Que el Perú venga todo de caida.

CANTO DECIMO-SEXTO.

Levántase D. Diego de Mendoza en Santa Cruz de la Sierra: sale el Virey D. Francisco de Toledo del Perú, con gran ejército en su demanda.

Con su saber astuto y cauteloso,
Sintiendo la pujanza que Adam lleva,
Y viéndose no ser tan poderoso,
Que pueda entrar con él en lucha y prueba,
En el jardín de vida deleitoso,
Satan tomó por medio á nuestra Eva,
Que vencerle, sabia, no pudiera
Si solo la batalla acometiera.

Contra el hombre quedó Satan tan diestro
Que si vencerle quiere con pujanza,
Como viejo, sagaz y gran maestro,
En una muger pone confianza;
Y el caso que no puede muy siniestro,
Por medio de muger puede y alcanza:
De modo que de diez partes de males,
Los nueve con muger causá cabales.

Cuan claro aquesto vemos en el cuento
Del pobre de D. Diego y de Zurita,
Pues solo por poner muger asiento
En el iglesia, y que otro se lo quita,
Se comenzó tan gran levantamiento,
Que al reyno del Perú plata infinita
Le cuesta, y aun buen triunfo le costára
Se él de Toledo no lo remediára.

Las mugeres de aquestos dos trabadas,
Comienzan de sembrar tan gran zizaña,
Que yendo ya las cosas mal guiadas,
Se fragua en poco tiempo gran maraña.
El Zurita tenia desganadas
Las gentes, y à D. Diego el diablo engaña:
Al Zurita que manda allí, prendia,
Y al Audiencia Real preso le envia.

Un Diego Gomez, hombre marinero,
 Con su pretension mala le traía
 Al pobre de D. Diego al retortero;
 El Cabildo en aquesto le elegia,
 En el lugar que estaba de primero,
 Zurita, que á los Charcas habia ido:
 Pues veis Gobernader D. Diego alzado,
 Y el propio del gobierno despojado.

Don Diego á los alcaldes prende luego,
 Con otros que condenan su desigño,
 Y viendo alborotado andar el juego,
 Los Salázares salen de camino.
 La nueva al Perú vuela como fuego,
 Y el D. Diego con grande desatino
 Mató á los Salazares, procurando
 Quedarse para siempre gobernando.

Don Franciseo, virey de tanta fama,
 Y en servicio del Rey muy estimado,
 Sabido este negocio, echa derrama,
 Y en breve grande ejército ha juntado.
 A gente de valor y suerte llama,
 Y el hecho con presteza concertado:
 La cordillera se entra muy pujante,
 Echando un caballero de delante.

Aqueste es D. Gabriel, que de su tierra
 Y sangre hereda esfuerzo Placentino: (1)
 A Santa Cruz le envia de la Sierra
 Con gente de la suerte que convino,
 A que rompa por paces ó por guerra
 Del triste de D. Diego su destino,
 Despues, dando la vuelta, que pretenda
 En Ibitupuá ganar hacienda.

Don Francisco se vá por otra parte,
 Por Presidente queda el de Quinones:
 Aqueste caballero con gran arte
 El Audiencia regia y escuadrones,
 Temiendo de su industria el fiero Marte,
 De su sagacidad y discreciones:
 Que tanto era el ardid que allí mostraba,
 Que en la guerra las letras encumbraba.

(1) D. Gabriel de Pamagua, natural de Placencia.

A Don Diego la nueva llega en esto,
 Que de parte del Rey se hace gente,
 De Santa Cruz, se sale muy de presto
 A las horcas de Chaves diligente:
 En llegando despacha muy de presto
 En casa Ibitupuá, indio valiente,
 Diciéndoles, se junten mano armada,
 Y no dèn al Virey paso ni entrada.

Que si el Virey se le entra por la tierra,
 Que vivirá en eterna servidumbre;
 Que habrá de conquistar toda la Sierra,
 Sin dejar lo mas alto de la cumbre:
 Que ahora podrá bien darle la guerra,
 Para librarse de esta pesadumbre;
 Que perfecta prudencia es y cordura,
 Gozar en la ocasion la coyuntura:

El indio le responde, que guardase
 Su tierra, y que jamas no pretendiese,
 Que en cosa con los suyos le ayudase,
 Que allá D. Diego solo se lo hubiese.
 Que no tiene temor que nadie entrase
 En su tierra, por fuerza que trajese,
 Que de ánimos constantes tiene un muro,
 Y fuerza, con que vive muy seguro.

Ibitupuá, ó *viento levantado*,
 Aqueste indio se llama, es de gran brio,
 Magnánimo, valiente y esforzado,
 De muy grande valor y señorío:
 En grande rectitud tiene su estado
 Sujeto por su esfuerzo y poderío:
 En toda la comarca es muy temido,
 Y muchos favorecen su partido.

Entre los suyos hizo llamamiento,
 Y désque á todos juntos los tenia,
 Les hizo un concertado parlamento,
 Diciéndoles el fin que pretendia.
 “Aquesta tierra, dice, es nuestro asiento,
 A nadie de derecho otro venia;
 Por tanto el nuestro propio defendamos,
 Y la vida por él todos pongamos.”

“Yo he puesto diligencia en mis agujeros
 Y hallo buen presagio en cuanto veo,
 Y espero que saldrán bien verdaderos,
 Cortados á medida del deseo:
 Y veros tan valientes y guerreros,
 Cual sé lo sois, y siempre yo lo veo,
 Me pone nuevas fuerzas y me anima
 A conquistar los Charcas, Cuzco y Lima.”

“Noticia tengo ya de como viene
 El soberbio cristiano, mano armada:
 En las horcas de Chaves se detiene
 Don Diego con su gente levantada,
 De todos el resguardo nos conviene,
 Y guardar nuestra tierra libertada;
 Que si cualquiera de ellos nos venciere;
 De nosotros hará lo que quisiere.”

Bebiendo de la chicha y del brevage,
 Que habia para ello el aparejo,
 Celebrado con grita y con corage
 De todos fué el acuerdo y el consejo.
 En medio de la junta, de buen trage
 Un indio se levanta, cano, viejo,
 Con manta que parece fina grana,
 Y en el brazo de plata una chipana.

Aqueste con muy grande reverencia
 Al gran Cacique dijo, convenia
 Despachase con mucha diligencia
 A Condurillo.—Izoca: “mas valdria,
 Responde muy soberbio, sin paciencia,
 Matar toda la sangre vieja y fria,
 Pues quita á los osados corazones
 La causa de venganza y ocasiones.”

El viejo Tabobá con pecho fiero,
 A Izoca respondió: “mal has hablado,
 Contino la tuviste ser parlero,
 Sin seso, sin verguenza, deslenguado:
 A ti junto con otro compañero
 Haré entender quien soy en estacado.”
 Izoca acude al arco que traía,
 De presto Ibitupuá los despartia.

Las tazas andan tales y los mates,
 Que el acuerdo se vuelve en vocería;
 Allí se disputaban mil debates,
 Y cada cual su caso difería.
 Con borradas razones y dislates,
 El uno al otro dice vencería,
 Aunque traiga consigo por ayuda
 La isla Jamaíca y la Bermuda.

Una India que las tazas ministraba,
 Muy vieja lagañosa y colmilluda,
 A todos los mancebos animaba
 Con su lengua mordaz y tartamuda:
 Entre otras muchas cosas que hablaba,
 Aquesta razon dice la barbuda :
 “En medio el Paraguay y Perú estamos
 Aquestos y á los otros resistamos.”

Gran grita y alarido levantaron
 Los indios en le oír estas razones:
 El dicho con aplauso celebraron,
 Cesaron diferentes opiniones.
 El consejo con gozo consumaron
 Conformes en el alma y corazones,
 Sujetándose al dicho de la vieja
 Y así cada cual dellos se apareja.

El nuestro Paniagua placentino,
 Con gente muy lustrosa y muy lucida,
 Con ánimo de fuerte paladino
 Comenzó, como dije, su partida.
 Y tan pujante fué, que de camino
 La tierra á su dición quedó rendida.
 Don Diego de esperarle ya cansado,
 A Santa Cruz, enfermo, se ha tornado.

De manos y de pies Dios le ha tullido;
 Que es lástima de ver al caballero,
 Que aun obras naturales no ha podido
 Sin ayuda hacer de otro tercero.
 A Santa Cruz de vuelta ya venido,
 De D. Gabriel le viene un mensajero
 Con cartas del Virrey, y prometidas
 Del propio, y Gomez y Avila las vidas.

Llegando D. Gabriel á aqueste puesto,
 Que las horcas de Chaves es llamado,
 Halló como D. Diego con el resto
 De su gente ya habia caminado.
 Las cartas despachando muy de presto,
 Con los suyos se queda allí alojado,
 Que adelante pasar no se podia,
 Que la tierra de aguas se cubria.

A Santa Cruz las cartas llegan breve;
 El Avila ha ayudado en esta parte,
 Causando que se haga lo que debe
 Hacerse, aunque siguiera el estandarte
 Contrario: mas agora no se atreve,
 Por ver del de Toledo la grande arte,
 Y que el D. Diego está sin pies y manos,
 Y aquellos que le siguen son tiranos.

El órden que te dió, que desistiese
 Del mando y del gobierno que tenia,
 Y al Cabildo y Consejo se lo diese,
 Que aquestos dicen todos convenia.
 El Gomez, que fué causa que hiciese
 Don Diego la contada demasia,
 Y fuera al parecer su grande amigo,
 En viéndole sin mando, fué enemigo.

Desiste, pues, D. Diego de su mando,
 Y deja que el Cabildo gobernase,
 Por aquesta manera procurando
 Que el Virrey su delito perdonase.
 Algunos de su parte y de su bando
 Le dicen al Virrey se presentase:
 Que en ver su poca culpa y su inocencia,
 Sin duda que usaria de clemencia.

El Cabildo enviar procura luego
 A D. Gabriel la nueva de este hecho:
 Salgado sale ya sin grande ruego,
 Mas no sin gran doblez de inicuo pecho.
 De Santa Cruz, saliendo como fuego,
 A las horcas de Chaves vá derecho;
 Veinte mancebos lleva arcabuceros,
 Y mas cincuenta infantes muy guerreros.

Don Diego del negocio ya arrepiso,
Pensando de volver el juego en maña,
A Salgado le ha dado por aviso,
Que mate á D. Gabriel con su compañã.
El indio Chiriguana nunca quiso
Venir en el concierto y la maraña;
Que si el indio en el concierto consintiera,
Don Gabriel con su gente pareciera.

El hecho de esta suerte se guiaba,
Que llegado Salgado con su gente
A donde D. Gabriel y el campo estaba,
Seria recibido alegremente,
Por el socorro y nuevas que llevaba:
Y que despues, un dia de repente
Marchando con los suyos el Salgado
Revuelva sobre el campo descuidado.

Con sus arcabuceros de delante
Habia de ir Salgado y sus flecheros:
Paniagua tras él con el restante
En dos tercios, y que él con los primeros
Revolviese á traicion, con tal semblante
Que pensasen ser indios los postreros:
Hicieran desta suerte todos alto,
Y así Salgado diera un crudo asalto.

Llegado, pues, Salgado donde estaban
Paniagua y los suyos alojados,
De todos con la nueva se holgaban,
Por ver ir los negocios bien guiados:
Y con esto de presto se aprestaban
Para dar en los indios no domados:
De Ibitupuá, digo, el valeroso,
Valiente, astuto, sábio y belicoso.

Salgado se ofreció que con su gente
Irã en la delantera de contino,
Recíbese su oferta alegremente,
Que D. Gabriel no sabe su destino.
Mas el malvado piensa prestamente
En efecto poner su desatino;
Y así para efectuar el crudo hecho
Descubre con los suyos su mal pecho.

Al tiempo, pues, que ya lo concertaba
 De dar en D. Gabriel que vá marchando,
 El indio guaraní lo revelaba,
 Que con Salgado iba caminando.
 Y aunque el Salgado bien se lo rogaba,
 No quiere el guaraní seguir su bando,
 Que dice, que de andar está cansado
 Tras D. Diego, que siempre le ha burlado.

A D. Gabriel el caso refiriendo
 El guaraní con pecho y osadía,
 Y toda la maraña descubriendo,
 Que trabada Salgado ya tenia,
 Al tiempo que la iba mal tejiendo,
 El hilo conocido descubria
 El triste de Salgado, de tal suerte,
 Que vino á fenecerse con la muerte.

Colgóle D. Gabriel y prestamente,
 Despacha á Santa Cruz de aquel paraje
 Los indios Guaranies, y la gente
 Que dije que vinieron, y un mensaje
 A D. Diego le envia diligente,
 La palabra le dando y homenaje,
 Que venga, que al Virey hará servicio,
 Y que él le será en todo muy propicio.

Don Diego en esto, y Avila pensando,
 Que en su negocio hacen mucho hecho,
 A los Chareas caminan, procurando
 Llevar siempre camino muy derecho.
 A D. Diego el temor le vá acusando,
 Aunque Avila le pone alegre pecho;
 Las aguas con gran fuerza le apuntaban,
 Y volverse por esto procuraban.

Sabiendo en Santa Cruz como querian
 Volverse, porque el Gomez lo ha tratado,
 Diciendo que las aguas ya venian,
 Y no estaba el camino aparejado:
 A Diego Gomez presto le prendian
 Y al Audiencia le envian á recado.
 Don Diego no desiste del camino,
 Que tullido y enfermo á Mizque vino.

Ibitupuá, que estaba muy pujante,
 Espera á Don Gabriel con pecho fiero:
 No viene el Placentino muy triunfante
 Que le quita la fuerza el mal tempero:
 Las aguas tambien mira de delante,
 Y el importuno tiempo venidero,
 Y viendo como todo le adversaba,
 Batalla solamente presentaba.

Y aunque nunca romper ha procurado,
 Con todo, el enemigo se mostrando
 Tan fuerte, que á los nuestros ha apretado,
 Y del todo á romper les obligando
 Algunos rompimientos ha formado,
 En que lo mas seguro se llevando
 El Español, el bárbaro moria
 Cantando la victoria que perdia.

Al fin, porque convino así hacerlo,
 Retíranse los nuestros, que imposible
 Al bárbaro será en breve vencerlo,
 Que habita en una tierra muy terrible:
 Lo que es mas principal para cogerlo,
 Y es cosa hacedera y muy posible,
 Prenderles las mugeres, que prendidas
 Darán en trueco dellas dos mil vidas.

Es cosa de notar de aquesta gente
 En como á su muger ama el marido,
 Que ni hijos, ni padres, ni pariente
 En tanto tiene: y sé que ha sucedido
 Venir tras su muger muy diligente,
 Y dar en trueco un hijo muy querido
 El indio con tristeza lastimera,
 Por verse sin su dulce compañera.

Zeloso suele ser y recatado
 El indio con la india que es su amada,
 Y dó quiera que va la lleva al lado
 En tanto que no ve que está preñada:
 Despues suele decir; ya está ocupado
 El vientre, y ocupada la posada,
 Si mi muger no hubiere de guardarse
 Mi obra ya no puede despintarse.

Salió pues D. Gabriel de entre esta gente
 Sin hacer el efecto pretendido,
 Que el invierno le estaba ya presente,
 Por dó dejar la guerra ha convenido.
 De Chuquisaca en esto el Presidente
 Quiñones con socorro se ha partido,
 En busca del Virrey va caminando,
 Que á Condurillo viene atravesando.

Al tiempo que el Virrey entró en la Sierra
 Con cuatrocientos hombres bien armados,
 Con otra mucha gente de la tierra
 De todos adherentes pertrechados,
 Con fin de reducir por paz, ó guerra
 Al indio guaraní con sus estacós,
 La tierra considera, y la demarca
 Desde un pueblo que llaman Chalamarca.

De aquí por su mandado á priesa fueron
 Tres hombres con despachos y recados
 A Tucuman, dó en breve se pusieron,
 Que en el camino estaban bien cursados.
 Con esto en Tucuman presto tuvieron
 Noticia de Don Diego y de sus hados.
 Al Paraguay tambien la nueva viene
 Al tiempo que velarse le conviene.

En tal término y punto está la cosa,
 Que si Don Diego á caso allá bajára,
 Hallára nuestra gente deseosa
 De cualquiera revuelta y se holgára.
 Mas quiso con su mano poderosa
 El Alto remediar; que si la alzára,
 El Argentino todo se perdiera
 Y en aprieto al Perú todo pusiera.

Alguna vez oí á mis oídos,
 Que Don Diego venia levantado,
 Y ví que se holgaban los nacidos
 En la tierra del caso relatado.
 Los pechos de estos fueron conocidos
 Cuando despues se hubieron rebelado
 En Santa-Fé, en aquel levantamiento,
 De que yo en su lugar la verdad cuento.

De allí de Chalamarca pues envia
Despachos el Virrey, como contamos,
Al Rio de la Plata, que temia
El mal que en esta historia ya apuntamos.
A Zárate despacha recta vía,
En busca de unos indios Comogamos;
En Condurillo habita aquesta gente,
Y así es dicho el cacique, muy valiente.

Tambien salió el Virrey á la otra mano,
Por sierras cordilleras de boscage:
En partes pocas hay camino llano,
Que todo es cordillera este parage.
El asiento de Manso está cercano:
Seguro estoy si fuera allá el bagage
Y pueblo, el buen Virrey allí poblára,
Que mucho á su pretense le importára.

Con gran pujanza vá el Virrey siguiendo
Su derrota y camino comenzado:
El indio guaraní se está riendo,
Por ver que el aparato es escusado;
Y en viendo al Español, tira huyendo
De lejos, el motin haciendo usado:
Don Francisco y su campo van marchando
La vuelta del Perú ya deseando.

Aquí quedan cansados los carneros,
Allí desmaya ya y muere el caballo,
Desean muchos hombres verse en cueros
El hato dejan ya por no llevarlo.
A los Chareas salieron mensageros,
Quiñones se dá priesa, que encontrallo
Al Virrey con socorro determina
En el asiento y pueblo de Tomina.

Marucare en aquesto muy furioso,
Huyendo de su asiento y de su casa,
Porque en quemarla nadie esté gozoso,
El propio la ha dejado hecha una brasa.
Con Taboba el valiente y ardidoso,
Sus mugeres y chusma presto pasa
De allí, y tan adentro se ha metido,
Que no podrá jamas ser ofendido.

El buen capitan Zárate bajando
En busca del asiento Condurillo,
Con tan grande trabajo atravesando
La tierra, qué temor me dá escribillo,
Los dias y las noches caminando,
Al fin el indio hubo de sentillo;
Y aunque de sobresalto los cogieron,
La mugeres é hijos escondieron.

Tres casas y buhios muy crecidos
Aquí Zárate halla, dó su gente
Aloja: que los indios escondidos
Vacios los dejaron prestamente.
De á poco con cautela son venidos,
Con cruces en las manos de repente,
Diciendo, que huyeron temerosos,
Y de la cruda muerte recelosos.

Al Capitan decian y culpaban,
Porque nunca avisó de su venida,
Que dias hà que todos deseaban
A los cristianos ver, que conocida
Su bondad y valor, determinaban
La tierra esté al cristiano sometida;
Y porque ellos esto conocian,
Las cruces en señal de ello traian.

Al Capitan con esto procuraban
Entretener los indios, pretendiendo
Hacer así mejor lo que ordenaban,
Y andaban con gran priesa y maña urdiendo.
En tanto que la junta concertaban,
El Capitan su farsa conociendo,
Un fuerte ha fabricado muy aina
De brava palizada, y de fagina.

Apenas está el fuerte fabricado,
Y las paredes del no medio hechas
Estaban, cuando el campo se ha quajado
De los indios, que vienen por sus trechas,
Gran grita y alarido han levantado,
El aire y tierra cubren con las flechas.
La guerra fué sangrienta y bien reñida,
Mas huye, al fin, el indio de vencida.

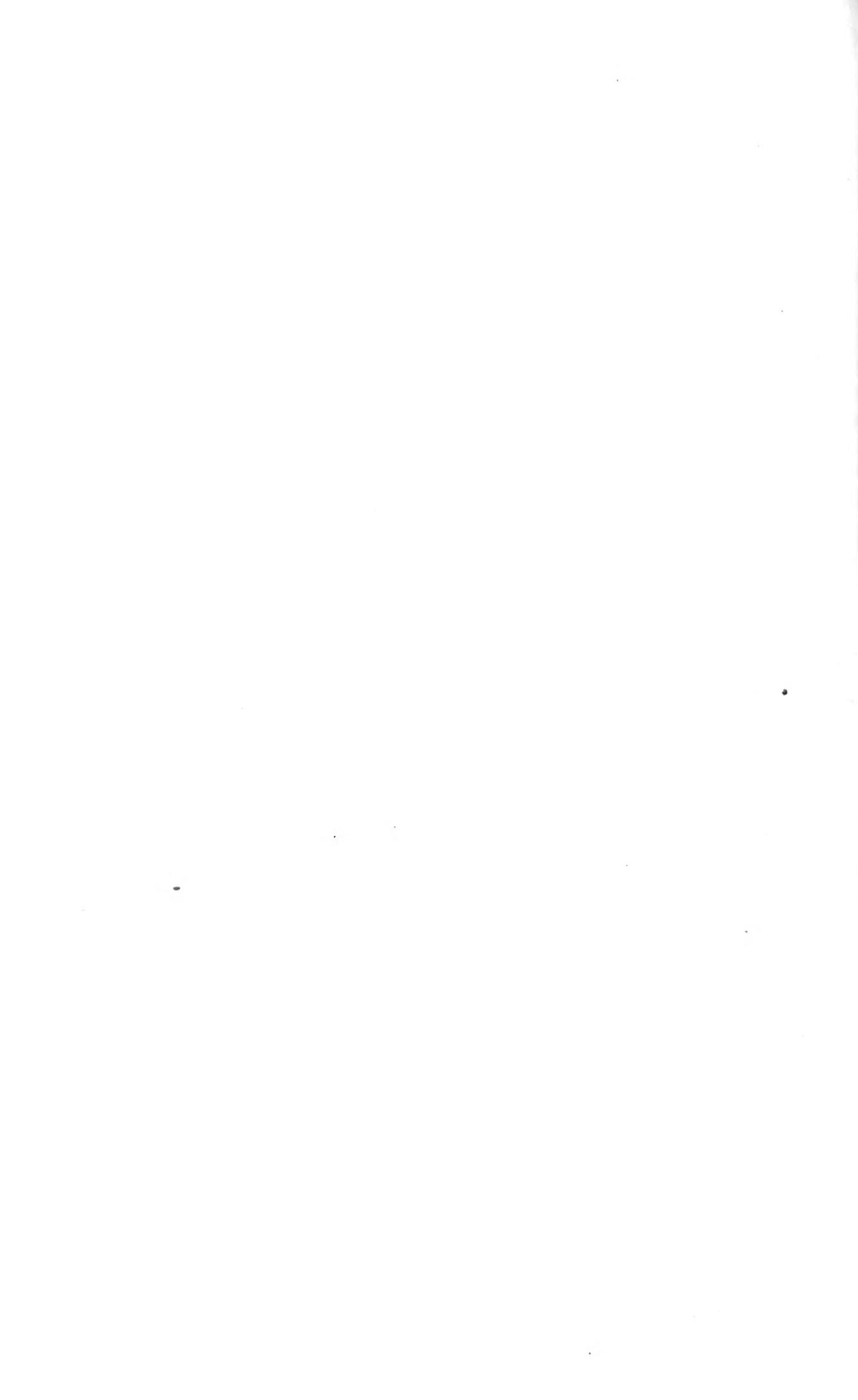
Los muertos y heridos muchos fueron
De parte de los indios, porque habia
Ochenta arcabuceros que hicieron
Como gente española de valía.
De tres ó cuatro vivos que cogieron,
Traidos acá al fuerte, se sabía
Que los indios llevaban en los brazos
A sus casas los hechos ya pedazos.

De los nuestros quedaron mal heridos
Algunos, pero pocos de esta guerra:
Los indios á gran priesa son metidos
Por la espesura grande de la sierra.
De á pocos dias fueron descendidos,
Bajando el capitan á ver la tierra;
Y á quince que en el fuerte se quedaron,
Las cabras, como dice, acorralaron.

La tierra toda junta se ha juntado
Haciendo para el caso llamamiento,
A los quince del fuerte han apretado
Y puesto en confusion y gran tormento:
Muy grandes baterias les han dado,
La cosa andaba en mucho rompimiento,
Cuando dando la vuelta los cristianos
Del fuerte se retiran los Paganos.

El Capitan estuvo allí tres dias
Rehaciendo su gente; y como viese
Que el estar mas allí, por todas vias,
Dañoso era, ordenóse que se fuese
En busca del Virrey y compañías,
Que no se sabe de él á dó estuviese.
Mas él, tan gran camino vá haciendo,
Que sin poder errar le van siguiendo.

De presto todos juntos se juntaron,
Y dando ya la vuelta presurosos
Con el buen Presidente se encontraron,
De que todos se hallan muy gozosos.
A sus casas alegres se tornaron,
Aunque todos venian perdidosos:
D. Diego de Mendoza tambien viene,
Y oid en otro canto el fin que tiene.



CANTO DECIMO-SEPTIMO.

En este canto se trata de la muerte y justicia que hizo el Virrey D. Francisco de Toledo, de D. Diego de Mendoza en Potosí, y del gran Señor Topamaro en el Cuzco.

Aquel es de valor y grande estima
Que sabe con prudencia gobernarse:
Diremos con razon tener la prima
Aquel que vemos sabe resguardarse
Con gran maña en el arte de la esgrima,
Y à su tiempo procura señalarse:
Aquí apuntando el golpe por lindo arte,
Y al fin haciendo el lance en otra parte.

Aunque el Virrey la causa publicaba
De su salida ser el Chiriguana,
Y al principio de aquesto se trataba,
En Don Diego de dar tiene mas gana.
Y así al punto luego se tornaba,
Sabiendo Santa Cruz estaba llana;
Que no estando la causa sosegada
Allá fuera el Virrey de mano armada.

Bien claro se mostró, pues prevenia
Al Perú, y á las demas gobernaciones,
Que á priesa á todas partes escribia
De Don Diego las vanas pretensiones.
La nueva á Tucuman presto venia,
Que mas vuelan los tres que unos halcones:
Tambien allega al Rio de la Plata
Dó Juan Ortiz echaba la bravata.

Responde con soberbia al mensagero,
Mostrandole desnudo el viejo pecho,
Que diga à Don Francisco, que harnero
Lo tiene por servir al Rey, bien hecho:
Y que tiene de ser siempre el primero
Dó fuere menester ser de provecho:
Que estan muy enseñadas ya sus manos
A derramar la sangre de tiranos.

Mas no fueran bastantes, si bajara
 Don Diego, sus bravatas y sus fieros,
 Que mucha gente moza le ayudara,
 Que al fin eran antiguos compañeros:
 Y así la cosa acaso le obligara
 A buscar su remedio, y agujeros
 A donde se meter à priesa listo,
 Que no estaba en la tierra muy bien quisto.

Mas no tuvo Don Diego tal designo,
 Que puso en el Virrey toda esperanza,
 Que habrà de perdonar su desatino,
 Y así sale con esta confianza:
 Y no ha bien concluido su camino,
 Y à Diego Gomez vido que le alcanza;
 Que preso le traian, y á recado,
 De que à Don Diego mucho le ha pesado.

D. Francisco saliendo de la guerra,
 A Potosì se fué, que deseaba
 Juntar los naturales de la tierra,
 Porque esto al Gran Filipino le importaba:
 De los valles los trajo, y de la sierra,
 Y en breve mucho número ha juntado,
 Y pòneles la tasa en los jornales
 Del trabajo y labor de los metales.

Los indios son en graude muchedumbre,
 Que nunca acabaremos describillos:
 Difieren en los trajes y costumbre,
 Y así se diferencian sus aillos:
 Subidos en los altos de la cumbre
 Del cerro, acà parecen pajarillos:
 Sacando allì el metal de sus mineros,
 Acà al pueblo lo bajan en carneros.

Los ingénios los muelen muy aina,
 Por muy graciosa traza y artificio;
 Y hecho ya el metal cual pura harina,
 Se hace con azogue el beneficio.
 En breve sale piña y plata fina,
 Y muchas veces hace bien su oficio
 El azogue, quedando tan entero
 Segun y como estaba de primero.

El grande laberinto, que de Creta
Es dicho, con razon puede llamarse
El cerro Potosí, à dò una veta
A muchos enriquece; y engañarse
A otro fuerza tanto, que se meta
En ella hasta vivo sepultarse;
Quedando sò la tierra sepultado
A vueltas de la plata que ha buscado.

Estando aquí el Virrey, D. Diego viene
Al asiento llamado de Tomina,
A dò un Corregidor, que el pueblo tiene,
Al punto que lo vè con èl camina,
Prendiendole, que quiere que se suene
Que èl mismo á le prender se determina:
A Potosí lo lleva diligente,
Y el pobre de D. Diego và doliente.

A las casas reales fuè llevado,
A dò està la Real Hacienda, y plata:
Allí lo tienen preso, y á recado,
En tanto que su causa se vé y trata.
No estuvo muchos dias, que acabado
En breve su negocio, no dilata
D. Francisco el castigo que queria
Hacer, segun entiende convenia.

La villa Potosí alborotada
Vereis andar la gente dolorosa:
Sabido la sentencia estaba dada,
Y que la ejecucion era forzosa,
Decian “¡Ha de ser ejecutada
La sentencia de muerte rigurosa!”
Algunos se metieron de por medio,
Mas nunca pudo darse algun remedio.

Al fin, pues, eu la plaza fabricaron
Un famoso cadalso muy de presto,
Y al pobre de D. Diego le sacaron
Subido en una mula muy de presto.
Al tablado llegando, celebraron
Su muerte, con dolor y luto puesto;
Sintiendo pena de ello y gran mancilla
Los galanes y damas de la Villa.

Tambien á Diego Gomez, el que habia
 Al triste caballero aconsejado,
 Colgaron; y lo mismo aqñeste dia
 Al Avila hicieran, que sacado
 Con estos tambien fuè, y ya queria
 El verdugo colgarle: encaramado
 Estuvo en los postreros escalones,
 Y à grande priesa viene el de Quiñones.

A no llegar con priesa y diligencia
 Perdiera sin falta Avila la vida;
 Que el verdugo ejecuta la sentencia
 Si no viene Quiñones de corrida.
 Por señal el bordon de Su Excelencia
 Traia, que es señal muy conocida;
 Perdonan al que està medio difunto,
 Y parece nacer en aquel punto.

En su túnica y sogá muy revuelto,
 Pensando ser vision y que soñaba,
 A la cárcel ha sido luego vuelto
 En tanto que su causa se trataba:
 Al fin saliò de à poco libre y suelto,
 Y de gozo y placer no se hallaba;
 Que es burla muy pesada y que espanta
 Verse un hombre la sogá à la garganta.

Si solo imaginar un sentenciado
 Que habia de morir al otro dia,
 Le hizo que el cabello sea tornado
 De negro, blanco, luego encanecia: (1)
 Quien se vido en la escala levantado,
 Y al verdugo que echarle ya queria,
 Diremos que ha probado el trago fuerte
 De la descomunal y cruda muerte.

¡O muerte, cuan amarga es tu memoria!
 Al hombre que en sus varios bienes fia,
 De Reyes, y no Reyes has victoria.
 De noche nos combates y de dia,
 En esta vida triste transitoria,
 Que al tiempo mas florido se desvia.
 Habiamos de tenerte por espejo,
 Por regla, por medida, y por consejo.

(1) En Valladolid aconteció esto á un caballero, por lo que fué perdonado de los
 Reyes Católicos.

Aquel santo consejo celebrado,
 Que dice, del morir nos acordemos
 En todas nuestras obras bien notado,
 Seguro que *in æternum* no pequemos,
 En nuestro cristianismo consagrado,
 Creido, y aun sabido bien tenemos,
 Que ataja la memoria del tormento
 Y muerte, y gloria al malo pensamiento.

No finjo santidad ni hipocresía,
 Que sè soy pecador desconocido:
 Mas digo que en el tiempo que tenía
 La muerte al ojo, siendo muy sabido,
 Que de hambre morian cada dia,
 En la parte que arriba he referido,
 Tenia la conciencia tan medida,
 Cual nunca jamas tuve yo en mi vida.

La muerte de si tiene dar tristeza,
 Por no saber el hombre el paradero:
 Que si deste se tiene la certeza
 Alegre es aquel trance y placentero:
 Dejar un mundo tal, y tal vileza
 Habia de dar gozo muy entero,
 Y en lugar de tristeza gran consuelo,
 Pues vemos que salimos de este suelo.

Una generacion muestra contento
 Al tiempo de la muerte, y hace fiesta,
 En lugar del funesto sentimiento,
 Que hace la española gente mesta.
 Si se tuviese el buen conocimiento
 De aquesta triste vida tan funesta,
 Con la muerte contento se tenia
 Tomándola por gozo y alegría.

Julio Solino cuenta una costumbre
 De aquellos hiperbóreos tan nombrados;
 Empero estos carecen de la lumbre
 De Fé: aquestos, dice, que causados
 De vivir, y teniendo pesadumbre
 De ver tardar la muerte, muy untados
 Con cierta uncion, habiendo bien comido,
 Pecando así, se dan fin dolorido.

En Tomahavi vide una estrañeza,
 Que es digna de contarse de camino:
 En un pantano grande de llaneza
 De tierra, está temblando de continuo,
 A dõ llegando perros, sin pereza
 Bailando como recio torbellino,
 Se arrojan en la fuente dõ se cuecen,
 Y vivos con su baile allí perecen.

Parece que el morir les dà contento,
 Y asì muestran querer aquella muerte,
 Y vemos frecuentarse aquel asiento
 De perros, y morir de aquella suerte.
 Yo vide aquesto propio que aquí cuento,
 Que por juzgar el caso yo por fuerte,
 A verlo fuí, y los perros que allá fueron
 Bailando ví, en la fuente perecieron.

El cisne, blanco, bello, dicen; suele
 Cantar cuando la muerte le es vecina,
 Que dejar esta vida no le duele,
 Teniéndola por triste y por maligna.
 Razon es, pues, mas justa se consuele
 El hombre racional, que à Dios se inclina,
 A quien, si vive bien, tiene guardada
 Allá en el cielo Dios mejor posada. (2)

Pues vemos que no es cierta y duradera
 La ciudad que habitamos sin firmeza,
 Busquemõs la que es firme y verdadera,
 Que dure para siempre en gran alteza.
 La muerte viene á priesa muy ligera,
 No es justo espante al bueno su fiereza.
 Temerla es natural, mas sea de suerte
 La vida, que no pese de la muerte.

Sabía bien la vida que habia hecho
 El vaso de eleccion, y deseoso
 De ver á Jesu-Cristo satisfecho,
 Que muriendo tenia gran reposo:
 Pedia con instancia ser desecho,
 Y disuelto del cuerpo trabajoso,
 Creyendo gozaria en guadio eterno
 A Cristo, sumo bien, con fin superno.

(2) Como cuando el Cisne siente llamarle su fin, que muera; dijo Dido á Eneas.

Pero, aquel que no sabe ni está cierto,
 Mas antes con razon muy temeroso
 Lo que ha de ser de si despues de muerto,
 Con la vida se halla muy gozoso.
 Así lo experimenta quien concierto
 No tiene en su vivienda: el virtuoso
 No huye de la muerte, cuando entiende
 Que en ella hallará lo que pretende.

Pregunten à los Màrtires gloriosos
 De los falsos tiranos affigidos,
 Si iban à la muerte muy gozosos
 En verse por Jesus ser perseguidos.
 No estaban de su prêmio recelosos,
 Mas con firme esperanza guarnecidos,
 Creian les estaba aparejada
 La corona de gloria consumada.

Esta hizo al pastor, aunque primero
 Por divino secreto fué librado
 De la càrcel, que esté como cordero
 Humilde á aquel nerónico mandado:
 La misma à su querido compañero
 Le convida à que sea degollado;
 Y como acá en su vida ellos se amaron
 En la muerte tampoco se apartaron.

Esta à Bartolomé hizo que diese
 Por su Señor la vida y el pellejo:
 Esta al buen Andres hizo muriese
 En una cruz, con ser ya cano y viejo:
 Esta hizo à Santiago que volviese
 Otra vez à Judea, donde aparejo
 Hallò de conseguir la merecida
 Corona que tenia prometida.

Aquesta à los Apòstoles gloriosos
 Les hizo que sufriesen con contento
 La muerte, y à los monges religiosos
 Hacía se privasen del sustento.
 ¡Qué de santos están ahora gozosos
 Que por esta sufrieron gran tormento!
 Que dà muy gran esfuerzo à la buena alma
 Tener allá en la gloria prêmio y palma.

El indio Topamaro no sabia
 Despues de muerto el fin de su jornada,
 Y tanto de la muerte se temia,
 Que diera al de Toledo sugetada
 La vida á servidumbre, aunque tenia
 En otro tiempo fuerza señalada.
 Mas el proverbio, y vulgo dice y grita,
 Que viva la gallina con pepita.

Aqueste en Vilcabamba residia
 Con Incas, y valientes compañeros ;
 Y como por Señor él se tenia,
 Formaba allà sus leyes y sus fueros.
 A cristianos jamas él ofendia,
 Ni supe que hiciese desafueros :
 En sus tierras se estaba retirado,
 Y de los suyos era respetado.

Algunos de los cuales acudian
 Al reino del Perú y sus poblados :
 Con ellos muchos indios se metian
 En Vilcabamba, siendo maltratados
 De aquellos españoles que servian:
 Que muchos suelen ser desatinados
 De tal suerte en mandarles lo que quieren,
 Que hacen que los indios desesperen.

D. Francisco, que siempre procuraba
 En el real servicio señalarse :
 Como supo que este indio se jactaba
 De ser Señor, acuerda de tornarse
 De Potosí, y al Cuzco se bajaba ;
 Y sabiendo podia confiarse
 De Loyola, esta empresa le ha nombrado,
 Y en breve mucha gente le ha entregado.

Martin Garcia Loyola, caballero
 Era del hábito de Calatraba,
 Discreto, afable, sábio, compañero:
 En cosas de justicia se mostraba
 Con grande rectitud muy justiciero ;
 De remiso ninguno le notaba,
 Porque, de mas de ser sábio y prudente,
 Es vivo como azogue y diligente.

Saliendo á la conquista ha padecido
 Grandísimos trabajos y fatigas:
 En gran tiempo no hubieron parecido
 Los indios, aunque son mas que hormigas.
 Loyola, porque vé el campo afligido, (3)
 Siguiendo aquestas gentes enemigas,
 Con solos dos soldados parte un dia,
 Con un esfuerzo grande y osadia.

En luengo un grande rio caudaloso
 Con sus dos compañeros fué bajando
 Tres dias, y en un prado verde umbroso
 Que el rio con sosiego va bañando,
 Metido en una choza al valeroso
 Topamaro le ha hallado reposando,
 Sin gente, que no saben la venida
 Del Capitan Loyola ã su guarida.

Una cadena le echa á la garganta
 De fino oro, muy rica y bien labrada:
 El Inca luego al punto se levanta,
 Sintiendo de esto pena muy sobrada.
 Loyola con sus dos victoria canta,
 Juzgando por dichosa tal entrada:
 Rio arriba se vuelve placentero,
 Triunfando del cautivo y prisionero.

Saliò de Vilcabamba victorioso,
 Y en la ciudad del Cuzco entra triunfando
 Del triste Topamaro doloroso,
 Que su miseria viene lamentando.
 Hallóse él de Toledo tan gozoso,
 Y el caso de tal suerte exagerando,
 Que al licenciado Polo, su teniente,
 Le dice le deguelle prestamente.

El licenciado Polo le responde,
 Que no quiere èl hacer esa torpeza:
 Que no halla derecho, ni por donde
 A aquel Inca cortarle la cabeza;
 Y que si causa él tiene, y no la absconde,
 Se la muestre, y harálo sin pereza:
 Mas sin otro recado, que no quiere
 Ponerse al riesgo y mal que le viniere.

(3) *A este caballero casó el Virrey D. Francisco de Toledo con Da. Beatriz Lucaya, hija del Inca, y prima hermana de este Topamaro que él prendió.*

El Virrey replicó, que lo hiciese
 Como justicia suya, y su teniente :
 El Polo se resume en que escribiese
 De su mano el mandato, y que se asiente;
 Que no quiere algun tiempo le pidiese
 Del Inca aquella muerte algun pariente.
 El Virrey ordenó luego un escrito
 Del Inca publicando su delito.

Al punto que se supo de su muerte,
 Que ejecutarse manda, se juntaron
 En breve tanta gente de su suerte,
 Que toda la ciudad alborotaron.
 Y aunque fué rogado, estuvo fuerte
 El Virrey, que con él no aprovecharon
 Los frailes, y un Obispo que decia,
 Que á España á Topamaro llevaria.

Al fin en una mula le sacaron,
 Con un pregon su culpa publicando,
 Que los indios por él se levantaron,
 Aquesto iba el verdugo pregonando.
 Tantos indios en esto se juntaron,
 El Cuzco de tal suerte alborotando,
 Que necesario fué que le rogasen
 Al Inca que mandase que callasen.

Allá en el cadáso pues subido,
 El Inca en alto levantó la mano,
 Al punto el alboroto y el ruido
 Cesó: porque veais si aquel pagano
 De sus indios sería bien temido.
 En esto determina ser cristiano:
 Bautízale un Obispo que está al lado,
 Y al punto la cabeza le han cortado.

Fué tanto el alarido y vocería
 Que los indios entonces levantaban,
 Que el mundo parecía se hundia
 Y las cosas ya todas se acababan.
 En tanto este negocio sucedía,
 Los tristes zaratinos lo pasaban
 Allá en nuestro Argentino de tal suerte,
 Que el mal allí menor era la muerte.

De su hambre y desastres trataremos,
Siquiera porque alguno haga memoria
De piedad, y á Dios le rogaremos,
Que tenga à los finados en su gloria;
Y en esto de esta hambre hablaremos,
Como à quien cupo parte de la historia;
Que tal me vide à veces, que rabiaba
Por comer, mas comida no hallaba.

Y así probé manjares, y guisados
Jamás de hombres humanos conocidos.
Allí fueron los monos celebrados
Por cabritos, y más enternecidos,
Tigres, osos, leones, desusados
Manjares, de la hambre convencidos,
Comíamos: empero tal me vía,
Que con la hambre pura no dormía.

Viniendo de la iglesia una mañana,
Que había sacrificio celebrado,
Una comadre mía, Mariana,
De su pequeña choza me ha llamado,
En una isla dè antes la tirana
Le había à su marido sepultado,
Y oíd lo que me dice muy gozosa,
Aunque del hecho suyo recelosa.

Un solo perro había en el Armada
De gran precio y valor para su dueño,
Llamado entró ese día en su posada,
Mas nunca más salió de aquel empeño;
Porque ella le matò de una porrada,
Al tiempo del entrar, con un gran leño;
Mostràndolo me dice: “¿què haremos?”
Yo dije: “asad, Señora, y comeremos.”

Comímonos el perro con secreto,
Aunque ella su negocio exageraba
Por malo: mas yo dije, que el precepto
De no hurtar, jamás se quebrantaba
En casos semejantes; que el concepto
Muy bien en la escritura se esplicaba;
Que entre los sabios es muy ordinario
Carecer de la ley lo necesario.

CANTO DECIMO-OCTAVO.

En este canto se trata cuan mal lo pasaba la gente de Juan Ortiz en San Salvador, y como, ido al Paraguay, murió, dejando por Gobernador á su sobrino Diego de Mendieta.

Pobreza, dice el vulgo, no es vileza,
Ni menos hambre ó de otros bienes falta
Mas hace vengá el hombre en tal bajeza,
Y mas cuando la gracia de Dios falta,
Que no basta el valor y la nobleza,
Que sobre el bajo cobre mal se esmalta:
El pobre jamas halla en cosa abrigo,
Y así, dice el refran, no tiene amigo.

¿Quien vido bizzarria y gentileza,
Crianza, policia y buen donaire
De galanes, y damas tal belleza,
Postrada por el snelo con desaire?
Al fin todo este mundo, y su braveza,
Su vana presumpcion, es humo y aire,
Y todo es burlería prestamente,
Sino servir á Dios Omnipotente.

La gente sin ventura zaratina,
Que digimos estaba rancheada,
La muerte cada paso por vecina
Tenia con la vida muy tasada.
Seis onzas dan escasas de harina
Hedionda, sin virtud, y mal pesada:
Así se vá la gente consumiendo,
Hoy diez, mañana veinte, se muriendo.

Sin esto Juan Ortiz daba baldones
A todos, con denuestos en la cara,
Al tiempo del partir de las raciones,
Por dò era la racion doblada cara.
“Malditos, endiablados comilones,
Tragones, apocados, gente avara,
Que os trage yo de España á sustentaros,
¿Qué os debo? estoy á punto por dejaros.”

¡Oh! cuantas veces, dijo un tesorero,
 (Hernando de Montalvo se decia)
 Si Dios llevase aqieste vocinglero,
 El miserable pueblo quedaria
 Alegre, muy contento y placentero,
 Y luego nuestro mal se acabaria:
 Mas suelen durar mucho aquestos tales,
 Para enmienda y castigo de mortales.

Con esta falta estando de comida,
 Llegó del Paraguay socorro y gente,
 Que habiendo allá llegado de corrida,
 Garay, la despachò muy prestamente.
 Celebròse con gozo tal venida,
 Porque era necesaria de presente,
 Que à tal punto llegò nuestra miseria,
 Que vide à un religioso en tal laceria.

Al bosque yendo un dia desganado,
 Muy falto de consuelo y de alegria,
 Encontré con un fraile muy honrado,
 Fray Alonso La-Torre se decia.
 De letras y virtud era dotado,
 A su Padre Seráfico servia:
 Preguntándole yo ¿Qué estais haciendo?
 Al punto este me dice respondiendò.

“Entiendo que en muy breve he de acabarme
 Y he salido á cortar, y no aprovecho,
 Madera: si os plugiese de ayudarme
 Haré para morir un candehecho,
 Que no espero jamas de levantarme,
 Segun estoy sin fuerzas y deshecho.
 Aqiesto me diciendo, hácia el cielo
 Los ojos levantando, dió en el suelo.

Yo viendo su fatiga, muy lloroso
 Y triste, que le amaba en sumo grado,
 De presto de aquel prado, verde, umbroso,
 Cortè para su lecho buen recado.
 Del suelo se levanta algo gozoso
 Por verme à mí, de varas bien cargado:
 Llevéscas à cuestras que el tal iba,
 Que ya no figuraba cosa viva.

Algunos otros vide en este estado,
Soldados, sacerdotes, religiosos:
Que no tiene respeto al esforzado
La vil hambre, ni teme poderosos;
Ni mira al que es filósofo ó letrado,
Ni menos à los nobles generosos;
Que al Papa, Rey, y bajo zapatero,
A todos los iguala por rasero.

El socorro que digo, pues, venido
Alegra nuestro ejército hambriento,
Y en gozo y en placer es convertido,
El pasado dolor y gran lamento:
Mas nuestro Yamandú ya arrepentido,
De estarse con nosotros tan de asiento,
En una tenebrosa noche y prieta,
Sin nadie lo sentir, huyendo aprieta.

No se tiene esperanza que parezca,
Ni que vuelva á nosotros de su grado,
Sino es para causar alguna gresca
Conforme à las demas que él ha forjado.
Roguemos, pues, à Dios que no se ofresca
En que el haga su oficio tan usado,
Porque él en hacer mal està tan diestro,
Que puede en el infierno ser maestro.

Gran priesa Juan Ortiz para partirse
En este tiempo tiene, el rio arriba;
Mas no podrá aquí Trejo escabullirse,
Pues materia nos dá que de él se escriba.
Por cierto que él que no sabe medirse
En su lengua, no siente en que se estriba:
Hablar, muy muchas veces ha pesado
A muchos; mas callar nunca ha dañado.

En el Perú sabemos que acontece
Perder por el hablar muchos la vida,
Y él que à hablar se atreve, mal padece;
Y escapa quien obrò, y merecida
La muerte bien tenia, que se ofrece
A veces tropezon en la corrida.
Gran cosa es el secreto y de gran precio,
Pues vemos no le tiene el hombre necio.

A Trejo, Juan Ortiz bien respetaba,
 Y por vicario puesto le tenia,
 En tanto que de arriba se enviaba
 El recado que en esto convenia:
 Es cierto (que yo lo ví) le regalaba,
 Con ser la falta grande en demasia,
 Al Trejo no faltó jamas comida,
 Mas él suelta su lengua desmedida.

En público está un día entre soldados
 Hablando de las cosas que hacia
 El Juan Ortiz: trató descompasados
 Negocios este Trejo en demasia;
 De suerte que ya tuvo amotinados
 A muchos con las cosas que decia:
 Entre ellas, dice, a queste es mal cristiano,
 Conviene muy en breve echarle mano.

Hacer informacion que roba á todos,
 Que nunca hace cosa en buenos puntos,
 Habiéndonos robado por mil modos
 A cada uno por si, y á todos juntos:
 Que trata á todos mal, y por los lados
 A todos echa; y de esto los trasuntos
 A nuestro Rey envíen en proceso,
 Y á vueltas en cadenas, él, y preso.

El Juan Ortiz, que supo esta maraña,
 Comienza de hacer informaciones;
 Conviértese el amor en pura saña,
 Y dice del vicario mil baldones:
 Al fin se dá en la cosa tanta maña,
 Que sube Trejo arriba con prisiones,
 Dejando en este puerto mal parada
 La gente que ha quedado de la Armada.

Partido Juan Ortiz, y comenzando
 A caminar por brazos, por esteros
 Que el rio por allí lleva, formando
 Mil islas de onzas, tigres, osos fieros
 Pobladas: mas no salen rescatando
 Los indios, como suelen, con sus cueros
 Ni carnes, ni pescado; que es indicio,
 Que quieren intentar otro ejercicio.

Sospéchase de cierto, pues no vienen
 Los indios al rescate acostumbrado,
 Que guerra concertada alguna tienen,
 Y el falso Yamandú la habrá forjado:
 Pues ya seguro estoy, por cierto, suenan
 Muy pocos arcabuces, que el soldado
 Desnudo, desarmado y desambrido,
 Cansado de remar, está dormido.

Al fin á Santa-Fé, tiempo gastando,
 Se llega, dò poco antes los vecinos
 Salieron à nosotros navegando
 En balsas, y canoas los Calchinos,
 Mepenes, Chiloazas voceando;
 Tambien salen por tierra á los caminos,
 Celebrando con gozo la venida
 A quien quitar quisieran alma y vida.

Estaba esta ciudad edificada
 Encima la barranca, sobre el rio,
 De tapias, no muy altas, rodeada,
 Segura de la fuerza del gentío.
 De mancebos está fortificada:
 Procura el indio de ellos el desvío,
 Que son diestros y bravos en la guerra
 Los mancebos nacidos en la tierra.

Subiendo, pues, el Rio de la Plata,
 Al Paraguay se llegua muy ameno,
 El cual con menos furia se desata,
 Y en su corriente viene mas sereno.
 Por sus riberas caza bien se mata,
 Que el campo de venados está lleno,
 Y en él muchos dorados y paties,
 Corvinas, palometas, y mandíes.

Con esto á la Asumpcion llega la gente
 Con gran placer, contento y alegría,
 Y con mucho socorro, que el teniente
 Al camino enviado nos habia.
 La gente paraguense alegremente
 A nuestro Adelantado recibia,
 El cual de à poco tiempo que ha llegado
 Abajo bastimentos ha enviado,

Holgó la gente, en ver que el bastimento
 Llegase à tan buen tiempo, que tenían
 Gran falta de comida y de sustento,
 Y mucha hambre todos padecian.
 Dejémoslos ahora en su contento
 Pues ha tan poco tiempo que plañian
 Que no durará mas el alegría,
 Que suele, al que es tahir, en su porfia.

La nao vizcayna, que plantada
 Dejamos en la tierra á su aventura,
 Habiendo sido de indios visitada,
 Con fuego la consumen su hechura.
 Mirad si fué la cosa bien pensada,
 En no dejar en ella criatura,
 Que allí fuera del fuego consumida,
 Sin poder escapar libre la vida.

El Juan Ortiz arriba con presteza
 Su oficio de justicia gobernaba,
 Con gran solicitud, y sin pereza,
 Quimeras nunca oidas inventaba.
 Aquel haberse visto en gran riqueza,
 Y verse de ella ageno, le cegaba
 Su razon de manera, que tropieza
 Por esto, é hiere siempre de cabeza.

No quiere sujetarse á otro consejo;
 El suyo, dice, que es el mas seguro.
 Un dia le hallé con sobrecejo,
 Pregúntole, qué hace? Dice, juro
 Por Dios, que si me viese en aparejo,
 Y á punto de perderme, y un maduro
 Me diese algun consejo, mas querria
 Perderme, que hacer lo que él decia.

Los reyes, yo le digo, que tomaban
 Consejo y parecer de sus letrados,
 Las ciudades tambien se gobernaban,
 Por hombres en las cosas mas versados:
 Y que solos aquellos acertaban,
 Que de consejo bueno son guiados.
 Antes, dice, querré se pierda todo,
 Que no tomar consejo de un beodo.

Vivió en el Paraguay algunos meses,
Poniendo á muchos malos duro freno :
Mas tuvo mil dislates y reveses,
Que fué de caridad quito y ageno.
De ver por cierto es, tucumaneses
Nunca gobernador hallaron bueno;
Los nuestros Paraguenes cosa mala
Jamás confesarán que hizo Irala.

Y no lo tengo cierto á maravilla,
Que aquesto del gobierno está en ventura,
Y mas cuando no acierta la cuadrilla
A ser de buena masa y compostura;
Que no basta razon para regilla,
Pues que carece della y de cordura:
Bien claro está que mal será regida
La cosa que no tiene en sí medida.

Los soberbios y vanos, los altivos,
Muy mal vemos que dejan gobernarse;
Los hombres zahareños, los esquivos,
Que no quieren á yugo sugetarse ;
Aquestos son muy malos y nocivos,
Y no puede con ellos bien tratarse.
¿Pues qué hará quien manda con tal gente
Que de toda razon es careciente?

Habrá de armarse el tal con un escudo
De gran paciencia y grande sufrimiento;
Pedir á Dios favor muy á menudo;
Mostrar con un sagaz contentamiento
Amor á cada cual, por torpe y rudo
Que sea, procurando que su intento
Con el divino sea regulado,
Con que en el gobernar será acertado.

En la Escritura vemos claramente
Constar esta verdad muy á la larga,
Cuando para regir Moisés su gente
Ayuda pide á Dios, y le descarga
De la carga pesada; en consiguiente
A aquellos buenos viejos se la encarga:
De Moisés y su espíritu quitando
Aquello que á los viejos Dios fué dando.

Aunque el Adelantado procuraba
 Guardar cuanto podia la justicia,
 Y al malo con presteza castigaba,
 Se veia que pecaba de malicia:
 Con todo en gran manera le cegaba
 Al tiempo el menester, mas su codicia:
 Por donde vimos todos claramente,
 Que estaba muy malquisto entre la gente.

El vulgo, en general, mal le quería,
 Y su vivir les daba grande pena;
 Y viendo que en la cama adolecía,
 Lo tuvieron los mas á dicha buena.
 El Santo Sacramento recibía
 En un dia, y estando casi agena
 El alma de su cuerpo, por gran ruego
 Testó, y apenas firma, y muere luego.

Murió con mucho ánimo y con brio,
 Diciendo, ¡si podremos con la muerte!
 Yo mismo se lo oí, ¿y desafio
 Haceis, entonces dige, con el fuerte?
 Mas ella dió con él al traves frio,
 Tomando contrayerba de esta suerte
 En el caldo deshecha, por huylla,
 Y hállala mas presto en la escudilla.

Habia Pedernera, un hombre viejo
 Rogádole la tome, que seria
 Remedio saludable y aparejo
 Para sanar del mal que padecia.
 Pues quiere aprovecharse del consejo
 Al punto que su vida fenecía,
 Quien de consejo en vida no curaba,
 Segun él poco antes blasonaba.

Dejó en su testamento declarado,
 Que sea su legítimo heredero
 La hija que en los Charcas ha dejado,
 Y aquel que fuere esposo y compañero
 Suceda en el gobierno y el estado,
 Segun como lo tuvo él de primero:
 Y mande y rija, en tanto que ella viene,
 Su sobrino Mendieta que allí tiene.

El cabildo y ciudad le han recibido,
Comienzan á llamarle *Señoría*;
Es mozo que veinte años no ha cumplido
Y en seso mayor falta padecía.
Désque se vé en su trono ya subido
A todos hace agravio y demasia :
Al tio yo le oí pronosticarlo,
Y harto duro estuvo de nombrarlo.

Nombròle coadjutor que le ayudase,
Que fué Martin Duré: mas el Mendieta
Dice á Martin Duré no le pasase
Por pensamiento tal, ni se intrometa
En cosa que hiciese èl ó mandase;
Que en el punto que tal cosa aeometa,
Sin duda le hará tan crudo juego,
Que tenga menester ageno ruego.

Quedando con poder solo absoluto,
Comienza de enfrascarse en desatinos,
En obras y palabras disoluto,
Haciendo mucho agravio á los vecinos.
Por verle en sus costumbres tan corrupto
Buscaban todos ya nuevos caminos,
Y yo quiero buscarle en canto nuevo,
Que ya en este decir mas no meatrevo.

CANTO DECIMO-NONO.

Trátase del mal gobierno de Diego de Mendieta, y de como fué preso en Santa Fé, y de como salió Garay al Perú; y volvió huyendo, y en su seguimiento el capitán Valero.

Refran es muy antiguo y muy usado,
Que el malo que tras otro sucediere
Hará bueno al que fuere ya pasado.
Al que el presente canto bien leyere
Serále aquesto bien manifestado:
Que si notarlo un poco bien quisiere,
Verá que Juan Ortiz era un bendito,
Mendieta, su sobrino, muy maldito.

Al tiempo que la muerte le apretaba
A Juan Ortiz, le oí que conocia
Que el pueblo su salud no deseaba:
“Yo soy malo, mas cierto que algun dia
Me haga alguno bueno.” Si rogaba
La vieja por aquel que mal regía
En Roma, si á Mendieta conociera,
Mentarlo un solo punto no quisiera. (1)

Subido ya en la cumbre de su gloria,
De toda cosa buena descuidado,
Juicio, voluntad, y la memoria,
En solas sus pasiones ha fundado.
Y aunque esto demandaba nueva historia,
Irá tan solamente aquí cifrado,
Que no quiero contar por las parejas
Sus cosas, que ofendiera las orejas.

Comienza, pues, Mendieta de cegarse,
Vencido de zelillos y locura,

(1) *Comun es aquello cuando la vieja en Roma rogaba por la vida de Commodo, que preguntada por la razon de ello, respondió: que porque habia conocido á sus antecesores, y que iba la cosa de mal en peor, y que así entendia, que si moria Commodo que vendria otro peor.*

De malos procurando acompañarse,
Hallando en ellos corte á su hechura.
No osaba de los buenos confiarse,
Por ser de diferente compostura:
A cuatro caballeros aprisiona,
Y con mil vituperios los baldona.

En grillos y colleras los ponía,
Y así los desterró por malhechores:
Y el pobre no conoce que se vía
Que todo lo causaban sus amores,
A cumplir su destierro los envía,
Mas oye Jesu-Cristo sus clamores:
Volvieron del camino, y así presos
Estan en tanto que hay nuevos sucesos.

Vicencio á esta sazon, dicen, dijera:
"Mal hace de prender Mendieta gentes
Sin culpa, y sin razon." Mas quien lo oyera
Denuncia con palabras diferentes.
Al fin vino la cosa en tal manera
Que encarta á los que estaban inocentes.
Vencido del tormento, y engañado,
Por dó fué luego á muerte condenado.

Al tiempo que en la horea está subido,
De su conciencia y alma temeroso,
Pública como en todo habia mentido
Por medio del tormento riguroso.
A voces testimonio fué pedido
De aquello que allí dice, y el furioso
Verdugo le colgó, que está compuesto
Que hiciese el oficio muy de presto.

Garay, que en Santa-Fé está teniente,
Con la muerte de nuestro Adelantado
Al Perú se salió con Pedro Puente,
Aunque Abrego impedirlo ha procurado.
A los Charcas llegando incontinente,
Habiendo su negocio relatado,
Procuran Doña Juana se casase
Con persona que bien les gobernase. (2)

(2) El Licenciado Torres de Vera y Aragon, siendo Oidor en Chile, fué Capitan General en la guerra.

Por suerte á Doña Juana le cabía
 El Licenciado Vera por marido:
 Por Oidor en los Charcas residía;
 La misma plaza en Chile hubo tenido;
 Y en su tiempo el Arauco le temía,
 Que á vueltas de las letras ha servido
 A nuestro gran Filipino con la espada,
 Andando tras la gente rebelada.

D. Francisco el Virrey, dicen, quisiera
 Casar á Doña Juana de su mano:
 A Garay le escribió que á Lima fuera.
 Las cartas del Virrey fueron en vano,
 Que el Licenciado Torres y de Vera
 Habia madrugado mas temprano;
 A Juan Garay hace su teniente,
 Y vuélvele á enviar muy brevemente.

Matienzo en este tiempo presidía,
 Y tiene del Virrey ya mandamiento
 Contra Garay, que á priesa residía,
 Temiendose de algun impedimento.
 Tras él el Presidente al punto envía
 A Valero, que sale como un viento,
 Y con las provisiones le requiere,
 Mas él, obedecerlas nunca quiere.

El buen Torres de Vera como entiende
 Aquesto, determina de partirse
 Al Rio de la Plata, que pretende
 Del Virrey y su ira escabullirse.
 Tras él saliendo Céspedes, le prende,
 Que no le aprovechò con priesa el irse.
 Triunfó Loyola de él con mucha estima,
 Y luego le despacha para Lima.

D. Francisco le tuvo aprisionado,
 En él ejecutando puras sañas;
 A cabo ya de dias se ha librado,
 Que el tiempo vemos cura mil marañas.
 A su plaza despues que se ha tornado,
 A cabo ya de dias tuvo mañas;

Como se vuelve á estar, aunque le quita
D. Diego cuando vuelve á la visita. (3)

Mendieta pensará ya que le olvido,
Por ver que en el Perú ando olvidado;
Habiendole yo mismo prometido
Decir aquí cuan mal se ha gobernado.
Andaba el sin ventura tan metido,
Y en fuego del amor tan abrasado,
Que las brasas de amor, y vivo fuego
Le tienen convertido en niño ciego.

Antiguos, que á Cupido celebrastes
Por Dios de amor, con arco y con saeta,
Y niño rapacejo le pintastes,
Con venda que la vista bien le aprieta;
No dudo sino que nos acordastes
Que habia de nacer este Mendieta:
Que si es ciego el amor y sin sentido,
No teneis que buscar otro Cupido.

Aunque á muchas mugeres requestaba,
Y á su gusto y mandado las tenia,
A una mas que á todas él amaba,
Que en hermosura á todas excedia.
Por esta de muy muchos se celaba,
Por esta á todo el mundo aborrecia,
Por esta tuvo origen su locura,
Por esta feneció su desventura.

Por esta muchas fiestas se hicieron,
Por esta se jugó sortija y cañas,
Por esta toros bravos se corrieron,
Por esta se hicieron mil hazañas:
Por esta algunos justos padecieron,
Por esta vide yo muchas marañas,
Por esta andaba el pueblo alborotado,
Por esta se han los cuatro desterrado.

(3) Visitando D. Diego de Zuniga la Audiencia de los Churcos, predicó á Juan Torres de Vera, Oidor, y al Doctor Barros, Presidente, y al Licenciado Contreras, Fiscal: quedó solo en la Audiencia el Doctor Peralta.

Por esta, una muger que fué nacida
 En el Brasil, muy vieja, con gran saña
 Me dijo: “Ay, mi señor, como perdida
 En otro tiempo, dice, que fué España
 Por la Cava, esta tierra dolorida
 Por esta lo será; y pues que daña
 La tierra tanto esta, procuremos
 Que salga presto della y sus extremos.”

Y aunque al Mendieta á veces sucedian
 Disgustos, pesadumbres á manojos,
 Y á él por esta causa aborrecian
 Algunos, y le daban mil enojos,
 Muy poco aquestas cosas le empecian,
 Que mas amaba aquesta que á sus ojos.
 Y así buen rostro á todos males hace,
 Y en su gusto á su gusto satisface.

En una noche un page hubo hallado
 Un papel bien cerrado, en que decia,
 Que mal á todas gentes ha tratado,
 Y agravia con molestia en demasia;
 Y que no siendo en esto moderado,
 El pago le dará Dios algun dia:
 El pobre con enojo loco y ciego
 Publica lo que dice el papel luego.

Comienza de hacer informaciones,
 Y prende á los que estaban inocentes,
 Y con algunas falsas relaciones,
 Con prision atormenta á muchas gentes.
 No sale con sus vanas pretensiones,
 Aunque pone calor y grandes dientes;
 Y así confuso deja la pesquisa
 Del libello, diciendo que era risa.

Tambien prendió á una dama, porque habia
 De la cárcel sacado á su marido,
 Con crudo corazon y tirania,
 En muy brava prision la hubo metido.
 La triste con dolor así decia,
 Su rostro de llorar muy consumido:
 “Adonde estás, Filipino ;Ay desdichada!
 Doliérase de verme maltratada.”

“Sabráslo, pues, Rey mio, si plugiere
 Al alto Rey de reyes, y sabido
 El castigo harás que mereciere,
 Quien con tanta crudeza me ha oprimido.”—
 “En tanto yo haré lo que quisiere,
 Mendieta la responde embravecido,
 Y vos prestad los pies á aquestos grillos,
 Que habeis, por mas que os pese, de sufrillos.”

Su marido de aquesta preso estaba,
 Con dos pares de grillos y cadena,
 Y aunque el Mendieta culpas publicaba,
 La mayor no pesaba como avena:
 Y como la muger se recelaba,
 El alma de temor y miedo llena,
 Al marido á sus cuestras ha sacado,
 Y en la iglesia y sagrado lo ha encerrado.

A personas muy muchas oprimia,
 A viejos Españoles muy honrados,
 Que á los mozos traviesos consentia
 En sus vicios andar muy desmandados.
 Con esto y otras cosas que hacia,
 Estaban los juicios ofuscados
 De todos, el remedio no esperando,
 Si no morir con pena suspirando.

Andaba la Asumpcion tan temerosa,
 Que padres á los hijos no hablaban,
 La muger del marido recelosa,
 Las madres de las hijas se guardaban.
 Justicia del Señor muy rigurosa,
 Las cosas de Mendieta figuraban
 Castigo en recompensa de pecados,
 De los presentes vivos y pasados.

Los Españoles viejos muy ancianos,
 Con su cabello blanco y barbas canas,
 A la importuna muerte ya cercanos,
 Cansados de sufrir cosas tiranas,
 Echaban á monton juicios vanos,
 Y fingiendo esperanzas muy cercanas,
 Formaban el remedio deseado,
 Y así crecía la pena y el cuidado.

Los clérigos y frailes muy á prisa
 Avisos para España despachaban.
 Mendieta en esto pone gran pesquisa,
 Las cartas en zapatos despachaban:
 El falso mensajero se lo avisa,
 Y como en los zapatos se hallaban,
 En callar se resumen suspirando,
 Que el hablar se juzgaba por nefando.

En esto á Santa Fé quiso bajarse
 Con vana presumpcion y bizarria,
 Que es víspera cercana de acabarse
 Sus quiméras y loca fantasía.
 De mucha gente hizo acompañarse,
 Que á fuerza de su grado le seguia,
 Apenas, como dicen, ha llegado,
 Y vése de prisiones rodeado.

La causa no pensada cierto ha sido,
 Que no pudo hallarse fundamento,
 Sino solo sentir como ha venido
 De arriba del supremo firmamento.
 Con Francisco de Sierra hubo tenido
 Palabras, atencion pido á mi cuento,
 Que no fué aquesta cosa fabulosa,
 Antes la juzgo yo por milagrosa.

Aqueste Sierra era muy honrado,
 Y de los naturales muy querido,
 Hombre de presumpcion y muy soldado,
 Por donde era de todos muy temido.
 Despues que las palabras han pasado,
 Mendieta le llamó, mas no ha querido
 A su mando ir, que se recela,
 Que Mendieta le llama con cautela.

A la iglesia se vá huyendo luego,
 Que al fin bien vale mas salto de mata,
 Que no de los amigos buenos ruego,
 Segun el comun dicho dice y trata.
 Mendieta sale al punto como fuego,
 Y cuando nuestro Sierra no se cata,
 De la iglesia le sacan sin recelo,
 Sin dejarle llegar los pies al suelo.

Como sacan del templo consagrado
 A Sierra con aquella pesadumbre,
 El pueblo todo junto alborotado
 Acude, y de mancebos muchedumbre.
 Salió gritando á voces un soldado
 Sin saber lo que es; que de costumbre
 Tenia de gritar; sueltan á Sierra,
 Y á Mendieta la gente, toda afierra.

El pobre desque vió como aferraba
 La chusma de él, procura escabullirse
 Con una poca gente que llevaba,
 Que con él determina de huirse.
 Como Sierra sintió que le dejaba,
 Apenas acabó de desasirse,
 Cuando con furia echó mano á la espada,
 La chusma le acudió de mano armada.

Juntóse el pueblo todo con él luego,
 Y viendo que Mendieta fué huyendo,
 Cercáronle la casa, y pegar fuego
 Querian; mas sintiendo el gran estruendo
 Mendieta, con temor pide á gran ruego
 Le dejen: la canalla le está oyendo,
 Que dice, "por amor de Jesu-Cristo
 Cesad, que de mandar yo me desisto."

El pueblo sosegó de aquel bullicio,
 Y piden que dé fé un escribano
 Como Mendieta cede de su oficio
 Que aquesto dicen ser á todo sano.
 Nuestro Rey lo tendrá por gran servicio;
 El pueblo dice que este es un tirano;
 Hágase aquí de todo buen proceso,
 Y vaya este traidor á España preso.

Con él se habian, huyendo, retraido
 Galiano de Meira, el bullicioso,
 Y Ochoa vizcaino, su querido;
 No sè cual de ellos era mas vicioso.
 El pueblo con instancia le ha pedido
 Que si quiere tener algun reposo
 Aquestos eche fuera de la casa,
 Sino que le harán en breve brasa.

Su perdicion el pobre conocida,
 Hablándoles está de esta manera:
 “Muy bien sabeis, amigos, por la vida
 Se ha de aventurar cosa cualquiera:
 Salid, porque pasada esta corrida,
 Y vuelto yo á me ver en talanquera,
 Yo os juro que de aquestas opresiones
 Muy largo vengareis los corazones.

Salieron, que el salir era forzado:
 Los alcaldes los prenden. A Mendieta
 Dejéronle salir acompañado
 De guardas, porque temen no acometa
 Hacer apellidando mal recado,
 Que alguna gente viene, aunque secreta.
 Que le puede ayudar; mas el famoso
 De Tebas, contra dos no es provechoso.

Con las guardas salía á pasearse
 Al campo, por tomar algun consuelo:
 No deja con lamentos de quejarse
 De su triste ventura, y crudo duelo.
 “¡Habrà algun tiempo, dice, de acabarse
 Mi pena, mi dolor y desconsuelo!
 Tendrán cabo mis males algun dia,
 Pues lo tuvo mi gozo, y mi alegría!”

¡A que duro diamante no ablandára!
 ¡A que leon cruel no conmoviera!
 ¡A que hircana tigre no amansára!
 ¡A que pecho mortal no entermeciera,
 Si el principio y el fin considerára
 De aqueste sin ventura, su quimera!
 Aquel verle en su trono colocado,
 Y ahora por el suelo derrocado.

Maldita seas, Fortuna, loca, insana,
 Ingrata, desleal y fementida,
 Cruel, injusta, pérfida, profana,
 Invida, desleal, desconocida,
 Traidora, sin verdad, perra, tirana;
 Mudable, sin compas, descomedida;
 Seguid de la Señora sus preceptos
 Que mas tiene de aquestos epitetos.

Anduvo, pues, el triste y afligido
 Mendieta, algunos dias de esta suerte,
 Confuso, sin favor, aborrecido,
 Y aun temeroso mucho de la muerte.
 En esto su proceso concluido,
 Echáronle en prision segura y fuerte,
 Con fin de despacharle preso á España:
 Y oid de aqueste hecho una maraña.

Despáchanle con gente y marineros
 En una muy hermosa caravela:
 El alcalde Espinosa con mil fieros,
 Con su gente le hace centinela:
 Sin pasar veinte dias bien enteros
 A San Gabriel llegaron, porque vuela
 La nave, como un vivo pajarito,
 Tambien con Espinosa su barquito.

Espinosa se vuelve désque habia
 Llegado con Mendieta á aquel parage;
 Su gente le ha rogado convenia,
 Que un poco retorciese su viage,
 Y que á San Salvador lleve la via;
 Hiciéronlo: Mendieta con corage
 Bajaba por el rio suspirando,
 Y á Dios venganza de esto demandando.

Garay, que del Perú viene huyendo,
 Habiéndole Valero con presteza
 Seguido, y estorbarle pretendiendo
 La entrada, al Argentino sin pereza
 Camina: mas Valero le siguiendo,
 Sentido ha sido dél. ¡Cuanta tristeza
 El pobre de Valero ha recibido,
 Por ver que de Garay fuera sentido!

Valero una jornada atras camina,
 Garay envia por él con tres soldados.
 Preso, delante dél se determina
 De un árbol le colgar; apiadados
 Los que con él están, de aquella ruina,
 Y de aquellos negocios mal guiados,
 Rogaron á Garay le perdonase,
 Y vivo por entonces le dejase.

La vida le concede muy rogado,
 Aunque muerte civil allí le diera,
 Habiéndole de boca deshonrado,
 Que mucho mas, decia, lo sintiera
 Que haberle dado muerte y ahorcado.
 Aquesto á mí Valero me digera,
 Tambien Garay del hecho se jactaba,
 Y en la Asumpcion á mí me lo contaba.

Dejóle allí llorando su ventura,
 Y para que no pueda ir adelante
 La cosa asegurar así procura.
 Arrebata un agudo pujavante,
 Y jurando cumplió luego la jura.
 Despálmale la mula en un instante;
 La mula con dolor está gimiendo,
 Y Garay con los suyos vá riendo.

Allega á Tucuman de mano armada:
 El Abrego que estaba gobernando,
 Nunca supo de aquesta melonada,
 Pasóse en breve á priesa caminando:
 Que si la cosa fuera revelada,
 El Abrego papeles ordenando,
 Al Perú á Garay preso enviára,
 De que el Virrey muy mucho se holgára.

Aunque es verdad Garay se defendiera
 Y así con sus soldados lo ha tratado;
 Con todo, yo bien creo no pudiera,
 Que habia de quedar muerto ó ligado.
 A cencerros tapados sale fuera,
 Y con razon se juzga bien librado:
 A Santa-Fé endereza su camino;
 Valero á Tucuman en esto vino.

De lo pasado dando larga cuenta
 Al Abrego, que estaba arrepentido,
 Con ansias y dolor casi revienta,
 Perdiendo la memoria y el sentido.
 Por escrito muy largo, bien lo asienta,
 Y á los Charcas el caso ha referido,
 A dò Matienzo en breve ha despachado
 Y al Virrey el negocio ha recontado.

En gran manera siente la huida
De Garay el Virrey; y se sonaba
Que corriera peligro de la vida
Si el Virrey le cogiera, y procuraba
Vengar la desvergüenza cometida,
Que por tal, se decia, la juzgaba :
Que quieren los señores, segun veo,
Los sirvan á medida del deseo.

Garay á Santa-Fé llegó contento,
Y en breve á la Asumpcion ha procurado
Subir á remo y vela con el viento ;
Salió de mucha gente acompañado:
Que esto de estar un hombre en grande asiento,
Y pròspera fortuna colocado,
Aumenta los amigos, y los criados;
Los pobres luego son desamparados.

Camina el rio arriba diligente,
Que fué muy ayudado de los vientos,
Y así bien se veneía la corriente,
Por dó se satisfacen sus intentos.
La ciudad le recibe incontinente,
Y algun tiempo estuvieron muy contentos :
Mas presto de otra suerte sucedía,
Que no puede durar el alegría.

Mendieta, que bajaba navegando,
Antes de salir al mar ha procurado
Tomar tierra, en la gente confiando
Que tiene el postrer pueblo allí poblado.
Por bajo Santa Fé vá atravesando,
Por medio de la tierra ya llegado;
Quirós, que allí mandaba, le recibe,
Mas luego al Espinosa se lo exhibe.

Espinosa le vuelve con presteza
A embarcar desde allí en la caravela;
El triste de Mendieta con tristeza,
En demanda de España dá la vela:
El Piloto, que fia en su destreza,
Con muy grande esperanza le consuela
Diciendo, que darán en San Vicente,
De á dó podrá volver con fuerza y gente.

Con temporal deshecho, ó de su grado
La costa del Brasil luego tomaron,
Y habiendo todos ya desembarcado
En el Rio Janeiro dó aportaron,
Mendieta su negocio recontado,
Los Lusitanos todos le ayudaron:
Determina volver, y fué de suerte,
Que de ello no sacó menos que muerte.

Rehechos, pues, de pocos adherentes,
Salieron del Brasil en su navío,
Al Ibiáza llegaron diligentes,
Con vana presumpcion y desvario.
Juicios, parecéres diferentes,
Dividen todo el reino y señorío ;
Pues esto fué la causa feneciese
Mendieta, y su soberbia pereciese.

Así como tomaron puerto aína,
Mendieta en tierra salta, procurando
A todos maltratar con su maligna
Y brava condicion tiranizando.
La gente comarcana allí, y vecina,
De ver su crueldad está temblando,
Y los que con él vienen lo aborrecen,
Que sus cosas y hechos lo merecen.

Habíase con él desembarcado
Alguna de la gente que venia
En el navío á vueltas: un soldado,
Por no sé que temor, de él se huía :
Por engaño y palabras ya tornado,
En dos partes por medio le partia,
Y cuelga la mitad con la cabeza
En un palo, y en otro la otra pieza.

El piloto mayor, y marineros
Al viento dan las velas, tómerosos
De ver aquestos locos desafueros,
Y al Paraná se vienen recelosos.
Dejáronle con siete compañeros,
Entre indios bautizados y amorosos.
En el navío dando vela al viento,
A Santa-Fé llegaron á contento.

Garay, que en la Asumpcion estaba, arruina
 A todos por el suelo, sin derecho
 Guardar, si no lo que él solo imagina
 Que puede convenir á su provecho:
 Y con una soberbia cruel, maligna
 Encumbra su negocio hasta el techo,
 Y pobre del que él hiere con su mano,
 Que no hay polle á quien hiera así el milano.

En esto se acordó hacer conquista
 Al Nuara, que es indio muy mentado;
 Hizo de los soldados una lista,
 Y al pié de ciento treinta se han juntado.
 Garay con mucha priesa pues se alista,
 Que piensa en la conquista ser medrado;
 Y el fin que se publica es, hacer guerra
 Al indio levantado por la tierra.

Los indios Guaranés rebelados
 No acuden á servir como solian,
 Y siendo, como son, ya bautizados
 En ritos y abluciones se metian.
 Serán aquestos cuentos relatados
 En su lugar, y cosas que hacian :
 Con este calor salen, pues, ligeros
 Garay, y ciento treinta arcabuceros:

El rio arriba yendo navegando
 Al Jejuí, muy hondo, rio pasaron ;
 Despues la tierra adentro van cortando,
 Y al Ipaneme grande atravesaron.
 En luengo dél arriba caminando,
 A la Fuente de Lirios allegaron,
 Dó nace el Ipané tan afamado,
 A quien el indio llama *Destichado*.

El piloto mayor con el navío,
 Llegando á Santa Fé, salió gozoso :
 Alaban los de allí su desvario,
 Diciéndole que ha sido venturoso.
 Mendieta quedó allá sin el navío ;
 Dó presto feneció, triste y lloroso :
 Estotros placenteros con contento
 De Santa Fé salieron con buen viento.

A la Asumpcion llegaron victoriosos,
 Pensando que hicieron grande hazaña,
 A donde los recibe muy gozosos,
 Como si vueltos fueran ya de España.
 En referir su cuento estan dudosos,
 Que no saben cual cosa es buena ó daña;
 Mas poco les costó, que es cosa usada
 En las Indias costar lo malo nada.

El bueno allá padece cruda pena,
 Y siempre le vereis andar corrido,
 Y tiénelo á ventura, y dicha buena
 Estarse en su rincon solo metido.
 Al malo, mal suceso no le pena,
 Que si hoy dos mil desastres le han venido,
 Mañana le vereis con triunfo y gloria,
 Perdida de sus males la memoria.

La causa de este mal es el anchura,
 Y libertad tan grande permitida,
 Que vemos una grande desventura,
 Que la muy baja gente es tan tenida,
 Como la que es mas noble de natura.
 Es esta cosa allá tan conocida,
 Que el zapatero vil y el calcetero
 Se iguala con el noble caballero.

Preguntó un caballero Trugillano,
 Llamado Luis de Chaves, ceceoso,
 A Hernando Pizarro, cuyo hermano
 Vencido fué de Gasca, el gran mañoso:
 Que si allá en el Perú, al que es villano
 Y al que es hidalgo y hombre generoso,
 Les daban sus medidas bien cabales;
 Pizarro respondió, que eran iguales.

Buen siglo, dijo el Chaves: allá tenga
 En el Cielo mi padre, que ha dejado
 Hacienda en esta tierra; allá se avenga
 Aquel que por la plata allá ha pasado;
 Que en mas estimo yo se desavenga
 Conmigo aquel que en sangre no ha igualado;
 Que la plata con esas confesiones
 No es para quien tiene presumpciones.

Dejemos esto ahora, y revolvamos
A Garay, que se siente con pujanza :
Y porque por extenso lo digamos,
Hagamos aquí fin de aquesta estanza.
Y mas que en la siguiente recontamos
Del furioso arcabuz y de la lanza,
Conviene cosas nuevas y de espanto
Comenzar á contar en nuevo canto.

CANTO VIGESIMO.

Cuéntase en este canto como un indio llamado Obera se intitulaba hijo de Dios, y á un hijo suyo, Papa, y á otro Emperador: y como Garay entró en los Nuaras, y de vuelta rompió la palizata de Yaguatati.

El abeja convierte, como vemos,
Las flores en la miel dulce y sabrosa,
Del araña y la víbora leemos,
Que en ponzoña las vuelve ponzoñosa.
En nuestra santa fé bien conocemos
Que pasa desta suerte aquesta cosa;
Pues el hereje y malo, de las flores
Del Escritura torna en sus errores.

Cuanto' deba tratarse con llaneza
A los indios la Fé, vemos muy claro,
Que no se le ha de dar pan con corteza,
Al niño, dice Pablo muy preclaro.
Y pues que se conoce la rudeza
Del indio, y su juicio tan avaro,
Convieniè como à niños darles leche,
Porque en ellos la fé santa aproveche.

Martin Gonzalez, clérigo idiota,
Que á *musa* solamente no sabia,
Al indio predicaba que fuè rota
La torre de Babel, y que vencía
David al gran Goliath con su cota,
Con sola una hondilla que traía.
Sin esto otros misterios, altos, bellos,
Que al indio no se sufre tratar dellos.

Un Obera quedò tan doctrinado
De los sermones deste, que fuè parte
Por donde el Paraguay arrinconado
Estuvo mucho tiempo, y de mal arte.
Despues que aqueste indio levantado,
En sus tierras ha sido, luego parte
Con mucha gente é indios que traía
A sembrar los errores que tenia.

Con este la nacion ruda, indiscreta
 Del Guaranì andaba perturbada,
 Que introducir pensaba nueva seta
 Este indio que la tiene levantada.
 La espantosa señal y gran cometa
 Que se vido al ocaso levantada,
 Les dice, cuando fué desaparecida,
 Que la tiene en un càntaro escondida.

Y que à su tiempo habia de sacarla,
 Con fin de destruir à los cristianos;
 Que à aquesta causa èl quiso fabricarla,
 Teniendo compasion de sus hermanos.
 Tenia aqueste perro grande garla,
 Y como son los indios tan livianos,
 Y amigos de seguir nuevos caminos,
 Forzóles à creer sus desatinos.

Obera, como digo, se llamaba,
 Que suena *resplandor* en castellano:
 En el Paraná Grande este habitaba,
 El bautismo tenia de cristiano:
 Mas la Fé prometida no guardaba,
 Que con bestial designo à Dios, tirano,
 Su hijo dice ser, y concebido
 De Virgen, y que Virgen lo ha parido.

La mano està temblando de escribillo,
 Mas cuento con verdad lo que decia
 Con loca presumpcion aquel diablillo,
 Que mas que diablo en todo parecia.
 Los indios comenzaron de seguillo
 Por todas las comarcas dò venia,
 Atrajo mucha gente así de guerra,
 Con que daños hacia por la tierra.

Dejando, pues, su tierra y propio asiento,
 La tierra adentro vino predicando:
 No queda de indio algun repartimiento,
 Que no siga su voz y crudo mando.
 Con este impio pregou y mal descuento
 La tierra se vâ toda levantando,
 No acude ya al servicio que solia,
 Que libertad à todos prometia.

Mándóles que cantasen y bailasen,
 De suerte que otra cosa no hacian,
 Y como los pobretes ya dejasen
 De sembrar y cojer como solian,
 Y solo en los cantares se ocupasen,
 En los bailes de hambre se morian,
 Cantàndoles loores y alabanzas
 Del Obara maldito y sus pujanzas. (1)

Un hijo que este tiene, se llamaba
 Por nombre Guiraró, que es *palo amargo*.
 Del nombre Papa a queste se jactaba.
 Con este el padre, dice, “yo descargo
 La grande obligacion que à mí tocaba,
 Con darle de pontífice el encargo.”
 A queste es el que viene bautizando,
 Y los nombres à todos trasmutando.

No quiero mas decir de sus errores
 De que andaba la tierra alborotada
 En todo el Paraná, y sus rededores;
 Y así se fué tras él de mano armada.
 Mas como este tenia corredores,
 Y gente puesta siempre en gran celada,
 En viendo la pujanza conocida
 Del enemigo, pónese en huida.

A queste fué la causa que estuviese
 La tierra levantada, como estaba,
 Y que á servir al pueblo no viniese.
 Tambien Garay, digimos, publicaba
 La guerra contra este, aunque tuviese
 Otro designio, al fin, pues, caminaba,
 Cuando Fuente los Lirios ha tomado,
 Dò nace el Ipaneme desdichado.

(1) Entre otros cantares que les hacia cantar, el mas celebrado y ordinario, segun alcancé á saber, era éste: Obara, obara, obara, paytupa, yandebe, hiye, hiye, hiye, que quiere decir: “Resplandor, resplandor del padre, tambien Dios á nosotros, holguémonos, holguémonos, holguémonos:” y yo les hice entrometiesen entre aquellas dos palabras paytupe, y la otra yandebe, que quiere decir “tambien el dulce nombre de Jesus:” por manera que de allí adelante cantaban, así: Obara, obara, paytupa Jesus, yandebe, hiye, hiye, hiye.

Tomando los soldados esta fuente,
 Sus tiendas y sus toldos asentaron;
 Entorno de la cual, alegremente
 Del prolijo camino descansaron.
 De un bosque muy cercano de repente
 Dos indios salen fuertes, y llegaron
 Dó estaba nuestra gente reposando,
 Y de los dos, el uno está hablando.

“A tan altivo, dice, atrevimiento
 No habia de ofrecerse desafio,
 Mas castigo hacer para escarmiento
 De vuestra presuncion y desvarío.
 ¿Porqué os osais meter en este asiento,
 Con tan flaca pujanza, y poderío?
 Salid, con lanza, espada, y con escudo,
 Que me basta esta pica, aunque desnudo.

“Pudiéramos traer arcos y flechas,
 Mas quiere el gran Cacique sean probados
 De vosotros ahora estas derechas,
 Que tienen mil cervices quebrantadas.
 Por tanto apagareis tambien las mechas,
 Que son armas al fin aventajadas,
 Y con lanza y espada, ó á los brazos
 Hágamonos de presto aquí pedazos.

“Dos somos, salgan dos, tres, cuatro, luego
 De aquéllos que presumen ser valientes,
 Que por temor ó miedo, ni por ruego
 No habemos de afrentar á los parientes.”
 Al punto que esto oyeron, como un fuego
 Saltaron dos mancebos diligentes,
 Inciso y Espelueca, sus espadas
 En las bravosas manos empuñadas.

Pitum y Corací, como los vieron
 Salir con tal esfuerzo y gallardía,
 Con rabia y con furor arremetieron,
 Y las picas calaron á porfía.
 Los gallardos mancebos acudieron
 Con tal ardid y mana y osadía,
 Que traban en un punto tal batalla
 Que Marte no cansára de miralla.

Al Inciso Pitum le cupo en suerte,
 Que en el aire parece salta y vuela,
 Con su pica tostada, grande y fuerte,
 Por cien partes le rompe la rodela:
 Y aunque parece darle ya la muerte,
 De tal suerte el cristiano se desvela,
 Que pierde Pitum toda su esperanza,
 Que el cristiano le corta media lanza.

El bravo Corací al Espeluca,
 Con ánimo bestial encrudecido,
 Le tiene á mal traer, y á la boruca,
 El suelo su tropel ha ennegrecido.
 Con fuerza con la pica le trabuca,
 El cristiano con maña, guarecido
 Se tuvo, porque estando de rodillas
 A Corací ha herido en las megillas.

Inciso, como vé que le faltaba
 La media de la pica á su enemigo,
 Con ánimo mayor mas se arrojaba,
 Y un golpe le tiró junto al ombligo.
 Pitum, del corazon fuerzas sacaba,
 Que no las tiene todas ya consigo,
 Y viéndose sin fuerzas y acosado,
 A los brazos venia denodado.

El cristiano, que siente lo que quiere,
 Por ver como se estira y endereza,
 Con fuerza de alto abajo bien le hiere;
 Y aunque el golpe arrojaba á la cabeza,
 La mano le cortó. Si no huyere
 Pitum ha de morir en breve pieza;
 Mas él está tan ciego en no huirse
 Que mas quiere morir que escabullirse.

Al fin, como se vé sin una mano,
 Y el dolor que padece le atormenta,
 Volviendo las espaldas al cristiano,
 El resto de la pica al suelo abienta.
 Huyendo vá á gran priesa por el llano,
 Que ya no se le acuerda del afrenta;
 El otro, que se vió sin Pitum, solo,
 Aprieta con mas fuerza que el Eolo.

Inciso y Espeluca, mal heridos
 Quedaron, y confusos de este trance,
 Por ver los enemigos ya huidos,
 Sin que ellos puedan irles en alcance;
 Que el Capitan prohíbe sean seguidos,
 Diciendo que bastaba el bello lance,
 Y que del hecho suyo, fama y gloria
 Merecen, pues quedaron con victoria.

Pitum y Corací van sin pereza
 Huyendo, como suelen, de los lazos
 Las zorras escaparse, con destreza,
 Haciendo los cordeles cien pedazos.
 A no tener tal maña y ligereza,
 Quedáran hechos piezas, pies y brazos:
 Mas juzgan por mas sana la huida,
 A trueco de escapar libre la vida.

Llegados á su estancia relataron
 La batalla, y rencuentro que tuvieron ;
 A su cacique bien representaron
 El peligro notable en que se vieron.
 Los golpes y heridas demostraron,
 La mucha roja sangre que vertieron,
 Pitum, perdí mi mano la derecha,
 Dice, y estotra nada me aprovecha.

El Corací, con ansia dolorosa,
 Echad, dice, Señores, en remojo
 Las barbas, pues que veis cual vá la cosa,
 Que me cuesta el rencuentro el diestro ojo:
 No he visto gente yo tan bellicosa,
 Les dice: no penseis que esto es antojo,
 Que son hijos del Sol estos varones,
 Y mas bravos que tigres y leones.

El gran Tapuy Guazu con pecho fiero
 Soltando la voz triste y lastimera,
 Mi fin, dice, se llega ya postrero,
 La hora se me acerca postrimera:
 Mas conviene la vuestra aquí primero
 Se cumpla, y encendida una hoguera
 A Corací y Pitum, porque tornaron
 Con tal nueva, allí vivos los quemaron.

Y junta luego al punto allí su gente
 Y desta forma á todos ha hablado:
 “Amigos, cosa es muy conveniente
 Que aqueste caso sea bien mirado;
 Que las cosas tratadas de repente
 No suelen suceder en buen estado:
 Por tanto el parecer de cada uno
 Es justo que se escuche de consuno.”

Primero á Urambia dijo que hablase,
 Y aunque él con discrecion lo rehusaba,
 Porque Tapuy Guazu no se enojase,
 Al fin con ronca voz así hablaba:
 “Antes que nuestras tierras ocupase
 El español soberbio, se sonaba
 Que habia de perderse nuestro estado,
 Y ser de nuevas gentes conquistado.”

“Yo puse en este caso diligencia
 Mirando las estrellas y planetas;
 Tambien tuve gran cuenta y advertencia
 En ver andar errando los cometas,
 Y enseñame tambien ya la experiencia,
 Por ver otras naciones ya sujetas,
 Que no han de bastar fuerzas ya de manos
 Contra el poder soberbio de cristianos.”

“Así que, me parece, que conviene
 Con gozo recibir al enemigo,
 Y pues que con poder y fuerza viene
 Tomémosle por fiel y buen amigo.
 Y es justo que en la tierra no se suene
 Que al español no damos buen abrigo,
 Que al punto le darán contrarias gentes,
 De á dó resultarán inconvenientes.”

Muy duro les parece este consejo
 A todos los que estaban congregados;
 Mas tienen reverencia al cano viejo
 Y á sus hechos heróicos y afamados.
 Curemo, con muy gande sobrecejo,
 Se sale con sus hijos á los lados
 Oyendo esto, y no dice cosa alguna,
 Y con su gente entró en una laguna.

Tapuy Guazú mandó, pena de muerte,
 Que de la junta nadie se saliese,
 Y que todos hablasen por su suerte,
 Y el caso con amor se decidiese.
 Berú, de gran valor, indio muy fuerte,
 Al cacique le dijo le plugiese
 A Curemo llamar, pues conocia
 Su suerte, su valor y valentia.

Dos indios á llamarlo se partieron
 Per órden del cacique y mandamiento:
 Por la laguna adentro se metieron,
 A dó el padre á los hijos juramento
 Les toma (de cumplirlo prometieron)
 Que mueren en defensa de su asiento,
 Les dice, pues mejor es buena muerte,
 Que vil, y desastrada y triste suerte.

Los mensajeros dieron su recado,
 Curemo respondió modestamente,
 Que estaba en la laguna ya alojado,
 Y que quiere meter allí su gente,
 Por no dar ocasion á que el soldado
 Le haga mal: que luego incontinentemente
 Irá al consejo y junta con presteza;
 Y su gente recoge sin pereza.

Sus mugeres é hijos ha metido
 En la laguna adentro, y gran pantano,
 Y como los demas lo han entendido
 Juzgaron su consejo por muy sano.
 Y en tanto todos ya se han resumido,
 Que de paz recibiesen al cristiano;
 Mas que mugeres, hijos se metiesen
 A donde los cristianos no los viesén.

Curemo allí salió disimulando
 El juramento hecho que tenia:
 Garay se llega á priesa, caminando
 Con gran estruendo, grita y vocería,
 Los indios que le estaban esperando,
 Vencidos de temor y cobardía,
 Tras la chusma se fueron, mas Curemo
 Mostrado ha su valor por gran extremo.

Al español espera, y con gran brio
Le dice, que no pare en este asiento;
Que veinte leguas mas, hay gran gentío
Dó satisfacer puede bien su intento.
Pasado el Yaguarí, famoso rio,
Los soldados irán con gran contento,
Y á veinte leguas, poco mas ó menos,
Los campos hallarán de gente llenos.

Curemo, que esto dice, les ofrece
La guia, que les guie bien derecho;
Su consejo tomar bien les parece,
Sintiendo que vendrá de ello provecho.
El indio se retira, que anochece,
Y vuelve á la mañana con despecho,
Porque al alma le llega á este pagano
De ver nuestro real en aquel llano.

Gran priesa dá á Garay para que salga,
Diciendo, que la priesa le conviene,
Que della cuanto pueda bien se valga,
Que corre gran peligro si detiene
La partida; y en viendo que cabalga
Garay, nuestro Curemo placer tiene,
Y dice á voces altas, la victoria
Espero que ha de ser con grande gloria.

Los cristianos saliendo caminaron
Llevando guias, dadas por Curemo:
El rio Yaguarí atravesaron,
Que entre otros rios vemos ser supremo.
A los Tapuí Miries allegaron
De que placer reciben por extremo;
Asalto dan al tiempo que amanece,
Por dó la triste gente mal padece.

Estaban estas gentes con contento:
De cristianos no piensan la venida;
El subito temor y sentimiento
Les hace huyan todos de corrida.
Oblígales á muchos el lamento
De hijos y muger á perder vida;
Acude cada cual al arco y flecha,
Con ver venir la muerte muy derecha.

Al fin, en cuatro pueblos que se ha dado,
 Algunos que defensa procuraban,
 La vida entre las lanzas han dejado.
 Aquellos que á prisiones se entregaban,
 Por ver ya su negocio mal parado,
 Con vida por cautivos se quedaban.
 Quinientas y mas piezas fué la presa,
 Que vino desta vez cautiva y presa.

La vuelta dá Garay, con gran recelo
 Que venga el enemigo con pujanza:
 Lamentan los cautivos aquel duelo,
 Y suerte miserable y mala andanza,
 Al gran Tapui Guazú llega de un vuelo
 A dó sale de viejas una danza,
 La victoria con cantos celebrando,
 Y la gente vencida lamentando.

Alegre y apacible y muy graciosa
 La tierra por aquí vimos, poblada
 De frescas arboledas, y abundosa
 De caza, y nunca ha sido conquistada.
 La gente es labradora, y codiciosa
 De guerra, y es en ella muy versada;
 Mas tómalos Garay muy descuidados,
 Y así pudieron ser desbaratados.

Tapui Guazú holgó de la venganza,
 Que vido en su enemigo aherrojado:
 Mas pone con los suyos vigilancia,
 Que no les haga mal algun soldado.
 Al fin de paz quedó con la esperanza
 Que dió, con prometer que de su grado
 Quería al Español ser repartido,
 Por no ser de otros indios ofendido.

Urambía y Curemo se han asido
 En esto, y mal revuelto que decia;
 Urambía la causa solo ha sido,
 Que sin hacerles mal Garay salia.
 Curemo le ha sobre esto desmentido,
 Remítese este caso, y la porfia
 A la prueba mas cierta en estacado:
 El campo les fué á entrambos señalado.

Urambìa las armas señalaba,
 Que son pica, macana y palometa, (2)
 A cada cual padrino acompañaba:
 Con Urambìa sale Urambieta,
 Xiantombia à Curemo se llevaba,
 Y al son de una ronquisima corneta,
 Metidos en su fuerte palizada,
 La batalla feroz fné comenzada.

No creo año se llevan los guerreros,
 Que entrambos son muy viejos y muy canos
 Los golpes que se dan terribles, fieros,
 No dejan, donde aciertan, huesos sanos:
 Andan sanguinolentos carniceros,
 Como de Irlanda suelen los alanos,
 Y mas que hircanos tigres espantosos,
 Y en ver su propia sangre muy gozosos.

De ver era los dos con el concierto
 Y ánimo feroz que combatian;
 Sin falta, ã cada cual dellos por muerto
 Los que mirando estaban, le tenian.
 Estaba cada cual dellos tan cierto
 En el herir, que entrambos parecian
 Ser uno: mas Curemo hubo perdido
 La pica, que en dos piezas se ha partido.

La macana con furia fuerte afierra,
 Y espera con esfuerzo al enemigo:
 Urambìa la pica cala y cierra,
 Y diérale por medio del ombligo;
 Mas Curemo diò un salto de la tierra,
 Y con tan grande maña dió consigo
 A un lado, que pasó la pica en vano,
 Y así quedó Curemo desta sano.

Con la pica le lleva gran ventaja
 Urambìa; mas es tan animoso,
 Que los golpes y botes le baraja,
 Con un ardid y esfuerzo valeroso.

(2) *Macana es una arma que usan los Chiriguano de vara en largo, de un palo récio, y á manera de espada, y en lugar de punta, tiene al cabo pala.*

De sangre el verde prado ya se cuaja,
 El Sol encubre el rostro luminoso,
 Viniendo ya la noche obscurecida,
 Y no vemos victoria conocida.

Los Jueces los ven à la mañana,
 Y por igual los hallan mal heridos:
 De combatir entrambos tienen gana,
 Y defender con fuerza sus partidos.
 Juzgóse por mejor cosa y mas sana,
 Que fuesen por sentencia convencidos,
 Que cierta es à los dos ambos la muerte,
 Volviendo à la batalla cruda y fuerte.

Contra alguno juzgar nadie se atreve;
 Y siéndoles juez ya señalado,
 A entrambos, dice, honra igual se debe,
 Y que es cualquiera dellos buen soldado.
 Ninguno hay que el decreto desapruébe,
 Y así dice el Juez muy denodado,
 "Lo que he dicho, pronuncio y lo sentencio,
 Y pongo al caso fin aquí y silencio."

En tanto que esto pasa, presuroso,
 Juntando en Ipaneme mucha gente,
 Andaba Guayracá muy valeroso,
 Astuto, sábio, artero y muy valiente.
 En un espeso bosque, deseoso
 De librar del cristiano bien su gente,
 Compuso una terrible palizada,
 De aguas y comidas abastada.

El fuerte fuè con maña fabricado;
 A los lados con muchos torreones
 Estaba à todas partes resguardado
 Con sus trincheas, fosas y bastiones.
 Sin duda Satanás ha revelado
 A Guayracá el modelo è invenciones,
 Que nunca estuvo en Africa ni Italia,
 Ni menos en Castilla ni Vandalia.

Juntó para este fin toda la tierra,
 E hizo grande junta y llamamiento,
 Publica à fuego y sangre cruda guerra,
 Celebra del cristiano el finamiento,

Ofrece en sacrificio una becerro,
 Y las cenizas della por el viento
 Desparce, por señal y por memoria,
 Que contra el Español habrá victoria.

Yaguatati de presto se le ofrece
 Con mas de dos mil indios de su mano:
 Por alferéz, le nombra, y lo merece.
 Con mil indios acude Tanimbano,
 El gran Cayapey no desfallece ;
 Ibiriyù, tambien mozo galano,
 Acude aquel con mil menos ochenta,
 Estotro con doscientos y cincuenta.

Yacaré y Tapucagn no se quedaron,
 Que cada uno trescientos y cincuenta
 Traia : de esta suerte se juntaron
 Al pié de cinco mil á buena cuenta.
 En la estacada y fuerte se encerraron,
 Sin que salir alguno se consienta:
 Y si salen algunos, muy aína
 Acuden á la trompa y la bocina.

Así con gran contento deseaban
 Que venga el español para probarse ;
 El tiempo, noche y dia lo gastaban
 En su estacada, y fuerza y repararse.
 La flecha, pica y dardo ejercitaban,
 A sus solas procuran ensayarse.
 El maracà, bocina, y atambores
 Resuenan por el bosque y rededores. (3)

Garay que caminaba, desde que llega
 Dó se siente esta grita y alboroto,
 Atraviesa por medio de una vega,
 Hasta dar en un verde y grande soto.
 La gente guayracana estaba ciega,
 En un momento el campo les fué roto,
 Mas viendo las mugeres les llevaban,
 Con fuerzas defenderlas procuraban.

(3) *Maraca es un calabazo lleno de chinás, muy compuesto con plumería, con el cual tañen á compas, formando su manera de son para cantar.*

De temor de la trompa que sonaba,
 Y el tropel y ruido del caballo,
 La chusma el fuerte ya desamparaba,
 Que al español no quieren esperallo.
 El Guayraca á los indios animaba,
 El español comienza á escopetallo;
 Mas tiene tal destreza el perro viejo,
 Que á su defensa hallò buen aparejo.

Desde un tronco muy grande desembraza
 El Guayraca una flecha, y la ha fijado
 En un árbol, pensando que hizo caza
 En Garay: una voz ha levantado,
 Diciendo, Capitan, desembaraza
 El campo, pues ya ves que te he clavado;
 Mas Inciso diò al perro por la frente,
 Y cae Guayraca luego de repente.

Yaguatatí en un punto embravecido
 Como toro muy bravo de Xarama,
 Entre los españoles se ha metido,
 Y sátele al encuentro Valderrama,
 Y Osuna, de los cuales mal herido
 Los dientes rechinando, bnfá y brama,
 Y dice: por matarme satisféchos
 No vais; y mete el dardo por su pecho.

Luis Martin, con ánimo lozano
 Encuentra à Mayrayú, y de estocada
 Por los pechos le hiere, y dá en el llano
 El indio, y al caer quebrò la espada;
 Que no pudo sacarla el trugillano,
 Segun estaba fija y enclavada;
 La macana del indio toma presto,
 Con que piensa vencer á todo el resto.

Castillo, con su espada, y la rodela,
 A diestro y à siniestro và hiriendo;
 Cuyapei en herirle se desvela,
 Y viendo que le acierta, vá huyendo.
 Así como lo vido Valenzuela,
 Tras el indio con furia fuè corriendo:
 El truco le dió luego del flechazo,
 Y en tierra le tendió de un pelotazo.

Bañuelos de esta hecha, y Espinosa,
 El infierno poblaron de paganos,
 Y viendo que la gente temerosa
 Discurre sin consuelo por los llanos,
 Viniendo ya la noche tenebrosa,
 Volvieron al real libres y sanos;
 Empero de la sangre que han vertido
 Teñido el rostro, manos y vestido.

Este dia ví un indio que llegaba
 A mi: con una cruz viene en su mano;
 Con muy grandes sollozos me hablaba.
 “Por Dios que murió en esta Soberano,
 Me dice, ya me val, pues te obligaba
 El ser tu mi Señor Arcediano.”
 Diciendo estas razones se me llega,
 Y al caballo y estribo se me pega.

Aqueste en la Asumpcion habia servido
 A Bartolomé Barco de Amarilla;
 Despues con otros indios se ha huido
 Al Obera siguiendo y su cuadrilla;
 Y viendose en peligro, ya vencido,
 A mi lado se pega y á la silla.
 Valiòle el escogerme por padrino,
 Que el tiempo le enseñó lo que convino.

El Obera, maldito, dado habia
 La cruz à aqueste indio y deputado:
 Por sacerdote, y santo le tenia;
 Despues de aqueste fui bien informado
 De aquellas ceremonias que hacia
 Aquel maldito indio y endiablado;
 Y como Papa à un hijo intitulaba,
 Y al otro Emperador y Rey nombraba.

El uno bautizaba, trastrocando
 Los nombres que los indios ya tenian:
 El otro los delitos castigando
 Andaba, que los indios cometian:
 El Obera, su padre, predicando,
 Yo ví que unos mestizos le seguian,
 Y puse gran calor yo por haberlos,
 Y al fin hube con maña de cojerlos.

Con un muchacho mio, conocido,
 Ladino en gran manera y ardidoso,
 Enviando à decir como habia ido
 De remediarlos estando deseoso:
 De Logroño un mestizo fuí creido,
 Y á mi toldo se vino muy gozoso;
 Tratè de perdonarle si traía
 Los otros dos, y al punto lo hacia.

Otro mestizo andaba levantado,
 De nacion portugues, y publicaba
 Contra el Misterio Santo consagrado
 Formadas heregias, que hablaba.
 Oyéndole, le dijo otro soldado
 Que mirase muy bien lo que trataba,
 El cual me diò noticia de este caso,
 Y yo salí de casa muy de paso.

De blanco me vestí, y con sombrero
 De paja, en mi caballo à la gineta,
 Llevando solamente un compañero,
 Y cada cual á punto una escopeta:
 Espias yó le puse, tan lijero,
 Que venida la noche muy secreta,
 En un bosque le prendo, y amarrado
 A la ciudad le traigo à buen recado.

El que fingía ser Papa, y compañeros,
 Jamas nos esperaron en la guerra;
 Que aunque suele traer muchos flecheros
 Y sale muchas veces de su tierra,
 Por saber ya que son arcabuceros,
 En los bosques, y montes bien se encierra.
 El Guayraca, que hizo palizada,
 Quedó muerto, y su tierra desolada.

Doscientas, ó mas piezas se sacaron
 De aqueste asalto, y guerra Guayracana;
 Algun tanto con esto reposaron
 Los indios de la tierra comarcana:
 Los nuestros con contento celebraron
 El triunfo de victoria tan galana,
 Y à la Asumpcion volvieron victoriosos,
 Alegres, placenteros y gozosos.

Mas no puede durar el alegría,
Que nunca puede haber gozo cumplido:
Pues vemos que al placer dolor seguia,
Y al dolor el placer se le ha seguido.
Decir quiero un motin que sucedia,
De mestizos malvados mal urdido.
Descanse pues un poco aquí mi pluma,
Y luego lo pondrá en muy breve suma.

CANTO VIGESIMO-PRIMERO.

Puebla Garay á Buenos Aires: levantanse en Santa-Fé los Mestizos y eligen por su General á Cristoval de Arevalo; el cual alumbrado de Dios, cortó las cabezas á los principales del motin, y restituyó al Rey su tierra.

 Mi ronca voz desmaya, desde que siento
El bravo laberinto en que me meto,
Habiendo de escribir el alzamiento
De la gente soberbia; que prometo,
Que si durára aquel levantamiento
Un mes, todo el Perú fuera sujeto
A la dición y mando de tiranos,
Con solo la ocasion de estos livianos.

 Habiendo de la guerra descendido,
Poblar á Buenos Aires fuè acordado:
De la Asumpcion Garay hubo salido,
De todos adherentes aprestado;
Con él muchos soldados han venido,
Y habiendo en Santa-Fé desembarcado,
Allí estuvieron dias esperando,
Los caballos, que vienen caminando.

 Rehecha en Santa-Fé aquesta armada,
Camina á Buenos Aires por el rio,
Tambien por tierra vá gran cabalgada
De gente, que no teme sol ni frio:
Y siendo ya la cosa bien guiada,
Apesar de la tierra y su gentío,
Los unos y los otros allegaron
Al puerto Buenos Aires, y poblaron.

 El guaraní penoso està mirando
La cosa como pasa, y determina
En él, pasado tiempo, imaginando
El pueblo deshacer con cruda ruina,

La guerra por la tierra pregonando,
 La gente se juntò circunvecina,
 Y dieron á los nuestros grande guerra,
 Los unos por la mar, otros por tierra.

En el puerto el navio surto estaba,
 Con balsas y canoas à los lados;
 La parte por aquí bien se guardaba,
 Que todos bien estaban aprestados.
 La gente que por tierra caminaba,
 A media noche llega: los soldados,
 Que estaban sobre aviso en centinela,
 Salieron, y escuchad la escarapela.

Al punto que los indios grita dieron,
 Soltaron mucha fuerza de flechazos
 Con fuego, y las flechas encendieron
 Las tiendas de algodón y cañamazo.
 Con presteza los mozos acudieron,
 Tirando tan terribles cañonazos,
 Que cierto figuraba por el llano
 Andar furioso y listo el dios Vulcano.

Tabobà, el valiente y animoso,
 Por General venia de esta gente;
 Andaba por el campo muy furioso.
 A caballo salió muy de repente
 Inciso, que en amores venturoso
 Ha sido, y en la guerra muy valiente:
 A su suegro imitando, en breve pieza
 A Tabobà ha cortado la cabeza.

Los indios, como vieron que faltaba
 El Capitan que fuerzas les ponía,
 Y que el cristiano mucho mas ganaba,
 Y su partido de ellos fallecía,
 Al son de una bocina que sonaba,
 En órden cada cual se retraía:
 Mas viendo que los nuestros les seguían
 Sin órden, y con prisa, ya huían.

Habiéndose los indios, pues, huido,
 Los nuestros han quedado sosegados;
 Las tierras entre sí han repartido,
 Contentos de se ver que estan poblados.

A Castilla el navio se ha partido,
Llevando de estas cosas los recados;
De muchos sus maldades y sus tratos
Allá fueron metidos en zapatos.

La nave se partió muy presurosa,
De cueros y de azucar bien cargada;
La gente que và en ella, va gozosa
Con fin de dar la vuelta apresurada.
No và de ingles corsario temerosa,
Que en el aire parece que es llevada:
Con viento sur en popa navegando,
Por cima de las aguas va volando.

La gente, con su pueblo, que ha poblado,
Está contenta, alegre y placentera;
El fuerte tienen hecho torreado,
Muy cerca de la playa y la ribera.
Alegre está este sitio, acomodado,
De vista y parecer en gran manera:
Las cosas se dan todas de Castilla,
Que el temple se semeja al de Sevilla.

Estando la ciudad así poblada,
La Trinidad por nombre le pusieron,
Y la gente en cabildo congregada,
Alcaldes ordinarios eligieron.
En esto en Santa Fè gran melonada
Se junta de mestizos, y escribieron
A Tucuman, al Abrego, diciendo
Lo que entre ellos andaban mal urdiendo.

Noticia los mancebos han tenido
De aquellas provisiones con que vino
Valero à Cotagayta, cuando ha sido
Despalmada su mula en el camino.
Pues esto, y otras cosas que han sabido,
Les mueven á emprender un desatino,
Tan fuera de razon y tan tirano,
Urdido de un juicio muy liviano.

Venialvo, Gallego, Ruiz Romero,
Y el gallardo de Leiva, muy valiente,
Villalta con Mosquera, compañero,
A su opinion trageron mucha gente;

El camino, decian, carretero
 Es atajar el mal é inconveniente,
 Que estamos de Garay muy oprimidos,
 Conviene abrir los ojos y sentidos.

Servicio al gran Virrey, dicen, haremos
 En prender à Garay malo y travieso,
 Y libres deste caso quedaremos,
 Si al Virrey le enviamos presto preso.
 Del caso à Tucuman avisaremos,
 Que no puede venirmos mal suceso:
 A Villalta y Ruiz por mensageros
 Al Abrego despachan muy ligeros.

Por dos veces ò tres se han carteadado,
 Y en brevè se ha forjado la maraña:
 Lo que Abrego con ellos ha tratado
 No sé decir, que usò siempre de maña.
 Una noche con cartas han llegado,
 Y al punto con tirana y cruda saña
 Prendieron al teniente, y à Olivera
 Alcalde, y à un sobrino del buen Vera.

En casa de Venialvo se juntaron
 Con cotas, arcabuces, morriones:
 A la gente plebeya convocaron,
 Con sus fingidas causas y razones.
 Su maldito designo confirmaron,
 Vencidos de livianas pretensiones,
 Su muger al de Leiva le decia,
 Que su pescuezo à esparto ya le olia.

El dice: "como Reyna, espera bella,
 Muy rica, muy contenta, y gran señora."
 "Al menos no seré, dice la bella,
 Contra nuestro Filipino yo traidora,
 Muger de traidor, sí: maldita estrella
 La vuestra, y desdichada y triste hora,
 En que fuistes conmigo desposado,
 Pues contra nuestro Rey sois levantados."

Estando de esta suerte rebelados,
 Eligen capitan que gobernase,
 Y mandan que saliesen desterrados
 Los españoles luego, sin que osase

Quedar alguno, términos pasados :
 Y el que tiene muger se la llevase,
 Que solos poseer quieren la tierra,
 Pues solos la ganaron en la guerra.

Arevalo por todos fué elegido
 Por General, caudillo desta hecha;
 Y aunque lo recusaba, no ha podido
 Dejar de lo aceptar. Si fué desecha,
 No sé: mas ví que, el cargo recibido,
 Un bando general y pregón echa,
 En que manda que todos se juntasen,
 Y municion con armas registrasen.

Acude Venialvo, que lo oyera,
 Y con soberbia grande y arrogancia
 Al General hablando, así dijera:
 “En eso pongo yo gran vigilancia,
 Por ser cosa que à mi perteneciera,
 Pues soy Maese de Campo, y la ganancia
 O pérdida del campo se me fia,
 Como à quien, bien sabeis, pertenecia.”

El General responde: “aquel que tiene
 Tal cargo, hacer todo lo posible,
 En su tanto y manera le conviene.”
 “Haráse lo que fuere conveniente,
 Le dice Venialvo, y no le pene;
 Y pues que es cortesano y apacible
 El vulgo popular, en paz me tenga,
 Que contra el Taborlan bastó que venga.”

En su falso contento mal habido
 Estaban estos tristes, procurando
 Sustentar el tiránico partido
 Contra quien lo impidiese, batallando.
 El inmenso Señor ha socorrido
 Con su favor, en muchos inspirando
 A conocer el yerro y el engaño
 De su gran perdicion y triste daño.

El General con otros, de secreto
 Conciertan, y cualquiera bien le ayuda,
 Que el remedio se busque mas perfeto,
 Con que al real servicio bien se acuda :

Santa Cruz, un hombre muy discreto,
 Ramirez, Aguilera, gran ayuda,
 Con Juan Martin, y otros compañeros,
 En este caso fueron muy lijeros.

De dos en dos, á un punto, concertaron,
 Que acudan á herir á cada uno
 De aquellos mas valientes que forjaron
 Aqueste rebellion tan importuno:
 Y todos juramento se tomaron
 Sobre un libro misal, muy de consuno,
 De morir, ó matar con propias manos
 Al bravo Venialbo, y los tiranos.

Allega el General á la posada
 De Venialbo, que estaba descuidado,
 Y sale sonriendo á la parada:
 Acude Santa Cruz muy denodado,
 Y en el cuello le dá una puñalada:
 Palabra Venialbo no ha hablado,
 Que volviendo los ojos hácia el cielo,
 Al punto se tendió muerto en el suelo.

La voz del Rey sonó muy prestamente:
 Gallego con temor dice á Aguilera,
 "Ayúdame, compadre, diligente."
 Responde, ayudaré de esta manera:
 La cabeza le hiende por la frente;
 Los sesos salen fuera la mollera;
 Y dice: "no no hay compadre en tiranía,
 Que el Rey es mi compadre en demasía."

Ramirez acudió y la parentela
 Al bravo Leiva: el jónen que dormía
 En camisa salió, que á estar en vela
 Mostràra su valor y valentia.
 El hilo le cortaron de la tela
 Que el triste sin ventura mal tegia.
 Su esposa con dolor está llorando,
 Y sus rubios cabellos arraucando.

Diego Ruiz, que estaba descuidado,
 Oyendo la gran grito y el mormollo,
 A la plaza salió, y despedazado
 En un punto le ponen en el rollo.

Era, cierto, valiente y esforzado,
 Y bello sin ventura este criollo:
 Dañóle al fin la mala compañía,
 Que natural muy bueno le tenia.

A Romero en aquesto mal herido,
 Al pié del rollo estaban confesando,
 Y en breve fuè del rollo suspendido,
 Y à priesa à todos juntos cuarteando.
 Por el campo y caminos repartido
 Los cuartos sean, la causa publicando
 Las letras que en los palos se ponian,
 Que bien los que pasaban las léian.

El General soltó luego los presos,
 Y al teniente le entrega la bandera,
 Y hàcele, que forme los procesos,
 De como sucediò de esta manera.
 Mosquera, como vió tales sucesos,
 A Córdoba camina à la lijera.
 Rubira à la sazon allí mandaba
 Y préndele, y muy presto le soltaba.

Villalta vide yo que se ha escapado,
 El que hizo oficio de cartero;
 Acòjese à los pies, y en emboscado
 Dejó pasar el tiempo carnicero:
 Despues en San Francisco se ha encerrado
 Tomando al Guardian por su tercero;
 Su causa entre compadres fenecida,
 Escapa por entonces con la vida.

Algunos mas mancebos presos fueron
 Que en aqueste motin fueron culpados;
 Procesos contra todos se hicieron,
 Mas fueron sobre peine fulminados.
 Mosquera, y el Villalta, que huyeron
 A Santiago, en mal punto ya llegados,
 De su triste desastre dieron nueva,
 Y à Lerma de su intento dieron prueba.

El Licenciado Lerma en este punto
 Entraba à gobernar en Santiago.
 Su venida no saben, y está junto
 Con su gente haciendo grande estrago.

De amigos, y favor está disjuncto
El Abrego en aqueste fuerte trago,
Y el Lerma pretendía así cojerle
Porque intencion traía de prenderle.

En el Perú la fama habia volado,
Con falsa presumpcion, ó verdadera,
Que aqueste Abrego estaba medio alzado;
Por tanto viene Lerma á la ligera.
Tomóle de improviso y descuidado,
Que no sé de otra suerte lo que fuera;
Envia seis soldados con su hermano
Antonio Mirabal, el sevillano.

De parte de su hermano le decía,
Que viene á le servir ya proveido
Por mandado del Rey, que acá le envía
Por su Gobernador. Mal lo ha sentido
El Abrego, que á Lerma conocía:
En cólera los dos se han encendido,
Y mientras algun tiempo se gastaba,
El Lerma con su gente ya llegaba.

Sintió, como llegó, que andaba estruendo,
Sonido de arcabuces y gran grita,
Al Abrego prenderle pretendiendo,
El Mirabal, vereis tanto se incita:
El Abrego la fuerza resistiendo,
Que se mete ya en colera infinita;
Estaba el sin ventura ya tan ciego,
Que poco aprovechaba con el ruego.

El Lerma le prendió, y puso prisiones,
Y á aquellos que al presente le ayudaron;
Que poco aprovecharon las razones,
Que en su defensa al Lerma presentaron.
De aqueste trance, bregas, y pasiones,
Algunas pesadumbres se inventaron:
Hernan Mésia y Sotelo aprisionados
Aquí fueron, que dicen ser culpados.

A tal punto, sazón, y coyuntura,
(Que cierto es de notar) llegando nueva
Del motin paragueño y su locura,
Tomó Lerma el principio de su prueba.

Movióles á venir su desventura
A Villalta y Mosquera. Cuanto deba
Huir de la ocasion quien ha pecado,
A todos la experiencia ya ha mostrado.

Para huir la pena del delito
Que dá Dios al que peca en la otra vida,
Conviene al pecador esté contrito,
Su culpa en confesion sacra plañida.
Mas suele otro castigo: ser inflíto
Por temporal justicia la huida,
Y salto de la mata es el remedio
Mejor, que no meter buenos en medio.

Mosquera se escapó bien de la ira
Y furioso tropel de sus parientes;
Y el triste de Villalta de la dira
Y brava confusion é inconvenientes:
Mas ninguno de aquestos ambos mira,
Que huye el peregil, y que en las frentes
De entrambos nacerá con tal cogollo,
Y presto se verá puesto en el rollo.

De Lerma no huyeron la presencia,
Pensando recibir merced cumplida;
El pone en los guardar gran diligencia,
Y su causa y su culpa conocida,
Contra los dos pronuncia tal sentencia:
Que luego les privasen de la vida,
En el rollo fijando sus cabezas,
Y los cuerpos en palos hechos piezas.

Por indicios y causas que no cuento,
Que de estos los procesos estan llenos,
Al Abrego dá Lerma gran tormento
Con otros que no estaban muy agenos
De saber sus secretos: mas no sientio
Los secretos si malos son ó buenos,
De Santa-Fé el motin bien impidiera,
El Abrego, se dice, si quisiera.

Murió á cabo de dias, y no habia
El Lerma su negocio fenecido;
Despues que muerto fué, se fenecía,
Y el negocio á los Charcas há salido,

El Audiencia lo hecho rescindía.
 Hernan Mesía y Rubira han recibido
 Contento con Sotelo, y se holgaban,
 Por ver como por libres ya les daban.

Yo, cierto, que entendí de esta reyerta
 De Santa-Fé algun tanto, y de aquel hecho
 Por cosa averiguada tengo y cierta,
 Que hizo Lerma en ir grande provecho:
 Que en ver allá que estaba allí á la puerta,
 Quien guardar procuraba el fil derecho;
 La canalla Argentina reposaba,
 Y el nombre de Filipino celebraba.

Verdad es, que hay tambien otros quejosos,
 Que dicen, por se ver muy afligidos,
 Negocios de este Lerma escandalosos;
 Mas eran enemigos conocidos,
 Y á veces suele haber casos forzosos,
 Que obligan á los hombres entendidos
 A dar en Scyla de ojos, procurando
 A Caribdis huir, que está esperando. (1)

Victoria en esto viene, por prelado
 Envía á su Dean que administrase,
 (En tanto que el entraba) el obispado,
 Y á Lerma le encargó le regalase.
 El hácelo. ¡Cuan poco que ha durado!
 Que no quiso el Dean mucho durase;
 Que cierto el Lerma bien le regalaba
 En su casa, y con honra le trataba.

En breve comenzaron de trabarse
 Con chismes, y otras muchas niñerías;
 El Dean deseaba señalarse
 Con grande presumpcion y boberias;
 Mas no le deja Lerma aventajarse:
 “No es justo que suframos demasias,
 Le dice: Padre, tenga sufrimiento,
 No haga salga el hombre de su tiento.”

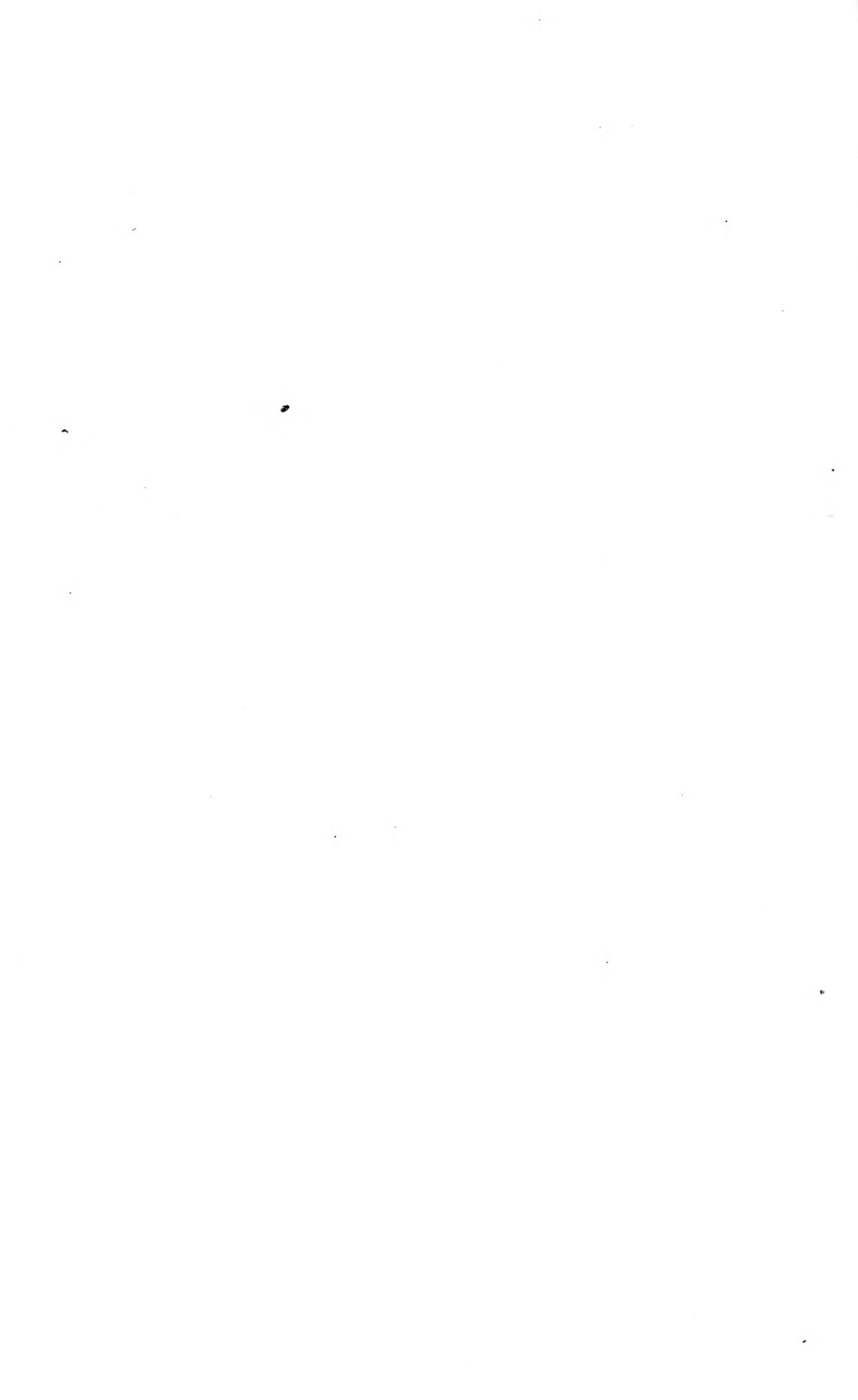
(1) *Lerma, Gobernador y Capitan General en Tucuman, y que pobló á Salta, y tuvo gran triunfo y poder: vino despues á morir en cárcel de corte en Madrid, tan pobre que entre indianos le enterraron por Dios.*

Y luego, dice: “muestre los recados,
Que tiene por dó firma Licenciado,
Y de Dean tambien, pues prebendados
Nombrar solo á sí el Rey se lo ha dejado.”
Estando sobre aquestos muy trabados,
La cosa á tal extremo hubo llegado,
Que por fuerza el Dean se determina
Partir para el Perú, y ya camina.

A Esteco se partió con gran enojo,
Que á su partir la fuerza le obligaba;
El Bachiller García diera un ojo
En trueco, por no ver lo que pasaba.
La barba, como dicen, en remojo
Echó, por ver la de otro se quemaba;
Con el Dean se vá, porque temía
Que lo propio será de él otro dia.

Dejemoslos hacer, que yo bien fio,
Que presto pagarán cierto el escote,
Que es gente aparejada á desvarío,
Y andan, como vemos, muy de trote:
Y tratemos ahora del gran brio
Del capitan Francisco, crudo azote,
Que viniendo siguiendo su camino,
Del estrecho ha tomado el Argentino.

Y pues se han de contar maravillosas
Hazañas del cosario mas grandioso
Que escriben las historias más famosas,
Y mas determinado y venturoso,
Conviene que pongamos tales cosas
En un canto por sí maravilloso,
Pues puso en maravilla á nuestra España
El capitan Francisco y su hazaña.



CANTO VIGESIMO-SEGUNDO.

Viene y atraviesa el Estrecho el capitan Francisco Drake. Prende Lerma al Dean y religiosos en Tucuman. Tiembla, y húndese Arequipa. Sucede la dolorosísima muerte de Gil Gonzalez en Mizque.

No es justo al enemigo que tenemos
Celarle sus hazañas y sus hechos,
Ni dejar de decir lo que sabemos,
Que invidia es quitarle sus derechos:
Y mas que en esta historia pretendemos
A la verdad mirar, no á los provechos,
Ni vanas pretensiones; pues la nuestra
Es daros, mi Señor, de verdad muestra.

Y así justo será que por olvido
No deje yo á Francisco y su gran hecho,
Pues que en aquestos tiempos ha venido
Al Perú de su tierra muy derecho,
Y como el Argentino conocido,
La vuelta vá siguiendo del Estrecho;
Contando en breve suma esta hazaña,
Que es digna de contarse por estraña.

Aqueste inglés y noble caballero
Al arte de la mar era inclinado,
Mas era que piloto y marinero,
Porque era caballero y buen soldado.
Astuto era, sagaz y muy artero,
Discreto, cortesano y bien criado,
Magnánimo, valiente y animoso,
Afable, y amigable y generoso.

Mas, como lo mejor y necesario
Le falta, que es amor de Jesu-Cristo,
Emprende de hacerse gran cosario,
Y fúelo tal cual nunca se hubo visto.
De su tierra salió este adversario
Con armada muy fuerte, y vino listo
Por nuestra mar del norte navegando,
El Magallano estrecho demandando.

El Argentino toma, pretendiendo
 En él hacer aguage de camino:
 Del Estrecho la vuelta va siguiendo;
 Un temporal deshecho sobrevino,
 Con fuerza sus navíos sacudiendo:
 El huracan, tormenta, torbellino,
 A la costa una nave sin antena
 Entregan desrumbada en el arena.

Tomando, pues, su gente el Luterano
 En una sola nave, con osado
 Y valeroso pecho, y viento sano
 Al puerto de Leones ha llegado.
 Sintiendo en su favor su suerte y hado,
 El Estrecho emboecò con buena mano,
 Y en breve al mar del sur sale triunfando,
 La tierra firme en Chile costeando.

La costa y tierra toda estremecía,
 Las nuevas por los aires retumbaban,
 La gente de los indios se temía,
 Que muy mal se sonaba que hablaban.
 Francisco con gran gozo y alegría
 Navega, que los vientos le ayudaban:
 A dos navios pequeños ha encontrado,
 Y aquello les quitó que le ha agradado.

En Arica llegando placentero
 A Roca le tomó su navichuelo;
 Al triste que perdiera su dinero
 Yo le ví lamentar con grande duelo.
 El navío del Rey salió primero
 Con la plata, á Arequipa va de vuelo,
 Pues á Valencia, Arica cupo en parte;
 Y oid del Trugillano su buen arte.

En Arica regia este la costa,
 Dó viendo que el Ingles viene con brio,
 A Arequipa despacha por la posta,
 A que saquen las barras del navío.
 Si no hacen aquesto entrará en costa,
 Que Francisco llegó con grande pío,
 Y entrando en el navío no ha hallado
 Las barras, que en el agua se han echado.

El navío de Arica habia partido
Con las barras del Rey: con el aviso,
De Valencia en el agua se ha metido,
De que el Ingles se halla allí á repiso:
Y como en el secreto no ha caido,
De Arequipa se parte de improviso,
Al viento dando velas, porque estima
En gran precio tomar puerto de Lima.

A Lima se despacha mensagero
Por tierra á Arequipa: mas allega
El Ingles al Callao de primero,
Sin combate de mar y sin refriega:
El puerto reconoce placentero,
Y á las naves y barcos bien se pega,
A vista se nos pone y hace fieros,
Y en tierra algunos buscan agujeros.

En breve se conoce ser cosario.
Don Francisco Manrique á caso estaba
Aquí con su muger; el adversario
A media noche en punto se llegaba
Al puerto, donde fué muy necesario
Un caso, que diré que allí pasaba,
Que mechas de sus tocas ví hicieron
Las damas, y en lo alto las pusieron.

Doña María Cepeda con Mencia,
Su bella hermana, dicen á Manrique,
Que mechas encendidas convenia
Se muestren, y campana se repique.
El buen factor lo hace, y luego envia
Persona que al Virrey lo signifique,
Que tienen enemigos en el puerto,
Sin saber quienes son cosa de cierto.

El de Toledo á priesa hace gente,
Tocábanse las cajas y campanas,
Y con temor y miedo al mas valiente
Vereis cargar de hierro y partesanas.
El subitio temor tan de repente,
Causaba andar las gentes como insanas:
Y como de este caso en duda estaban,
Con pequeño momento vacilaban.

La turbacion y priesa yo decilla,
 Aunque quiera hacer un largo canto,
 No podré: cabalgaba uno sin silla,
 El otro aunque con silla con espanto,
 El otro iba sin freno en su baquilla,
 El pecador temía, y el mas santo:
 Al fin todos estaban temerosos,
 Y de futuros males recelosos.

Los negros la ocasion consideraron,
 Y acuerdan entre sí un ardid famoso:
 Los frenos á sus amos les hurtaron,
 Ardid sutil de guerra y peligroso.
 Entre ellos el concierto fabricaron,
 Con animo maldito y alevoso,
 Pensando que Francisco allí viniera,
 Y en libertad á todos les pusiera.

Sus amos los caballos ensillaban
 A gran priesa, de miedo todos llenos,
 Y las espuelas calzan, y tomaban
 Las lanzas en las manos: mas los frenos
 No hallan, aunque mas los procuraban;
 Que fué concierto hecho de morenos,
 Que al blanco tienen tantos desamores,
 Cuanto son diferentes las colores.

San Juan de Onton, navio muy nombrado,
 Con la plata del Rey habia salido;
 En breve el Luterano le ha alcanzado,
 Y como de improviso le ha cogido,
 Y el viento en aquel punto le ha faltado,
 De su fuerza escaparse no ha podido:
 A su dicion y mando le sujeta,
 Y tomando la plata luego aprieta.

Aquesta fué la presa mas famosa,
 Y robo que jamas hizo cosario:
 Su hambre, tan canina y tan rabiosa,
 De plata bien hartó aqueste adversario.
 Que es cosa de decir muy monstruosa,
 El número de plata, y temerario
 Negocio nunca visto ni leido,
 Que á cosario jamás ha sucedido.

Sin aquestos navios que he contado
 De Chile, y en Arica al de la Roca,
 Otros tomó tambien, que hubo encontrado
 En los puertos sin gente y fuerza poca.
 Despues á los Malucos engolfado,
 A Tidore y Ternate presto toca,
 Y junto á Gilo Gilo toma puerto,
 Que llena su navío todo abierto.

En una isla pequeña despoblada
 Saltando, un fuerte hace de repente:
 La gente Lusitana congregada
 Le envía á ofrecer alegremente,
 Que de ellos ha de ser muy regalada,
 Que lleve donde estan toda su gente.
 No quiere sus regalos, les responde,
 Y la plata só tierra bien la esconde.

El Rey de Gilo Gilo, el de Ternate,
 Y Tidore con otros comarcanos,
 Tuvieron con Francisco gran rescate:
 De Seta aquestos son Mahometanos,
 Tenian por entonces gran combate
 Y guerra contra nuestros Lusitanos:
 Ayuda les ofrece el Luterano,
 De allá de la Inglaterra por su mano.

Con esto en breve pone en astillero,
 En esta isla que he dicho, un buen navio:
 Salió recio, veloz y muy velero,
 En todo le ayudando aquel gentío.
 De como allí llegó, al mes tercero
 Dió velas á su nave con gran brio;
 La costa de la India va bojando,
 Y al mar del norte el rumbo enderezando.

En él entrando rico y poderoso,
 En sí mismo pensando su ventura,
 Con ánimo gallardo y valeroso,
 Que cierto le tenia de natura,
 Navega muy alegre y muy gozoso,
 Sin miedo que le venga desventura,
 Que va de su ventura confiado,
 Y el navío de barras bien lastrado.

Sarmiento en este tiempo se ha ofrecido
A embocar el Estrecho hácia España,
De Don Francisco fué favorecido,
Que se juzga esta cosa por estraña.
En su lugar y tiempo referido
Será aqueste negocio, y la maraña,
Que sin concierto y órden mal urdía,
Por donde mucha gente se perdía.

Volver á Lerma quiero. Tiene aviso
Que en Esteco el teniente mal se habia
Con el Dean; por tanto de improviso
A Mirabal su hermano luego envía.
El Mirabal aquesto solo quiso
Por achaque tomar, que aborrecía
Al pobre del Dean, de quien es fama,
Que toda la revuelta forja y trama.

En la Merced estaba recogido
El Dean D. Francisco de Salcedo,
De dó con dos ò tres hubo salido
En busca del teniente. No está quedo
El bachiller García, que ha venido
Con grita, barahunda, y mal denuedo;
Mas no hallando en casa al Benavente,
A la Merced se vuelve aquesta gente.

De los de la revuelta un conocido,
Que por nombre Felipe se decia,
A quien la justicia hubo querido
A Castilla enviar, pues convenia;
La culpa principal aquí ha tenido,
Que por costumbre vieja lo tenia;
Y de su mal vivir quiera dolerse
Nuestro gran Redentor, y él condolerse.

Al de Toledo aqueste, falseado
La firma, dicen, hubo con gran maña;
Y siendo su negocio comprobado,
Embarcarle quisieron para España.
A galeras estaba condenado,
Que fuè su culpa en forma muy estraña:
Mas tuvo tal industria este mestizo,
Que el juego, como dicen, maña hizo.

Al Audiencia de Charcas despachados,
 Por Lerma fueron presto ya los presos,
 Con papeles y causas y recados,
 Formados á la larga los procesos.
 Tambien salieron otros condenados
 A galeras, por ser hombre traviesos:
 Hernan Mesia, Sotelo con Rubira;
 Su causa en el Audiencia bien se mira.

De ver era en la Plata las dicciones
 Que habia de este caso, y pareceres:
 Aquí vereis juntar conversaciones
 De toda suerte de hombres y mugeres,
 Soldados y vecinos en cantones,
 Ni se trata de plata ni de haberes,
 De solo Lerma ví tantas sentencias,
 Cuanto eran de cabezas diferencias.

Tardéme yo en venir algunos dias,
 Y e-taba ya el negocio reposado,
 Con todo algunos tienen sus porfias,
 Que no les era el caso bien contado.
 Que aunque hubo en el negocio demasias,
 En parte fué muy bueno y acertado,
 Que obligan los delitos muchas veces
 A salir de medida á los jueces.

En Arequipa en esto ha sucedido
 Una cosa muy triste y repentina,
 Y tanto, que yo vide conmovido
 Al Perú con dolor de tan gran ruina.
 Y pues de lamentar tanto ha sabido
 Desde su fundacion nuestra Argentina,
 Lamente aqúeste caso lastimero,
 Que por famoso aquí contar le quiero.

Habia un gran presagio sucedido,
 Que oyeron por los aires tintinando
 De cajas y atambores gran ruido,
 Que en concertado son iban sonando.
 Cometas por el cielo han parecido,
 Que acá y allá contino andan errando:
 El aire obscurecido y tenebroso,
 Promete fin horrible y espantoso.

Estando el pueblo alegre y descuidado,
 En sus casas comiendo cada uno,
 Con un furor horrible desfrenado,
 Se forma un tal temblor tan importuno,
 Que sale cada cual desatinado,
 El remedio buscaban oportuno:
 Y huyen, no esperando el hijo al padre,
 Ni al hijo su querida y dulce madre.

Amigos á otros fueron muy propicios
 En este aprieto, dandoles ayuda:
 Caíanse los fuertes edificios,
 Que muy poco el cimiento les ayuda.
 Con la puerta, que queda sobre quicios,
 Aquel que mas no puede bien se escuda,
 En tanto que el umbral no se hundía,
 Y viene todo allí de Romanía.

El triste, que procura de la tienda
 Librar lo que ha ganado con trabajo,
 Perece con su mísera hacienda,
 Quedando por sacarla de debajo.
 Muy larga se le hace aquí la senda
 Al que es gordo y pesado, y tiene bajo;
 Que el mas suelto y ligero mas corria,
 Y de su ligereza se valía.

Trecientas y mas casas se cayeron,
 Y templos muy lucidos y labrados,
 Y mas de treinta hombres perecieron,
 Sin indios só la tierra sepultados.
 De espanto y miedo algunos se murieron,
 Cayendo de su estado desmayados;
 Que viendo se hundia tierra y suelo
 Pensaban se venia abajo el cielo.

A mediodia sucede; que si fuera
 De noche aquesta ruina dolorida,
 Sin duda mucha gente pereciera
 Sin poder escaparse con la vida.
 De su casa salir nadie pudiera,
 Que le fuera imposible la salida:
 Pues era tan difícil con luz clara,
 ¿Qué fuera, si de noche les tomára?

Una boca terrible y espantosa
 Está junto á Arequipa, ¡ó Dios Eterno!
 Que vos hicisteis cosa tan monstruosa,
 Que bien se dice boca del infierno.
 Aquesta dicen fué causa forzosa
 De aqueste terremoto, y que el caverno
 Con furia levantó la gran tormenta;
 Aquel volcan azufre y fuego avienta.

Pues no bastó el temblor tan espantoso
 Para que una mestiza se enmendase,
 Que fraguado tenia un mal famoso,
 Que quiso de su mal fama durase.
 La triste, no pudiendo ver su esposo,
 El Diablo la aconseja le matase,
 Pensando desposar ella consigo
 A un mozo que tenia por amigo.

Al cual de su propósito maligno
 La moza le dá parte placentera:
 El mozo en el concierto luego vino,
 Que amaba á la mestiza en gran manera.
 En una huerta está junto á un camino,
 En medio de un vallado, una higuera:
 Aquí, despues de muerto, le han colgado,
 Fingiendo que murió desesperado.

La moza le ahogó, cuando dormia,
 Con un lazo y cordel muy corredizo:
 Con ella está presente, que lo via,
 El nuevo sucesor, y mal mestizo,
 El cual al muerto luego suspendía.
 El ruido que forman es hechizo,
 Celando, y encubriendo su contento
 Con un fingido y falso sentimiento.

Al tono de este caso doloroso,
 Diremos otro aquí mas lamentable.
 En Mizque, valle fertil, provechoso,
 Dó Baco tiene asiento favorable,
 Estaba Gil Gonzalez, hombre honroso,
 A su esposa y muger muy amigable:
 Al parecer tambien ella le amaba,
 Y como á su marido regalaba.

Catalina, verdugo sin consejo,
 Ingrata á tanto bien como tenia,
 Habiendo muerto el padre, como viejo,
 Con el marido á veces mal se habia.
 Matarle determina: el aparejo
 En un mozuelo halla, á quien queria
 En un supremo grado; de tal suerte,
 Que á todos tres causó su querer, muerte.

En casa le tenían hospedado,
 Nacido era en la villa de Oropesa;
 Del pobre Gil Gonzalez regalado,
 Comiendo de ordinario en propia mesa;
 Empero de sus padres mal criado,
 Y así de condicion mala y aviesa,
 Por sus grandes delitos y malicia
 Desterrado le habia la justicia.

Conciertan, pues, los dos quitar la vida
 Al pobre, que vivia sin recelo:
 El Juan Rodriguez dióle una herida,
 De que cayó el Gonzalez en el suelo.
 La maldita verdugo, luego asida
 Del triste que la pide á ella consuelo:
 "No es tiempo ya, le dice, perro perro."
 Y el mozo por la llaga mete hierro.

Espira el sin ventura sollozando,
 Diciendo: "¿muger mia, qué os he hecho?"
 La verdugo cruel le está arañando
 El rostro y el pescuezo con el pecho.
 Fingiendo que se duele, está gritando,
 Y su marido, dice, que del lecho
 Cayó, con un dolor crudo muy fuerte,
 Con ansias revolcando de la muerte.

Los lutos se sacaron con contento,
 Las lágrimas son risas de heredero
 Y muy de presto ordenan casamiento,
 Por mas presto venir á pagadero.
 A penas se acabó el enterramiento
 De-po-anse los dos: el paradero
 Fué muerte acabadora de contentos,
 De bienes y de males, y tormentos.

¡O cruda ingrátitud, tan celebrada
De hembras por el mundo, como vemos:
Es posible, que siendo tan usada,
Jamás de su rigor huir podemos!
La culpa nuestra bien está probada,
Pues de muger sabido ya tenemos,
Que no puede regirse por consejo,
Pues tiene de razón poco aparejo.

Vereis que al parecer muy tiernamente
Os aman por extremo sin medida,
Y al contrario vereis muy de repente,
Que sois la cosa más aborrecida
Que se puede hallar entre la gente.
Aquesta usanza bien es conocida.
Por dó decir podremos, de la hembra
Mudanza cojerá quien amor siembra.

Fiad de la muger, por vida mía,
Vereis cuan mal acude la fianza.
Si acaso es principal y de valía,
Contino está pensando en su mudanza:
Siendo de baja suerte, noche y día.
Pues ¿quien tendrá en muger ya confianza,
Sabiendo que en su pecho está estampada
Y al vivo la mudanza retratada?

Y si alguna excepcion hallar queremos,
No es justo la busquemos en la tierra,
Que no se hallará, aunque trabajemos,
Que á firmeza interés presto destierra.
En el Perú aquesto bien podemos,
Probar, que árbol alguno no sotierra
Sus raíces, aunque sea de grandeza;
Pues, ¿como la muger tendrá firmeza?

Católica y beata gran corona
De exemplo y de virtud, Reina Isabela,
De quien su eterna fama bien pregona,
Que sobre el candelero fué candela:
Dijistes, gran Señora, á una persona
(Quien hay que de tal cosa no se duelá)
De firmeza no habrá solos matices,
A dó el árbol no cubre sus raíces. (1)

(1) Esto dijo la Reina Isabel á Juan Fernandez de Inciso. En su Crónica-general del mismo se refiere.

No es justo ya tratar mas de firmeza,
Mayormente de damas, pues por gala
Ya tienen la mudanza, y por bajeza
Entre ellas ya se juzga, y cosa mala
Guardar la fé al galan, que es gran proeza,
Echarle al mejor tiempo en hora mala:
Que en remedio de amores han leído,
Que al amor, nuevo amor ha socorrido.

Y porque disgustadas mas no sean
Las damas de este canto y de mi rima,
El siguiente les pido yo que lean,
Que en él he de tratar cosas de Lima.
A vueltas del Concilio quiero vean,
Que hay en el Perú damas de estima;
Que no es en esta historia mi desegno
Quitar de su valor al rubí fino.

CANTO VIGESIMO-TERCIO.

Trátase del Concilio que se congregó en Lima, y de las galas de aquella ciudad, y de dos temblores gravísimos que en ella sucedieron.

Quisiera que el estilo de mi rima
Subiera de repente de su punto,
Al Cielo levantando bien la prima
En solo este brevísimo trasunto.
Por poder escribir lo que ví en Lima,
Al tiempo que el concilio estaba junto,
De siete Obispos graves de consejo,
Y el Arzobispo Alfonso Mogrovejo.

Como por nuestro Rey se desease
El bien de la República Cristiana,
Por que el negocio bien se reformase
En este nuevo orbe, y tierra indiana,
Ordenó que concilio se juntase,
Premisa autoridad, santa, romana,
De tierras muy longincuas los prelados
En breve tiempo fueron congregados.

El muy docto Lartaun ha venido
Del Cuzco, y de Quito el sábio Peña;
De Santiago de Chile, uno nacido
En Medellin, lugar, tierra estremeña.
El grave San Miguel, muy entendido,
De la rica imperial ciudad Chilena;
De Tucuman, Victoria lusitano,
A quien fortuna dió en breve su mano.

D. Alonso Granero, muy prudente,
Que de antiguos Toledos descendía,
Tambien se halia en Lima, aunque doliente,
Que li-tado de gota, se sentia.
Del Paraguay electo de presente
Obispo está, que Guerra se decía:
En este consistorio congregado
Preside el Arzobispo ya nombrado.

Edictos se publican, que viniesen
 A pedir su justicia todas gentes,
 Y que en Concilio luego pareciesen
 Cualesquiera que fuesen delinquentes,
 De estado eclesiástico, si fuesen,
 Y tuviesen tambien inconvenientes,
 De religion dejada, ó dimisoria,
 A todos se despacha compulsoria.

Parecen en Concilio, demandando
 Del Cuzco, con algunas ocasiones,
 Contra el Obispo algunos, informando
 De su justicia, causas y razones.
 Ibase este negocio encadenando
 Por muchos que los guian sus pasiones:
 De aquí nace discordia entre prelados,
 Y falsas opiniones de letrados.

Un Lucio, en los derechos graduado,
 Amigo mas del tuerto que el derecho,
 Al Arzobispo trajo alborotado,
 Con su mala intencion y duro pecho.
 Del Cabildo del Cuzco es abogado,
 Y piensa mejor hacer así su hecho:
 El Concilio rescinda, le decia
 Al Arzobispo, que así le convenia.

Con este parecer muy conmovido,
 Procura el Arzobispo que cesase
 El Concilio, diciendo que ha perdido
 Al Virrey, que esperaba le ayudase.
 Don Martin en aquesto fenecido
 Habia, que Dios quiso que llegase
 Su fin, digno de lágrimas y lloro,
 Porque perdió el Perú grande tesoro.

Tenia en el Virrey gran confianza
 La gente, que al del Cuzco perseguia;
 Temiendo del de Cuzco la pujanza,
 Al Arzobispo el Lucio le traia
 Muy ciego, por tener de él confianza;
 Y así enanto le dice lo creia.
 Por su mal parecer y mal consejo,
 Al Concilio no viene Mogrovejo.

Los Obispos aquí le requirieron,
 Que al Concilio presida, como suele,
 A la iglesia los cuatro se vinieron:
 Al Lucio le conviene ahora que vele;
 Entre él y el Arzobispo respondieron.
 El alma y corazon á todos duele,
 Por ver tal disencion así trabada
 Entre Obispos, por Lucio encadenada.

En contra á San Miguel bien se mostraba
 Del parecer de todos los prelados:
 Al Arzobispo él solo se juntaba;
 Mas á aquellos que fueron congregados,
 El Arzobispo presto excomulgaba,
 Y en tablillas los pone declarados.
 En aquesto el de Quito muerto habia,
 Y Granero de gota padecia.

Quien vido la ciudad alborotada,
 Metida en pareceres diferentes,
 Al Audiencia la causa fué llevada,
 Para cortar el hilo á inconvenientes.
 El Audiencia Real, bien informada,
 Y letrados famosos y sapientes,
 Rescindieron los autos actuados,
 Y así presto ya han sido congregados.

Tornáronse á juntar como soliau,
 Haciéndose Concilio cada dia:
 En tanto que negocios fenecian,
 La ciudad del comer se encarecia,
 Porque de todas partes acudian,
 Segun á cada cual le convenia:
 Los unos, sin llamarles, son venidos,
 Los otros á mal grado son traídos.

Las damas ví que estaban muy quejosas,
 Diciendo, que con ellas se ha mostrado
 El Concilio con leyes rigurosas,
 Que el uso de rebozos ha quitado.
 En Lima vereis damas muy costosas
 De sedas, tramasirgos y brocados
 En las fiestas, y juegos arreadas,
 Mas los rostros y caras muy tapadas.

Por las calles y plaza á las ventanas
 Se ponen, que es contento de mirarlas:
 Con ricos aderezos, muy galanas,
 Y pueden los que quieren bien hablarlas,
 No se muestran esquivas, ni tiranas,
 Que escuchan á quien quiere requebrarlas,
 Y dicen só el rebozo chistecillos,
 Con que engañan á veces á bobillos.

De aquesta libertad y gran soltura
 El Limense Concilio fué informado:
 Queriendo reformar esta locura,
 Y abuso tan pestifero y malvado,
 Publica con rigor una censura
 Só pena de la cual les fué mandado,
 A las damas sus rostros descubriesen,
 A al menos á las fiestas no saliesen.

No fué poca la pena que sintieron
 Las damas, de se ver así privadas
 Del rebozo, por donde se estuvieron
 En sus casas algunas encerradas.
 Al fin de aquesta suerte obedecieron
 Las unas, mas las otras destapadas
 Salieron á las fiestas muy costosas,
 Pulidas, y galanas y hermosas.

Tan bien aderezadas y vestidas,
 Y con tanto primor y bizzarria
 En Lima andan las damas, y pulidas,
 Que en corte de Castilla se tenia
 En estima, basquiñas guarnecidas
 De mucho oro, y de fina pedreria.
 Doña Bernarda Niño una bordada
 Sacó, que en tres mil pesos fué apreciada.

Aquesta sobre todas se señala
 En costoso aderezo de vestido,
 De Aliaga, Beatriz, lleva la gala
 En discrecion, aviso y buen sentido:
 Tambien la que no tiene cosa mala,
 Ni menos bueno que ella, su marido,
 Dá lustre, con su lustre en toda Lima,
 Doña Maria Cepeda, de alta estima.

Estaba con la lírica Diana,
 Doña Mariana bella, muy gozosa
 La corte de los Reyes, y aun ufana;
 Mas la muerte con ella fué envidiosa.
 Dejónos otra ninfa, tan galana,
 Discreta, buena, rica, y tan hermosa,
 Que puede allá en el cielo ser lucero,
 Doña Juliana es Puerto Carrero.

Doña Beatriz la Coya en esto ha ido
 A Lima, dó se halla gran Señora,
 Por haber el bautismo recibido:
 Bien muestra ser del Inca sucesora.
 Al muy sábio Loyola por marido
 Le cupo, de quien es merecedora.
 Doña Luisa estaba cerca de ella,
 De Ulloa compañera, clara estrella.

Dejemos de contarlas una á una,
 Porque era menester un largo canto,
 Y mas que en todas ellas no hay alguna,
 Que no tenga mil gracias; y esto tanto,
 Que pára á media noche allí la luna,
 Y el sol á medio dia, tanto cuanto
 Por cobrar nueva luz y resplandores
 De las damas de Lima y sus priiores.

Pues oigan los galanes amorosos,
 Y templen su contento. En Chuquiago
 Sucedió en estos tiempos tan gozosos,
 Un extraño prodigio y gran estrago.
 Por cima de unos cerros barrancosos,
 Arrancando del todo un grande lago,
 Un terremoto súbito lo avienta,
 Y en otro lugar nuevo lo aposenta.

La tierra, por tres partes diferentes,
 Se abrió con espantable fortaleza,
 Y por las aberturas y vertientes
 Salía con furor gran espeseza
 De polvo, y de pedrisco, que á las gentes
 Mataba sin piedad esta maleza:
 Un indio se salvó de este pedrisco,
 Quedando sin lesion encima un risco.

Por una parte y otra el terremoto
 Con gran furia pasó, quedando aislado
 El indio de rodillas, muy devoto,
 Sin ser del terremoto maculado.
 Cual suele temeroso por el soto
 La huida buscar ciervo ó venado
 Cuando oye el arcabuz, así buscaba
 El indio por donde ir, mas no lo hallaba.

Libróle al fin el risco y el barranco,
 O por mejor hablar, el Poderoso;
 De la muerte á la vida dió un gran tranco,
 Contándose despues por muy dichoso.
 Mas un pueblo que llaman Anco Anco,
 Aquí hizo su fin muy lastimoso,
 Que un cerro encima dél vino cayendo,
 Y debajo la gente de él cogiendo.

Murieron cuatrocientos naturales
 En solo aqueste pueblo, en despoblado:
 Murieron otros muchos, y animales
 Silvestres, y doméstico ganado.
 Con estos terremotos y señales,
 Al pueblo y Perú ví desconsolado,
 Y muchos dicen, ya quiere acabarse
 El mundo, y el juicio apresurarse.

Y no se quedó Lima sin su suerte
 De pena en este tiempo semejante,
 Que un terremoto grande, crudo y fuerte
 Sucede una mañana en un instante:
 No hay hombre que á salir de casa acierte,
 Y aquel que corre mas sale delante;
 No espera la muger á su marido,
 La madre deja al hijo muy querido.

De casa habia salido muy temprano,
 Porque en diciendo misa me ocupaba
 En concilio, por ser Arcediano.
 Mi mula de repente apresuraba,
 Corriendo, y en pararla me era en vano,
 Que el miedo del temblor la desquitaba:
 Corrió con las orejas aguzadas,
 Y ainas me quebrára las quijadas.

Un ruido el temblor causó tamaño,
 Que los cabellos todos se erizaban:
 Negocio de contarse por estraño,
 Que las paredes ví se meneaban;
 Y sin que recibiesen algun daño,
 Temblando de tal suerte, al fin quedaban
 En su ser, aunque algunas se cayeron,
 Y à sus dueños debajo los cogeron.

Un caso contarè yo verdadero,
 Que casi me reí, que aqieste dia
 Corriendo por la calle ví un barbero,
 Que al punto del temblor sangrado habia
 A un hombre, que tras él saliò ligero,
 Aunque la sangre roja le salia:
 El barbero perdió aquí su lanceta,
 Y al enfermo el temblor la vena aprieta.

De ver era mirar como salian,
 Con mil disfraces hombres y las damas,
 Que aquel punto los indios se vestian,
 Los otros aun se estaban en sus camas.
 Algunas sus afeites se ponian,
 Sirviendo estaban mozas á sus amas,
 Y dejarlas huyendose á la calle
 A dó salen tras ellas de mal talle.

Las unas en camisa, desgüeñadas,
 Las otras dando gritos, mal cubiertas;
 Las otras medias caras afeitadas,
 Caidas, desmayadas à las puertas:
 Las otras con sus hijos abrazadas,
 Vencidas del temor, y medio muertas.
 Al fin pasó el temblor, aunque turbada
 Quedò la gente toda y espantada.

En este tiempo, dia señalado
 De la Asumpcion sagrada de María,
 El Sínodo Linense, que ha durado
 Un año, que se cumple en este dia,
 Con gran solemnidad ha publicado
 Una sesion, que en suma contenía,
 Que el Sínodo pasado se tuviese
 Por rato, y como tal se obedeciese.

Y que los indios todos, doctrinados
 Con gran solicitud y diligencia,
 De aquí adelante fuesen, y enseñados
 Aquello que conviene á su conciencia,
 Los sacramentos sean ministrados
 Segun capacidad é inteligencia;
 Al indio procurando dar comida,
 Que pueda conformar con su medida.

Tambien otra sesion fué publicada
 En el mes de Setiembre, octavo dia,
 En que fué la desorden reformada
 De tratos y contratos que ante habia.
 Aquesta sesion todá fué apelada,
 Que aquesto, y otras cosas contenía,
 Que no daban buen gusto á los granjeros
 Que escuecen los negocios verdaderos.

A veinte dos del mismo publicaron
 Otra sesion de cosas provechosas,
 Tambien de todas ellas apelaron,
 Diciendo ser sus penas rigurosas.
 Mil dares y tomares se pasaron
 En este tiempo, y cosas trabajosas,
 Que el pueblo deseaba se acabase
 El Concilio, y mas tiempo no durase.

En el siguiente mes fué rescindido
 El Concilio, que gran tiempo ha durado.
 Apelado por todos luego ha sido,
 Que contra sí lo juzgan agravado;
 Y pues que á nuestra España fué venido,
 No quiero mas decir que estoy enfadado,
 Dejando sus sesiones y conceptos
 Al juicio de buenos intelectos.

Gran consuelo recibe Lima toda
 En ver que ya el Concilio se acabase,
 Que dó quiera la gente se acomoda
 Mejor, si menos es, y que faltase
 Temian cada rato, como en boda
 Dó mucha gente hay, y se gastase
 El pan, y vino y carne, que mil gentes
 Acuden al Concilio diferentes.

Y no holgué yo menos de esta feria
Salir, que me cabia mucha parte,
Y así en el Concilio mi miseria
Gasté con mi pequeña industria y arte:
Por dó me ví en pobreza, y gran laceria,
Mas nunca jamas pude yo olvidarte
España, dulce amiga, cuyo hipo,
Me trajo sin sosiego, y el Filipino.

Y viendo mi pretenso se alejaba,
Por no tener con que volver á verte,
De mi poca ventura me quejaba,
Y á veces deseaba ver la muerte.
Cuando mas descuidado y triste estaba
De ver algun remedio de mi suerte
La Inquisicion me hizo comisario,
Y el Obispo de Charcas su Vicario.

Con esto subo arriba, dó veremos,
Lo que en el Argentino ha sucedido,
Y á nuestra musa ruda lo diremos
No diga le entregamos ya al olvido.
Del buen Sotomayor recontaremos,
Como con Don Diego Flores ha venido,
Del sin ventura pobre de Sarmiento,
Y de su vano y loco pensamiento.

CANTO VIGESIMO-CUARTO.

En este canto se cuenta de la ida de Sarmiento á Castilla por el Estrecho de Magallanes, y de la venida de Diego Flores al Brasil, y D. Alonso de Sotomayor á Chile por el Argentino; y de la muerte del capitán Garay, y del Gobernador Mendieta.

De escarmentados, dicen, los arteros
Se hacen: nuestra madre la experiencia
Nos presenta los casos verdaderos,
Que muchos no alcanzaron por su ciencia.
Pilotos, y muy buenos marineros
Tenian entre sí gran diferencia;
Del Magallan Estrecho el Perú estaba
Seguro de pensar se navegaba.

Francisco, como dije, lo atraviesa,
Y en Lima dió rebate al de Toledo:
El descuido no dió lugar á priesa;
Causò tambien su parte el grave miedo
De aquella gran desdicha tan aviesa:
Si lo que se sonaba decir puedo,
Francisco allà la vida bien dejàra,
Si de otra suerte el caso se guiàra.

Pues ido de las manos el conejo,
Tomando de Francisco el escarmiento,
Juzgòse por maduro y buen consejo
Del Estrecho hacer descubrimiento:
Ofrécese, que dándole aparejo,
A Castilla por él irá derecho:
Despáchale el Virrey, que no debiera,
Movido de Sarmiento y su quimera.

Al fin Sarmiento sale pertrechado
 De Lima, de lo que era necesario,
 De su saber y estrellas confiado,
 Sin temor ò recelo de corsario.
 El Magallan Estrecho ya embocado,
 Con un ánimo cierto, temerario,
 Al mar del norte sale temeroso,
 Teniendose en aquesto por dichoso.

Trató con los gigantes de Pancaldo,
 Que están por cima el Puerto de Leones.
 Acuérdome yo ahora que Gibaldo,
 Soldado genovès, entre razones
 Que conmigo trataba, y con Grimaldo
 De su nacion, discretos dos varones,
 Me dijo muchas veces que los viera
 Desde el navío llegar à la ribera.

Pancaldo fuè el primero que los vido,
 Un genovés, astuto marinero:
 Uno de ellos, decia, que metido
 Habia por de dentro del garguero
 Una muy larga flecha, y no rompido,
 Segun que la sacaba: hechicero
 El Pancaldo le juzga, y Pier Antonio
 Decia ser por arte del demonio.

A este Pier Antonio, que de Aquino
 Se llamaba, le oí aquestas cosas;
 De buen entendimiento, buen latino
 Era, y me contaba milagrosas
 E increíbles cosas del camino
 Que Pancaldo llevó, cuando preciosas
 Y ricas joyas diò à mal despecho,
 Pensando de pasar aquel Estrecho.

Mas venturoso fué nuestro Sarmiento
 Con llevar una pobre navecilla;
 En atravesar, digo, que lamento
 Tendrà despues al fin con su cuadrilla.
 Llegó Sarmiento en paz, rico y contento,
 Del orbe nuevo al viejo de Castilla,
 Y dió cuenta de sí, y de su camino,
 Y la causa motriz de su designo.

Holgáronse en España con la nueva
 De ver que ya el Estrecho navegaban,
 Y que hay sin Magallanes quien se atreva.
 Con esto la tornada procuraban;
 Y queriendo hacerse de esto prueba,
 Las cosas de esta suerte se trazaban,
 Que salga Diego Flores con Armada,
 Que vaya á nuestro Estrecho enderezada.

Muchas armas se juntan y pertrechos,
 Proveyéndose todo el necesario,
 Que estaban los autores satisfechos
 De dar en la cabeza al adversario.
 Mas vemos que los fines y los hechos
 Suceden las mas veces al contrario :
 Al fin Diego de Flores ha partido,
 Y á Sarmiento consigó se ha traído.

Tambien Sotomayor á Chile viene,
 Con órden de pasar á Magallanes :
 Y tanto aquesta armada se detiene,
 Pasando mil fortunas y desmanes,
 Que á la costa brasílica conviene
 Venir el general, y capitanes.
 Al rio de Jeneiro han aportado;
 Y oid aquesta Armada en qué ha parado.

Salen de aquí contentos los que cuento,
 Diego Flores, Valdès y el Trugillano,
 El buen Sotomayor, por cognomento
 Chaves, y de la madre voz, Mediano.
 Con ellos, como digo, vá Sarmiento,
 Caya quimera vana salió en vano;
 Al Yumiri llegaron, boca angosta, (1)
 Y del reino argentino tierra y costa.

Tomaron la una boca de la banda
 Del norte, que la otra se endereza

(1) Yumiris, un estrecho que hace la mar entre la tierra firme y la isla de Santa Catalina, como tiro de canto. Es allí la corriente velocísima al henchir y vaciar de la marea. A la banda del norte está una ensenada grande, que llaman el puerto de Vera, y á la del sur, el puerto de Corpus Christi. En el primero estuvo D. Pedro de Mendoza, en el segundo, Juan Ortiz. Llámase Yumirí, esto es "Boca Chica."

Al sur, como se diera suda y tanda
 Allí; y aun le quebráran la cabeza
 Al Ingles, que en la boca del sur anda,
 Y estuvo allí surgido grande pieza.
 Sucesos son de mar, y aun de la tierra,
 Que vemos que suceden en la guerra.

Al fin salió el Ingles de allí primero,
 Sin que de nuestra Armada fué sentido.
 Un navio, en aquesto del Jenéro
 Al Rio de la Plata hubo partido.
 Encuéntrale el Ingles, por prisionero
 Un piloto llevó muy conocido,
 Robando lo que halla en coyuntura,
 Dejó el navio y gente á su aventura. (2)

Del Yumirí saliendo nuestra Armada,
 Con los del navio encuentra, que dijeron
 Lo que el Ingles les hizo: la tornada
 Procura Diego Flores, dó salieron
 A dar carena, dice, maltratada
 Que và la Armada, presto se volvieron;
 Que á seguir el Ingles yo cierto creo,
 Que en él satisfacieran su deseo.

El Ingles su derrota y su camino
 Signió, sin que persona le impidiera:
 Despues Diego de Flores tras él vino,
 Y viendo ser ya tarde se volviera;
 Tomó Sotomayor el Argentino.
 Sarmiento caminò, que no debiera:
 Al Estrecho llegó, dó pretendia,
 Mas poco le ha durado su alegría.

Tomando el Argentino el Trugillano,
 La mas gente que trae es estremeña,
 Salieron con gran gozo en aquel llano:
 La gente les recibe paragueña
 Con placer y contento soberano,
 Que es gente muy afable y halagueña:
 De allí atraviesa á Chile alegremente,
 Aunque se le ha quedado alguna gente.

(2) El Padre Fray Juan de Ribadencira habia venido del Perú por el *Argentino*, adonde volvió por órden de S. M. con doce frailes.

Alegre está Garay con la venida
 De aquesta armada al puerto paragüeño,
 Y puede por aquí ser socorrida
 La gente y el gobierno del Chileño.
 De ser esta carrera mas seguida
 La gloria se le debe al Estremeño,
 Que aunque en lengua de muchos esto estaba,
 El fuè quien á la obra mano echaba.

Garay de Buenos Aires ha salido
 El rio arriba, dicen, con mal pecho:
 Que desde que uno sé ve en gloria subido,
 A tuerto ha de subir su casa al techo.
 Y como en todo bien le ha sucedido,
 De su ventura estaba satisfecho;
 De guarda ò centinela no se cura,
 Que fuè causa de triste desventura.

Así estando una noche descansando
 En tierra el capitan con mucha gente,
 Algunos de temor se recelando,
 Temian el suceso subsecuente:
 Y el ánimo presago adivinando,
 En lo futuro mal inconveniente,
 El Capitan el sueño prometia,
 Como en Madrid, seguro en demasía.

Mas al revès sucede de su voto,
 Que el Mañuá, sin nombre ni valia,
 Salió con poca fuerza de un gran soto,
 Al tiempo que el aurora descubria.
 Vereis en breve espacio el campo roto,
 Y à Garay, que el seguro prometia,
 Eavuelto le dejaron en olvido
 Del sueño que el habia prometido.

Garay fuè de prudencia siempre falto,
 Y así por no tenerla, feneciendo
 En esta desventura y triste asalto,
 Fuè causa de este caso tan horrendo.
 Los Mañuaes descenden por un alto
 Con gran solicitud y sin estruendo,
 Al capitan mataron el primero,
 Que nadie ha de fiar de buen tempero.

Comienzan de hacer cruda matanza,
 En los que en sueño estaban sumergidos.
 ¡Maldita sea la loca confianza!
 ¿Quien soldados en guerra vió dormidos?
 Desde que el indio sintió su gran pujanza,
 Levanta grandes voces y alaridos,
 Y à diestro y à siniestro va hiriendo
 Al cristiano que al rio và huyendo.

Con bolas, flechas, dardos y macanas,
 La guerra aquí se hizo lacrimosa:
 El Cristiano que vé sus fuerzas vanas,
 Y ser la resistencia peligrosa,
 Dejando su miseria en las sabanas,
 Los pies pone el que puede en polvorosa,
 Y al bergantín se acoge de corrida,
 Por escapar si puede con la vida.

Murieron con Garay justo cuarenta
 De la gente escogida paragneña;
 Los indios eran solos ciento y treinta:
 Iba con el Garay gente extremeña,
 Y entre ella algunos iban de gran cuenta.
 Aquí murió Valverde, bella dueña,
 Que en quitarla la muerte, al mundo quita
 Tesoro, y el contento á Piedra Hita.

Llore mi musa y verso con ternura
 La muerte de esta dama generosa,
 Y llòrela mi tierra Extremadura,
 Y Castilla la Vieja perdidosa:
 Y llore Logrosan la hermosura,
 De aquesta dama bella, tan hermosa
 Cual entre espinas, rosa y azucena,
 De honra y de virtudes también llena.

Las Argentinas ninfas, conociendo
 De aquesta Ana Valverde la belleza,
 Sus dorados cabellos descojendo,
 Envueltas en dolor y gran tristeza,
 Estan à la fortuna maldiciendo,
 Las flechas, y los dardos, la crueza
 Del indio Mañuà, que así ha robado
 Al mundo de virtudes un dechado.

Aquí Miguel Simon, el Logrosano,
 Mostrado ha su valor y grande brio,
 Librando de la muerte por su mano
 A su muger, que en brazos al navio
 La trajo. Mas herido del pagano,
 Está para ahogarse ya en el rio,
 Vereis à Cuevas triste y doloroso,
 Por salvar su muger muy congojoso.

En el agua cayó, cuando subia
 El bergantin arriba la cuitada,
 Y viendo que ya casi se hundia,
 Su marido la juzga ya ahogada.
 “¡O Virgen, ella dice, en este dia,
 Valedme, mi Señora y abogada
 De Guadalupe, en este gran aprieto,
 Que servir esta obra yo prometo.

La turbacion que habia, no refiero,
 Las lágrimas, los gritos, el lamento:
 El enemigo andaba carnicero,
 Por la cristiana sangre muy sediento.
 Al bergantin afierra crudo, fiero:
 El cristiano que vido tal descuento,
 Sacando vivas fuerzas de flaqueza,
 Resiste al enemigo su fiereza.

Pero Alonso de Cuevas ha ayudado
 Muy bien al bergantin en el combate,
 Como valiente, fuerte y esforzado,
 Temiendo su muger el indio mate.
 Al fin nuestro Señor los ha librado,
 Huyendo el bergantin: de este dislate
 Nació en la tierra un bravo atrevimiento,
 Y oid con atencion el alzamiento.

El Mañuà, quedando victorioso,
 Aunque era indio sin cuenta y no valiente,
 Mas de ganar gran nombre codicioso,
 Levanta al Guaraní muy de repente,
 Y al Querandí, que es indio belicoso.
 Acude cada cual muy diligente,
 Juntándose gran parte de la tierra,
 Alegres en oír cosa de guerra.

El Yamandú, que arriba su memoria
 Tenemos muchas veces celebrada,
 Es el que lleva aquí la palma y gloria;
 Por él va aquesta cosa gobernada:
 Su voz despacha à guerra citatoria,
 En toda la comarca publicada,
 En breve muchos indios se han juntado,
 Y en su junta la guerra concertado.

Dejamos de contar cosas graciosas
 Que en este ayuntamiento han sucedido,
 Que á muchos lés seràn dificiltosas:
 Mas no puedo callar de que han reñido
 Dos indias de unas fuerzas espantosas,
 Que á espanto en este tiempo han conmovido;
 Que en ser de dos mugeres la pelea,
 Placer dará al discreto que la lea.

Tupaayquà, la primera se decia,
 De gran valor y esfuerzo y animosa;
 La segunda se llama Tabolia,
 Astuta, muy gallarda y belicosa.
 Entre estas dos se traba una porfia
 En la junta, por cierto muy graciosa:
 Tupaayquà su marido mas bebiera
 A Tabolia que el suyo, le dijera.

Sobre esto entre las dos se han desmentido,
 Y à los arcos las manos luego echaron:
 Mas entremedias muchos se han metido,
 Y el caso de esta suerte concertaron;
 Que en un palenque fuerte, muy fornido,
 Con dos padrinos, que ambas señalaron,
 De buena à buena riñan la pendencia,
 Con que cese el rencor y diferencia.

De ver era las dos fuertes, membrudas,
 De solas sus macanas arreadas,
 Que no tienen mas armas, que desnudas,
 Al fin en el palenque ya encerradas,
 Comienzan de herir sus carnes crudas,
 Y dándose muy bravas cuchilladas,
 En sangre convertian tierra y suelo,
 Y sus golpes sonaban hasta el cielo.

Los dos maridos, vista la hazaña,
 Y el peligro presente de sus vidas,
 Metidos en furor y cruda saña,
 Con voces y palabras doloridas,
 Que cese, piden ambos, la maraña:
 Por los padrinos fueron despartidas,
 Y dándoles del vino y del brevage,
 Cesó la diferencia y el corage.

En la junta concluyen, que conviene
 Que guerra à Buenos Aires hagan luego,
 Que si un punto la guerra se detiene,
 Sujetos quedarán á pecho y ruego.
 El Yamandù les dice, porque suene
 En España la fama, á sangre y fuego,
 “Perezca la memoria del Cristiano,
 Sin que dejemos dèl un hueso sano.”

De aqueste parecer es Querandelo,
 Con el valiente viejo Tanimbalo,
 Ayuda les ofrece Tabolelo,
 Yaguatati, Terù con Manoncalo.
 La grita y alarido hasta el cielo
 Levantan, y nombrando à Guazuialo
 Por general, del campo se han partido,
 Y en breve à Buenos Aires descendido.

La gente que aquí baja es en gran suma;
 Chiloazas, Beguaes, Querandies
 Vienen creciendo siempre como espuma:
 La flor de todos son los Guaranies;
 Mil galas y lindezas de bel pluma
 Encima traen de sí: mas no confies
 En gala, gentileza y hermosura,
 Que la verdura fresca poco dura,

Al puerto y fuerte llegan voceando,
 Con trompas, y bocinas y atambores;
 Las centinelas andan rodeando
 El fuerte, y el poblado y rededores.
 Tocan arma; en un punto peleando
 Con esfuerzo vereis los pobladores:
 Rodrigo Ortiz de Zárate es teniente,
 Hombre de presumpcion y muy valiente.

No quieren que se suelte artilleria,
 Que el una escuadra y otra anda mezclada;
 Parece resonar caldereria,
 O la fragua vulcana tan nombrada.
 El tiempo la victoria entretenia ;
 La gente desflaquece de cansada :
 A priesa viene ya aquella doncella,
 Que á Títon dió su queja, siendo bella.

El enemigo viendo que amanece,
 Temiendo la pujanza del Cristiano,
 Y que su gente toda desfallece,
 Procura retirarse por el llano.
 El General Guazuialo perece
 Con parte del ejército pagano;
 Nuestra gente se queda victoriosa,
 Y la contraria huye muy medrosa.

Acá los de Garay, viéndole muerto,
 Sigueron su viage comenzado:
 Llegando á Santa Fé, seguro puerto,
 El caso con dolor es celebrado.
 La causa deste mal y desconcierto,
 Los mas dicen Garay haber causado:
 Perdónele quien puede, que provecho
 Sabemos que en la tierra mucho ha hecho.

Al Paraguay camina aquesta gente
 En tres barcas, dejando allí el navio.
 Una barca, vencida del corriente,
 Que lleva muy veloz el ancho rio,
 Perdido el gobernalle, de repente
 Se vuelca, no bastando poderío
 Humano á remediarla. Percieron
 Cuarenta, y solos cuatro escabulleron.

De aquestos cuatro, dos, el uno Luna,
 El otro Cosme, juntos han salido
 A tierra, y travesando una laguna,
 Al fin á la Asumpcion Luna ha venido.
 De rabiosa cruel hambre importuna,
 El Cosme sin ventura ha perecido:
 Al Luna, que escapò de aquesta suerte,
 Un caballo le dió despues la muerte.

Mendieta, que dijimos, fué dejado
 Del piloto mayor y marineros,
 Como era mozo mal considerado,
 Causò la muerte à sí, y sus compañeros.
 Un mestizo, que estaba amancebado
 Con una india, por celos mensageros
 Del falso Dios de amor, que mal aprieta,
 A siete dió la muerte con Mendieta.

Del cacique Martin, un indio tuerto,
 Era hija la india, y muy hermosa:
 Por muger se la diò, que andaba muerto
 Por ella: ¿A quien no mata aquella Diosa?
 El mozo, como siente el grave tuerto
 De Mendieta, que es burla muy penosa
 El cuerno al ojo, hizo á los paganos
 Matasen à Mendieta, y sus cristianos.

De Sarmiento tratar no quiero agora,
 Que, como referì, pobló el Estrecho.
 Poblando, la fortuna burladora,
 No fuè muy favorable de su hecho;
 Que habiendo de crecer siempre en mejora,
 Menguó muy de repente à su despecho:
 Comienza à perseguirle de tal suerte,
 Que nunca le dejó hasta la muerte.

Mas paréceme que es historia agena:
 No quiero mas decir, ni del famoso,
 Y buen Sotomayor, que enhorabuena
 Le cupo por marido y por esposo,
 Aquella que, de todos bienes llena,
 Procede de un linage generoso.
 No conviene yo trate, pues Arcila
 En Chile con primor se despabila.

Y pues que à Chile cupo tal belleza
 De pluma, de valor, de cortesia,
 No es justo, que se atreva mi rudeza
 Decir de Chile cosa, que seria
 Muy loca presumpcion y gran simpleza
 Meter hoz en la mies, no siendo mia.
 Volver quíero el estilo al Chiriguana,
 Y à su costumbre perra y muy tirana.



CANTO VIGESIMO-QUINTO.

En que se trata de la junta que hizo Ibitupue, y asaltos que los suyos dieron en tierra del Perú: del acuerdo del Audiencia de los Charcas, y de un temblor terrible en Lima.

No vemos ser seguro á lo presente
Curar de proveer sin advertencia
A lo futuro y tiempo subsecuente ;
Mayormente que vemos en presencia
Pronosticarse el caso que está ausente:
Y así mirarlo todo es providencia
A nuestro Dios Eterno atribuida,
Que de un fin toca al otro sin medida.

El de Toledo, dije, como habia
Por coger á D. Diego hecho guerra
Al indio guaraní, que residia
Metido en la aspereza de la Sierra.
Saliendo con su intento se volvia,
Sin dejar sosegada aquella tierra,
Mas antes con razon mas levantada,
Por ver aquesta parte acobardada.

Ibitupue, el astuto y cauteloso,
Con ánimo feroz junta, pregona,
Y manda, como hombre poderoso,
Que venga en general toda persona.
El ser tenido ya por dadivoso,
Y que á trabajo alguno no perdona,
Le hace al guaraní venga contento
A la presente junta y llamamiento.

Con gente acompañado, y pecho fiero
A la junta ha venido Condurillo,
El viejo Tabobá, gran carnicero,
Tambieu alegre viene con su aillo;

Marucaré, su antiguo compañero,
 Procura con sus fuerzas de seguillo
 Con toda la demas canalla fiera,
 Que vive por la Sierra, y Cordillera.

En un prado apacible y muy ameno,
 Ibitupue tenia aparejado,
 De flores olorosas todo lleno,
 Y de muy frescas aguas rodeado.
 Tendidos por la yerba, y por el heno,
 Se comenzó el convite, y ha durado
 Desde el hora de prima, hasta nona;
 Mas ninguno escapó sin maza y mona.

Habia mucha caza regalada,
 Perdices, pavas, aves muy sabrosas,
 Venados, avestruces, que salada
 Su carne es buena y sana, muy gustosa;
 Y dulces frutas, que hay una apropiada
 A guinda, yaracaes olorosas,
 Guembes, ivaviraes en gran suma,
 A rodo los pescados, como espuma.

El vino de maiz y de algarroba,
 De molles, y de murta bien obrado,
 Seguro que bebían casi arroba,
 Que media á cada cual le estaba dado.
 Uno habla en latin, el otro troba,
 Otro habla español y vascongado;
 Mas todos para un fin se concertaban,
 Y aunque borrachos, todos atinaban.

Ibitupue habló de esta manera,
 Aunque hecho botija y grande cuero:
 “Metidos en la fuerte Cordillera,
 Ni Rey, ni Roque hay, por muy guerrero
 Que sea, que nos pueda echar afuera:
 Yo solo, con un solo compañero,
 Me atrevo á defender siempre la entrada,
 Aunque venga el Perú de mano armada.”

“Lo que conviene agora que se haga,
 Pues que el Virrey se puso á darnos pena,
 Que cada cual por sí se satisfaga,
 Segun su coyuntura fuere buena.

Quien muerte dar pudiere no dé llaga,
Y salga cada cual con buena estrena
Al camino, á vengarse por sus manos,
Matando estos soberbios castellanos."

"Yo tengo nueva cierta como viene
Doña Maria de Angulo, y Da. Elvira:
La muerte merecida bien la tiene."
El arco demandó, una flecha tira,
Diciendo: "Justo es mi fama suene."
A dó cae la flecha el indio mira:
Aguero es: que si cae bien derecha,
Su cosa tiene el indio ya por hecha.

Al punto que tiró, viendo en el suelo
La flecha estar en alto levantada,
Los indios levantaron hasta el cielo
La voz, que es su costumbre muy usada:
Ibitupue, ya libre de recelo,
Con muy soberbia voz apresurada,
"Perezca, dice, luego la memoria
Del cristiano, y conózcase mi gloria."

Aun no acababa bien estas razones,
Y un indio cano viejo se levanta,
Que aunque en la junta estaba, y escuadrones,
Su vida es diferente y aun espanta.
El caso que diré yo sin ficciones
Será, que aunque mi musa en verso canta,
Escribo la verdad de lo que he oido,
Y visto por mis ojos y servido.

El viejo con modestia así decia,
Pidiendo que atencion le sea prestada.
"Sabed, hermanos míos, que venia
Una hija que tengo, muy amada,
De guardar mi ganado el otro día,
Con una cruz muy bella agraciada;
Y yo le pregunté ¿qué cruz es esta?
Y oid de la doncella la respuesta."

"Estando recogiendo yo el ganado,
Ya que la obscura noche se acercaba,
Mi corazon en alto levantado,
En el criador de todo contemplaba,

Y habiéndole en mi pecho gracias dado,
 Por ver como doncella me guardaba;
 Un hombre se me puso por delante,
 De bella compostura y bel semblante.”

“El hombre me habló desta manera:”
 “Doncella, pues que á Dios con pecho llano
 Adóras, determina estar entera
 En tu virginidad, que el Soberano
 De ti se acordará en la hora postrera.”
 “Diciendo esto tendió su diestra mano,
 Y dióme aquesta cruz, de quien yo creo,
 Que es don de mi descanso y mi deseo.” (1)

“Esta mi hija, dice por momentos,
 Que Dios se ha de enojar, si á los Cristianos
 Hacemos mal, y damos descontentos,
 Y que antes los queramos como á hermanos,
 Recibiendo sus Santos Sacramentos.”
 Apenas ha hablado, y los insanos
 Vencidos de sus malas pretensiones,
 Al viejo dieron muchos bofetones.

El gran cacique, dice en su tiana
 Que al viejo dejen yá, porque delira,
 Y su hija es doncella muy liviana,
 Y que á invenciones tales siempre aspira.
 Cesóle de herir el Chiriguana,
 Que estaba ya encendido en pura ira,
 Que no dudo yo cierto, sino fuera
 Por el cacique, en breve allí muriera.

Al fin, por loco viejo le dejaron,
 Y su junta con fiesta celebrada,
 A sus tierras y casas se tornaron,
 Con la cosa en la junta concertada.

(1) Cosa muy comun es entre los Guaranies, que antiguamente anduvo entre ellos predicando un santo hombre, á quien ellos llaman hoy en dia Payzumé, ó Santo Tomé. Yo he visto por propios ojos una piedra, cosa de nueve pies de longitud, y cuatro de latitud, en que están formadas señales y vestigio de pisadas de pié humano: y no son de indios porque son conocidas las señales de sus pies, por ser tan diferenciadas, como son, de las señales de los pies del cristiano, aunque el pié del uno y del otro esté descalzo: porque los indios tienen los dedos desparramados, y el cristiano juntos, y lo mismo se vé en el negro de Etopia.

Y luego en los caminos asecharon
 La gente que pasaba desmandada,
 Y crudo sacrificio cada dia
 De la gente española se hacia.

A frailes y soldados, que salian
 De Santa Cruz, mataron crudamente,
 A chácaras y valles se venian,
 Adonde cautivaban mucha gente:
 De suerte que el estrago que hacian
 Causaba gran temor al mas valiente.
 Hernando Salazar entrar procura,
 Y oid una desdicha y desventura.

Despues de aquel dislate y alzamiento,
 Que en la Asumpcion, digimos, fué imputado
 A Mendoza, se hizo un casamiento,
 En que con Doña Elvira (degollado
 Su padre) un caballero de talento
 Casó, Nuffo de Chaves fué llamado:
 Hombre feroz, valiente y animoso,
 Y nada de peligros temeroso.

Aqueste á Santa Cruz poblò primero,
 Y á los Charcas salió, dó la obediencia
 De lo poblado dió este caballero,
 Al Presidente, Oidores de la Audiencia.
 Entre los indios era carnicero,
 Por donde le pagaron su impaciencia
 En Boitimí, que el pueblo así se llama,
 Al pié de un alto cerro de gran fama.

Añapureyta el cerro tiene nombre, (2)
 A donde el *Diablo canta*, decir quiere.

(2) Añapureytá, quiere decir cerro donde el diablo canta: Yo he oido decir á indios, que allí se les aparece el diablo y les canta, y enseña cantarles, que ellos rezan y cantan á manera de alabanzas: y á esta causa llaman aquel cerro Añapurey á, casi como decir donde el diablo canta, porque añá significa diablo, y pureytá es cantar, y todos los que suben aquel cerro mueren de espanto, excepto los payees ó hechiceros, porque tienen concierto y pacto con el diablo y son sus conocidos.

No osa en él subir cualquiera hombre,
 Que que el sube, de espanto, dicen, muere.
 Y porque, si mas digo, no se asombre
 Quien cosas de admirar aquí leyere,
 No quiero mas decir de aqueste perro,
 Y creo que en callarlo poco yerro.

Vinda Doña Elvira, pues, y sido
 De Don Diego el dislate ya contado,
 Con su madre al Perú hubo salido,
 Que así por el Virrey les fué mandado.
 A España el de Toledo siendo ido,
 A Santa Cruz volver han procurado:
 Hernando Salazar lleva la guía
 De los treinta que van en compañía.

En un paso se ponen peligroso
 Los indios Chiriguanos en celada :
 El español del daño receloso
 No fué, que si supieran la emboscada,
 No fuera el mal suceso tan dañoso.
 Mas no siendo la cosa bien pensada,
 Sucede contra el voto, y lo pensado,
 Y luego se atribuye al triste hado.

El buen hado es Divina Providencia,
 Servir el hombre á Dios con mucho tino,
 Poner en todas cosas diligencia,
 Y no faltar en medio del camino.
 Si Salazar tuviera la advertencia
 Que aquí digo, bien cierto yo imagino
 Que no murieran nueve, que pensando
 No haber peligro, iban caminando.

La gente va marchando, pero viendo
 Que los tristes, que fueron delanteros,
 Murieron, del negocio se temiendo,
 Quisieran hallar todos agujeros.
 Salazar desmayò que va rigiendo;
 Desmayan los soldados compañeros,
 Que tantas flechas ven venir lloviendo,
 Que la tierra con ellas van cubriendo.

Fenece aquí la triste su triste hora,
 Cubierta de mil flechas y arpones:
 Doña Maria de Angulo, causadora
 De motines, revueltas y pasiones,
 Amiga de mandar, y tan Señora,
 Que con todos tramaba disenciones:
 Su nieta Doña Elvira, mal herida,
 Quedaba entre las yerbas escondida.

Doña Elvira su madre con recelo
 Procura por su hija; pero viendo
 Que no parece, grita hácia el cielo,
 Sus dorados cabellos descogiendo.
 Soletó revolvió con grande duelo,
 Y entre los Chiriguanas se metiendo,
 Sacaba á la doncella, aunque llovian
 Las flechas ya sobre él que le cubrian.

Tras ellos la victoria van gozosos
 Los bárbaros, siguiendo grande trecho:
 Como corderos mansos temerosos,
 Los nuestros el huir por gran provecho
 Juzgaban: mas los indios codiciosos
 Del interes, curaron muy de hecho
 A partido venir con los cristianos,
 Y así se les hinchieron bien las manos.

Doña Elvira en aquesto el todo ha sido,
 Que con dulces palabras les hablaba,
 Y como en la Asumpcion hubo nacido,
 La lengua Guaraní bien pronunciaba.
 Al fin con interes se han convencido,
 Y el rescate con sobra se les daba,
 De suerte que cesaron de la guerra,
 Y ayudan á pasar el agra Sierra.

Sabido acá en los Charcas, fué acordado
 Hacer guerra cruel al Chiriguana:
 El caso de esta suerte se ha ordenado,
 Que el Presidente tiene buena gana;
 Y así con grande ardid al que es soldado
 La voluntad en esto bien le gana,
 Y hácele merced en cuanto quiera,
 Porque entre en la jornada y cordillera.

Don Lorenzo Suarez Figueroa
 Salió de Santa Cruz, que es de la Sierra:
 Hombre de grandes prendas, y de loa,
 Y que merece mas que aquella tierra.
 Con gran solicitud pone la proa,
 Queriendo al Chiriguana hacer guerra.
 Es General de toda la campaña
 De Còrdoba la Llana en nuestra España.

El Conde del Villar en esto viene
 Por Virrey, y pensaron que hiciera
 La guerra; empero, dicen, le conviene
 Dejarse de esta guerra y cordillera,
 Que nuevas de Francisco Drake tiene,
 Que viene muy pujante en gran manera.
 Diráse en su lugar, porque es flagelo,
 Que por castigo envia Dios del Cielo.

Con esto estaba el Conde tan medroso,
 Que solo de escribirlo tengo miedo:
 Parece aqúeste caso milagroso,
 Que estaba el Perú todo, decir puedo,
 Sin contento, sosiego, ni reposo,
 Y estábase el ingles allá muy ledo.
 Juicios son de Dios muy encumbrados,
 Y no de todos hombres alcanzados.

El Virrey al Callao va, y se aplica
 A hacer á gran priesa un grande fuerte:
 Con muchos el negocio comunica,
 Mas no responden todos de una suerte;
 Por esta causa el Conde no fabrica,
 Que tiene gran deseo que se acierte;
 Y toma en la consulta allí la mano,
 Y habla de esta suerte un Trugillano.

Don Luis Sotomayor “¿de que aprovecha
 El fuerte, dice, en tierra, donde puede
 Tomar el enemigo cualquier trecha,
 Sin que en manera alguna se le vede
 Del fuerte? Lo mejor es, que bien hecha
 Le sea, con la gente que aquí quede,
 La guerra al enemigo, si viniere,
 Con fuerza lo mejor que ser pudiere.”

Estando desta suerte recelosos
 De Francisco, sucede ¡O cosa extraña!
 Un caso entre los casos temerosos,
 De Dios castigo, y muestra de la saña
 Que tiene con los hombres flagiciosos.
 La mar salió de curso, y así baña
 El puerto del Callao, y la marina,
 Y gran parte del pueblo cae con ruina.

Bramaba con bramidos la mar brava,
 La obscura y triste noche entristecia,
 Las crines y cabellos erizaba,
 El alma y corazon amortecia;
 El sexo femenino que lamentaba,
 En aprieto y angustia mas ponía,
 Lágrimas, y sollozos, y gemidos,
 Suspiros, gritos, llantos, alaridos.

En poco estuvo el Conde de perderse,
 Y al fin salió, huyendo el aposento,
 A Santo Domingo vá á refugiarse,
 Dó llevan de la iglesia el Sacramento;
 Despues por mas seguro guarecerse,
 En el campo la noche hizo asiento:
 Y oid lo que pasaba en esto en Lima
 Que solo referirlo causa grima.

Es Lima una ciudad, bella, galana,
 De edificios hermosos y graciosos,
 Apenas vereis casa sin ventana,
 Los altos por de fuera no vistosos,
 Que cubiertos están á estera vana;
 De dentro empero son maravillosos,
 Que como nunca llueve por semejanzas,
 No curan de poner sobre ellos tejas.

Con quietud se vive, y en consuelo,
 Sin pena, sin dolor y sin tristeza,
 Que no dura jamas el triste duelo,
 Que es Lima del Perú flor y belleza.
 Sereno está, apacible y claro el cielo,
 En un ser uniforme y gran firmeza,
 Y aunque ha habido temblores muchas veces,
 Mas ha sido el ruido que las nueces.

Empero en este trance tan terrible
Exceden ya las nueces al ruido:
Negocio al parecer muy increíble,
Que hace salga el hombre de sentido.
A muchos pareció ser imposible
Haber por natural acontecido,
Sin que causa secreta interviniese,
Y con rigor la mano intrometiese.

A prima de la noche muy obscura,
La ruina sucedió con temblor crudo;
No está ni puede estar casa segura,
Ni el hombre defenderse con escudo,
Si Dios, que es propia guarda, no procura
Guardarnos; pues aquesto solo pudo
Dejar de aquesta suerte castigada
A Lima con su gente amedrentada.

Cayéronse las casas mas lustrosas,
Los templos, y las mas ricas capillas,
Que allí muestra las manos poderosas,
Y hace muy mayores maravillas.
El alto donde hay fuerzas belicosas,
En freno quebrantando las mejillas
De aquellos que procuran alejarse
De su divino bien, y no acercarse.

A Lucifer soberbio, jactancioso,
Que á la mañana fresca relucía,
Al infierno en tinieblas temeroso,
Condenado en perpetuo Dios le envía.
Aquel rico avariento codicioso,
Allá desca gustar del agua fria:
El poderoso Rey fué convertido
En bestia, y heno y yerbas ha pacido.

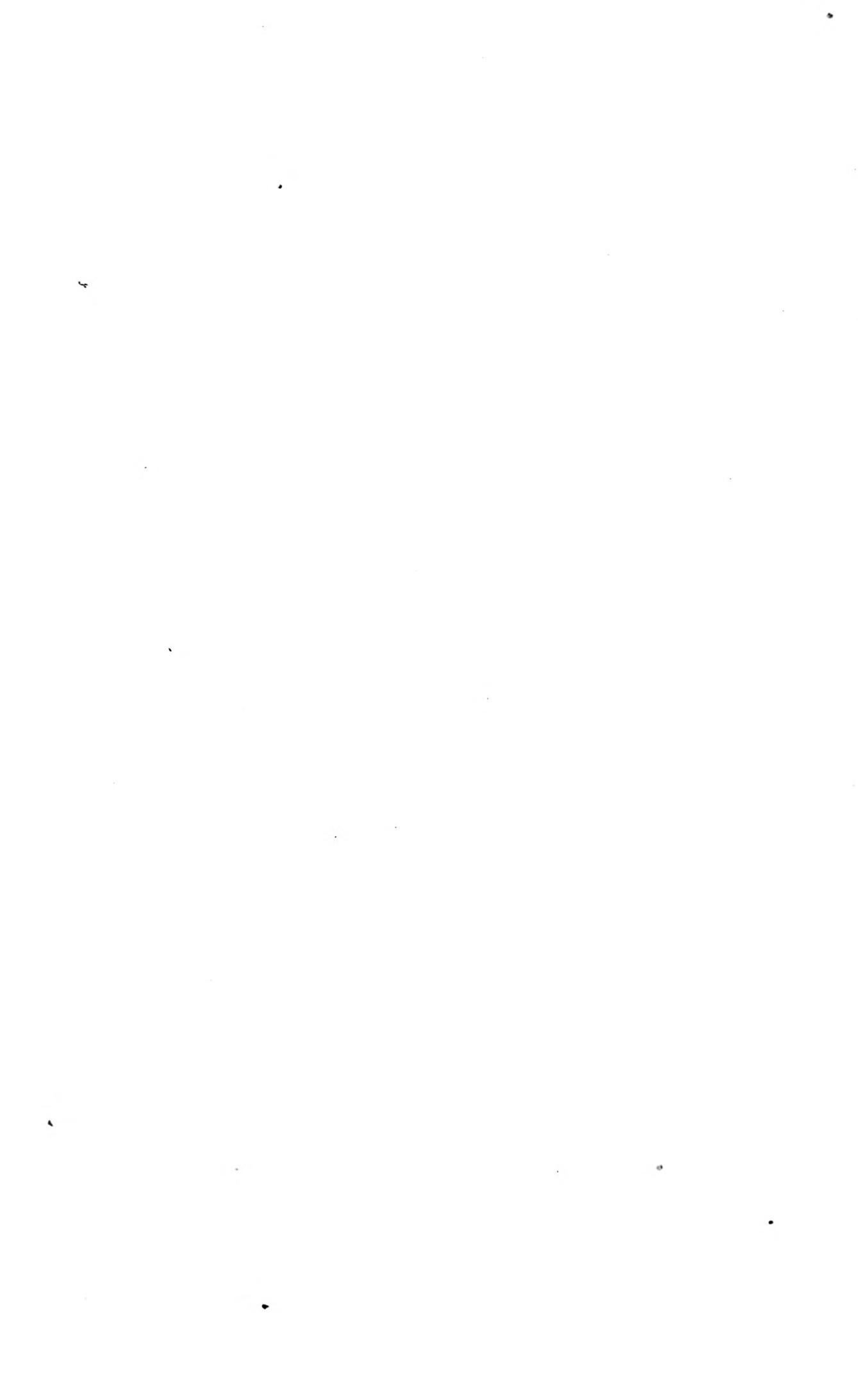
A la bendita Virgen soberana,
Espejo de humildad y de pureza
La vemos por la fé como mañana,
Y aurora, coronada de belleza.
A Lázaro se dió de buena gana
El premio de su pobre y vil pobreza,
Al manso Rey David dió Dios el cielo,
Que manso fué, aunque Rey, en este suelo.

Al fin pues el temblor que voy contando
Las casas desbarata mas fornidas.
Echando por el suelo, y derrocando
Las torres muy hermosas y lucidas;
A las calles se salen suspirando
Las damas, de temor amortecidas
Quedaban, que era lástima mirarlas,
Y mas que no hay quien pueda consolarlas.

Quedó de este temblor tan arruinada,
Y tan perdida Lima, que ponía
Espanto nuevo en verla mal parada.
Que piedra sobre piedra no tenía.
Hallábase en la calle sin posada
Quien bella casa antes poseía,
Y todos, como dicen, á la luna
Quedaron en la prueba de fortuna.

Cual hizo habitacion con una estera,
El otro con un toldo pone tienda,
Y con una tristeza lastimera,
Recoge lo que puede de su hacienda;
A todos parecía la hora postrera.
Madeja muy revuelta era sin cuenda,
Y el cabo no se halla, aunque se busca,
Que todos andan hechos *chacorrusca*.

El Visorrey se vá con los Oidores
A San Francisco, y hacen el Audiencia
En toldos, que aposentos los mejores
Tuvieron muy menor la resistencia.
Dejemoslos aquí, frailes menores,
Metidos en clausura y obediencia,
Que Candish andaba agora muy envuelto
En el Estrecho y sur, y el diablo suelto.



CANTO VIGESIMO-SEXTO.

Como el Capitan Tomas Candish, señor de Mitiley, salió de Inglaterra, y atravesò el Estrecho de Magallanes, y tomó tierra en la Puna y Paita en el Perú, y de vuelta tomó un navio que venia de la China.

La pérvida de sí misma olvidada,
De la insigne y famosa Inglaterra,
Isabela, la Reina depravada
En la Fé (que con Cristo nos encierra
En el aprisco y choza consagrada)
Procura en tanto grado hacer guerra
A nuestro gran Filipino, que cuajado
El mar trae de corsarios su mandado.

A un Tomas Candish, muy orgulloso,
Con armada despacha, pretendiendo
Que fuese como Drake venturoso:
A tiempo fué, que vide estremeciendo
De temor al Perú, y receloso.
De Chile vá la nueva discurriendo;
Pensabamos ser Drake el que venia,
Y tal era la fama que corria.

Entre soldados, gente desalmada,
Por trisca se decia, que sabido
De Drake, sea la nueva bien llegada:
Quizá que mudaremos el vestido,
Que nuestra profesion no está estimada,
No andando el enemigo embravecido;
Viniendo, pues, aqúeste Luterano,
Podrános suceder dichosa mano.

Yo vide en Chuquisaca alborotada
La cosa, y el Audiencia despachando

A Lima ván correos; resguardada
 La costa, presto fué gente juntando,
 El Conde del Villar, de mano armada,
 Con muchas prevenciones, procurando
 Guardar al gran Señor su tierra sana,
 Aunque venga la Reina Luterana. (1)

Aquí dejar agora yo no puedo
 De decir, y tocar muy brevemente
 Una maldad diabólica, y enredo
 Que el demonio fragó entre aquella gente
 Indiana; que en pensarlo solo quedo
 Confuso, y agenado de mi mente:
 Que una carta á los ingleses escribieron,
 Y en ella estas razones le dijeron.

“Ilustres mis Señores Luteranos,
 Venid, porque os estamos esperando,
 Que queremos serviros como á hermanos,
 Vuestras cosas continuo sustentando.”
 Estas cartas vinieron á las manos
 De la justicia, el caso procurando;
 Los indios que hallaron ser culpados,
 Publicamente fueron castigados.

Tomas Candish pasó bien el Estrecho
 Mas no tomó jamás en Chile puerto,
 Que piensa de hacer mejor su hecho
 Hallando algun navio sin concierto.
 Guiado de interes en su provecho,
 De la costa el camino lleva cierto
 Al puerto Arica, mal fortalecido;
 Y oid como la cosa ha sucedido.

(1) *En este tiempo gobernaba el Conde del Villar, y despachó muchos capitanes al puerto de Arica, y por toda la costa de la mar del Sur, guarneció al Callao, é hizo saber á los vecinos de la tierra, á que acudiesen con sus armas y caballos, las lanzas y con sus arcabuces, los que tienen este cargo: porque tiene Su Magestad dos géneros de soldados asolaríados, unos que llaman lanzas, y otros que llaman arcabuces; gana una lanza ochocientos pesos casagados, y un arcabuz seiscientos, y esto aunque no haya guerras, porque estas situaciones estan apuntadas en la Caja Real, para lo que puede suceder, y así comen estos honorablemente, y asisten en la Ciudad de los Reyes.*

En este tiempo estaba gran riqueza
 De barras en la playa, y por el llano
 La gente acude luego con presteza,
 Y viendo que surgia el Luterano,
 Sacaron fuerzas, todos, de flaqueza,
 Pensando de probar allí la mano:
 Los hombres con las armas acudieron,
 Las mugeres tambien allí salieron.

De sus paños y tocas las banderas (2)
 Al aire despleaban á menudo:
 Las mismas que salian las primeras
 Tornaban á salir, y nunca pudo
 El Ingles entender estas quimeras;
 Que guarda Dios, si quiere, sin escudo,
 Y donde él no envia sus favores,
 Enbalde son humanos guardadores.

A no caer el Ingles en el engaño,
 Que causan con banderas y alboroto,
 Hiciera en aquel puerto mucho daño,
 Y fuera el miserable puerto roto.
 Milagro fué, sin duda, y caso extraño
 Estarse el enemigo algo remoto
 De tierra por tres dias, contemplando
 Lo que está nuestra gente maquinando.

Al cabo de tres dias, receloso
 De que la gente está fortalecida,
 Levó ferro con furia deseoso
 De hallar dó pillar en su corrida.
 Por el parage pasa, presuroso,
 De Lima, dó la cosa conocida,
 El Conde del Villar á Pedro Arana
 Trás él envia con gente muy lozana.

(2) Gran valor y ardil de las damas de Arica, que de sus tocas hicieron banderas y gallardetes, y de las cañas y bordoncs, lanzas; con que fingiendo grande aparato, y fuerza de gente, bastaron á lanzar el enemigo del puerto, engañado de la fingida rescña y muestra que ellas hicieron.

El enemigo yendo navegando,
 Y tomando un navio en el camino,
 Aquello que le agrada mas robando,
 Al piloto llevarle le convino.
 A la Puná su rumbo enderezando,
 Que allí lleva su proa, y su designo,
 Llegó estando todos descuidados,
 Por donde fueron presto saqueados.

En Guayaquil en arma se pusieron,
 Sabiendo que el Ingles allí ha llegado;
 A la Puná en breve descendieron:
 Tambien en Quito el caso relatado,
 Capitan y soldados proveyeron;
 Y habiendo á la Puná todos llegado,
 Las dos cabezas mal se concertaban,
 Por donde mas erraban que acertaban.

De Guayaquil Reinoso habia salido,
 El cual por el Virrey allí mandaba;
 De Quito el que salió ha pretendido
 Mandar aquí, diciendo, que llevaba
 Del Audiencia poder, dó fué elegido:
 Así la cosa á tuerto se guiaba.
 Tengamos, dice, el uno aquí sosiego:
 El otro, dice, marchen todos luego.

Con toda su tardanza al fin llegaron
 A la Puná, dó estando descuidada
 La gente inglesa, ellos comenzaron
 A darles una grande rociada;
 Mataron veinte, dos les cautivaron.
 La gente inglesa así desbaratada,
 Recogese huyendo á una montaña,
 Los nuestros se estan quedos en campaña.

De los navios jugando artilleria,
 El enemigo á los nuestros daño hace,
 Con su grave, importuna bateria,
 En breve nuestro campo se deshace.
 A lo alto de un cerro se subia,
 De lo cual al Ingles mucho le place,
 Que viendo á los cristianos retirarse,
 En su lancha procuran embarcarse.

Quemó aquí un navio el Luterano
 De los tres que traía, y á gran priesa
 Se leva á la mañana muy temprano,
 Y á Paita sin parar presto atraviesa.
 Al Piloto echa en tierra de su mano,
 A los de Paita enviando su promesa
 De seguro, mas ellos no quisieron
 Concierto, sino al monte se huyeron.

Saltó el Ingles en tierra, y al poblado
 Llegó con furia cruel y repentina;
 Y como le ha hallado despoblado,
 Con su rábia diabólica y maligna
 A una Santa Cruz ha escopetado,
 Robando lo que halla allí, camina.
 El piloto quedó allí abscondido,
 Que al alto con los nuestros se ha subido.

Árana, que venia muy pujante
 Con dos fuertes y bellos galeones,
 Con una veloz lancha de delante,
 Allega á Manta. Salen escuadrones:
 (Pensando ser ingles) en un instante
 Cien soldados estaban chapetones,
 Cincuenta vaqueanos, que Alvarado
 Al punto los ofrece de buen grado.

Arana le responde, que su mano
 Y diestra sola basta con su gente
 Contra el poder y fuerza del tirano,
 Que no quiere socorro de presente.
 La costa corre toda el Luterano,
 Arana se volvió muy diligente,
 Aunque de nueva España se le envía
 Aviso de que está en una bahia.

Candish, muy á su gusto á dar carena
 Se mete en la bahia, que le place,
 Sin temer de que cosa le dé pena,
 Refresco toma, y agua y leña hace.
 Su gente de dolor quita y agena,
 Con la ocasion presente se rehace,
 Y en la primera al viento vela dando,
 La costa de la China va bojando.

De vuelta de la China, muy cargada
 Encuentran una nave de tesoro:
 A su dición y mando fué entregada
 Con suspiros, y lágrimas y lloro.
 En breve ha sido toda despojada
 De sedas, brocateles y fino oro.
 Un clérigo allí viene enriquecido,
 Que en verse así robado, está afligido.

De su plata y tesoro codicioso,
 Con ánimo tambien de hacer hecho
 De memorable fama y honroso,
 Al peligro constante puso el pecho:
 A sus amigos dice: "poderoso
 Con vosotros me siento y satisfecho,
 Si quereis ayudarme, mis hermanos,
 Contra aquestos soberbios luteranos."

"Probemos, si os parece bien la mano,
 Y en tiempo que del sueño esten vencidos,
 Acuda cada cual á su tirano,
 De suerte que la muerte adormecidos
 Los coja, con favor del Soberano:
 Pues son sus enemigos conocidos,
 Favor nos dará Dios, pues que bien puede,
 Para que con la vida nadie quede."

No pudo ser secreto este concierto,
 Alguno al capitan lo ha revelado,
 Y como fué en fuerte hora descubierto,
 Al clérigo de un mastil ha colgado.
 Volvióse sin tomar Candish mas puerto,
 Habiendo todo el Orbe rodeado,
 Y entró en Inglaterra poderoso,
 Muy rico, muy contento y muy gozoso.

La Reina luterana, como vido
 El valor de Candish y su ventura,
 Y el Diablo que tambien su tela ha urdido,
 Despachan á Candish, el cual procura
 De la ocasion ya ser favorecido:
 Parecele gozar la coyuntura.
 Salió de Inglaterra con pujanza;
 Diré lo que sucede en otra estanza.

CANTO VIGESIMO-SEPTIMO.

En este canto se trata de la toma y robo del puerto de Santos y San Vicente, y de los insultos y maldades que allí hizo el Capitan Tomas Candish, Señor de Mitiley, y Capitan General de la Reina de Inglaterra.

Si solo viene el mal, decir se suele
Bien vengas mal; mas siendo acompañado,
Mas grave es el segundo, y aun mas duele
El golpe, cuando viene redoblado.
La carne mas machuca, y mas la muele,
Por hallar el lugar ya maculado;
Y al fin duran las penas y cuidados,
Cuando los males son mas frecuentados.

La presa de Candish ya recontada,
Que hizo en el navio de la China,
Tuviéramos por bien, si de llegada
En su tierra parára; mas camina
De vuelta, con muy gruesa y bella Armada;
La línea atravesando, determina
Tomar tierra brásilica, y llegando
La costa toda iba demarcando.

Tomó algunos navios en la costa,
Y entre ellos á un Marquina, que ha venido
De Potosí con plata, por la posta,
Por gozar de la nata, que ha tenido
Aquel trato, aunque á él le entrára en costa,
Que mucha mercancia le ha cogido
Candish: con solos negros le dejaba,
Con que viviendo, rico se juzgaba.

Aquí tomó un piloto, que le guía:
 Jorge Luis se llama. Como vido
 El Inglés, que piloto ya tenia
 A su gusto, y la tierra ha conocido,
 Y que tomarla bien le convenia,
 A su almirante Gallo ha cometido
 Con el piloto el caso; los dos fueron
 A Santos, y en el puerto se metieron.

Paz, paz, entran diciendo con voz alta,
 El nombre Don Antonio, y apellido
 Invocan, que no hizo alguna falta
 A su negocio: luego el afligido
 Y triste pueblo, viendo como falta
 La fuerza, á su dición quedó rendido.
 Un mancebo murió, que resistia:
 Machado lo causó, bien se decia.

Era juez entonces un Machado,
 Y dicen, que bien pudo, si quisicra,
 Que del Inglés no fuese saqueado
 El pueblo, y el mancebo que saliera
 Con arco y flechas de otros ayudado
 Bien fuera, si Machado no impidiera,
 Y en breve mucha gente se juntára,
 Con que el Inglés victoria no cantára.

Mas viendose el Inglés favorecido
 Con palabras de amor y fingimiento,
 Despues de haber el mozo mal herido,
 Caído muerto, dice muy contento.
 "Ninguno quiero sea aquí ofendido,
 Ni tal me pasára por pensamiento,
 Que solo proveernos de comida
 Pretendemos pasando de corrida.

Con esto aquella gente miserable
 En la iglesia se estaba; el adversario
 La cerca, ya es el caso irreparable:
 Entrando, matar quiere allí al vicario,
 Y á un fraile, caso horrendo y detestable,
 Que el templo profanando el temerario,
 Imágenes, reliquias de consuelo,
 Con irrisión echaba por el suelo.

Prendió los principales, desnudando
 A todos cuantos pudo aquella hita,
 Las casas por el suelo derribando,
 Las tablas, y madera y palos quita:
 Y luego por la tierra caminando,
 En San Vicente se entra, dando grita;
 Asuévalo tambien en un momento,
 En esto entra Candish con gran contento.

Estando en esta isla apoderado,
 Procura embarcacion muy conveniente
 Hacer, porque tenia buen recado,
 Y aparejo hallaba entre la gente.
 No habia el mes tercero bien pasado,
 Y acaba su bajel cumplidamente,
 Veinte remos por banda le ha metido,
 Con que Candish se halla enriquecido.

Aquesta embarcacion deja entenderse
 El fin con que Candish la fabricaba,
 Para poder con ella bien meterse
 En puerto: que tomar imaginaba
 Alguna tierra, dó pueda valerse,
 Y aquesto su designo le guiaba;
 La fama por la costa se estendia,
 Que para el Argentino la hacia.

Del rio de Genero ha despachado
 A priesa Salvador de Sá Correa,
 Diciendo, como á Santos ha tomado,
 El Ingles: que la cosa se provea
 Allá en el Argentino con cuidado,
 Que vá nuestro enemigo de pelea:
 Allega un navichuelo y dá el aviso,
 Y vuélvese á Genero de improviso.

Vereis en Buenos Aires discernirse
 El caso con diversos pareceres,
 Procura cada cual escabullirse,
 Llevándose consigo sus haberes.
 Al fin han procurado convenirse
 En que salgan los viejos y mugeres,
 Y frailes y muchachos del poblado,
 Y que á la mira quede allí el soldado.

La mísera hacienda recogida
 A priesa, de tropel y sin concierto,
 En carros y carretas fué metida,
 Que huir, todos dicen, es lo cierto.
 La tierra adentro salen de corrida,
 Dejando los soldados en el puerto,
 En centinela estan de noche y dia,
 Y cada cual igual temor tenia.

Llegué yo á esta sazon en mi navio
 De allá de la Asumpcion con poca gente;
 El pueblo se holgó y tomó brio,
 Y á sus casas volvieron de repente.
 Candish con su pujanza y poderío
 De Santos sale un dia alegremente,
 Y acá en el Argentino hacen vela,
 Que mucho su venida se recela.

Mas él parte de Santos recta via,
 El Magallan Estrecho demandando,
 Y tanto el Sur le sigue y combatía,
 Que vuelve popa via ya arribando.
 El Almiranta el árbol dá y rendía
 En frente el Argentino, procurando
 Las fuerzas contrastar del fuerte viento,
 Mas él no le ha dejado con su intento.

A mi los naturales, preguntados
 Sobre esto, muchas veces me dijeron,
 Que vieron dos navios anegados,
 Y en un punto de vista los perdieron,
 Con lenguas fueron bien examinados,
 Los indios que esto á mi me refirieron,
 Y dicen, que escapó solo una nave,
 Que vuela por los aires como un ave.

Esta fué de Davis, muy entendido;
 Que á vuelta del Estrecho se ha quedado
 Con tres naves, las dos se han sumergido
 Que cosa alguna dellas no ha escapado:
 De su saber Davis bien se ha valido,
 Y del temor las fuerzas ha sacado,
 Escapa con la maña mas que pudo
 De aquel contrario tiempo, fuerte y crudo.

Aquel barco que dije, de Généro
 Aviso habia traído al Argentino,
 Tornar ha procurado de ligero,
 Queriendo aprovecharse en el camino:
 Que es grande la codicia del dinero,
 Y al hombre fuerza haga desatino:
 Salió del rio Généro, mas la hada
 A prisa corta el hilo á su husada.

En él iban algunos pasajeros,
 Que llevaban su pobre mercancia:
 Don Pedro y don Francisco, caballero
 De Estepa, que es lugar de Andalucía.
 Piloto, con maestro y marineros,
 Mas no como en tal caso convenia,
 En tomar se engañaron el altura,
 Principio cierto de su desventura.

Comienzan á virar, pues, engañados,
 Pensando que embocaban por el rio,
 Mas iban muchas leguas apartados
 Vencidos de su loco desvarío.
 En costa y tierra dieron desrumbados,
 A la fuerza entregados del gentío:
 Una ola á D. Pedro le ha volado,
 Y el mar profundo y bravo le ha tragado.

Los demas pasajeros han salido
 A tierra, su miseria lamentando.
 La gente indiana, luego como vido
 Que se iba este negocio aderezando
 En su pró, al encuentro han acudido,
 Y en breve á los Cristianos se acercando,
 Comienzan á prenderlos, y mataban
 A los que defenderse procuraban.

Charruas es la gente que aquí habita,
 Que ha hecho grande estrago en los cristianos:
 Es gente muy cruel y muy maldita,
 Tambien ha hecho presa en luteranos,
 Está de estos Charruas otra mita
 De indios de este nombre, mas cercanos;
 En Buenos Aires tratan y contratan,
 Y allá nos llevan cosas que rescatan.

Aquestos nos digeron que tenian
 Los otros tres cristianos por cautivos,
 Y que ellos del rescate tratarian
 De aquellos que hallasen estar vivos,
 Y que luego á nosotros los traerian.
 Nosotros en aquesto compasivos,
 De cosas les henchimos bien las manos,
 Descando librar nuestros hermanos.

El cobertor quité yo de mi cama,
 Porque un cacique bien se ha aficionado:
 Echamos por el pueblo una derrama,
 Y en breve gran rescate se ha juntado.
 Entre los indios corre bien la fama,
 Que el rescate es muy rico y muy preciado,
 Los cautivos trageron á gran priesa,
 Por gozar del rescate y la promesa.

¿A quien no ha de causar esto mancilla,
 Si tiene de cristiano sentimiento,
 Que no quedó de toda la cuadrilla
 Alguno, mas que tres; pues el tormento
 Que pasari, y la pena, quien decilla
 Podrá? que á mi en pensarla ya el aliento
 Me falta, y la pluma desflaquece,
 Y mi lengua turbada, se entorpece.

Tragéronnos los tres en carnes puras,
 El uno sacerdote, y dos soldados; (1)
 A todos se les dieron vestiduras,
 Y fueron lo posible reparados.
 Contáronnos sus tristes desventuras,
 Juzgándose por hombres bien librados,
 En haber escapado con la vida,
 Habiéndola tenido por perdida.

En que trabajos mete la codicia,
 Y el procurar ganar la plata y oro,
 Y mas cuando fortuna le es propicia:
 Aquel que vá juntando gran tesoro

(1) Son rescatulos de poder de indios D. Diego de Portugal, clérigo, y D. Rullo de Mendoza, y Gonzalo García, á quien yo traje en mi navío por marinero.

No siente el sin ventura la malicia,
Los males, sobresaltos, pena y lloro,
Que le es fácil lo que es dificultoso,
Con fin de conseguir su fin gustoso.

Está el Señor de Mitiley en esto
Tan triste, que mil vidas cierto diera,
Por no ver el suceso tan funesto
Del Armada lucida que él tragera:
Pues vuelve de arribada muy de presto
Adonde estuvo ya la vez primera,
Pensando rehacerse y no ha podido,
Segun en lo siguiente es referido.

CANTO VIGESIMO-OCTAVO.

*En este canto se cuenta la gran victoria que tuvieron los portugueses
contra el Sr. de Mitiley, y de la pérdida y desbarate de su Armada.*

Tener bravos encuentros de fortuna,
Contrastes, baterias y debates,
Estar con esperanza el alma alguna
De conseguir victoria en sus combates,
Efectos son que causa la importuna
Con sus revoluciones y dislates,
Que no puede fortuna estar estable,
Que consiste su ser en ser mudable.

¿Quien libre podrá ser de esta señora,
Sin que obligado sea de ordinario
Como cautivo, Reina Emperadora,
A serle de continuo tributario?
Ya dándole las gracias de hora en hora,
Por el bien recibido, ya al contrario
Juzgándola por loca y por insana,
Ingrata, fementida, cruel, tirana.

Tomas Candish, que estaba tan pujante,
A la rueda pensaba que tenia
De aquesta gran tirana, mas constante
Que á su poca fijeza convenia:
Mas ella se le vuelve en un instante
Tan contraria á su vana fantasía,
Que causa que su vano pensamiento
A las vueltas se vaya con el viento.

Viniendo, como digo, de arribada,
Pensando entrar en Santos, toma tierra
Tres leguas mas atras: siendo avisada
La gente sale á priesa de la sierra:
En la falda formaron emboscada,
Ardides necesarios en la guerra.
El Luterano viene descuidado,
Pensando que será bien hospedado.

Salieron veinte y cinco en una lancha,
 Con fin de que podrían refrescarse
 En tierra, por la playa grande y ancha,
 Para de su fatiga repararse:
 Empero nuestra gente los desmancha,
 Y al tiempo que volvian á embarcarse,
 Comiénzanles á dar gran batería
 Con fuerte y muy espesa flechería.

Un mancebo á la lancha acude luego,
 Y por la mar adentro la metía,
 Nadando por el agua, y pega fuego,
 Que en breve por la lancha se encendía.
 El Luterano está de miedo ciego,
 El Cristiano con fuerza acometía;
 Rodaban los ingleses por el suelo,
 Que ayuda á los cristianos Dios del Cielo.

Cebáronse los indios de tal suerte,
 Que no se contentaban dar flechazos,
 Y así dan al Ingles muy cruda muerte,
 Matándole con crudos macanazos.
 Aquel que se mostraba ser mas fuerte,
 En un punto le hacen mil pedazos,
 De veinte y cinco, dos solos vivieron,
 Que viéndose perdidos se rindieron.

El uno de ellos era cirujano,
 Grandísimo filósofo y latino,
 Mostraba ser en obras muy cristiano,
 Que yo traté con él muy de continuo.
 El otro era mancebo cortesano,
 En mi nave de Santos este vino;
 Entrambos se quedaron en la costa,
 Que les hace en comer el Rey la costa.

Los indios á los muertos les cortaron
 Las cabezas, y viéradés la grita
 Con que la fiesta alegres celebraron
 De su victoria santa y muy bendita.
 A Santos con su triunfo se tornaron,
 Un dedo lleva un indio, que le quita
 A un ingles, que anillo en el tenia
 De fino oro, con piedra de valía.

Vispera de San Pedro ha sucedido
 El suceso jocundo y placentero.
 Candish, que está del hecho entristecido,
 Presume de vengar el desafuero:
 Escribe en una carta, que el partido
 Que quiere, es que le den un caballero,
 Si es vivo, de valor y noble sangre,
 Sino que tomará al pueblo por hambre.

Entre los veinte y tres ha sido muerto
 De un conde el hijo amado que tenia:
 Aquesto allí se supo en aquel puerto,
 Y que à Candish volver no convenia
 Sin él, porque el morir le estaba cierto,
 Segun el padre, conde, le queria.
 Por esta causa allí cartas escribe,
 Y á fuego y sangre á todos apercibe.

Mas viendo que sus retos son en vano
 La vela dá Candish desconfiado.
 San Sebastian, que es isla allí cercano,
 Tomar por rehacerse ha procurado:
 No está lejos de allí un Lusitano,
 Salvador de Correa, muy honrado,
 En nombre de Filipo en el Género:
 Y oidme lo que hizo el caballero.

Al punto que se supo que surgido
 Habia en esta isla el enemigo,
 Con un pecho y valor ennoblecido,
 (Que de servir al Rey es muy amigo,
 Segun yo siempre en él he conocido
 Y soy en muchas cosas buen testigo)
 A su hijo despacha por la posta
 Con gente, por la mar y por la costa.

Tan bien lo hizo el hijo, que llegando
 Dó estaba el enemigo descuidado,
 En un punto le cerca, escopetando
 De suerte, que á gran priesa se ha embarcado.
 La vuelta de la mar iba tomando,
 Y treinta y cinco muertos le han quedado,
 Con que queda Correa, el mozo, ufano,
 Y mas con ver que huye el Luterano.

Salió Candish de aquí con crudo duelo,
 Cubierto de dolor y grande llanto.
 Con priesa procuraba de ir de vuelo:
 Al Almiranta llega con quebranto,
 Que viene desmanchada y sin consuelo:
 Al puerto van, llamado Spiritu Santo;
 Con lanchas y bateles echa gente,
 Y él quédase en la mar acá de frente.

Al tiempo del entrar, gran batería
 De los fuertes les dieron y flechazos:
 La gente indiana armaba gritería,
 Los nuestros, sin parar, arcabuzazos.
 Vencidos de la espesa flechería,
 Y de los fuertes tiros y balazos,
 Huyen los ingleses que quedaron,
 Que ciento y diez los nuestros les mataron.

Del un fuerte los nuestros han salido,
 Metiéndose en un grande y alto mato:
 Los ingleses al fuerte han acudido,
 Del otro fuerte vienen al rebato,
 Del mato vuelven ya con alarido;
 Duró la cruda guerra grande rato,
 Cayendo los ingleses luteranos
 Sin muerte, ni herida de cristianos.

De aquellos que se huyen en llegando,
 El General Candish cuatro ha ahorcado,
 Otros cuatro se vienen, que velando
 Estuviesen las boyas ha mandado.
 Huyéronse á nosotros, procurando
 Escapar con la vida; que enojado
 Está Candish, por ver el desbarate
 Que hicieron, por dar aquel combate.

No les mandó Candish que acometiesen
 Los fuertes; que sondasen solamente
 Les dijo, y que luego se volviesen,
 Porque él despues entrára con su gente:
 Y como lo contrario ellos hiciesen,
 Y de ello sucediese el mal presente,
 Estaba en pura cólera metido,
 Y ageno de juicio y de sentido.

No hay quien le consuele; porque estaba
 Cualquiera de ellos tal, que no sabia
 Si aquello era verdad ó lo soñaba,
 Si fuese vana ó loca fantasía:
 Así que cada cual por sí lloraba
 Y á solas cada cual por sí plañia.
 Candish, que mas lo siente, sus pasiones
 Pregona, publicando estas razones.

“Maldito sea aquel dia en que nacido
 Yo triste fuí, que nunca yo naciera,
 O yá, que yó nací, que perecido
 Al punto que nací luego yo fuera:
 O ya que no lo fuí, el encrudecido
 Y hondo mar en sí me recogiera,
 Y no viera yo aquesta desventura,
 Teniendo tan dichosa sepultura.”

“¿Qué tengo de hacer, triste, mezquino,
 Como podré soldar yo quiebra tanta?
 Si allá á Inglaterra yo camino,
 Habrálo de pagar esta garganta:
 Pues ¿dó puedo tomar otro camino?
 Que tierra, mar y cielo ya me espanta:
 Porque no vienes muerte cruda ingrata,
 Si darme quieres vida, aquí me mata.”

Alzando á priesa el ancla mar afuera,
 De un bordo y otro anda entristecido:
 La noche sobreviene muy ligera;
 El almirante, viendose perdido,
 No curando de seguir mas su bandera,
 Dispara como ha sido anohecido,
 Y viendose Candish desamparado,
 Las velas popa via ha velejado.

Davis, dije, volvia de arribada
 En su nave; las dos fueron abriendo,
 Y á pique fué la gente supultada,
 En el fondo al infierno descendiendo.
 Al Isla Grande viene, así llamada,
 Davis, que cruda sed ya padeciendo
 Venia con su gente: aquí ha surgido;
 Y oid lo que en la isla ha sucedido.

Aquí saltaron quince á refrescarse,
 Con fin de meter agua en el navío,
 La gente que allí está, cura emboscarse,
 Con ayuda tambien de algun gentío.
 En ellos dan, al tiempo que embarcarse
 No pueden, ni huir del poderío
 De los nuestros; de suerte que murieron
 Los trece, y á los dos vivos cogieron.

Davis se retirò y va huyendo,
 Sin saber de Caudish ni la Almiranta.
 Así se fué esta Armada deshaciendo:
 La costa la victoria bella canta,
 Las gracias siempre á Dios de ella haciendo;
 Que tal victoria admira, y aun espanta;
 Que bien parece ser de Dios venida,
 Por el Glorioso Pedro merecida.

¿Quien duda que San Pedro, como vido
 Su templo de los malos profanado,
 Pues fué de su Señor el elegido
 Por cabeza y pastor de su ganado,
 Que no dijo:—“¿Señor, porque has querido
 A tu pastor dejar desamparado?
 Mira que está en oprobio tu rebaño,
 Remedia, buen Jesus, tan crudo daño.”

De aquellas once mil, una cabeza
 Los ingleses tambien en aquel dia
 A mal echaron! ¡Santa y rica pieza!
 ¿Quien duda á Dios la Virgen le diría,
 “La injuria á vos, Señor, bien se endereza,
 Y contra vos el mal se cometía,
 Pues sois para vengarla poderoso,
 Destruya vuestra diestra al flagicioso.”

La figura de Dios crucificado,
 Que en la iglesia y altar devota estaba,
 A quien el enemigo ha desgarrado,
 Y de ella con oprobio se burlaba,
 Pues representa á Dios Verbo Encarnado,
 ¿Quien duda al Padre Eterno se quejaba,
 Y dice: “aunque Cordero muy benigno,
 Perezca ya este espíritu maligno?”

Tambien los viejos claman, suspirando,
 Los mozos allí miran hácia el cielo,
 Las damas y doncellas lamentando,
 Cubrian con sus lágrimas el suelo:
 Los tiernos muchachuelos sollozando,
 Publican su dolor y desconsuelo,
 Por esto fué Candish desbaratado:
 Que el justo nunca fué desamparado.

Al corazon humilde y doloroso,
 Envuelto en contricion, nunca aborrece
 El Alto; y al que vé menesteroso
 De su socorro, bien le favorece:
 Pues ¿quien no habia de estar allí lloroso
 En Santos, dò la causa tanto crece
 Con robos, destruccion y cautiverio,
 Flagicios, tiranias, improperio?

Por mis ojos yo ví, de á pocos dias,
 A Santos, con su isla, que robada
 Por este Candish fué, y las vacias
 Y pobres casas, gente lastimada,
 Me daban á entender por muchas vias
 Aquella tiranía celebrada
 Allí, contra dos pueblos lusitanos,
 Cuando de ellos triunfaron luteranos.

Allí vide las fuerzas derribadas,
 Las torres y los altos edificios;
 Allí vide las casas derrocadas,
 Y sacadas las puertas de los quicios:
 Por maderas en el fuego son quemadas,
 Y tuvieron por grandes beneficios
 Los que enhiestas en pié hallan sus casas,
 Porque las mas estaban hechas brasas.

No me hizo admirar aquesta ruina,
 Que el cazador que entra por un coto,
 La caza mata, toda cuanta atina;
 Y el soldado que vé al campo roto,
 Del alto abajo todo desollina:
 Mas pena me dió el ver que aquel piloto
 Que tengo referido, lusitano,
 En el puerto á Candish metió de mano.

Aqueste merecía ser quemado,
Y el Capitan, que preso le tenia
En Santos, donde estuvo á tal recado,
Que huyendo se fué donde ha querido:
Mirad lo que hará aqueste pecado,
Pues le tiene el Demonio pervertido,
¡Y no querrá, mi Dios, que tal delito
Lo ponga yo en memoria por escrito!

Aquí quiero dejarlo, prometiendo
En otra parte cosas muy gustosas,
Que estoy en mi vejez yo componiendo
Del argentino reino. Hazañosas
Batallas, que el Dios Marte vá tegendo,
Conquistas y noticias espantosas.
Lo que he dicho y dijere en mi escritura,
Sumito al Santo Oficio y su censura.

TABLA

DE LAS COSAS MAS NOTABLES,

QUE SE CONTIENEN EN LA

ARGENTINA, ó CONQUISTA

DEL

RIO DE LA PLATA.

A

- Abarori, indio. Vá con Melgarejo, ofreciendo guiarle, y le mete en una isla fértil—122.
- Abayuba, indio. Sobrino de Zapicano—104, y muy amado de él por sus buenas calidades—109. Vá al campo de Juan Ruiz, y es preso. Libre, vuelve con indios de guerra, y mata muchos españoles desaparecidos—110. Vuelve, y sigue muy ligero dos que huyen—113. Furioso, es muerto por Leiva—148.
- Abejas—215.
- Abrego. *V. Diego.*
- Abrojos. Bajios en la costa del Brasil—82.
- Acaís, significa Válgame Dios—30.
- Azogue, con que se beneficia la plata en Potosí—178.
- Agaces. Indios—6. No tienen pueblos, y ¿donde vivian?—28. Matan un fraile francisco y otros españoles, y cuidado que tuvieron de un resplandor del Cielo, y una doucella—118.
- Agua en cañas, de buen sabor—32.
- Aguaceros en la línea—82.
- Aguazo, cacique, dispone con *Yamendú* y otros una traicion contra Juan Ortiz—134.
- Agüero bueno para romper guerra entre los indios, caer derecha la flecha que disparan—281.
- Aguilera, valiente en la batalla de los Charcas—149. Acude á sosegar el motin de Santa-Fé—238. Dá muerte á Gallego, euando le pidió ayuda, y lo que le dijo—*ibid.*
- Ayala, alguacil, echa la gente de la iglesia, en la Asumpcion, y saca de ella al Obispo á empujones—70.
- Atumirí Puerto, se describe, y ruína que padeció en él la armada de Juan Ortiz—123.
- Alegrías que hace una nacion en las muertes—181.
- Algarrobas, hacen vino de ellas los indios—280.
- Alma, ¿para qué fué criada á imágen de Dios?—25.
- Alonso de Cuevas, quiere librar á su muger de los indios, y por meterla en el navío se le cae al mar, y defiende el navío—273. Sale á un desafio con un indio. Es derribado por Coraci, y de rodillas le hiere, y huye el indio—219.
- Alonso Granero, Obispo. No asistió al Concilio de Lima por la gota, aunque estuvo en la ciudad—257.
- Alonso de Ontiveros. Húyese de la prision á los indios—119. Y muda nombre y religion—*ibid.* Vuelve á los Españoles arrepentido de su apostasía—*ibid.*
- Alonso de la Torre. Cáese de hambre hablando con el autor—190. Arrimado vuelve al pueblo con él moribundo—*ibid.*

- Altamira, sierras. ¿Cuales son?—4.
- Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Salió de la Florida, es nombrado Adelantado del Rio de la Plata—45. Sale de Cadiz con su Armada, y le reciben bien los portugueses de Cabo Verde—49. Llega á la Costa del Brasil, reconoce la isla de Santa Bárbara y Santa Catalina—*ibid.* Envía á reconocer la tierra, y entra hácia el Paraguay con grande hambre y mortandad—50. Sube 300 leguas por el Paraguay, y no hallando plata se vuelve, y lo que perdió—*ibid.* Llega á la Asumpcion, y se levantan contra él: entra Armenta á prenderle á la cama, y quieren matarle—53. A los dos años de su gobierno—50. Intenta defenderse. Sácanle de su casa preso los oficiales reales—54. Tráenle aberrojado á España—58. Privado del título de Adelantado—59. Admirase el autor, de que no se castigase la maldad de los rebeldes—*ibid.*
- Alvarado, ofrece gente a Martin de Arana, contra Candish, y no la admite—295.
- Amante de Hernachuelos—91. Piérdense, y quedando la Dama sola, sale del mar á quebrarla un pez—93. Como los castigó el autor?—*ibid.*
- Ana, y caso infame que la ocasionó un mal juez—41.
- Ana de Valverde, muerta por los Mañuás, y sus calidades—272.
- Añá significa Diabolo—283.
- Añagualpo, cacique, muerto por Vizeaino—148.
- Añanguazú, cacique, en la isla del Rio de la Plata—127. Vá Garay contra él, y sus indios le dejan—137.
- Añapitan. Animalejo con un espejo en la frente, ó carbunco—31.
- Añapuleitá, significa cerro donde el diablo canta; que está cercano á Beitemu, donde muere de espanto el que sube—283.
- Aucoameo, pueblo. Cae sobre él un cerro, y mata 400 indios—262.
- S. Andres apóstol—183.
- Angel. Se aparece en cima de la iglesia de la Asumpcion la noche que se juntaron los clérigos y otros, para prender á Caceres—74.
- Animo dudoso, á todas partes mira—153.
- Antas. De sus cueros hacen yelmos los indios—136.
- Antonio de Mirabal. Se adelanta, de orden de su hermano el Licenciado Lerma, á decir iba á gobernar, y se traba de palabras con el Vicario—240. Vá á Esteco, y ¿si tuvo la culpa de las desazones con el Dean?—250.
- Antonio Torres. Su hija intenta defender que saquen los rebeldes al Obispo de la iglesia, y lo que dijo—71.
- Arañas, y su veneno—213.
- Araguay, el rio Pilcomayo, y cuando toma este nombre?—7.
- Arauco. Tenia al Licenciado Torres en la guerra—291.
- Arcilla, ó Ercilla, su poema de Arauco—277.
- Arellano, muerto por los indios—113.
- Arequipa. Llega Drake á ella, y echan los vecinos al mar la plata del Rey—246. Despacha aviso á Lima, y llega tarde—247. Padece un gran temblor, céense algunas casas, y mueren muchos—251. Su volcan—253.
- Arevalo. Hiere muchos indios en la batalla contra los Charrúas—149. Impide quemar la casa en que estaban los españoles—155.
- Arica, puerto. Llega Drake á él, y lo que hizo—246.
- Armas de los indios Mañuás—272.
- Armenta. Se levanta contra Cabeza de Vaca, le prende, y quiere matarle—53.
- Astrologo, indio—221.
- Asumpcion. Ciudad en el Paraguay, poblada de gente noble por Salazar—22. Su temple y frescura—27. Abundante de frutos de la tierra, y España—22. Y de mugeres y mestizos mal inclinados—*ibid.* Indios que asisten y sirven en ella, y de qué pueblos—44. Es bien recibido Ure en ella—62. Muerto Irala se juntan en la iglesia á elegir sucesor—63. Reciben bien á Juan Ortiz—193.
- Atambores, y cajas en el aire, antes del terremoto de Arequipa—251.
- Atlántico, mar: el del norte, y si antes era tierra poblada? Y se la tragó con una inundacion—5.
- Audiencia de los Charcas. Resuelve la guerra contra los Chiriguanos—285.
- Aves. Muchas en las islas y tierra del Rio de la Plata—23.
- Avestruces en el Rio de la Plata. Traen los indios á Juan Diaz, en San Gabriel, y como los cazan con bolas?—105. Su carne salada es sana y sabrosa—280.
- Avila. Entra en el levantamiento de Santa Cruz de la Sierra, y ofrece el Virey perdonarle—167. Lo que hizo—168. Vá con D. Diego de Mendoza á los Charcas, y le

rima—170. Estando en la horea llega el perdon, le vuelven á la cárcel, y es libre—186. Autor. Natural de Logrosan—159. Objeto de su historia, y verdad de ella—243. Ofrece segunda parte—312. Inveca á Dios, y propone la obra—*ibid.* Resumen de lo que ha de contar—*ibid.* Vió y oyó á fidelignos—23. Admirase de las estrañezas que ha visto.—Traía la conciencia limpia, sintiéndose morir de hambre—181. Prende un portugues herege, y le lleva á la Asumpcion—230. Procura reducir á Yamandú á la Fé, sin fruto—18. No le dejó dormir el salto del Rio Paraná á dos leguas de distancia—20. Quiso cazar un carbunclo, y no pudo—31. Fué cautivo de los Payaguacs—43. Vá con Melgarejo á una entrada, y á todas las peligrosas. Déjale, y se une á Garay—122. Teme ahogarse en el Uruguay, y sale con los demas á tierra—135. Trobó los cantares hechos á Obera—217. Llégase un indio de Obera á él en la batalla de Guaitoca, con una cruz y le ampara; y lo que supo de él—229. Prende con maña á tres mestizos discípulos de Obera—*ibid.* Y quien se los trajo—230. Espántase su mula en el tememoto de Lima, y lo que vió—262. Quedó pobre con lo que gastó en el concilio, y queriendo volver á España le nombran por Vicario de los Charcas, y Comisario del Santo Oficio—265. Llega á Buenos Aires desierta, y que se vuelve á poblar—39. Janta rescate para tres españoles cautivos en los Charrúas—302.

B

Bajios del Rio de la Plata, peligrosos—20.
Bañuelos, mata muchos indios en la batalla de Guayraca—229.

Barcas, y bajeles de los Tupis sin velas—5.

Barros. Presidente de Charcas, privado de oficio por el Visitador—202.

Bartolomé Barco Amarilla, vecino de la Asumpcion—229.

Batalla de los Charrúas y los españoles—146.

Beatriz de Aliaga, su rico traje—260.

Beatriz Coya, se casa con Loyola—183. Vivía en Lima—261.

Becerra, sacrificado por Guayraca, y sus cenizas esparcidas al aire—200.

Beguaes. Indios del Rio de la Plata—6. Rescatan con Juan Ortiz—125. Se rebelan, y sition con los Guaranís y otros indios, á Buenos Aires—275.

Benaven'e, teniente de Lerma en Esteco—250.

Benito. Di muerte á Pablo de Santiago, estando peleando con los indios, y otro le mata á él—114.

Bermejo, río—21.

Bernarda Niño, hace una basquiña de 3,000 pesos de costo—260.

Berú, indio. Pide á Tapuy que llame á Curremo—222.

Blanco, cabo. Su costa arriesgada, y su situacion—14.

Biotimi, pueblo. Sus indios dan muerte á Nufflo de Chaves—283.

Bolas, con que matan ó cogen los indios á los avestruces: empleadas con buen suceso contra los españoles—111.

Borben, muere en el saco de Roma—35.

Borracheras de los indios en sus fiestas—167.

Brasil—2. Su costa caliente—8. Pueblale Tupí estremeño, y echa de él á Guaraní, su hermano—6. Toma Mendoza tierra en la costa—38. Llega á su costa Candish, y destruye Santos y San Vicente—297, 298.

Broquel de concha de pescado—136.

Buea Rostro, muerto por los indios—113.

Buenos, padecen mucho en Indias—213.

Buenos Aires. Su sitio—13. Vá á poblarle Garay—22. Eligió oficiales de ayuntamiento—235. Le ponen por nombre Trinidad—*ibid.* Y sugetos los indios, se reparten en los vecinos—234. Su temple parecido al de Sevilla, y su fuerte—235. Sitiada por los indios, se defiende—275. Despoblado por sus vecinos, se van á la Asumpcion—45. Con la noticia de Candish echan la gente fuera, y se quedan solos los soldados—299.

C

Cabeza, de una de las once mil Virgenes, ultrajada por los Ingleses—310.

Cabo Frio. Toman en él tierra los Tupis estremeños—5. Dóblale Mendoza—38.

Cabo Verde. Sus islas quedaron cuando la tierra contigua se sumergió—5.

Cabrera. Causó el alboroto contra Cabeza de Vaca—54. Y le trajo preso á España con procesos de su gusto; y su desgracia—59.

Caza y pesca mantienen los indios—16.

Cáceres. Oficial real, bullicioso—54. Vá de orden de Irala á sosegar el alboroto sobre la prision de Cabeza de Vaca, que habia causado—*ibid.* Teniente de Gobernador, se vá

- con el Obispo de la Asuncion al Perú Caribdis en el Rio de la Plata—19.
- 66. Riñe con él en Santa Cruz de la Caribes, ¿de que se compone el nombre?—19.
- Sierra, y se vuelven los dos sin hablar—67. son los Guaranís, y fieros. V. *Guaranics*.
- Procura deslucir al Obispo—69. Sabe que Carlos V deja el reino á su heredero, $\frac{7}{8}$ se hace informaciones contra él, y le publica retira á S. Juste—48.
- suspense, y prende á sus amigos—70. Y Carne humana, la comian los Tupis en Estrema- hace degollar á Esquivel por un falso tes- dura—3. Los españoles en Santa Catalina —88.
- timonio, y dá la casa por cárcel al Obispo Carniceria de negros en Cabo Verde—37.
- ibid.* Andaba como endiablado, y quiere Carreño llega á España en tres dias desde las Indias, siendo marineros los diablos—103.
- echar al Provisor al Perú, y le envia con Carrillo, partido por medio por Taboba—113.
- fianza—73. Préndele el Provisor en la igle- Cartagena, puerto. Llega á él Diego de Sa- sia en nombre de la Inquisicion—74. Em- nabria por haber errado el viage al Rio de viado á España con el Obispo por el nue- la Plata—60. Y Juan Ortiz, robado por un vo Teniente; y su afliccion—75. Escápase francés, y le socorren sus amigos—67.
- en S. Vicente, y descubierto á excomuniones por el Obispo, le envia á España—77.
- Caituá, indio. Dá muerte á Pinedo, huyendo— Casas de estera, tenian los Charruas—104.
113. Amigo de Garay, le rescata cuatro es- Del Gran Moxo de piedra, su fortaleza, y adorno—51. Su puerta chica, fuerte, y de cobre—52.
- pañoles—139.
- Calchines, indios. Salen á recibir á Juan Or- Cascavel, que tiene la contrayerba contra las tiz, en balsas—193.
- viboras—27.
- Callao. Puerto de Lima, trata de fortifica- Carrillo, herido de Cayapeig—228.
- el Conde del Villar, y le inunda el mar, destruyendo muchas casas—287. Guarnecido Castro, Licenciado. Gobernador del Perú, dá el gobierno del Rio de la Plata á Juan Or- contra Candish y sus ingleses—292.
- tiz de Zárate, quitándole á Vergara—65. Dí- sele á Juan Ortiz—66. Y lo confirma el Rey—67.
- Camelo, ayuda á Juan Ruiz en la batalla de Castrum Julii, es Trugillo, y quien la fundó—4.
- loz Charruas—149.
- Canarias, islas. Quedaron de la inundacion que Catalina Verdugo, ayuda á matar á su mari- sorbió la tierra, de que eran continentes—5.
- do, y se casa con el galan—253.
- Cañas, como piernas, llenas de agua, y como se engendran en ellas gusanos—32. Espesura de ellas, y dificultad de cortarlas—33.
- Cava, causó la ruina de Espana, y cual te- nian causaria la del Paraguay—203.
- Otras como robles, y en los Mojos otras sin gusanos—*ibid.*
- Cautivos, trátalos bien unos Charruas—119.
- Y otros mal—302.
- Canoa. Se hunden muchas en los remolinos Caycobé, significa, yerba que vive, se encoge en del Rio de la Plata—19.
- tocándola, y se marchita—25.
- Capac, Inca. Solo Señor, llamó Chiriguano Cayú, cacique. Van en su busca Garay y Mel- á los Guaranís—8.
- garejo, y prende un hijo suyo, y le llevan á Juan Ortiz—155. Síguete con una india, y mucho pescado, no logra su libertad—157.
- Caravallo pelea con Yanduballo, y Liripe los separa—128. Enamórose de ella, mata des- Vá tras Garay, y le pide carta para conse- cuidado al indio, y como le engañó la india guirla—161. Y vuelve con ella y Yamau- para matarse—129. Maldícese por haber cau- dú á Juan Ortiz—*ibid.*
- sado esta desgracia, y oyendo grita, llega á la nave cuando le tenian por muerto—130.
- Chalamarca, pueblo. Demarca en él la tierra Su valor en la batalla contra los Charruas de los Chiriguano el Virey—173.
- 153.
- Chanaes, indios. Prende Garay tres—155. Fle- Carbunco. Animal con un espejo en la frente, y como se lo sacan—31. V. *Aguapitan*.
- chan á Chavarria cautivo—158. Y crueldades que hacian con otros cautivos españoles—*ibid.*
- Carcarañá. Rio cerca de la torre de Gaboto Compran á los Chiriguano á Juan de Barros— 125, 130.
- 159.
- Caras. Desuellan á los vencidos los Charruas Charrúas y Charrúas, indios crueles—301. Res- para trofeo—105.

- petados de los demas—151. Valientes, altos, ligeros, y sus casas—104. Se tiene por mas valiente el que mata mas enemigos, y como señalan los muertos—105. En la muerte de sus deudos se van cortando los dedos—*ibid.* Van al campo de Juan Ortiz á buscar á Abayuba—110. Cogen entre medio á los españoles que iban á buscar yerba, matan 40 y prenden otros—*ibid.* Vuelven con ejército, y matan otros que huyeron con armas—112. La noche los hace retirar, y despojos que llevaron—114. Sale uno en la playa á desafiar á los españoles, y es muerto de un balazo—118. Húyenseles algunos prisioneros, aunque los trataban bien—119. Batalla que dieron á Garay hiriéndole—150. Y mueren mas de 200 y huyen—*ibid.* Matan la gente de un barco—306. Han hecho grandes daños á los españoles, y otros—301. Algunos comercian en Buenos Aires—*ibid.*
- Charrues. Indios malvados—6.
- Chavarría. Flechado por los Charrúas, y sus crueldades y muerte—158.
- Cheliplo y su hermano, persiguen la gente de Juan Ortiz que huía—113.
- Cherandis, indios—6. Donde están poblados?—18. Son porfiados en los ajustes, rescatando con Juan Ortiz—125. Con la gente de Garay—137. Rebélanse, y por qué?—275. Van contra Buenos Aires, y cercan el fuerte—*ibid.*
- Chile. Tierra de muchos árboles y oro—2.
- Chiloasas, indios—6. Salen con otros, á su pesar, á recibir á Juan Ortiz—193.
- Chiquitos, indios. Conquistados por Nufflo de Chaves—58.
- Chiri, significa frio—8.
- Chiriguanes. Son Guaranís, y andan desnudos—8. Algunos mueren de frio—*ibid.* Y por qué?—*ibid.* Por qué se llamaron así?—*ibid.* Muchos habitan en la Asumpcion—28. No quieren consentir la rebelion de D. Pedro de Mendoza, ni ayudarle—170. Descubren la traicion—*ibid.* Huyen del Virey, burlándose de él. Intentan hacer guerra á los españoles, y por qué los dejaron?—173. Sus atrocidades, y miedo que les tienen sus vecinos—9. Conmovidos por Ibitupuá, tienen junta de guerra contra los españoles—279. Su grita, viendo buen agüero en la flecha disparada: maltratan á un viejo que se opuso—281. Daños que hacen en los caminos, desde las sierras de Chuquisaca—7. Levantados, dan qué hacer al Gobernador de Guayra—20. Matan muchos españoles por los caminos, cautivan otros, y causan gran terror—283. Envisten con la comitiva de Doña Maria de Angulo, y la matan, y á nueve españoles, y despues se ajustan con los que quedaron, y se resuelve en los Charcas hacerles guerra—285. Salió escarmentado de ellos D. Francisco de Toledo—9. Aunque gastó mucho en conquistarlos—*ibid.* Ya no comen sino presos en guerra, excepto españoles—28.
- Christoval, indio. Refiere á Melgarejo la traicion de los de Taboba—123.
- Christoval de Arévalo. Elegido por general contra su gusto por los conjurados de Santa Fé—237. Repréndele Venialbo por un bando de armas que echó, y trata de extinguir el motin, y castiga á los amotinados, y como?—238. Excepto alguno, y por qué?—239. Ayúdole mucho haber ido Lerma á Tucuman—242.
- Cisne. Muere cantando—182.
- Codicia, pone en grandes peligros—301.
- Cometas, que se vieron antes del terremoto de Arequipa—251.
- Comodo, Emperador. Por qué rogaba por su vida una vieja?—199.
- Coñamecuas, indios. Sin ser repartidos acuden á servir á la Asumpcion—28.
- Concilio. Se junta en Lima, y de qué se componía—257. Despáchanse edictos, y acuden muchos á quejarse, y nace discordia entre los Obispos—258. Publícase al año la sesion, confirmando la antecedente, y otras que se apeló, y se envía á España—264.
- Conde del Villar. Virey del Perú, deja la guerra de los Chiriguanos y vá al Callao, donde manda hacer un fuerte contra Drake—286. En él se guareció de la inundacion del mar, hasta que salió al campo—287. Se retira á San Francisco, con los Oidores, en el temblor de tierra de Lima—289. Dá providencia para defender el puerto contra Candish—292.
- Condurillo, rio. Sugetan á sus indios los Guaranís—6.
- Condurillo. Cacique muy valiente—172. Quiere Taboba le avise sus intentos, Ibitupuá—66. Llega Quiñones cerca de su tierra—172. Huyen sue indios de Zárate, y escondidas sus mugeres, vuelven á él con cruces, diciendo querian ser cristianos, y es descubierta su malicia—174. Véncelos Zárate, y se llevan los muertos—*ibid.* Envisten á quince españoles

- que quedaron en el fuerte y con la venida de los demas huyen—175. Vá con sus parientes á la junta de Ibitupúa—279.
- Consejo de monos—106. En que predicaba el mayor, acabada la plática se deshace—106.
- Consejo. Su importancia en todo—194.
- Contrayerba, que tomada, sana á las doce horas la mordedura de la serpiente de cascabel—27.
- Crucifijo. Lo destrozan los ingleses y se burlan de él—310.
- Contratos, que prohibió el Concilio de Lima.—264.
- Contreras (Licenciado). Fiscal de los Charcas, privado de oficio por el Visitador—202.
- Conversion de los indios. Como se ha de hacer—215.
- Coraci. Sale con otro indio á desafiar la gente de Garay, y es vencido de Espelueca—218. Huye, y refiere á su cacique el valor de los españoles, y es quemado vivo—220.
- Cordobés, (El). Muerto por los indios—113.
- Cordillera del Perú, asperísima. Llegan á ella los Guaranies, conquistando y sugetan muchos indios—6.
- Corpus Christi, puerto—269. En la isla de Santa Catalina, y por qué se llamó así?—88.
- Cosme. Se libra de un naufragio, y muere de hambre—276.
- Costumbre vieja, difícil de perder y dejarla, es casi muerte—153.
- Cruz. Ponen una para tirar al blanco los ingleses en Paita—295.
- Culebra en el Rio de la Plata—23. Comen los de Juan Ortiz como regalo—95.
- Culpa. Su conocimiento la disculpa—74.
- Curemo. Oyendo á Urambia persuadir paz con los españoles, se sale de la junta de los indios con su familia, se entrega á una laguna, y toma á sus hijos juramento de morir defendiéndose, y vuelve al cacique—222. Huyen los suyos de Garay, y ofrece guiarle—223. Enfádase con Urambia, y lo desafía, y riñe con padrinos—224. Dáse sentencia, dejándoles iguales—226.
- Curiyú. Culebra que traga lo que coge chupando, y como se rompe la barriga para arrojar lo que no digiere—27.
- Cuyapeig, indio. Acude con indios á Guairaca—227. Muerto en la batalla por Valenzuela—228.
- D**
- Daroca. Encendia á Cáceres con sus cuentos contra el Obispo de la Asumpcion—69.
- Davis. A vista del Estrecho prende dos navíos, y se libra en uno—300. Con lo cual, y grande sed, llega á la Isla Grande—309. Echa quince ingleses en tierra, por agua, y los matan los españoles é indios, y se retiran—310.
- Dedos de manos y pies. Se van cortando los indios Charrúas, segun los duelos que tienen por sus parientes—105.
- Deleitos, seguidos de las penas—99.
- Desafio de dos indias, sobre cual de sus maridos era mas borracho—274.
- Diablo. Por qué tentó á Cristo, Señor Nuestro, en la hambre?—41. Procura que los cristianos no vayan á tierra de paganos á predicar—102. Uno descalza, á quien llamó para ello, y le arranca una pierna—103. Cuando no puede, se vale de las mugeres—163. Enseñaba cantares á los indios en un cerro—283.
- Diablo. Animal, el carbunco—31.
- Diego de Abrego perseguido de Irala—44. Junta gente contra él—55. Y muere mucha—*ibid.* Vuelve á la Asumpcion, le nombra Lazcano y los leales por gobernador, y hace degollar á D. Francisco de Mendoza—56. Huye al monte, sabiendo que Irala volvía, y muerto por Escaso, sigue al otro partido su gente—57.
- Diego Flores de Valdés. Vá al estrecho de Magallanes—269. Llega al Rio Jenéro y á Yumiri, y halla un navío robado del inglés, á quien sigue sin fruto—*ibid.*
- Diego Gomez, marinero. Incita á D. Diego de Mendoza á que se haga gobernador de Santa Cruz—164. Ofréccele la vida el Virey—167. Hácese enemigo de D. Diego—168. Enviado preso á la Audiencia—170. Alcanza á D. Diego—175. Ahoreado por el Virey en Potosí—179.
- Diego de Mendoza. Lo que le dijo su padre D. Francisco, al tiempo de su muerte—56. Sirvió poco el aviso—*ibid.* Envía preso al gobernador de Santa Cruz de la Sierra, á la Audiencia, por haber reñido sus mugeres en la iglesia, y le elige el Cabildo—162. Prende á los alcaldes que le contradecian, y mata á los Salazares—164. Vá á las horcas de Chaves, sabiendo la venida del Virey, y previene contra él á Ibitupúa—165. Escúsase el cacique, y vuelve á Santa Cruz

- tullido, y le ofrece la vida el Virey—167. Deja el gobierno persuadido, y le aconsejan se presente al Virey, y traicion que procuró contra Paniagua—168. Descubierito, se vá á los Charcas con Avila—170. Y llega á Mizque—*ibid.* Llevaba su confianza en el Virey, y siente que fuese allá Diego Gomez—178. Preso por el corregidor de Tomina, le lleva al Virey, y sentenciado á muerte es degollado—179. Imputándole alzamiento—283. Pagó su atrevimiento en Potosí—56. Si vuelve al Paraguay, revuelve la tierra—172.
- Diego de Portugal, clérigo. Rescatado de los Charrúas en Buenos Aires—302.
- Diego Ruiz. Entra en el motin de Santa Fe con Garay—236. Vá de mensajero con Villalva á Tucuman—*ibid.* Justiciado—238.
- Diego de Sanabria. Vá con gente al Rio de la Plata, y dá en Cartagena, y despues fué minero en Potosí, y pobre—59.
- Diego Mendieta, sobrino de Juan Ortiz. Nombrado sucesor en el gobierno por su tio—196. Mozo, y loco, toma posesion, y desvanecido con la señoria, desecha al coadjutor que le dejó el tio—197. Sus desatinos y agravios hacen maquinár contra él á los vecinos—*ibid.* Acompañase con mala gente, prende cuatro caballeros por una muger, los maltrata—200. Desterrados, y vueltos á la ciudad, los prende y ahorca á Vicencio—*ibid.* Enamorado de una muger tiene fiestas públicas, y hace otros desaciertos—202. Pesquiza sobre un papel sin firma, prende á una muger con grillos, y maltrata la gente—203. Asombrados todos de sus locuras, y lo que decian—204. Vá á Santa Fé, y se desazona con Sierra—205. Hácele sacar de la iglesia, se conmueve el pueblo, y huye á su casa, donde cercado desiste del mando, porque no le querian, y echa de sí sus amigos—206. Sus quejas de verse medio libre, y acabada su causa, le prenden, y embarcan á San Gabriel con Espinosa—208. Toma tierra en el último pueblo del rio, y Quirós le vuelve á entregar á Espinosa, que le envia á España—210. Llega con tormenta al Rio Jenéro, y se rehace con ayuda de los portugueses, y vuelve á Ibiaca, y le aborrecen los suyos—211. Parte por medio un soldado que queria huir, poniéndole en dos palos, y los marineros huyen á Santa Fé, donde aplauden su accion, dejándole en tierra con siete hombres—*ibid.* Su ruina celebran en la Asumpcion—213. Tratan los mestizos de Santa Fé de enviar preso á Garay—236. Murió presto á manos de los indios, con sus compañeros, á instancias de un mestizo—212.
- Diego de Zúñiga. Visitador de la Audiencia de los Charcas, priva de oficio á los Oidores—202.
- Dios: servirle, solo es bien—189. ¿Como premia á los humildes y castiga á los malvados?—310.
- Domingo de Irala. Se embarca con Mendoza de soldado—45. Era mañoso—50. Valiente—61. Y lascivo—44. Elígenle por gobernador los rebeldes á Cabeza de Vaca—54. Habiéndose hecho malo cuando le prendieron, como él habia dispuesto—*ibid.* Persigue Diego de Abrego y los leales—44. Y los hace huir á los montes—54. Escápasele Melgarejo, y casa á Vergara con su hija—57. Comedia que permitió en la boda, haciendo mofa de los leales—*ibid.* Deja por su teniente en la Asumpcion á D. Francisco de Mendoza, y sube por el rio con la armada—55. Despacha al Perú á Nuño de Chaves, y vuelve á la Asumpcion, y sigue á Abrego—57. Pásansele los leales—61. Su prudencia en tenerlos á todos contentos y sujetos—*ibid.* Conoce miedo en el Obispo, y lo que le decia—62. Dále el Rey el Gobierno que tuvo veinte y cuatro años sin título, y muere al año. Hizo muchas cosas que le dieron fama—44. Nadie dirá mal de él en aquella tierra—195.
- Domingo Larez, de Huete. Pelea con los indios, le quiebran un brazo, y le prenden—114. Rescátale Rui Diaz con otros cuatro—123. Y le dá noticia de estar los indios de guerra.—122.
- Dorados, peces en el Rio de la Plata—23. En Paraguay—193. Los llevan los indios á Juan Ortiz—104.
- Dorantes de Bejar. Vá á reconocer las tierras del Paraguay, y vuelve á Cabeza de Vaca—50.
- Dos. Su navío se perdió en la isla Maldonado—14.

E

- Edificios que han visto en el fondo del mar, navegando—5.
- Eduardo de Fontano, herege. Llega á la isla de Martin Garcia, y no hallando poblacion se vuelve—15. Dos años antes de poblarse Buenos Aires—*ibid.*

Elvira de Contreras, natural de Medellín. Se casa con Melgarejo, y por qué la mató?—64.

Elvira de Mendoza. Cásase con Nufflo de Chaves, viuda, y vá al Perú con su madre—283. Investida por los Chiriguanos, y muerta su madre, se libra de ellos, hablándoles su lengua—285.

Elvira, su hija. Mal herida de flechazos de los Chiriguanos, la libra Sotelo la vida—*ibid.*

Envidia de cobarde. La mas dañosa—38.

Epuacs. Indios del Río de la Plata—6.

Error, al principio pequeño, se hace grande al fin—38.

Escaso, sigue á Abrego, y descuidado, le prende—57.

España. Poblada por Tubal y otros—3.

Espanoles. Su carne no comen los Guaranís, y porqué?—28. Algunos hacían desatinar á los indios—184. Llévales perlas los Mahomas para que las horaden—21. Presos por los indios, muertos con varios tormentos—159. Los mestizos los echan de Santa Fé con sus mugeres—235. Uno se mete en la lancha de Candish, y se la quita—306. Desean los de la Asumpcion venirse á España, y no pudiendo se meten á labradores—45. Oprimidos y maltratados por Mendieta—200. Y sus juicios y esperanzas—204.

Espera, isla. Llega á ella Garay—142.

Espinosa mata muchos indios en la batalla de Guayraca—229.

Espinosa, alcalde de Santa Fé. Lleva á Mendieta á San Gabriel, y se vuelve—208. Embárcale otra vez, habiéndosele entregado Quirós—210.

Estero de los Beguaes, apacible. Entra en el Río de la Plata—139.

Estimacion de los hombres, conforme á su dinero—65.

Estrecho de Magallanes. Quien le pobló—6. Le emboca el Drake, y sale al mar del sur—246. Trata de reconocerse, y envia á Sarmiento—268.

Estremadura. Habitada de los Tupis, y por ser caribes son echados de ella—3.

Estremeños. Valientes: fueron con Saubria al Río de la Plata—59.

Estruendo del Salto del Río de la Plata: espanta á los vivientes—20.

Eyra. Animal como conejo, que mata á los venados—26.

F

Felipe II. Desea la propagacion de la Fé en Indias—61.

Fenix, y su nido—30.

Fernando Pizarro, responde á Luis de Chaves que en Indias todos eran iguales—213.

Filomena. Como contó muda á su hermana la traicion de Tereo—140.

Firmeza. No hay en la gente, donde tienen los árboles someras las raíces—255.

Flores: islas pequeñas—14.

Florentina y Catalina. Quitan una oreja á un tambor, que iba á hurtar las raciones, y se les hace causa—96.

Florida. Lo que anduvo por ella Cabeza de Vaca—45.

Fortuna. Su mudanza cierta—99. Sus epitetos—*ibid.*

Fortunadas, islas. Llegan á ellas huyendo los Tupis, desterrados de Estremadura—5. Por qué se llamaron Canarias—*ibid.*

Fraile Francisco. Martirizado por los indios, y milagro que los espantó—160.

Franceses, cosarios. Roban á Juan Ortiz mas de ochenta mil pesos, y le dejan—67.

Francisco, y D. Pedro, naturales de Estepa, presos por los indios—301.

Fray Francisco de la Campa. Se conjura con el Provisor y otros para prender á Cáceres en misa, y lo consiguen—74.

Francisco Drake. Azote de Dios en el Occidente—2. El mayor cosario, y mas afortunado al principio—248. Sale de su tierra al Perú con fuerte armada en demanda del Estrecho—246. Echale una tormenta un navío en tierra, recoge en otro la gente, y pasa al Estrecho—*ibid.* Costea á Chile y roba dos navíos, y en Arica el de Roca—*ibid.* Y otros en los puertos de la costa—249. Esecábasele el de la plata del Rey en Arequipa, y navega á Lima—247. Llega al Callao, y susto que causó—*ibid.* Toma un navío con plata del Rey—248. Si Flores le encuentra, le derrota—270. Llega á Ternate, y Gilogito, y á un fuerte, y no recibe el convite de los Paraguaes, y contra ellos se ofrece á los indios—249. Navega al mar del norte, contento, y rico—*ibid.* Del Estrecho llega al Río de la Plata—243. Roba un navío en el Río de la Plata, y lleva al qiloto—270. Cuando llegó Candish creyeron ser los del Perú, y su miedo, y ale-

- gria de los soldados—291. Daños que hizo debajo de ambos polos—2.
- Francisco Manrique, factor, avisa al Virey la entrada de Drake en Callao, y lo que hizo por consejo de las mugeres—247.
- Francisco de Mendoza, teniente de Irala. Deja el gobierno, engañado de Lezcano, y le hace degollar Abrego, y lo que dijo á sus hijos al ejecutarlo—56. Sentimiento que causó á Irala—57.
- Francisco Ruiz, hace guerra en Buenos Aires á los indios, y su hambre—39. Malvada sentencia que dió contra una muger—41.
- Francisco Ruiz de Vergara, contradice la soltura de Abayuba de la prision—110.
- Francisco de Salcedo, Dean de Tucuman. Vá á gobernar el Obispado, y sus boberias precisan al Licenciado Lerma á pedirle los títulos, y se vuelve enojado al Perú—242. Quédate en Esteco, y se lleva mal con el teniente de Lermá, y lo que sucedió yendo á verle—250.
- Francisco de Sierra, riñe de palabra con Mendieta, y llamado despues, se refugia á sagrado—905. Sacale de él, y se libra, y cerca la casa de Mendieta, y le hace dejar el gobierno—*ibid.*
- Francisco de Toledo, Virey del Perú. Vá á Potosí, y hace tasa de jornales á los indios—178. Junta ejército contra D. Diego de Mendoza, con voz de ser contra los Chiriguanos—177. Y vá á castigarle—163. Entra en la Sierra, y demarcacion que hizo de la tierra—172. Llega al asiento de Manso, y lo que importó haberle poblado—173. Huyen los Chiriguanos, y su gente desea volver al Perú—174. Y perdiendo mucho se vuelve, y avisa estar sosegada la rebelion de Santa Cruz de la Sierra—177. Sabiendo en el Cuzco que se juraba el Inca de Señor del Perú, envia á Loyola que le traiga—184. Y ejecutado, le manda degollar, y resiste el Licenciado Polo, hasta que dió orden por escrito—185. Aunque le rogaban por su vida, y un obispo ofrecia traerle á España cristianado, le hace degollar, y escándalo del pueblo—186. Intenta casar á Juan Ortiz, y escribe á Garay vaya á Lima—201. Mándale prender, y siente se escapase—208. Hace gente contra Drake, y alboroto en Lima—247. Favorece á Sarmiento en su viage al Estrecho—250. Gastó 800,000 ducados en la jornada de los Chiriguanos, y volvió perdido—9. Y dejó mas alborotada la tierra—279.
- Francisco Ortiz de Vergara, preso por Irala, le casa con su hija—57. Elegido gobernador por su muerte—63. Vá al Perú, y le impide Chaves el viage, y proveido su gobierno se viene á España—66.
- Frio, mata á muchos Chiriguanos—8.
- Frijoles. Recoge Juan Ortiz—99.
- Fuente de plata, en la casa del gran Moxo, con caños de oro—51.
- Fuente de Lirios, donde nace—212.

G

- Gaboto. V. Torre de Gaboto, y Sebastian.
- Gabriel Paniagua, de Placencia, vá de orden del Virey contra D. Diego de Mendoza, á Santa Cruz de la Sierra—164. Sugeta algunos indios, y ofrece á D. Diego la vida—167. Llega á las Horcas de Chaves, y despacha carta del Virey con perdon á Diego, y el agua le estorba el viage—168. Estando para entrar en los Ibitupues, descubre la traicion de Salgado, y le ahorca, y llama á D. Diego—169. Pelea con los indios, y las aguas le hacen retirar, y por el invierno deja la guerra—172. Despacha al Paraguay y Tucuman la noticia del castigo de D. Diego—*ibid.*
- Galiano de Meyra, amigo de Mendieta, pide al pueblo le deje, y es preso—206.
- Gallego, conjurado contra Garay en Santa Fé—235. Pide ayuda á Aguilera, y es muerto—238.
- Gallegos, huyen hambrientos tierra adentro del campo de Juan Ortiz—86. Mueren tres de hambre—90.
- García, (bachiller). Se vá con el Dean al Perú desde Tucuman, y por qué?—243. Grita que causó en las casas del Teniente de Esteco—250.
- Gerion, rey, muerto por Osiris—5.
- Gerónimo Luis de Cabrera, Gobernador de Tucuman. Vá al Rio de la Plata, y procura que Garay salga á tierra, y no pudiendo, deja una cruz—76. Degollado por Gonzalo de Abreu, su sucesor—*ibid.*
- Gibaldo, contaba haber visto los gigantes del Estrecho—268.
- Gigantes, que vió Pancaldo, y otros en el estrecho de Magallanes—*ibid.* Uno que iba á pescar á la Peña Pobre, y moraba en la tierra adentro—17.

de llegan los de los españoles—15. Su situacion y nombre—16.

Isla Grande. Intentó Dávis tomar agua en ella, y le matan catorce ingleses, prendiendo uno los españoles, é indios—309.

J

Jacé, indio, ayuda á Taboba contra Pablo de Santiago, y dá muerte á Benito—113.

Jafet, hijo de Noé y padre de Tubal—3.

Jejui, rio muy hondo, pásale Garay—212.

Jorge Luis, piloto, preso por Candish, le enseña la costa del Brasil—298. Entra en los Santos con su Almirante, y se entrega el pueblo—*ibid.* Préndenle los portugueses en Santos, y se escapa—312.

José de Anchieta, lo que decia del Obispo Fr. Pedro de la Torre, y su muerte, á que se halló—77.

Juan de Oyolas, se embarca con Mendoza—36. Sube por el Rio de la Plata con Salazar, y amedrenta á los indios—39. Deja á Salazar en el Paraguay para que le espere, y se entra la tierra adentro, y vuelve cargado de plata: no le halla—*ibid.* Dán sobre él los indios, y acaban con él y sus compañeros, y le roban—*ibid.*

Juan de Barros Machado, cautivo niño de los Chiriguanos, vendido á los Chanes, y casado, se viene á bautizar con su muger é hijos—159.

Juan Carrillo, muerto por Melgarejo, y por qué?—64.

Juan Diaz de Solis, vá por piloto de Magallanes, y pide la conquista del rio Paraná—10. Llega y le pone nombre de Rio de la Plata, y es muerto por los indios—*ibid.*

Juan Gago de Guadalupe, criado del autor, cautivado por los indios—159.

Juan de Garay, teniente de Juan Ortiz, imprudente—271. Inconsiderado—75. Su gente valiente—133. Saca de la Asuncion al Obispo y á Cáceres, y los despacha á España—*ibid.* Vuélvese el rio arriba, y puebla á Santa Fé, y conquista la tierra—*ibid.* Llega á Sancti Espiritu, viendo en tierra á D. Gerónimo Luis y su gente—76. Queda enojado con él, aunque se regalaron—*ibid.* Quito la cruz que puso D. Gerónimo en tierra, y se vuelve á Santa Fé—*ibid.* Vá á los Timbus—125. Recibe bien á Yamandú con las cartas de Juan Ortiz, y le despa-

cha con la respuesta, y como ideaba el socorro—126. Vá con treinta soldados á las islas, y huyen los indios á los bosques—127. Vuélvese, y pasa á la torre de Gaboto, y saca á tierra gente y caballos—130. Escribe á Juan Ortiz se venga con él—134. Vá á buscar bastimento—135. Y á castigar á Terú—*ibid.* Saquéale huido con sus indios, y perdona á Añanguazú, y le entra tempestad—137. De que se asegura y rescata con los indios, y busca españoles cautivos, y con cuatro vuelve á Juan Ortiz—139. Prosigue el viage y vá cazando y pescando por el estero de los Beguaes—*ibid.* Padece tormenta la balsa—142. Y se libra la gente—143. Pone emboscada contra Zapicano—146. Desbarata un escuadron de 700 indios, y rompe 100 flecheros—147. Deshace otro escuadron de indios—150. Y es herido, y caballo muerto, y le asegura su gente—*ibid.* Vá á buscar á Melgarejo, y celebra su victoria—151. Hace casa para Juan Ortiz—154. Vuelve á buscar comida Yia-Cayú con Melgarejo, y prenden seis Chanaes—155. Huyen de él los indios del Igeipopé, quema sus casas, y toma mucho maíz, y parte á la Asuncion—*ibid.* Envía socorro á Juan Ortiz en la mayor miseria—190. Se vá á los Charcas, muerto Juan Ortiz, y casa á su hija, y vuelve confirmado teniente al Rio de la Plata—200. Llamado á Lima por el Virey, no obedece ni á la Audiencia—201. Siente que Valero le sigue, y le prende—208. Quiere ahorcarle, y le perdona por ruegos, diciéndole injurias—209. Vá á Santa Fé, y á la Asuncion, y es bien recibido—210. Ensoberbécese, y trata mal á todos—212. Publica la conquista de los Nuaras, con voz de castigar la rebelion de los indios, y llega á la Fuente de Lirios con 130 arcabuceros—*ibid.* Desafian á su gente los indios—218. Y vencidos no les deja seguir—220. Entra por la tierra, y le espera Curemo, y huyen sus indios—221. Con guia dá de repente en los Tupís Maries, prende mas de 500, y le recibe de paz Tupuinguazú—224. Rompe á Guairaca, y se libra de un flechazo—228. Muertos muchos indios, vuelve á su real con su gente sana—229. Y 200 cautivos—230. Y vá á la Asuncion donde le reciben con alegria—*ibid.* Sale á poblar á Buenos Aires, y espera en Santa Fé los caballos—233. Llega por agua y tier-

ra con su gente, y le hacen guerra los Guaraníes—234. Reparte la tierra y despacha navíos á España, y con qué carga—235. Levántanse contra él en Santa Fé los mestizos, para prenderle y enviarle al Virey—*ibid.* Celebra la venida de la armada de Flores, vá á Buenos Aires, y descuidado, desbarata á su gente, y le matan los indios Mañuas—271. Huyen sus soldados al río—272. Y en tres barcas van á Santa Fé, perdiendo una—276. Fué de mucho provecho á la tierra, y se sintió su muerte—*ibid.*

Juan Martín y otros, ayudan á castigar el motin de Santa Fé—238.

Juan Ortiz de Zárate, consigue el gobierno del Río de la Plata, y vá á Lima cargado de barras—66. Pasa á Panamá, y yendo á Cartagena le quita un corsario francés 80,000 pesos, y sus lástimas—67. Y viene á España, le confirma el Rey el gobierno, y vuelve con armada—*ibid.* Mal dispuesta, y de qué gente?—79. Tormenta que padeció en el golfo de las Yeguas—*ibid.* Cesó, y despues de varios votos llega á la Gomera—80. Entra en Santiago con mal tiempo—81. Calma que le entró y como llegó al Brasil, con mucha gente muerta debajo de la línea—82. Llega á San Vicente y algunos de los suyos se vuelven con Melgarejo—*ibid.* Vuelve al mar, vé tierra, y no hallan puerto los pilotos, y se entra en D. Rodrigo—83. De donde saca al mar la Almiranta, y desaferra la capitana, y viceaina, y donde surgió—84. Echa la gente en tierra, y celebra la fiesta del Corpus Christi—88. Vá á Ibiaca con 80 españoles, dejando 250 sin armas, ni comida, y es bien recibido y admitido de los indios—*ibid.* No remedia la necesidad de su gente, avisado—*ibid.* Crueldades de su teniente con los que huyen de hambre—89. Y sus lamentos—90. Su codicia, y escándalo entre los indios—94. Intentan algunos llevar la barca de la capitana, y son descubiertos—*ibid.* Tormenta que padeció en la laguna al volver, y como fué socorrido, y llegó á su campamento?—100. Castiga á algunos, y sin piloto se embarca en el Río de la Plata, y padece tormenta—*ibid.* Surge en San Gabriel, y otra tempestad le desbarata los navíos, y atemoriza su gente—101. Tráenle comida los indios—104. Ranchéanse en chozas, y mueren muchos—109. Mala disposición de la pólvora y

armas—111. Prende á Abayuba, y un guaraní lengua—109. Rescátale contra el parecer de muchos—110. Dan los indios sobre su gente, que iba á buscar yerbas, y la mata, excepto dos, y envia contra ellos—111. Huyen de los indios dos partidas, y los que no, son muertos—113. Desordenado, sale contra los indios, y le impide llegar la noche—116. Lástima de su gente—115. Embarca su ropa temiendo á Zapicano, y se retira á la capitana—116. Como le engañó un indio—117. Hace matar otro que pedía campo, y mofan de él los demas—118. Se vá á la isla de San Gabriel, con temor de Zapicano, y algunos españoles cautivos vuelven á él, y son bien recibidos—*ibid.* Siente gran hambre, y socórrela Melgarejo—121. Que si no llega tan presto se le muere la gente, y vá á la isla de Martín García, y envia por bastimento á Melgarejo—122. Pucbla en ella, y mueren muchos—15. Quiere ir contra Taboba, y se vá á los Timbues, y rescata con los Querandis—125. Regala á Yamandú, que le trajo una carta de Garay, y como evitó la traicion, que intentaba—134. Tormenta que abrió la caravela, y echó una nao en tierra, y clamor de su gente, de que no se dolía—138. Llega el bergantín con socorro, y envia á las mugeres con Melgarejo, y enfermos—141. Con fin de poblar—*ibid.* Congojada su gente, espera el suceso de la poblacion—154. Vuelve Melgarejo, y se embarca todo—*ibid.* Llega á San Salvador, y quiere llamar Viceaya al territorio, envia por comida, y no cuida de una nao—*ibid.* Y prende al piloto, porque la dejó de miedo—157. Quémase su casa, y él solo escapa por estar despierto, y se vá á otra nao, donde estaba su hacienda—156. Toma el rescate de Cayú, y no le entrega á su hijo—157. Duda si prenderá á Yamandú, que vino con Cayú al rescate de su hijo—161. Incomodidades de su gente, y recelo de los indios—157. Responde al Virey, que le avisó el sosiego de Tucuman—177. A su gente destrozada por la hambre, y con poca racion, le decia muchos baldones—178. Descáble la muerte su tesorero—190. Su gente se anima con el socorro de Garay, y él quiere subir por el río—191. Prende á Trejo, su favorecido, y conoce estar los indios de guerra, y es bien recibido en Santa Fé—193. Y en la Asumpcion, envia comida á

XIV

- su gente, y empieza á gobernar sin consejo de nadie—194. Y cuando le quiso, no le tuvo—*ibid.* Falta de caridad, y desazones que hacia, malquistándole su codicia—196. Conoce le querian mal todos, y lo que dijo nombrando á Mendieta por gobernador—*ibid.* Aunque de mala gana—197. Muere con buen ánimo—196. Y deja á su hija por heredera—*ibid.*
- Juan Osorio, Maestre de Campo de Mendoza, se embarca—36. Muerto á puñaladas en el puerto de Vera, y por qué?—38.
- Juan de Rivadencira, lleva frailes Agustinos al Rio de la Plata—270.
- Juan Rodriguez, dá muerte á Gil Gonzalez, que le hospedaba, por casarse con su muger—254.
- Juan de Saldívar, lo que dijo su muger, viendo sacar por fuerza al Obispo de la iglesia—71.
- Juan Sanchez, mata muchos indios en la batalla de los Charrúas—150.
- Juan de Torres de Vera y Aragon, Oidor de Chile, y Capitan General, hace guerra felizmente á los Araucanos, y siendo Oidor de los Charcas, se casa con Doña Juana Ortiz—201. Resuelve ir al Rio de la Plata, y es preso, y llevado á Lima—*ibid.* Suelto despues de algunos años vuelve á su plaza, de que le privó el visitador—202.
- Juan de Urbina, entra con Borbon en Roma al saco—35.
- Juana, hija de Juan Ortiz de Zárate, y heredera del adelantamiento del Rio de la Plata—196. Se casa con el Licenciado Torres de Vera á disgusto del Virey—201.
- Judith, dió muerte á Holofernes, y con su criada se volvió á los suyos—72.
- Jujú, rio. Sus indios conquistados por los Guaranís—7.
- Juliana Portocarrero, hermosa y rica—261.
- Justos, desean la muerte—182.
- L**
- Laberinto parece el cerro de Potosí—179.
- Labradores son los Guaranís—23.
- Ladrones, no teme el pobre—67.
- Lagartijas, comia el autor, y sabian a cabrito—95.
- Laguna de los Mahomas, poblada, y si hay perlas en ella?—24. Otra con una roca empinada entre dos, y otra de notables ruidos—30. La del Moxo, y en medio una isla con un palacio—51. Un terremoto pasa una de un lugar á otro—261.
- Lambaré, sierra cerca de la Asumpcion, la mas alta—29.
- Lambaré, ofrece á Salazar allanar á los españoles—42. Es vencido por Salazar—29.
- Lartaun, Obispo del Cuzco, vá al concilio de Lima—257. Y se quejan algunos de él—258.
- Laureles, en las riberas de Ipatí—20. En las islas del Rio de la Plata—14.
- Lazeano, persuade á D. Francisco de Mendoza deje el gobierno, y hace nombrar á Abrego—55.
- Leales, perseguidos, y muertos por Irala—57. Burla de ellos, y de su nombre, que hacian los rebeldes, y comedias en que los sacaron—*ibid.*
- Lebron, se alza con otros contra Cabeza de Vaca, y le prende—53.
- Leiva, valiente—235. Atraviesa á Taboba con la lanza, y se la agarra un indio, y cortándole otro la mano le mata—148. Conjurado contra Garay en Santa Fé, y lo que su muger le decia—236. Y leal coloquio que tuvieron—237. Muerto por Ramirez y justicido, y extremos de su muger—238.
- Lenguas, como se dividieron y formaron; en el Brasil y Rio de la Plata distintas, procediendo de una—6.
- Leones, en las islas del Rio de la Plata—18. Con cadenas de oro en la casa del gran Moxo—51. Comian los de Juan Ortiz—187.
- Leones, puerto, trata Sarmiento contra gigantes—268. Llega á él Drake—246.
- Lerma, vá á Santiago á gobernar á Tucuman, y prende á Abrego, y le dá tormento—239.
- Villalta y Mosquera, y los manda degollar—241.
- Aloja, y regala en su casa al Dean, y su altivez le precisa á reñir con él, y pedirle el título—242. Despacha á su hermano á Esteco á sosegar las disensiones del Dean, y su teniente—250. Decian muchos males de él sus enemigos—251. Y todo era hablar de él, sin cuidar de sí—*ibid.*
- Levantamiento de los mestizos de Santa Fé. V. Santa Fé de Santa Cruz de la Sierra, por haber reñido dos mugeres sobre el asiento de la iglesia—235.
- Lima alborotada, y cara con las disensiones del concilio—259. Desea que se acabe—264. Y se alegran de ello—*ibid.* Sus damas bizarras—260. Y de muchas gracias—261. Temblor

- qué padeció, y lo que vió el autor—263. Destruída por él—289. Y los vecinos se salen al campo—*ibid.*
- Lirones, á modo de conejos, comian los de Juan Ortiz—95.
- Liropeya, india hermosa, cuya pintura de pluma vió el autor—128. Sosiega á Yanduballo, y á Caravallo—*ibid.*
- Lluvia, no hay en Lima—287.
- Lobos, como becerros, en las islas de su nombre—14.
- Lobos, islas, su sitio—*ibid.*
- Lorenzo Suarez de Figueroa, sale de Santa Cruz de la Sierra contra los Chiriguano—286.
- Loria, rescatado de los indios por Melgarejo—124.
- Lucio, abogado del Cuzco, persuade á Santo Toribio rescinda el concilio, y enreda á los obispos en él—258.
- Luis de Chaves, por qué no queria ir á Indias—213.
- Luis de San Martin, dá muerte á Mayrarú, de una estocada, y no pudiendo sacar la espada le quita la macana, y prosigue peleando contra los indios—228.
- Luis de Sotomayor, advierte al Conde del Villar ser inútil el fuerte del Callao—286.
- Luis de Ulloa—261.
- Lujan, se embarca con Mendoza en Sevilla—36.
- Luna, se libra de un naufragio, llega á la Asuncion, y le dá muerte un caballo—276.
- Luna grande, de plata, en el palacio del gran Moxo—51. Reverenciábanla los que entraban en él—52. Adorábanla los Charrúas—118.
- M**
- Macana, arma de los indios, como es?—225.
- Machado, juez de la ciudad de los Santos, no quiere defenderse de Candish—298.
- Magallanes, descubre el Estrecho—10. Pónese su nombre—*ibid.* Sale al mar del sur—*ibid.*
- Magaluna, indio, yerra el golpe en Juan de Osuma, le agarra del caballo, y es muerto, quedando con la rienda en la boca—149.
- Mahoma, Señor de la Laguna, en el Paraguay—21.
- Mahomas, indios—6. Habitan cerca de la laguna de su nombre, en el Paraguay—21. Estimán las perlas, no saben horadarlas, y como las pescan—*ibid.*
- Mairara, indio, muerto por Luis Martin—228.
- Maiz, hacen vino de él los indios—280.
- Maldonado, isla—14.
- Mandis, peces, en el Paraguay—23.
- Mandies, pescado, en el Paraguay—193.
- Manteca fresca, parece cuando se comen los gusanos de las cañas—33.
- Mañnas, indios viles—273. Dan ciento y treinta sobre Garay, y su gente dormida—271. Y lo matan con cuarenta españoles, y envisten al bergantín donde estaban los demas, y son resistidos—272. La victoria conmueve á los indios, y se alza la tierra—273.
- Mar, inunda al Callao y la tierra contigua, y derriba muchos edificios—287.
- Maraca, calabaza con chinás dentro, como sonajas—227.
- Maracopa, cacique, en las islas del Rio de la Plata—127.
- Maria de Angulo, saben los Chiriguano su vuelta del Perú—281. Y le dan muerte—285.
- Maria de Cepeda, perfecta é ilustre—260. Hace encender muchas mechas en la venida de Drake al Callao, á las mugeres, en que gastaron sus tocas—247.
- Mariana, dama de Lima—261.
- Mariana, mata un perro—187. Y consulta con el autor el escrúpulo del hurto—*ibid.* Y se le comen ambos—*ibid.*
- Marinero, huye á los indios, y le vuelve Abayuba con una canoa—110.
- Mariposas, que se forman de los gusanos de las cañas de agua, y se vuelven ratones—32.
- Marquez, escribano malvado, depreciacion contra él, y su castigo—70.
- Marquina, su navío robado por Candish, excepto los negros—297.
- Martin, cacique, casa su hija con un mestizo—277. Hace dar muerte á Mendieta y sus compañeros, por qué?—*ibid.*
- Martin Dure, compañero en el gobierno de Mendieta, y este le aparta de sí—197.
- Martin Enriquez, Virey del Perú, muere—258.
- Mártir García, isla, se describe—15. Poblacion y desgracias—*ibid.*
- Martin García de Loyola, sus calidades—184. Nombrado por el Virey—*ibid.* Para la conquista del Inca, le prende con dos soldados, y le lleva al Cuzco—185. Cásale el Virey con Doña Beatriz la Coya—*ibid.* Envía preso á Lima al Licenciado Torres de Vera—202.
- Martin de Pineda, vá contra los Charrúas, y discordia con Pablo de Santiago sobre el mando, huye con su gente de los indios—112.
- Martin Gonzalez, clérigo, predicaba mal á los indios, y daño de sus sermones—215.

XVI

- Mátale Caytua en el río—113.
- Martin Suarez, Gobernador del Río de la Plata—75. Da orden á Garay que pueble á Santa Fé—*ibid.* Dispone enviar á España al Obispo y á Cáceres—*ibid.*
- Mártires, su constancia en qué consistia—183.
- Maracare, quema su casa, y se entra la tierra adentro con Taboba y sus mugeres, huyendo del Virey—173. Llamado de Ibitupué va á la Junta—280.
- Marcos Gil de Xarajejo, dá muerte á muchos indios en la batalla de los Charrúas—149.
- Matienzo, Presidente de los Chareas, alaba á Juan Ortiz el Río de la Plata, y lo que decia—65. Hace seguir á Garay inútilmente—201. Envía relacion de su fuga al Virey—209.
- Maures, indios del Río de la Plata—6.
- Mazacara, pez sabroso, con cuyo nombre llaman los indios las mancebas—43. Y las que tenían públicamente los gobernadores, los españoles—*ibid.*
- Medrano, se embarca con Mendoza—36.
- Melibon, indio, procura matar á los españoles que huían—113.
- Mencia, muger de Sanabria, se embarca con sus hijas al Paraguay, y la gente que llamaron del socorro—55.
- Mencia de Cepeda, ilustre, en Lima—247.
- Memialbo, corta la mano á Taboba, y deja libre la lanza á Leiva, y parte por medio á Zapicano—148.
- Mepenes, indios—6.
- Merida, la Roma de España, y su puente—3.
- Mestizos, se alzan contra Garay en Santa Fé, y para qué?—235. Hace uno matar á Mendieta por ellos—277. Una ahoga su marido de concierto con su galan, y le cuelga de una higuera—252.
- Metales, á la ribera del Río de la Plata—20.
- Micuren, animal que en una bolsa mete los hijos, y como los lleva—26.
- Miguel Simon, lleva á su muger en barcos al navio, huyendo de los indios, y le hieren—273.
- Miserias que ocasiona la mudanza de fortuna—99.
- Mizque, villa fértil de vino—253.
- Mogolacs, indios de la Asuncion, viven en los Esteros—28.
- Mogoznacs, indios—6.
- Moises, pide á Dios viejos para gobernar—195.
- Mojos, indios valientes y flecheros—53. Palacio de su Señor—51. Idolos, y poblaciones que tenia—52. Cañas, durisimas en su tierra—33. Poder y riqueza de su Cacique el gran Moxo—51. Llegan hasta él los de Cabeza de Vaca y se vuelven—50.
- Molles, de que hacen vino los indios—280.
- Monos, se juntan á oír predicar á otro grande, y acabada la platica escapan todos á priesa, y el grande, despacio, con dos pajes: le mata Melgarejo—106. Teníanle los indios por rey de la montaña—107. Comian los de Juan Ortiz—187.
- Montes, altisimos—83.
- Mora, rescatado de los indios por Melgarejo—124.
- Mosquera, conjurado contra Garay en Santa Fé—235. Huye á Córdoba, viendo justificados sus compañeros—239. Va á Santiago—*ibid.* Guiado de su desventura, y es degollado por el Virey—240.
- Motin en la Asuncion—53. Contra Cabeza de Vaca—*ibid.*
- Muerte, siempre ha de tenerse presente, y si debe causar tristeza?—181. Quien ha de temerla?—183.
- Mugeres, sus lamentos en el hambre de la gente de Juan Ortiz—91. Pero no murió ninguna—102. Ni la vió el autor mal parada—141. Embusteras, ingratas, mudables, y sin consejo—255. Hacen gala de burlarse de los que quieren, al mejor tiempo—256. Sus inclinaciones, y su poder—97. A todos tienen sugetos—*ibid.* No es fácil quitarles su dominio—98. Causan los males—163. Una, presa por Mendieta, porque libró á su marido de la cárcel, le echa grillos, y sus quejas—203. Las de Lima sienten andar destapadas—259. Y como salian de sus casas en el temblor de tierra—263. Una pide armas para defender al Obispo contra Cáceres—71. Desea morir antes que se ejecute la violencia, y lo que dijo—72. Las de Arica hacen banderas de sus tocas, y salen á la playa y engañan á Candish—293.
- Murta, los indios hacen vino de ella—280.

N

- Nave de la China, ricamente cargada, robada por Candish—296.
- Naues, indios—6.
- Navegacion, como se hace entre Cabo Blanco y el de Santa Maria—14.

Neblinas, en el Rio de la Plata—23.

Necios, no tienen secreto—191.

Negros, en Cabo Verde, y sus islas—37. Lo que dijo uno á su amo Cabeza de Vaca, viéndole preso—74. Esconden los frenos de los caballos á sus amos en la llegada del Drake al Callao, por si lograbán libertad—248.

Nilo, rio, se divide en brazos—16.

Noé—3. Se salva del diluvio, con sus hijos, y señal de paz que puso Dios—*ibid.*

Nogoes, indios—6.

Nufflo de Chaves, despachado por Irala al Perú—57. Si entra mas adentro dá con el gran Moxo—58. Batalla que tuvo con los indios, y fortaleza que deshizo—*ibid.* Llega y habla á Gasca, funda á Santa Cruz de la Sierra—*ibid.* Saqueta á la Asumpcion de los Charcas—283. Conquistó los Chiquitos—58. Impide al Obispo y Gobernador del Rio de la Plata pasar al Perú—64. Vá á los Charcas, y le siguen—65. Se casa con Doña Elvita de Mendoza—283. Mátanle los indios de Boitímí—*ibid.*

⊙

Obera, significa resplandor. Indio cristiano, se hace herege, mintiendo ser hijo de Dios, y una vírgen—216. Levanta la tierra—*ibid.* Decía á los indios tenía guardado un cometa—*ibid.* Los indios le siguen, dejando el servicio de los españoles—*ibid.* Mandábales cantasen sus alabanzas, y que bailasen—217. Hace Papa á un hijo suyo, que bautizaba y mudaba los nombres—*ibid.* Tenía espías para huir, si contra él venía mayor poder—*ibid.* Hace Emperador á otro hijo, que era juez de los indios—229. Siguenle algunos mestizos, y procura él autor reducirlos—*ibid.* Uno que había hecho santo y sacerdote se refugió al autor, y le cuenta muchos de sus embustes—*ibid.*

Obras, arguyen los artífices—13.

Ochoa, vizeaino, échale de sí Mendieta, instado del pueblo, y los alcaldes de Santa Fé—206.

Olivera, preso en Santa Fé por los conjurados—236.

Olor, de lo primero que se echa en el vaso, le conserva mucho tiempo—44.

Onsas, en las tierras del Rio de la Plata—192.

Oro, en Chile—2. En las tierras del Rio de la Plata mucho, y ¿por qué nó se beneficia?—11.

Osiris, fué el famoso Hercules, que mató á Gerion—5.

Osos, en las islas del Rio de la Plata—192. comían los de Juan Ortiz—187.

Osuna, dá muerte á Yagualy, en la batalla de Guayraca—228.

P

Pablo de Santiago, queda en Ayumirí por temiente de Juan Ortiz, y ahorca á uno porque no avisó de cinco gallegos huidos—88. Sus crueldades con los que huían por la hambre, y volvían—89. Vá contra los Charruas con doce soldados, y puesto en un cerro le acuden otros, y llegando Pinedo le trata de cobarde—112. Procura impedirle que huya, y se queda con cinco hombres á resistir á los indios, y es muerto por uno de sus soldados—113.

Pacúes, peces—23. Amarillos en el Rio de la Plata—*ibid.*

Paita, puerto. Envía Candish de paz un piloto á él, y no le admiten—295. Saquéale, y los vecinos huyen al monte—*ibid.*

Palmas, en las islas del Rio de la Plata—14. En el rio Ipití—20.

Palmitos, sustentaban dos meses á los indios—89. Comían los de Juan Ortiz—*ibid.*

Palometa, pez—193. Se describe—22. Saca á los hombres en el rio bocados redondos, de media libra de carne—23. Uno enharinado salta á la muger que le freía, y le corta un dedo—22.

Palometa, arma—225.

Pancaldo, genovés, vá al Estrecho, y vé gigantes—268. Que se metían una flecha por la garganta, y se la sacaban sin romperla—*ibid.*

Papagayo, riñen sobre uno Tupí y Guaraní, y se separan—5. Una especie que saca tres pollos, y mata uno dejándolos apareados, y por qué?—26.

Paraguay, tierra caliente—8. Sus indios bestiales, conquistados y sujetos por Guaraní—7.

Paraguay, rio mayor que el de Sevilla, y su hermosura y árboles—21. Entra en él el de la Plata, y corre al norte—18. En 500 leguas no le halló origen el autor—23. Su angostura antes de la Asumpcion—21.

Paraíso de Mahoma. Llaman algunos á la ciudad de la Asumpcion—22.

Paraná, significa mar—13. Rio: pónese Solís por nombre Rio de la Plata—10.

XVIII

- Paraná-mirí, río. Forma en el de la Plata una isla triangular—21. Corre hácia arriba impelido de las aguas—*ibid.*
- Patíes en el Paraguay—193.
- Payas, en las islas del Rio de la Plata—23. Y en los Chiriguanos—280.
- Payaguaes, indios belicosos, matan á Oyola, y su gente, y se llevan la plata—43.
- Payees, hechiceros. Indios que tienen pacto con el demonio—283.
- Payzumé, ó Santo Tomé, anduvo entre los indios Guaranís—282.
- Pecado, causa de los males—102. Que padecen los hombres—99.
- Peces con figura de hombre—16. En cierta manera—*ibid.* Muchos no conocidos en el Rio de la Plata—23. Uno viendo á una muger, sale del mar, y puesta en salvo, gimé, mirándola—93.
- Pedernera, intenta dar la contrayerba á Juan Ortiz, y no puede tomarla—196.
- Pedro Antonio de Aquino, vá con Pancaldo—268. Al Estrecho—*ibid.*
- Pedro Arana. Elegido por el Virey contra Candish—293. Le busca con dos galeones y no le halla—295.
- Pedro Caballero, de Estepa. Arráncale una ola del barco, y se aboga—301.
- Pedro de Esquivel. Preso, y degollado por Cáceres—70.
- Pedro de la Gasca, (licenciado). Mañoso, vence á Pizarro—213. Oye á Nuño de Chaves, y le despacha—58.
- Pedro de Guadix y Mendoza—11. Rico en el saqueo de Roma—39. Pide al Rey el gobierno del Rio de la Plata, y le concede el Adelantamiento, y con 2,000 hombres y buena armada se embarca en Sevilla—35. Su gente muy lucida y noble, turbada con una tormenta, procura animarla—36. Apártanse las naves, y llega á Canarias, y de allí á Santiago de Cabo Verde—37. Hambre que padeció, y su llegada á Cabo Frio y al Brasil—38. Toma posesion de la tierra en la isla de Santa Bárbara—*ibid.* Se entra en el puerto de Vera—*ibid.* Persuádenle los que mataron á Osorio, le convenia así—*ibid.* Siendo la muerte causa de su perdicion—*ibid.* Toma el Rio de la Plata, llega á San Gabriel y pasa á Buenos Aires, y desembarca—39. Agradó mucho la tierra á su gente—*ibid.* Puebla en la isla de Martin García, y pier-
- de mucha gente—15. Envía á Oyolas á amedrentar los indios, y enfermo de bubas se vuelve á España—39. Se muere en el camino, cerca de las Tereceras—*ibid.* de toda su gente no quedaron 200 españoles—41.
- Pedro de la Puente. Se vá al Perú con Garay—200.
- Pedro de la Torre, (Fr.). Primer Obispo del Paraguay, vá con Ure—62. Llega á la Asuncion, contempla á Irala, y por qué?—*ibid.* Vá al Perú con el gobernador y no los deja pasar Chaves, y se vuelve con el teniente—64. Riñen los dos en Santa Cruz, y eaminaban juntos sin hablar, á la Asuncion—67. Era impaciente y no vengativo—69. Publica Cáceres que estaba suspenso, y son presos sus amigos, y él privado de indios, comida, y renta—70. Váse á la iglesia porque no le prendan, y échanle fuera, y lo que dijo una muger—71. Vuelve á su casa, dá fianzas, y le tapan las ventanas—72. Huye á la media noche, y se vuelve á su casa—*ibid.* Trae á Castilla á Cáceres—74. Escápascele en San Vicente, y publica censuras, y preso le envía á España—77. Muere con buena fama y olor de santidad, segun los portugueses—*ibid.*
- Peña, en medio de una laguna, muy derecha y alta—30.
- Peña, Obispo de Quito. Vá al concilio de Lima—257.
- Peña Pobre. Roca altísima en el Rio de la Plata—18.
- Peralta, (Doctor). Queda solo en la Audiencia de los Charcas—202.
- Perdices, en los Chiriguanos—280.
- Perlas. Las estiman mucho los Mahomas, y su cacique dá algunas al autor. V. *Mahomas*.
- Perros. Comen los de Juan Ortiz, mal cocidos, porque no lo supiesen los dueños de ellos—95. Bailando, como violentos, se echan en una fuente hirviendo—182.
- Perú, tierra rica—2. Por qué no entró en ella Guaraní?—7. Sugétanla los Pizarros—9. Sus vertientes van al Paraguay—18.
- Pescado. Abundante en Ayumiri—85.
- Piecas. Usaban los Chiriguanos—225.
- Pizarros. Conquistaron el Perú—9.
- Pies de los indios, negros y castellanos, y como se diferencian—282.
- Piedra, con huella de pies europeos, que vió el autor—*ibid.*

Pileomayo, rio. Por donde corre?—7. Viene del Perú, y entra en el Paraguay—*ibid.* Sus riberas conquistadas por los Guaranís—*ibid.*
Piloto, muestra gran valor despues de la tormenta—135.

Pitun, indio. Sale con Coraci á desafiar á los de Garay, y lo que dijeron—218. Pelea, y pierde la mano derecha—219. Y huye, y le manda matar Tapuí—Guazú—220.

Placer, seguido de la tristeza—231.

Placencia—3.

Plata, rio. El Paraná, y por qué se llamó así—10.

Su curso veloz, y su boca de treinta leguas, y riesgo de la costa, donde entra al mar—14. Sus islas, y rios que toma—*ibid.* Hasta dividirse en once brazos—16. Vuélvese á juntar, y gentes que habitan sus riberas y las islas—17. Retírase del Paraguay cuando entra en él, y corre al oriente—18. Sus remolinos, y salto espantable—19. Navegable por lo ancho nueve leguas, y despues por la canal—15. Poblado por los Guaranís, y naciones que llegaron despues—5. Tómale D. Pedro de Mendoza, y llega á Buenos Aires—39. Sus gobernadores, por qué no cuidan de las minas de oro y plata?—11. Desde Castilla se tarda cuarenta dias en llegar á él—62.

Plomo. Halla en Guayra Melgarejo—20.

Pobreza. Amada de los Santos—47. Es causa de muchos desórdenes y trabajos—189.

Portero del palacio del Gran Moxo. Lo que decia á los que entraban en él—52.

Portugueses, tenian poco poblado. V. Santiago de Cabo Verde—37. Reciben bien á Cabeza de Vaca—49. Un caballero casa con una negra rica en Santiago de Cabo Verde—81. Ayudan á Mendieta en el rio Jenéro, para que vuelva á la Asuncion—211. Ofrecen á Drake alojamiento y regalos, y no los admite—249.

Potosí, cerro famoso—2. Su figura—*ibid.* Variedad de indios que concurren á él, y como se labra el metal—178.

Principio malo sigue mal fin—109.

Pronóstico que habia entre los indios del Rio de la Plata, de que habian de sugetarlos nuevas gentes—221.

Puente. Muere en los remolinos del Rio de la Plata—19.

Pueyo. Muerto su hermano por los indios, procura se recoja su gente al fuerte—115.

Puna, isla. Saqueada por Candish—294.

Pureytá, significa, donde el Diablo canta—283.

Q

Querandelo, indio. Conviene en hacer guerra á Buenos Aires—275.

Quiñones, Presidente de la Audiencia de los Charcas. Sus letras y valor—164. Vá en socorro del Virey á Chuquisaca, y á Condu-rillo—172. Se apresura por encontrarle en Tomina—173. Celebra hallar á Zárate, aunque ambos iban perdidos—174.

Quirós. Recibe á Mendieta en su pueblo, y se le entrega á Espinosa—210.

R

Raices. Tienen pocas los árboles en el Perú—255.

Ramirez. Ayuda á castigar el motin de Santa Fé—237. Mata á Leiva en la cama—238.

Rasquin. Apunta á Cabeza de Vaca con una flecha para que no resista su prision—53. Hace gran destrozo en los indios de Zapicano—150.

Ratones de mariposas, antes gusanos. Asolan los sembrados, y hacen desamparar las tierras á los indios—32. Comian los de Juan Ortiz, y los trocaban por raciones—95.

Rayas, peces en el Rio de la Plata—23.

Rebozos, prohibe el concilio de Lima á las mugeres, y lo que decian—259.

Refran. Lo mal ganado, etc.—35. Pobreza no es vileza—41. Oro es lo que oro vale—48.

El muerto no habla—53. El buey suelto bien se lame—62. Cada gallo canta, etc.—64. Caminante pobre, ante el ladron canta—67. Quien en malos pasos anda, etc.—69.

Al enhornar se hacen los panes tuertos—109. A moro muerto gran lanzada—135.

Uno piensa el bayo, etc.—161. Viva la gallina, etc.—184. El pobre no tiene amigos—189. El que vendrá, bueno me hará—199.

Mas vale salto de mata, etc.—205. Huí del peregil, nacióme en la frente—241. Lágrimas de herederos, risas son—254. De escarmetados se hacen los arteros—267. Mas es el ruido que las nueces—287. Bien vengas mal

297. Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, etc.—243.

Reinoso. Vá en socorro de Puna contra Candish: disputa el mando al cabo del Cuzco, y lo que hicieron—294.

Remolinos en el Rio de la Plata, y estragos que causan—19.

- Ricinos, ó Trugillanos. Vivian en tiendas en Trugillo—3. Hacen guerra á los Tupís, porque se los comian, y los echan de la tierra—4.
- Rico. Quien Dios quiere—30. Y el que se contenta con lo que tiene—47.
- Río de Juan de Oyolas. Estrecho y seguro, que entra en el de la Plata y sus islas—125.
- Río Grande. Lllaman al Guapai, en el Perú—7.
- Río de las Palmas—139.
- Río de la Plata. V. *Paraná, Plata*.
- Riqueza, y sus daños—47.
- Roca. Se lamentó de que el Drake le quitase su navío en Arica—246.
- Rochea y Vela, con otros quince. Se apartan de Juan Ortiz, para ir al Paraguay, y á los treinta días se vuelven, y son degollados—94.
- Rodrigo, (Don). Puerto mal seguro: entra la armada de Juan Ortiz en él—83.
- Rodrigo Ortiz de Zárate. Resiste á los indios, y los vence—275.
- Romero. Conjurado contra Garay, en Santa Fé—235. Confesado al pié del rollo, le cuelgan y hacen cuartos—238.
- Rosas. En las islas del Río de la Plata—17.
- Rubicha, significa capitan, ó cabeza—42.
- Rubira. Prende á Mosquera y le suelta—239. Procesado por el motin de Santa Fé, la dá por libre la Audiencia de los Charcas—242.
- Rui Diaz Melgarejo. Se queja de haber perdido un carbunco, voleándose una canoa—34. Funda á Guayra en el Río de la Plata—20. Desvalido en ella por defenderse de los Chiriguanos—*ibid.* Huye de Irala temiendo le maten por leal—54. Y se fortifica en Guayra contra él—63. Conquista los indios—*ibid.* Halló minas de hierro y plomo, y los sacó—20. Atreviesa á San Vicente, y se enamora de Doña Elena de Contreras—64. Nombrado para traer á España á Cáceres y al Obispo, parte con él á San Gabriel—75. Llega á San Vicente, y se vuelve en un paquete de Juan Ortiz—82. Déjale Oyolas poblado en Paraguay, con órden de que le espere, y por qué no obedecía?—42. Puebla en otra parte, y vive libremente con sus soldados—43. Determina obedecer á Irala—44. Sabiendo la ida de Juan Ortiz, se vuelve al Río de la Plata—106. Llega á Ibiáza, y ve los estragos que habia padecido—*ibid.* Mata al rey de los monos, y acuden muchos á él—107. Huye de ellos, y un indio le reprende la accion—*ibid.* Llega á San Gabriel—118. Rescatando con los Guaranís desde Santa Catalina—107. Consuela la armada de Juan Ortiz—121. Vá con él á la isla de Martin García, y le envía á buscar comida—122. Rescata bastimento en el pueblo de Taboba—123. Recoge algunos españoles cautivos, y vuelve á San Gabriel—124. Acompaña á Juan Ortiz á los Timbúes—125. Busca á Garay—131. Rescata con los Timbúes, escribe á Garay se vaya con él—*ibid.* Hace salir su gente—134. Y vuelve cargado de bastimentos—135. Lleva socorro á Juan Ortiz con el bergantin, y vuelve á Garay con las mugeres y enfermos; y tormenta que tuvo en el Uruguay—141. Y se entra en San Salvador—151. Puebla, y vuelve por Juan Ortiz—152. Publicando su victoria de Zapicano, es recibido con grandes alegrías—154. Embárcalo todo, y encalla subiendo el río, y llega con buen tiempo á San Salvador—*ibid.* Vá con Garay, y dan en los indios de Igapopé, y lleva á Juan Ortiz bastimento, y cuatro indios principales presos—155.
- Rullo de Mendoza. Rescatado de los indios en Buenos Aires—302.

S

- Sabalos. Traen los indios de Juan Ortiz—104.
- Salazar. Valiente—39. Capitan—*ibid.* Se embarca con Mendoza, en Sevilla—36. Cuando pobló la Asuncion—22. Venec á Lambaré, y sus indios—29. Pelea con una serpiente, y derribado de un colazo, la deguella—*ibid.* Mata un espantoso tigre—*ibid.* Y á puñaladas, de envidia, á Juan Osorio—38. Vá con Oyolas—39. Dá el Rey por armas la sierra de Lambarés, el tigre, y merced de hábito; y muere dejando pobres y con pleitos á sus hijos—30.
- Salgado. Vá á las boreas de Chaves, como en socorro de Paniagua, para matarle—169. Descubierta su maldad, es ahorcado—170.
- Salta. Villa poblada por el licenciado Lerma—242.
- Salto del Río de la Plata, espantable, y su ruido—20.
- San Salvador. Río, á que dió Gaboto este nombre, entra en el de la Plata—16. Húyense á él algunos de los soldados de Gaboto, y se vuelven á España—11.

- Salvador de Saa Correa, avisa al Brasil la llegada de Candish—299. Envía á su hijo contra él á la isla de San Sebastian, y cogiéndole descuidado, le mata—35. ingleses—307.
- Sanabria, natural de Medellin—59. Nombrado Gobernador del Rio de la Plata, se casa, y muere, y su muger vá al Paraguay—*ibid.*
- Sanafines. Indios del Rio de la Plata—6.
- Sancti-Espíritus, poblacion. V. *Torre de Gaboto.*
- Sancti Espíritus, pueblo. Envía Candish á reconocerle, y saltan los ingleses en tierra, y son muertos la mayor parte por los españoles é indios—308.
- San Salvador. Puerto en que se recogió Melgarejo, por una tormenta—151. Puéblale—*ibid.* Llega á él Juan Ortiz con todo—157.
- San Sebastian, isla. Vá Candish á rehacerse á ella, y Correa le mata treinta y cinco ingleses, y le hace embarcar—307.
- Sansones, indios—6.
- Santa Cruz. Acude á desbaratar el motin de Santa Fé—238. Y mata á Venialbo de una puñalada—*ibid.*
- Santa Cruz de la Sierra. Ciudad fundada por Nuflo de Chaves, y porqué se llamó así?—58.
- Santa Fé. V. *Fé.*
- Santiago. Isla de Cabo Verde, se describe—81. Toma en ella bastimento Mendoza—37.
- Santiago de Chile, de gran recreacion—2.
- Santiago el Mayor. Martirizado—183.
- Santos. Ciudad saqueada por Candish—298. Su ruina grande—311.
- Sapos desollados. Comian los de Juan Ortiz—96.
- Sarmiento. Propone sin orden ni concierto embarcarse al Estrecho, y pierde mucha gente—250. Sale confiado en su ciencia, y le pesa—268. Trata con los gigantes que vió Pancaldo, y viene a España, de donde vuelve con Diego Flores y su armada—269. Llega al rio Jenéro y al Yumirí, y vá al Estrecho—*ibid.* Puebla en él, y es perseguido de mala fortuna—277.
- Sebastian Gaboto. Vá al Rio de la Plata con buena armada, y es vencido—11. Y muerto por los Guaranís—*ibid.*
- Seca de España, mil años antes de Cristo S. N.—5.
- Segovia, Provisor de Paraguay. Hace sumaria contra Cáceres—69. Es preso, y con grillos—*ibid.* Llevado para cecharle al Perú, se libra, y como prendió á Cáceres—73.
- Segura, no se ha de arriesgar por lo incierto—138.
- Serpientes. En el Rio de la Plata, que han lidiado con hombres—23. Derriba una á Salazar, peleando, y es muerta—29.
- Setubal. Si la pobló Tubal con nombre latino—3.
- Sierras de Magacela. Si son las de Altamira, ó las de Santa Cruz—4. De la laguna Itapuá—30.
- Sirenas. Hay en la laguna Itapuá—30. En el estero de los Beguas—140.
- Socabones del cerro de Potosí, meten grima—2.
- Sodomitas. Donde decian los indios que los atormentaban los diablos—31.
- Sol de oro. En el palacio del gran Moxo, con luces y una sierpe—53.
- Soldados que gozan sueldo en el Perú—292.
- Soledad apacible. En las riberas del estero de los Beguaes—140.
- Sotelo. Preso por Lerma—240. Y libre por la Audiencia—242. Saca á Doña Elvira de Chaves herida de entre los Chiriguanos,—285.
- Sotomayor. Ahorcado por Juan Ortiz—119. Por haber querido huir—*ibid.*
- Sotomayor de Chaves y Mediano—269. Vá á Chile con orden de pasar el Estrecho, y llega al Rio de la Plata, y atraviesa á Chile, dejando mucha gente en tierra—270. Su muger alabada—277.
- Sueño. De que puso las puertas á su estancia la antigüedad fabulosa—140.

T

- Taboba, indio fuerte—113. Cacique de las islas del Rio de la Plata—127. Hace gran estrago en los españoles de Pablo de Santiago—113. Atravesado por una lanza, la coge, y eortada la mano, muere—148.
- Taboba, el viejo. Vá con su gente á la Junta de Ibitupuá—279. Háblale en ella, y contradicho de Izoca se desafian, y los sosiega Ibitupuá—166. Huye con Marucarc—173. Muerto en Buenos Aires por Inciso—234.
- Tablebo. Declara la guerra con otros á Buenos Aires—275.
- Tabolia, india, y su desafio con otra—274.
- Tafetana. Costa de bárbaros—80.
- Tanimbano. Acude á Guairaca con sus indios—227. Conviene en hacer guerra á Buenos Aires—275.

- Tapueagn. Acudé á Guayraca con sus indios, y se entra en el fuerte—227.
- Tapuí Guazú. Conoce su ruina en el aviso de Pitum y Coraci, y los manda quemar vivos, y propone la guerra—220. Manda que nadie salga de la junta; envia por Curemo, y resuelve recibir de paz á Garay—222. Alégrase del destrozo de los Tupuiniries, y ofrece á Garay vasallage y servicio—224.
- Tasa de jornales á los indios, pone el Virey en Potosí—178.
- Tecos, indios—6.
- Tempestad grande. En las islas de San Gabriel, echa á tierra las naos de Juan Ortiz—138.
- Teniente de Garay en Santa Fé. Preso por los mestizos—236. Es suelto, y restituído por Arévalo—239.
- Terremoto que arruinó á Lima—288. De Arequipa, ruinas y muertes que causó—251. Sucediendo al mediodia—252. En Chuquiago mudó una laguna, y se abrió la tierra en tres bocas—261.
- Terri, cacique de las islas del Rio de la Plata—126. Dá de concierto con Yumandú sobre Santa Fé, y vuelve huyendo—*ibid.* Determinado á vengarse de los españoles—*ibid.* Huye de Garay, sus casas son quemadas, y saqueadas—137. Es de parecer que se haga guerra á Buenos Aires—275.
- Tesoro. El verdadero ha de hacerse en el Cielo—39.
- Tidore, isla. Su rey rescata con Drake, estando en guerra con los portugueses—249.
- Tigres. En los islones del Rio de la Plata—18. Como los mata el Yumiri—26. Comian los Juan Ortiz—187.
- Tinabús. Sus calidades—125. Dan muerte á Solís con engaño—10. Islas que tienen pobladas en el Rio de la Plata—18. Rescatan con Melgarejo, y recatean mucho—131.
- Tomahavi. Lago y fuente notable, que atrae los perros bailando, y los cuece—182.
- Tomas Candish, corsario. Pasa el Estrecho, y no se detiene en Chile—292. Dirige su armada al Perú, y los vecinos se asustan, y se alegran los soldados—291. En Arica le engañan los vecinos—293. Y pasa á Puna, tomando en el viage un navío, y la saquea—294. Dan sobre él los del Cuzco y Guayaquil, y se recoge á una montaña con pérdida de veintidos hombres, y como tomó la lancha, y quemó un navío suyo—295. No le reciben en Paíta, y despoblada la saquea, y escopetea una cruz—*ibid.* Corre la costa del Perú, y se vá á Nueva España, y carenando su nave, navega á la Gran China, y toma la nao del tesoro—296. Un clérigo y otros intenta matarle, y le ahorea, y llega á su tierra poderoso—*ibid.* Vuelve al mar, llega la costa del Brasil, y la demarca, y toma el navío de Marquina y otros—297. Saquea los Santos contra su palabra, é injuria las reliquias é imágenes santas de la iglesia—298. Desnuda á los vecinos, y derriba las casas, y vá á San Vicente, donde entra con gran contento—299. Hace una nave para entrar en el Rio de la Plata—*ibid.* Entrale tormenta navegando—300. Truécasele la fortuna—305. Vuelve de arribada á los Santos, y toma tierra tres leguas mas adelante, y descuidado, le hacen los vecinos una emboseada—*ibid.* Echa 25 hombres en tierra, al embarcarse dán muerte á 23 los españoles—306. Y ahorea á los que volvieron, y por qué?—308. Pide un hijo de un Conde á la villa, y se vá á relacer á la isla de San Sebastian, donde pierde 35 ingleses, y vá á Sancti Espiritu, donde le matan otros—307. Y su cólera y execraciones, saliendo al mar—309. Sus maldades y sacrilegios causaron la pérdida de su armada—310. Cuatro de sus ingleses se pasan á los españoles—308.
- Tomina, pueblo—173.
- Topamaro, Inca. No hacia mal á los españoles—184. Procura Loyola prenderle, y huye con sus indios, y descuidado es preso, y llevado al Cuzco—185. Condenado á degollar, pide el bautismo, y es muerto con escándalo de todos—186.
- Tormenta que padeció la armada de Mendoza—36. Y lo que decia la gente—37. Otra en el golfo de las Yeguas, en la armada de Juan Ortiz—80. Otra en el puerto de Don Rodrigo, saca de él la capitana al mar—83.
- Torre de Gaboto. En el Rio de la Plata—11. Donde?—18. Llega á ella Juan Ortiz—125.
- Torre de Mambres, Placcucia—3.
- Torres. En el palacio del gran Moxo—51.
- Torrida Zona. Creyéronla inhabitable, y cuando se navega—49.
- Traición, rio—10.
- Trejo. Muy estimado, y regalado de Juan Or-

- tiz—192. Quiere mover á los soldados contra él—*ibid.*
- Trinidad, se llama la ciudad de Buenos Aires—235.
- Tristeza, signe á la alegría—133.
- Trugillanos. Eran los Ricinos—4.
- Tubal. Hijo de Japhet: poblador de España—3.
- Tucuman. Provincia abundante—2. Nunca tuvo buen gobernador—195.
- Tupaayquá. Riñe con Tabola, y se hieren fuertemente, sobre cual de sus maridos habia bebido mas—274.
- Tupí. Huye de Estremadura, vencido, á las Indias, riñe con su hermano Guaraní, en el Brasil, y se vá con los suyos al Rio de la Plata—6.
- Tupíes. Indios del Brasil—7.
- Tupís, españoles. Antiguos caribes—3. Vencidos por los Ricinos, se embarean, y llegan á Canarias—4. Y á Cabo Frio, y por qué se quedaron solos en el Brasil—5. Son los Tupíes—7.
- U**
- Ubay. Sus indios comen los gusanos de las cañas de agua, y los que dejan como los echan de su tierra, vueltos ratones—32.
- Urambia, indio famoso—221. Advierte á su cacique la profecía de la venida de nuevas gentes, y que no se podrá resistir á los españoles—*ibid.* Vota que se les reciba de paz—*ibid.* Siéntenlo los indios, riñe con Curemo, y le hace perder la lanza—225. Heridos, se dá sentencia de ser igual á su competidor—226.
- Urambieta, padrino de Curemo en el desafío con Urambia—225. Evítase el desafío—226.
- Ure, general de la armada. Llega al Rio de la Plata—62. Deshace las obras de dos navíos, y hechos bergantines, los envía á la Asuncion con el Obispo—*ibid.*
- Uruguay, rio grande—16. Entre furioso en el Rio de la Plata, con legua y media de boca—*ibid.* No sufre balsas—142. Intenta poblarle Juan Ortiz—141.
- V**
- Valderrama. Dá muerte á Yaguatas con Osuna—228.
- Valencia, Gobernador de Arica. Despacha á Arequipa á que libren la plata del rey, de los ingleses—247.
- Valenzuela. Mata á Cuyupeí—228.
- Valero. Vá de orden del Virey á prender á Garay, y él no obedece—201. Siguele, y es sentido—208. Le prende Garay en Cotagaita—235. Quiere ahorcarle, y le perdona, y despalma la mula, y le deja—*ibid.* Vá á Tucuman—236.
- Vargas de Trugillo. Se vá á Melgarejo huido, y muere el mismo dia, confesado por el autor—123.
- Vela. Degollado por Juan Ortiz—94.
- Venados. Muchos en las islas, en el Paraguay—193. Mantienen á muchos indios del Rio de la Plata—23. Como los mata la Eira—26. Sus cabezas se han hallado en el vientre de las culebras—*ibid.*
- Venezas, oficial real. Causó con los demas el alboroto contra Cabeza de Vaca, le prenden, y conmueve el pueblo—54. Tráele preso á España con procesos á su gusto—59. Su desgracia—*ibid.*
- Venialvo, principal amotinador de Santa Fé—235. Quéjase al gobernador de que hubiese echado bando sobre armas, siendo el Maese de Campo de los rebeldes—237. Dá muerte Santa Cruz, y es hecho cuartos—238.
- Vera, puerto—269. Dá mucho pescado, y marisco: entra en él Mendoza—38.
- Vera. Preso en Santa Fé por los conjurados—236.
- Vicencio. Ahorcado por Mendieta—269.
- Vicente. (puerto de San). Entra en él Doña Mencía, con la gente del socorro—59. Asola Candish su poblacion—299.
- Victoria, nao. Dió vuelta al mundo—10.
- Victoria, Obispo de Tucuman. Envía al Dean á gobernar—242. Vá al concilio de Lima—257.
- Vieja. Anima á los Ibitupues á que hagan guerra á los españoles, y la siguen todos—167. Hacen una danza, cantando la victoria de Garay contra los Tapuimiries—223.
- Villalta, conjurado contra Garay. Vá con Ruiz por mensajero de los mestizos á Tucuman—235. Refúgiase á San Francisco, y se compone su causa, y huye á Santiago—239. Adonde sigue su desventura—*ibid.* Degollado, y su eabeza puesta en el rollo—241.
- Vino. De qué le hacen los indios?—280.
- Virtud unida, mas fuerte—45.
- Vívoras, en el Rio de la Plata—27. De cascavel, acometen á la casa, y huyendo dan muer-

XXIV

- fe á la 24 horas—*ibid.* Convierten en veneno las flores que comen—215.
- Vizeaya. Quería llamar Juan Ortiz á la tierra de San Salvador—154.
- Vizeaino. Mata á Añagualpo, y á Yandimo-ca—148.
- Volcan de Arequipa, espantoso—253.
- Voluntad de poderoso, arrastra la razon—48.
- X**
- Xiantombia. Sale por padrino de Curemo al desafío con Urambia—225. Como evitó que prosiguiese el duelo?—226.
- Y**
- Yacaré, cacique. Acude con sus indios á Guay-raca—227.
- Yaguatati. Lleva 2,000 indios á Guayraca—227. Es muerto por los de Garay, peleando furiosamente—228.
- Yaguari, rio. Atraviésale Garay—223.
- Yamandú, gigante, hechicero—17. Predijo que habian de venir á su tierra gentes lejanas—117. Su dominio en las islas, y Rio de la Plata—127. Se llamaba emperador, y poder que tenia con los indios—17. Respetá-banle mucho, y se alababa mas él—126. Sale de San Gabriel—*ibid.* Vá á la nave de Juan Ortiz, fingiéndose mensajero de Garay, y lo que dijo—127. Y le entretiene hasta que llega Zapicano—117. A quien lleva las cartas que le dieron, y las guarda, y perdida la ocasion, se las entrega á Garay—127. Toma respuesta, y lo que pensaba—*ibid.* Dá á Juan Ortiz las cartas, y es regalado, y le engaña—134. Creyendo volverle á engañar, media en la libertad del hijo de Cayú—161. No tiene efecto, y finge quedarse á ser cristiano con Juan Ortiz—*ibid.* Preso, procura el autor convertirle en vano—18. Escápase una noche obscura—191. Mueve á los indios á guerra—193. Muerto Garay por los Mañuas, junta á los indios, y ordena guerra—272. Contra Buenos Aires, y es vencido—275. Su heredero toma su nombre—17.
- Yandinoea, indio. Muerto por Vizeaino—148.
- Yanduzubi, capitán de los indios. Ayuda á los españoles á poblar el Paraguay—42. Ofrece ampararle, y á Salazar—*ibid.*
- Ybiriyú. Acude á Guayraca con indios—227.
- Ybitupué. Convoca á junta a los Chiriguano-sabiendo que el virey se había vuelto, y hace prevenciones de brevages, frutas y caza—280. Razonamiento que hizo á los que concurieron, borracho—*ibid.* Resuelven hacer mal á los españoles por cuantos medios puedan, y dispara una flecha en señal de guerra—281. Impide hagan mal á un viejo que la contradecia—282.
- Ygapopé, ó Igcipotá, rio—134. Sus indios esconden sus hijos y mugeres, con ánimo de dar en los españoles de San Salvador; y enves-tidos de Garay y Melgarejo, huyen—155.
- Ypanemé, significa desdichado, rio. Pásale Ga-ray—217.
- Ypití, rio. Entra en el Paraguay—21.
- Ytapuá, laguna, con una peña en el medio—30.
- Yvaviracs, fruta—280.
- Yumirí, oso hormiguero, y como mata á los ti-gres?—26.
- Yurumirí, significa boca elica, puerto, y estre-cho, y su forma—269. Y situacion—*ibid.* Lle-ga el Drake á él, y le deja antes de lle-gar Diego de Flores con su armada—270.
- Yzoeca. Reprende á Taboba que dilate la guer-ra contra los españoles—166.
- Z**
- Zapicano. Cacique viejo de los Charrúas—104. Fortísimo, muy respetado de sus vasa-llos, y de gran presumpcion—151. Vá por Abayubá, que estaba preso, al campo de Juan Ortiz con mucha caza, y se queda con él—110. Rescatando: sueltos, juran vengarse—*ibid.* Coge á los españoles descuidados en medio, y dá muerte á cuarenta—*ibid.* Vuelve con ejército—112. Regido bien—113. Vá contra el fuerte de Juan Ortiz el dia siguiente, y se retira—118. Vuelve, y tira muchas piedras contra la nave, y se burla de los es-pañoles—117. Repite su venida todos los dias, procurando sacar á los españoles—118. Recibe bien Ontiveros, y le adorna co-mo indio—119. Vá contra Garay con siete escuadrones—145. Ve retirar á los ar-cabuceros, y se detiene—146. Habla á los españoles, y mófandos los indios—*ibid.* Quiere matar á Leiva, y Menialvo le parte por me-dio de una cuchillada—148. Huyen sus in-dios mas adentro, despoblada la tierra—151.

FE DE ERRATA

DE LA ARGENTINA.

ERRORES.

CORRECCIONES.

PAG. 1.—.....origen canto solo.
Por descubrir, ect.
5.—(nota) *Cosa comun es, euanto aco-
pió el mar, etc.*
11.—*Al alto divino juicio verdadero*
16.—*Desde aquí se comienza á ser desecho*
19.—*La mano está temblando, y lo rebujo.*
*ibid.—(nota) El tigre es canino movido:
pues el Yumirí, etc.*
26.—(nota 4) *abre por el seseso.*
31.—(nota) *Onange-pita.*
95.—*Huirse todos bien se lo descaban.*
123.—.....entre estos está *Armada.*
125.—*Habitan los Timbás, gente amorosa*
126.—*Así yo Yamandú á toda la gente.*
130.—*Conclusa Caraballo, su jornada.*
133.—*Mando soltar la flaca artilleria.*
164.—*Sabido este negoeio, echa derrama*
182.—*Creyendo gozaria en gua dio eterno*
197.—*Que ya en este decir mas no meatrevo*
207.—*Que alguna gente viene, aunque secreta.*
Que le puede ayudar
251.—*A galeras, por ser hombre travicosos*
285.—*Soletó revolvió*

.....origen canto, solo
Por descubrir, etc.
Cosa comun es, cuando rompió el mar, etc.
Al divino juicio verdadero
Desde aquí él comienza á ser desecho.
La mano está temblando, y lo rehuyo
El tigre es canino: movido pues el Yumirí, etc.
abre por el seseso
Añang-pitá
Huirse todos, sé, lo descaban
.....entre estos está armada
Habitan los Timbús, etc.
Asi yo Yamandú, toda la gente
Conclusa Caravallo su jornada,
Mandó soltar, etc.
Sabido este negocio, echa de rama
Creyendo gozaria en gaudie eterno
Que ya en este decir mas no me atrevo
Que alguna gente viene, aunque secreta.
Que le puede ayudar
A galeras, por ser hombres traviesos
Sotelo revolvió

DESCRIPCION

DEL

RIO PARAGUAY,

DESDE LA

BOCA DEL XAURU

HASTA LA

CONFLUENCIA DEL PARANA,

POR EL

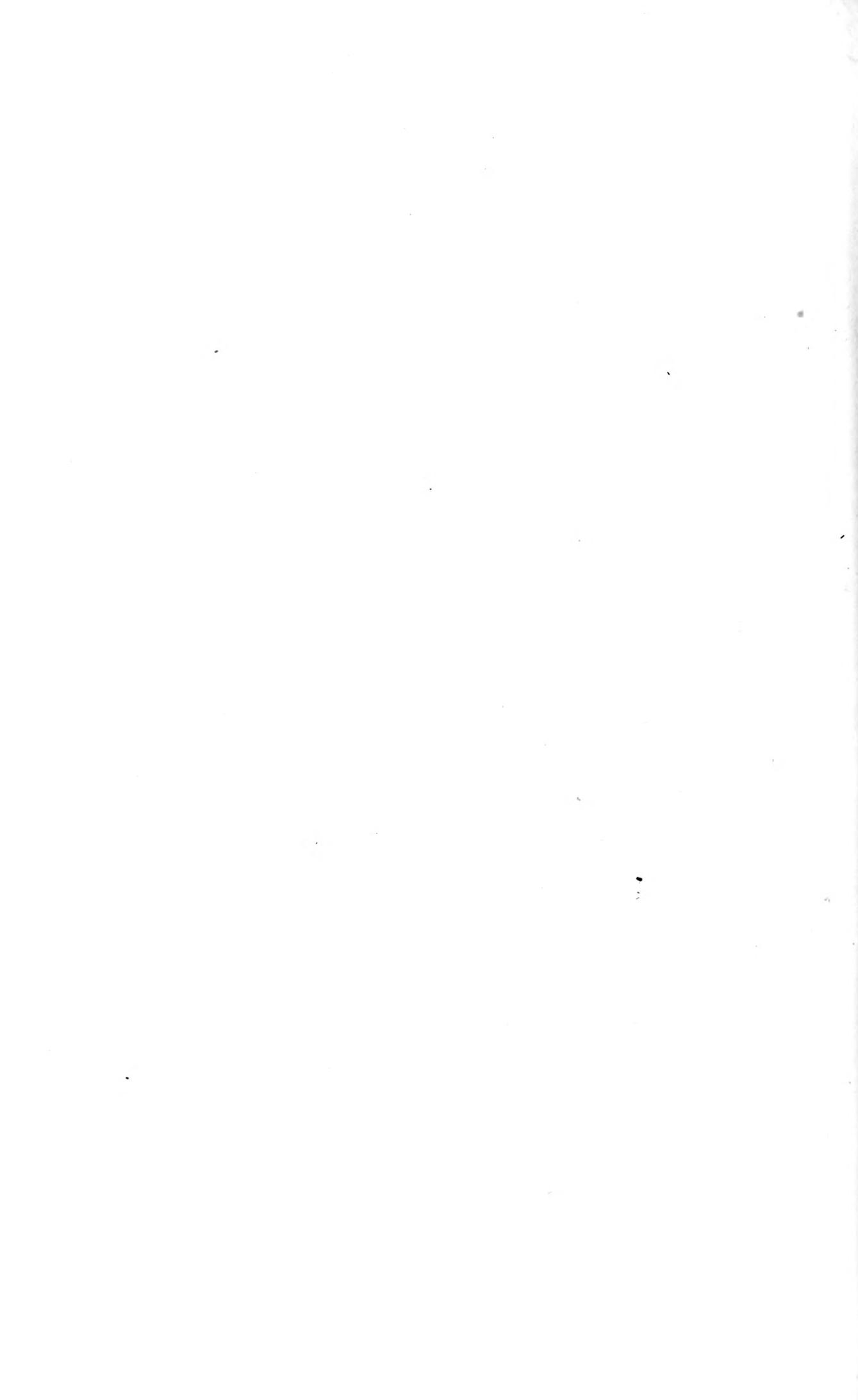
P. Jose Quiroga,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

BUENOS - AIRES.

IMPRENTA DEL ESTADO,

1836.



NOTICIAS BIOGRAFICAS

DEL

P. JOSE QUIROGA.

El P. *José Quiroga*, uno de los miembros mas ilustrados y laboriosos de la Compañia de Jesus en estas Provincias, nació en 1707 en Fabás, pequeña aldea de la jurisdiccion de la Coruña, en Galicia. La proximidad de este puerto, y la continua conmemoracion que se hacia en su familia de los viages de un deudo que frecuentaba las Colonias, avivaron su natural deseo de visitarlas. Con este objeto emprendió el estudio de las matemáticas, en las que hizo rápidos y asombrosos progresos; y cuando su edad le permitió realizar sus designios, se embarcó para hacer su aprendizaje náutico. Toda su ambicion se reducía entonces à adquirir los conocimientos que se necesitan para ocupar el puesto de piloto.

En uno de estos viages trabò amistad con un religioso de la Compañia de Jesus, que pasaba à las Indias para tomar parte en los trabajos evàngelicos de sus hermanos. La pintura que este le hizo de su instituto, y de las ventajas que ofrecía à los que manifestaban celo y talentos, hicieron tan viva impresion en el ànimo del jóven Quiroga, que se decidió desde luego à tomar el hàbito de San Ignacio. Sus superiores le incitaron à no abandonar sus estudios, en los que se hallaba bastante adelantado; y para que no le faltasen estímulos, le brindaron con una cátedra de matemática, que fundaron expresamente en el colegio de Buenos Aires.

Los servicios del nuevo profesor, provechosos à sus alumnos, lo fueron de un modo mas trascendental para el Gobierno, que por fal-

ta de un facultativo, se hallaba à veces en la imposibilidad de resolver cuestiones importantes para el servicio público. Tal era la de los *rumbos* que debían seguirse en la medicion de las tierras del égido de la ciudad, y que, por no haber sido bien determinados en las concesiones de los primeros pobladores, hacian dudar de sus límites, quitando à los títulos de propiedad su principal requisito.

El gobernador D. Domingo Ortiz de Rosas, que en 1744 se hallaba investido del mando supremo de estas provincias, confió esta tarea al P. Quiroga, que desde entonces fué consultado con preferencia en todas las empresas científicas.

Cuando la corte de España mandó explorar los puntos accesibles de la costa patagónica, y los mas à proposito para establecer poblaciones, à los pilotos Varela y Ramirez, que vinieron à bordo de la fragata *San Antonio*, se les asociò el P. Quiroga, cuyo diario sirvió al P. Lozano para redactar el que hemos publicado en el primer tomo de nuestra coleccion.

A su regreso de esta comision, los PP. de la Compañia le encargaron levantára el mapa del territorio de Misiones:—obra vasta y difícil, no solo por la naturaleza del terreno, sino por la falta de materiales y recursos. A pesar de estas trabas, aceptò el P. Quiroga este encargo, y despues de haber determinado con una prolija exactitud la posicion geográfica de los treinta pueblos de Misiones, y la de las ciudades de la Asumpcion, Corrientes, Santa Fé, Colonia, Montevideo y Buenos Aires, redactó su mapa con los datos que le suministraron las relaciones editas è ineditas de los misioneros, cuando no le fué posible adquirirlos personalmente.

Este trabajo, que no tiene en el dia mas mérito que el de su prioridad, fué publicado en Roma en 1753, por el calcógrafo Fernando Franceschelli, que, conformándose à la costumbre de su tiempo, le agregó en las mårgenes varias noticias del Paraguay, y la tabla general de los grados de latitud y longitud, segun las observaciones del autor.

Una de las partes mas incorrectas de este mapa es el curso del rio Paraguay, y fué precisamente el que el P. Quiroga tuvo la oportunidad de rectificar poco despues, cuando en 1752 acompañó al comisario español, D. Manuel Antonio de Flores, encargado de poner el marco divisorio en la boca del Jaurú, en cumplimiento del artículo 6 del tratado, ajustado en Madrid en 13 de Enero de 1750.

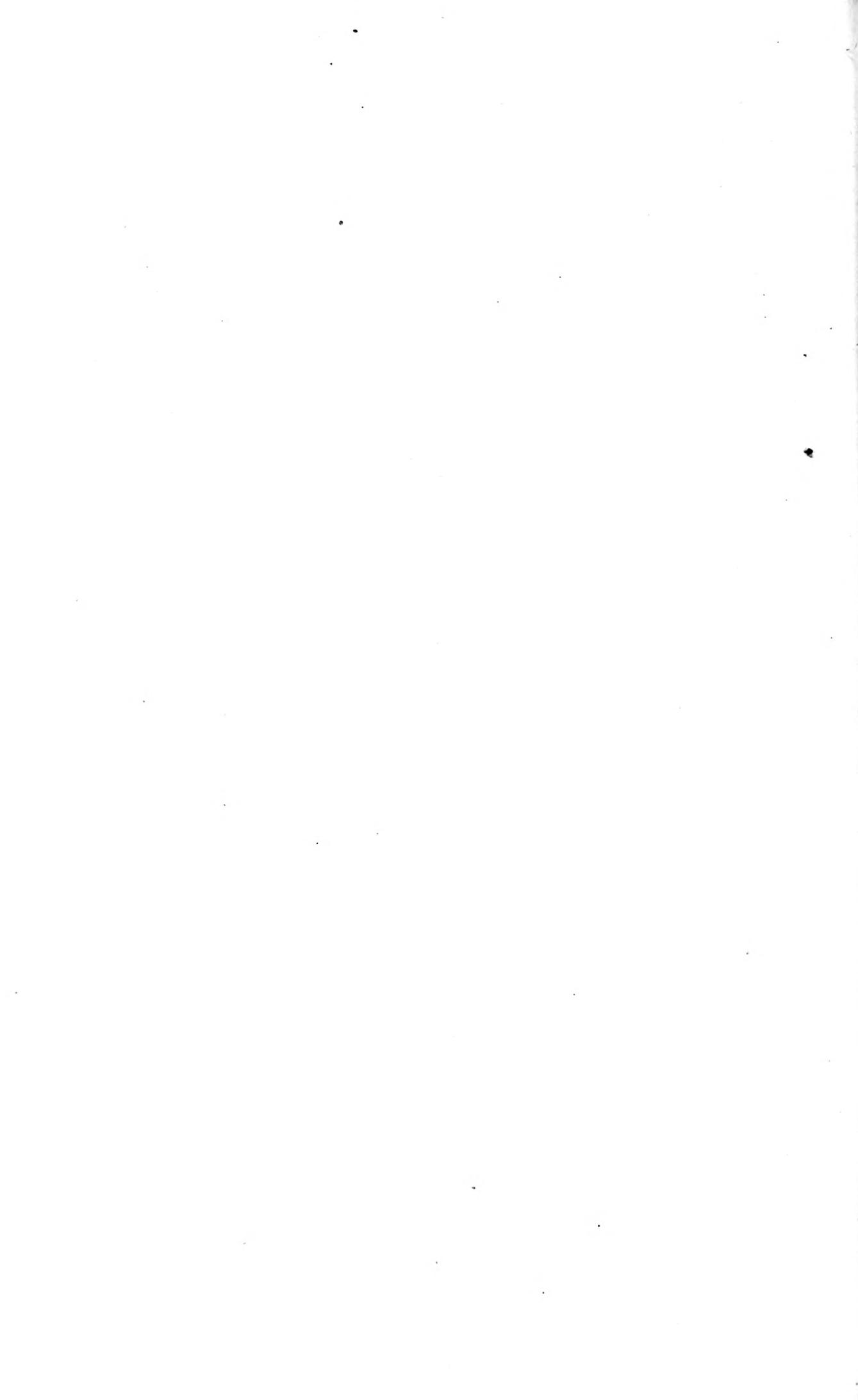
Este reconocimiento, único fruto de aquella laboriosa negociacion, fué el último servicio prestado al gobierno por este docto religioso, y es tambien el que mas honra su memoria. De este diario se valió D. Luis de la Cruz Cano de Olmedilla para la formacion de su gran mapa del América meridional, que publicado en Madrid en 1775, y reproducido por Faden en Londres, en 1799, fué adoptado por Arrowsmith, en 1811.

Este documento hubiera corrido la suerte de casi todos los trabajos de los últimos jesuitas en estas regiones, á no haber sido por el cuidado del P. Domingo Muriel (ò *Ciriaco Morelli*, como se le antojó llamarse en sus obras), que lo insertó en el apendice de su version latina de la *História del Paraguay* del P. Charlevoix, de donde lo hemos extractado.

Circunscripto á los deberes de su estado, el P. Quiroga se resignó á una vida retirada en el colegio de Belen, en donde le fué intimado el decreto de la supresion de su órden en 1767. Expulsado de su patria adoptiva, sin que le fuera permitido volver á la propia, buscò un asilo en Italia, donde acabò sus dias, sin mas consuelos que los que proporciona la religion á una conciencia libre de remordimientos.

Buenos Aires, Junio de 1836.

PEDRO DE ANGELIS.



DESCRIPCION

DEL RIO PARAGUAY.

§. I.

Origen del rio Paraguay, y rios que entran en él, hasta su junta con el Paraná.

El rio Paraguay tiene su origen en una gran cordillera de serranias, que se estiende de oriente á poniente por centenares de leguas, y pasa al norte de Cuyabá. De esta cordillera bajan al sur muchos arroyos y riachuelos, que juntos forman un bien caudaloso rio, que comienza á ser navegable cincuenta ó sesenta leguas mas arriba del Xaurú. Y todo el rio Paraguay, de dicha cordillera hasta la ciudad de las Siete Corrientes, en donde concurre con el Paraná, es tambien navegable, aunque sea con barcos grandes: pero estos no son los mejores para vencer las corrientes, para lo cual mas aparentes son las falúas de remos, los bergantines ligeros y todo género de jabeques.

Desde el rio Xaurú arriba no sabemos que rios de consideracion entran en el Paraguay; pero es de creer que le entran algunos por la parte del este, pues cuando llega al Xaurú ya viene caudaloso. La boca del Xaurú está en 16 grados 25 minutos de latitud austral: y en 320 grados y 10 minutos de longitud, contada desde la isla del Fierro hácia el oriente. Viene dicho rio de la parte occidental, y es navegable con canóas por algunas leguas. Mas abajo del Xaurú se divide el Paraguay en dos brazos caudalosos. El mayor corre con su canal estrecha, pero muy profunda, por medio de los Xarayes: y por esta navegamos con nuestras embarcaciones sin embarazo alguno. El otro brazo corre por algunas leguas por la parte occidental de los Xarayes. Y en este, antes de volver á juntarse con el primero, acaso entrará el rio Guabis, que corre

desde los pueblos de los Chiquitos hácia el oriente, á no ser que el Guabis entre en un recodo de la laguna del Caracará, que se comunica con el rio Paraguay casi en la parte inferior de los Xarayes.

Mas abajo de los Xarayes entra por la parte oriental en el Paraguay el rio de los Porrudos, en la altura de 17 grados y 52 minutos. Este rio es bien caudaloso, y en él entra el de Cuyabá, como se dirá en otra parte. Otro brazo de este mismo rio entra mas abajo, y le dan los Portugueses el nombre de *Canal de Chiané*, y por él suben con sus cañós los Paulistas que navegan á Cuyabá.

El rio Tacuarí, que trae tambien su corriente de la parte oriental, entra en el Paraguay por tres bocas, todas navegables. La mas septentrional, por donde bajan los Paulistas, está en 19 grados. En la misma parte del oriente entra con mucha corriente el rio Mboteteí, en 19 grados y 20 minutos. En la márgen austral del Mboteteí estuvo antiguamente una poblacion de españoles, que se llamaba Xerez, la cual se desamparó por las persecuciones que padecian de los Paulistas. Estaba esta poblacion á treinta leguas de distancia del rio Paraguay, á la falda de la gran cordillera que se estiende norte-sur entre los rios Paraná y Paraguay. En las grandes crecientes bajan por el Mboteteí muchas *tacuaras*, ó cañas muy gruesas, arrancadas de sus márgenes, de las cuales se quedan muchas en las márgenes del rio Paraguay. Y es bien reparable, que en todo el márgen de este rio, desde el Mboteteí arriba, no se vé una tacuara.

Desde el Mboteteí, bajando por el rio Paraguay, se halla el estrecho que ahora llaman de San Xavier, entre unos cerros, en 19 grados y 48 minutos. Uno de los cerros está en el márgen oriental del rio, y otros cuatro ó cinco se ven en la banda occidental.

Otra notable estrechura tiene el Paraguay mas abajo de los tres cerros que estan á la parte del occidente, llamados los Tres Hermanos, á la falda de otro altísimo cerro, llamado Pan de Azucar, como doce leguas mas abajo de los Tres Hermanos, y es el mas alto de todos los que se encuentran desde la Asumpcion al Tacuarí. Está en la márgen oriental, y desde allí se continua una cordillera hácia el oriente. Hay en la parte occidental, en frente del Pan de Azucar, otro cerro pequeño, y en alguna distancia, á la parte del nord-oeste, se vé otro no muy grande. La estrechura sobredicha, y el Pan de Azucar, estan en 21 grados 17 minutos.

Se halla despues, bajando por el Paraguay, la boca del rio Tepotí en 21 grados 45 minutos. Luego al frente de una isla, ó algo mas arri-

ba, está la boca del rio Corrientes, llamado así por la gran corriente que trae. Este rio tiene su origen junto á la fuente del Guatiní, que entra en el Paraná sobre el Salto grande. El rio Corrientes desemboca en el Paraguay en 22 grados y 2 minutos. A dos ó tres leguas de distancia se vé al sud-oeste el cerro de Galvan, que está solo en la banda occidental. Aquí baja de la parte del este un ramo de la gran cordillera. A la banda del sur de dicho rio hay tambien muchos cerros, y una angostura de mucha corriente, con peñasquería á los lados del rio, y se llama este paso Itapucú-guazú. Está en 22 grados y 10 minutos. Mas abajo está una punta de cordillera que forma otra angostura, y remata dicha punta en peña cortada, y distará como ocho leguas del Itapucú-guazú.

Entra mas abajo, por el márgen oriental, el rio Guarambaré en 23 grados y 8 minutos, y en frente de la boca hay una isla. Por los 23 grados y 21 minutos se hallan unas piedras esparcidas en medio del rio, por lo cual conviene en esta altura navegar con cautela. El rio Ipané-guazú desemboca en el Paraguay, en la latitud de 23 grados 28 minutos. Su boca tiene al frente una isla. Baja este rio de los yerbales que estan al norte de Curuguatí, y tiene su origen cerca del Guatiní. En los 23 grados 51 minutos entra en el Paraguay, por el márgen occidental, el rio de los Fogones: y mas abajo á corta distancia entra por la misma banda el rio Verde. Al frente de estos dos rios hay cuatro islas. Mas abajo en la Banda Oriental entra el Ipané-miní en 24 grados y 2 minutos.

Mas abajo del Ipané-miní, en 24 grados y 4 minutos, hallamos que la aguja miraba derechamente al norte: y no se puede atribuir á otra causa que á la cercanía de algun mineral de fierro ó de piedra iman, de lo cual hay bastante en la jurisdiccion del Paraguay. En los 24 grados y 7 minutos entra por la Banda Oriental el rio Xexuí, que viene de los yerbales del Curuguatí, y se navega tal vez con barcos cargados de yerba, aunque con mucho trabajo, por los malos pasos que tiene. En los 24 grados y 23 minutos entra, por la parte oriental, el Cuarepotí: en los 24 grados y 29 minutos, el Ibobí. Mas abajo en los 50 minutos del mismo grado, entra por el mismo lado el Tobatí en un brazo del Paraguay, en cuya entrada á la punta de la isla que está mas al sur (y es la primera punta cuando subiendo se entra en dicho brazo) hay dos piedras que llegan á la flor del agua, de las cuales conviene que se aparten los barcos, ó que tomen el rumbo por lo mas ancho del rio, dejando á la parte de oriente la isla. En el Tobatí entra, antes de su caída en el Paraguay, el rio Capiatá.

En los 24 grados 56 minutos le entra al Paraguay, por el occidente, el rio Mboicaé. En los 24 y 58, poco mas arriba del fuerte de Arecutacuá,

entra por el oriente el Peribebuí: y mas abajo, en 25 gr. y un minuto, entra por la misma banda el rio Salado. Poco mas abajo, casi en la misma altura, entra por la márgen occidental el rio Pirai.

La ciudad de la Asumpcion está en 25 gr. 17 min. 15 segundos de latitud; 320 gr. 12 min. de longitud, segun algunos demarcadores. Otros hallaron 25, 16 de latitud; 320, 10 de longitud. Poco mas abajo entra por tres bocas, por la márgen occidental, el famoso rio Pilcomayo, que trae sus aguas de las cerranias del Potosí, y corre por medio del Chaco. En los 25 gr. 32 min. hace el Paraguay una estrechura, que tendrá solo un tiro de fusil de una ribera á otra, y está en este parage el fuerte que llaman de la Angostura. El Tebicuarí entra en el Paraguay por el oriente, en 26 gr. 35 min. Bajan por este rio los barcos de Nuestra Señora de Fé, y de Santa Rosa.

El Rio Grande, ó Bermejo entra en el Paraguay por occidente en 26 gr. 54 min.: y dista su boca de la ciudad de las Corrientes once leguas por al aire, que por el rio son 17, ó 18. Viene el Bermejo de las serranias que estan entre Salta y Tarija: atraviesa gran parte del Chaco: el color de sus aguas es algo bermejo. En juntándose con el Paraguay, inficiona las aguas de éste, de suerte que son poco saludables sus aguas, hasta que concurre en las Corrientes con el Paraná. Se juntan los rios Parañá y Paraguay al frente de esta ciudad, que está situada sobre la márgen oriental, en 27 grados y 27 minutos de latitud, 319 y 55 minutos de longitud. Llámase ciudad de las Siete Corrientes, porque el terreno en donde está la ciudad, hace siete puntas de piedra, que salen al rio, en las cuales la corriente del Paraná es mas fuerte. Desde aquí pierde el nombre el Paraguay, porque el Paraná, como mas caudaloso conserva el suyo hasta cerca de Buenos Aires, donde, junto con el Uruguay, corre hasta el mar con el nombre de *Río de la Plata*: llamado así, porque llevaron desde aquí algunas alhajas de plata y oro los primeros conquistadores del Paraguay, las cuales alhajas habian traído los indios del Paraguay en la primera entrada que hicieron á los pueblos del Perú con Alejo García y sus compañeros, segun se halla escrito en la *Argentina* de Rui Diaz de Guzman.

§. II.

De las naciones de indios que habitan en las riberas del Paraguay.

Primeramente en el mismo rio, y en sus islas, habitan dos parcialidades de indios Payaguás, que andan por todo él con sus canoas, y se mantienen de la pesca, y de lo que roban á españoles y portugueses. Una parcialidad tiene su habitacion en la parte mas septentrional del rio, y su cacique principal se llama *Quatí*. La otra suele estar con mas frecuencia en la parte austral, en la cercania de la Asumpcion. El cacique principal de esta se llama *Ipará*.

En la ribera del rio, comenzando desde su junta con el Paraná, habitan á la parte occidental, los Abipones, de los cuales buen número está reducido á pueblos. Otros, con sus amigos los Tobas y Mocobís del rio Bermejo, hacen correrias por las fronteras de Santa-Fé, Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Jujuí: y pasando algunas veces el Paraná, hacen sus tiros en la jurisdiccion de las Corrientes, y muchas veces pasando el rio Paraguay y emboscándose en los montes, hacen notable daño en los pueblos mas septentrionales de las misiones de Guaranís, y en las estancias de la jurisdiccion del Paraguay. Estos indios llegan por la parte occidental del Paraguay hasta el Pilcomayo.

Desde el Pilcomayo comienza la tierra de los Lenguas, los cuales corren toda aquella parte del Chaco, desde el dicho Pilcomayo hasta la tierra de los Mbayás: y pasan tambien el Paraguay, para hacer sus tiros en las estancias de la Asumpcion. Estos indios no dan cuartel, ni admiten misioneros.

Desde el rio Xexuí, por una y otra banda, habitan los Mbayás, repartidos en varias parcialidades. Sus principales tolderias están de una y otra banda del Paraguay, en las tierras mas inmediatas al sud del Pan de Azucar. Corren estos indios toda la tierra, desde el Xexuí al Tacuarí, por la banda oriental y por la occidental, hasta cerca de los Chiquitos. Desde el Pan de Azucar hácia el norte habitan en la banda occidental los Guanás. Estos son indios que trabajan sus tierras, para sembrar maiz; y hacen tambien sus sementeras á los Mbayás, pagándoles estos su trabajo. Mas arriba del Tacuarí hay, en el rio de los Porrudos, otros indios semejantes en el modo de vivir á los Payaguás, pero de mas valor, y excelentes flecheros. Juzgo que no es nacion numerosa, pues no bajan con sus

canòas al rio Paraguay. Los portugueses, que navegan por Xarayes desde Cuyabá á Matlogroso, dijeron que en algunas arboledas que hay, en los anegadizos de Xarayes, se dejaban ver algunos indios, aunque pocos. No saben de que nacion sean. Pueden ser algunas reliquias de los Xarayes. De aquí para arriba no sé que habiten indios algunos en las márgenes del rio Paraguay.

§. III.

Montes y arboledas.

El Criador de todas las cosas nos dió en las tierras adyacentes del rio Paraguay un agradable objeto á la vista, con la variedad admirable de montañas, cerros, llanuras y arboledas. Desde Corrientes hasta el rio Xexuí, hay por una y otra banda bosques con mucha variedad de plantas. Pero del Xexuí arriba es mayor el encanto de los ojos; porque unas veces se descubre un ramo de la cordillera todo poblado de árboles, otras veces se presenta una campaña llena de yerba muy verde, otras se ven inmensos palmares, de una especie particular de palmas, porque los troncos son altísimos y derechos, la madera dura y la copa redonda, con las ramas semejantes á los palmitos de que hacen las escobas en Andalucía. Ni se puede hallar cosa mas á propósito para formar con presteza los techos de las casas, pues en quitando la copa, y cortando el tronco por el pié, ya no hay mas que hacer para aplicarlo á la obra. Estos palmares son frecuentes desde el Xexuí hasta los campos de Xerez. Y como los troncos estan muy limpios, andan los indios á caballo por medio de los palmares, sin embarazo alguno. Los racimos de datiles de estas palmas son menores que los de las palmas ordinarias: y los datiles son tambien menores á proporcion. No sé si son comestibles.

Generalmente hablando, todos los cerros y cordilleras tienen en sus vertientes muchos montes con árboles altísimos y de tronco muy grueso. Y no se puede dudar que se hallarian, entre tanta variedad, maderas preciosas. Nosotros hallamos por casualidad el árbol de donde sacan la goma guta, ó gutagamba, que es una goma de color amarillo muy fino. El árbol alto, no muy grueso, la hoja semejante á la del laurel. Descubriose este árbol dando algunas cortaduras por entretenimiento en la

corteza de uno de esta especie. Luego salió por el corte la goma líquida, la cual pronto se cuaja en goma como se vé en las boticas.

Desde el Mbotetei, navegando rio arriba, se halla el árbol llamado *Cachiguá*, el cual tiene el tronco delgado, como de doce á trece pulgadas de diámetro. Su madera es colorada, de un color semejante al bermellon. Los portugueses de Cuyabá usan de esta madera para teñir de colorado: dicen que la madera no pierde el color; y así es exquisita para escritorios y otras obras de labores.

De los árboles de la cañafistula, ó casiafistula, se hallan montes en las cercanias de los Xarayes, y crecen mas altos y gruesos que los castaños de España. La corteza del árbol es blanquecina, semejante á las de los nogales. El fruto son unas cañas de palmo y medio, y algunas de dos palmos de largo. Tienen dentro granos grandes como las habas, y entre los granos cierta pulpa negra, - que sirve para purga suave, y se vende en las boticas. El color de la caña, estando madura, es negro como el de la pulpa.

El árbol *Taruma* es cierta especie de olivo silvestre. Su tamaño el mismo que el de los olivos con poca diferencia, y aun la hoja no es muy diferente. La frutilla es como las aceitunas pequeñas, y tiene su hueso como aceituna. Los paraguayos comen esta fruta, aunque me pareció bien desabrida. Seria bueno que probasen si de ella se podia sacar aceite: y tambien si prendian en los *tarumas* los injertos de olivo.

§. IV.

Establecimientos de Cuyabá y Matto Grosso.

La ciudad de Cuyabá, segun algunos mapas de portugueses, está en 14 grados y 20 minutos de latitud austral, y segun se infiere de la longitud en que se halló la boca del Xaurú, y la distancia en que está de Cuyabá, podemos poner á esta ciudad en 322 grados de longitud, contada del Fierro, con corta diferencia. Su situacion es en la banda oriental del rio llamado de Cuyabá, el cual hasta desembocar en el de los

Porrudos, corre de norte á sur, y se navega hasta el puerto de Cuyabá, que dista de dos á tres leguas de la ciudad.

Por la parte del norte se estiende por muchas leguas la gran serranía, donde tienen su origen los dos caudalosos rios Paraná y Paraguay. Y de la misma, por la parte del norte, bajan al Marañon los rios Topayós, Xingu, el rio de Dos Bocas, el Tocantins y otros.

Por la parte del sur de Cuyabá se estienden por muchas leguas los anegadizos de Xarayes: de suerte que por esta parte no se puede entrar á la ciudad sino por el rio. Ni es posible que pueda pasar de otro modo gente de á pié, ni de á caballo. En tiempo de aguaceros se inunda casi todo el espacio de sesenta leguas de norte á sur, y casi lo mismo de oriente á poniente, que hay entre el rio de los Porrudos y las serranias de Cuyabá; y pueden en este tiempo atravesar embarcaciones desde Cuyabá al rio Paraguay, sin bajar á los Porrudos: pero en tiempo de seca quedan reducidos los rios Cuyabá y Paraguay á sus canales estrechas y profundas. Y aunque en el espacio intermedio quedan muchas lagunas, ó no queda comunicacion, ó no se ha descubierto hasta ahora, por donde se pueda atravesar en derechura de un rio al otro. Por lo cual, para navegar en tiempo de seca desde Cuyabá al Xaurú, y pasar á Mattogroso, se hallan los portugueses necesitados á dar una grande vuelta, bajando al rio de los Porrudos, y por este al rio Paraguay, por el cual vuelven á subir mas de sesenta leguas hasta la boca del Xaurú.

Por la parte del oriente tiene Cuyabá muchas tierras habitadas solamente de indios infieles: y aunque hay camino para ir por esta parte al Brasil, es camino larguísimo, muy trabajoso y espuesto á los asaltos de los bárbaros y de los negros alzados. Por estas causas pocos son los portugueses que emprenden el viage por tierra. La grande distancia del Brasil, y lo trabajoso del camino hacen que los caballos y mulas en Cuyabá se vendan á precio muy subido: pues se vende un caballo ordinario en cien pesos, y una mula en docientos.

Por el occidente, desde Cuyabá á Mattogroso, se estienden algunas montañas, que son ramos de la gran cordillera ó serranía de que hablamos antes. Los portugueses abrieron camino por estas montañas, para tener comunicacion con los de Mattogroso: pero es camino trabajoso, y solamente para gente de á pié acostumbrada al temperamento poco saludable de aquel clima.

La ciudad de Cuyabá no tiene muralla, ni artillería, ni fortificacion alguna; porque con los anegadizos de los Xarayes, y con la suma ne-

gligencia de los españoles, se juzgan bastante defendidos. Solamente para la guardia del Capitan General, y para defensa de los indios infieles, mantienen una compañía de soldados pagados á quince pesos por mes. De estos se hacen varias reparticiones. Doce en dos presidios á la frontera de los infieles: otros doce en una canoa de guerra que sirve para escoltar las canoas que navegan á San Pablo: y los restantes, hasta veinte, quedan en Cuyabá, y son toda la defensa de la ciudad.

El número de habitantes de todas castas llegarán á cinco mil personas, de las cuales solo un corto número son libres: los demas, ó son esclavos, ó tenidos y tratados como tales; porque á excepcion de poco más de doscientas personas que se hallarán de gente blanca, las demas, muchas son negros y mulatos, y muchos indios mestizos, que son tratados de los portugueses como si fueran esclavos: pues, aunque por ordenanza real solamente á los Payaguás y á los de otra nacion pueden hacer esclavos, pero en aquellas partes se sirven los portugueses de cualesquiera indios que puedan coger, y los tienen en esclavitud. Los indios mas inmediatos á Cuyabá por el norte son los Paresis y los Barbudos: estos nunca se rinden á los portugueses, porque ó han de vencer, ó han de quedar muertos en la refriega. Por el nord-este estan los Indios Bororos: estos tienen la simpleza de que, aprisionada por los portugueses alguna india de su nacion, luego se vienen los parientes inmediatos á entregar y servir al portugues que la tiene en su casa. Por el sur, pasados los anegadizos, estan los Mbayás de arriba, que al paso de los Paulistas por el Tacuarí los suelen acometer.

§. V.

Minas de Cuyabá.

En todo el Brasil dán los portugueses nombre de minas á los lavaderos de oro. Y así ni en Cuyabá, ni en otra parte alguna del Brasil, que haya llegado á mi noticia, se trabajan minas propiamente tales. Pero hay en Cuyabá lavaderos de oro de 23 quilates, y en uno de los lavaderos de oro se hallan diamantes. Mas en estos años antecedentes, porque los diamantes no perdiesen su estimacion, se prohibió por el Rey de Portugal sacarlos de Cuyabá. Los lavaderos se hallan en varias partes á

las caídas ó vertientes de la gran Cordillera. Trabajan en estos lavaderos los negros esclavos, y dá cada negro á su amo en cada semana tres pesos de oro en grano, que es la única moneda que allí corre. Y se hacen las cuentas en las compras y ventas por octavas de oro, y cada octava son dos pesos. En algunas partes se halla oro en abundancia, pero no se pueden aprovechar de él, por faltar allí el agua para los lavaderos.

La grande distancia de Cuyabá á la costa del Brasil es causa de que los géneros de Europa se vendan allí á precio muy subido. Una camisa muy ordinaria vale seis pesos, ó tres octavas de oro: un par de zapatos, lo mismo: una frasquera de vino y aguardiente, que en el Janeiro se diera por diez pesos, vale en Cuyabá sesenta. Y á esta proporcion se venden los otros géneros. Lo que allí sube á precio exorbitante, y se tiene por el mayor contrabando, si vá sin el despacho de la aduana, es la sal, la cual se lleva de Lisboa, y no se permite de otra parte.

§. VI.

Temperamento de Cuyabá y frutos que produce la tierra.

En Cuyabá y sus cercanias es el temperamento muy ardiente y húmedo; y consiguientemente se goza en toda aquella tierra de poca salud. La enfermedad mas frecuente es la que llaman los portugueses del *bicho*: y de la cual mueren muchos, porque no saben curarla. La enfermedad consiste en una extremada laxitud del orificio con disenteria, y algo de calentura. Los portugueses, persuadidos de que se cria dentro de la carne algun bicho ó guzano, que causa aquellos efectos, pretenden á fuerza de jugo de limon y otros agrios, matar el bicho, y acontece no pocas veces, que acaban con el enfermo. El cirujano D. Pedro Gracian, que navegó conmigo en un barco por medio de los Xarajes, hombre bien inteligente en su facultad, oyendo al alferéz de Cuyabá quejarse de que tenia entre su gente algunos enfermos del bicho; quizo informarse que cosa era el bicho, y en efecto fué á ver los enfermos, y halló que no habia tal bicho ni guzano, y se ofreció á curarlos luego. Los portugueses porfiaban con mucha eficacia que no habia otra cura para aquella enfermedad que el agrio

de limon, con el cual talvez mezclaban agí, ajos y sal: pero el cirujano les mostró el error en que estaban, pues tomando á su cuenta el enfermo que tenian de mas peligro, á dos dias se lo dió sano, sin haber aplicado cosa alguna de las sobredichas para matar al bicho, teniendo por cierto que no habia tal animal.

Las aguas de lluvias, que allí corren por montes de cañastulla, por parages cubiertos de las cañas que caen de los árboles, y por grandes matorrales de otras plantas purgantes, con los excesivos calores y el desvelo que ocasiona la multitud de mosquitos, son á mi parecer la causa de aquella destemplanza y de aquella enfermedad. Los españoles, que subimos al Xaurú, experimentamos en aquel temperamento semejante disentería, con grande relajacion en el estómago, que no tenia el calor necesario para la digestion. A este accidente se ocurrió con felicidad, tomando antes de comer un poco de mistela: remedio necesario en aquel pais para no perder la salud.

Los aguaceros son frecuentes en aquellas alturas; pero los mas fuertes, que hacen crecer extraordinariamente los rios, comienzan por el mes de Diciembre. Y crecen tanto los rios, que no hallando bastante abertura para salir las muchas aguas que bajan á la llanura de los Xarayes, rebalsan inundando los campos, y formando por este tiempo un grande lago; aunque despues, en cesando los aguaceros, se desagua por el cauce del rio Paraguay, y quedan solamente las canales de los rios, y algunas lagunas, descubriéndose todo lo demas de aquella llanura, lleno de pajonales impenetrables. Sin embargo de inundarse todo aquel espacio, hay en él algunas arboledas de árboles muy altos, cuyos troncos se inundan hasta tres y cuatro varas en alto. Y lo mas admirable que observamos en los Xarayes, es que con estar todo el terreno anegado parte del año, hallaron las hormigas (de las cuales hay innumerable multitud) modo de conservar sus hormigueros. Estos los fabrican de barro muy fuerte en lo alto de grandes árboles, con tal arte que queda como un horno al rededor de una de las ramas superiores, y tan bien construído, que no le pueden ofender las lluvias ni los vientos. Y para que estos no puedan llevarse las hormigas, que suben ó bajan en tiempo de seca, tienen hecho del mismo barro fuerte un canal ó camino cubierto, que baja hasta el pié del árbol, por el cual canal suben y bajan las hormigas con toda seguridad.

Los frutos que produce la tierra de Cuyabá y su comarca, son maiz, arroz, mandioca (en otras partes de América llaman *casave*), piñas, pacobas ó plátanes, con otras muchas especies de frutas pro-

pias de los climas ardientes de América, azúcar, miel de cañas y de abejas, de las cuales hay varias especies en los montes. El arroz se halla silvestre en las márgenes del rio de Cuyabá y de los Porrudos. No se coje trigo, ni vino, ni otros frutos de Europa. La falta de pan suplen los portugueses con su *farinha do pao*, ó cazave. Hay en Cuyabá algun ganado vacuno, aunque poco. En el Xaurú les compró D. Manuel Flores algunas vacas para la gente de los barcos, y pagó veinte pesos por cada una. De lechones y caza hay mas abundancia.

§. VII.

Navegacion que hacen los portugueses del Brasil à Cuyabá.

Cada año ván los portugueses comerciantes del Brasil á Cuyabá con una gran flota de canoas cargadas de géneros, y vuelven con el producto en oro y diamantes. La navegacion es larga y trabajosa: salen con sesenta ó setenta canoas de un puerto, que dista cuatro ó cinco leguas de San Pablo, ciudad bien conocida en el Brasil. Bajan por el rio Añembí, hasta caer al Paraná. Por este navegan aguas abajo hasta la boca del rio Pardo, que viene del occidente, y tiene su origen de algunos riachuelos que bajan de la gran cordillera que se extiende del norte al sur, desde cerca de Cuyabá hasta el monte de Itapuà en las Misiones de Guaranís. Suben con sus canoas los portugueses, hasta que no pueden navegar mas por el rio Pardo: allí descargan los géneros, y para pasar dos leguas de cordillera, que hay desde el Pardo hasta el rio Camapoan, transportan embarcaciones y carga en las carretas de un portuguez que para esto se pobló en aquella cordillera, y tiene su interes en el transporte de dichas canoas. Antes que hubiese allí poblacion, pasaban las canoas en hombros de negros esclavos que llevan para remar. Transportadas las canoas al Camapoan, las vuelven á cargar, y navegan rio abajo hasta entrar en el Tacuarí. Por este navegan con algun cuidado, porque llegan hasta sus márgenes los indios Mbayàs corriendo la campana, los cuales son enemigos de los portugueses, y no pierden la ocasion de matar ó llevar cautivo al que cogen apartado de la flota. Antes que lleguen á la desembocadura del Tacuarí en el Paraguay,

ya se hallan con la canoa de guerra de Cuyabá, que al tiempo que acostumbran llegar los Paulistas con las suyas, los estan esperando para defenderlos de los Payaguás, porque las canoas que llevan de San Pablo no bastan para su defensa, pues en cada una vá solo un portuguez blanco, ó á lo mas dos, y los negros remeros: pero estos no llevan armas. Los Payaguás los suelen esperar con multitud de canoas muy ligeras, en cada una de las cuales van seis ó siete hombres, y para no ser descubiertos, se meten con las canoas debajo de las ramas de los árboles, que llegan hasta tocar en el agua: y cuando ván pasando los portugueses, los asaltan de improviso, y les dán una descarga de flechazos, tirando siempre al portuguez blanco, y se echan sobre las canoas que pueden tomar; y recogiendo los géneros y los negros, se bajan á la Asuncion, donde los españoles por compasion rescatan á los cautivos. Por evitar los portugueses estos asaltos y daños que hacen los Payaguás en sus flotas, han armado la canoa que llaman de guerra, para que las escolte desde el Tacuarí á Cuyabá.

El armamento de la canoa de guerra consiste en un cañoncillo de bronce de una vara ó algo mas de largo, con el cual disparan con presteza muchos tiros. Y para esto llevan en sus cajones bien acondicionados los cartuchos, hechos de camellote en lugar de lienzo, porque de esta suerte evitan que quede algun fuego en el cañon, y dicen que no se calienta tanto, aunque se disparen muchos tiros seguidamente con dicho cañoncillo. La presteza con que disparan, procede en parte de tener todas las cosas á punto, y poderse con facilidad manejar el cañon por ser tan corto, y en parte por ser cuatro bien ejercitados los que concurren á cargarlo: uno con el cartucho, otro con el taco y atacador, otro con una espoleta que clava en el fogon lleno de pólvora para no detenerse en cebar, y el otro finalmente con el bota-fuego. El cañoncillo, aunque es bien reforzado, no tiene alguna diferencia de otros cañones en su fábrica. Solamente la cureña es algo diversa, porque carece de ruedas, y está con su espigo dispuesta de tal suerte sobre un banco de la canoa, que puede con facilidad volverse á todas partes: y así en disparando á un lado, lo pueden volver y disparar al otro.

La tripulacion de la canoa de guerra se compone de doce soldados con su alferez, y ocho ó nueve negros remeros de pala con sus uniformes. El alferez tiene en la canoa para defensa del sol y de la lluvia su carroza muy buena con cortinas y asientos. Los soldados llevan tambien en medio de la canoa su toldo acomodado pa-

ra su resguardo. Los remeros van á la proa y á la popa, y uno con la pala sirve de timonero.

Para dormir, así los de las canoas de guerra como los de las de carga, se previenen buscando antes de anochecer algun parage en la márgen del rio, donde el monte sea muy cerrado, y tenga mucha maleza de abrojos y espinas, de lo cual hay en aquella tierra abundancia entre los árboles. Allí arriman las canoas, y con machetes abren un semi-círculo, ó media luna, donde arman la tienda del alferez. Esta tienda es de bayeta aforrada en lienzo, por haber mostrado la experiencia, que esta especie de tiendas resiste mejor al agua. Tenia ocho pasos comunes de largo, y mas de tres varas de alto: y por cumbreira servia una muy gruesa tacuara, ó caña. Los soldados y los remeros cuelgan las hamacas de los árboles, y las cubren éon una grande sábana, que por ambos lados llega hasta el suelo, la cual sirve para defender de la lluvia, y mas principalmente les sirve para defenderse de los mosquitos, de los cuales hay en aquellos rios increíble multitud. Para meterse en la hamaca sin que al mismo tiempo entren estos enemigos, es menester levantar la sábana del suelo, solamente lo preciso para meter arrastrando el cuerpo, sin dejar algun hueco por donde puedan entrar, porque si entran no dejan de inquietar toda la noche.

Para no ser sorprendidos de los infieles del rio, que son los Payaguás, y otra nacion que solamente se deja ver en el rio de los Porrudos, dejan siempre un soldado de centinela defendido de alguna estacada ó maleza, el cual tiene á mano muchos fusiles cargados, para poder hacer fuego si se ofreciere, mientras acuden los otros soldados. Por la parte de tierra no es fácil que puedan ser acometidos, por la impenetrable maleza del monte, y por la vigilancia de algunos perros que llevan siempre consigo los portugueses.

Luego que llega la flota al rio Paraguay, para acortar el viaje entran por un brazo estrecho del mismo rio: al cual brazo llaman Paraguay-miní, y hace con el Paraguay grande una isla de diez leguas de largo: y es á mí juicio, la que llamaron los antiguos *Isla de los Orejones*, pues la pone la Argentina mas abajo de los Xarayes. Navegan, despues que salen de dicho brazo, por el rio Paraguay, hasta llegar á un brazo estrecho del rio de los Porrudos, y á este brazo estrecho llaman el canal de Chané. En saliendo de éste, navegan por el rio de los Porrudos arriba, hasta entrar en el rio de Cuyabá que viene de norte á sur. Finalmente navegan por el rio Cuyabá arriba, hasta llegar al puerto de la ciudad del mismo nombre. Los trabajos

que se pasan en tan prolija navegacion por tantos rios, y en clima tan ardiente, bien se echa de ver que serán muchos y grandes; pero el mayor suele ser la continua guerra de los mosquitos que no cesan de molestar á todas horas.

§. VIII.

Situacion de Mattogroso.

La poblacion principal de Mattogroso está fundada nuevamente por los portugueses en la horqueta, que hacen antes de su junta los rios Guaporé y Sereré, que tienen su fuente muy cerca del origen del rio Paraguay, y corren hácia el poniente. El Sereré pierde su nombre luego que se junta con el Guaporé: y este en la cercanía de los Moxos corre con el nombre de gran rio Itenes: navegable desde la Villa Bella de Mattogroso hasta que se junta con el Mamoré, que va de sur á norte, y ambos juntos formán el rio de la Madera, navegable hasta el Marañon, aunque con el trabajo de algunos saltos, que los portugueses pasan facilmente, sacando á tierra las embarcaciones, y llevandolas algun trecho sobre trozos redondos de madera.

De la parte del norte del Guaporé, á cuatro ó cinco leguas de la Villa Bella está un cerro alto, y á su falda ó caida estan los reales de minas, ó lavaderos de oro, y algunas habitaciones de portugueses, ó pequeños pueblezuelos, llamados San Xavier y Santa Ana. Los portugueses, que van por el Xaurú á Mattogroso, caminan por tierra, y pasando los rios Guaporé y Sereré, van á las minas, y volviendo á pasar el Sereré, caminando al sur, llegan á Villa Bella. Creo que desde el Xaurú hay algunos pantanos, ó monte cerrado: porque si no fuera así, con tomar el camino línea recta, y pasar solo el Guaporé, acertaban mucho el viage. Entre el Xaurú y rio Paraguay tienen algunas estancias de ganados los portugueses de Mattogroso.

Toda la poblacion de Villa Bella de Mattogroso, cuando yo estuve en el Xaurú, se reducía á veinte y cinco ranchos de paja, y una casa de piedra, que hicieron entonces para el capitan general de Cuyabá, D. Antonio Rolin, que habia pasado á vivir en la Villa Bella, para fomen-

tar desde allí el establecimiento portugues en los Moxos: y en efecto pasó despues el dicho caballero á gobernar los portugueses en la estacada de Santa Rosa.

Tiene Mattogroso por el norte varias naciones de indios infieles, por lo cual toda aquella tierra hasta el Marañon es incognita á los europeos. Por el este se estienden las serranias de Cuyabá: por el sur estan las misiones de Chiquitos. Algunos portugueses, caminando á pié, y manteniendose de caza, llegaron al pueblo de San Rafael de Chiquitos en nueve dias, habiendo salido de Mattogroso: de donde puede colegirse la distancia. Por el poniente estan las misiones de Moxos. No sabemos á punto fijo la distancia, pero se puede inferir algo de lo que me dijo un italiano, que con una canoa bajó á los Moxos en siete dias, y no llevaba mas bogadores que otro compañero, que en dicha canoa huyó con él.

DIARIO

DE LA

NAVEGACION Y RECONOCIMIENTO

DEL

RIO TEBICUARI.

OBRA POSTUMA

DE

D. FELIX DE AZARA.

Primera Edicion.

BUENOS - AIRES.

IMPRESA DEL ESTADO,

1836.

OLMSTED

11

OLMSTED

OLMSTED

OLMSTED

OLMSTED

OLMSTED

OLMSTED

DISCURSO PRELIMINAR

A LA

DESCRIPCION DEL TEBICUARI.

Tres siglos de negociaciones y tratados no bastaron á poner de acuerdo las Cortes de Madrid y Lisboa sobre el deslinde de sus colónias, y estas cuestiones, que habian empezado con su dominacion en América, no terminaron con su decadencia. Cada paso que daban, aumentaba las dudas y hacia mas difícil su resolucion; porque carecian de un conocimiento exacto de las localidades, ni podian adquirirlo por falta de documentos.

Despues de haber conferenciado en Tordesillas, en Badajoz, en Lisboa, en Utrecht, sin poder llegar á un avenimiento, y dejando en toda su obscuridad el espíritu de las concesiones hechas por Alejandro VI en su famosa bula de 1593, volvieron las dos potencias á negociar en Madrid y en San Ildefonso, por los años de 1750 y 1777. La causa que habia paralizado el primero de estos tratados, habia desaparecido con la expulsion de los Jesuitas, y todo anunciaba una fácil y pronta egecucion del segundo.

La Corte de Madrid, que habia acreditado siempre celo y lealtad en el cumplimiento de sus promesas, nombrò comisarios para que, de acuerdo con los portugueses, trazasen la nueva línea divisoria; y se apresurò á dar todas las instrucciones que creyó necesarias para dejar cumplidas las últimas estipulaciones.

Estos trabajos geodésicos, que abrazaban un espacio inmenso, desde los parages inmediatos al Rio de la Plata hasta las bocas de las

Amazonas, rodeando en todo su ámbito la frontera interior del Brasil, fueron confiados à varias comisiones, que se procuró formar de oficiales activos é inteligentes. Uno de ellos fuè el Señor de Azara, perteneciente à una familia establecida en Barbuñales, pequeña aldea de Aragon, en el partido de Barbastro, que adquirió de repente un gran renombre, por haber producido dos individuos del mismo apellido, que se ilustraron por su instruccion y servicios.

El menor de ellos, D. Felix, nacido en 1746, pasó de la universidad de Huesca, donde empezó sus estudios, à la academia militar de Barcelona, para continuar los de la profesion à que lo destinaron sus padres. A los 18 años recibió su primer despacho de cadete en un regimiento de infanteria, donde probablemente se hubiera embotado su génio, si no hubiese buscado un teatro mas digno de él en los cuerpos facultativos del ejército: y de él de ingenieros, en que hizo la campaña de Africa, se incorporó al de marina, para tomar parte en la demarcacion de límites en América.

Obstáculos que no estaba en sus manos remover, frustraron este plan, y le quitaron la gloria de haber contribuido à realizarlo. Tenemos en nuestro poder el borrador autógrafo de la correspondencia oficial de Azara con el virey Arredondo, en que le propone de hacer retirar la partida demarcadora de Curuguatí, (que era el punto en que debian reunirse los comisarios) para no ocasionar gastos inútiles al erario. Cansado de aguardar la contestacion del virey, tomó sobre sí el retirarse à la Asumpcion — tal era su convencimiento de la ninguna disposicion de los portugueses à cumplir lo pactado.

Aun quando hubiesen concurrido, advirtió Azara la imposibilidad de trazar la línea, por el modo confuso é ininteligible en que estaba redactado el tratado; sobre todo el artículo 9, en que se designaban como puntos directores los rios *Iguréi* y *Corrientes*, que no se encontraban en el terreno. Azara previó desde luego que no se necesitaba mas para entorpecer las operaciones; y en 13 de Abril de 1791, escribió al virey: “si el comisario portugués no quiere ad-

“mitir al *Jaguarey* ni el *Igatimi*, (que eran los rios que él proponia se substituyéran al *Iguréi*), no será dable tratar de demarcacion : porque, no habiendo rios que literalmente tengan los nombres de *Iguréi* y *Corrientes*, sería envano buscarlos, é imposible “empezar y seguir.”

Por mas estraños que aparezcan ahora estos defectos en un acto de tanta importancia, no es el único egepló de la ignorancia de los gobiernos europeos en la geografia é historia de sus colonias. En la contestacion del Marques de Grimaldi à la Memoria que, en Enero de 1776, le pasó el Ministro de Portugal, D. Francisco Ignacio de Sousa Coutiño sobre los límites de la Banda Oriental del Rio de la Plata, se dice entre otras cosas, que, “el veneciano Sebastiano Gaboto, que servia á los Reyes Católicos, D. Fernando y Da. Isabel, de órden de aquellos principes, hizo antes que nadie el descubrimiento del Rio de la Plata, por los años de 1496:—“que de esta noticia, que dió á su regreso à España, resultó salieran Juan Diaz de Solis y Pinzon à proseguir aquel descubrimiento.”—Y hablando poco despues del viage de Cabeza de Vaca, añade, que “al llegar à la isla de Santa Catalina, formó el proyecto de venir à Buenos Aires *por tierra*: con cuyo objeto, abriéndose el camino al través de la provincia de Vera, y cortando en canoas la corriente del Rio de la Plata, *pasó á la banda austral á egercer su gobierno de Buenos Aires.*” (1)

Todas estas indicaciones son falsas. Gaboto entró al servicio de España en 1518, cuando ya reinaba Carlos V, y su primer viage à los mares australes se efectuò á principios de Abril de 1526;—mucho tiempo despues que su primer descubridor Solis navegase el Rio de la Plata:—lo que sucediò en 1515, segun consta de los documentos autènticos publicados por el Señor Navarrete, en su *Coleccion de los viages y descubrimientos de los Españoles.*—Por lo que toca à Cabeza de Vaca, no podia ocurrírsele pasar à Buenos Aires, porque entonces no existia : lo único que se propuso, fué llegar à la ciudad de la Asuncion por el Guayra, lo que efectuó realmente.—Hemos

(1) Pág. 18, 20 y 21 de dicha Memoria, de la edicion de Buenos Aires.

escogido este ejemplo, porque la Memoria de Grimaldi ha sido mirada siempre como el documento mas clásico, producido en esta interminable cuestion de límites.

La incuria de la Corte de Madrid en adquirir nociones exactas de la topografía de sus estados, debe tenerse por una de las causas que mas eficazmente han influido en las usurpaciones de la corona de Portugal. Los reconocimientos de las comisiones de límites, creadas en virtud del tratado de 1777, que hubieran podido derramar una gran luz sobre estas materias, fueron relegados al olvido; y á no haber sido por la insistencia de un amigo de Azara, que se empeñò en publicar sus obras, se hubiera borrado hasta el recuerdo de sus trabajos, que fueron muchos é importantes: porque, al desempeño de sus funciones, agregó el estudio de la estadística y zoología del país; en cuyas útiles investigaciones no solo no fuè auxiliado por las autoridades locales, sino que las hallò dispuestas à estorbarle.—Se llegó hasta el punto de negarle el acceso á los archivos, y de amenazar à los indios, que le traian los despojos de los animales que podian completar sus colecciones!!!

Estas intrigas miserables le hicieron solicitar volver á Europa; lo que no pudo conseguir sino al cabo de muchos años. Vino á Buenos Aires, donde se le ocupó en reconocer los campos del sud para colonizarlos, y los puertos del Rio de la Plata para proyectar un sistema de defensa contra los ataques de las potencias extranjeras. Se esforzó tambien en demostrar la conveniencia de fundar poblaciones en la frontera del Brasil, aprovechando la llegada de las familias que se enviaban de España para establecerlas en la costa patagónica. La adopcion de este plan diò existencia al pueblo de San Gabriel de Batovì, en las cabezeras del Ybicui, y descargó al erario del peso de cerca de 50,000 duros al año. El Marques de Avilès, al dejar el mando del vireinato de Buenos Aires, representò al Rey estos servicios, que le recordaron el nombre y el mérito de Azara. Se le llamó entonces á España, donde llegó à principios de 1802.

El deseo de abrazar à su hermano D. Nicolas, que se hallaba à la sazón de embajador en Paris, le hizo atravesar los Pirineos, que

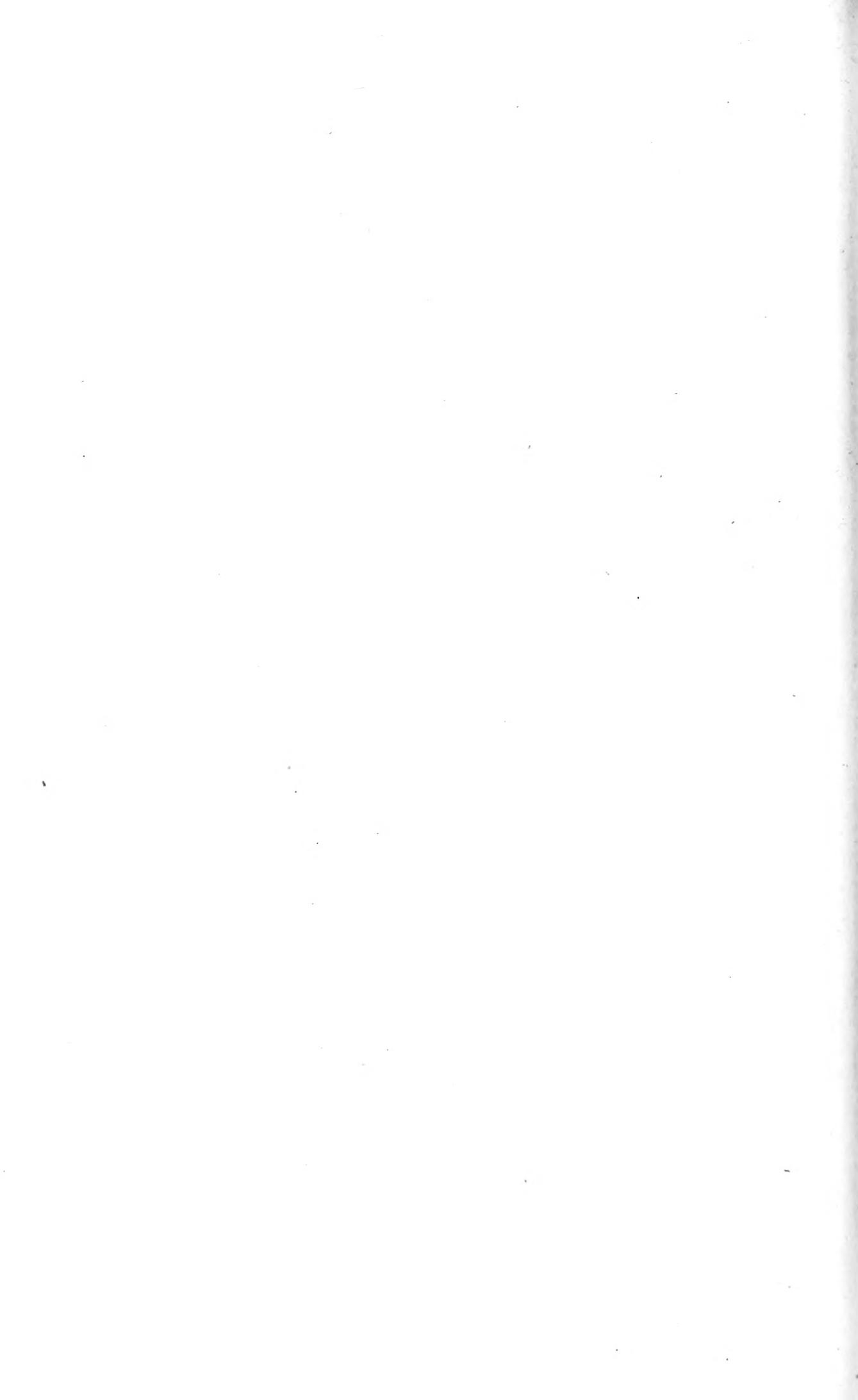
volvió à transitar poco despues con el dolor de haberle visto desaparecer para siempre. Esta pérdida, dolorosísima para él, le hundió en una profunda tristeza, que no fueron capaz á atemperar los infinitos testimonios de aprecio que le prodigaron el Rey y el público. Descendió al sepulcro, poco despues de haber sido ascendido al grado de general, y cuando la Europa aplaudia à la publicacion de sus obras.

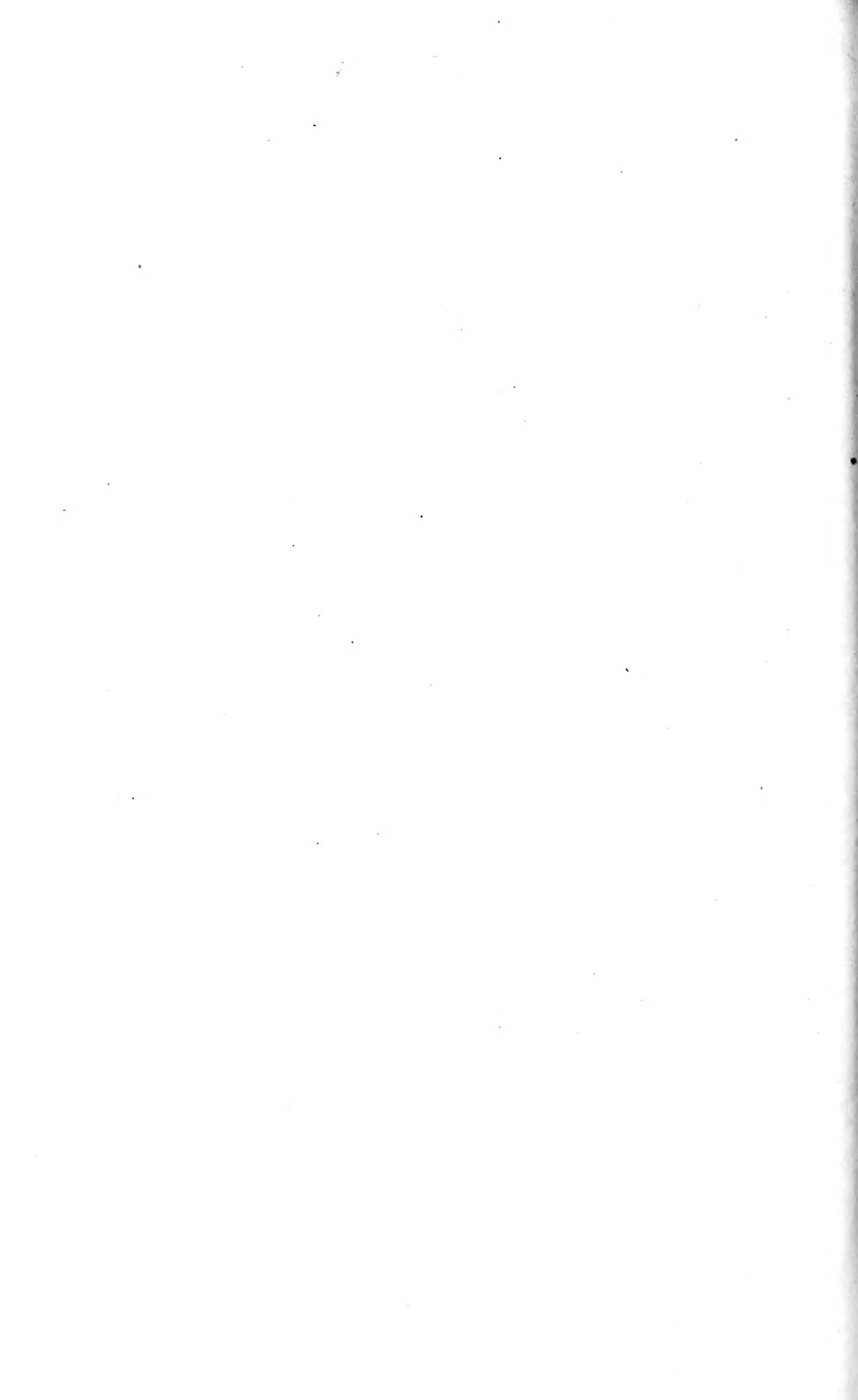
Algunas quedaron ineditas en manos de sus amigos: entre ellas, el *Diario de la navegacion del rio Tebicuarì*, cuyo manuscrito autógrafo nos ha sido comunicado, con suma generosidad, por la Señora Da. Bárbara Barquin, viuda de D. Pedro Cerviño, compañero y colaborador de Azara en estas expediciones. Este diario es un comprobante del esmero con que el autor procedia en sus reconocimientos, y asimismo una pauta de los trabajos que le costó la adquisicion de tantos datos nuevos ò poco comunes, para emprender la descripcion de estas provincias.

Sean cuales fueren los defectos que se noten en sus producciones, seria una injusticia reusarle el mérito de haberlas preparado en medio de tantos motivos de desaliento y disgusto.

Buenos Aires, Junio de 1836.

PEDRO DE ANGELIS.





DIARIO DE AZARA.

AÑO DE 1785.

(*Mes de Agosto.*)

Dia 19. Habiendo amanecido el tiempo bueno, salimos de la Asuncion á las 6½ de la mañana, llevando un soldado de la partida, un capataz y tres peones para el cuidado de treinta y dos caballos y ocho mulas que se graduaron necesarios para llegar á Villa Rica ó Caazapá. A las diez horas cuarenta y cinco minutos, llegamos al valle de Itaguá, habiendo caminado siete leguas y medias por caminos muy tortuosos, algunos pedazos con mucha arena suelta rojiza, y otros con no tanta. A las cuatro leguas poco mas, pasamos el arroyo que llaman Batura, que tiene su origen en el pago de Tayazuapé, y se forma de unos bañados, juntándose á muy poca distancia, de donde lo pasamos con el arroyo de las Salinas, que igualmente cortamos despues. Así este como aquel son arroyos de poca consideracion; el último tiene su origen de unos bañados formados de las aguas que filtran algunas colinas que le rodean, y desagua en la laguna Ipacaray: los dos se nadan cuando llueve mucho.

Todo el camino es por tierras no muy llanas y pobladas de árboles, á excepcion de algunos valles que no los tienen, sino á manchones: todo poblado de chácras, cuyas casas no son mas que ranchos de paja, y solo tal cual se vé de teja.

El valle de Itaguá es pequeño y bien poblado, á proporcion de su corta extension. No puedo decir á que número asciende su vecindario, porque no hubo quien me diera esta noticia, y solo pude saber que los frutos que cosechan son la mandioca, tabaco, maní, alguna caña de azucar, maíz y porotos, únicamente para mantenerse; pues solo tabaco cogen para vender.

Luego que llegamos, rectificamos el instrumento, y despues de haber compuesto de una pequeña dislocacion el espejo semi-azogado, hallamos el cero en los $300^{\circ} 46' 37''$ S. Hacia mucho viento, y sin embargo observamos $51^{\circ} 49' 48'' 75$ de altura meridiana del sol, que dieron de latitud $25^{\circ} 22' 07'' 45$; hecha la operacion con concepto á la atmósfera que estaba bastante cargada.

Demarcamos á juicio prudente, porque no se veian, los puntos siguientes:—El pueblo del Itá al S. $37^{\circ} 30'$ E., distancia, dos leguas: la capilla de Capiatá al N. $82^{\circ} 0'$, la misma distancia: la capilla de Luque al N. $31^{\circ} 0'$, distancia, cuatro leguas; la de San Lorenzo al N. $82^{\circ} 0'$, distancia como la anterior.

Salimos de la capilla de Itaguá á las tres horas treinta y un minutos de la tarde, y á las cinco horas cuarenta y ocho minutos llegamos á una chácra en el valle de Pirayú, en donde hicimos noche, habiendo caminado tres leguas y media por terrenos como los de por la mañana: algunos trechos montuosos, y otros atravesando valles poblados de chacras á una y otra banda, arena rojiza lo mas, y en partes tierra del mismo color, y arena blanca algo suelta en otros.

El valle de Pirayú tiene sobre siete leguas de largo; es formado por dos cordilleras de poca altura, que la una dista de la otra en algunos parages una legua y mas: es de una vista agradable y deliciosa, muy poblado de chácras, en donde se cosechan los mismos frutos que en Itaguá. Por su mediania corre á lo largo el arroyo que llaman Pirayú, que tiene sus vertientes en el extremo del sur, cerca del cerro de Paraguay, y desagua en la laguna Ipacaray, que tiene como tres leguas de largo, y una y media de ancho, y sirve de término á dicho valle por la parte del norte.

Dia 20. A las cinco horas cinco minutos de la mañana montamos á caballo, y á las cinco horas treinta minutos cortamos el arroyo de Pirayú, de que se ha hecho mencion. A las seis horas treinta minutos llegamos á la falda de la cordillera, habiendo encontrado algunas lagunitas, conceptuando haber andado una y tres cuartos de legua: subimos la cordillera que la forman pequeños cerros, de que resulta no ser muy áspera. A las ocho horas cuarenta y seis minutos, pasamos la capilla de la Cruz de los Milagros, que está situada en la cumbre de un pequeño cerro á la izquierda del camino: á las nueve pasamos el arroyo Piribebuy; á las nueve horas veinte minutos lo volvimos á pasar, y á las nueve horas cuarenta y tres minutos llegamos á la Capilla.

Desde que salimos del valle de Pirayú, siempre caminamos por entre cerrezuelos, que forman valles de muy poca extension, poblados de chacaritas, en donde cosechan los mismos frutos que en Pirayú, inclinándose mas estas gentes al costoso beneficio de la yerba. Desde la cumbre de la cordillera hasta Piribebuy ánduvimos cuatro leguas y cuarto por camino tortuoso, bastantes lagunitas; el terreno arena, así como el del valle de Pirayú.

Luego que llegamos, rectificamos el instrumento, y se halló el cero en los $300^{\circ} 39' 45''$, y tomada la altura meridiana del sol, que fué de $52^{\circ} 4' 45''$, se calculó la latitud de $25^{\circ} 27' 17'' 7$, atmósfera cargada.

Desde la capilla hicimos las demarcaciones siguientes:—Pirayú al sur 78° O.; distancia, seis leguas. Paraguay al sur 30° O.; distancia la misma. Distancia al pueblo de Tobaty, siete leguas; á la capilla de Nuestra Señora de los Milagros, tres y media leguas; todo á buen juicio. La que estimamos á la capilla de Pirayú es de siete leguas escasas; advirtiendo que por otro camino solo dicen que hay tres y media leguas, pero tiene en su contra el ser muy fragoso.

La feligresia de Piribebuy, segun nos informó su cura, tiene una jurisdiccion que comprende diez leguas de largo, en las cuales hay algunas vice-parroquias, para que no falte la administracion del pasto espiritual á 800 familias que componen como 6,000 almas, que están avecindadas en aquellos campos.

La iglesia es bastante grande, y su situacion no es mala, en medio de una plaza, formada por cuatro cuadras de ranchos de paja.

A las tres horas cuarenta y seis minutos, salimos de Piribebuy, (habiendo merecido particular obsequio al cura, en cuya casa nos hospedamos), y luego pasamos el arroyo de Piribebuy con agua á la rodilla del caballo; y á tres cuartos de legua, cortamos el Yaguayminí con la misma agua, habiéndonos dirigido por un camino bastante derecho, pero de tierras dobladas. A las cuatro horas cuarenta y ocho minutos, considerando haber andado dos leguas, demarcamos el lugar de la salida al norte 47° O., único punto que pudimos ver, sin embargo del buen deseo que teníamos de hacer lo mismo con la serrania de Villa-Rica, Capilla de Valenzuela y Paraguay, que ni á buen juicio pudimos demarcar, porque ninguno de los que nos acompañaban pudieron darnos las noticias que para ello se requerian. Continuamos el camino al sur 47° E., siempre por terrenos muy desiguales; en

algunos parages arena rojiza algo suelta, y en otros greda del mismo color: en las cumbres de las lomas mas elevadas vimos bastantes árboles, aunque en otros no los hay. Pasamos algunos pantanos y lagunas, solo una en que llegaba el agua al encuentro del caballo; las demas no tenian tanta. A las cinco horas nueve minutos, que considerabamos andadas dos leguas y tres cuartos, pasamos el arroyo Yaguay-guazú, que corre al este como el Miní, y se junta como á dos leguas, de donde cortamos el último, y unidos ván al Tobatiry, que tributa sus aguas al rio Paraguay, en el parage llamado Manduvira: cuando llueve recogen mucha agua, y es necesario pasarlos á nado. Llegamos por fin á la casa de D. Antonio Valenzuela, á las siete horas cincuenta minutos, conceptuando haber andado seis leguas y un cuarto, por caminos poco tortuosos. Aquí nos quedamos á dormir para oír misa el siguiente dia Domingo, atendiendo á que de ello, lejos de resultar atraso, nos era mas conveniente pasar de mañana lo mas áspero de la Cordillera.

Hasta las doce y tres cuartos de la noche, estuvimos con el circular en las manos dispuesto, con la esperanza de poder observar la altura meridiana de la luna: pero viendo que el anteojo hacia sombra á causa que el astro pasaba muy inmediato al cénit, fué forzoso dejarlo, aunque con bastante sentimiento.

Por las noticias que nos dieron, demarcamos á buen juicio los puntos siguientes:

Piribebuy al norte. 63° O.

Paraguay al sur 85° O., distancia nueve leguas.

La estancia de Yaguaron al sur 36° E.

La mediania de la sierra de Villa-Rica al sur 77° E.

La casa de D. Antonio Valenzuela tiene en su inmediacion una iglesia de tres naves, formadas por horcones ó postes, y una buena torre de madera, fabricada á costa del mismo Valenzuela, y situada en una loma de vista agradable. Sin duda es una de las mejores de la Provincia: tiene cincuenta y dos varas de largo, y veintidos de ancho: sus retablos que son tres, no dejan de ser regulares aunque de poco gusto, pero sí bien dorados. Está regularmente proveida de buenos ornamentos: en ella se administra el pasto espiritual á mucho vecindario que vive esparcido en las lomas y valles inmediatos.

Dia 21. A las ocho horas y treinta y un minutos de la mañana, despues de haber oido misa, salimos, y en una loma distante de dicha

casa como mil varas, y al sud de ella, demarcamos el cerro de Ybitimini al sud 26° E. Continuamos caminando al mismo rumbo por terrenos muy quebrados: á las nueve y doce minutos, pasamos con facilidad el arroyo Yacan-guazú, cuyas orillas están pobladas de árboles, y manifiesta traer mucha agua en tiempo de lluvias. Su nacimiento, segun nos informaron, está una legua al este del Paraguay, y sigue al este sud-este hasta entrar en el Tebicuarí-miní, como dos leguas mas arriba de Itapé, mas caudaloso por varios arroyuelos que se le juntan de diferentes cañadas de la Cordillera. A las nueve horas y treinta y seis minutos pasamos uno de ellos, y pudimos inferir sigue su curso al nord-este. A las nueve y cincuenta y un minuto pasamos otro como el anterior, y seguidamente empezamos á subir por lo mas áspero y elevado de la Cordillera. Atravesando varios pantanos y malezales, continuamos subiendo con mucho trabajo por lo fragoso del camino, hallando muchos árboles atravesados en las estrechas sendas, por donde con mucha dificultad caminábamos. Los caballos sentian mucho lo pedregoso del camino, y su suma desigualdad los hacia dispersar de una y otra banda, ocasionando al capataz y peones bastante trabajo para evitar su descarrio. Llegamos, por último, á lo mas encumbrado de la Cordillera, y la bajada fué mucho mas trabajosa que la subida, por tener algunos barrancos, que, á no ir con el mayor cuidado, se seguiria inevitablemente el rodar por ellos. Llegamos llenos de fatigas al llano, á las diez y cuarenta y cinco minutos, y pasamos un bañado muy pantanoso, y á las diez y cincuenta minutos cortamos un arroyo que llaman el Paso Hondo, desde donde seguimos al galope, para poder llegar á tiempo de observar la altura meridiana del sol en la estancia del Yaguaron; y efectivamente, llegamos á las once y veinte y dos minutos, habiendo seguido el rumbo del sud 35° E. desde el pié de la Cordillera. Al momento rectificamos el instrumento, y hallamos su cero en los $300^{\circ} 39' 45''$, y observamos $52^{\circ} 10' 42'' 5$, de altura meridiana del sol, los que dieron $25^{\circ} 41' 15'' 6$, hecho el cálculo, atendiendo á un poco de calima que tenia la atmósfera.

Hicimos á buen juicio las demarcaciones siguientes:

El cerro de Paraguay al norte $78^{\circ} 30' 0$: distancia siete leguas y tres cuartos.

El pueblo de Itapé al sud 65° E. distancia seis leguas.

El cerro de Ibitimini al sud 34° E. visto.

El curato de Ibitimini es de una larga estension, y no tiene mas que seiscientas almas empadronadas: las cosechas de estos vecinos consisten en caña de azucar, tabaco, mandioca y poco maiz.

El cura tiene lo físicamente necesario para vivir con mucha miseria.

Salimos á las tres horas 53 minutos, despues de haber descansado un corto rato, y caminamos sufriendo un excesivo calor por el rumbo del sud 38° E. y por terrenos llanos con varias manchas de árboles de trecho en trecho. A la derecha dejamos los cerros de Ibitimíní; á las cuatro horas diez minutos, pasamos el arroyo de Ibitimíní, distante del punto de la salida algo menos de una milla. Su curso sigue al nord-este, hasta juntarse con el Acan-guazú, sus orillas abundan en árboles, y los terrenos son como los anteriores. Luego pasamos un largo bañado bastante pantanoso, y demarcamos el camino que debíamos seguir al sud 61° E. y el cerro de Itapé al sud 76° E. visto dudoso: á las cinco horas quince minutos, pasamos el arroyo de Tacuarembó que, como el anterior, desagua en el Acan-guazú. A las cinco horas treinta y siete minutos, demarqué el cerro de Itapé al sud 73 grados E. y caminamos al sud 70 grados E. hasta las ocho horas quince minutos de la noche, que llegamos á la estancia de D. José Joaquin Achard, á donde hicimos noche por no ser posible pasar á esta hora el Tebiquarí-miní, ni el largo y pantanoso bañado que le precede.

El paso ó marcha fué al trote regular, á excepcion de cuando pasabamos las muchas lagunas y pantanos que hallamos en el camino; particularmente una de muy cerca de un cuarto de legua, en el que llegaba el agua á los corbejones del caballo. Atravesamos tambien algunos montes poco antes de llegar á dicha estancia; y conceptuamos haber andado seis leguas y media, conviniendo esto con lo que nos informaron.

Dia 22. Antes de marchar, demarcamos los puntos siguientes:

Lo mas elevado del cerro de Itapé al norte 76° E.

El paso de Achard en el Tebicuarí al sud 69° E.

Salimos á las nueve horas quince minutos, y despues de haber andado como tres cuartos de legua por un terreno algo pantanoso, llegamos á dicho paso á las nueve horas cinco minutos, en el que nos detuvimos cuarenta y cinco minutos en pasar en canoa nuestras personas y el equipage, y la caballada á nado. Puestos á la banda del este seguimos el viage por un terreno bastante doblado de mucho espartillo: bien poblado de árboles, y con algunos cortos pantanos: á las once horas quince minutos, llegamos al pueblo de Itapé, considerando haber andado desde el Tebicuarí tres cuartos de legua por el camino carretero, que dá bastante

vuelta. Inmediatamente que llegamos, compuse el instrumento que estaba algo dislocado, y hallé el cero en los 300' 29' 12" 5: observada la altura meridiana del sol 52' 20' 56" 25, resultó la latitud de 25° 51' 14" 75, atmósfera clara.

En el paso de Tebicuarí vimos una piragua nueva, capaz de cargar 14 arrobas de yerba, y otras que se estaban construyendo. Las orillas del río que están pobladas de árboles, forman barranca, pero las maderas de que se construyen las embarcaciones que vimos son de los montes inmediatos, de donde igualmente se sacan muchos tirautes, y trozos de cedro, que se conducen á Buenos Aires por el mismo río.

El pueblo de Itapé es el mas miserable y desdichado de la provincia: no contiene mas que 14 familias, que componen 65 personas de todas edades, las que viven en unos ranchos de paja muy infelices; solo hay 11 hombres de trabajo, y los demas se emplean en los oficios de cabildo. Tiene una pequena iglesia, cuya fábrica y ornamentos corresponden á la pobreza del pueblo; sin embargo de tener una estancia de 500 cabezas de ganado vacuno, 150 yeguas de cria, 50 mulas, 40 caballos, 55 bueyes y 7 carretas, en las cuales está afianzada la subsistencia del pueblo, conduciendo haciendas de los mercaderes de Villa Rica á la Asuncion, traguin en que tambien se emplean las mulas.

Tambien benefician anualmente 80 arrobas de tabaco torcido, que venden en la factoria de la capital.

Todas las semanas se les dá por su cura administrador racion de carne, y cada año cinco varas de lienzo de algodón á las mugeres, y un poncho, una montera y dos varas del mismo lienzo á los indios. Los enfermos gozan diariamente racion de carne: las indias hilan por tarea cuatro onzas de hilo algodón á la semana, que lo sacan de una libra que para ello les dá el cura. En tiempo de chacareo, que es en los meses de Agosto, Setiembre y Octubre, ademas de la tarea, se les obliga á sembrar algun maiz, arroz, mandioca, trigo y porotos, que todo lo consumen en su subsistencia. Los mas aplicados tienen sus chacaritas, y lo que en ellas cosechan lo disfrutan con absoluto dominio: las indias se ocupan tambien en hacer alguna loza, y su producto lo invierten á su beneficio. Para los que trabajan, se hace una comida comun, de la cual no prueban los demas. El gobierno es el mismo que el de un padre de familia, cuya cabeza es el cura, que no goza sueldo alguno.

El pueblo posee muchas y excelentes tierras, y propias para cria de ganados de todas especies: en ellas hay abundancia de montes de bue-

nas maderas, que no aprovechan por falta de gente para emprender tales faenas, y los españoles son los que disfrutan mucha parte de ellas. Los arrendatarios que viven en dichas tierras pagan al año diez pesos municipales, por cada cien cabezas de ganado que pastan en ellas.

Este pequeñísimo pueblo, por haberse reducido voluntariamente en tiempo de la conquista, que era un cacicazgo de 70 hombres de armas, los que con sus familias, emboscados en los montes de las orillas del Tebicuarí se mantenían de la pezca y caza, goza el privilegio de no tener encomienda alguna, de no pagar tributo, ni sufrir la carga de mandamientos de gobierno, que se reducen á las órdenes que se despachan á otros pueblos, para que determinado número de indios vayan á trabajar á las faenas particulares, en las que, aunque se les paga, es de tan mala suerte, que despues de haberles exigido el mayor trabajo, les hacen contentar con cuatro pesos municipales al mes, que se reducen á cuatro varas de lienzo, cuyo valor en buen dinero asciende á ocho reales de plata: agregándose á esto el inicuo dominio que ejercen sobre ellos, hasta llegar á términos de azotarlos siempre que se les antoja, sin que estos miserables tengan otro arbitrio que el de quejarse á su protector, en lo que nada consiguen.

En dicho pueblo demarcamos los puntos siguientes:

La estancia de Achard, al sud 71° O..

Lo mas elevado del cerro de Ibitiminí al norte, 85° O.

El de Itapé, al norte, 83° E.

El de Yariguamí, al sud, 63° O.

Lo mas norte de la sierra de Villa-Rica al norte, 58° E.

Lo mas sud de dicha sierra, con duda, al norte, 76° E.

El picacho mas elevado del extremo del norte, al norte, 63° E.

Otro picacho mas al sud, al norte, 71° E.

La Capilla de la estancia de Yaguaron, á buen juicio, al norte, 70° O.

Dia 23. Salimos de Itapé á las seis y media de la mañana dirigiéndonos al norte 58 grados E. por un camino algo doblado, con algunos pantanos y pequeñas lagunas: el suelo arena no muy suelta, y poblado el campo de islas de árboles, como las que dejábamos á una y otra banda: bastante espartillo se veía por todas partes. A las 6 horas 40 minutos llegamos á la primera cruz: á las 7 horas 13 minutos estábamos al pié del Cerro grande de Itapé: á las 7 horas 26 minutos nos dirigimos al norte 3 grados E. hasta las 9 horas 20 minutos, que seguimos al S. 12 grados E. habiendo dejado á las 8 horas 50 minutos la ca-

pilla de Giatí á la izquierda, muy inmediata al camino: á las 9 horas 45 minutos demarcamos el camino al norte, 20 grados E. que seguimos hasta las 10 horas 1 minuto que volvimos al sud 22 grados E. y á las 10 horas 25 minutos llegamos á la Villa Rica del Espíritu Santo; habiendo atravesado antes un monte de mas de un cuarto de legua, muy contiguo á dicha villa. La distancia andada fueron 6 leguas desde la primera cruz; y desde Itapé á esta un cuarto de legua.

Como 2 leguas y media antes de llegar á la Villa, encontramos todo el campo bien poblado de chácras. El camino como se puede inferir por los rumbos que seguimos, dá muchas vueltas, y como se dijo, parte del terreno es doblado: lo demas bastante llano. Consideramos una legua y cuarto de distancia, del pueblo de Itapé al Cerro grande del mismo nombre.

Luego que llegamos, pasamos á casa del Alcalde de primer voto, para que nos señalase alojamiento, y habiendo sabido que se hallaba en su chácara, nos dirigimos á la del Teniente Oficial Real que igualmente se hallaba en el campo, como el Alcalde de segundo voto. A vista de esto, y con mucha repugnancia, determinamos pasar á casa del cura, que por falta de otro recurso nos fué forzoso tomar este partido. Lo hallamos en ella, y el recibimiento que nos hizo fué con algun desagrado: mas al cabo el buen eclesiástico, *haciendo de tripas corazon*, compuso su semblante, y nos hospedó con agasajo. Luego preparamos el instrumento para tomar la altura meridiana del sol, sin rectificar mas que la perpendicularidad de los espejos, porque consideramos no habia tiempo para ello, dejando para despues el hallar el cero; y habiendo ajustado, notamos que el sol bajaba, lo que nos hizo persuadir bastante atraso en el relox, respecto á que no pudimos haber gastado tanto tiempo en las ya mencionadas diligencias.

A la tarde tomamos las alturas de sol, y azimuths que siguen, para averiguar la variacion de la aguja.

ALTURA DEL SOL.	AZIMUTHS.
<i>Grados, minutos, segundos.</i>	<i>Grados, minutos, segundos.</i>
250....43.....30.....	286....00.....00
253....18.....20.....	285....15.....00
255....08.....00.....	284....21.....00
256....19.....00.....	283....19.....00
258....43.....00.....	282....56.....00
260....35.....00.....	282....33.....00

Rectificado el instrumento, hallè el cero en los 300 grados, 29 minutos, 45 segundos.

No se han calculado estas observaciones, por no tener confianza en los azimuths que se tomaron con una aguja de las chicas de la coleccion, que no son nada á propósito para semejantes operaciones.

La Villa Rica del Espíritu Santo, de que voy á dar una corta noticia, tuvo su primer asiento junto al Salto grande del Paraná, en la banda del oeste.

Esta villa está situada en una pequeña altura, cercada por todas partes de espesos montes: á la banda del este, y á distancia de 8 á 10 leguas, hay una serrania de poca elevacion que corre N. S. Las calles estan tiradas á cordel, las mas de las casas son de paja, alguna hay de ladrillo y teja: todo manifiesta la suma pobreza del vecindario. La iglesia matriz se está edificando de nuevo, y su fábrica hace mas de cuarenta años que empezó: los franciscanos no tienen mal convento; en él se mantienen sus frailes de misa, y tres legos. Los hombres de armas se emplean únicamente en una guardia que se mantiene en la plaza, para hacer cumplir las providencias del gobierno, aunque en ocasiones se sacan algunos destacamentos para los destinos que el Gobernador Intendente les señala.

Lo político y económico está á cargo del Alcalde de primer voto, y el mando de armas al de un Comandante militar, el cual lo manda todo, cuando lo hacen Alcalde. El Cabildo se compone de dos Alcaldes ordinarios, uno provincial, algunos regimientos que estan vacantes, y el Procurador.

El Cura es igualmente vicario, y tiene un teniente que le ayuda en su ministerio. Su renta, segun nos informó, no pasa de 1800 pesos municipales, que en buena moneda han de ser menos de 450 pesos; porque le pagan sus derechos en yerba, maiz, mandioca, cera negra, ropa vieja de los difuntos, caballos viejos, y otras cosas de este tenor: de modo que, á no ser el noveno y medio que percibe de los diezmos, con lo que paga al sacristan y al teniente, fuera la renta muy corta.

El principal giro de estos vecinos es conchavarse, para los beneficios de la yerba, á los que emprenden estas faenas, las cuales son lucrativas en ciertos casos á los amos, y nunca á los peones, que trabajando barbaicamente niñgun adelanto consiguen: porque, sobre pagarles la yerba que trabajan con generos, dan estos tan subidos de precio que aseguran todos que es un asombro. Los troperos ó beneficiadores son tan tiranos,

que hasta el machete con que los peones cortan la yerba, lo alquilan; y esto dá bien á entender lo que harán en órden á lo demas. Ya se sabe que los toros que llevan para la mantencion de los peones, se venden á estos á buen precio; resultando de tanta usura, que como los peones antes de ir á sus beneficios se empeñan cuanto pueden, cuando han trabajado alguna cosa toman *las de Villadiego*, y deján al beneficiador con sus ideas frustradas: estos tambien suelen ser engañados de los mercaderes habilitadores. Ultimamente lo que sucede á los habilitadores, troperos y peones no es fácil de comprender. Varios sugetos me han hablado sobre el particular con bastante admiracion, sin saber en que consiste el poco adelanto de la mayor parte de los que se dedican al beneficio de la yerba. Los parages á donde esta se produce distan de la villa 35 ó 40 leguas, y los mas pingues algo mas.

Tambien se dedican al chacareo, y cosechan buen tabaco de hoja, alguna caña de azucar, maiz, mandioca, porotos y otras menestras, y algun trigo. De este cosecháran mucho mas si pudieran expenderlo, porque el terreno es á propósito para este precioso grano, el cual muelen con molinos de mano, que sobre dar mucho trabajo, se consigue poca harina, y de mala calidad al dia.

Los vecinos mas acomodados tienen estancia: hay una que aseguran tiene 4000 cabezas de ganado, las demas, que llegarán á 14, tienen de 1000 á 2000. El convento de San Francisco tiene la suya con 3000.

Estos vecinos consumen algunos géneros de Castilla, que conducen de Buenos Aires y de la Asuncion, mercaderes de poco principal, los cuales permutan por yerba y tabaco.

Dia 24. A las 8 y 35 minutos, despues de haber oido misa, salimos dirigiéndonos al S. 21 grados E., hasta las 9 horas y 45 minutos, que fuimos al S. 46 grados O: á las 10 y 17 minutos, seguimos al S. 47 grados E: á las 11 y 11 minutos pasamos el arroyo Yacan-miní: á las 11 y 29 minutos llegamos á la estancia de D. José Lopez de Villa-Mayor, habiendo caminado cuatro y media leguas, por unos caminos algo tortuosos, con algunos bañados y pantanos. Los terrenos, arena y tierra colorada, y en pocas partes blanquisca, son algo doblados, cubiertos de pajonal y espartillo, bastante poblado de chacaritas en las orillas de los montes, que dejábamnos á una y otra banda. El arroyo Yacan-miní tiene su nacimiento en la serrania de Villa Rica, y su curso es del E. al O., hasta desaguar en el Tebicuarí-miní.

Luego que llegamos, rectificquè el instrumento, y hallé el cero en

los 300 grados, 29 minutos, 46 segundos, y observé la altura meridiana del sol 52 grados, 57 minutos, 18 segundos, que dieron de latitud 25 grados, 55 minutos 53 segundos atmósfera clara.

En el mismo parage hicimos las demarcaciones siguientes:

Lo mas elevado del Cerro grande de Itapé al N. 47 grados O.

La mas elevado del chico al N. 69 grados O.

El picacho mas N. de la serrania de Villa Rica al N. 38 grados E.

Los demas puntos de dicha serrania no se demarcaron, porque no se veían.

A las 3 horas 20 minutos montamos á caballo, y caminamos al S. 23 grados O., hasta las 3 horas 45 minutos, que seguimos al S. 12 grados E.; y por este rumbo llegamos á las 4 horas 50 minutos al Yacan-guazú, distante de Villa-Rica 7 leguas, y de la estancia donde observamos $2\frac{1}{2}$. Este riacho nace en la falda de la sierra de Villa-Rica, y corriendo E O. vá à desaguar al Tebicuarí-miní, que dista de donde cortamos dicho riacho, 14 cuerdas de $63\frac{1}{3}$ varas cada una. Cuando llegamos, encontramos en su orilla seis ú ocho hombres, que con dos *pelotas* nos aguardaban para pasarnos de órden del Comandante militar de Villa Rica: á los 15 minutos estuvimos en la otra banda, y seguimos caminando por el rumbo anterior, hasta las 6 horas 15 minutos, que llegamos á la casa del Comisionario de aquel partido, D. Juan José de Villanueva, distante del Yacan-guazú $1\frac{3}{4}$ leguas.

El camino que seguimos es bastante derecho; el terreno en algunos parages es algo desigual, siendo lo mas llano, de que resulta haber algunos bañados y pantanos. La mayor parte del terreno está cubierto de pajonal y espartillo, y casi todo poblado de chácaras en las orillas de los montes: el piso, arena no muy suelta, roja, mezclada en algunas partes con tierra blanquecina.

Día 25. A las 6 y 30 minutos salimos en caballos del comisionario Villanueva, y empezamos á caminar por el rumbo del S. 64 grados O., hasta las 6 y 35 minutos, que llegamos á la primera estancia del pueblo de Caazapá, llamada Santa Bárbara, desde donde seguimos al S. 47 grados E., y por este rumbo llegamos, á las 7 horas y 7 minutos, á un gran bañado muy pantanoso, formado por el riacho llamado Hernandarias, que nace de unas cañadas inmediatas, que estan al E. del camino, y hasta desaguar en el Tebicuarí-miní, corre al O. A las 7 horas y 37 minutos demarcamos el camino al S. 70 grados E., y seguimos á este rumbo hasta las 8 y 21 minutos, que volvimos al S. 26 grados E., por un monte bas-

taute delicioso: pero, como los demas, lleno de garrapatas, que se pegan en todas partes, y llegan á ser de un considerable tamaño, causando bastante escozor la picada: en ocasiones, y aun conseguido desprenderlas, siempre queda la cabeza dentro, que suele causar una llaga. A las 8 horas 35 minutos demarcamos el pueblo de Caazapá al S. 88 grados E., por cuyo rumbo llegamos á él á las 9 horas 32 minutos. El camino forma algunos pequeños rodeos en los rumbos á que se demarcó, para salvar los muchos bañados que se encuentran. El terreno forma algunas lomas suaves; y á una y otra banda, algo distante, se vé bien poblado de árboles que forman islas: la tierra es blanquecina, hasta una legua del pueblo, que empieza á ser rojiza, mezclada con alguna arena del mismo color, no muy suelta. La marcha fué al trote corto, fuera de los bañados, que caminábamos paso á paso: la distancia andada la regulamos de cuatro y media leguas.

Luego que llegamos, rectificamos el instrumento, y hallamos el cero en los 300 grados, 29 minutos, 46 segundos 5: despues observamos 53 grados, 2 minutos, 47 segundos, 75 de altura meridiana del sol, que dió 26 grados, 9 minutos, 53 segundos 75, de latitud; atmósfera clara.

Considerando no ser precisos los caballos para transportarnos al pueblo de Yuty, respecto á que el cura de Caazapá nos ofreció los necesarios, se despacharon los que llevábamos, con órden al capataz y peones, que á los diez ó doce dias estuviesen con otros descansados en la estancia de Espínola, cerca de la confluencia del rio Tebicuarí con el del Paraguay.

A la tarde tomamos los azimuths y alturas del sol siguientes:

AZIMUTHS.	ALTURA DEL SOL.
<i>Grados, minutos, segundos.</i>	<i>Grados, minutos, segundos.</i>
287....15.....00.....	251....37.....00
286....34.....00.....	253....05.....00
285....55.....00.....	254....31.....30
286....07.....00.....	255....59.....30 dudosa.
Los azimuths que siguen tienen el cero en los 180 grados.	
104....15.....00.....	257....40.....00
103....83.....00.....	259....35.....00

Estas observaciones no las calculamos, por igual razon que las de Villa Rica.

El pueblo de Caazapá está perfectamente situado, en una loma que domina una dilatada campiña: tiene 4 cuadras de largo y otras tantas de ancho, fabricadas de ladrillo y cubiertas de teja, con sus corredores á la calle, sobre pilares del mismo material para resguardo del sol. La iglesia está en medio de la plaza; es de mala fábrica, y se está arruinando. Se trata de hacer otra nueva, luego que el tiempo presente oportunidad para ello.

La antigüedad de este pueblo se ignora, porque ni se conserva documento justificativo de su fundacion, ni menos tradicion alguna: unicamente se pudiera saber por los libros parroquiales, pero estos no tienen principio ni fin. Se sabe que el venerable Fray Luis de Bolaños fué uno de los primeros conquistadores espirituales, y que los religiosos franciscanos anunciaron el evangelio á estos indios.

Los indios tienen sus chacaras particulares inmediatas al pueblo, ademas de las del comun, y en todas hay abundancia de naranjos dulces. Cosechan en ellas maiz, porotos, habas, mandioca, caña, &c.

En los dilatados y hermosos campos que este pueblo posee, comprendidos de N. á S., entre los rios Yacan-guazú y Piraporarú, cuya estension es de mas de 16 leguas, y de E. á O. por la serranía de Villa-Rica, y los rios Tebicuarí-miní y guazú, hay avecindados varios arrendatarios, que pagan á proporeion del terreno que ocupan. Tiene el pueblo sobre treinta y tres mil cabezas de ganado vacuno, repartido en diez estancias, y seis puestos; nueve mil yeguas de cria, tres mil caballos, incluso potros y redomones, 1400 mulas, las mil mansas, y las 400 chúcaras, 3000 ovejas, 150 cabras, 500 burras, 800 bueyes y 22 carretas nuevas.

El Cabildo se compone de un corregidor, dos alcaldes ordinarios, cuatro regidores, alferes real, alcalde provincial, alguacil mayor, otro menor, alcalde del campo, dos alcaldes de la Santa Hermandad y un mayordomo.

El número de almas que contiene este pueblo llega á 900; entre ellas hay 120 matrimonios, y 150 indios de trabajo, de los cuales se sacan los que se mandan de mita á los encomenderos, y los que se remiten á la fábrica de tabaco torcido de San Lorenzo: de suerte que apenas quedan los precisos para el cuidado de las estancias, y aquellas faenas indispensables que se ofrecen en el pueblo; y sin embargo se remiten á la gran factoria de la Asuncion sobre 250 arrobas de tabaco torcido, que se fabrican, en cuya faena se emplean tambien mugeres y niños.

El principal ramo de comercio de este pueblo es el beneficio de la yerba, que se trabaja con peones conchavados, por no alcanzar los indios para esta faena. La felicidad de tener los beneficios inmediatos, que por real merced disfrutaban igualmente que el pueblo de Yuty, hace que no á mayor costo consigan anualmente de 3 á 4000 arrobas, sin las que pagan los arrendatarios, que todas se invierten en efectos de Castilla, para adornar la iglesia, y tambien dicen que en vestir á los indios: pero esto no me parece ser muy cierto, porque todos se presentan, exceptuando los que andan sin camisa que son muchos, con ropa del pais. El almacén no carece de géneros, y muchos mas tuviera si pagáran al pueblo lo que deben, que asciende á la cantidad de 53,850 pesos de plata, que restados de 11,750 que debe, resultan en su favor 42,100.

Ahora seis años estaba el pueblo empeñado, sus estancias exhaustas de ganados, y parecia que por todos lados caminaba á su total ruina: pero las oportunas providencias del actual Gobernador, repararon el estrago que le amenazaba, relevando á su Cura administrador, y poniendo al actual que le gobierna, quien por todos títulos manifiesta el esmero de su ajustada administracion.

La iglesia tiene muchos ornamentos preciosos, bordados de realce, unos y otros de tisú, y bastantes de brocato. Tiene seis blandones de plata, que cada uno pesa 49 marcos, dos atriles de lo mismo, de un considerable peso, una gran cruz parroquial, y dos ciriales, todo de buen trabajo: seis varas de palio, cuatro calices nuevos de plata sobredorada, y tres viejos, cuatro juegos de vinageras con sus platillos, todo nuevo; las crismeras del Santo Oleo tambien nuevas, aguamanil para la sacristia, y dos jarros para el comulgatorio, sin incluir otras varias piezas que sirven para adorno del altar. Ademas tiene dos copones de oro, ambos de un trabajo superior: el uno mas rico que el otro, claveteado de esmeraldas, rubies y topacios, primorosamente trabajado, en cuyo esmalte se representa la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo; el otro es liso, y tambien de gusto; un caliz en todo semejante al primer copon, y se trata de hacer unas vinageras correspondientes.

Hay tambien muchos vestidos ricos; los cuales sirven al Corregidor, Cabildo y Cabos militares, en los dias de mucha festividad, y en los que reciben á los Gobernadores y Obispos, cuando ván á sus visitas, para cuyos casos tienen ricos jaeces de caballos, que se componen de muy buenas sillas, mandiles y tapariendas, bordados de realce, unos y otros de terciopelo galoneado, chapeados, pretales y espuelas de plata. Tienen igualmente 356 marcos de plata, en fuentes,

platos, jarros, cubiertos y otras piezas, que se emplean en las visitas de dichos Señores, y en los días de la conversion de San Pablo, tutelar del pueblo.

El gobierno es paternal; el cura administrador es un religioso franciscano que sirve sin sueldo ni sinodo, ni obvencion alguna, y egerce sobre los indios las mismas facultades que un padre de familia, corrigiendo los defectos que cometen, tanto en lo espiritual como en lo temporal, y les subministra lo que han menester en orden á vestuario, y por lo que hace á manutencion se les dá dos veces á la semana racion de carne en comun, y á los que trabajan en las faenas del pueblo, se les dá diaria, de carne y miniestras.

Los indios tienen dos dias á la semana para sus trabajos particulares, y en tiempo de chacareo se les conceden semanas enteras, sin que esto embarace el que vayan despues á trabajar á las chàcras de la comunidad, cuyos frutos se invierten en mantener á los que trabajan en las faenas públicas, y en socorrer á los que necesitan semillas para sus chàcras. Las indias se ocupan en hilar una libra de algodón todas las semanas; esto es cuando lo hay, y con el hilo se tejen lienzos para el consumo del pueblo.

Demarcamos la estancia de Santa Ana al S. 43 grados O: la serrania de Villa Rica no se veia por la mucha calima. El cerro de Itapé tampoco se veia, por causa de un monte que lo ocultaba.

Dia 26. A las 7 horas 26 minutos de la mañana salimos de Caazapá en caballos del pueblo, y cinco indios encargados de acompañarnos y cuidarnos hasta el pueblo de Yuty. Caminamos por terrenos algo doblados, de tierra algo roja, mezclada con arena en algunas partes, y en lo demas tierra blanquecina, cubierta de espartillo, y algun pajonal en las cañadas ó bajios. El cura nos acompañó como media legua, y dió orden á los indios que nos guiasen por el mejor camino, encargándoles nos asistiesen con cuidado en las estancias de Santa Ana y Jesus Maria, pertenecientes al mismo pueblo. A las 9 horas 50 minutos llegamos á la primera, considerando haber caminado de cuatro y media, á cinco leguas, con algun rodeo para salvar algunos pantanos y bañados: sin embargo pasamos varios, ninguno de consideracion.

Luego rectificamos el instrumento, que hallamos con alguna dislocacion en los espejos, que compusimos, y resultó el cero en los 300 grados 29 minutos 37 segundos. Observé con bastante trabajo

por el mucho viento, la altura meridiana del sol, de 53 grados 18 minutos 11 segundos, que dió 26 grados, 16 minutos 43 segundos 8 de latitud: atmósfera clara.

Demarcamos lo mas elevado del cerro de Santa Rosa al S. 23 grados O.

El de Itapé al N. 16 grados O.

El de Santa Maria de Fé no se veía, ni la serrania de Villa Rica.

Esta estancia está perfectamente situada en una loma de hermosa vista: tiene una capilla muy regular y buenos alojamientos. Los campos son excelentes para crias de ganados de todas especies; en algunas partes se vén montes de árboles, siendo lo mas tierras limpias.

Salimos de la estancia de Santa Ana à las 2 horas 55 minutos de la tarde, dirigiéndonos al S. 31 grados E., por terrenos semejantes à los de por la mañana; y no muy distantes, diferentes islas de árboles, como en la costa que ibamos dejando à la izquierda, que toda ella era montuosa. A las 4 horas 5 minutos empezamos à caminar al S. 41 grados E, y los terrenos empezaban à descubrirse muy llanos, anunciándonos los bañados y pantanos que nos habian dicho debiamos pasar. A las 4 horas 46 minutos nos dirigimos al S. 36 grados 30 minutos E., habiendo pasado diferentes bañados y pantanos de bastante extension: à las 5 horas 42 minutos seguimos al S. 45 grados E.; continuando cada vez mas los bañados y pantanos. Costeabamos un monte que dejábamos à la izquierda, y à la derecha descubriamos unos campos dilatados con bastantes islas de árboles. A las 6 horas 30 minutos continuamos al S. 37 grados E.; y à las 7 horas 24 minutos llegamos à la estancia de Jesus Maria, última del pueblo de Caazapà, despues de haber atravesado en las inmediaciones de esta estancia los bañados pantanosos mas dificiles que se encuentran en las siete leguas que anduvimos.

Esta estancia está situada sobre una pequeña loma: su vista es muy agradable, y casi tan deliciosa como Santa Ana: tiene su capilla y dos cuartos, en que con bastante comodidad se pueden alojar algunos sujetos de forma: ademas tiene una cuadra de cuartos de buena fábrica, para los indios que habitan allí. Es digna de alabanza la idea del administrador, que fabricó estas capillas, proporcionando por este medio el alivio de un regular hospedage à los viageros, à tan poco costo del pueblo como se puede inferir, supuesto que nada mas que el poco fierro que se gastò en cerraduras y bisagras, ten-

dria que comprar. Y aunque hay algunos que pretenden que la decadencia que tuvo el pueblo en tiempo de la fábrica de ellas no procedió de otra cosa, es absolutamente falso porque á nadie se le oculta que el verdadero motivo de empobrecer fuè el pago de gruesas facturas, que aseguran tomó el pueblo por meras condescendencias, y tuvo que satisfacer con yerba, que era lo que queria el acreedor.

Solo en las estancias de Caazapá se encuentra regular hospedage: las demas de esta provincia, á excepcion de tal cual, son miserables; ellas no tienen mas que ranchos de paja destituidos de toda comodidad. Por lo comun, cuando llueve no hay lugar que esté reservado del agua, haciéndose dentro charcos y pantanos que casi los hacen inhabitables. A vista de esto hay quien dice que las estancias de Caazapá tienen mas de lo muy preciso, y que el que dispuso se hicieran las capillas y cuartos, invirtió los bienes del pueblo en superfluidades, haciendo obras inútiles á los indios.

Dia 27. Salimos de Jesus Maria para Yuty á las 6 horas 37 minutos de la mañana, que empezamos á caminar por el rumbo del S. 45 grados E. hasta las 8 horas 24 minutos que llegamos al rio Piraporarú, en el que encontramos una canoa bastante buena, y en ella pasamos á la otra banda, tardando en esta faena bastante, á causa de estar el rio muy crecido. A las 9 horas 26 minutos continuamos nuestro camino por el rumbo del N. 74 grados E. y á las 10 horas 55 minutos llegamos al pueblo de Yuty. Graduamos 2 leguas de distancia de Jesus Maria al Piraporarú, y desde aquí á Yuty $2\frac{1}{4}$; las primeras las anduvimos por caminos de pocas vueltas, de tierra blanquecina, y alguna arena en partes, y en otras negras con la misma arena, y las segundas por un rodeo bastante grande. Todo el terreno, hasta llegar al rio, es llano, y por esta razon se encuentran muchos bañados pantanosos, que en tiempo de aguas se hacen intransitables, particularmente una legua del rio. Son tantos los que hay, que apenas se sale de uno se entra en otro, de tal suerte que se pueden reputar por uno. El rio Piraporarú tiene sus orillas estendidas, y vestidas de árboles: antes de llegar á él se costea como $\frac{1}{6}$ de legua por un monte muy frondoso, y abundante de naranjos agrios y otros árboles crecidos. Pasado el rio sigue el terreno horizontal, de la misma calidad que el anterior, con bastantes bañados pantanosos, hasta una legua distante de Yuty, en que ya se empieza á subir por lomas y terrenos designales de tierra colorada, todo poblado de chácras de los indios de dicho pueblo.

Inmediatamente que llegamos, compuse y rectificué el instrumen-

to, y hallé el cero en los 300 grados 27 minutos 13 segundos. Seguidamente observé 53 grados 20 minutos 6 segundos 5 de altura meridiana del sol, que dió 26 grados 35 minutos 54 segundos 6 de latitud, estando la atmósfera clara.

El Cura administrador nos dió noticia de los sugetos encargados del apresto de las canoas, que nos dijo estaban hechas, y que desde luego podriamos sin mayor demora emprender la navegacion por el rio Tebicuarì (que era el principal objeto del viage), ofreciéndonos cuantos auxilios pendiesen de sus facultades. Nos dió noticia del único práctico que podia servirnos, á quien inmediatamente se llamó para tratar con él sobre el particular: así se verificò aquella noche, quedando en que el 29 nos largariamos sin falta, no habiendo reparo por parte de los encargados en la habilitacion de las canoas, que igualmente nos ofrecieron aquella noche tener echa la balsa para el medio-dia de dicho 29.

Dia 28. Hallamos el cero en el instrumento en los 300 grados, 27 minutos, 32 segundos 5, y observamos 53 grados, 41 minutos, 1 segundo 25 de altura meridiana del sol, que calculando la latitud

Resultó de.....26°..36'..15".. ²⁵ } atmósfera clara.
La de ayer fué de..26 ..35 ..54 ..6 }

Latitud media.....26 ..36 ..04 ..42 5

Por la mucha calima se demarcaron à buen juicio, desde la torre de la iglesia los puntos siguientes:

El cerro de Santa Rosa al S. 50 grados O.

El de Santa Maria de Fé, al S. 51 grados O.

Este pueblo està situado sobre una loma que domina los campos de sus inmediaciones, todos son alegres, y en partes cubiertos de frondosas islas de árboles, y en otros de montes seguidos, que producen buenas maderas, propias para edificios, y construccion de embarcaciones que remiten á Buenos Aires por el rio Tebicuarì. Lo material del pueblo se reduce á cinco cuadras de casas, todas viejas, que no llegan à cerrar la plaza, porque dos lados de esta, cada uno tiene dos cuadras, el tercero una, y el cuarto las casas de los curas, con habitaciones para los Gobernadores y Obispos, cuando van à sus

visitas, y ademas diferentes oficinas, como son almacen del pueblo y piezas para alojar varios sugetos. La iglesia no está perfectamente en medio de la plaza, y su espalda está casi contigua á la citada casa de los curas: es de un grandor regular, de tres naves, formadas por unos postes que sostienen el techo; manifiesta una antigüedad considerable, y por todas partes dà à entender mucha vejez, é igualmente que las casas, necesita pronto reparo. Ademas de la iglesia parroquial, tiene el pueblo fuera de la plaza y frente de dicha iglesia, una capilla dedicada á San Roque, cercada toda de naranjos dulces, despues de los cuales siguen diferentes chacaritas que continuan al rededor del pueblo.

Por tradicion constante se sabe que el V. P. F. Luis de Bolaños, del órden de San Francisco, redujo á estos indios à nuestra Santa Fé, por los años de 1580, cuya circunstancia ha hecho que religiosos de las misma órden hayan doctrinado este pueblo, administrando su temporalidades, que en el dia no son muy crecidas, à causa del atraso en que se hallaba al ingreso de actual cura administrador; quien habiendo hallado solo 5700 cabezas de ganado vacuno en las estancias, ha conseguido en dos años y medio el laudable aumento de 7000, que todos se mantienen en sus estancias, en las que hay tambien 2000 yeguas de cria, 700 caballos, 400 mulas mansas, mas de 400 bueyes, y 1300 ovejas. Los campos que posee este pueblo son buenos para cria de ganados, y se extienden desde el rio Piraporarú hasta el Guayracay de E. à O., distante uno de otro 14 leguas, y de N. à S. 44, contenidas entre el rio Colorado por la parte del S., y por la del N. las cabezeras del Tebicuarí-guazú. Tambien posee por real merced, concedida el año de 1619 por D. José Villenes Mereciente, siendo Gobernador y Capitan General de esta Provincia, excelentes y ricos yerbales, en los cuales se ha beneficiado en estos dos años y medio 16,600 arrobas de yerba, las que se han empleado en satisfacer deudas atrasadas, y en la compra de toros y mulas para el adelantamiento del pueblo.

En las tierras que le pertenecen hay 150 arrendatarios, que satisfacen anualmente el importe del terreno que ocupan, y estan sugetos en lo temporal al comandante militar, y juez comisionario del partido de Bovi, y en la espiritual, al cura doctrinero de este pueblo.

La iglesia tiene ricos ornamentos, vasos sagrados muy decentes, y blandones de plata, aunque no como en Caazapá.

La riqueza de este pueblo consiste, como en Caazapá, en el beneficio de la yerba, único giro que produce conocida utilidad; y fue-

ra mayor esta, si por el rio Tebicuary se remitiera á Buenos Aires, y no que se hace conducir à la Asumpcion. En los montes hay sujetos à quienes por 200 pesos, que cada uno ha satisfecho al pueblo, se les ha concedido un año de corte; ésto es, que en el término de un año puedan cortar toda la madera que se les anteje, sin señalarles determinado número de peones, de suerte que estos hombres, dejaron los montes en donde trabajan en estado de no poderse sacar en muchos años un palo de provecho, segun ellos mismos nos digeron. Las maderas las remiten à Buenos Aires por el Tebicuary, en *itapás*, que son unos armatostes de tirantes y trozos de cedros, de figura de un paralelepípedo, y en garandumbas y piraguas, especies de embarcaciones muy propias para navegar con mucha carga en poca agua. Cada árbol de cedro vale en el monte regularmente dos reales, y los que son propios para tirantes, uno: pero los costos de conducir son muchos.

El número de almas asciende á 686 de todas edades: solo hay 165 indios de trabajo, inclusive los de encomienda, y estos tienen que atender à todas las faenas del pueblo, y ademas al cultivo y beneficio del tabaco torcido que anualmente remite à la factoria de la Asumpcion hasta 150 arrobas: y hubiera remitido mucho mas este año, si la impericia del maestro, que por cuenta del Rey dirige el trabajo, no hubiera dado lugar à que 16 mil plantas, hubiesen producido por su descuido un tan corto número de arrobas.

El Cabildo consiste en un corregidor y su teniente, dos alcaldes ordinarios, un provincial, alferez real, alguacil mayor, cuatro regidores, dos alcaldes de la Hermandad, dos procuradores, un alcalde de tambo y un secretario. La jurisdiccion del corregidor, se extiende à corregir los leves defectos de los indios, con facultad de castigarlos hasta con cincuenta azotes: la de los alcaldes se reduce à lo mismo, bien que en quanto à los azotes no pueden pasar de seis.

Dos indios, à quienes llaman *Curuzuyás*, que por lo comun son los mas ancianos, tienen el encargo de recorrer todas las mañanas las habitaciones de los demas, para ver si hay alguno que esté enfermo, y dar cuenta, para socorrerle con lo que la urgencia requiera. Estos empleos, que son vitalicios, no dejan de ser apetecidos, porque los que los ejercen no trabajan mas que en cocinar á los enfermos, y por consiguiente no comen mal.

Las indias van á la iglesia con unas túnicas; las viudas la llevan negra, y las casadas y solteras blanca; á este ropage llaman *tipoy*; los brazos los llevan dentro, y el pelo tendido sobre las espaldas, de modo que se presentan con bastante reverencia y devocion. En los rosarios y procesiones van en dos filas, una detras de otra, y los Curuzuyás están encargados de que no se perturbe el buen órden. Los indios van con su traje ordinario de poncho, &c.; y llevan flechas y lanzas, por una costumbre heredada de sus antepasados, que sin duda viene de las continuas invasiones de los indios infieles, que tenían que resistir continuamente, allá en los primeros años de la conquista. El gobierno es idéntico al de Caazapá, por lo que omito referir cuanto en el particular pudiera decir.

Dia 29. Salimos de Yuty á las 7 horas 46 minutos de la mañana, dirigiéndonos por lomadas y terrenos algo quebrados, de tierra colorada, por el rumbo del N. 56 grados E., hasta las 8 horas 25 minutos, que fuimos al S. 85 grados E, por cuya direccion llegamos á un pequeño riacho que corre N. S. á las 8 horas 35 minutos, desde el cual seguimos al E. por un terreno semejante al anterior. A las 8 horas 40 minutos entramos en un monte muy espeso, siguiendo el mismo rumbo, hasta las 9 horas 8 minutos, que salimos de él á un pequeño prado, en el que encontramos un obrage de maderas en donde nos detuvimos 13 minutos, y luego continuamos al E. N. E., por otro monte tan espeso como el que acababamos de pasar, hasta las 10 horas 5 minutos, que llegamos al obrage del sugeto encargado de la formacion de la balsa, que se estaba concluyendo en el rio, muy cerca de dicho obrage. Desde luego nos pareció imposible el vencer la corriente para navegar rio arriba, atendiendo á la mala calidad de las canoas y á su pesadez.

Despues de compuesto el instrumento de una pequeña dislocacion, resultó el cero en los 300 grados 88 minutos 52 segundos, y observé 54 grados 3 minutos 31 segundos de altura meridiana del sol, que dió 26 grados 35 minutos 21 segundos 3 de latitud, atmòsfera muy cargada de calima y humo. Desde el citado obrage demarcamos el embarcadero al N. 81 grados E. á medio cuarto de legua de distancia.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. do c. tas
3½	1	5	1	5	6
4	2	1	2	0	6
4½	2	3½	2	2	6
5	2	2	2	2½	6
5½	2	0	2	"	"

A las 3 horas 2 minutos de la tarde nos embarcamos con el práctico y seis indios, cuatro bogantes, y dos espadilleros, que el cura de Yuty facilitó, habiendo quedado con él que nos tendria prontos tres toros y dos carneros en el paso de Yuty. Los víveres que llevábamos consistian en tres gallinas, un poco de biscocho, alguna sal, y una bolsa de yerba: únicos efectos que pudimos acopiar, porque el país no ofrece otra cosa. Empezamos á navegar rio abajo con el mayor cuidado que se puede imaginar, porque no bien acabábamos de apuntar un rumbo, cuando ya era preciso hacer nueva demarcacion: el que mas, no duraba tres minutos, siendo la mayor parte de ellos de uno y medio, y dos minutos: por último, es cosa que maravilla ver las vueltas que dá este rio, pareciendo cosa imposible el que su curso sea tan sumamente tortuoso, corriendo por tierras llanas. El práctico nos dijo, que cuando mas, se podrian navegar cuatro leguas, aguas arriba, desde el parage donde nos embarcamos. A las 5 horas y 56 minutos paramos, porque ya no se veia: las orillas del rio son de tierra y arena, barrancosas, pobladas de árboles, y de dos varas de altura, adonde mas; aunque en pocas partes se ven algunas pequeñas playas de arena, à causa de estar el rio bajo, y en otras algunas piedras. Cuando crece, suben las barrancas é inundan los campos inmediatos. Tambien se hallan muchos raigones de árboles clavados en el fondo, que estorban el paso, y como manifiesta la tabla, solo hallamos seis cuartas de agua en donde sondamos: al principio conceptuamos tendria el rio de ancho 20 varas, pero á la noche juzgamos pasaria de 30.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. do c. tas
6 $\frac{1}{2}$	1	6 $\frac{1}{2}$	1	6	7
7	2	4	2	2	
7 $\frac{1}{2}$	2	0	2	2	7
7	2	3	2	1 $\frac{1}{2}$	
7 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3	8
9	2	1	2	2	
9 $\frac{1}{2}$	2	1	2	1	
10	2	4	2	2 $\frac{1}{2}$	10
10 $\frac{1}{2}$	2	3	2	3 $\frac{1}{2}$	
11	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3	10
12 $\frac{1}{2}$	2	3	0	4	
1	2	4 $\frac{1}{2}$	2	4	
1 $\frac{1}{2}$	2	4 $\frac{1}{2}$	2	4 $\frac{1}{2}$	
2	2	3	2	4	11
2 $\frac{1}{2}$	2	1 $\frac{1}{2}$	2	2	
3 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	
3	2	6 $\frac{1}{2}$	2	5	11
4	2	3	2	4 $\frac{1}{2}$	
4 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	2	3	
5	2	2	0	6	12

Día 30. Despues de haber pasado malísima noche, por la suma abundancia de mosquitos, y por la indecible incomodidad de la balsa, nos largamos á las 6 horas 8 minutos de la mañana, y seguimos navegando aguas abajo con el mayor cuidado á fin de que no se nos pasase alguna vuelta de las muchas que dà el rio, como manifiesta el plano, lo que nos causaba un trabajo tan continuado

y molesto que solo los facultativos son capaces de comprender. A las 6 horas 26 minutos dejamos la banda de un arroyo que segun nos dijo el práctico no tiene nombre. A las $7\frac{1}{4}$ pasamos por el puerto de Molar: á las 7 horas 20 minutos, por el que llaman de Itanguá. A las 7 horas 39 minutos dejamos la laguna que tambien llaman de Itanguá á la banda del N. A las 8 horas 45 minutos dejamos á la misma banda otra laguna llamada Yaguapuiayú, que tendrá poco menos de un cuarto de legua de largo, y algo menos de ancho: á las $10\frac{3}{4}$ dejamos á la banda del S. el arroyo Guayracay, y á las 11 paramos en un parage á propósito para colocar el horizonte artificial y observar la altura meridiana del sol.

Las orillas del rio siguen barrancosas y por lo comun muy pobladas de árboles y cañas tacuaras, á excepcion de algunos parages que forman pequeñas playas de arena, y en muy pocos se ven anegadizos. Continuamente encontrábamos palos secos clavados en el fondo, que nos causaban no poco trabajo, así como muchas ramas que sobresalen de la barranca: esta es en parages mas elevada que en otros, no pasando, en donde mas, de cuatro varas. El ancho del rio es vario, pues en algunas partes tiene como 40 varas, y en otras no pasa de 25.

Rectificado el instrumento se halló el cero en los 300 grados 27 minutos 57 segundos 5. Altura meridiana del sol, 54 grados 19 minuto 3 segundos 75, la que dió 26 grados 41 minutos 50 segundos 45 de la titud: atmósfera muy cargada.

A las 12 horas 23 minutos nos largamos, siguiendo en los mismos términos que por la mañana: las vueltas continuaban casi sin darnos lugar á ponerlas en el papel, muchos raigones nos embarazaban el paso, y era preciso mucho cuidado para que no desfondasen las canoas. A las 3 horas, 24 minutos dejamos, á la banda del N. el arroyo Yacan-guazú, que pasamos á la ida de Yuty al obrage, donde se hicieron las canoas. A las 4 horas, 13 minutos dejamos á la banda del N. un pequeño arroyo que no tiene nombre, y á las 4 horas, 41 minutos llegamos al paso de Nuestra Señora del Rosario de Yuty, habiendo varado en unas piedras que forman un arrecife poco antes.

Las orillas del rio siguen en los mismos términos que por la mañana: la ramazon que sobresale de las barrancas nos daba bastante que hacer, y por las señales de los árboles se conocia que cuando el rio está muy crecido inunda todos los campos inmediatos, subiendo mas de cinco varas.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
6½	2	2	0	2½	3
7	2	3	2	2½	
7½	2	3½	2	3	
8	2	3	2	3	15
8½	2	2	2	2½	
9	2	0	2	1	10
9½	2	3½	2	1½	
10	2	4	2	4	
10½	2	4	2	4	
11	2	2	2	3	8
11½	2	1	2	1½	
1½	2	3	1	1½	16
2	3	0	2	5	
2½	2	3	2	5	20
3½	2	2	2	2½	
3½	2	3	2	2½	
4½	2	4	2	3½	13
4½	2	3	1	3	

Día. 31. A las 6 horas 25 minutos nos largamos, despues de haber embarcado los tres toros enarqueados, alguna carne fresca, y los dos carneros que compramos al cura de Yuty, graduando habria suficiente para llegar á parage donde pudiesemos embarcar víveres en caso de necesitarlos. Continuamos como el dia anterior, sin tener lugar para nada, siempre con el mayor cuidado, poniendo sobre el papel las muchas vueltas que se ofrecian, y apuntando todos los rumbos. A las 6 horas 39 minutos pasamos por el puerto de Franco, en el que vimos una piragua capaz de cargar de nieve á diez mil arrobas. A las 7 horas 8 minutos dejamos á la banda del N. un arenal, por donde antes seguia el rio: á las 7 horas 37 minutos pasamos por el puerto de Cáceres: á las 8 horas 20 minutos empezó á llover, pero tuvimos la fortuna que no continuó: á las 11 horas 13 minutos pasamos por el puerto de Riquelme, y á las 11 horas 30 minutos paramos á comer en una pequeña playa de arena, junto á un arroyo llamado Pirity, cuyas vertientes estan inmediatas á las del Aguapey, que desagua en el Paraná, entre Itapua, y San Cosme, y

ambos nacen de un estero. El ancho del rio y sus orillas, como ayer; muchos raigones clavados en el fondo, y nada mas particular. El cielo estaba muy toldado, y no se pudo tomar la altura meridiana del sol. A la una y 15 minutos, nos largamos: á las 2 horas 15 minutos dejamos á la banda del S. una pequeña laguna, ó desaguadero: á las 3 horas, 34 minutos dejamos á la banda del N. una boca por donde antes corria el rio, y en su inmediacion otra por donde salian las aguas: á las 4 horas 17 minutos paramos en el puerto de D. Ignacio Rojas.

El rio sigue dando muchas vueltas, y con muchos raigones en que continuamente envestiamos. La barranca, como queda dicho, algunas playas de arena muy cortas, y en pocos parages, pajonal sobre la barranca. En algunas partes no pasaria de 25 varas la distancia de orilla á orilla, y en otras llegaria á 40. En dicho puerto demarcamos la estancia de D. Ignacio Rojas al S. 14 grados E., distancia un cuarto de legua.

(Mes de Setiembre.)

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
7	2	0 $\frac{1}{2}$	1	3	8
7 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	2	
8	2	3	2	3	
8 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3	8
9	2	1 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	
9 $\frac{1}{2}$	2	2	2	2 $\frac{1}{2}$	
10	2	6 $\frac{1}{2}$	2	4	
10 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	5	11 $\frac{1}{2}$
1 $\frac{1}{2}$	2	4	2	4	
2	2	1 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	16
2 $\frac{1}{2}$	2	6	2	3 $\frac{1}{2}$	
3	1	6 $\frac{1}{2}$	2	3	12
3 $\frac{1}{2}$	2	5 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	
4	2	4	2	4 $\frac{1}{2}$	
4 $\frac{1}{2}$	2	1	2	2 $\frac{1}{2}$	
5	2	3 $\frac{1}{2}$	2	2	
5 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	10
6	2	2	1	0	

Día 1.º A las 6 horas 39 minutos nos largamos, estando el tiempo con mucha apariencia de llover: á las 8 horas 29 minutos dejamos la madre principal del rio, y seguimos por un reventadero de 12 á 15 varas de ancho, por donde corrian las aguas con bastante rapidez: á las 8 horas 32 minutos entramos en la madre principal del rio. A las 9 horas 5 minutos la volvimos á dejar, y navegamos otro reventadero, en el que hallamos muchos raigones que nos dieron bastante trabajo para desenredarnos de ellos. A las 9 horas, 13 minutos caimos á la madre del rio: á las 9 horas, 55 minutos dejamos á la banda del S. la boca del rio Arequita, que tiene su nacimiento en un estero en medio campo: á las 10 horas, 13 minutos paramos.

El tiempo se compuso, y habiendo rectificado el instrumento hallé el cero en los 300 grados, 28 minutos, 10 segundos; observé 54 grados, 57 minutos, 10 segundos de altura meridiana del sol, la que dió 26 grados, 46 minutos, 37 segundos 9 de latitud, atmósfera clara. Hallamos el reloj 25 minutos atrasado.

A la 1 nos largamos: á la 1, 54 minutos dejamos á la banda del S. una laguna de corta estension, que por sus orillas barrancosas, mas bien parecia arroyo: á las 2 horas 29 minutos, dejamos por la misma banda otro pequeño arroyo: á las 3 horas 40 minutos dejamos por la propia banda una boca que abrieron las aguas, y en ella corrian mas que en la madre principal: á las 3 horas 51 minutos dejamos la correspondiente: á las 4 horas 8 minutos empezó á llover: á las 4 horas, 10 minutos dejamos por la banda del S. un pequeño arroyo: á las 4 horas, 40 minutos dejamos otro arroyuelo por la banda del N., á nuya hora dejó de llover, habiendo caido una fuerte manga de piedra y mucha agua: á las 5 horas 42 minutos, porque ya no veíamos, paramos.

Las orillas del rio y todo lo demas, igual á los dias anteriores.

Día 2. Amaneció lloviendo y tronando tempestuosamente, con un furioso ventarrón que casi arrancaba los cueros de que llevabamos hecha una pequeña carroza para el resguardo del sol y de las aguas. Así pasamos toda la noche con la mayor penalidad, enteramente mojados, unos encima de otros, y aguardando por instantes que las canoas se llenasen de agua, de la mucha que sin cesar caía de las nubes. El viento ce-aba á ratos, y los mosquitos nos molestaban sin tener medio de librarnos de ellos: continuó así hasta las diez, que por haber amainado un poco, pudimos encender fuego á costa de no poco trabajo, para secar nuestra ropa. El tiempo se mantuvo sin darnos esperanza de poder observar, y á las 12 horas 22 minutos nos largamos: á las 2 dejamos por la banda del N. un pequeño arroyuelo: á las 3 horas 29 minutos dejamos por la misma banda otro mas considerable: á las 4 horas 45 minutos dejamos por la banda del S. una pequeña laguna: á las 5 horas 10 minutos, por la misma banda, otra mayor: á las 5 horas 35 minutos dejamos por la banda del N. la boca del rio Piraporarú que manifiesta ser de bastante caudal, debiendo resultar esto de lo crecido que lo vimos. Demarcamos su curso al E, y notamos que tendria de ancho, en donde se junta con el que navegamos, como 50 varas: á las 5 horas 54 minutos dejamos por la propia banda una pequeña laguna, y á las 6 paramos.

H.	M.	B.	M.	B.	F. do c. tas
12 $\frac{1}{2}$	2	00	00	4	12
1	1	5	1	6	
1 $\frac{1}{2}$	3	0	2	2 $\frac{1}{2}$	
2	1	5	2	2 $\frac{1}{2}$	
2 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	2	0	8
3	1	6 $\frac{1}{2}$	2	1	
3 $\frac{1}{2}$	2	4	2	1 $\frac{1}{2}$	
4	2	0	2	2	
4 $\frac{1}{2}$	2	1 $\frac{1}{2}$	2	0 $\frac{1}{2}$	13
5	2	0	2	0 $\frac{1}{2}$	
5 $\frac{1}{2}$	2	1 $\frac{1}{2}$	2	0 $\frac{1}{2}$	
6	3	0	2	4	16

Hasta la confluencia del Piraporarú navegamos en los mismos términos que los días anteriores, sin notar ninguna diferencia en las orillas del río: pero luego que se junta con el Piraporarú su caudal es mayor, las vueltas algo mas separadas, las barrancas no tan elevadas, no descubriéndose, como antes, tantas playas de arena; y su ancho en algunas partes seria como de 70 varas.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
6½	3	0	1	0	24
7	3	0	3	0	
7½	2	3½	2	5½	
8	2	0	2	2	
8½	2	3½	2	1½	22
9	2	0	2	1½	
9½	2	4½	2	2½	
10	2	3½	2	3½	32
10½	2	3½	2	3½	
11	2	5½	2	4½	
1½	2	5	2	5	24
2	2	3½	2	4	
2½	2	5½	2	4½	
3	2	0	2	2½	
3½	3	0	2	3½	
4	2	4½	2	5½	18
4½	2	2½	2	3½	
5	2	3½	2	3	8
5½	2	3	2	3	
6			1	6	

Día 3. A las 6 horas, 20 minutos nos largamos, con buen tiempo, aunque fresco. A las 6 horas, 55 minutos dejamos por la banda del S. una pequeña laguna: á las 6 horas 59 minutos demarcamos lo mas elevado del cerro de Santa Maria de Fé, al S. 49 grados O: á las 7

horas 21 minutos dejamos por la banda del S. otra laguna : á las 7 horas 30 minutos dejamos por la banda del N. otra lagunitas : á las 7 horas 55 minutos demarqué lo mas elevado del cerro de Santa Rosa al S. 11 grados O: á las 8 horas 20 minutos dejamos por la banda del S. otra lagunita : á las 9 horas 7 minutos dejamos por la del N. otra: á las 9 horas 13 minutos dejamos por la misma banda un pequeño arroyo : á las 9 horas 25 minutos dejamos por la banda del S. una laguna como las anteriores : á las 9 horas 30 minutos, no llevando mas andar que el de la corriente, echamos la corredera, y andabamos una milla y seis brazas : á las 9 horas 58 minutos dejamos por la banda del N. otra pequeña laguna : á las 10 horas 25 minutos dejamos la principal madre del rio, y entramos por un brazo del mismo, dejando en su inmediacion por la banda del N. un pequeño arroyo : á las 10 horas 40 minutos demarcamos lo mas elevado del cerro de Santa Rosa al S. 8 grados E, y á la misma hora entramos en la madre del rio : á las 10 horas 44 minutos demarcamos lo mas elevado del cerro de Santa Maria de Fé al S. 25 grados O: á las 11 dejamos por la banda del N. la boca de un reventadero, y poco despues la correspondiente, por donde salian las aguas: á las 11 paramos.

El cielo, aunque con nubarrones, estaba bueno, y desde luego pensamos en tomar la altura meridiana del sol, para lo que rectificamos el instrumento, cuyo cero le hallé en los 300 grados, 28 minutos 10 segundos, y observé 55 grados, 45 minutos, 30 segundos de altura del sol, que dió 26 grados, 42 minutos, 26 segundos 5 de latitud, atmósfera clara.

A la 1 nos largamos : á la 1 hora 18 minutos dejamos por la banda del S. una pequeña laguna : á las 2 horas, 40 minutos demarqué lo mas elevado del cerro de Santa Maria de Fé, al S. 12 grados O, y el de Santa Rosa al S. 14 grados E: á las 3 horas 24 minutos dejamos á la banda del S. una boca del mismo rio: á las 3 horas 35 minutos dejamos por la banda del N. un pequeño arroyuelo: á las 3 horas 57 minutos dejamos por la misma banda otra boca como la anterior, y despues otra correspondiente á la primera: á las 4 horas 8 minutos dejamos por la banda del N. la correspondiente á la segunda: á las 4 horas 38 minutos llegamos al paso de Santa Rosa, en donde el rio se estiende mas, y en su inmediacion hay unas piedras que solo se ven cuando el rio está muy bajo: desde dicho paso al pueblo de Santa Rosa se computan cuatro leguas. A las 5 horas 53 minutos paramos.

La barranca mas elevada no pasaria de dos y media varas; el rio le hallamos muy limpio de raigones en su mediania ; su ancho como de 70 varas, sin salir de su cauce. En algunos parages notamos anegadizos y

desaguaderos de varios malezales, y las vueltas no tan frecuentes como antes, estendiéndose las canchas mucho mas, respecto lo navegado anteriormente, pues hasta 16 minutos seguimos á un rumbo.

Día 4. A las 6 horas 35 minutos nos largamos con el tiempo nublado, habiendo llovido parte de la noche, pero sin causarnos mayor incomodidad, porque la lluvia fué sin viento. A las 7 horas 49 minutos llegamos á la confluencia de los dos Tebicuarys-guazú y miní: la boca de este, que estaba crecido, tendrá como 60 varas de ancho, y se demarcó al N. 15 grados E. A las 7 horas 54 minutos, dejamos por la banda del N. un pequeño arroyo: á las 8 horas 14 minutos dejamos por la banda del S. una boca que corresponde á este rio; y á las 8 horas 43 minutos dejamos su correspondiente. A las 8 horas 51 minutos demarcamos lo mas elevado del cerro de Santa Maria de Fé, al S. 10 grados 30 minutos E. A las 9 horas 14 minutos dejamos por la banda del S. una laguna: á las 9 horas 17 minutos dejamos por la banda del N. un arroyo que no tiene nombre. A las 11 horas pasamos por un parage donde hay piedras en el fondo, que nunca se descubren, y la barranca de la parte del N. se compone de ellas: á las 11 horas 53 minutos paramos en la banda del S., frente de una restinga de piedras.

No se tomó la altura meridiana del sol, porque sobre haber llovido toda la mañana, á medio dia estaba todo cerrado.

A la 1 hora 30 minutos nos largamos: á las 2 dejamos por la banda del N. un reventadero, que internado medio cuarto de legua forma una laguna: á las 2 horas 17 minutos dejamos por la banda del S. un arroyo que no tiene nombre: á las 3 horas 3 minutos dejamos por la banda del N. otro: á las 3 horas 9 minutos dejamos otro á la banda del S., y á la misma dejamos á las 3 horas 30 minutos una boca del mismo rio; y á las 3 horas 35 minutos paramos, porque se preparaba una gran tormenta, que luego descargó sobre nosotros mucha agua. Habiendo cesado de llover, nos largamos á las 5 horas: á las 5 horas 1 minutos estabamos frente de la boca que corresponde á la anterior, cuyo brazo forma una isla como todos los demas. A las 5 horas 13 minutos dejamos por la banda del N. otra boca, y á las 5 horas 39 minutos dejamos á su correspondiente: á las 6 horas 3 minutos paramos, estando lloviendo.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
7	2	3½	2	2½	
7½	2	3½	2	3½	23
8	2	2½	2	3	
8½	2	2½	2	2½	
9	3	0	2	4½	
9½	3	0	3	0	24
10	2	0	2	3½	
10½	2	5½	2	2½	40
11	3	0	2	6	9
11½	2	3	2	5	
12	2	4½	2	3	9
2	2	2	2	2	16
2½	2	5½	2	3½	
3	2	3	2	4	
3½	3	0	2	5	
5½	2	4½	2	4½	12
6	2	3½	2	4	9

Graduamos que lo mas ancho del rio navegado este dia, llegaria como á 120 varas, y lo mas estrecho no pasaria de 60: limpio de raigones todo el cauce, las barrancas como de 2½ varas las mas elevadas; conociéndose bien, que cuando el rio está crecido las cubre, é inunda los campos inmediatos. En varios parages se veian desagaderos y anegadizos de los mares cercanos, sin embargo de que ya descubrimos, á una y otra banda del rio, terrenos firmes, propios para ganados, y no tierras bajas y pantanosas, como las inmediatas al rio navegado en los anteriores dias.

Dia 5. A las 6 horas 50 minutos, habiendo aclarado algo, nos largamos con alguna niebla: á las 6 horas 53 minutos dejamos por la banda del N. un arroyo poco considerable: á las 7 horas 7 minutos dejamos por la banda del S. otro algo mayor: á las 7 horas 21 mi-

nutos dejamos otro por la banda del N, y à las 7 horas 30 minutos, por la misma, dejamos el Mbuyapey, por el que bajan á este rio jangadas de trozos, de á dos y de tres, para formarlas mayores en el rio en que estamos. A las 8 horas 21 minutos dejamos por la misma banda un arroyo: á las 8 horas 56 minutos dejamos una laguna á la banda del S., y seguidamente á la del N. dos piedras grandes, que cuando está el rio bajo se descubren. A las 9 horas 22 minutos dejamos por la banda del S. una boca que corresponde á este rio. A las 9 horas 32 minutos dejamos por la banda del N. el arroyo Yaguary que viene cortando el campo, y no deja de ser de algun caudal cuando entra en este rio.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. do c. tas
7	2	3½	0	6	
7½	2	0	2	2	10
8	2	3	2	1½	
8½	2	3½	2	3	
9	2	4½	2	4	10
9½	2	5½	2	5	
10	2	5½	2	5½	10
2	2	0	1	0	
2½	2	2	2	1	8
3	2	5½	2	3½	
3½	2	3½	2	4½	8
4	2	3½	1	5	
4½					
5	2	3	2	0	
5½	2	3	2	3	8
6	2	1	2	2	

A las 9 horas 45 minutos dejamos por la banda del S. la boca correspondiente á la anterior: á las 9 horas 59 minutos dejamos por la banda del N. una laguna, como las anteriores: á las 10 horas parámos en el paso llamado Mburicaci, muy inmediato á la estancia de D. José Antonio Cabañas, que está sobre la misma barranca.

No se pudo observar la altura meridiana del sol, porque estuvo toda la mañana lloviendo, ni pudimos demarcar los cerros de Quiquid y Tatuquá por la mucha cerrazon.

A la 1 hora 45 minutos nos largamos: á la 1 hora 54 minutos dejamos por la banda del N. un arroyo que se forma por unos bañados no muy lejos: á las 2 horas 39 minutos empezamos á costear una pequeña isla, y á los 2 minutos ya la dejamos por la banda del S: á la propia banda dejamos, á las 2 horas 54 minutos, un arroyo que no tiene nombre: á las 3 horas 16 minutos dejamos por la banda del N. una laguna que llaman Iberá: á las 3 horas 34 minutos empezamos á costear otra isla, y á las 3 horas 42 minutos la dejamos por la banda del S: á las 3 horas 51 minutos paramos en el paso de Santa Maria de Fé, en donde tomamos una res y algunos carneros para continuar nuestro viage; porque el charque que sacamos del paso de Yuty, y el poco biscocho que embarcamos, fué preciso echarlo al agua, por haberse podrido. A las 4 horas 35 minutos nos largamos: á las 4 horas 49 minutos empezamos á costear una isla que dejamos por la banda del S. á las 4 horas 54 minutos. A las 5 horas 6 minutos demarcamos lo mas elevado del cerro de San Fernando al S. 62 grados 30 minutos O. A las 5 horas 22 minutos dejamos por la banda del N. un arroyo, y á las 6 horas 17 minutos paramos.

Encontramos el rio tan ancho como ayer, las barrancas tan elevadas: en algunas partes se ven limpias de árboles y ramazon, y solo hay sobre ellas pajonal; tambien vimos algunas playas de arena, y varios anegadizos y desagaderos. Los campos de una y otra banda hermosos, poblados de ganados, bastantes lomas, y algunos cerrezuelos de poca altura.

Dia 6. Amaneció cubierto todo de una espesa niebla, por cuya razon nos largamos á las 7 horas 21 minutos: á las 7 horas 26 minutos dejamos por la banda del S. un arroyo, y una pequeña isla á las 8 horas 5 minutos: á las 8 horas 25 minutos dejamos por la banda del N. un arroyo: á las 11 horas 3 minutos pasamos por un arrecife de piedras, en donde sondamos nueve cuartas de agua, y cuando el rio está bajo apenas tiene una, descubriéndose muchas piedras de banda á banda. Este arrecife procede de un cerrezuelo que hay á la banda del N. E.: á las 12 horas paramos, no habiendo podido observar la altura meridiana del sol, porque toda la mañana estuvo nublado.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. do c. tas
7 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	0	6	
8	2	3	2	3	24
8 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	
9	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3	
9 $\frac{1}{2}$	2	3	2	3	10
10	2	3 $\frac{1}{2}$	2	3 $\frac{1}{2}$	
10 $\frac{1}{2}$	2	4	2	3 $\frac{1}{2}$	
11	2	6 $\frac{1}{2}$	2	5	
11 $\frac{1}{2}$	2	0	2	3 $\frac{1}{2}$	
12	2	3	2	1	24
2	2	0	2	0	14
2 $\frac{1}{2}$	2	6	2	3	
3	2	3	2	4 $\frac{1}{2}$	
3 $\frac{1}{2}$	2	5	2	4	
4	2	4 $\frac{1}{2}$	2	4 $\frac{1}{2}$	
4 $\frac{1}{2}$	2	5	2	5	
5	2	4	2	4 $\frac{1}{2}$	
5 $\frac{1}{2}$			1	3 $\frac{1}{2}$	

A las 2 horas nos largamos: á las 3 horas 3 minutos dejamos por la banda del N. un pequeño arroyo: á las 4 horas 13 minutos dejamos otro por la banda del S: á las 5 horas 14 minutos dejamos por la banda del N. una laguna, y á las 5 horas 57 minutos paramos porque no se veía.

La barrancas, y todo lo demas enteramente como ayer, continuando los anegadizos y desaguaderos, procedidos de la creciente del rio. Los campos no tan buenos, por ser mas bajos.

Dia 7. A las 6 horas 20 minutos nos largamos: á las 7 horas 34 minutos dejamos por la banda del S. el arroyo Aguaray, que tiene su origen en unos malezales inmediatos: á las 9 horas 35 minutos paramos, porque el viento arreció tanto por el N. que las canoas en las canchas que corren N S. embarcaban bastante agua. No pudimos observar la altura meridiana del sol, porque estaba nublado. Habiendo abonanzado algo el viento, nos largamos á las 12 horas 37 minutos: á las 2 horas 7 minutos dejamos por la banda del N. una laguna: á las 3 horas 31 minutos dejamos otra por la del S, y á las 5 50 minutos paramos.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
6½	2	4	0	6	
7	2	5½	2	4½	24
7½	2	5	2	5½	
8	2	2	2	3½	
8½	2	4	2	3	
9	2	2	2	3	
9½	1	2	1	5½	22
1	1	6	1	6	24
1½	2	3½	2	1	
2	2	3½	2	3½	
2½	2	1	2	2	
3	2	5	2	3	
3½	2	1½	2	3	28
4	2	3	2	2½	
4½	3	0	2	5	
5	2	5½	2	6	
5½	2	4½	2	5	
6			1	5	

Hallamos el rio mas ancho que ayer, pues en partes llegaría como á 200 varas, siendo por lo comun de 150 á 200. Las barrancas como los dias anteriores, sin ninguna diferencia, con varios anegadizos y desaguaderos.

Dia 8. A las 6 horas 20 minutos nos largamos, habiendo su-

frido casi toda la noche continuas tormentas de truenos, vientos y agua, de la que no pudimos preservarnos de ningun modo, por la suma incomodidad, y falta de abrigo de la balsa. A las 7 horas 53 minutos dejamos por la banda del N. una laguna: á las 10 horas 19 minutos dejamos otra por la banda del S, y á las 10 horas 49 minutos dejamos otra por la misma banda: á las 11 horas dejamos á medio rio una pequeña isla de sauces, y á las 11 horas paramos.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
6½	2	0		4½	
7	3	0	2	3½	32
7½	2	2½	2	4½	
8	2	3½	2	3	
8½	2	5	2	4	
9	2	2	2	3½	
9½	2	4	2	3	12
10	3	0	2	5½	
10½	2	5½	2	6	
11	2	3½	2	4½	10
1	2	4½	0	4½	
1½	2	4½	2	4½	32
2	2	4½	2	4½	
2½	2	6	2	5	
3	2	4½	2	5½	
3½	2	3	2	3½	30
4	2	3½	2	3	
4½	2	1	2	2½	
5	2	2	2	1½	
5½	2	0	2	1	
6	2	2	2	1	
6½				5½	

No pudimos observar la altura meridiana del sol, por estar todo nublado.

A la 1 hora 52 minutos nos largamos: á las 2 horas 7 minutos dejamos por la banda del S. una boca que corresponde á este rio,

y á las 4 horas 17 minutos dejamos su correspondiente. A las 4 horas 55 minutos demarcamos lo mas elevado de la serrania de Montiel al N. 63 grados E; á las 5 horas 45 minutos dejamos por la banda del S, una laguna: á las 6 horas 8 minutos dejamos á medio rio una pequeña isla de sauces que la creciente tenia anegada, y á las 6 horas 10 minutos paramos.

El ancho del rio, lo mismo que ayer, las barrancas, lo propio; muchos anegadizos llenos de sauces y otros árboles: los campos todos bajos.

Dia 9. A las 6 horas 15 minutos nos largamos: á las 6 horas 36 minutos dejamos por la banda del S. la boca de un brazo de este rio, por donde igualmente se navega. A las 6 horas 40 minutos nos hallabamos frente de la boca del rio Negro, la cual se demarcó al E: es como de 20 varas de ancho, y parece que su curso sigue al N. Dicen tiene su origen en un gran estero que no está muy lejos; que le llaman el Estero Bellaco.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
6 $\frac{1}{2}$	1	5 $\frac{1}{2}$	0	6	32
7	1	5 $\frac{1}{2}$	1	5 $\frac{1}{2}$	
7 $\frac{1}{2}$	1	3	1	4	
8	2	0	1	5	
8 $\frac{1}{2}$	2	2 $\frac{1}{2}$	2	1	40
9	1	6	2	1	
9 $\frac{1}{2}$	2	0	1	6 $\frac{1}{2}$	
10	1	6	1	6 $\frac{1}{2}$	
10 $\frac{1}{2}$	1	5 $\frac{1}{2}$	1	6	
11	1	0	1	2	38
11 $\frac{1}{2}$	1	3	1	1 $\frac{1}{2}$	
1	2	0	1		
1 $\frac{1}{2}$	2	0	2	0	
2	1	5	1	6	
2 $\frac{1}{2}$	1	6	1	5 $\frac{1}{2}$	27
3	1	2 $\frac{1}{2}$	1	4	
3 $\frac{1}{2}$	1	5 $\frac{1}{2}$	1	4	40
4	1	5 $\frac{1}{2}$	0	3	

A las 7 horas 3 minutos dejamos por la banda del N. una laguna: á las 7 horas 14 minutos dejamos la boca correspondiente á la anterior: á las 7 horas 40 minutos dejamos la madre principal del rio, y seguimos por un brazo bastante ancho, por donde el viento no nos incomodaba tanto: á las 8 horas 5 minutos demarqué lo mas elevado de la serranía de Montiel al N. 66 grados E: á las 8 horas 59 minutos entramos en la madre del rio: á las 9 horas 23 minutos empezamos á costear una isla que dejamos, á las 9 horas 26 minutos, toda inundada con la creciente del rio: á las 10 horas 13 minutos dejamos por la banda del S. una laguna algo considerable, y á las 11 horas 35 minutos paramos junto á una estancia.

Rectificado el instrumento, hallé el cero en los 300 grados 28 minutos 20 segundos, y observé 53 grados 16 minutos 45 segundos de altura meridiana del sol, que dió 26 grados 26 minutos 14 segundos, 9 de latitud, atmósfera clara.

A las 12 horas 45 minutos nos largamos sin haber comido ni tomado nada en toda la mañana, porque la carne se habia acabado, y dos carneros que nos quedaron estaban tan flacos que no se podian comer. En la estancia inmediata nada se encontró, y así nos fué forzoso ir en busca de otra en donde pudiesemos matar una res: á la 1 hora 30 minutos empezamos á costear una isla de sauces, que dejamos á los 5 minutos. A las 3 horas 30 minutos dejamos por la banda del N. la boca de una laguna, y á las 3 horas 33 minutos paramos próximos á una estancia, en donde se compró un buen novillo, y nos quedamos aquí para que todos comiesen con descanso.

Todo el dia vimos el rio fuera de madre; todos los campos inundados, sin duda de la creciente del rio Paraguay, que debe contener las aguas que bajan; pues advertimos que la corriente era mucho menor que los dias anteriores. En muy pocos parages se veia barranca, y esta de muy poca elevacion: sin embargo notamos que el alveo del rio seria tan ancho como ayer.

Dia 10. A las 6 horas 40 minutos nos largamos: á las 8 horas 3 minutos dejamos por la banda del S. una laguna. A las 9 horas 40 minutos dejamos por la misma banda otra: á las 10 horas 40 minutos, otra, y por la del N. un arroyo que tiene comunicacion con el rio, aunque esta solo con canoa se puede verificar. A las 11 horas 19 minutos perdimos la madre del rio, y nos fué preciso navegar fuera de ella por que la inundacion era tan considerable que por todos lados cubria mu-

cho campo, y por algunos llegaba á formar horizonte, no viéndose mas que algunas islas de árboles: esto no nos hubiera impedido seguir por la madre del rio, si la marejada que causaba el viento récio del S E. no lo hubiera estorbado, precisándonos á presentarle popa, único medio de conseguir no embarcasen agua las canoas. Aun en tiempo que el rio no está tan crecido, se estiende bastante en este parage que llaman la Laguna Cané: pero cuando está bajo, las orillas de una y otra banda son barrancosas.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. ^{do} c. ^{tas}
7	1	6	1	1 $\frac{2}{3}$	38
7 $\frac{1}{2}$	1	5	1	5 $\frac{1}{2}$	
8	1	2 $\frac{1}{2}$	1	3 $\frac{1}{2}$	
8 $\frac{1}{2}$	1	4	1	4	
9	1	5	1	5	
9 $\frac{1}{2}$	1	2 $\frac{1}{2}$	1	3 $\frac{1}{2}$	
10	1	4 $\frac{1}{2}$	1	3 $\frac{1}{2}$	
10 $\frac{1}{2}$	1	3	1	3 $\frac{1}{2}$	40
11	1	3 $\frac{1}{2}$	1	3 $\frac{1}{2}$	
11 $\frac{1}{2}$	1	6 $\frac{1}{2}$	1	5	
12	1	5	1	5 $\frac{1}{2}$	
1 $\frac{1}{2}$	1	5	0	2 $\frac{1}{2}$	
2	1	5	1	5	40
5 $\frac{1}{2}$	1	3	1	3	44
6	1	3	1	3	
6 $\frac{1}{2}$	1	5	1	4	

A las 11 horas 32 minutos entramos en la madre del rio, que se podia conocer por una calle que forman los árboles de sus orillas, en donde continuamos sin sentir el viento, que poco antes nos habia incomodado tanto, y no veiamos tierra en donde poder atracar para observar la altura méridiana del sol. A las 11 horas 55 minutos dejamos por la banda del N. una laguna, que nos dijo el práctico conserva bastante agua cuando el rio está bajo, que se equivoca con él cuando se está algo distante de ella. A las 12 horas 3 minutos en-

tramos por un reventadero, porque el viento nos estorbó continuar por la madre del río. A las 12 horas 12 minutos nos amarramos á un árbol: así comimos un pedazo de carne asada, admirando que en cuanto alcanzaba la vista, no se veía un palmo de tierra por ningún lado, solo parecían los árboles y en algunas partes blanqueaba el agua sobre el pajonal. A la 1 hora 54 minutos nos largamos. A las 2 horas 7 minutos salimos de la madre del río, y continuamos en ella hasta las 2 horas 35 minutos, que fué preciso amarrarnos á un árbol por el mucho viento que causaba bastante marejada capaz de anegar las canoas. A las 4 horas 57 minutos, habiendo abonanzado algo el viento, nos largamos, y paramos á las 6 horas 35 minutos, amarrandonos á un árbol.

Aunque la inundación era tan considerable, como se ha dicho, asegurándonos el práctico no haber visto otra igual durante el tiempo que há que navega en este río, no dejamos de inferir que la madre del río, en algunos parages que se conocía, tendría sobre 300 varas de ancho, en donde mas, no bajando, en donde menos, de 200: la corriente era tan poca que apenas se conocía, y en los árboles se notaba haber bajado el río como una tércia.

Día 11. A las 6 horas 10 minutos nos largamos: á las 7 horas 48 minutos empezamos á costear una lista de árboles que, cuando está el río bajo, es una isla; y á las 7 horas la dejamos por la banda del N, descubriendo en la misma una barranca de corta extensión de una cuarta de altura. A las 7 horas 58 minutos dejamos por la banda del S. una laguna, que cuando el río está bajo conserva copia de agua: á las 8 horas 39 minutos dejamos en la misma banda un riacho que no tiene nombre: á las 8 horas 46 minutos sobre la misma barranca, en la propia banda del S, dejamos la estancia de Yedros. Esta barranca es tan alta que aun descubría como dos varas y media: á las 9 paramos en la estancia de Espinola, situada sobre la barranca en la banda del N. A las 9 horas 13 minutos nos largamos: á las 10 horas 23 minutos empezamos á costear una barranca que en partes descubría como $3\frac{1}{2}$ varas de elevación, y á las 10 horas 54 minutos paramos en el extremo de dicha barranca.

Rectificado el instrumento, se halló el cero en los 300 grados 28 minutos 22 segundos 5: altura meridiana del sol 58 grados 53 minutos 31 segundos 25, que dió de latitud 26 grados 35 minutos 18 segundos 15; atmósfera clara.

A las 12 horas 45 minutos nos largamos en busca de la boca del río, y á las 2 horas 9 minutos llegamos á ella: todo el campo estaba

inundado, sin verse mas tierra que la barranca, donde observamos el agua estaba enteramente parada, y graduamos el ancho del rio como ayer. Todo el dia navegamos sin ver mas tierra que las barrancas que van mencionadas. Como ya quedaba concluida la navegacion del rio, se determinó pasar á la estancia de Yedros, para tratar con su capataz acerca de conducir á los indios al pueblo de San Ignacio-guazú. En efecto, á las 5 horas 20 minutos llegamos á dicha estancia, habiendo cortado por la inundacion, y desde luego convino dicho capataz en que por las canoas conduciria á los indios al citado pueblo, á cuyo administrador se le escribió para que les facilitase los auxilios necesarios para conducirse al pueblo de Yuty. A las 5 horas 35 minutos llegamos á la estancia de Espínola, en donde encontramos al capataz y peones que sacamos de la Asumpcion, que con otra caballada habia nueve dias que nos aguardaban.

H.	Mi.	B.	M.	B.	F. do c. tas
6½	1	4½	1	0½	48
7	1	3	1	3½	
7½	1	3	1	3	
8	1	3	1	3	40
8½	1	4½	1	3½	
9	1	5½	1	5	
9½	1	3	0	5	55
10	1	3	1	3	
10½	1	2½	1	2½	
11			1	0½	
1	1	3½	0	5½	
1½	1	2½	1	3½	60
2	1	3½	1	3½	
2½				3	64

Tan miserable y desdichada es esta estancia, que sin embargo de la indecible incomodidad de la balsa, determinamos ir á dormir á ella, con todo que el viento era tan recio que de ningun modo pudimos conseguir un mediano abrigo, y pasamos la noche como se puede inferir.

Día 12. Salimos de la estancia de Espinola como á las 8 horas de la mañana, caminamos continuamente por bañados pantanosos dando muchas vueltas, sin que nos fuese posible tener cuenta con el rumbo, ni menos calcular la distancia, porque el reloj estaba sin vidrio, y no era posible llevarlo en la faltriquera. Cuando conceptuamos que era preciso mudar caballos, paramos en la costa de una isla de árboles: allí comimos un pedazo de carne seca asada, y luego que hubimos mudado, montamos sin dilacion siguiendo nuestro camino como antes, por bañados y pantanos, cubiertos de pajonal y espartillo, tierra negra, y muchas islas de árboles que casi se juntan; sufriendo la terrible molestia que nos causaba la prodigiosa multitud de tábanos, mosquitos y gegendes de que estaban aquellos campos cubiertos. Llevamos el rio Paraguay gran trecho á la vista, y solo en donde sus orillas forman barranca, que es en muy pocas partes, tuvimos el camino regular: en lo demas la inundacion todo lo tenia anegado, y por los árboles se conocia que habia bajado mas de una tertia. Media hora despues de puesto el sol, llegamos á la chácara del comandante de la poblacion de Remolinos, graduando haber andado de 12 á 13 leguas.

Hasta muy cerca de dicha chácara, en donde encontramos una barraca de uno de los pobladores de Remolinos, no se encuentra estancia ni poblacion alguna: solo la Guardia de la Herradura está como á tres leguas de Tebicuary, sobre la barranca del rio Paraguay, cuya mala situacion para la inundacion, tenia á la gente reducida á estar en una canoa. Los caballos llegaron tan maltratados, que causaba no poca compasion ver como echaban sangre de las muñecas que tenían todas desolladas: uno quedó cansado en el camino, y se encomendó al comaudante de Remolinos su cuidado.

Día 13. Como á las $8\frac{1}{2}$ de la mañana montamos á caballo, y desde luego empezamos á pasar dilatados bañados pantanosos, sin embargo que no omitimos descabezar los principales, que aun para los estancieros eran intransitables. Pasamos uno tan considerable, que sobre tener las malas circunstancias que van referidas, llegaba el agua una tertia mas arriba de la barriga del caballo, y era preciso tener un sumo cuidado en no perder la canal, porque al perderla se hubiera seguido caer indefectiblemente. Continuamos así cortando los campos, dando muchas vueltas por entre palmares: todo tierra negra, cubierta de pajonal y espartillo, hasta que llegamos á una chácara de un vecino de Remolinos, en donde se mudó el carguero, y nos detuvimos largo rato aguardando se aprontára un soldado de Remolinos que nos guiase hasta ponernos en parage que no tuviesemos mayor riesgo de perdersenos. Salimos de dicha chácara considerando haber desde ella á la del comandante de Remolinos de 3 á 4

leguas, y seguimos como antes por entre difíciles y largos bañados pantanosos, por entre palmares, sin encontrar ninguna poblacion: hasta que, á las 2 de la tarde, poco mas ó menos, llegamos á la estancia del Dr. Almada, distante de la primera salida $6\frac{1}{2}$ á 7 leguas. El comandante de Remolinos nos acompañó como 4 leguas, en las que dejamos una mula cansada.

La horrorosa abundancia de tábanos y demas sabandijas que producen aquellos dilatados pantanos, tenian el ganado de las estancias arremolinado con la cara al viento, para conseguir algun descanso y no padecer con tanto rigor los crueles picotazos de tan feroces insectos.

Como el sol calentaba mucho, y era preciso comer y descansar algo, nos detuvimos hasta poco antes de ponerse el sol, que salimos con la mira de aprovechar la luna, y proporcionar por este medio á los caballos el caminar con menos fatiga. Un peon de dicha estancia nos acompañó un corto trecho, hasta pasar dos acequiones de mucho peligro. El primero lo pasamos con fortuna, porque nadie cayó, aunque sus orillas barancosas y la mucha agua que tenia, ofrecian no muy buena suerte: el segundo era lo mismo, mas arriba una cuarta de la barriga del caballo llegaba el agua, y, cuando mas, tendrian tres varas de ancho. Todos pasamos bien, á excepcion de D. Martin Boneo, que por no lastimarse las piernas contra la barranca, largó los estribos, y en un resbalon que dió su caballo no pudo afianzarse, y cayó en tierra al otro lado del zanjon, sin lastimarse nada, porque el caballo no se movió. Al instante montó, y empezamos á caminar por entre espinillares con no poco trabajo: estuvimos muy á pique de perdernos, y atravesamos pantanos horrorosos y bañados dilatados, cubiertos de pajonal, viendo muchas islas de árboles. En pocas partes lograbamos buen camino, siendo lo mas tierra negra con capas de blanquecina. Dejamos algunas estancias en el camino, y por último llegamos á la de D. Luis Baldovinos á las $10\frac{1}{2}$ de la noche, habiendo andado siete leguas por terrenos muy horizontales, sin que hubiese sido posible tener cuenta con el rumbo, ni menos evitar el que quedasen en el camino dos mulas cansadas, que dejamos encargadas á aquellos estancieros.

Dia 14. Salimos de la estancia de Baldovinos como á las $7\frac{1}{2}$ de la mañana, y despues de haber andado dos leguas por entre palmares, descabezando bañados y pantanos, como los de ayer, y cortando otros en que casi se nadaba, llegamos á una estancia en donde se mudó el cargero, y luego nos dirigimos á descabezar el arroyo Saladillo, que formándose en aquellas inmediaciones de unos bañados, desagua en el rio Paraguay. Verificado esto por terrenos como los anteriores, cubiertos en partes de pajonal y en otras de pasto y espartillo con capas de tierra blanquecina,

en donde no se manifestaba negra, llegamos á las 2 leguas al arroyo Paray que nace de unas lagunas, á tres leguas del paso que, como el anterior, desagua en el Paraguay. Hallamos este arroyo muy crecido, cuyas aguas detenidas con la creciente del citado rio, no causaban mucho trabajo á los caballos al pasarlo: nosotros lo hicimos en una regular canoa, y en poco mas de una hora nos vimos todos en la banda opuesta. Caminamos sin cesar por entre árboles, bastantes islas de estos á la vista, muchos bañados pantanosos, terrenos horizontales, la mayor parte tierra negra con capas de blanquecina, y buenos pastos para los gauados que allí se mantienen de las estancias inmediatas. Caminamos largo trecho por un llano, llevando á la vista, por la mano derecha, las serranias de Acay, Arigua-guazú y Paraguay, la primera mas elevada que las otras dos. Entre 3 y 4 de la tarde llegamos á la estancia que llaman del Rey. Yo llegué tan cansado que no era ponderacion decir que no es posible llegarme á cansar mas: 9 leguas medidas fueron las andadas por caminos tortuosos, aunque á mi me pareció mas lo caminado, bien que esto pudo haber procedido del mucho cansancio, y este del mucho sol que sufrimos, y de lo penoso que es transitar por bañados pantanosos. La caballada llegó una hora despues, habiendo quedado dos caballos en el camino, y otro llegó en estado de no poder continuar.

Puesto el sol, salimos de la estancia del Rey, y luego pasamos el arroyo Suruví, que se forma de bañados y desagua en el Paraguay: tenia unas palmas atravesadas, y por ellas pasamos, y con algun trabajo los equipages; los caballos lo pasaron á nado, y sin detenernos empezamos á caminar por terrenos como los anteriores: muchos espinillos, bañados dilatados pantanosos, dando muchas vueltas para salvar otros peores. Despues de haber andado así como dos leguas y media, y pasado por despedida uno considerable, salimos al valle de Cumbarity, hermoso, por las suaves lomas que lo forman, unas con árboles, y otras sin ellos, buenos pastos, tierra negra en partes, y en otras arena, y bien poblado de ranchos. Despues de haber caminado tres leguas por tan hermosos terrenos, llegamos á las diez y media de la noche á la chácara de D. Luis Baldovinos, vecino de la Asuncion, habiendo pasado antes el arroyo Abay que tenia poca agua, y sus orillas montuosas: nace de aquellas cercanias y, como los anteriores, desagua en el Paraguay.

A las 8 de la mañana salimos de casa de Baldovinos, y á poco rato despues, del valle de Cumbarity, y entramos en un monte agradable: caminamos por él, no mucho despues salimos á un campichuelo, y luego pasamos otro monte de naranjos y otros árboles; salimos al pequeño valle, que llaman de la Frontera, bien poblado de ranchos, cuyas gentes se dedican al cultivo de la caña, maíz, mandioca y otros frutos que produce

bien el terreno, que por lo comun es arena y tierra colorada: poco despues mudamos caballos, y se despachó la caballada al parage llamado el Campo Grande, para que desde allí en tiempo oportuno pasase á su estancia. Continuamos nosotros por entre montes deliciosos, dando algunas vueltas por caminos que las aguas han hecho zanjosos y profundos, cuyos lados perpendiculares eran de arena mineral rojiza, el piso de la misma, suelto, algo incomodo: á una y otra banda veiamos chacaritas y pequeñas lomas agradables. A las 12 llegamos á la Asumpcion, habiendo caminado en esta jornada seis leguas.



INDICE

DE LAS OBRAS CONTENIDAS EN EL SEGUNDO TOMO.

I.

Descripcion de la Villa de Potosi, y de los partidos sugetos à su Intendencia, por D. Juan del Pino Manrique.

Discurso preliminar del Editor.

II.

Història del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, por el P. Guevara, jesuita.

Discurso preliminar del Editor.

III.

Série de los Gobernadores del Paraguay, de Buenos Aires, y de los Vireyes del Rio de la Plata.

IV.

La Argentina, ò del descubrimiento y de la conquista del Rio de la Plata, poema historico del Arcediano D. Martin del Barco Centenera.

Discurso preliminar del Editor.

Indice general de las materias.

V.

Descripcion del Rio Paraguay, desde la boca del Xaurù hasta la confluencia del Paranà, por el P. Quiroga, jesuita.

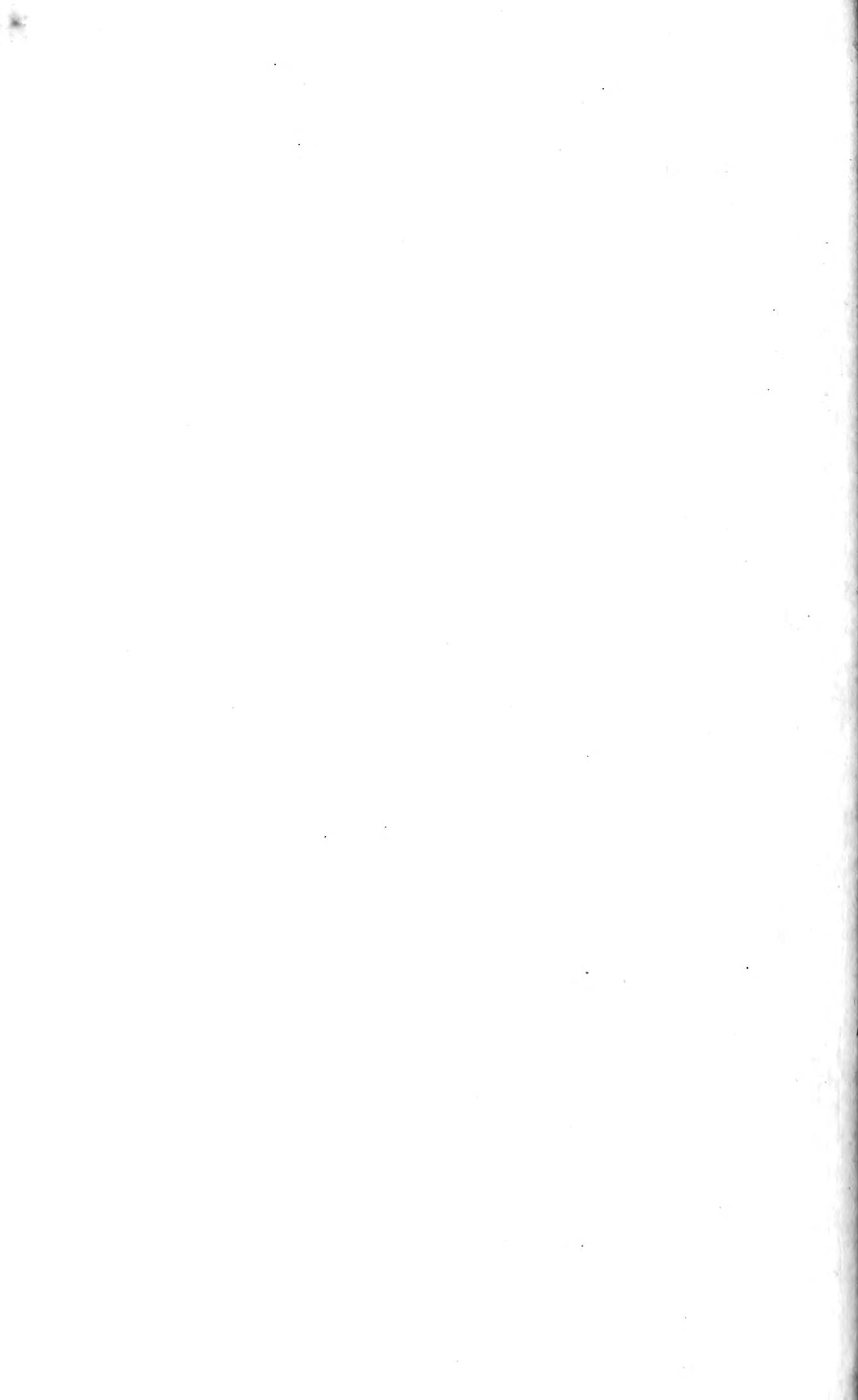
Noticias biográficas de su autor.

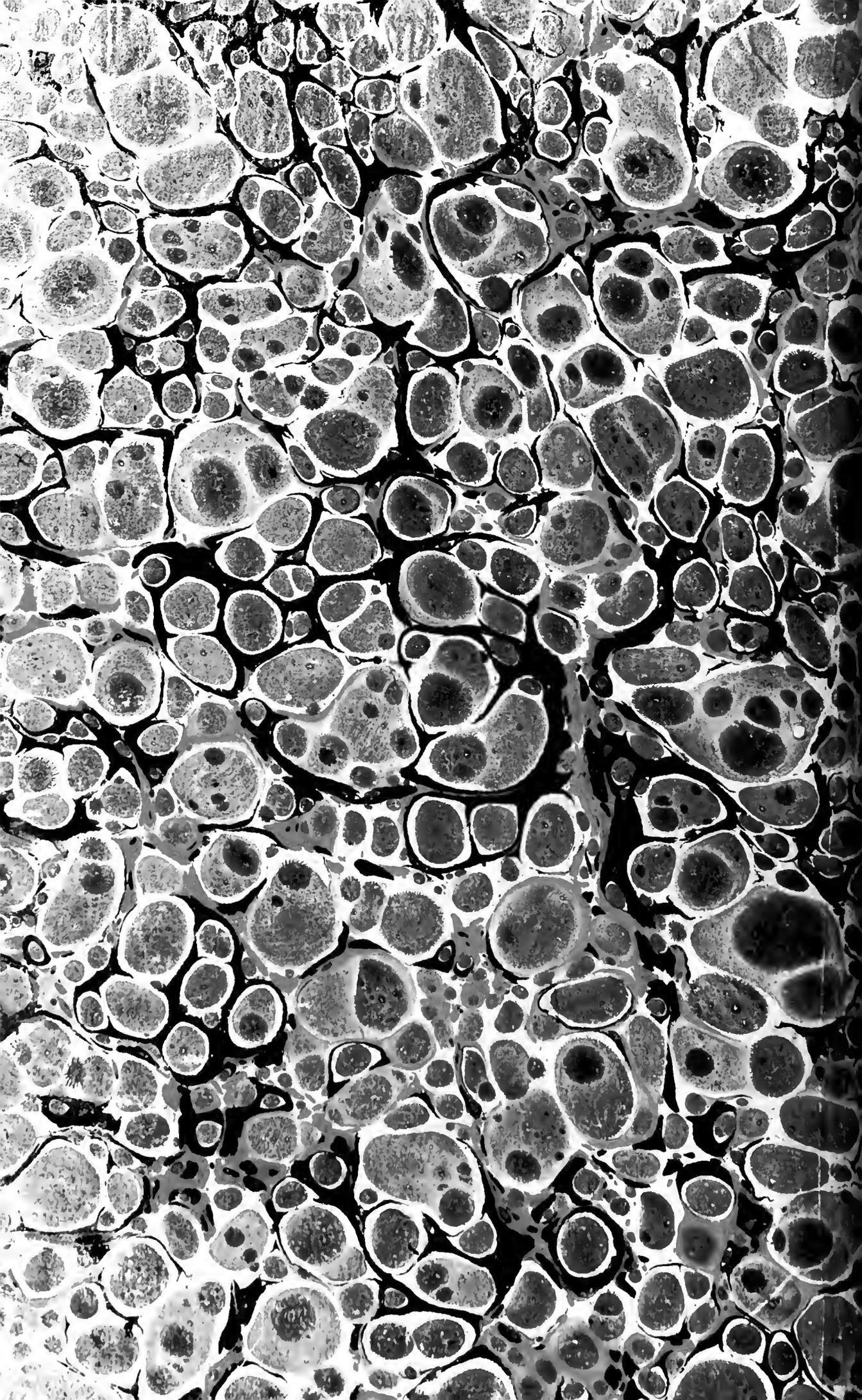
VI.

*Diario de la navegacion y reconocimiento del rio Tebicuari, obra
póstuma de D. Felix de Azara.*

Discurso preliminar del Editor.







HSAm
A 582c

Author Anrelis, Pedro de (ed.)
Title Coleccion historica Argentina Vol. 2

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

